



LA ESPADA DE SAN JORGE

Por el autor de *Caballeros de la Vera Cruz*

DAVID CAMUS

Lectulandia

Lectulandia

David Camus

La espada de San Jorge

ePUB v1.1

JuBoSu 25.09.2011

más libros en lectulandia.com

Editorial: RANDOM HOUSE MONDADORI

Año de edición: 2009

ISBN: 978-84-253-4293-6

Idioma: Español

Para Robert.

El proverbio del villano nos enseña que
a menudo aquello que se desdeña vale
más de lo que se cree.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Erec y Enid



Capítulo I

La historia de unos huevos

1

Cercana está ya, pronto llegará la hora,
en que deberéis dar a luz y libraros
de vuestro hijo.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Erec y Enid

Todo empezó, no en esa trágica noche en la que unos caballeros —unos cruzados— atacaron a tus padres, sino una decena de años atrás. E incluso un poco antes, si se considera que la vida empieza antes del nacimiento, lo que en tu caso es, indudablemente, cierto.

Tu padre y tu madre no tenían hijos, no conseguían tenerlos, y no hallaban consuelo. Una noche, después de un largo y fabuloso periplo, durante el cual recorrió el mundo entero, tu padre volvió por fin a casa. Con un puñado de hierbas desconocidas que traía de su viaje, preparó un caldo para su mujer. Unas semanas más tarde, tu madre dejó de menstruar.

Estaba encinta. Los dos se alegraron con la noticia; mientras tu madre se acariciaba el vientre, su esposo posó la oreja en él, acechando los primeros signos de vida, y lo cubrió de besos —porque tu padre era un hombre amoroso, muy diferente a los otros que conozco.

Todo iba perfectamente y el alumbramiento estaba previsto para Navidad, pero, a principios de otoño, tu madre dijo:

—He tenido un sueño.

—Yo también —dijo tu padre—. He soñado con nuestros hijos.

—Eran dos —dijo tu madre.

—No —dijo tu padre—. Son dos. Unas criaturas rebosantes de salud, que nos llenarán de alegría y orgullo.

Tu madre sonrió, pero con una sonrisa extrañamente apagada, enigmática. ¿Presentía tal vez lo que iba a ocurrir? Es posible. Dos meses antes de salir de cuentas, sintió náuseas. Vomitó la cena, y con ella coágulos de sangre. Un olor nauseabundo llenó la habitación, y tu padre anunció, inquieto:

—Voy a buscar al cirujano barbero.

El cirujano. Conllevaba cierto riesgo; pero era lo mejor que había: los verdaderos médicos estaban demasiado lejos; además, nunca se desplazaban por gente como tus

padres...

De modo que tu padre se fue. Era de noche. Soplaban el viento, anunciando uno de esos inviernos implacables en los que los lobos acechan en busca de cualquier presa.

Nunca debería haber salido. Pero por vosotros dos se enfrentó con los lobos y sus dentelladas, abriéndose paso entre sus cuerpos esqueléticos con ayuda de una daga. Finalmente llegó a la morada del cirujano. Allí, tras muchos ruegos, y gracias a que en su fragua escondía un poco de dinero y algunas hierbas valiosas, consiguió convencerlo de que le acompañara a vuestra casa, y el viaje de vuelta se desarrolló como el de la ida. El cirujano examinó a tu madre, le palpó el vientre y deslizó la mano entre sus muslos; luego, con expresión grave, fue a buscar a tu padre. No quería que tu madre oyera lo que tenía que decirle, de modo que murmuró:

—El trabajo ya ha empezado...

Pero antes de que tu padre tuviera tiempo de alegrarse, el cirujano se apresuró a añadir:

—Olvidaos de vuestros hijos, o vuestra esposa morirá.

Desde el lecho donde estaba tendida tu madre les llegó un lamento, un largo gemido. «¡Nooo! —gritaba—. ¡Nooo!»

¿Lo sabía? ¿Tenía un oído increíblemente fino? ¿O sentía en su carne que se estaba decidiendo el destino de sus hijos? El caso es que tu padre se acercó a su mujer y, cogiéndole la mano, le hizo esta promesa:

—¡No los abandonaré! ¡Nunca!

Luego se volvió hacia el cirujano y le imploró:

—Salvadlos. ¡Os daré más oro del que un rey podría soñar!

—¡Pero si apenas tenéis nada!

—Fui rico, en otro tiempo... —La voz de tu padre se volvió más grave y añadió—: Si es preciso, por mis hijos volvería a mi antiguo oficio.

Sin saber a qué se refería, el cirujano se acarició su barba de chivo.

—Por desgracia, el problema no es el oro... —dijo con un suspiro.

—Pues ¿cuál es? —preguntó tu padre.

—El problema... —dijo el cirujano en voz baja, casi avergonzado—, el problema es Dios...

Antes de que tu padre tuviera tiempo de responder, tu madre exclamó con una voz cargada de odio:

—¡Olvidad a Dios! ¡Hacedlo! ¡Haced lo que haga falta, tomad mi vida, pero, por piedad, salvadlos! Qué me importa la condenación. .. De todos modos ya estamos condenados.

Luego se desvaneció.

El cirujano, profundamente conmovido por el desamparo y el valor de aquella pareja, posó las manos sobre los hombros de tu padre y le dijo:

—Nunca he practicado lo que ahora voy a proponeros. Solo conozco la teoría, y vuestra mujer puede morir, así como vuestros dos hijos. ¿Estáis dispuesto a correr ese riesgo?

—Sí —respondió tu padre—. Estamos dispuestos. Los cuatro.

E insistió en esta última palabra, porque para él ya erais cuatro, los cuatro miembros de una familia.

—Entonces, llevadme a vuestra forja...

Los dos hombres se dirigieron al taller, donde el cirujano eligió algunas herramientas que tu padre nunca habría imaginado que pudieran servir para trabajar la carne. Para torcer el hierro, aplanarlo, curvarlo, sí; pero ¿acaso era de metal el vientre de una mujer, para que lo serraran y lo abrieran de este modo? Dudó unos instantes, pero el cirujano tenía tan buena reputación, era un hombre tan sabio —se decía que en otro tiempo había seguido las enseñanzas de Rachi de Troyes—, que decidió confiar en él.

De vuelta en la vivienda, el cirujano dijo a tu padre:

—¡Sujetadla!

—Pero si está inconsciente...

—El dolor será insoportable, y podría despertarse.

Cuando aplicó sus instrumentos sobre tu madre, esta recuperó el conocimiento y lanzó un grito; luego buscó a tu padre con la mirada y clavó sus ojos en él. La desgraciada pareja formaba ahora un único ser, y poco les importaba sufrir. Solo contaba que sobrevivierais.

—¡Sujetadla mejor!

El puño de tu padre apretó con más fuerza a su mujer contra el jergón. A tu madre le costaba mucho respirar, y su cuerpo estaba bañado en sudor, lo que hacía todavía más difícil sujetarla. Tu padre le acariciaba los cabellos; olvidaba su deber. El cirujano se afanaba entre las piernas de tu madre, resoplaba, se agotaba..., inútilmente.

—¡No lo consigo! —exclamó—. Veo a los dos niños, pero se bloquean mutuamente. Hay que actuar rápido, o perecerán...

En realidad, el cirujano creía que los dos niños ya habían expirado, y que no servía de nada tratar de salvarlos. La única que se podía salvar ahora era tu madre. Pero tus padres no opinaban del mismo modo. En esa noche de invierno, su vida se había detenido. Solo contabais vosotros, los gemelos. Si no vivíais, ellos morirían; e incluso si vivíais, solo vivirían a través de vosotros.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió tu padre, angustiado.

—Sacrificar a uno de los dos —respondió el cirujano con voz ahogada—. Para que el otro viva.

Un largo silencio, apenas el tiempo de un latido pero pareció durar toda una vida,

cayó sobre la habitación.

—Pero ¿a cuál?

—No soy yo quien debe tomar esta decisión —dijo el cirujano—. Son dos... A vos os corresponde elegir. Si queréis que uno viva, el otro debe morir.

En este momento tu madre sujetó la mano de tu padre, la apretó con todas sus escasas fuerzas y gritó:

—¡Maldito seas, Señor! ¡Maldito seas!

Tu padre se persignó rápidamente y murmuró una oración. Dios no tenía nada que ver con aquello. Era él el culpable; él y nadie más.

—Dejadme hacer —dijo—. Perdonadme, Señor, porque voy a arrebatar una vida; una para salvar dos.

Entonces se colocó junto a su esposa y, de una vaina que llevaba sujeta al cinturón, sacó una de esas dagas, llamadas «misericordias», que poseen una hoja tan fina que puede deslizarse entre las partes rígidas de cualquier armadura —y, a fortiori, en el vientre de una mujer—. Con las llamas del hogar reflejadas en su rostro, lanzó un alarido y hundió su daga en uno de los dos minúsculos cráneos; la sangre le salpicó.

Luego cedió su lugar al cirujano, que terminó el trabajo ayudándose con un gancho.

Un hedor metálico invadió la habitación. El cirujano lloraba y murmuraba palabras en hebreo. Parecía que deliraba, aunque tal vez era una oración.

—¡Cerradle los ojos! —gritó a tu padre—. ¡Cerradle los ojos!

Tu padre posó las manos sobre los ojos de tu madre, pero ella trató de morderle, porque quería asistir a todo, no ahorrarse nada.

—No lo consigo —dijo el cirujano con voz ronca—. El muerto estorba. ¡El otro no puede salir!

El cirujano tiraba del niño muerto, tiraba y tiraba, pero la fortuna se encarnizaba con ellos: el niño seguía atrapado. Pensaron que aquello era obra del diablo, o de Dios (ya no lo sabían), y se preguntaron qué habían hecho para merecer el castigo de semejante prueba. El pequeño cadáver se aferraba tanto a su madre que sacarlo violentamente pondría la vida de esta en peligro. Entonces el cirujano recordó su experiencia como enterrador, cuando para ganar espacio en una tumba se procedía a reagrupar los huesos, aunque se despojara al cuerpo humano de lo poco que le quedaba de su anterior vida; tan solo era una vaga forma antropoide.

La violencia de la escena que siguió no merece ser descrita. Por tanto, os ahorraré los detalles. Contentaos con saber que el cirujano cortó al gemelo de Morgennes en el interior del vientre de su madre, y luego lo sacó pedazo a pedazo. Un bracito, una cabecita, un torso, una pierna, que depositó en el suelo, sobre el polvo.

Aquello no era un nacimiento, sino una exhumación.

Tu madre se había desvanecido de nuevo, y tu padre estaba demasiado trastornado para llorar.

Cuando hubo suficiente espacio para que pudieras salir, el cirujano llamó a tu padre y le dijo:

—¡Venid a ayudarme!

Tu padre se acercó, y el cirujano gritó:

—¡Ahora!

Un grito resonó en la estancia, el grito de un bebé.

Morgennes había nacido.

2

¿No he visto hoy a las más hermosas
criaturas del mundo cruzando la Gaste Forêt?
Diría que estos seres son más bellos aún
que Dios y todos sus ángeles.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Perceval o El cuento del Grial

De niño pasaste largos días sobre la pequeña tumba. Tu padre la había excavado no muy lejos de la casa, en la cima de una colina. La noche de tu nacimiento, mientras tu madre te proporcionaba los primeros cuidados, él salió para ofrecer al bebé muerto una sepultura decente. Curiosamente, los lobos, que le habían seguido hasta su casa, se apartaron de su camino y le dejaron enterrar a su hijo. Con ayuda de una pala, tu padre cavó en la nieve, en la tierra, y enterró el pequeño cadáver; luego lo cubrió todo de nuevo. A la luz del día, tenía un aspecto ligeramente abombado, como si el cuerpo fuese mucho mayor de lo que era en realidad.

Al día siguiente de tu venida al mundo, el cirujano volvió a su cabaña con una piedra rara, llamada draconita, que tus padres le habían entregado en pago por sus servicios. Nunca volverían a verse, y supongo que así es como debía ser.

Tus padres te rodearon de amor, pero quedaron profundamente marcados por las circunstancias, tan dolorosas, de tu nacimiento. Nunca las olvidaron; además, en la parte inferior del rostro tenías una pequeña cicatriz blanca en forma de mano.

¿Era la mano del hijo muerto? Aquella marca parecía un adiós, una señal de afecto que un ser dirige a otro al que ama, al que no ha conocido y nunca conocerá.

Una noche en la que tu padre había salido a buscarte, te encontré tendido sobre la pequeña tumba —que ninguna cruz identificaba—. ¿Qué hacías allí, hablando al vacío? De repente, tu padre tuvo miedo. Nunca, ni él ni tu madre, habían mencionado delante de ti esta sepultura ni a la criatura que estaba enterrada en ella. Sin embargo, ahí estabas, tendido sobre ese abultamiento del terreno, como un dragón sobre su tesoro.

En cuanto viste a tu padre, te levantaste y corriste a echarle en sus brazos. En esa época debías de tener unos cuatro años, y tus pequeñas piernas ya te llevaban lejos: a

veces dabas largos paseos por el bosque; salías con las primeras luces del alba y no volvías hasta que era noche cerrada, cuando tu madre salía a la escalera de entrada para llamarte.

Una vez en sus brazos, exclamaste:

—¡Lo sé!

—¿Qué sabes? —dijo tu padre.

—¡Voy a tener una hermanita!

Tu padre te miró, estupefacto. ¿Una hermanita? Su mujer no le había dicho nada. Mordiéndose el labio inferior, se apresuró a volver a la casa para preguntarle:

—¿Esperas un niño?

—¿Quién te lo ha dicho?

—De modo que es cierto...

—Sí.

Tu madre se sonrojó y se secó las manos con el delantal. Aunque pasaba de la treintena, todavía era hermosa, a pesar de las profundas arrugas y los innumerables cabellos blancos que adornaban su rostro, legado de la espantosa noche de tu nacimiento.

—Quería darte una sorpresa.

—¡Una sorpresa! Pero dime, ¿cuándo, cómo?

Loco de alegría, tu padre cogió a tu madre en brazos y la llevó en volandas por la habitación, girando sobre sí mismo.

—¡Gracias, Dios mío, gracias!

Dejó en el suelo a tu madre, que se quedó allí, aturdida, y luego le dio la espalda. Entonces sacó de debajo de su camisa una cruz de bronce que había fabricado él mismo, en su forja, y la cubrió de besos a escondidas de su mujer.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

Tenía una mirada de loco, y no sabía a quién besar, si a su mujer, a su hijo o a la cruz. Era feliz, feliz como nunca lo había sido. En este instante tus padres se creyeron perdonados, y los años que siguieron fueron hermosos.

Adivinar que tu madre estaba encinta, aún; pero conocer por anticipado el sexo del niño era algo que no tenía explicación. Porque tú habías acertado, y la criatura que nació, en una hermosa mañana de primavera, fue una niña, una adorable niñita de cabellos rubios y unos ojos que, después de algunas vacilaciones, decidieron permanecer azules.

Tu hermana era una niña vivaracha y risueña, que dio mucha alegría a tus padres. Pronto sus risas resonaron por toda la casa y sustituyeron a los habituales martillazos y el soplido de la forja.

La noche, sin embargo, debía volver. De hecho ya había empezado a caer en los

alrededores de Vézelay, cuando en el año de gracia de 1146 su santidad el papa Eugenio III ordenó a Bernardo de Claraval que predicara una nueva cruzada a Tierra Santa, para liberar... A decir verdad, no se sabía muy bien qué, pues la tumba de Cristo estaba en manos de los cristianos desde hacía casi cincuenta años; pero cierto rey de Francia y cierto emperador de Alemania deseaban obtener, ellos también, su parte de gloria y formar parte de los «humildes protectores de Cristo».

Como ocurre a menudo, la noche se hizo anunciar con rumores de guerra. Los hombres partían a reunirse con otros que combatían en un país lejano para defender una cruz, o una tumba —no lo sabías muy bien, a pesar de los retazos de información que llegaban a tus oídos—. Porque, a pesar de que vivías apartado del mundo y en un lugar poco frecuentado, tu padre había tenido que atender numerosos pedidos: las espadas y las dagas de buena calidad eran de pronto bienes muy buscados.

Tus padres siempre te habían mantenido alejado de la violencia. Consideraban que con la de tu nacimiento bastaba. Por eso, aunque tu padre fabricaba armas muy hermosas, nunca dejaron que te acercaras a las que salían de su taller ni te hablaron de esos soldados a los que llamaban caballeros, cuyas proezas cantaban los trovadores —aunque pasaban por alto las desgracias que invariablemente las acompañaban, como la peste sigue a las ratas.

Por desgracia, no se puede evitar que los martillazos descargados sobre la hoja de una espada lleguen a oídos de un niño, y cuando estos resuenan desde su más tierna infancia, el niño acaba por comprender. Y así dabas vueltas, como una raposa alrededor de un gallinero, en torno a la forja donde trabajaba tu padre, de la que percibías los sonidos, los olores y su característico calor.

Un día, tu padre entró en la forja y te sorprendió manejando una daga, con la que cortabas el aire. Fintando a la derecha, untando a la izquierda, parecía que supieras combatir, cuando en tu vida habías asistido a un combate. Ante esa imagen, tu padre palideció. ¡Aquella arma era la misericordia que había utilizado en tu nacimiento! Por primera vez te dio una bofetada. Aturdido, soltaste el arma, que cayó a tus pies. Tu padre te preguntó, apuntándola con el dedo:

—¿Sabes qué es esta arma y qué significa?

Te mordiste el labio inferior y permaneciste mudo mientras tu mirada se empañaba.

—Esta arma —prosiguió tu padre—, esta misericordia, significa la muerte del niño a quien debes la vida...

Demasiado turbado para responder, hundiste tu mirada en los ojos de tu padre. Entonces tus labios se entreabrieron y dejaron escapar:

—¿A quién debo la vida?

No comprendías. ¿De qué niño hablaba? Por lo que sabías, solo debías la vida a tus padres.

Se escuchó un crujido en la entrada de la forja, y tu padre se volvió para ver quién estaba ahí. Era su hija, que le observaba sin decir palabra. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Había asistido a toda la escena? Probablemente, porque su expresión era grave, y su mirada pasaba de tu padre a tu mejilla, enrojecida por la bofetada.

Tu hermana rompió el silencio, diciendo con su bonita voz aflautada:

—Mamá dice que no hay madera.

—¡Morgennes, ve a buscar leña! —ordenó enseguida tu padre, aliviado por haber encontrado un pretexto para poner fin a vuestra conversación.

A pesar del frío que se había abatido sobre la región —el invierno, una vez más, se había adelantado—, corriste hacia el lindero del bosque, donde tu padre había amontonado troncos y haces de leña en previsión de los días crudos.

«Mamá dice que no hay madera», repetías mientras corrías. La frase te parecía rara. La encontrabas extraña. ¿Cómo podía no quedar leña, si esa misma mañana el depósito estaba lleno? Mientras recogías algunas ramas, volviste a pensar en vuestra casa. ¡No cabía duda! Por más que te remontaras en el tiempo, no recordabas que alguna vez hubiera faltado con qué calentarse en el invierno, aunque hubiera sido tan crudo como el de tu nacimiento. ¿Había mentido tu hermana? ¿Había inventado esta historia para que pudieras alejarte? ¿O bien había dicho otra cosa?

«¡Mamá dice que no hay maderos!» ¡Eso había dicho! ¡Maderos, y no madera! Tal vez tu hermana no hablaba de madera para el fuego, sino de otro tipo. De unos maderos que sin duda guardaban relación con el motivo por el que tu padre te había abofeteado. Con la misericordia con la que habías jugado. ¡Que estaban relacionados con la pequeña tumba!

Y en ese momento, la conmoción de un recuerdo te hizo caer de rodillas en la nieve.

¡Lo habías olvidado! Una pelea entre tus padres, una de sus raras peleas —tal vez la única pelea que habían tenido...

¡El pequeño muerto!

Se habían peleado por él, poco después de tu nacimiento. En aquella época, para ti, las palabras estaban vacías de sentido. Pero ahora comprendías. Lo que tu memoria resucitaba, lo descifraba el resto de tu cerebro, proporcionándote su significado.

Tu madre quería olvidar; tu padre, recordar. Sí; tal como había prometido, quería recordar ese cuerpecito destrozado, su crimen. .. Entonces, aunque cedió a las exigencias de tu madre, que había pedido que cierta tumba nunca estuviera marcada con ningún símbolo religioso, replicó:

—¡Al menos le pondré una cruz!

Tu madre se lanzó sobre él, con los dedos como garras. Llevada por la cólera, le laceró el rostro con tanta furia que aún hoy podían verse las marcas —que él atribuía

a un oso.

Finalmente tu padre fue a refugiarse en su taller, donde fabricó una cruz. «Nada empañará nunca su brillo», dijo a su mujer mientras le mostraba la hermosa cruz de bronce que ya no abandonaría su pecho hasta el acontecimiento que conoces.

—De todos modos —gritó a su mujer—, no hay nadie allá abajo, bajo ese montículo de tierra. ¡Nadie! ¡Si hay alguien enterrado en algún sitio es aquí!

Y se golpeó el pecho.

—Aquí, en mi corazón. Esta es su tumba. Y pondré una cruz sobre ella, porque ese es mi deseo.

Entonces se pasó en torno al cuello la cruz de bronce; se la sacaba de vez en cuando, en la soledad de su taller, para besarla. Pero nunca la dejaba a la vista cuando estaba cerca de su esposa, ya que ambos consideraban que estaban en su derecho; él de recordar y ella de olvidar el crimen que su marido había cometido...

«¡No hay maderos sobre la tumba!»

¿Por qué esa noche? ¿Por qué ahora?

Se levantó viento, un viento terrible, para el que tú estabas desnudo. Se reía de tus ropas, de las gruesas pieles, el manto de lana, la camisa de tela, el pelo, la piel, y soplabla directamente sobre tus huesos. Habría helado hasta a un oso.

En ese momento, un resplandor en el cielo atrajo tu mirada. ¿Una estrella? Parecía ir hacia ti, muy deprisa. Luego una, dos, tres y pronto cuatro estrellas más brillaron tras la primera; las cinco se dirigieron hacia la casa de tus padres.

¡Qué hermoso era! Habrías querido gritar, llamar, prevenir a tu familia de su llegada, pero ningún sonido salió de tu boca. Ante tanta belleza, tus labios permanecieron cerrados. No eran estrellas. ¡Para ti eran ángeles! Cinco ángeles de acero, montados en caballos cubiertos con corazas de oro y plata. Un gran ruido les acompañaba, porque sus armas estaban desenvainadas y a menudo tropezaban contra los árboles del bosque. Sus caballos resoplaban, sus armaduras repiqueteaban, sus yelmos tintineaban. Y cuando una lanza chocaba contra el escudo, sonaba como un himno que celebrara la llegada de esos ángeles caídos de los cielos.

En realidad no solo eran ángeles, sino cuatro ángeles que escoltaban a Dios —pues el primero iba tan bien vestido, con sus blancos colores marcados con una gran cruz roja, que te pareció que era Dios anunciando a los hombres alguna noticia importante.

¡Dios! ¡Era Dios! Ese ser extraño y misterioso al que tus padres solo se referían con medias palabras y al que te instaban a temerlo tanto como a amarlo. ¡Dios acudía a vuestra casa!

Te morías de ganas de bajar por la colina y correr hacia Dios y todos sus ángeles para pedirles que te llevaran con ellos.

Pero entonces resonó un grito:

—¡Corre, Morgennes, corre!

Era tu madre. Se dirigía al encuentro de los ángeles, que espoleaban a sus corceles para acercarse a ella.

¿Correr?

Sin reflexionar, la obedeciste y saliste corriendo. Pero ¿hacia dónde? De repente, como si te hubiera oído, tu madre gritó:

—¡Hacia el río, Morgennes, hacia el río!

¡Hacia el río! ¡Adelante! Cerraste los ojos, porque de ese modo corrías mejor. Tus pies se hundían en la nieve, pero qué importaba: la tierra te guiaba. Te decía adónde ir, y te permitía concentrarte en lo que oías. Alaridos, tu padre que llamaba, tu hermana que lloraba, tu madre que gritaba.

—¡Corre! ¡Corre!

Parecía que se estuviera peleando. ¿Tu madre? ¿Peleando? ¿Con Dios? Sin duda tu padre estaba luchando con la espada, porque oías el hierro golpeando el hierro, los resoplidos de tu padre y los relinchos de los caballos.

Volviste a abrir los ojos y miraste hacia atrás. La noche lo cubría todo. ¿Ya? No era tan tarde hacía un momento, cuando habías corrido hacia el bosque para coger leña. Y sin embargo era de noche, o las tinieblas tenían otro nombre... Entonces tropezaste.

¿Qué hacía ahí esa raíz? Estabas tendido sobre la nieve, y el frío te atenazaba el pecho, penetraba en tu boca, en tu nariz. «¿Por qué he abierto los ojos? Debería haberlos mantenido cerrados...»

Volviste a cerrarlos, recordaste el terreno, tan familiar para ti, y te levantaste dispuesto a reemprender la carrera. De pronto tuviste la sensación de que un animal enorme te perseguía: escamas y garras furiosas, una bestia que volaba, reptaba y saltaba a la vez. Un monstruo imposible. ¡Un monstruo que bufaba, que mataba! Y tú eras su presa.

¿Qué animal era aquel? ¿Era un dragón, como el que uno de los ángeles de Dios llevaba en su enseña? Sí. Un inmenso dragón—noche, que sumergía en la oscuridad todo lo que se ponía a su alcance, devorando la luz y borrando los confines de las cosas.

Sordo al miedo, seguiste corriendo. «Tendré miedo más tarde», te decías.

El río hacia el que huías era más que un río —era el inmenso brazo líquido de un país colocado a través del mundo, sin cabecera ni desembocadura—, y tú nunca lo habías vadeado. Nadie, que tú supieras, se había aventurado nunca en él, porque en ese río, si bien no era profundo, confluían mil corrientes contrarias que se enfrentaban en su seno, como si mil ríos de igual fuerza se hubieran encontrado allí mezclados, tratando cada uno de imponerse a los demás.

Este río era tan ancho que ningún hombre podría alcanzar con su honda la otra

orilla. Sin embargo, un ansia loca de saltar sobre él se apoderó de ti, aunque sabías que era una insensatez.

Esbozaste una sonrisa —la idea te había gustado— y sentiste que te crecían alas. Correr te resultaba fácil, el frío ya no te afectaba. Tal vez fueras solo un niño, ¡pero te sentías un gigante!

Y abriste los ojos.

Detrás de ti, a solo unos pasos, estaba tu padre, con tu hermana en brazos. También él corría, con la boca abierta, y su aliento se elevaba en la noche como una gran columna fría, que pronto destrozarían los jinetes que le seguían al galope.

¡El río! Comprendiste por qué tu madre te había dicho que fueras allí. Estaba helado. La cubierta de hielo te permitiría pasar, mientras que los jinetes —por más que fueran Dios y sus ángeles— se verían obligados a desmontar, y tal vez incluso a desprenderse de su coraza estrellada para desplegar sus alas y cruzarlo volando.

Tu padre jadeaba, escupía, sufría. En vano, porque los jinetes le pisaban los talones y no tardarían en alcanzarle. Si hubiera sido un pusilánime, habría abandonado a tu hermana, la habría lanzado al suelo para que retrasara a sus perseguidores y no frenara su marcha; pero él era un hombre valeroso, o un loco, y no la dejó, sino que, al contrario, la oprimió contra su corazón, como si quisiera tragársela, que penetrara en él, para recogerse luego sobre sí mismo y vadear de un salto el río sobre el que tú ya avanzabas.

Su superficie era terriblemente resbaladiza, por lo que tomabas precauciones para no perder el equilibrio. «Si avanzo como es debido y consigo impulsarme convenientemente, podré llegar a la otra orilla en un santiamén. ¡Adelante!»

El hielo crujió, pero aguantó, y te permitió dirigirte hacia tu salvación... y la muerte de los tuyos.

Porque cuando apenas habías alcanzado la otra orilla, el surco de hielo que habías dejado tras de ti empezó a resquebrajarse, transformándose en una grieta, un abismo ante tu padre.

El, sin embargo, no retrocedió. ¡No podía soltar a su hija! Y siguió avanzando hacia el centro del río, sin apartar sus ojos de ti.

—¡Morgennes! ¡Mírame!

Miraste a tu padre, aferrándote a sus ojos, como si tuvieras el poder, tú que habías sobrevivido, de salvar al que no tardaría en hundirse.

—¡Te quiero!

Los jinetes se acercaban, sus caballos se encabritaban y caían con todo su peso sobre las primeras pulgadas de hielo, que rompían con sus herraduras, sacrificando al dios del río sus primeras víctimas.

El hielo se rompió. Mil rajaduras corrieron en todos los sentidos, se unieron, se

separaron y tropezaron las unas con las otras, de tal modo que al final la superficie del río parecía una telaraña del otro mundo, de allí donde el negro era blanco y el blanco negro.

Estaban perdidos. El agua se apoderó de ellos; se hundieron, abrazados el uno al otro. Tu padre no habría soltado a su hija por nada del mundo. Pero aún no era el final. No del todo. Con la energía que da la desesperación, tu padre todavía encontró fuerzas para abrirse la camisa y sacar la pequeña cruz que nunca le había abandonado. La besó, por última vez, la mostró a los jinetes que iban tras él y que ya apuntaban sus arcos en dirección a vosotros, y la lanzó hacia ti.

—¡Morgennes! —¡Papá!

—¡Ve hacia la cruz! ¡La cruz!

Corriste hacia la cruz, que había caído a solo unos pasos de ti, cuando un ruido líquido atrajo tu atención.

Era tu padre, había muerto. Unas burbujas subieron a la superficie y enseguida quedaron atrapadas por el hielo, el mismo hielo en el que una manita infantil, opaca y oscura, pareció dibujarse y luego desapareció.

3

No se puede pasar un caballo.
No hay puente, barca ni vado.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Perceval o El cuento del Grial

De niño pasaste largos días sobre la pequeña tumba. Tu padre la había excavado no muy lejos de la casa, en la cima de una colina. La noche de tu nacimiento, mientras tu madre te proporcionaba los primeros cuidados, él salió para ofrecer al bebé muerto una sepultura decente. Curiosamente, los lobos, que le habían seguido hasta su casa, se apartaron de su camino y le dejaron enterrar a su hijo. Con ayuda de una pala, tu padre cavó en la nieve, en la tierra, y enterró el pequeño cadáver; luego lo cubrió todo de nuevo. A la luz del día, tenía un aspecto ligeramente abombado, como si el cuerpo fuese mucho mayor de lo que era en realidad.

Al día siguiente de tu venida al mundo, el cirujano volvió a su cabaña con una piedra rara, llamada draconita, que tus padres le habían entregado en pago por sus servicios. Nunca volverían a verse, y supongo que así es como debía ser.

Tus padres te rodearon de amor, pero quedaron profundamente marcados por las circunstancias, tan dolorosas, de tu nacimiento. Nunca las olvidaron; además, en la parte inferior del rostro tenías una pequeña cicatriz blanca en forma de mano.

¿Era la mano del hijo muerto? Aquella marca parecía un adiós, una señal de afecto que un ser dirige a otro al que ama, al que no ha conocido y nunca conocerá.

Una noche en la que tu padre había salido a buscarte, te encontré tendido sobre la pequeña tumba —que ninguna cruz identificaba—. ¿Qué hacías allí, hablando al vacío? De repente, tu padre tuvo miedo. Nunca, ni él ni tu madre, habían mencionado delante de ti esta sepultura ni a la criatura que estaba enterrada en ella. Sin embargo, ahí estabas, tendido sobre ese abultamiento del terreno, como un dragón sobre su tesoro.

En cuanto viste a tu padre, te levantaste y corriste a echarle en sus brazos. En esa época debías de tener unos cuatro años, y tus pequeñas piernas ya te llevaban lejos: a veces dabas largos paseos por el bosque; salías con las primeras luces del alba y no volvías hasta que era noche cerrada, cuando tu madre salía a la escalera de entrada

para llamarte.

Una vez en sus brazos, exclamaste:

—¡Lo sé!

—¿Qué sabes? —dijo tu padre.

—¡Voy a tener una hermanita!

Tu padre te miró, estupefacto. ¿Una hermanita? Su mujer no le había dicho nada. Mordiéndose el labio inferior, se apresuró a volver a la casa para preguntarle:

—¿Esperas un niño?

—¿Quién te lo ha dicho?

—De modo que es cierto...

—Sí.

Tu madre se sonrojó y se secó las manos con el delantal. Aunque pasaba de la treintena, todavía era hermosa, a pesar de las profundas arrugas y los innumerables cabellos blancos que adornaban su rostro, legado de la espantosa noche de tu nacimiento.

—Quería darte una sorpresa.

—¡Una sorpresa! Pero dime, ¿cuándo, cómo?

Loco de alegría, tu padre cogió a tu madre en brazos y la llevó en volandas por la habitación, girando sobre sí mismo.

—¡Gracias, Dios mío, gracias!

Dejó en el suelo a tu madre, que se quedó allí, aturdida, y luego le dio la espalda. Entonces sacó de debajo de su camisa una cruz de bronce que había fabricado él mismo, en su forja, y la cubrió de besos a escondidas de su mujer.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

Tenía una mirada de loco, y no sabía a quién besar, si a su mujer, a su hijo o a la cruz. Era feliz, feliz como nunca lo había sido. En este instante tus padres se creyeron perdonados, y los años que siguieron fueron hermosos.

Adivinar que tu madre estaba encinta, aún; pero conocer por anticipado el sexo del niño era algo que no tenía explicación. Porque tú habías acertado, y la criatura que nació, en una hermosa mañana de primavera, fue una niña, una adorable niñita de cabellos rubios y unos ojos que, después de algunas vacilaciones, decidieron permanecer azules.

Tu hermana era una niña vivaracha y risueña, que dio mucha alegría a tus padres. Pronto sus risas resonaron por toda la casa y sustituyeron a los habituales martillazos y el soplido de la forja.

La noche, sin embargo, debía volver. De hecho ya había empezado a caer en los alrededores de Vézelay, cuando en el año de gracia de 1146 su santidad el papa Eugenio III ordenó a Bernardo de Claraval que predicara una nueva cruzada a Tierra

Santa, para liberar... A decir verdad, no se sabía muy bien qué, pues la tumba de Cristo estaba en manos de los cristianos desde hacía casi cincuenta años; pero cierto rey de Francia y cierto emperador de Alemania deseaban obtener, ellos también, su parte de gloria y formar parte de los «humildes protectores de Cristo».

Como ocurre a menudo, la noche se hizo anunciar con rumores de guerra. Los hombres partían a reunirse con otros que combatían en un país lejano para defender una cruz, o una tumba —no lo sabías muy bien, a pesar de los retazos de información que llegaban a tus oídos—. Porque, a pesar de que vivías apartado del mundo y en un lugar poco frecuentado, tu padre había tenido que atender numerosos pedidos: las espadas y las dagas de buena calidad eran de pronto bienes muy buscados.

Tus padres siempre te habían mantenido alejado de la violencia. Consideraban que con la de tu nacimiento bastaba. Por eso, aunque tu padre fabricaba armas muy hermosas, nunca dejaron que te acercaras a las que salían de su taller ni te hablaron de esos soldados a los que llamaban caballeros, cuyas proezas cantaban los trovadores —aunque pasaban por alto las desgracias que invariablemente las acompañaban, como la peste sigue a las ratas.

Por desgracia, no se puede evitar que los martillazos descargados sobre la hoja de una espada lleguen a oídos de un niño, y cuando estos resuenan desde su más tierna infancia, el niño acaba por comprender. Y así dabas vueltas, como una raposa alrededor de un gallinero, en torno a la forja donde trabajaba tu padre, de la que percibías los sonidos, los olores y su característico calor.

Un día, tu padre entró en la forja y te sorprendió manejando una daga, con la que cortabas el aire. Fintando a la derecha, untando a la izquierda, parecía que supieras combatir, cuando en tu vida habías asistido a un combate. Ante esa imagen, tu padre palideció. ¡Aquella arma era la misericordia que había utilizado en tu nacimiento! Por primera vez te dio una bofetada. Aturdido, soltaste el arma, que cayó a tus pies. Tu padre te preguntó, apuntándola con el dedo:

—¿Sabes qué es esta arma y qué significa?

Te mordiste el labio inferior y permaneciste mudo mientras tu mirada se empañaba.

—Esta arma —prosiguió tu padre—, esta misericordia, significa la muerte del niño a quien debes la vida...

Demasiado turbado para responder, hundiste tu mirada en los ojos de tu padre. Entonces tus labios se entreabrieron y dejaron escapar:

—¿A quién debo la vida?

No comprendías. ¿De qué niño hablaba? Por lo que sabías, solo debías la vida a tus padres.

Se escuchó un crujido en la entrada de la forja, y tu padre se volvió para ver quién estaba ahí. Era su hija, que le observaba sin decir palabra. ¿Cuánto tiempo llevaba

allí? ¿Había asistido a toda la escena? Probablemente, porque su expresión era grave, y su mirada pasaba de tu padre a tu mejilla, enrojecida por la bofetada.

Tu hermana rompió el silencio, diciendo con su bonita voz aflautada:

—Mamá dice que no hay madera.

—¡Morgennes, ve a buscar leña! —ordenó enseguida tu padre, aliviado por haber encontrado un pretexto para poner fin a vuestra conversación.

A pesar del frío que se había abatido sobre la región —el invierno, una vez más, se había adelantado—, corraste hacia el lindero del bosque, donde tu padre había amontonado troncos y haces de leña en previsión de los días crudos.

«Mamá dice que no hay madera», repetías mientras corrías. La frase te parecía rara. La encontrabas extraña. ¿Cómo podía no quedar leña, si esa misma mañana el depósito estaba lleno? Mientras recogías algunas ramas, volviste a pensar en vuestra casa. ¡No cabía duda! Por más que te remontaras en el tiempo, no recordabas que alguna vez hubiera faltado con qué calentarse en el invierno, aunque hubiera sido tan crudo como el de tu nacimiento. ¿Había mentido tu hermana? ¿Había inventado esta historia para que pudieras alejarte? ¿O bien había dicho otra cosa?

«¡Mamá dice que no hay maderos!» ¡Eso había dicho! ¡Maderos, y no madera! Tal vez tu hermana no hablaba de madera para el fuego, sino de otro tipo. De unos maderos que sin duda guardaban relación con el motivo por el que tu padre te había abofeteado. Con la misericordia con la que habías jugado. ¡Que estaban relacionados con la pequeña tumba!

Y en ese momento, la conmoción de un recuerdo te hizo caer de rodillas en la nieve.

¡Lo habías olvidado! Una pelea entre tus padres, una de sus raras peleas —tal vez la única pelea que habían tenido...

¡El pequeño muerto!

Se habían peleado por él, poco después de tu nacimiento. En aquella época, para ti, las palabras estaban vacías de sentido. Pero ahora comprendías. Lo que tu memoria resucitaba, lo descifraba el resto de tu cerebro, proporcionándote su significado.

Tu madre quería olvidar; tu padre, recordar. Sí; tal como había prometido, quería recordar ese cuerpecito destrozado, su crimen. .. Entonces, aunque cedió a las exigencias de tu madre, que había pedido que cierta tumba nunca estuviera marcada con ningún símbolo religioso, replicó:

—¡Al menos le pondré una cruz!

Tu madre se lanzó sobre él, con los dedos como garras. Llevada por la cólera, le laceró el rostro con tanta furia que aún hoy podían verse las marcas —que él atribuía a un oso.

Finalmente tu padre fue a refugiarse en su taller, donde fabricó una cruz. «Nada

empañosará nunca su brillo», dijo a su mujer mientras le mostraba la hermosa cruz de bronce que ya no abandonaría su pecho hasta el acontecimiento que conoces.

—De todos modos —gritó a su mujer—, no hay nadie allá abajo, bajo ese montículo de tierra. ¡Nadie! ¡Si hay alguien enterrado en algún sitio es aquí!

Y se golpeó el pecho.

—Aquí, en mi corazón. Esta es su tumba. Y pondré una cruz sobre ella, porque ese es mi deseo.

Entonces se pasó en torno al cuello la cruz de bronce; se la sacaba de vez en cuando, en la soledad de su taller, para besarla. Pero nunca la dejaba a la vista cuando estaba cerca de su esposa, ya que ambos consideraban que estaban en su derecho; él de recordar y ella de olvidar el crimen que su marido había cometido...

«¡No hay maderos sobre la tumba!»

¿Por qué esa noche? ¿Por qué ahora?

Se levantó viento, un viento terrible, para el que tú estabas desnudo. Se reía de tus ropas, de las gruesas pieles, el manto de lana, la camisa de tela, el pelo, la piel, y soplaba directamente sobre tus huesos. Habría helado hasta a un oso.

En ese momento, un resplandor en el cielo atrajo tu mirada. ¿Una estrella? Parecía ir hacia ti, muy deprisa. Luego una, dos, tres y pronto cuatro estrellas más brillaron tras la primera; las cinco se dirigieron hacia la casa de tus padres.

¡Qué hermoso era! Habrías querido gritar, llamar, prevenir a tu familia de su llegada, pero ningún sonido salió de tu boca. Ante tanta belleza, tus labios permanecieron cerrados. No eran estrellas. ¡Para ti eran ángeles! Cinco ángeles de acero, montados en caballos cubiertos con corazas de oro y plata. Un gran ruido les acompañaba, porque sus armas estaban desenvainadas y a menudo tropezaban contra los árboles del bosque. Sus caballos resoplaban, sus armaduras repiqueteaban, sus yelmos tintineaban. Y cuando una lanza chocaba contra el escudo, sonaba como un himno que celebrara la llegada de esos ángeles caídos de los cielos.

En realidad no solo eran ángeles, sino cuatro ángeles que escoltaban a Dios —pues el primero iba tan bien vestido, con sus blancos colores marcados con una gran cruz roja, que te pareció que era Dios anunciando a los hombres alguna noticia importante.

¡Dios! ¡Era Dios! Ese ser extraño y misterioso al que tus padres solo se referían con medias palabras y al que te instaban a temerlo tanto como a amarlo. ¡Dios acudía a vuestra casa!

Te morías de ganas de bajar por la colina y correr hacia Dios y todos sus ángeles para pedirles que te llevaran con ellos.

Pero entonces resonó un grito:

—¡Corre, Morgennes, corre!

Era tu madre. Se dirigía al encuentro de los ángeles, que espoleaban a sus

corceles para acercarse a ella.

¿Correr?

Sin reflexionar, la obedeciste y saliste corriendo. Pero ¿hacia dónde? De repente, como si te hubiera oído, tu madre gritó:

—¡Hacia el río, Morgennes, hacia el río!

¡Hacia el río! ¡Adelante! Cerraste los ojos, porque de ese modo corrías mejor. Tus pies se hundían en la nieve, pero qué importaba: la tierra te guiaba. Te decía adónde ir, y te permitía concentrarte en lo que oías. Alaridos, tu padre que llamaba, tu hermana que lloraba, tu madre que gritaba.

—¡Corre! ¡Corre!

Parecía que se estuviera peleando. ¿Tu madre? ¿Peleando? ¿Con Dios? Sin duda tu padre estaba luchando con la espada, porque oías el hierro golpeando el hierro, los resoplidos de tu padre y los relinchos de los caballos.

Volviste a abrir los ojos y miraste hacia atrás. La noche lo cubría todo. ¿Ya? No era tan tarde hacía un momento, cuando habías corrido hacia el bosque para coger leña. Y sin embargo era de noche, o las tinieblas tenían otro nombre... Entonces tropezaste.

¿Qué hacía ahí esa raíz? Estabas tendido sobre la nieve, y el frío te atenazaba el pecho, penetraba en tu boca, en tu nariz. «¿Por qué he abierto los ojos? Debería haberlos mantenido cerrados...»

Volviste a cerrarlos, recordaste el terreno, tan familiar para ti, y te levantaste dispuesto a reemprender la carrera. De pronto tuviste la sensación de que un animal enorme te perseguía: escamas y garras furiosas, una bestia que volaba, reptaba y saltaba a la vez. Un monstruo imposible. ¡Un monstruo que bufaba, que mataba! Y tú eras su presa.

¿Qué animal era aquel? ¿Era un dragón, como el que uno de los ángeles de Dios llevaba en su enseña? Sí. Un inmenso dragón—noche, que sumergía en la oscuridad todo lo que se ponía a su alcance, devorando la luz y borrando los confines de las cosas.

Sordo al miedo, seguiste corriendo. «Tendré miedo más tarde», te decías.

El río hacia el que huías era más que un río —era el inmenso brazo líquido de un país colocado a través del mundo, sin cabecera ni desembocadura—, y tú nunca lo habías vadeado. Nadie, que tú supieras, se había aventurado nunca en él, porque en ese río, si bien no era profundo, confluían mil corrientes contrarias que se enfrentaban en su seno, como si mil ríos de igual fuerza se hubieran encontrado allí mezclados, tratando cada uno de imponerse a los demás.

Este río era tan ancho que ningún hombre podría alcanzar con su honda la otra orilla. Sin embargo, un ansia loca de saltar sobre él se apoderó de ti, aunque sabías que era una insensatez.

Esbozaste una sonrisa —la idea te había gustado— y sentiste que te crecían alas. Correr te resultaba fácil, el frío ya no te afectaba. Tal vez fueras solo un niño, ¡pero te sentías un gigante!

Y abriste los ojos.

Detrás de ti, a solo unos pasos, estaba tu padre, con tu hermana en brazos. También él corría, con la boca abierta, y su aliento se elevaba en la noche como una gran columna fría, que pronto destrozarían los jinetes que le seguían al galope.

¡El río! Comprendiste por qué tu madre te había dicho que fueras allí. Estaba helado. La cubierta de hielo te permitiría pasar, mientras que los jinetes —por más que fueran Dios y sus ángeles— se verían obligados a desmontar, y tal vez incluso a desprenderse de su coraza estrellada para desplegar sus alas y cruzarlo volando.

Tu padre jadeaba, escupía, sufría. En vano, porque los jinetes le pisaban los talones y no tardarían en alcanzarle. Si hubiera sido un pusilánime, habría abandonado a tu hermana, la habría lanzado al suelo para que retrasara a sus perseguidores y no frenara su marcha; pero él era un hombre valeroso, o un loco, y no la dejó, sino que, al contrario, la oprimió contra su corazón, como si quisiera tragársela, que penetrara en él, para recogerse luego sobre sí mismo y vadear de un salto el río sobre el que tú ya avanzabas.

Su superficie era terriblemente resbaladiza, por lo que tomabas precauciones para no perder el equilibrio. «Si avanzo como es debido y consigo impulsarme convenientemente, podré llegar a la otra orilla en un santiamén. ¡Adelante!»

El hielo crujió, pero aguantó, y te permitió dirigirte hacia tu salvación... y la muerte de los tuyos.

Porque cuando apenas habías alcanzado la otra orilla, el surco de hielo que habías dejado tras de ti empezó a resquebrajarse, transformándose en una grieta, un abismo ante tu padre.

El, sin embargo, no retrocedió. ¡No podía soltar a su hija! Y siguió avanzando hacia el centro del río, sin apartar sus ojos de ti.

—¡Morgennes! ¡Mírame!

Miraste a tu padre, aferrándote a sus ojos, como si tuvieras el poder, tú que habías sobrevivido, de salvar al que no tardaría en hundirse.

—¡Te quiero!

Los jinetes se acercaban, sus caballos se encabritaban y caían con todo su peso sobre las primeras pulgadas de hielo, que rompían con sus herraduras, sacrificando al dios del río sus primeras víctimas.

El hielo se rompió. Mil rajaduras corrieron en todos los sentidos, se unieron, se separaron y tropezaron las unas con las otras, de tal modo que al final la superficie del río parecía una telaraña del otro mundo, de allí donde el negro era blanco y el

blanco negro.

Estaban perdidos. El agua se apoderó de ellos; se hundieron, abrazados el uno al otro. Tu padre no habría soltado a su hija por nada del mundo. Pero aún no era el final. No del todo. Con la energía que da la desesperación, tu padre todavía encontró fuerzas para abrirse la camisa y sacar la pequeña cruz que nunca le había abandonado. La besó, por última vez, la mostró a los jinetes que iban tras él y que ya apuntaban sus arcos en dirección a vosotros, y la lanzó hacia ti.

—¡Morgennes! —¡Papá!

—¡Ve hacia la cruz! ¡La cruz!

Corriste hacia la cruz, que había caído a solo unos pasos de ti, cuando un ruido líquido atrajo tu atención.

Era tu padre, había muerto. Unas burbujas subieron a la superficie y enseguida quedaron atrapadas por el hielo, el mismo hielo en el que una manita infantil, opaca y oscura, pareció dibujarse y luego desapareció.

4

Aquí empiezo mi relato.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Erec y Enid

Morgennes me condujo hasta el calvero del bosque. Allí, tras constatar la magnitud de los daños y comprender, sin que él tuviera que explicármelo, que el puente y la pequeña iglesia eran una misma cosa, le dije:

—Ya solo me queda volver a Beauvais...

—Lo siento muchísimo. Nadie venía nunca a esta iglesia, y pensé que tal vez sería mejor...

—¿Hacer un puente con ella?

—Sí.

—Habrá que creer que ese era su destino... De pie en medio del claro donde se habían levantado los muros de una de las más antiguas capillas de Flandes, Morgennes me miró con expresión interrogativa.

—Según los archivos que he consultado —dije—, esta iglesia fue construida con las piedras de un puente que se encontraba en alguna parte por aquí cerca.

—No es raro, entonces, que nadie viniera nunca aquí. No hay modo de cruzar en leguas a la redonda. Vos sois el primer ser humano que veo desde hace años.

Abrí ojos como platos, estupefacto.

—¿Cómo? ¿Y vuestra familia? ¿Y vuestros padres?

Morgennes tendió el brazo hacia el otro lado del puente y dijo:

—Están por allí, creo...

Se fue a remover las cenizas de un pequeño fuego que había encendido para la noche, permaneció en silencio, y luego añadió:

—De hecho, me parece que están muertos.

—Oh —dije yo—, es una triste noticia. ¿De modo que estáis solo en el mundo?

Asintió con la cabeza, con los labios apretados, y luego me preguntó:

—¿Quién construyó ese puente?

—No lo sé —respondí—. Probablemente los romanos.

—¿Los romanos?

Algo en el tono de su voz revelaba que no tenía ni idea de quiénes eran esos «romanos»; de modo que rápidamente le hice un resumen de la historia de Roma.

—Vaya —dijo Morgennes, decepcionado—, ya veo que no eran ellos...

—¿Que no eran ellos? ¿Qué queréis decir?

—Justo antes de morir, mi padre me dijo que fuera hacia la cruz... Primero pensé que se trataba de esta cruz —me dijo, mostrándome la pequeña cruz de bronce que tenía en la mano—. Luego, que era la que coronaba la iglesia —me dijo, no mostrándome nada—. Pero al escucharos, me he preguntado si no hablaría de los romanos...

—También podía hacer alusión a Jerusalén y a la reliquia de la Vera Cruz, donde fue crucificado Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Nuestro Señor Jesucristo? —dijo Morgennes—. ¿Quién es?

—¿Cómo? ¿No lo sabéis?

—No.

—Pero ¿qué clase de pájaro sois vos? Debéis de ser el único hombre que no ha oído hablar de Él...

—No soy ningún pájaro. Y vos, ¿qué tipo de hombre sois que seguís los pasos de una gallina y cruzáis, el mismo día en que lo he terminado, un puente que he tardado años en construir?

—¿Que quién soy?

Dejé escapar un profundo suspiro.

¿Qué se sabe de mí? No gran cosa.

Para resumir, esto es lo que la historia ha retenido de mi persona. Se dice que nací hacia el año de gracia de 1135, pero no se sabe dónde. Algunos dicen que en Troyes, otros que en Arras... Flandes y la Champaña son mis regiones predilectas, aunque aquí y allá se diga que viajé mucho —a Inglaterra, a Tierra Santa, al Imperio Germánico, a Constantinopla y a otras muchas regiones que la razón se resiste a nombrar—. Estos son, pues, a grandes rasgos, mis orígenes. No hablaré de mi muerte, ya que este no es el momento ni el lugar. En cuanto a mi vida adulta, será expuesta en las páginas que siguen, aunque no constituya el motivo principal, sino solo el ornamento —o el envoltorio, si esta metáfora os complace más—. Mi nombre, finalmente. Nadie lo conoce con certeza, por más que haya quedado registrado como Chrétien, ya que esa es la firma que aparece en mis relatos.

Pero ¿soy también Saint-Loup de Troyes, el canónigo? ¿Y Chrétien li Gois, el autor de *Philomena*?

Tal vez sí, tal vez no. A decir verdad, no es importante. Lo que cuenta es mi encuentro con Morgennes. En cierto modo fue una señal. Una señal que Dios me enviaba para decirme: «¡Observa cómo es este hombre!». Y en efecto, ante mí tenía a un adolescente mil veces más valeroso que el adolescente que yo había sido; mil veces más valeroso, incluso, que el hombre que era. Tal vez ocuparme de él, tomarlo

bajo mi protección, fuera la razón que me había llevado a estos parajes. En cualquier caso, no iba a abandonar al primero y último de mis fieles; de modo que le propuse que me acompañara a Saint-Pierre de Beauvais.

Morgennes, que por lo visto estaba hambriento, no me respondió inmediatamente; en lugar de eso fue a buscar a un rincón de su calvero un puñado de musgo y setas y me invitó a compartirlo con él.

Mordiendo, no sin aprensión, la carne cruda de lo que parecía un hongo, le propuse:

—Si me acompañáis a Beauvais, podréis comer queso y pan... También tenemos pescado, y a veces carne.

—¿Y gallinas?

—Sí. Pero esta no es para comer —añadí, siguiendo su mirada, clavada en mi gallina.

—¿Por qué?

—Es una gallina especial. Se llama Cocotte... Además, podréis consultar nuestros archivos y aprender algo más sobre este puente.

—¿Vuestros archivos?

—Sí. Tenemos una de las mejores bibliotecas de la región. ¡Cuenta con más de un centenar de obras!

—Yo no sé leer...

—Os enseñaré.

—¿Por qué hacéis todo esto? —me preguntó.

Entonces me levanté para decirle:

—Dios os ha colocado en mi camino. Sin Él, nunca hubierais podido construir este puente, gracias al cual yo he podido cruzar. .. ¿No os dais cuenta de la ironía que encierra esto?

—No.

—Si no hubierais demolido esta iglesia, nunca habría podido cruzar este río; de modo que la iglesia no habría servido para nada, porque ningún sacerdote habría venido a darle vida. Pero la habéis desmontado, ¡y gracias a vos he podido cruzar en cuanto he llegado! ¡Sin embargo, ya no hay iglesia! En ambos casos tenía que volver a Beauvais. Pero en el primero habría vuelto solo, después de años de vagabundear buscando un puente que no existía.

Morgennes sacudió la cabeza de derecha a izquierda, con aire dubitativo.

—No, no —me dijo—. No lo he hecho para vos. Lo he hecho para mí... Para mis padres, para que pudieran cruzar y salvarse también...

—No comprendo. ¿No habíais dicho que habían muerto?

Morgennes me contó su historia. Al escucharla, se me heló la sangre en las venas. Era fácil reconocer, en los excesos de esos jinetes, un ejemplo más de las numerosas

expediciones punitivas dirigidas contra los judíos que los cruzados llevaban a cabo para calentarse la sangre antes de pasar a ultramar.

¿Morgennes era judío?

No me atreví a preguntárselo.

—También tengo raíces, si aún tenéis hambre —me ofreció.

Su generosidad, y también la calma y el valor con los que se enfrentaba a su situación, me hicieron tomar una extraña decisión. Para descargar mi conciencia, le pregunté:

—¿Sabéis qué día es hoy, para los cristianos?

—No.

—Lo imaginaba. Pues bien, debéis saber que hoy es «día de ayuno», porque es Viernes Santo, un día en el que debemos arrepentimos de nuestros pecados y adorar la cruz. ¡En este día fue vendido por treinta denarios y luego crucificado «el que estuvo libre de todo pecado»!

—No estoy seguro de entenderlo...

—Tal vez os sorprenda lo que os diré, pero ¡yo tampoco!

Con gran sorpresa por su parte, saqué de mi zurrón una vina—jera llena de vino de misa, seguida de su cortejo de hostias. Añadí un mendrugo de pan, dos huevos de Cocotte (frescos de esa mañana) y un pedazo de salchichón, que constituían los restos de mi última comida.

—¡Adelante! ¡Disfrutad del convite!

Hostias, vino, pan, huevos y salchichón desaparecieron en el gáznate de Morgennes en menos tiempo del que he necesitado para contarlos; enseguida me preguntó: —¿Os quedan hostias?

—¡Os he dado todo lo que tenía!

Morgennes sonrió, se limpió la boca con el dorso de la mano, y declaró:

—De acuerdo. Iré a Beauvais con vos.

Luego, contemplando con aire triste los oscuros maderos que le rodeaban, añadió:

—Aquí, mi tarea ha terminado.

Y todos exhalaban un amargo lamento al ver a padres o amigos lisiados o mutilados, arrastrados por el río.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

Morgennes temblaba. Avanzaba a pasitos cortos, apoyándose en la balaustrada de piedra que había levantado él mismo. Mientras veía cómo volvía por el lado verdeante de la orilla, aquel por el que yo había llegado, volví a pensar en esta historia: «Había una vez un soldado que renunció al oficio de las armas por el amor de una mujer. Esto ocurrió hace mucho tiempo, en Tierra Santa. Este soldado volvió a su casa, llevando del brazo a su bienamada. Pero como ella era judía y él era cristiano, las gentes veían su relación con malos ojos, por lo que tuvieron que huir y vivir en lo más profundo del bosque, a orillas de un río que se consideraba infranqueable. Transcurrieron varios años, durante los cuales su amor se fortaleció. Habrían podido ser felices, si no hubiera planeado sobre ellos una sombra: no conseguían tener hijos. El soldado volvió a atravesar el mar y buscó un puñado de hierbas mágicas de las que le había hablado su mujer. "Estas hierbas me volverán fértil", le había dicho ella...». Según mi padre, que me relató esta leyenda, el soldado consiguió encontrar las hierbas y se las llevó a su mujer. Pero Dios les reservaba otra prueba: por un terrible golpe del destino, se les permitiría tener lo que más deseaban solo si renunciaban a *lo que más deseaban*...

¿Era Morgennes ese niño que había sobrevivido a aquella pareja?, me preguntaba. Aunque lo cierto era que en ese instante más bien me recordaba al soldado de la historia: un hombre que se esforzaba en alcanzar un objetivo que Dios había colocado suficientemente lejos de él para que no lo alcanzara nunca, pero suficientemente cerca para que lo tuviera constantemente ante los ojos.

Me di cuenta entonces de que Morgennes seguía en medio del puente. Me acerqué a él y le ofrecí mi ayuda, que aceptó. Estaba como petrificado; era incapaz de apartar la vista de unas aguas en las que creía ver cómo se retorcían los suyos, siluetas fantasmales que dibujaban los remolinos del río.

—Cerrad los ojos —le dije—. Yo os daré la mano.

Morgennes obedeció, cerró los ojos y se dejó guiar. Luego, cuando llegamos a la otra orilla, le dije:

—Podéis volver a abrirlos.

Miró alrededor, como quien trata de reconocer en los rasgos de un anciano a un amigo de otros tiempos.

—He fracasado —me dijo.

—¿Cómo? Pero creía que... Habéis triunfado. Habéis cruzado.

—Tal vez. Pero no era eso lo que yo quería. Lo que me habría gustado es que ellos pudieran cruzar.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Mi padre. Mi hermana. E incluso mi madre, que debió de quedarse en este lado... Si este puente hubiera existido, habrían podido pasar, y se encontrarían sanos y salvos conmigo, en la otra orilla.

—¡Pero Morgennes, si ese puente hubiera existido, los jinetes también lo habrían atravesado, y ahora estaríais todos muertos! Estoy seguro de que Dios quiso que solo vos sobrevivierais.

—¿Dios lo quiso?

Asentí, compungido, con las manos entrelazadas sobre el vientre, como me habían enseñado a hacerlo en estas circunstancias.

—Entonces, ¿él es el responsable de este drama? —me preguntó.

No supe qué responderle.

Turbado, me miró sin verme. Su mano apretó la cruz de bronce, que había llevado consigo y que no soltaría por nada del mundo.

—Pero ¿por qué?

—Los caminos del Señor son inescrutables.

—¡Tiene que haber una explicación!

—No he dicho que no la haya, solo he dicho que no podemos conocerla.

Se alejó, volvió sobre sus pasos, como si buscara su camino, volvió a marcharse... Echó una ojeada a los dos edificios en ruinas, uno de los cuales era, sin duda, una forja, a juzgar por el yunque herrumbroso que yacía tirado en el suelo. Morgennes lo tocó, y se puso a llorar en silencio.

—Ni siquiera mamá sigue aquí...

Evidentemente era él. No había duda. Era el hijo de esa mujer a quien mi padre había ayudado a dar a luz, en una larga noche de invierno, una quincena de años atrás. Me embargó la emoción. Tenía el deber de velar por Morgennes. Debía continuar lo que mi padre había empezado.

Me acerqué a él y le puse la mano en el hombro. ¿Qué podía decirle, yo que había pasado tantos años huyendo de mí mismo? Yo era lo opuesto a Morgennes. Dios me daba miedo. ¿Encontraría las palabras? «¡Háblale de tu padre!», me murmuró una

voz. Pero no. Nunca. Porque ¿cómo anunciar a Morgennes: «Soy el hijo de aquel que fracasó en salvaros...»? Imposible. Tenía que encontrar otra cosa. Después de aclararme la garganta, murmuré:

—Yo también he fracasado.

—¿En qué?

Dudé un momento, y luego confesé:

—En realidad no quería ser sacerdote... Soy narrador de historias. Durante mucho tiempo creí que era el mejor... Pero no lo soy.

—Aún no —me dijo Morgennes.

—Voy a deciros por qué Cocotte es tan especial para mí —le dije señalando a mi gallina—. La gané en un concurso. Cada cuatro años se celebra en Arras una fiesta llamada Puy, donde trovadores y troveros compiten con sus rimas...

Le conté mi historia, cómo había conseguido cautivar a mi auditorio. Mi *Historia del rey Mark y la rubia Iseo* era, sin duda alguna, esplendorosa; ya saboreaba mi victoria por adelantado, cuando Gautier de Arras entró en escena... Empezó a recitar los primeros versos de su obra, *Erodio*, que trataba del emperador Heraclio y de la gloriosa forma en la que había conseguido recuperar la Vera Cruz, robada por los paganos en Jerusalén.

La multitud se entusiasmó con aquella historia.

¡El éxito fue tal que lo regaron con vino, hasta el punto de que los que se acercaban a él se embriagaban con los vapores! Le dieron el primer premio, que consistía en una estancia de cuatro años en la corte de María de Champaña, donde tendría la posibilidad de concluir su obra sin tener que preocuparse por nada.

—¿Y qué tiene que ver esto con Cocotte? —me preguntó Morgennes.

—Era el segundo premio. Todavía puedo oír a María de Champaña diciéndome: «Sus huevos os alimentarán el cuerpo y el alma...». Hasta el momento, principalmente han alimentado mi cuerpo...

—Y también un poco el mío —dijo Morgennes, volviéndose hacia Cocotte—. ¡En cualquier caso, es un segundo premio muy apetitoso!

—Hubiera podido ser peor. El tercer premio era solo una cesta de huevos...

—¿Cuándo tiene lugar el próximo concurso?

—Dentro de algo menos de cuatro años.

—¡A fe mía que esta vez lo ganaréis!

Dos días más tarde llegamos a Saint-Pierre de Beauvais, donde reinaba, como siempre, una febril actividad. Las campanas tocaban a maitines y las primeras luces del alba acariciaban el trigo, que formaba en torno a la iglesia una aureola de espigas.

Poucet, el padre superior, nos recibió poco después de nuestra llegada, y fuimos a deambular por los pasillos de la abadía, donde resonaban voces.

—De modo que ya estás otra vez aquí... —me dijo en su habitual tono jovial.

—Sí, lo acepto —respondí simplemente, sabiendo que él comprendería.

Poucet dio una palmada y bramó:

—¡Por san Trémeur de Carhaix! ¡Lo sabía!

Luego, en voz baja, porque las cabezas encapuchadas se habían vuelto hacia nosotros, añadió:

—No veas ninguna ofensa en ello, mi querido Chrétien, pero no estás hecho para la prédica. Ni por un instante creí que pudieras estar más de una semana alejado de tu próximo relato...

Doblamos la esquina y nos dirigimos hacia un corredor que conducía a una puerta claveteada. Detrás se elevaban las voces que habíamos oído desde nuestra llegada al monasterio.

—Padre, me gustaría haceros una pregunta.

—Te escucho.

—¿Nunca habéis dudado?

—¿De qué? ¿De tu regreso? ¡Ni por un instante!

—Sin embargo, podría haberme sentido bien allí, encontrar la iglesia de mi gusto...

—¿Sentirte bien allí? ¿Encontrar la iglesia de tu gusto, dices? ¡Vamos, si es solo una ruina! ¿O no es así?

Poucet volvió hacia mí su mirada brillante de inteligencia, donde asomaban la malicia y la burla.

—De modo que lo sabíais.

—¿No tenía razón? —preguntó.

—Sí.

Al llegar ante la puerta claveteada, Poucet me dijo:

—Aparte de las arañas y la carcoma, nadie ha tocado tus cosas. Encontrarás tu manuscrito tal como lo dejaste.

—Me habíais dicho que lo daríais al hermano Anselmo.

—Te mentí. ¿Me crees lo bastante loco como para confiar a otro aquello para lo que Dios te ha creado? Encuéntrame a alguien tan dotado como tú y entonces aceptaré confiarle la tarea de representarnos en el próximo Puy. Pero tú eres el mejor, y te necesito...

—Una última cosa.

—Te escucho.

—Este joven de aquí, detrás de mí... —dije señalando al andrajoso Morgennes.

—¿Sí?

—¿Podríais aceptarlo en nuestra orden?

—Sabe contener la lengua. Esto ya es un punto a su favor. Pero ¿qué edad tiene?

—Quince o dieciséis inviernos.

—Si fuera más joven —prosiguió Poucet-, no habría visto inconveniente. Pero es demasiado mayor...

—En ese caso, ¿no conocéis en los alrededores a alguna persona de noble linaje que pudiera admitirlo como escudero?

—¡Vamos, piensa! La mayoría de estos mozos manejan la espada desde los tres años. Saben montar a caballo y combatir en justas. ¿Has sostenido alguna vez una lanza? —preguntó Poucet a Morgennes.

—Nunca.

—No seré yo quien te lo reproche... ¿Cuáles son tus principales cualidades?

Morgennes se cogió el mentón con la mano y pareció reflexionar un instante.

—Mi madre me encontraba valiente. Mi hermana, buen compañero de juegos. Mi padre me decía siempre que tenía una memoria sorprendente. Además, no le hago ascos al trabajo.

—Sin duda estas son cualidades apreciables, pero ¿sabes latín?

—No.

—¿Sabes siquiera leer?

—Tampoco.

—Concretamente, ¿qué sabes hacer? ¿Pisar la uva? No. ¿Segar? No. ¿Cortar el heno? Tampoco. Si no he entendido mal, tu padre era herrero. ¿No te transmitió su oficio?

—No tenía esa intención —dijo Morgennes.

—Lástima —replicó Poucet.

Entonces decidí intervenir:

—Morgennes es fuerte. Sabe tallar la piedra. ¡Y es constructor! Le he visto construir un puente, y a fe mía que es uno de los más bellos que me ha sido dado contemplar.

—¡No estamos en una cofradía de canteros! Tal vez en París, si prueba suerte con el levita Maurice de Sully, podría unirse al equipo que está reuniendo para construir una catedral...

—Si él se va, yo me iré también —dije.

—Chrétien, sabes cuánto te aprecio, pero eso es imposible. Demasiados hermanos han cruzado ya la puerta de este establecimiento cuando deberían haber permanecido fuera... ¿Y cuántos se han quedado fuera a pesar de que merecían entrar? No, por desgracia me siento obligado a rechazarlo... El obispo Grosseteste pronto vendrá a visitarnos, e interrogará a todo el mundo. ¡Si se da cuenta de que he aceptado a un acólito de quince años, y que además no sabe leer ni escribir, estamos listos!

—¿Pronto vendrá a visitarnos, decís? ¿Y cuándo será eso?

—Dentro de seis días.

Dejé escapar un suspiro. Imposible hacer nada en seis días...

—Tendré tiempo más que suficiente —dijo Morgennes.

—¿De qué? —pregunté.

—¡De aprender latín!

Poucet le tomó la palabra.

—Te doy cinco días. ¡Si dentro de ese plazo hablas latín como Chrétien y como yo, te aceptaré entre nosotros!

—¡Dadme un buen profesor, y en tres semanas, además de hablarlo, lo leeré y lo escribiré!

Poucet le miró como si estuviera loco, y luego se volvió hacia mí.

—Enséñale todo lo que sabes.

6

En él, la madera mantenía las promesas de la corteza.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

Morgennes no había mentido. Porque, antes de deteriorarse debido a circunstancias que tendré que relataros más tarde, su memoria era prodigiosa. No había picadura de abeja, temblor de luz, silbido de metal calentado al rojo y sumergido en un barreño de agua fría del que no conservara el recuerdo, cuidadosamente guardado en el fondo de su ser. Morgennes era desconcertante, hasta el punto de no parecer humano. O esa era al menos la sensación que había tenido al conocerle, una sensación que confirmaron los días que luego pasé a su lado. Nadie era de su época. Morgennes, a mis ojos, era un ser solitario, no en el sentido en el que normalmente se entiende, sino en el sentido de que siempre parecía situado en otro tiempo, en otra época, tal vez del otro lado de su río. Como si nunca lo hubiera atravesado realmente.

Esto, añadido a su capacidad de trabajo y a los tres días y noches que pasamos juntos estudiando conjugaciones y declinaciones, hizo que llegara una mañana en la que pudo entonar el Te Deum y el Ave María sin que pudiera establecerse ninguna diferencia entre su forma de cantar y la de un viejo monje. La entrevista con Poucet apenas fue una formalidad, y Morgennes recibió su tonsura.

Cuatro días habían bastado para hacer de él un religioso, al menos en apariencia. Pero eso era todo lo que le pedían.

Porque él había entrado en Saint-Pierre de Beauvais más como una raposa en un gallinero —para llenarse el estómago—, que para someterse al gran dios de las gallinas. ¿Y cómo podría reprochárselo? Morgennes estaba lejos de ser el primero que actuaba así. (Yo estaba bien situado para saberlo.) En esa época, numerosos oblatos —a los que llamaban «alimentados»— eran confiados a los cuidados de la Iglesia porque sus familias no alcanzaban a subvenir a sus necesidades.

Incluso al padre Poucet le gustaba contar que, cuando era pequeño, sus padres lo habían abandonado varias veces en el bosque, con sus hermanos, porque en esos tiempos de guerra acechaba el hambre.

Con todo, además del hambre, también el derecho de primogenitura, la pereza, una fealdad extrema, la imbecilidad y —¿por qué no?— un formidable fervor

religioso, explicaban el extraordinario aflujo de candidatos que se apiñaban a las puertas de nuestros monasterios, iglesias y abadías. Así, las iglesias se veían forzadas a rechazar a algunos, o bien a ampliarse —ése era el caso de Saint-Pierre de Beauvais—. Por eso, la mañana de la visita de Grosseteste, Poucet —que estaba encantado con la presencia de Morgennes— me previno:

—¡Si nos lo pregunta, le diremos que Morgennes tiene doce años!

Una precaución inútil, porque el obispo no vino. Con el pretexto de una cita en la corte de María de Champaña, Grosseteste aplazó su visita para más tarde, y de más tarde a nunca.

Morgennes era de los nuestros.

Un día, mientras disfrutaba viendo cómo aprendía a leer y a escribir con tanta facilidad, le pregunté:

—¿Estás contento con tus progresos?

—Sí y no —me respondió.

—¿Cómo es eso?

—Aprendo bien, es cierto. Y estoy contento de ello. Sin embargo...

—¿Qué?

—Mi lugar no está aquí, y tú lo sabes.

Tenía razón. Yo lo sabía, sí. Pero estaba demasiado ciego para admitirlo. Luego nuestra conversación tomó otro rumbo, que me permitiría valorar mejor la magnitud de las prodigiosas facultades de Morgennes. Como parecía preocupado, le pregunté:

—¿En qué piensas?

—¿Qué es un levita?

Este brusco cambio de tema me sorprendió. Me lo llevé aparte, murmurando:

—¿Por qué me haces esta pregunta?

—Cuando Poucet empleó este término, el día de mi llegada, me pareció que no tenía el mismo sentido que yo conocía y que mi madre le daba.

—¿Qué sentido le daba, ella?

—El de guardián del templo...

—Ah, entiendo —dije, incómodo—. Trata de olvidar eso, o mejor dicho, de no repetirlo a nadie que no sea yo. Pero el sentido es más o menos parecido. Un levita es un diácono, un miembro del clero. Dicho de otro modo, alguien que, como yo, tiene vocación de ser ordenado sacerdote, y que antes de eso ha sido subdiácono, y antes aún (cuando pertenecía, como tú, a las órdenes menores) fue hermano portero, lector, exorcista...

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto tiempo qué?

—¿Cuánto tiempo antes de ser exorcista, por ejemplo?

—A fe mía que si sigues trabajando de este modo, lo serás antes de la próxima Nochevieja. ¡Cuatro años más y podrás aspirar al rango de hermano portero! Luego podrás ser subdiácono, y más tarde diácono... Y tal vez un día te ordenen sacerdote. A partir de lo cual...

—¿Y cuándo se acaba eso?

—¡Pues nunca!

—¿Quieres decir que cuando uno entra en la Iglesia, es para toda la vida?

—Para toda la vida, sí. E incluso para después —dije persignándome.

Esta respuesta no pareció alegrar a Morgennes, que volvió a adoptar la misma expresión preocupada que tenía hacía un momento.

—Y ahora, ¿en qué estás pensando?

—¿El rey Arturo existe?

Una vez más me había cogido por sorpresa.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Me gustaría que me hiciera caballero.

—Por desgracia, el rey Arturo ya no existe. Y es mejor así. Olvida a los caballeros, Morgennes. Vivirás mejor sin ellos...

—¿Y el Santo Grial? ¿Tampoco existe?

—Pero veamos, ¿quién te ha hablado de todo eso?

—Unas voces, el día de nuestra llegada.

—¿Unas voces? Pero ¿dónde? ¿Cuándo?

—En los pasillos del claustro, cuando nos dirigíamos hacia el *scriptorium*. Hablaban del rey Arturo y del Santo Grial, y luego también de caballeros...

Por increíble que parezca, Morgennes me recitó entonces algunas páginas de la *Historia Regum Britanniae*, de Godofredo de Monmouth, que mis hermanos estaban copiando ese día.

—¿Cuánto tiempo has necesitado para memorizar esto?

—¿Memorizar? Lo oí. Está ahí, en mi memoria. ¿Por qué me haces esta pregunta? No comprendo.

—¿Qué es lo que recuerdas?

—No he olvidado nada.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Cuál es tu recuerdo más antiguo?

La mirada de Morgennes se cubrió de bruma; luego acarició la extraña cicatriz blanca, en forma de mano, que tenía en la mejilla. Parecía recordar una presencia, tierna y amada.

—Nunca olvido nada —dijo Morgennes—. Ni ofensas ni favores. Nada.

Entonces me habló de su memoria. Y podéis creerme si digo que era tan

extraordinaria que llegaba a reconocer en la redondez de un estratocúmulo al hijo de un cumulonimbo que había pasado el año precedente.

—¡Por san Martín! —dije dando un brinco.

¡Con un hombre como ese, ninguna historia se perdería! Si algún libro se quemaba o era devorado por las larvas, bastaría con recurrir a Morgennes para recuperarlo, siempre que se lo hubieran recitado o lo hubiera leído antes.

Una idea cruzó por mi mente.

—¡Ven, vamos a viajar!

Uniendo el gesto a la palabra, acompañé a Morgennes junto a Poucet, a quien solicité:

—¡Padre, dadnos algunos denarios!

—¿Cómo? —exclamó Poucet-. ¡Acaso quieres mi muerte y la de tu comunidad! No sabes lo apurados que estamos, ni siquiera sé si...

—Es una inversión. No lo lamentaréis. Morgennes y yo iremos a las peores posadas, beberemos los peores vinos, comeremos paja, ¡pero tenéis que darnos con qué viajar!

—¡Por Dios, Chrétien, un poco de moderación! Si debéis viajar, os prestaré mis botas. Os permitirán cubrir siete leguas de un solo paso, y por tanto ahorrar en el coste del trayecto... Pero dime qué tienes en la cabeza.

—¿En mi cabeza? Oh, no gran cosa, me temo. Pero el cerebro de Morgennes... ¡Puede contener el mundo entero!

Llevado por mi entusiasmo, me arrodillé, cogí sus manos y me las llevé a los labios, como un niño hace con su madre cuando trata de hacerse perdonar. Después de haberle contado mi proyecto, le imploré:

—Por piedad, padre. Morgennes es un prodigio, un don de Dios para nuestra comunidad. ¡Por alguna razón que ignoro, su memoria lo retiene todo! Es un milagro.

—Una maldición —suspiró Poucet-. Pero en fin, eso no es nada nuevo. ¿Debo recordarte cómo entró Morgennes en nuestra comunidad?

—No. No lo he olvidado. Pero es inconmensurablemente más que eso, ¡porque no se trata solo de aprender a hablar en latín en tres días!

—Bien. Veamos, hijo mío —dijo Poucet volviéndose hacia Morgennes—, ¿te acuerdas de nuestra primera entrevista?

Morgennes se la repitió palabra por palabra. Cuando le preguntaron por el tiempo que hacía ese día, habló de las espigas cargadas, doradas como monedas depositadas en el cofre. Luego recordó las telarañas que adornaban mi último manuscrito, habló del hermano Anselmo y de los deslarvadores, precisó el lugar donde se encontraban, describió su aspecto... ¡Palabras, sensaciones, colores y olores, todo estaba ahí, como el primer día!

—¡Por la Iglesia! —exclamó Poucet-. Tengo la impresión de que no puede ser

más correcto...

—¡Preguntadle por la Biblia!

Poucet me interrogó con la mirada. ¿Por qué la Biblia? Porque era la obra con cuya ayuda Morgennes había aprendido a leer.

—¿Génesis, 6,4?

Morgennes recitó: «Por aquel entonces había gigantes en la tierra, y también los hubo después de que los hijos de Dios se unieran a las hijas de los hombres y ellas les dieran hijos: esos fueron los héroes de la antigüedad, hombres famosos».

Poucet sacudió la cabeza, con expresión a la vez grave y satisfecha. Luego levantó los ojos hacia Morgennes —ya que este le sacaba algo más de una cabeza—, y le dijo:

—¿Sabes que para Platón la memoria es lo que permite acceder al verdadero conocimiento? ¿Que para san Agustín es conciencia, no solo de sí, sino también del mundo y de Dios?

Haciendo una pausa en su discurso, se acercó a su escritorio y se sirvió una copa de vino.

—Hijo mío —continuó—, si tu memoria es hasta tal punto prodigiosa, tal vez sea porque cuentas entre tus antepasados con uno de esos héroes, descendientes de los hijos de Elohim... Es tu maldición. Tu carga. Tendrás que arreglártelas con ella; solo deseo, por tu bien, que un día llegues a olvidar.

—No tengo ganas de olvidar —dijo Morgennes.

—Aún no —dijo Poucet—; pero ya llegará.

Vació su copa y añadió:

—Dicho esto, ¡sería una verdadera pena no aprovecharla!

Se dirigió hacia un viejo cofre de madera cerrado con un candado. Después de abrirlo, sacó de él un par de botas manchadas de polvo.

—No las he utilizado desde hace mucho tiempo —dijo, limpiándolas con la manga—, pero creo que todavía están en buen estado. ¡Pruébatelas!

Morgennes cogió las botas. Parecían un poco pequeñas, pero se adaptaron milagrosamente a sus pies cuando se las calzó.

—¡Fantástico! —dijo Poucet.

Después de haberme entregado una bolsa llena de denarios, el superior nos acompañó hasta la entrada del monasterio. Allí, nos apretó contra su pecho y nos dio este consejo:

—Guardaos de los ogros...

Durante aproximadamente tres años, al cabo de los cuales Morgennes fue nombrado hermano portero, hicimos juntos viajes fabulosos. Yo encaramado sobre los hombros de Morgennes, y él calzado con las botas de Poucet, con Cocotte en mis

brazos, recorrimos diversos lugares en busca de cuentos y leyendas. Lo que entonces descubrimos, lo cogimos sin que su propietario quedara despojado de ello.

Tras hacernos pasar por estudiantes en una ciudad, juglares en un castillo, y penitentes en una abadía, recogimos todas las historias que aparecieron ante nuestros ojos o llegaron a nuestros oídos.

Al término de los cuatro años que nos separaban del siguiente Puy de Arras, ya habíamos proporcionado a nuestros hermanos de Beauvais casi tantos relatos como los que se conservaban por entonces en Alejandría. La biblioteca de Saint-Pierre de Beauvais era la más completa de la cristiandad, después de la de Roma, que precisamente teníamos intención de ir a visitar después del festival..., en el que nuestra vida cambiaría de un modo radical.

Grande era la alegría en la sala. Cada uno mostraba lo que sabía hacer: este saltaba, aquel hacía cabriolas, y el de más allá, trucos de magia; uno silbaba, otro cantaba, ese tocaba la flauta, ese otro el caramillo, otro la viola, y otro más la vihuela.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Erec y Enid

Ayudándonos de los codos en las inmediaciones de Arras, y luego de los pies y de las manos en sus atestadas calles, Morgennes y yo nos abrimos paso hacia una taberna donde se alojaban los concursantes.

—Ya verás —le dije antes de entrar en la sala llena de humo— como no hay compañía más agradable que la de los poetas. ¡Siempre tienen una ocurrencia a punto! Y nada, de violencia, solo de boquilla...

—Después de ti —me dijo Morgennes, invitándome a precederle.

La posada estaba —como correspondía— abarrotada. Del techo colgaban tantos faisanes que se habría dicho que llovían del cielo. Ocas y patos desfilaban orgullosamente en los platos que enarbolaban un ejército de marmitones. Todo el espacio estaba ocupado, cuando no por una mesa, por un taburete. No cabía ni un alfiler. No se veían bancos, sino diez pares de nalgas. ¡La gente se ahogaba! ¡Se cocía a fuego lento! Algunos invitados demasiado borrachos, llevados por sus amigos, se cruzaban al salir con deliciosos asados. Pequeños barriles de cerveza hacían las funciones de jarras, y las jarras, de vasos. Por todas partes se oían llamadas y gritos, se entrecruzaban estancias y se discutía a golpe de versos entreverados de rimas. «¿Me lanzas una octava? ¡Yo te replico con un dodecasílabo!»

—¡Qué maravilla! —dije a Morgennes—. ¡Vaya ambiente!

—¿Queréis que os la desplume? —preguntó una sirvienta arrancándome de las manos a Cocotte.

—¡No es para comer! —exclamé escandalizado, volviendo a cogerla.

—¡Pues entonces largaos! ¡Aquí se viene a cenar!

—¡Dejadlos! El señor está conmigo, y su amigo también —dijo una voz que yo conocía bien.

—¡Gautier de Arras!

Con todo, no me atreví a abrazarle. El vencedor del concurso anterior me dirigió una mirada extraña, y me espetó:

—¡He terminado mi obra! ¿Y tú?

Me golpeé el pecho en el lugar donde había deslizado las primeras páginas de *Cligès*, mi manuscrito, y respondí:

—Aquí está.

—¡Sentémonos y bebamos! Os invito —dijo mientras nos empujaba hacia un banco.

Y así acabamos encajados entre algunos poetas que yo ya conocía. Jaufré Rudel, cuyas insignificantes y lamentables canciones recordaban a las de las viejas aguadoras y que, de vuelta por fin de Tierra Santa, parecía una ostra secada al sol. Marcabré, llegado de Gascuña, a quien en otro tiempo apodaban «el Torrija» y cuya voz recordaba a la de una rana encerrada en un tarro. Y sentado a su lado, su compadre Cercamón, así llamado porque supuestamente había dado la vuelta al mundo y sobre el que yo no tenía nada que decir, excepto que había que desembolsar medio óbolo para alquilar sus servicios y que cantaba como si tuviera dolor de muelas.

—Buenos días a todos —les dije, saludándolos con la mano.

—Mañana y noche deberíamos lavarnos, os lo aseguro, si fuéramos sensatos —dijo Marcabré tapándose la nariz con los dedos.

—¿Cómo decís? —preguntó Morgennes.

—No os preocupéis —explicó Rudel—. Repite su canción.

—¿Y cómo se llama?

—*La Canción del lavadero* —respondió Cercamón.

—¿Qué os parece? —me preguntó Marcabré.

—No he oído bastante para formarme una opinión.

—Yo ya tengo una —dijo Morgennes.

—¿Ah sí?

—Coincido con vos. Mañana y noche deberíamos lavarnos, si fuéramos sensatos... ¡No podría estar más de acuerdo!

Y también él se tapó la nariz.

—¡Bebamos, amigos! —dijo Gautier, agitando el brazo para reclamar un cuerno de cerveza.

Nos trajeron una barrica, en la que hundimos nuestras copas. Un nuevo invitado se había unido a nosotros. ¡Béroul! Cuatro años atrás, no había escatimado elogios para mi *Historia del rey Mark y la rubia Iseo*; me abrumó con preguntas y me interrogó sobre mis fuentes. Le saludé calurosamente y le dije:

—Te vas a sentir decepcionado..., porque he cambiado de motivo. Aunque supongo que no habrás venido para escucharme, ¿verdad?

—No, ¡vengo para competir!

—¿Y con qué obra maestra?

—*Tristán e Iseo*, ¡la mía!

Me dirigió una amplia sonrisa, y mi brazo se inmovilizó, a medio camino entre mi boca y el pequeño barril de cerveza.

—¿Cómo la has escrito?

—Octosílabos con versos pareados.

—Como yo... ¿Cuáles son tus fuentes?

Me las citó.

—¡Son las mías!

—¡Las mías también! —replicó.

—¡Vamos, señores! ¡Nada de peleas! —se interpuso Gautier de Arras.

—¡Me ha plagiado!

—¡De ninguna manera!

—¡Te prohíbo que compitas!

—¡No tienes derecho a hacerlo!

—¡Un poco de contención, señores!

—¡Ladrón!

Sin duda había algo de verdad en el insulto, porque Bérroul me lanzó un puñetazo a la cara. Me quedé pasmado, preguntándome qué me ocurría. A pesar de todo, el asunto habría podido quedar ahí si Morgennes no hubiera saltado sobre Bérroul para devolverle el golpe, primero en la cara y luego en diversas partes del cuerpo.

—¡Señores! ¡Conteneos! —chilló Gautier de Arras.

—Dios quiere limpiar de toda mancha a los audaces y a los dulces —masculló Marcabré, antes de lanzar su copa contra la cabeza de un poeta que atacaba a Morgennes por detrás.

Entonces fue Gautier quien se mezcló en la pelea, tratando de separarme de Bérroul, a quien, en un instante de lucidez, acababa de arrebatar su manuscrito.

—¡Chrétien —exclamó ciñéndome con sus brazos—, no es así como se vence!

—¡Y tampoco así! —dijo alguien, abrazándolo a su vez—. ¡Fuera con los tramposos!

Nunca sabré a quién debí esta generosa intervención. Tal vez a un admirador. En cualquier caso, el manuscrito de Bérroul se me escapó de las manos y voló entre los comensales, que lo despedazaron hasta convertirlo en una decena de pliegos. Algunos cayeron planeando en la chimenea, otros se mancharon de cerveza, y un puñado, que de ese modo abandonaron la posada, fueron a parar a algunas gorras. Como cada uno defendía a su vecino, y este atacaba a aquel y aquel al de más allá, rápidamente llegó un momento en el que todos se mezclaron en la pelea. La posadera, preocupada por sus muebles, repartió tortazos indiscriminadamente; esa fue la señal para que sus

marmitones se decidieran a ponernos en la puerta. Entonces los poetas, que por un momento se habían dividido, cerraron filas y ofrecieron un frente común a los soldados de las cocinas. Insultos y puñetazos, puntapiés e injurias. Creo que un escabel me habría matado si la providencia no hubiera querido que esa fuera justamente la hora que el obispo Grosseteste reservaba a los poetas. El obispo, que había venido a visitarnos, irrumpió en la posada acompañado de sus gentes de armas, a quienes algunos de los presentes optaron por bautizar a golpes de barrica.

—¿Qué estoy viendo? —bramó Grosseteste—. ¡Dos tonsurados! ¡Poetas, una riña! ¡Arrestadlos!

La guardia cargó, lo que dio a Morgennes la ocasión de ilustrarse. Mi compañero había cogido un espetón del hogar y lo utilizaba como una espada. Con los violentos molinetes que ejecutaba con el arma improvisada envió por los aires a todos los pollos ensartados en ella, invitando a los hombres armados a no aproximarse si no querían correr la misma suerte que las aves. Aprovechando esta tregua, varios poetas pusieron pies en polvorosa, mientras se preguntaban si no habría tal vez algún poema que componer sobre esta historia de gentes armadas y pollos asados...

Cuando todo terminó y Morgennes entregó las armas, Grosseteste quiso que le dieran una explicación:

—¿Por qué esta pelea?

Nadie supo qué responder.

—¡Así son los poetas —dijo el obispo—, tan dispuestos a lanzarse los unos contra los otros como a apartar al pueblo del Señor!

Al ver que Grosseteste se volvía hacia nosotros, los únicos clérigos de la reunión, dije levantando la mano:

—¡*Pax in nomine Domini!*

—¡*Pax in nomine Domini!* —respondió Grosseteste.

Y se fue.

—Realmente —dijo Morgennes—, no puede decirse que su visita haya durado demasiado. Apenas más que la que no nos hizo en Saint-Pierre de Beauvais, hace cuatro años...

—¿Cuatro años ya? —dije, palpándome el sayal—. ¡Dios mío!

—Es verdad —dijo Morgennes—. ¡Es terrible lo rápido que pasa el tiempo!

—¡No estaba hablando de eso!

—¿De qué, entonces?

—¡*Cligès* ha desaparecido!

Y dicho esto, perdí el conocimiento.

Sabréis por qué en el momento oportuno.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Ivain o El Caballero del León

—¿Dónde estoy?

—En una habitación, en la posada. Descansa. El concurso se celebra mañana.

Hay que recuperar fuerzas.

¿Fuerzas? ¿El concurso?

—Pero ¿de qué estás hablando?

—¡No te muevas! —me dijo Morgennes, obligándome a permanecer tendido sobre el jergón—. ¡Duerme!

La cabeza me daba vueltas.

—¡Por la lengua de Dios! ¿Qué me ocurre?

—Has recibido un duro golpe.

—¡Ah, sí! ¡Ya lo recuerdo! ¡Mi manuscrito! ¡Cligès! ¡Seguro que ha sido Gautier de Arras quien me lo ha robado!

—¿Y si ha sido Béroul?

Desalentado, me cogí la cabeza entre las manos.

—¿Cómo lograré ganar?

Concentrado en mis contusiones, me frotaba el cráneo, enterrado bajo un denso entrelazado de vendajes. Por suerte, los cirujanos no le habían metido mano, ya que el preboste se había negado a hacerse cargo de sus emolumentos con el pretexto de que no habíamos sido del todo ajenos a la pelea que había estallado. Después de declarar que no intervendrían si no se les compensaba por su labor, los *practici* habían volado en busca de nuevas víctimas. No puede decirse que aquello me desagradara; porque eran incontables los pacientes que, bajo los cuidados de estos doctos expertos, exhalaban por la noche el último suspiro, cuando al alba solo se habían levantado con el estómago un poco revuelto.

—¡Todo ha acabado!

—Ni hablar —dijo Morgennes—. Yo sigo aquí...

Y se dio un golpecito en la frente con el dedo.

—¿Conoces mi obra?

—¡Cligès está aquí! Y aquí también —me dijo, llevándose la mano al corazón—.

¡Entero!

—¿Así que serás tú quien compita?

—Si no tienes inconveniente...

—¡Desde luego que no! ¡Poco me importa ser yo el ganador, siempre que *Cligès* se lleve el premio y Bérroul y Gautier pierdan!

Entonces me vino un recuerdo a la memoria: Morgennes manejando un espetón sin que le preocupara quemarse con el hierro.

—Tu mano —dije—. ¡Déjame ver!

Cogí su mano en la mía, y la volví de un lado y de otro. ¡Nada! ¡Ni la menor señal!

—¡Increíble! —exclamé.

—¿Qué es increíble? —preguntó Morgennes.

—¡Tu mano no se ha quemado! ¡No tienes ni una ampolla! ¡Apenas un rastro de hollín!

Volví la mano de Morgennes en todos los sentidos, como si se tratara de una parte independiente de su cuerpo que podía manipular sin preocuparme del resto al que estaba unida.

—¡Eh! —dijo Morgennes—. ¡Cuidado!

—Pero ¿cómo es posible...?

Morgennes se rascó la barbilla, reflexionó un instante, y luego me dijo:

—Tal vez san Marcelo...

—¿San Marcelo? ¿El draconocte?

—El mismo. El matador de dragones... San Marcelo no solo es célebre por haber hecho huir a un dragón golpeándolo con su báculo, sino también por haber...

Hizo una pausa.

—Sigue. ¿Por qué más?

—Este santo era el preferido de mi padre. A menudo me hablaba de él; me contó que, un día, un herrero lo desafió a indicar el peso exacto de una barra de hierro al rojo...

—¿Y bien?

—¡San Marcelo lo hizo!

—¿Quieres decir que esperó a que el hierro se enfriara y que indicó su peso?

—No. Quiero decir que cogió con la mano desnuda la barra de hierro que el herrero le tendía y que al instante le dijo el peso. ¡Sin quemarse! Ahí inició su camino hacia la canonización...

—Es curioso —dije sacudiendo la cabeza—. ¿Tu padre te habló de san Marcelo, pero no de Cristo?

—Sí, lo sé, es extraño. Pero es así. San Marcelo era alguien realmente importante para él...

—En todo caso, si he entendido bien, ¡aquello fue un milagro! Quién sabe, tal vez también tú logres hacer huir a un dragón, gritándole como san Marcelo: «¡Permanece en el desierto o escóndete en el agua!».

—Tal vez —dijo Morgennes sonriendo.

—San Morgennes. ¡Suena bien!

De pronto, un violento espasmo en el estómago me hizo vomitar el poco líquido que había tragado, manchando mi jergón de bilis y de cerveza a medio digerir.

—Voy a buscar con qué limpiarlo —dijo Morgennes.

Vomitó una segunda vez; sentía que me moría.

—No... no entiendo...

—¿Es la cabeza? ¿Te duele?

—No sé...

Morgennes me miró, con expresión afligida.

—Ya estoy mejor —le dije.

Era mentira. Evidentemente. Pero no quería preocuparle. Por eso dejé que creyera que solo eran las consecuencias de la pelea del día anterior, cuando sabía que aquello se remontaba a mucho antes.

Desde hacía varias semanas me dolía mucho el vientre.

¿Por qué? No lo sabía. Pero decidí no pensar más en ello, y preferí concentrarme en la fiesta del Puy y en el número de juglar que había tardado meses en preparar. Ese, al menos, no me lo habían robado.

9

Los malvados judíos, en su odio (deberían darles muerte como a perros), hicieron su desgracia y nuestro bien cuando lo pusieron en la cruz.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Perceval o El cuento del Grial

—El Puy nunca más se celebrará aquí —anunció Grosseteste.

Un rumor de indignación recorrió la multitud, que no comprendía por qué el obispo decía aquello. Desde siempre, el concurso se había celebrado en el interior de la abadía de San Vaast. ¿Por qué había que cambiar ahora?

—No todas las obras son buenas —declaró el obispo—. Algunas propagan falsedades. ¡Peor aún, se burlan de Dios y de sus servidores! Comprenderéis que no pueda acogerlas aquí, bajo la piadosa mirada de san Vaast.

Una oleada de protestas se elevó de la multitud.

—¡Mis queridos hijos, calmaos! ¡Yo no os privo del concurso! ¡No hago más que cambiar el marco!

—¿Por cuál? —gritó una voz.

—Un poco de paciencia —dijo el obispo—. ¡Os lo explicaré. y estoy seguro de que os gustará!

Morgennes y yo intercambiamos una mirada. Como el resto de los presentes, estábamos impacientes por oír su explicación.

—San Vaast —continuó Grosseteste haciendo un gesto en dirección a la abadía— expulsó en otro tiempo a los lobos y eliminó los espinos que se habían apoderado de esta iglesia. ¡Pues bien, ahora me toca a mí expulsar desde hoy a esos lobos y espinos que son los juglares y los trovadores!

—¡No le gustan los juglares! —siseé entre dientes.

—¿Y qué importa eso?

—Es un poco fastidioso. Había previsto un número que... ¡Pero ya lo verás! Es una sorpresa.

—¡En consecuencia —prosiguió Grosseteste—, el concurso tendrá lugar en el cementerio!

Un rumor de desaprobación se propagó entre la multitud.

—En el cementerio judío —precisó el obispo.

Salva de aplausos. ¡Vivas y bravos! Algunos silbaban entre dientes y luego se llevaban los dedos a la boca para silbar más fuerte aún.

Noté que me ardían las mejillas. La cabeza me daba vueltas. Me sentía mal.

—Vámonos —le dije a Morgennes.

—¿El cementerio judío? Pero ¿por qué? No comprendo...

Un hombre, que llevaba un niño a la espalda, le explicó:

—Porque es grande y está bien situado. El público puede sentarse sobre las tumbas. Se estará fresco. Y no se molestará a nadie. En fin, a nadie importante.

El individuo se alejó hacia la sinagoga, junto a la que se encontraba el cementerio judío.

—¿Qué hacemos? ¿Le seguimos? —preguntó Morgennes.

Pero yo no le escuchaba.

—Siempre es lo mismo —dije—. ¡Cuando hay que meterse con alguien, siempre les toca a los judíos! ¿No están cansados ya de esto?

Pero ¿y el concurso?... ¿Dejarás ganar a Béroul? ¿O a Gautier de Arras?

Yo no sabía qué responder. Bajando los ojos hacia Cocotte, me pregunté: «¿Vale la pena por una gallina? ¿Y si vuelvo a quedar segundo? Y aunque quedara primero, ¿debo participar en esto?».

Algunos estudiantes nos adelantaron riendo.

—¡Qué buena idea! —exclamó uno de ellos.

Encolerizado, le espeté:

—¿Ah, sí? ¿Eso te parece? ¡No veo qué tiene de bueno organizar un concurso en un cementerio!

—No es peor que en una iglesia —replicó otro.

—Además, yo hablaba de otra cosa —me dijo el joven al que había increpado.

—¿De qué hablabas? —le preguntó Morgennes.

—¡De la recompensa! —respondió el estudiante, con los ojos brillantes—. Este año será...

—¡Excepcional! —dijo un segundo estudiante.

—¡Increíble! —dijo un tercero.

—¡El ganador recibirá un frasco de la Santa Sangre!

—¡La sangre del propio Jesucristo!

—¡Traída de Tierra Santa por Thierry de Alsacia!

—¡Un frasco de la Santa Sangre! ¡Es extraordinario! —dije—. ¡Qué premio! Pero ¿dónde la encontró el conde?

—¡En casa de Masada! Ya sabéis, el célebre comerciante de reliquias.

—Masada —repitió Morgennes.

Aunque oía aquel nombre por primera vez, por alguna razón que no conseguía explicarse, la palabra resonaba de un modo extraño en su mente.

—Masada —repitió una vez más Morgennes—. Masada...

—¿Le conoces?

—No. Sin embargo, este nombre me suena de algo.

Los estudiantes se habían ido. Habían doblado la esquina, y en la alameda solo una nubecilla de polvo que flotaba en el aire daba testimonio de su reciente paso.

—Ven —dije a Morgennes—. Vayamos al cementerio.

—¿Has cambiado de opinión?

—Sí. No podemos dejar escapar un tesoro como ése. ¡Un frasco de la Santa Sangre! ¡Pero si es mejor que la gloria! ¿Te imaginas lo que supondría en Saint-Pierre de Beauvais? ¡Acudirían miles de peregrinos, con los denarios que eso lleva consigo! ¡Hay que ganar! ¡A cualquier precio!

«Canciones de hilandera» y «albas» abrieron la fiesta. Luego hubo una pausa, hacia el mediodía, durante la que se entonaron algunas canciones picarescas. Entre estas, «El caballero que hacía hablar a los coños y a los culos» y «La damisela que no podía oír hablar de la jodienda» tuvieron un gran éxito y arrancaron salvas de aplausos y carcajadas estruendosas del público.

La multitud bailaba en medio de las sepulturas con tanta energía como la noche anterior en la taberna. Familias enteras habían tendido grandes paños blancos sobre las losas sepulcrales para utilizarlas como mesa. Niños recién nacidos berreaban colgados por los pañales de las estrellas de piedra. Barriles de cerveza y de vino, corderos, cerdos, salchichas, pollos y capones, se sirvieron en pleno cementerio, donde los abrieron, descuartizaron, asaron, desplumaron y devoraron. Se reía y se bebía a placer, y el buen humor reinaba en todas partes, entre los aromas de comida.

Finalmente, dos jóvenes sirvientes encargados del buen desarrollo de las celebraciones llegaron para informarnos de las últimas decisiones tomadas por el consejo. ¿Sería prohibida o censurada *Cligès*? ¿Y el *Tristán e Iseo* de Bérroul? No, las dos habían sido autorizadas. Así lo habían decidido los Ardientes —la cofradía de juglares y burgueses de Arras—, que contaban con el poderoso respaldo del conde y la condesa de Champaña y de Thierry de Alsacia, los padrinos de la fiesta.

—Vivimos en una época extraña —le dije a Morgennes—. Yo también hablo de la verdad, al menos tanto como la Biblia. Y aunque es posible que no sea la verdad de la historia, ni la de la Iglesia, sin duda es la de los sentimientos. Y no pienso que sea la menos importante...

Hacia el final de la tarde, Gautier de Arras abrió la parte del concurso reservada a las obras «en romance», en la que declamó las últimas páginas de *Eraclio* —la obra que le había permitido llevarse la victoria hacía cuatro años—. Un capítulo particularmente conmovedor narraba el célebre episodio en el que el barco de santa Elena quedó atrapado en la tempestad y, para salvarse, la madre del emperador

Constantino sacrificó a las aguas tumultuosas una parte de la Vera Cruz, que llevaba a Roma. Toda su vida, nos dijo Gautier, se preguntó si había hecho bien. Toda su vida la torturó una duda: «¿No debería, ella también, haberse hundido con la Vera Cruz?». Toda su vida oyó gritar a su corazón: «¡Ve hacia la cruz!».

Gautier volvió a enrollar su pergamino entre los aplausos del público, mientras Morgennes sentía un escalofrío. ¿Conocía Gautier de Arras su historia? ¿O era solo una de esas numerosas coincidencias con las que uno se tropieza en el curso de la vida? En cualquier caso, Morgennes buscó bajo su camisa la cruz de bronce que su padre le había lanzado.

«¡Ve hacia la cruz!»

¿Acaso no era lo que había hecho?

«¡Ve hacia la cruz!»

¿Se encontraba tal vez más lejos? Pues bien, iría hacia ella. Aunque sus pasos le condujeran a Roma, o a Jerusalén...

Volvió a colocarse la cruz sobre el pecho y se dirigió hacia el estrado, de donde Gautier descendía y al que un joven sirviente le invitaba a subir: «¡Vuestro turno!».

Morgennes hizo su entrada, aclamado por el público. Mientras esperaba a que se hiciera el silencio, paseó la mirada por las tumbas, preguntándose si los muertos le oirían. Se levantó una ligera brisa. Morgennes contemplaba a la multitud. Un crío se hurgaba la nariz y se tragaba el producto hallado con una amplia sonrisa. Una guapa morena iba colgada del cuello de su amor, dejando a su paso una estela de envidiosos. Una niña se agachaba para acariciar a un gato, mientras su madre le tiraba del brazo inútilmente para hacer que se levantara. Todos estos detalles, todas estas imágenes eran para Morgennes fragmentos de una inmensa vidriera. Se sentía bien. Entonces contó una, dos, tres palpitaciones, y se lanzó:

—De Alejandro os contaré, que de valor y orgullo tales adornado no consintió a caballeros convertirse en su región...

El tiempo pasó sin que se diera cuenta. ¿Se había fundido con la sombra? Sí, por completo. Se había borrado. Solo las palabras —que además no eran suyas— permanecían, criaturas abstractas flotando en la dulzura del crepúsculo, bogando con sus propias alas, de su boca al oído del público.

Morgennes era feliz. Las palabras creaban un territorio donde podía vivir, e incluso algo mejor que vivir: existir. No tenía más que eclipsarse. Transformarse en fuente de agua viva y fluir hacia la multitud. Por otra parte, cuando digo que existía, estoy diciendo justamente que no existía ya. Morgennes estaba entre el público, con el que recibía los versos que yo había escrito y que otro que no era él le recitaba.

Era delicioso.

¡Y qué gran triunfo!

No se dio cuenta de que había terminado hasta que se hizo el silencio, que

enseguida rompió una tormenta de aplausos. Sintió un poco de vértigo cuando volvió a bajar los escalones bajo las miradas fascinadas de los miembros del jurado.

—Has estado perfecto —le dije—. ¡La verdad es que estoy encantado de que me hayan robado mi texto!

Algo que brilló en el aire llevó un mal recuerdo a Morgennes. Levantó los ojos, y vio una carreta parada junto al cementerio. Alguien acababa de encender una vela en ella, pero Morgennes solo tuvo tiempo de distinguir una bonita mano femenina; el resto del cuerpo permanecía oculto.

«Curioso —se dijo—. ¿Por qué se esconderá esta doncella?»

Luego su atención volvió hacia el estrado, donde otro narrador, Bérroul, hacía su entrada bajo las ovaciones del público. Vivaz, alerta, Bérroul se descubrió e hizo ondear su gorra hasta los pies, saludando a la multitud con un halagador:

—Escuchad, señores míos, lo que cuenta la historia...

Al haber desaparecido en la escaramuza de la víspera el principio y el fin de su texto, Bérroul se vio obligado a recitar la parte central, en particular la escena en la que los dos amantes están acostados el uno junto al otro, con la espada del bello Tristán entre ambos.

La historia era encantadora. Y tengo que admitir que Bérroul no había hecho un mal trabajo. Era mi texto, y también el suyo.

Un poco. Cuando llegó al pasaje en el que el rey decide perdonar a los amantes que duermen separados por la espada, todos tenían los ojos bañados en lágrimas. En cuanto a mí, estaba a punto de estallar. ¡Contaba esta escena con mis propias palabras, y en el mismo orden!

—¡Qué vergüenza! —bufé—. ¡Ladrón!

—¿Cómo? —me preguntó Morgennes.

No me había oído, pero era comprensible, porque después de un corto silencio, la multitud había empezado a aplaudir frenéticamente, armando un escándalo de mil demonios. El clamor era tal que me pregunté si los muertos no habrían abandonado sus tumbas para aplaudir ellos también. La gente aporreaba las sepulturas con los cucharones, entrechocaba las cacerolas y golpeaba las marmitas.

—¡Era mi texto! ¡Mi texto! ¡Son mis aplausos! ¡Soy yo quien debería haber ganado!

—¡Silencio! ¡Silencio! —gritaron algunas personas entre la multitud.

—¡Mirad!

Un hombre con las ropas desgarradas y el rostro cubierto de cardenales apareció en el estrado. Era el jefe de la cofradía de los juglares y burgueses de Arras, que venía a anunciar el nombre del vencedor. Después de aclararse la garganta, el maestro de los Ardientes declaró:

—No damos las gracias a las musas, porque han inspirado tan bien a nuestros

autores que hemos llegado a las manos cuando debíamos decidir qué cabeza coronar...

—¡La mía! —murmuré yo.

—¡Chissss...! —hizo alguien.

—Por eso —prosiguió el maestro de los Ardientes—, llamo a Chrétien de Troyes y a Béroul para que se unan a mí en este estrado, a fin de que presenten el número de juglaría que permitirá deshacer el empate.

Procurando que nadie me viera, me puse un huevo en la boca y subí al escenario, donde Béroul me esperaba con los brazos cruzados y una sonrisa en los labios.

—¡Hombres y mujeres de Arras —continuó el maestro de los Ardientes—, os pido que aplaudáis a estos poetas! ¡Dentro de un instante os demostrarán que no solo saben jugar con las palabras!

Una nueva salva de aplausos, salpicados con gritos de «¡Chrétien! ¡Béroul! ¡Chrétieeen! ¡Bérouuul!».

—¿Queréis tomar la palabra, antes de empezar?

Negué con la cabeza. Béroul, por su parte, corrió al proscenio, desde donde envió besos al público con la mano mientras gritaba:

—¡Arras, te amo!

¡Vivas, bravos y silbidos! En la tribuna del jurado, esta declaración pareció dar sus frutos. María de Champaña agitó su abanico y se acercó a su marido para susurrarle algo. El conde de Champaña, cuya afición por los torneos y el arte militar era legendaria, debía de estar de mi lado; pero María, que apreciaba por encima de todo una bella historia de amor, seguramente preferiría a Béroul. Las palabras que había murmurado al oído de su marido tenían, sin duda, por objeto hacerle cambiar de opinión... En cuanto al conde de Flandes, Thierry de Alsacia, su expresión era tan sombría que impedía adivinar qué pensaba. Grosseteste, por su parte, estaba indignado, furioso de que el jurado hubiera dejado de lado tan fácilmente al *Eraclio* de Gautier de Arras.

Abrí el baile sacando de mi bolsillo uno de los huevos de Cocotte, lo que, para mí, era una forma de rendir homenaje a María de Champaña. Después de haber lanzado mi huevo al aire, saqué un segundo huevo, y luego un tercero y un cuarto, que envié, uno tras otro, a alternarse con el primero.

De momento, aquello no tenía nada de extraordinario. Era un buen número, sin más, lo reconozco. Pero no estaba ahí lo interesante.

Para empezar, me entretuve haciendo malabarismos con los huevos en el aire, atrapándolos por debajo de la pierna y volviéndome repentinamente mientras emitía algunos cacareos con la boca... Luego, bruscamente, como si sufriera una convulsión, levanté un brazo, y una cascada de plumas rojizas se deslizó a lo largo de mi cuerpo. Entonces me doblé en dos, y una cresta brotó de mi espalda. Finalmente, hundí la

cabeza en el hueco del hombro, ¡para sacarla con un pico en lugar de la nariz!

En resumen, me convertí en gallina.

Mi actuación, que inicialmente los habitantes de Arras habían considerado banal, pronto fue juzgada como un espectáculo formidable. ¡Y aún no había acabado! Mis pies arañaron las planchas, se transformaron en patas de gallina y arrancaron al escenario una miríada de gusanitos que me puse a picotear sin dejar de hacer malabarismos.

El público lanzaba «¡cococós!» y «¡cocoricós!» frenéticos. Todos trataban de imitarme.

La culminación del espectáculo, como puede suponerse, era poner un huevo. Mi metamorfosis era ya tan completa que no se me veía la piel, sino solo un manto de plumas. Las convulsiones agitaban mi cuerpo en todos los sentidos, y mi boca, transformada en culo de gallina, empezó a hincharse y a hincharse, hasta que acabó saliendo un huevo de ella, ante los ojos atónitos de los espectadores.

Ahora hacía malabarismos con cinco huevos, y habría salido triunfador de la prueba si el destino no hubiera decidido otra cosa.

Al ritmo de los «¡Co, co! ¡Chrétien! ¡Co, co! ¡Chrétien!» lanzados por la multitud, inicié un sorprendente número, enviando mis huevos hacia el cielo. Y entonces se produjo lo increíble. Lo escandaloso. Lo inaudito.

Se me escapó uno.

Que se estrelló contra el suelo, entre mis patas.

Todo se detuvo. Aquello era el final. Había perdido.

Las cosas hubieran podido quedar ahí, pero Bérroul gritó:

—¡Este huevo no tiene yema!

Bajé los ojos hacia el huevo y vi que tenía razón.

Esto puede parecer irrelevante. Pero no lo es. Es incluso extremadamente grave. Un huevo sin *vitellus* es como un hombre sin alma: ¡una herejía! Y hay que erradicarla. ¡Enseguida!

Grosseteste se levantó de su asiento y bramó:

—¡Por san Vaast! ¡Saaaacrilegio!

La multitud, al principio estupefacta, pronto unió sus gritos a los de Bérroul:

—¡Excomuni3n! ¡Excomuni3n!

—¡*Paenitentia*! —exclamó a su vez Gautier de Arras.

Yo estaba petrificado de miedo. Los otros cuatro huevos se habían aplastado contra el suelo detrás del primero, y eran perfectamente normales; sin embargo, la multitud seguía aullando hasta desgañitarse.

—¡Hay que juzgarlos, a su gallina y a él!

—¡A la hoguera!

—¡Que lo asen!

—¡Que lo escalden!

—¡Tribunal! ¡Tribunal! —gritaba Grosseteste, tratando de calmar los ánimos.

El obispo hacía aspavientos con los brazos, mientras en torno a él, en el palco principal, María y Enrique de Champaña se disponían a salir, después de que Thierry de Alsacia lo hubiera hecho ya.

Había que reaccionar, y rápidamente. Pero yo era incapaz de moverme. Entonces Morgennes se abalanzó sobre mí, con Cocotte bajo el brazo. Apartando a la multitud con los codos, repartiendo aquí y allá cabezazos y empellones, distribuyendo guantazos a quienquiera que los reclamara, se lanzó hacia el estrado y me cogió en vilo como si yo fuera una princesa sobre la hoguera. Después de levantarme del suelo, me apretó contra su cuerpo y saltó al otro lado del escenario. Y de ahí salió disparado en dirección a la sinagoga; luego hacia un rincón del cementerio donde no había tanta gente, y siguió corriendo y corriendo, con toda la ciudad pisándole los talones.

Viendo que la multitud nos perseguía, Morgennes avivó el paso y desapareció en el horizonte.

Capítulo II

El caballero de la gallina

Cuando carreta veas y encuentres, persígnate y piensa en Dios, pues podría amenazarte el infortunio.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Lanzarote o El Caballero de la Carreta

Cuando llegó al camino que conducía a Beauvais —confiando en que ningún soldado les esperaba allí—, Morgennes oyó un gran estruendo tras él y se volvió. Era el escandaloso traqueteo de un carro tirado por bueyes. Todo su campo de visión quedó ocupado por la imagen de un hombre que más que un ser humano parecía una montaña. El hombre en cuestión, que conducía el tiro, debía contar sin duda entre sus antepasados con un ogro o un gigante, tan alto y ancho era. Su sonrisa, por sí sola, ocultaba todo el horizonte, y su cabellera desordenada, rubia como el trigo, era un sol que nunca se ponía. Un espeso bigote, también rubio, le colgaba de cada lado de la cara y ponía de relieve un cuello que era tan grueso como una encina. Sus enormes manos sostenían cada una un par de riendas, con las que dirigía a los bueyes, ocho animales soberbios con la frente adornada con gigantescos cuernos y pezuñas del tamaño de una roca.

Reforzando el carácter insólito de esta visión surgida directamente de otro mundo, un pequeño mono de expresión bufonesca, vestido con unas calzas de color naranja y una chaquetita azul, estaba posado sobre el hombro del carretero y le susurraba consejos al oído.

Morgennes, que seguía llevándome sobre sus hombros, redujo el paso para dejarse adelantar. En ese momento, en el centro de la tela que separaba al conductor del interior de su carro, se abrió una raja por la que surgió una delicada mano de mujer: la misma que Morgennes había entrevisto en Arras, poco antes de huir.

La mano nos indicaba que subiéramos. Morgennes se izó hasta el puesto del gigante y luego entró en el carro.

Lo que vio entonces le dejó estupefacto, porque la mano no pertenecía a una mujer, sino a un bello adolescente.

Sus rasgos delicados y finos, su tez pálida y la perfección de su semblante revelaban unos orígenes nobles, y sus ojos almendrados, orlados de pestañas un poco

demasiado largas y un poco demasiado negras, acababan de acentuar su parte femenina. De hecho, como no tenía ni bigote ni barba, y ni siquiera pelos en el mentón, se le habría podido tomar por una damisela; pero su aire impasible, en el que podía intuirse cierta altivez, y sus ropas eran indudablemente masculinos. Sus piernas, indolentemente cruzadas sobre un grueso cojín decorado con rombos y cuadrados de colores, acababan en un par de zapatos puntiagudos, cuyos extremos se enrollaban sobre sí mismos al más puro estilo oriental. Un cinturón de cuero, reforzado con grandes clavos con cabeza de bronce, marcaba la transición entre la parte superior e inferior de su cuerpo, un camocán de seda negra —que ceñía apretadamente un busto liso— completaba el retrato de este curioso personaje. Finalmente, una especie de bicornio, que encerraba la corona de sus hermosos cabellos negros, se alargaba sobre la parte superior de su rostro, donde formaba como un pico de cuervo.

Este jovencito nos saludó con una hermosa voz aflautada, femenina también:

—¡Bienvenidos, amigos, bienvenidos!

En cuanto hubimos subido a bordo del carro, el conductor del tiro cerró las cortinas sumergiéndonos en una doble oscuridad —la del misterio se añadía a la del lugar—, apenas disipada por un cabo de vela situado a media altura.

—¿A quién tenemos el honor de saludar? —pregunté, ocultando mis plumas bajo el sayal.

—¡Co-co-cot! —hizo el extraño individuo, llevándose un dedo a los labios y empleando el mismo tono que hubiera usado para decir: «No tan rápido, no tan rápido...»—. ¿Es esto acaso un gallinero, para que dos gallinas sigan al interior a un caballero?

—No soy una gallina —dije, haciendo desaparecer la cresta que adornaba mi cabeza.

—Ni yo un caballero —añadió Morgennes.

—¡Por otra parte, habéis sido vos quien nos habéis invitado a subir!

—Es que efectivamente esto es un gallinero, un puerto seguro para todos aquellos perseguidos por los lobos.

—Creo que los he despistado —dijo Morgennes—. Y eso sin llevar las botas de Poucet.

—¡Bravo! ¡En ese caso, deberemos daros un título!

—¿Un título?

—Una condecoración. Algo que haga que se recuerde esta hazaña.

Apoyó la mejilla en un dedo, inclinó la cabeza y reflexionó. Demasiado sorprendidos para decir nada, Morgennes y yo no nos atrevíamos a reaccionar. Hasta que de pronto nuestro desconocido exclamó, con los ojos brillantes:

—¡Ya lo tengo! ¡Vuestro nombre ha cambiado, en adelante se os conocerá como

el «Caballero de la Gallina»!

—¿El Caballero de la Gallina? —dijo Morgennes—. Hubiera preferido algo más...

—Más glorioso —dije—. ¡Lo merece!

—¡Hay nombres gloriosos tras los que no se oculta ninguna gloria, y otros infamantes que nobles hazañas ilustran!

—Aún no he llegado a este punto —dijo Morgennes.

—Aún no, cierto. ¡Pero está en vuestras manos convertir al Caballero de la Gallina en un hombre que jamás sea olvidado!

—¿Me lanzáis un desafío?

—En cierto modo.

—Lo acepto.

—¡Me complace mucho saberlo! Ahora permitidme que os diga hasta qué punto aprecio que hayáis aceptado mi invitación.

—Somos nosotros quienes os lo agradecemos —dijo Morgennes—. Empezaba a cansarme, y creo que mi amigo Chrétien no se encuentra en condiciones de caminar...

—¿Por qué razón nos habéis invitado?

—¿Razones? ¡Dios mío, qué trivial! En fin, ya que así lo queréis, os daré razones. ¿Cuántas necesitáis? ¡Vamos, pedid! No dudéis, ¡tengo constelaciones enteras que ofrecer!

—Empezad por darnos una —dijo Morgennes, que nunca había oído hablar de «constelaciones»—. Será un buen principio.

—Yo también quiero una —añadí.

—Muy bien. Que sean dos, y una tercera para vuestra cacareante compañera, que no me ha pedido nada. No sois muy exigentes...

Acercó su rostro a una vela y pestañeó dos o tres veces, como una delicada jovencita.

—La primera —prosiguió, bajando la voz y midiendo el efecto de sus palabras—, ¡es que tengo buen corazón y han puesto precio a vuestras cabezas!

—¿Cómo? —exclamé.

—No me digáis que lo ignorabais.

—¿Por culpa de un huevo? —suspiró Morgennes.

—¡Exactamente! ¡A quién se le ocurre poner un huevo sin *vitellus*! Sobre todo en estos tiempos agitados... Actualmente se desarrolla un proceso en Arras, ¡y temo que lo perdáis, ya que no asistís a él! Por otra parte, aunque estuvierais presentes, no cambiaría gran cosa. El asunto está sentenciado... *Summa culpabilis*, como dicen los latinos acerca de los musulmanes. «Sois más que culpables.» Ni el propio san Riquier, santo patrono de los abogados, podría hacer nada por vosotros. En este instante preciso, veinte caballeros galopan hacia Beauvais con intención de arrestaros

en caso de que tuvierais la mala idea de presentaros allí. La Île—de—France, Normandía, Flandes... ¡Dentro de poco vuestra descripción estará clavada en las puertas de todas las iglesias! Perdonadme la expresión, amigos míos, ¡pero vuestra gallina y vosotros mismos empezáis a oler a chamusquina!

Después de tragar saliva con esfuerzo, balbucí:

—Ésta es una razón.

—¿Y la segunda? —preguntó Morgennes.

—¡Aquí está!

El joven se incorporó, se volvió hacia atrás y ordenó, con un gesto teatral en dirección a las colgaduras escarlata que oscurecían el interior del carro:

—¡Cortinas!

De pronto, como velas enviadas al firmamento de los mástiles, las colgaduras se levantaron y desaparecieron en el techo.

—¡Por la Iglesia y la santa misa! —exclamé boquiabierto.

—Se diría que estamos dentro de la ballena que se tragó a Jonás —dijo Morgennes.

Pero no era una ballena, ni siquiera un tiburón. Era solo un carro muy particular, ya que era tan grande como un barco pequeño. Algo que tal vez había sido en una vida precedente, pues todo en él recordaba a esas embarcaciones que los venecianos utilizaban para ir a Constantinopla, Tiro o Alejandría; esos navíos con anchas calas donde se podía cargar tanto grano como armas, ropas, esclavos o aceite.

—¡Demonios! —dijo Morgennes—. ¡Comprendo que necesitéis todos estos bueyes para hacerlo avanzar! Por no hablar de este extraño carretero...

—Pero ¿qué tipo de mercancía transportáis? —pregunté.

—¿Mercancía? ¿Por quién me tomáis? ¿Por un tendero? ¡Aparte de algunos decorados y un órgano, la única mercancía aquí sois vosotros!

—¿Nosotros?

Después de intercambiar una mirada en la que asomaba cierta inquietud, Morgennes y yo le preguntamos al unísono:

—¿Qué queréis decir con eso?

—Si no me equivoco sois autor y recitador...

—Entre otras cosas —dije.

—Entonces sabed que esto es un teatro ambulante. E incluso vuestro nuevo hogar, si aceptáis uniros a la Compañía del Dragón Blanco...

Le haré reencontrar el amor y los favores de su dama,
si tengo el poder de hacerlo.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Ivain o El Caballero del León

La Compañía del Dragón Blanco había sido fundada en 1159 y recorría el mundo en busca de los mejores artistas para llevarlos a Constantinopla. Allí eran acogidos en el palacio de Blanquernas, donde disponían de todo el tiempo necesario para crear las obras que representarían ante el emperador de los griegos y su corte.

—Bizancio es todo lo que queda de la Roma y la Grecia antiguas —nos dijo el misterioso joven—. Con excepción de la Atlántida, de la que nadie sabe si existió realmente, nadie ha hecho más por la civilización. Manuel Comneno, el actual emperador de los griegos, está convencido de que las artes son a la vez el sostén y la expresión de la grandeza de un país. Y porque nos quiere siempre en lo más alto, ha financiado nuestra compañía. ¡Como el Arca que salvó en otro tiempo del diluvio a Noé y a los suyos, recogemos a los mejores artistas del mundo a bordo de este barco, del que soy a la vez el alma y el capitán!

—Pero ¿cuál es la tercera razón de que queráis hablarnos? —preguntó Morgennes—. La que queráis dar a Cocotte.

—Esta razón se encuentra un poco más lejos. ¡Venid!

Se hundió en las entrañas del Dragón Blanco, donde nos invitó a seguirle.

Los ruidos del exterior llegaban apagados y, sin los baches del camino, hubiéramos podido creer que nos encontrábamos en una construcción sólida. Aquí y allá, de los tabiques de la caravana colgaban grandes marionetas desarticuladas. Con la cabeza pintada inclinada sobre el busto, los muñecos ofrecían una triste imagen. Algunos estaban equipados con armaduras, con la espada o el venablo en una mano y un escudo en el costado; mientras que otros vestían trajes o figuraban niños. Allí había todo lo necesario para representar la vida, con sus placeres y sus desdichas.

—¿Por qué estos muñecos? —pregunté.

—Porque hasta ahora no he encontrado comediantes con vuestro talento —respondió el misterioso joven—. ¡Solo a un maestro de los secretos que tiene un arte para dar vida a lo que está desprovisto de ella sencillamente pasmoso!

¡Un maestro de los secretos! Se decía que estaban reapareciendo, resucitados por

el auge de los misterios que se vivía en diversos lugares, con explosiones, nubes de humo, metamorfosis, guirnaldas de colores, invocación de criaturas, desaparición de individuos o de denarios, entre otros sucesos. Estos hábiles manipuladores, responsables también de las poleas, trampas, engranajes, barquillas, columpios y otros trucos mecánicos, eran la sal de los espectáculos que se representaban en los atrios de las catedrales o en la corte de los grandes señores. En otro tiempo considerados como brujos, muchos habían acabado en la hoguera, donde sus secretos se habían desvanecido en el humo junto con ellos. Para evitar traicionarse, no pocos habían elegido cortarse las cuerdas vocales... Se decía que eran personajes de carácter malévolo, enemigos del género humano y enamorados de las máquinas.

Morgennes se estremeció. Mientras miraba una de las marionetas, una campesina de mejillas pintarrajeadas de rojo, se preguntó dónde estaba el que la manipulaba. ¿Ese demiurgo de la oscuridad se encontraría tal vez sobre él, escondido en el techo, dispuesto a tirar de los hilos de estas frágiles criaturas? Lanzó una mirada hacia lo alto, pero solo distinguió la tela de color gris oscuro del carro.

En cuanto a mí, no estaba muy seguro de si me gustaba aquel lugar; pero me picaba la curiosidad, y casi estaba dispuesto a aceptar la propuesta de nuestro anfitrión... ¿Quién sabía si no descubriría aquí historias fabulosas imposibles de encontrar en otra parte?

De pronto se produjo una violenta sacudida, y el carro se detuvo.

—Ah... —dijo el joven—. Creo que hacemos un alto... Supongo que ha caído la noche.

Se dirigió al fondo del carro y lo abrió para salir.

Efectivamente, la noche había llegado.

Con el carro y los bueyes a un lado, y nosotros al otro, nos acercamos a un fuego que el gigante que conducía el tiro había encendido cerca de un bosque.

La perspectiva de unirme a la Compañía del Dragón Blanco no me desagradaba. Sin embargo, sin ese proceso pendiendo sobre nuestras cabezas como una espada de Damocles, creo que habría rechazado la propuesta. Para decidirme, necesitaba una tercera razón.

—Señores, buenas noches —se escuchó una voz a nuestra espalda.

Morgennes y yo nos volvimos. Un hombre avanzaba lentamente hacia nosotros, lo que nos dio tiempo para observarle. Tan flaco como pálido, con las sienes grises y una mirada taciturna, tenía todo el aspecto de un muerto viviente.

Sin embargo, Morgennes y yo nos levantamos al instante en cuanto el fuego le iluminó. ¡Era el conde de Flandes, Thierry de Alsacia! Le saludamos con una reverencia, que nos devolvió como si fuéramos sus superiores, y el adolescente dijo:

—Tercera y última razón...

—¡Caballeros, a vuestros pies!

—Señor... —murmuré.

—No digáis nada. Lo he visto todo. Estaba allí.

—¿En Arras? —preguntó Morgennes.

—Y lo he oído todo. ¡He quedado encantado con vuestra actuación! Os necesito.

—Estamos a vuestro servicio—dije.

—¿Qué deseáis que hagamos? —preguntó Morgennes.

—Salvarme la vida.

Vista su palidez, pensé que estaba enfermo; de modo que le dije:

—Pero, señor, estáis equivocado... ¡No somos médicos!

—¡Desde luego que sí! ¡E incluso los mejores! Solo vosotros podéis curarme.

—Pero ¿qué mal padecéis?

—El de ya no ser amado.

Acercando sus manos al círculo de luz, el conde nos contó lo que le atormentaba. Había ido a guerrear a Tierra Santa unos años atrás, acompañado por su esposa.

—Tal vez no luché lo suficiente. Dios sabe, sin embargo, cuánto sufrí para fortalecer su gloria en ese santo lugar... Una noche, al volver de una escaramuza en la que habíamos ensartado a más de un centenar de infieles, me enteré con dolor de que mi esposa, Sibila, había...

Su voz se quebró. Ya no tenía fuerzas para hablar. Pensando que ella debía de haber muerto, guardé silencio, pero Morgennes —que no tenía tantas prevenciones— preguntó:

—¿Había qué?

—¡Había partido! —Que Dios la tenga en su gloria —dije yo persignándome.

—Oh, sí, la tiene. Ese es el problema. Quiero que me la devolváis.

—¿Qué? Pero ¿cómo...?

—Sibila ha pronunciado los votos. Se ha hecho monja en el monasterio de San Lázaro de Betania. Quiero que la saquéis de allí.

—¿De modo que no ha muerto?

El gigante que conducía el tiro lanzó una brazada de leña al fuego, que crepitó alegremente.

—No, no del todo —continuó el conde—. Vive, junto a un rival al que no es posible dar muerte. Fui al Puy de Arras con intención de distraerme, pero fue inútil. Incluso la belleza de María de Champaña me dejó indiferente. Lo único que me emocionó un poco fue vuestro *Cligès* y el *Tristán e Iseo* de Bérroul.

—¿Por qué no pedisteis a este último que os ayudara?

—Porque *Tristán* es vuestro, lo sé. Mi mujer estaba en el Puy cuando ganasteis el segundo premio, hace cuatro años... Vuestras palabras la emocionaron tanto que casi me arruiné para adquirirlas a través del superior de vuestra abadía.

—¿Conocéis al padre Poucet?

—Es uno de mis amigos... Si puedo llamar «amigo» a alguien que me ha recibido en confesión desde la infancia, aunque no me haya oído desde que abandoné Flandes... No os sorprendáis, pues, si os digo que os he hecho seguir desde Arras... No quería que dos personas de vuestro talento fueran encerradas bajo el pretexto de que determinado huevo no tenía yema...

—¿Y mi *Tristán*?

—Por desgracia, ya no lo tengo. Sibila se lo llevó consigo al convento. Por eso os necesito. Compond para mí una obra lo bastante conmovedora como para arrebátarsela a Dios y hacer que vuelva conmigo. ¡Os cubriré de oro! ¡Os daré todo lo que queráis!

Uniendo el gesto a la palabra, revolvió en su limosnera y sacó un frasco.

—Tomad este frasco de la Santa Sangre de Nuestro Salvador, pagada a precio de oro a ese ladrón de Masada. ¡Es vuestra!

Tendí la mano para cogerlo, pero Morgennes me bajó el brazo.

—Una pregunta más. ¿Por qué no hacéis que vuestros hombres la rapten? Sois rico, tenéis relaciones, amigos poderosos, ¿por qué no ordenáis a algunos espadachines que penetren en el lugar, una noche, y os devuelvan a la elegida de vuestro corazón, de grado o por la fuerza?

—¿Creéis realmente que ese es el mejor medio para que ella me ame?

—¿Qué queréis exactamente? ¿Que os prefiera a Dios? ¿Estáis celoso?

—De ningún modo. Mi dulce Sibila, que siempre me fue fiel en cuerpo y alma, ha sido presa de la locura. En el curso de nuestro anterior viaje, la pasión la dominó. ¡La pasión por Dios! ¿Cómo luchar contra eso? ¿Quién podría hacerlo? ¡Nadie! Además, forzarla a abandonar su retiro la mataría. No quiero que eso ocurra.

Había hablado de un tirón, sin respirar. Se interrumpió un momento, y después de recuperar el aliento, continuó:

—Todo lo que deseo es ayudarla a que me ame de nuevo, no forzarla. Se trata de abrirle los ojos, no de arrancarle los párpados.

—¿Quién os dice que no los tiene abiertos ya? —prosiguió Morgennes.

El conde lanzó un suspiro.

—Sé que no ve. Se encuentra en la oscuridad. Llevadla a la luz, o hundidme a mí en la noche...

—¿Si lo he comprendido bien —pregunté—, es preciso que compongamos (que yo componga) una obra lo suficientemente conmovedora para incitarla a abandonar a Dios?

—Sí, es justamente eso —dijo el conde con voz temblorosa—. Es difícil, lo sé. Pero ¿es irrealizable para alguien con tanto talento?

—Si tengo talento es gracias a Dios. ¿Por qué iba a servirme de él para

perjudicarle?

—¿Quién habla de perjudicarle? Lo único que deseo es que lo fascinéis a Él también, para que me deje recuperarla... ¿No podríais complacer a Dios? ¿Convencerle de que me devuelva a mi amada?

—No sé...

—Intentadlo. ¡Decid que sí!

Intercambié una mirada con Morgennes, que sonrió y me dijo:

—En lo que a mí respecta, quitarle una mujer a quien me quitó a mi padre, mi madre y mi hermana no es algo que me incomode...

Entonces, no sabiendo si cometía un sacrilegio o si, por el contrario, formaba parte de los designios de Dios invitarme a desafiarle para superarme a mí mismo, dije al conde:

—Acepto. Pero no olvidéis que incluso Orfeo fracasó.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando apareció mi Eurídice.

12

Tan bella era y tan bien formada que parecía una criatura urgida de las manos del propio Dios, que había puesto en ella todo su arte para asombrar al mundo entero.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

Dios me castigaba.

Porque yo también, a mi vez, amaría y no sería amado.

En el momento mismo en que acepté la propuesta del conde de Flandes, sentí lo que él sentía, y mi corazón se desgarró.

—Os presento a nuestro maestro de los secretos —dijo el misterioso joven—. Su nombre es Filomena.

—¡De modo que sois vos! —exclamé—. Esperaba que fuerais...

—Un hombre—dijo Morgennes.

Curiosamente, Filomena no respondió. Se contentó con saludarnos con una leve inclinación de cabeza, antes de ir a sentarse junto al conductor del tiro.

Aproveché el momento para observarla mejor y tratar de calmar el fuego que ardía en mi pecho. Sus cabellos rubios parecían un astro ante el cual el propio sol palidecía; sus pechos, dos delicadas perlas posadas sobre el coral de su busto; sus manos, dos orgullosos corceles de alabastro, ágiles y delicados. Su rostro imponía respeto, y sus ojos eran de nácar, de un color imposible de describir. Diez siglos no bastarían para describirla por entero. Porque si las palabras para lograrlo existían, me eran inaccesibles. Se me escapaban en el momento mismo en el que creía atraparlas. ¿Creía haber encontrado un adjetivo? Solo escribía banalidades. Y cuando un vocablo se dignaba por fin a surgir, la mayoría de las veces no era más que un inicio de sílaba, pues mi imaginación bogaba ya hacia otras orillas, cada vez más lejanas.

¡Filomena!

Todo lo que conseguía decir sobre ella era: «¡Oh milagro, oh maravilla, oh bendición!». Ciertamente la naturaleza había debido de trastocarse al crearla. Una belleza semejante no podía ser humana. Más que nunca en mi vida, me sentí impotente. Pues si el verbo de Dios no tenía límites, el mío tropezaba aquí con su primer obstáculo.

Y este obstáculo no parecía tener más palabras, ni más alma, que una estatua.

Volví los ojos hacia el conductor del tiro, quien, comparado con ella, era solo un esbozo tosco, un conjunto de círculos y líneas imperfectamente ajustados. Mientras cerraba los ojos para expulsar de mi retina la imagen del maestro de los secretos, oí al capitán del Dragón Blanco:

—Creo que ha llegado el momento de acabar las presentaciones; en primer lugar, este es Gargano, nuestro cochero.

—Buenas noches —ronroneó Gargano.

El mono encaramado a su hombro emitió un chillido, que Gargano nos tradujo:

—Frontín os da las buenas noches.

—Buenas noches —dijo Morgennes.

—Ya conocéis a Thierry de Alsacia, y a Filomena... En cuanto a mí, me llamo Nicéforo.

—Es un nombre griego —constaté.

—No tiene nada de extraño, ya que nací en Constantinopla. Y ahora, ¡que aproveche!

Pasaron varias semanas, durante las cuales avanzamos a buen ritmo hacia el sur. Morgennes estaba aprendiendo a representar un papel elegido para él por Nicéforo, que —según decía el griego— le encajaba de maravilla.

Morgennes, que soñaba con ser armado caballero, no veía ningún inconveniente en interpretar el papel de san Jorge, el más insigne caballero que había existido, famoso por haber matado a un dragón antes de sufrir martirio.

Yo pasaba la mayor parte del tiempo en la parte trasera del carro, viendo cómo el camino se perdía en la lejanía, y mi talento con él. Allí, sentado sobre un pequeño reborde, trabajaba sin cesar en una obra cuyo objetivo era seducir a Filomena y a Sibila. Sin embargo, no conseguía nada. Imposible componerla.

Perdía muchas horas mirando pasar la tierra bajo mis pies o acariciando a Cocotte, que ya no quería poner huevos.

«¿Por qué —me preguntaba— estoy paralizado hasta este punto? ¿Es por temor de ofender a Dios? ¡En absoluto! ¡Es porque no tengo mis libros, mis documentos; mis fuentes! Nunca he escrito a partir de nada... No es posible hacerlo. ¡Dios es el único que puede crear a partir del vacío!»

Desafiar a Dios, ¡ahí estaba el problema!

Y justamente eso era lo que nos disponíamos a hacer, ya que en respuesta al ingreso de su mujer en el monasterio, Thierry de Alsacia había replicado: «¡Chrétien de Troyes la sacará de aquí!».

Morgennes, por su parte, conservaba vivo en su corazón el recuerdo de las desgracias sufridas por su familia, y se había jurado que haría pagar sus crímenes a los culpables, aunque estuvieran protegidos por Dios.

—Si hay que ir al Paraíso, iré —decía a veces, medio en serio, medio en broma.

Sobre esa cuestión, mantenía numerosas discusiones con Gargano, que exclamaba con su voz de acentos cavernosos:

—¡En vuestro lugar, yo no pensaría en ello ni por un segundo! ¡Ir al Paraíso! ¡Robarle a Dios una de sus mujeres, pedirle cuentas! ¡Estáis loco! ¡No olvidéis nunca que la venganza es la ambrosía de los dioses, su plato favorito! Si se la han reservado, no es por casualidad. A sus ojos es demasiado preciosa para que unos simples mortales puedan tocarla, ni tan siquiera con la punta de los dedos. En vuestro lugar, yo lo olvidaría.

—¡Olvidar el amor! —se indignaba Thierry de Alsacia.

—¡Olvidar a la familia! —añadía Morgennes.

—Eso sería como olvidar a Dios —concluía yo, pensando en Filomena.

—Olvidadlo, olvidadlo —repetía Gargano, mientras pasaba un dedo por el pelaje de Frontín, su mono.

Aunque tal vez dijera «olvidado, olvidado», porque su mirada se vaciaba entonces de toda sustancia, como si él mismo hubiera vivido en otro tiempo algo que había olvidado y que lamentaba haber perdido... Uno ya no sabía si se lamentaba de ya no saber o si, por el contrario, nos animaba a imitarle.

En cuanto a Nicéforo, el griego guardaba silencio, pero sonreía distraídamente. A veces sus dedos corrían sobre alguno de los teclados de un órgano del que extraía sonidos que habrían hecho llorar a las Musas.

Era un órgano muy antiguo, que mandó fabricar en Bizancio, en el siglo VIII, el emperador Constantino Coprónimo para ofrecérselo a Pipino el Breve. En esa época hacía ya mucho tiempo que no había órganos en toda la cristiandad, porque los Padres de la Iglesia habían ordenado destruirlos, alegando que los instrumentos de música excitaban los espíritus y apartaban de Dios a los verdaderos creyentes. Este órgano era, por tanto, uno de los más antiguos que existían, y también uno de los más perfectos. Con su pedalero y su teclado con tiradores que se podían meter y sacar, permitía aislar los registros y variar las sonoridades de un modo único en el mundo.

Era un órgano espléndido, «del que solo Filomena conoce los secretos», afirmaba Nicéforo.

—Su padre, que lo había recibido de su propio padre, le enseñó a conservarlo. Ahora que su padre ha muerto, Filomena es la única que posee estos conocimientos. Por eso es tan valiosa para mí...

Una tarde en la que nos acercábamos a las orillas del Pontus Euxinus, con el aire saturado del perfume de los olivos, Morgennes vino a sentarse a mi lado y me dijo:

—*Monachus in claustro non valet ova duo; sed quando est extra, bene valet triginta.*

—«Apenas un par de huevos vale un monje en la clausura; mas si sale al exterior, hasta a treinta aumenta su valor» —traduje—. Lo sé. Debería alegrarme, ser feliz...

—Yo puedo ayudarte, si quieres...

—Incluso Cocotte está enferma. Desde Arras no ha puesto un huevo.

—¿Se sentirá culpable?

—No, no. Es culpa mía, lo sé.

—¿Realmente no hay nada que pueda hacer para animarte?

—Si pudieras... Pero no, creo que no existe ningún remedio para el mal que sufro.

—¿Porque amas y no eres correspondido?

—¿De modo que lo sabes?

—Sí... ¿Por qué no ibas a hablar de lo que amas?

—¿Y de lo que me hace sufrir?

—Si ese es el caso, dilo.

—De Amor, que me ha arrancado de mí mismo, y no quiere retenerme a su servicio. Y sufro hasta tal punto que consiento que imponga este duro sacrificio...

—¡Ves, ya es un principio!

Me encogí de hombros.

—Es un principio de nada... Todo me es indiferente. Incluso los paisajes...

No me preguntéis, pues, por qué no hablo de las ciudades que atravesamos. Os diré solo que partimos justo después del fin de la cosecha, cuando el vientre repleto de las granjas tenía con qué aliviar el voraz apetito de nuestra caravana.

Tampoco os hablaré de las gentes con las que nos cruzamos, ni de las ruinas de Grecia, ni de los rudos combates que libraba

Manuel Comneno en los Balcanes. Ni me referiré a los manjares, vinos, tormentas y fuertes calores, ni a los olores y los sonidos. Podría hacerlo, pero no lo haré. Me contentaré con deciros que si Godofredo de Bouillon había tardado cerca de cuatro meses en llegar a Constantinopla con su ejército, nosotros hicimos el trayecto en la mitad de tiempo.

Sobre nuestro viaje hasta Jerusalén no diré nada más.

¿Por qué?

Porque una sola palabra basta para contároslo: ¡Filomena!

¡Muerte! ¡Oh muerte, eres demasiado malvada y ávida,
demasiado codiciosa y envidiosa! ¡Eres insaciable!
de vuestro hijo.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

San Lázaro de Betania era un monasterio situado en la cima del monte Tabor, no lejos del castillo de la Fève, que pertenecía a los templarios. De hecho, estos se encontraban tan cerca que eran ellos, y no los hospitalarios (de los que, sin embargo, dependía el monasterio), quienes garantizaban su seguridad.

Los rastrillos del castillo de la Fève se izaban un breve instante, y a continuación un grupo de caballeros abandonaban sus muros, seguidos por algunos hombres armados. No eran numerosos, pero bastaban, porque eran fuertes y valerosos.

Por eso, cuando el Dragón Blanco apareció en el horizonte, en dirección a poniente, dos hermanos caballeros se pusieron al frente de una pequeña tropa y galoparon a su encuentro.

—¿Quiénes son? —preguntó Morgennes al ver que se acercaban.

—Servidores de Dios—replicó Gargano.

—¿Es decir?

—¡Templarios!

Morgennes metió la mano bajo su camisa para buscar la cruz.

—Padre, me dijiste que fuera hacia la cruz... Veo venir a dos caballeros con el pecho adornado por una gran cruz roja. ¿Debo ir hacia ellos? ¿Quieres que también yo sea como ellos, un caballero portador de la gran cruz roja? —preguntó.

Evidentemente nadie respondió.

—Mira —prosiguió Morgennes, señalándome a los caballeros—. Creo que mi padre hacía alusión a ellos al decirme que fuera hacia la cruz. Son caballeros de Dios.

—Los caballeros nunca sirven a nadie sino a sí mismos —dije yo.

—No aquí —dijo Gargano—. No siempre. No olvidéis que estamos en Tierra Santa, y que esta es una tierra en estado de excepción.

Los templarios se encontraban ya al alcance de la voz, y uno de ellos gritó:

—¡En nombre de Dios, presentaos!

Thierry de Alsacia salió entonces del carro vestido con sus mejores galas. Su

túnica, adornada con piedras preciosas, reflejaba los rayos del sol poniente y brillaba con mil fuegos. El conde levantó una mano enguantada de seda negra y dijo con voz firme:

—¡Amigos! Nobles y buenos caballeros, ¿me habéis olvidado?

—¡Tu nombre! —le espetó el templario que aún no había hablado.

—Thierry de Alsacia, conde de Flandes.

Los templarios bajaron sus lanzas y sus confalones barrieron el suelo.

—¿Podemos saber adónde vais, con este extraño séquito?

—Junto a mi amada... —dijo el conde señalando el monasterio de Betania.

—¡Por la Virgen! —exclamó el más joven de los templarios.

—¡Cierra el pico! —le soltó el otro—. Venid, señor, os escoltaremos hasta las puertas del monasterio, donde os ofrecerán una buena acogida... y os darán una triste noticia.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Thierry de Alsacia, inquieto.

El templario le miró tristemente, sacudió la cabeza y murmuró:

—No me corresponde a mí informaros...

—Sor Sibila ha sido llamada por Dios —nos anunció la madre superiora del convento de Betania.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—La semana pasada, mientras dormía... No sufrió —dijo la religiosa al destrozado conde de Flandes.

Luego la cólera reemplazó al dolor, y Thierry de Alsacia estalló como un huracán.

—¡Dios la ha matado! ¡Prefirió llamarla al Cielo antes que ver cómo la reconquistaba!

No me atreví a decirle que, aunque había escrito algunos poemas, posiblemente no habrían dado ningún resultado. En todo caso, no habían convencido a Filomena de que me amara...

Luego el conde cambió nuevamente de actitud. No había ya en él ni rastro de cólera; solo un gran agotamiento.

—Es culpa mía —dijo—. Nunca debería haberme lanzado a una aventura como esta...

Sus ojos estaban llenos de lágrimas y nuevas arrugas surcaban su frente.

—Perdonadme por haberos arrastrado conmigo, amigos míos —continuó, dirigiéndose a nosotros—. Perdón, perdón. ¡Y tú, Dios, perdóname también! ¡Y tú también, Sibila, a quien prefiero viva y encerrada antes que muerta... e igualmente encerrada!

Hubiera querido convertirse en mujer. «Si pudiera —se decía— transformarme en una de ellas y permanecer, para el resto de mi vida, en este lugar donde resonaron sus

pasos... ¡De qué me sirve ser un hombre, si es para estar lejos de mi Sibila!»

Nuestro pequeño grupo se instaló fuera del recinto de Betania, donde los hombres podían entrar pero no alojarse —ni siquiera pasar la noche—. Las monjas nos habían dado pan y un caldero de lentejas guisadas con tocino, que degustamos en silencio. De pronto, el conde apartó a un lado su plato, que no había tocado, y declaró dirigiéndose a Morgennes:

—Si quieres acercarte a estos hombres, a estos templarios, tienes que ser caballero... Y yo tengo el poder de armarte.

Morgennes dejó de comer y miró al conde, que prosiguió, con un brillo especial en los ojos:

—Te convertiré en el mejor dotado de todos los caballeros del reino, si...

¿Qué iba a pedir ahora Thierry de Alsacia, que esa misma mañana no había dudado en increpar a Dios?

—... ¡si me devuelves a mi amada!

Comprendí entonces que el fuego que brillaba en los ojos del conde no se debía ni a la fiebre ni al dolor, sino a la demencia. Este hombre estaba loco de atar.

—¿Queréis que penetremos en el interior del monasterio para robar el cuerpo de Sibila? —inquirió Morgennes.

—¿De qué cuerpo estás hablando? ¡Es solo un montón de huesos y carne que no me importa en absoluto! ¡Yo te hablo de su alma! ¡Devuélvemela, encuentra el modo de entrar en el Paraíso y saca de allí a Sibila!

—Es imposible —dijo Gargano.

—Déjale —le murmuré al oído—. ¿No ves que sufre?

Bebí un trago de vino, me sequé la boca con el dorso de la manga y me acerqué a Thierry de Alsacia.

—Querido conde, os prometo, por mi honor y por mi alma, que si existe un medio de salvar a Sibila, lo encontraré...

Morgennes asintió.

—Gracias —dijo el conde.

—Ahora deberíais ir a acostaros. La noche es buena consejera...

—Tenéis razón.

El conde se retiró con paso titubeante y desapareció en el interior del carro. Después de que las cortinas se hubieran cerrado tras él, Nicéforo se volvió hacia mí.

—La muerte de Sibila era inevitable.

—¿Por qué?

—Porque leí vuestros poemas, y son magníficos. Creo que habría cedido... Ninguna mujer puede resistirse a tanto talento.

—¿Ninguna? ¿Realmente?

No me atrevía a mirar a Filomena, que comía frente a mí, al otro lado del fuego. Pero Nicéforo parecía seguro de sí mismo, y asintió con la cabeza.

—Conozco a una que no ha cedido —dije.

—¿Puedo hacerles una pregunta? —prosiguió Nicéforo.

—Desde luego.

—¿Por qué habéis dejado de hacer juegos malabares desde que estáis con nosotros?

—Porque únicamente los hacía con los huevos de Cocotte...

—Y desde entonces no ha vuelto a poner —añadió Morgennes.

—¿Y a qué creéis que se debe?

Tosí dos o tres veces, acaricié a mi gallina rojiza con mano distraída, y respondí:

—Creo que está afligida...

—¿Afligida? ¿Una gallina?

—Cocotte es Cocotte. Tal vez tenga plumas como todas las gallinas; y es cierto que cacarea, picotea, come grano y pan duro, piedrecitas y gusanos; pero para mí es Cocotte, y no hay ninguna como ella...

—Os entiendo muy bien —dijo Gargano.

—Si es tan valiosa para vos y puesto que sois tan buen malabarista, ¿qué ocurrió en Arras? —preguntó Nicéforo.

No respondí inmediatamente, fascinado por el baile de las llamas, tan pronto rojas como azules, que ascendían de nuestro fuego.

Morgennes ya me había hecho antes esta pregunta, pero yo no le había respondido... Sin embargo, yo había visto algo. Pero prefería no hablar de ello.

—En todo caso —intervino Gargano—, no fue a causa de Cocotte.

—¿Cómo lo sabéis? —pregunté.

—Me lo ha dicho.

—¿Podéis hablar con los animales? —intervino Morgennes. —Sí.

—¿Y de qué habéis hablado? —inquirió.

—Pues de esto y de lo otro. De banalidades principalmente. Pero también, desde luego, de lo que ocurrió en Arras, cuando dejasteis caer el huevo...

—¿Y qué os dijo?

—Que estabais muy enfermo. En parte es por eso por lo que ya no quiere poner. Para preservaros.

—¿Y qué más dijo?

—También dijo que ella no tiene nada que ver con todo ello. Que sus huevos siempre han sido unos buenos huevos, con su clara y su yema... Está preocupada.

Sonreí distraídamente. Cocotte estaba durmiendo sobre un suave nido de paja en el interior de la caravana. Cuánto camino recorrido desde Saint-Pierre de Beauvais y Arras... Me parecía que nuestra expedición tocaba a su fin, y mi intuición me decía

que no volveríamos a Constantinopla. Al menos no enseguida... No antes de que Morgennes hubiera tenido tiempo de dirigirse a Jerusalén y de arreglar allí sus cuentas con Dios.

Mañana os haré coronar. Mañana seréis armado caballero.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

—¿Jerusalén? ¡Y por qué no Damasco o El Cairo! Esto nos obligará a desviarnos —dijo Nicéforo a Morgennes. —Tengo que ir —replicó Morgennes. —Es por la cruz, ¿verdad?

—¡Sí!

—Muy bien. Iremos a Jerusalén. Pero si allí no hay nada que te retenga, Chrétien y tú volveréis conmigo a Constantinopla, para actuar ante el emperador.

—¡Prometido!

En realidad Morgennes no tenía ni idea de qué debería hacer una vez estuviera al pie de la Vera Cruz. Como religioso, su deber era servirla. Pero ¿y como Morgennes?

Gargano reunió a sus bueyes y los dirigió hacia el sur, en dirección a la ciudad tres veces santa. Al verlo, recordé la leyenda de san Jorge, según la cual se habían necesitado ocho bueyes para llevar hasta Lydda el gran dragón al que había dado muerte. Y nuestro tiro contaba con ocho bueyes. ¿Era una casualidad? ¿Y era también una casualidad que Nicéforo hubiera insistido tanto en que escribiera un cuento acerca del combate de san Jorge y hubiera pedido a Morgennes que lo interpretara? Filomena se había pasado días enteros trabajando en una gigantesca marioneta que representaba un dragón.

Todo giraba en torno a ese monstruo. E incluso en torno a Morgennes, sobre quien planeaba la sombra de los matadores de dragones desde que había cogido un espetón sin quemarse, como san Marcelo, el draconocte.

No, tantas coincidencias no podían ser fruto del azar. Seguramente Nicéforo tenía algún proyecto secreto en la cabeza. ¿Por qué tenía tanta prisa en volver a Constantinopla? ¿Y Gargano? ¿De dónde provenía su poder? ¿Quién era en realidad? Aunque, si efectivamente hablaba con los animales, comprendía mejor por qué se servía tan poco de las riendas y por qué no dudaba, por la noche, en dejar que los animales durmieran sueltos, fuera de cualquier cercado.

Lo que más me desconcertaba era que tenía el presentimiento de que, de todos estos personajes, Morgennes no era el más misterioso. Nosotros no formábamos parte de una compañía de teatro, sino de una especie de bestiario en el que nosotros éramos

los protagonistas.

Las altas murallas de Jerusalén sostenían un cielo desgarrado por las cruces, tan numerosas que desde lejos parecía que era un cementerio. Sonaban campanas llamando a la oración.

—Tengo la impresión —dijo Gargano— de que hay algún problema.

—Es extraño. Estamos atravesando campos y no veo a nadie. ¿Dónde está la gente? Es verdad que estamos en invierno, pero no lo entiendo. ¿Qué hacen los campesinos? ¿Están todos en sus casas, calentándose junto al hogar? —añadió Nicéforo.

Todo parecía estar de duelo. Incluso el viento había dejado de soplar, y los pájaros permanecían posados sobre unos surcos poco profundos, desamparados; paseaban a su alrededor unas miradas en las que podía leerse: «¡Hambre! ¡Frío! ¡Miedo! ¡Frío!».

—Aquí huele a muerto —constató Thierry de Alsacia.

—Pero ¿quién debe de haber muerto? Porque se diría que toda Jerusalén llora —dijo Morgennes.

—Su padre —dijo Nicéforo—. Es decir, su rey.

—¡Balduino! —exclamó Thierry—. ¿De modo que también tú has muerto?

Balduino, tal como se refería a él Thierry de Alsacia, había sido coronado rey de Jerusalén después de la muerte de su padre, el ambicioso Fulco V el Joven. Desde el momento en el que había ocupado el trono, el nuevo rey había continuado con el proyecto de su predecesor: la conquista de Egipto. Y como su padre antes que él, Balduino III había fracasado. Había muerto a los treinta y dos años, sin descendencia, tal vez envenenado por uno de sus médicos. Por eso entraba dentro de la lógica que Amaury, su hermano pequeño, conde de Jaffa y de Ascalón, hubiera sido designado para sucederle —y para dar continuidad a las locas ambiciones de su padre.

Su coronación debía tener lugar ocho días después del entierro de su hermano, es decir, el 18 de febrero de 1162. Jerusalén no estaba de duelo. Coronaba a su rey.

Amaury había querido dar a la ceremonia el aspecto de un entierro. ¿Por qué? Porque no se encontraba de humor para alegrías, y porque las circunstancias en las que había sido reconocido por sus pares no habían estado exentas de vejaciones hacia su persona.

Así, los poderosos del reino solo habían aceptado ser sus vasallos a condición de que renunciara a su mujer, Inés de Courtenay: «Señor —le habían dicho—, sabemos que debéis ser rey; no obstante, no aceptaremos de ningún modo que llevéis la corona mientras no os hayáis separado de esta mujer que tenéis. Porque ella no es como debe ser una reina, particularmente la reina de tan excelsa ciudad».

¿Por qué esa demanda? Las razones de esta enemistad permanecían oscuras. El pretexto que alegaban (el de la consanguinidad: los abuelos de Inés y de Amaury eran

primos hermanos) no era convincente. En efecto, en este país, la falta de sangre franca obligaba a la mayoría de los nobles a casarse entre ellos. En realidad, lo que más había pesado en la balanza era el comportamiento frívolo y las costumbres ligeras de Inés de Courtenay. A ella y solo a ella apuntaban los nobles, no al rey ni a su descendencia. Pues si bien exigían que Inés no se acercara al trono, aceptaban, en cambio, que su hijo, el joven Balduino IV (que entonces tenía un año), pudiera acceder a él un día.

Pero Inés nunca.

—¡A fuerza de tratar con el diablo, se acaba por perder el alma! —decía uno de los nobles, que la acusaba de trazar pentáculos y de degollar gatos en su habitación.

—¡Su coño no está cerrado por muslos, es una posada abierta a los cuatro vientos! —decía otro, feliz de haber podido entrar un día, aunque se guardara de presumir de ello.

En definitiva, frente a una mujer detestada por todos se encontraba un hombre al que todos querían: su marido, Amaury. Por lo demás, Amaury tenía buen corazón, y si se había casado con Inés, había sido sobre todo porque nadie, excepto él, quería hacerlo. «Esta mu-mu-mujer es de sangre azul —decía tartamudeando como era habitual en él—, y sería injusto que no tuviera marido, aunque fu-fu-fu-era la hija de un demonio...» Amaury hacía alusión a Jocelin de Edesa, que tenía fama de ser un bribón y de no preocuparse más que de sí mismo.

Para mostrar a sus futuros vasallos de qué madera estaba hecho, Amaury les anunció:

—¡Muy b-b-bien! Ya que queréis un rey s-s-sin mujer, tendréis un rey s-s-sin mujer... ¡No tendré más p-p-preocupación que la guerra! ¡Ahora bien, a p-p-partir de ahora nadie tendrá derecho a p-p-presentarse ante mí acompañado de una mujer mientras yo no haya vuelto a c-c-casarme!

Los nobles refunfuñaron, pero el rey era un hombre de sangre caliente, y todos creían que sería muy extraño que Amaury no se hubiera casado de nuevo antes de que acabara el año. De modo que aceptaron.

Nuestra llegada no pudo ser más oportuna. Uno de los consejeros más cercanos al rey, un canónigo llamado Guillermo, que por entonces ejercía su cargo en Acre, le propuso al vernos:

—Sire, deberíais pedir a estos trovadores que organicen un espectáculo. Esto os distraerá de vuestras preocupaciones y hará que vuestros nobles rían un poco. ¡Y vive Dios que lo necesitan!

—¿Espectáculo? —había replicado Amaury echando perdigones de saliva—. ¿Reír? ¿Necesidad? ¿Y qué más t-t-tendré que hacer?

Amaury se inclinó, cogió en brazos a sus dos bassets, los apretó contra su amplio

y pesado pecho, provisto de unos senos tan grandes que parecían de mujer, y añadió dirigiéndose a Guillermo:

—¡No que-querrás que les sirva también la s-s-sopa? ¡No estoy aquí p-p-para hacerles reír, sino para ser su jefe y c-c-conducirlos a la guerra!

—Sire, vuestro hermano ha muerto. Tal vez haya llegado el momento de pensar en la paz y de aceptar la tregua que os propone el sultán de Damasco, Nur al-Din.

—¡Calla, Guillermo! Me aburres. ¿Sabes qué hago yo con tu t-t-tregua?

—Lo imagino, sire.

—Pues yo te prohíbo que lo imagines. ¡Una t-t-tregua! ¡Menuda sandez! ¡Guerra, guerra! ¡Nada de t-t-tregua, nunca! ¡La tregua, para mí, es la guerra!

—Sire, ¿queréis matarnos a todos?

—¿Y bien? ¿Acaso tienes miedo?

—No, sire —respondió Guillermo, mientras veía cómo el rostro de Amaury desaparecía bajo los lametones de sus bassets—. Ya sabéis que mi fidelidad hacia vos es absoluta. Os seguiré a todas partes. Incluso hasta la muerte...

—¡Por Dios, Guillermo, prefiero que me p-p-precedas!

—¡Lo haré para preservaros de ella, sire!

—¡Eso espero, porque a mí sí me da miedo!

El rey se alejó en dirección a sus aposentos, donde un ejército de costureras le esperaba para acabar su traje. Pero antes de desaparecer bajo una avalancha de telas a cual más magnífica, aún tuvo tiempo de indicar a Guillermo:

—De acuerdo con lo del espectáculo. ¡Pero nada de c-c-comedia! ¡Quiero sangre, tripas!

«¡Sangre, tripas! —repitió Guillermo para sí, mientras bajaba de nuevo la larga escalera que conducía de lo alto de la ciudadela del rey David a la sala principal—. El rey todavía es un niño, pero ya sería hora de que creciera, por el bien del reino.» Se detuvo un instante en el rellano, y luego salió al patio, donde esperaba el Dragón Blanco.

Nuestra comitiva acababa de llegar, y los guardias nos habían permitido entrar después de que Thierry de Alsacia se hubiera identificado.

Nicéforo condujo las negociaciones con el canónigo Guillermo; Morgennes no comprendió nada de lo que decían. Todo lo que pudo entender fue que los dos hombres se habían puesto de acuerdo y que el acontecimiento era importante, visto el tamaño de la bolsa que el canónigo dejó caer en las manos abiertas de Nicéforo. Pero, más que la bolsa, lo que fascinó a Morgennes fue el pesado bastón con el que jugaba Guillermo; tan pronto se apoyaba en él como lo cogía con una mano y luego con la otra. Era un bastón de madera tallada, con una empuñadura que representaba las fauces de un dragón. Morgennes también encontró curioso ver en manos de un cristiano un objeto que le habría parecido más normal ver en manos de un musulmán.

Después de todo, ¿no hablaba el Corán del bastón de Musa (Moisés), que Alá había transformado en dragón para atacar a los magos del faraón?

El tal Guillermo tenía una extraña manera de sonreír, y de vez en cuando, su mirada se posaba en Morgennes. Se hubiera dicho que le reconocía. Pero los dos hombres no se habían visto nunca. Morgennes estaba seguro de ello. Sin embargo, eso no impidió que, una vez acabada la negociación entre Nicéforo y Guillermo, este último se acercara a Morgennes para preguntarle:

—¿No nos hemos visto antes en algún sitio?

—No—dijo Morgennes.

—Ah... Me había parecido...

—Tengo una memoria excelente. Siempre me acuerdo de todo.

—Tenéis mucha suerte. Yo tengo muy mala memoria. Pero a veces tengo premoniciones... Supongo que me he equivocado, os pido perdón.

—No tiene importancia.

—Tal vez lleguemos a conocernos mejor, si os quedáis...

—Por desgracia, tal vez no pueda quedarme... Me esperan en Constantinopla, y he prometido...

—Muy bien. ¡Entonces adiós, caballero!

Guillermo se alejó en dirección a la ciudad.

—¿Por qué me ha llamado «caballero»? —me preguntó Morgennes.

—A causa de tus ropas —respondí señalándole su vestimenta.

Morgennes se había puesto su disfraz de san Jorge, que incluía una espada ficticia, un escudo de madera y una armadura de tela.

—¡Pero si es solo un vestido, yo no soy caballero!

—¿Ni siquiera Caballero de la Gallina?

—Ah, eso sí.

—Además, has protegido a Cocotte.

—Alguien tenía que hacerlo, pardiez. A juzgar por las miradas que le lanzan, juraría que hace lustros que no han comido hasta saciarse.

—Morgennes, no es a Cocotte a quien miran.

—¿Ah no?

—Es a ti.

Me alejé a mi vez, dejando a Morgennes rumiando, desconcertado.

Las campanas repicaban, llamando a la población a dirigirse al Santo Sepulcro. Este pronto quedó rodeado por una multitud tan compacta que parecía un solo cuerpo, imposible de atravesar. Pero esta carne era la del futuro rey, el único que podía hender a esa multitud de súbditos. Acompañado de todos los caballeros del reino, Amaury penetró en el interior de la iglesia cristiana más importante y caminó

hacia su patriarca. Este último, que era también, a su modo, una especie de rey, se había revestido con sus ropajes pontificios. Sus ayudantes habían encendido las lámparas y los cirios, que componían, desde el suelo hasta el techo, un cielo estrellado que el rey y su séquito atravesaron como un cometa.

Ahora todos formaban un círculo en torno al rey, con los brazos cruzados sobre el pecho. Un canto, el *Veni Creator*, se elevó de sus pechos, sumándose al largo lamento de las campanas.

El rey estaba escoltado por sus dos principales servidores: su senescal y su condestable. El primero, Milon de Plancy, que era igualmente gobernador de Gaza y miembro de la Orden del Temple, sostenía el cetro real. El segundo, llamado Onfroy de Toron, permanecía erguido, orgulloso como un pavo. En la mano izquierda sostenía las riendas del caballo de Amaury, que llevaba el mismo nombre que la legendaria montura del rey Arturo: Passelande. Y en la mano derecha enarbolaba el estandarte real, donde estaban representadas las armas de Jerusalén.

Ligeramente apartado, el chambelán paseaba a Alfa II y a Omega III, los dos bassets de Amaury, sujetos de la correa. Reinaba una actitud de recogimiento. El rey se arrodilló finalmente. No había santo crisma, porque Amaury no había querido que le consagrarán. El patriarca le dio a besar las espuelas y la espada de Godofredo de Bouillon, y luego depositó sobre la cabeza de Amaury la corona real.

Solo entonces se volvió hacia la Santa Cruz que presidía el altar, y pronunció la fórmula ritual: *Amaury, per Dei gratiam in sancta civitate Jerusalem Latinorum Rex.*

Amaury era rey.

Alzando su espada, el monarca gritó:

—¡A la guerra!

Pero la serpiente es venenosa, y su boca lanza llamas,
tan llena está de maldad.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Ivain o El Caballero del León

Unas alas inmensas proyectaban sombras móviles sobre ellos y los silbidos cruzaban el aire. De los agujeros excavados en la cueva brotaban llamas que amenazaban con quemarles.

—P-p-prodigioso —exclamó Amaury lanzando miradas entusiastas en torno a él.

Hacía un calor infernal. Por todas partes planeaba un hedor a azufre y a huevos podridos. Los espectadores tenían que enjugarse constantemente el rostro, cubierto de hollín y surcado por gruesas gotas de sudor.

—Espléndido —aplaudió Amaury, colocando a uno de sus dos perritos sobre las rodillas, mientras el otro se apretujaba contra sus piernas—. ¡Maravilloso!

El senescal se persignó, preguntándose cuándo finalizaría aquel horror.

De pronto un cuerno dio la señal de ataque.

El chambelán, asustado de encontrarse allí, hundió la cabeza entre los hombros, justo en el momento en el que Morgennes surgía de un lateral de la escena con una espada en la mano. El caballero apuntó el arma en dirección a los espectadores y luego trazó con ella un arco que la llevó sobre su cabeza. En ese momento, como si hubiera esperado esta señal, el gran dragón se abalanzó sobre él desde lo alto.

Era tan enorme en relación con el escenario que solo sus patas, agarradas a un cielo de escamas, se dibujaban por encima del público. Morgennes paró con el escudo las garras de su adversario, que trazaron anchas entalladuras en su defensa. Se escuchó un chirrido metálico, y Morgennes cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra una gran roca.

Por un instante, la multitud le creyó muerto.

—¡Ha caído! ¡Ha caído!

—¡Hay que ayudarlo!

—¡Abajo el dragón!

—¡No, no! ¡Mirad! ¡Por los clavos de Cristo, se levanta!

En efecto, Morgennes se levantaba, sosteniendo su espada firmemente apretada contra él, desplazándose a pasos cortos, buscando una abertura en lo que parecía ser

una interminable muralla de escamas. El dragón dio otro paso y con un formidable batir de alas apagó los géiseres de fuego, con lo que sumió a Morgennes y al público en la oscuridad.

Ese fue el momento que eligió la bestia inmunda para escupir.

Una llama surgió de sus fauces, atravesó el decorado y alcanzó a Morgennes, que apenas tuvo tiempo de resguardarse detrás de su escudo. En torno a él, la tierra estaba al rojo. Algunas piedras estallaban, y otras se inflamaban. Solo Morgennes resistía a pie firme.

¿Por qué milagro?

—¡Dios! ¡Dios le protege! —gritó una voz entre el público. —¡Aleluya! —aulló otra.

El vapor que escapaba silbando de la tierra envolvió a Morgennes en una armadura de bruma. Cualquier otro hombre habría muerto escaldado. Pero Morgennes resistió. Las fauces del dragón se aproximaban ya para lanzar el golpe de gracia. En lugar de retroceder, Morgennes se precipitó hacia delante, le lanzó un mandoble al labio inferior, y luego, rodando sobre sí mismo, escapó por poco a sus colmillos. Morgennes se incorporó. Descargó un nuevo mandoble, que rebotó en el marfil de una garra.

«¿Es real o es una ilusión? —se preguntaba el público—. ¿A qué estamos asistiendo? Decidnos: ¿hay peligro o no?»

Un nuevo golpe consiguió penetrar bajo una escama. Tres gotas de sangre escaparon de la herida, tocaron a Morgennes en el hombro, se deslizaron por su túnica y trazaron una cruz bermeja que fue a añadirse a la cruz tramada de oro que brillaba en su pecho.

El dragón retrocedió. ¿Estaba huyendo?

—¡Por Nuestra Señora! —gritó Morgennes.

Un tumulto de alas le indicó que su enemigo se alejaba. Morgennes lo aprovechó para tomar aliento y examinar el lugar, en busca de la hija del rey.

—¿Princesa? ¿Dónde estáis?

—¡San Jorge, detrás de ti! —gritó una voz entre el público.

Bajo la bóveda rocosa, un gigantesco cuello propulsó a través de la cueva unas fauces del tamaño de un carro. La boca se desplazaba a la velocidad de un caballo al galope, y para evitar ser aplastado, Morgennes se vio obligado a realizar un salto prodigioso, que le llevó a la cabeza del dragón, al lugar donde las crestas de escamas batían el aire como algas agitadas por el oleaje. «¡Rápido! ¡No hay tiempo que perder!» Saltó hacia el morro del dragón, mientras este huía de la cueva, que amenazaba con derrumbarse.

¡Ahí! Bajo un párpado de cuero, un ojo brillaba con un resplandor lechoso. Morgennes se deshizo de su escudo, sujetó su espada con las dos manos y la hundió

en la pupila de la bestia.

Un aullido atravesó la cueva.

¿Había acabado todo?

—¿San Jorge? ¿San Jorge?

La cabeza del dragón había desaparecido, y san Jorge con ella. Luego, de repente, surgió del fondo del escenario, como para golpear lateralmente a la multitud. Por muy poco, los espectadores evitaron el impacto, porque en el último momento el gran dragón había reducido su impulso. Algunos pretendidos caballeros, atemorizados, se habían aplastado contra el suelo para protegerse.

Varios centenares de pares de ojos se alzaron hacia Morgennes y lo vieron sujeto al cuello del gran dragón, con la espada clavada en el ojo del monstruo. ¿Con qué lucharía ahora? ¿Cómo podía vencer?

Un tornado barrió la sala, arrancando plumas de los penachos de los cascos, pañuelos y chales, haciendo volar ornamentos en todas direcciones y dando a la selecta asamblea el aspecto de un ejército derrotado.

Ya no había nadie. Ni dragón ni Morgennes. El tiempo de que la cueva curara sus heridas, de que el polvo se posara, y el antro de la bestia apareció vacío. El gran dragón había ascendido al cielo, llevándose a Morgennes con él. Qué importaba que le faltara un ojo; no lo necesitaba para volar. La aflicción se apoderó de la sala. Los espectadores empezaron a dudar. «¿A qué hemos asistido en realidad?»

—¡Qué espectáculo!

—¡Realmente, lo nunca visto!

El patriarca de Jerusalén apretaba los puños. Aquello no tenía nada que ver con las artes que él apreciaba, aquellas que autorizaba a representar en el interior del Santo Sepulcro y que mostraban la Pasión o el nacimiento de Cristo.

—¡Cuidado!

Una pata del tamaño de un tronco de árbol se abatió sobre el centro de la cueva e hizo temblar la sala.

—¡Mirad! ¡Ahí!

Resbalando a lo largo del miembro anterior del dragón, Morgennes volvió al escenario y se puso a buscar un arma: una piedra, una roca.

En ese momento, Amaury empuñó el estandarte real, que sostenía aún su condestable, y se lo lanzó a Morgennes mientras gritaba:

—¡San Jorge, t-t-toma esto!

Morgennes lo sujetó y apenas tuvo tiempo de agradecer su gesto al rey con una inclinación de cabeza, porque el dragón ya se disponía a atacar de nuevo. ¡Garras, garras y colmillos afilados! ¡Una dentellada a la derecha con el cuello, una patada a la izquierda! Morgennes paró cada uno de los golpes que descargaba contra él el dragón y rodó bajo su vientre.

Muy pronto, la hermosa enseña de Jerusalén quedó hecha jirones. Luego, Morgennes dobló una de sus rodillas. Su pecho se elevaba a sacudidas. Le costaba respirar. El violento palpitar de la sangre en sus sienes era como un repique de campanas. ¿Había llegado el final? La otra rodilla cedió también... Estaba a punto de ser derrotado. Nadie podía vencer al universo, nadie tenía la menor posibilidad de batirle. Y entonces una voz surgió del fondo de la cueva.

Una voz femenina.

—¿Quién anda ahí?

Una mujer, vestida completamente de blanco, apareció en el extremo de la gruta. Llevaba un velo sobre el rostro, de modo que no se veía si era hermosa o fea. Por su voz, solo podía saberse que era joven y distinguida.

Debía de ser la princesa.

—¡He venido para salvaros! —le gritó Morgennes.

Levantó la cabeza justo a tiempo para ver cómo el dragón iniciaba su última carga.

Morgennes empuñó la lanza, clavó la base en el suelo y la sostuvo con la punta hacia arriba. Murmuró un padrenuestro y clavó la mirada en lo que sería su gloria o su perdición.

El gran dragón se dejó caer sobre Morgennes, y san Jorge desapareció, aplastado. El impacto fue tan violento que toda la sala tembló. Un verdadero terremoto. ¿Y ahora? ¿Era el final?

¿Había muerto la diabólica criatura? ¿Y san Jorge con ella?

No. Aún no había terminado.

Porque el dragón empezó a agitarse, como atacado por la fiebre. Girando de lado, mostró su lomo a la multitud. Job tenía razón! ¡Era una auténtica hilera de escudos, imposible de penetrar! Un murmullo se alzó entre el público...

—¿Y san Jorge?

—¡Aquí está!

Un río de sangre surgió de entre los omóplatos del gran dragón y salpicó la sala. Como Atenea saliendo de su padre equipada con todas sus armas, Morgennes emergió con un grito prodigioso y levantó su lanza.

¡Había vencido! ¡Bendito fuera el todopoderoso Dios de los ejércitos!

Pero en la sala reinaba el silencio. Nadie se atrevía a gritar, por miedo a que todo empezara de nuevo. Todos retenían el aliento; la explosión de júbilo, unánime, no resonó hasta el momento en que el dragón dejó escapar un sonoro pedo, seguido de un olor a col.

—¡Victoria!

La nobleza aplaudió a rabiar, e incluso Thierry de Alsacia, hasta entonces cariacontecido, dio rienda suelta a su alegría.

—¡Viva san Jorge! —gritó.

Morgennes saludó al público, hizo algunas reverencias y se llevó la mano al corazón. Parecía agotado, pero feliz. Las ropas, la barba y los cabellos estaban empapados de una sangre de color rojo oscuro y apenas se distinguía su rosada carne.

Entonces, mientras la princesa corría hacia él para dejarse abrazar, subí al escenario y me dirigí a la multitud:

—Así, la sangre fue pagada con la sangre y los golpes respondieron a los golpes. Dos fuerzas, dos potencias, se han enfrentado, y no ha sido la más voluminosa la que ha salido victoriosa. Porque una estaba guiada por Dios, y la otra por Satán...

—Es muy cierto —gritó Amaury, que estaba encantado con el espectáculo que había presenciado.

Devolví la mirada al rey, satisfecho de que el misterio representado le hubiera complacido. En general, yo tenía una pobre opinión de los que se ganan la vida recitando ante los poderosos; pero este rey era una excepción. Este rex bellatore, este rey guerrero, había querido que representaran para él el más formidable combate llevado a cabo por un soldado cristiano, y yo se lo había ofrecido. Con la complicidad, es cierto, de toda la Compañía del Dragón Blanco, y en particular de Filomena... Por otra parte, no solo habíamos representado nuestro espectáculo para Amaury. Lo habíamos hecho también contra la muerte y la tristeza. Para que el rey olvidara, aunque solo fuera el rato que dura una obra, el fallecimiento de su hermano. Y para que Thierry de Alsacia olvidara también a Sibila y su sufrimiento.

—¡Esta aventura —continué— proporcionará tanto renombre a san Jorge que en adelante será tenido por el mejor caballero del mundo y de todas partes vendrán a honrarlo!

—¡Viva!

—¡San Jorge!

Realmente me sentía feliz. Sí. Había ganado mi apuesta de mantener a la muerte a raya... Lástima que en Jerusalén no hubiera concursos de poesía como en Arras. «Vaya, y ahora que lo pienso, ¿dónde está Thierry de Alsacia? No le veo por ninguna parte...» Aprovechando un breve reflujo en la tormenta de aplausos, precisé: «Y aquí acaba el cuento...». Y abandoné el escenario.

Me sentía inquieto. ¿Dónde se habría metido el conde de Flandes?

Apenas había puesto el pie fuera de la cueva, cuando el rubicundo Amaury me abrazó. El rey estaba tan gordo que desaparecí entre los pliegues de su grasa, y sentí sobre mi pecho la presión de sus voluminosos senos.

—A fe mía que tengo que recompensar a cada uno de los miembros de vuestra c-compañía —me dijo Amaury—. ¡P-p-pídeme lo que quieras!

—Bien —dije—, si me atreviera a...

—¡Atrévete! Te lo ordeno.

—Me apasionan los textos y las obras de todos los géneros... ¿No podría consultar vuestros libros? ¿Entrar en vuestras bibliotecas?

—¿Nuestros libros? Pero ¿p-p-para qué?

—No solo los vuestros —precisé—, sino los de todo vuestro reino. Yo pongo en romance cuentos de aventuras, y me es muy útil rodearme de los mejores autores, para inspirarme en ellos...

—Ya veo. No es complicado. —Amaury se volvió hacia el canónigo de Acre y le ordenó—: Guillermo, muestra nuestros manuscritos a este buen monje.

—¿Todos?

—Sí, incluidos los que mantienes a salvo de miradas indiscretas...

—Se hará como deseáis, sire —dijo Guillermo.

—¿Y tú? ¿Qué quieres? —preguntó Amaury a Nicéforo.

—¿Yo? Nada. Solo vuestro éxito...

—¿Es decir...? P-p-perdóname, joven amigo, pero desconfío de los que quieren mi bien.

—Sin embargo, majestad, eso es justamente lo que más deseo: vuestro bien.

—¿Cuál? ¿El que significará unir Egipto al reino, o bien el de verme en los b-b-brazos de una mujer?

—Ambos, amado rey —concluyó Nicéforo con una sonrisa enigmática.

—Bien, haré t-t-todo lo que esté en mi mano por satisfacerte. Y tú, mi buen, emm..., soldado, monje, comediante... En fin, tú, el del cráneo más o menos tonsurado, ¿qué deseas?

La pregunta iba dirigida a Morgennes, que se tomó tanto tiempo para responder que todos los que estaban a su alrededor se impacientaron.

—¿Y bien? —dijo el rey—. ¿Tan complicado es?

—Sire, por favor —dijo Morgennes—. ¡Hacedme caballero!

—¿Caballero? ¿Pero por qué d-d-demonios un clérigo que ronda la treintena querría hacerse caballero?

—Tengo mis razones —dijo Morgennes—. Por otra parte, solo tengo veinticuatro años.

—¡Entonces tenemos casi la misma edad! Pero eso no te hace más digno de llevar las armas... ¿Has sido ya el escudero de alguien?

—Nunca.

—¿Y tu linaje? ¿Es noble acaso?

—Lo ignoro, majestad.

—Probablemente no, entonces. Porque unos orígenes nobles no se olvidan. ¡Se proclaman!

Amaury se apartó de Morgennes, dejó en el suelo a uno de sus bassets y se alejó mascullando:

—P-p-problema solucionado...

—Pero sire...

El rey se detuvo, encendido de cólera:

—Escucha, tal vez tu p-p-padre fuera un caballero, y en ese caso, en virtud de las normas en uso entre nosotros, tienes hasta los t-t-treinta años para ser armado caballero tú también. Después de lo cual, volverás a convertirte en un rusticus. O dicho de otro modo, en un desharrapado, un destripaterrones...

Algunos hombres rieron burlonamente. Pero Amaury les ordenó callar.

—¡Un campesino! Tenemos necesidad de ellos...

—¡Sire —insistió Morgennes—, ponedme a prueba, y veréis que merezco ser armado!

—Cualquier otro, en tu lugar, ya habría renunciado. Escucha, tu d-d-determinación me complace, pero no se p-p-puede cambiar el hecho de que nunca has sido escudero y de que t-t-tus orígenes son, como mínimo, dudosos. De modo que te p-p-propongo esto: ¡el día que mates a un auténtico d-d-dragón, con escamas, g-g-garras y fuego, ese día te armaré caballero!

—¡Sire, es un gran honor! —se lo agradeció Morgennes.

Dirigiéndose a su corte, Amaury declaró:

—Vosotros sois testigos. ¡Si este individuo me trae la prueba de que ha matado a un d-d-dragón, le armaré caballero al momento!

Algunos rieron. Otros no. A decir verdad, nadie sabía si los dragones existían. Había rumores que afirmaban que en Egipto se encontraban serpientes tan enormes que tal vez habían sido concebidas por dragones.

—Si su alteza me lo permite —intervino entonces el senescal de Amaury—, para matar a una criatura como esa hay que estar bien equipado... Este hombre no puede partir a la aventura enfundado en una armadura de tela y armado con una espada de madera... Necesita una buena y recia coraza y una espada de buen metal.

—¿Qué propones? —preguntó el rey.

—Me han informado de que Sagremor el Insumiso, ese caballero que os faltó al respeto hace poco, se encuentra por aquí... Su armadura tiene una magnífica corladura y su espada está bien bruñida. Tal vez aceptaría separarse de ellas para dárselas a Morgennes, si este las reclamara cortésmente.

—Extraña idea —dijo Amaury—. Pero, después de todo, ¿quien dice «caballero» no dice también «p-p-pruebas»?

El rey se volvió hacia Morgennes, que mantenía la cabeza humildemente baja, y sentenció:

—T-t-te autorizo a ir a ver a Sagremor el Insumiso. Lo reconocerás por su armadura corlada. Le dirás que te he autorizado a c-c-coger sus armas...

—Iré sin demora —dijo Morgennes antes de salir.

Mientras el rey se disponía a preguntar a Gargano y a Filomena lo que deseaban en recompensa por su éxito, yo salí a buscar a Thierry de Alsacia, cuya desaparición me inquietaba cada vez más.

La atmósfera asfixiante que reinaba en el interior de la sala donde se había desarrollado el espectáculo dio paso al agradable frescor del mes de febrero hierosolimitano. En el patio de la ciudadela de David se apretujaba una multitud tan densa que no se podía dar un paso. Todo tipo de gentes, villanos y nobles, laicos y religiosos, se abrían paso a codazos para ver al nuevo rey. Entre ellos, Morgennes divisó una mancha rojiza que se desplazaba sobre un caballo blanco y se dirigió hacia ella.

—¡Eh, vos!

El hombre que llevaba la armadura rojiza se volvió hacia Morgennes:

—¿Qué quieres? —gritó.

—¡Vuestra armadura, y también vuestra espada, si no tenéis inconveniente!

—¿Y si lo tengo?

—¡Las necesito!

—¡Ven a buscarlas!

El caballero espolé a su montura y la lanzó a través de la multitud sin preocuparse por evitarla. Un muchacho que no había tenido tiempo de apartarse, habría sido pisoteado por los cascos del caballo si un hombre no se hubiera lanzado sobre él para ponerle a salvo.

Mientras tanto, Morgennes se había plantado con firmeza sobre sus pies, había apretado los puños y no perdía de vista la cabeza del corcel. Cuando el caballo estaba ya a punto de derribarlo con su pecho, giró sobre sí mismo y le lanzó un vigoroso puñetazo en la frente. El semental acusó el golpe, se balanceó durante una fracción de segundo y luego se derrumbó sobre las losas del patio, inconsciente.

El caballero, caído en el suelo, estalló de rabia.

Morgennes le dio tiempo a levantarse, bajo las miradas estupefactas de los espectadores.

—¡Sacrilegio! —aulló su oponente incorporándose—. ¡Esa no es forma de pelear entre hombres! ¡Saca tu arma!

El caballero desenvainó su espada y estuvo a punto de cortarle la cabeza, pero Morgennes había retrocedido justo a tiempo, de modo que el arma solo le hizo un pequeño corte en la garganta.

—¡Bribón! —gritó el Caballero Bermejo—. ¡Espera y verás!

La multitud había formado un círculo en torno a ellos, sorprendida por este combate que enfrentaba a un caballero aguerrido, equipado con una soberbia espada, con un villano cuya armadura estaba hecha de tela basta y cuya única arma eran sus

puños.

—¡Guardias! —gritó alguien.

—¡Detenedlos! —gritó otro.

Pero el senescal de Amaury llegó justo a tiempo para decir:

—¡No os mezcléis en esto! Que la derrota del uno confirme la victoria del otro.
¡Y hasta entonces, golpes, sudor y sangre!

Morgennes observó a su adversario, buscando un punto flaco. Aparentemente no había ninguno, excepto la cabeza, que llevaba descubierta. De modo que esperó a que el Caballero Bermejo levantara su pesada espada en el aire para lanzarse contra él. Allí, pegado a su enemigo, estaría a salvo de los golpes, ya que para descargarlos necesitaba mucho más espacio del que él le concedía. Pero no por nada Sagremor era conocido como «el Insumiso», y cuando Morgennes se encontró debajo de él, en lugar de golpearle con la hoja de su espada, le descargó la empuñadura contra el cráneo. Morgennes retrocedió, aturdido, sujetándose la cabeza con las manos y lanzando gemidos de dolor. Tenía que reaccionar rápidamente, porque la espada de Sagremor volvía a alzarse hacia el cielo, y esta vez el filo no erraría el objetivo. Contando con que su enemigo no esperaría que repitiera la misma maniobra, Morgennes se lanzó de nuevo contra el caballero, lo sujetó por la cintura y lo levantó en el aire para hacerle bascular hacia atrás. Sagremor se vio obligado a soltar su arma, que chocó con gran estrépito contra el suelo.

—¡Traidor! ¡Cobarde! —aulló Sagremor el Insumiso, indignado por la forma de combatir de su adversario.

Entonces Morgennes lo propulsó a lo lejos entre la multitud, que se apartó ante aquel insólito proyectil. Sagremor rodó como un tonel de hierro varios pies, en medio de un estruendo metálico, y luego se detuvo. Morgennes se acercó, dejó que se levantara y luego lo molió a puñetazos; descargó sobre él más golpes que los que da un herrero a la hoja que está forjando.

—¡Tu armadura! ¡Tu espada! —dijo Morgennes.

—¡Son mías! —gritó Sagremor, lleno de contusiones.

Morgennes le sujetó por el cuello y se acercó a su cara:

—Tu rey me las ha dado —dijo—. ¡No quiero matarte, pero si tengo que dejarte inconsciente para sacarte tu caparazón, lo haré!

De vez en cuando le lanzaba un puñetazo al mentón, para que sus dientes entrechocaran.

—¡Piedad, dejadme! —suplicó Sagremor de rodillas.

Morgennes dejó de golpearle y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. Sagremor, con la boca ensangrentada, escupió algunos dientes, se frotó el mentón e imploró a Morgennes:

—¡Dime cholo chi mi caballo aún echá vivo!

Sin pensar ni por un instante que Sagremor pudiera atacarle a traición, Morgennes le dio la espalda y buscó al caballo con la mirada. Finalmente lo encontró, aparentemente recuperado ya que estaba plantado sobre sus cuatro patas; ya se volvía hacia Sagremor para comunicarle la feliz noticia, cuando le vio —literalmente— perder la cabeza, que se desprendió de sus hombros y rodó por el polvo.

¿Qué había ocurrido?

—Iba a golpearos por la espalda —dijo a Morgennes el individuo que, al iniciarse el combate, había salvado la vida del muchacho contra el que Sagremor había lanzado su montura.

—Gracias —dijo Morgennes—. Os debo la vida...

El hombre limpió tranquilamente su espada, brillante de sangre, en la capa del difunto, y la devolvió a su vaina.

—Bah, no es nada... Entre aprendices de caballero tenemos que ayudarnos, ¿no?

Luego, señalando la armadura de Sagremor, añadió:

—Naturalmente está un poco abollada. Pero un buen herrero os la reparará sin problemas.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —preguntó Morgennes.

—Alexis de Beaujeu, para serviros —dijo el joven inclinándose.

—¿De modo que también vos queréis ser caballero?

—Era su escudero —dijo señalando al muerto—. Y temo que tendré que esperar mucho tiempo antes de que otro caballero acepte tomarme a su servicio...

Los dos hombres intercambiaron una mirada, y Morgennes midió en toda su amplitud la deuda que acababa de contraer con Alexis. Luego, mientras se apoderaba de la armadura y de la espada de la víctima, una voz clamó en la plaza:

—¡Ha ocurrido un desastre!

Si los caminos de la aventura te conducen allí,
permanece en el anonimato mientras no te hayas
medido con la élite de los caballeros de la corte.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

Llevaron un cuerpo inanimado al patio de la ciudadela. Era el del conde de Flandes.

—Tenía un pergamino apretado en la mano —informé a Morgennes.

—¿Qué decía?

—He olvidado.

—¿Cómo? ¿Ya? Pero ¿no lo llevas contigo? ¡Muéstramelo!

—No me has entendido. Eso era lo que había escrito: «He olvidado».

—Pero ¿a qué se refiere?

—¿A qué? Querrás decir a quién...

Tendí a Morgennes el pergamino que había encontrado en la mano del conde.

—«He olvidado». ¿Qué significa esto? —se preguntó Morgennes, para quien la noción de olvido era tan incomprensible como la de la luz para un ciego.

¿Qué había podido olvidar el conde que fuera tan importante para que decidiera poner fin a sus días?

—Rió —le dije a Morgennes—. A causa de nosotros. De mí. Olvidó a Sibila. Solo duró un instante, al final de la representación. Pero para él fue demasiado...

—¿Estás seguro de que ha muerto? —preguntó Morgennes, desolado por la noticia.

—Se apuñaló en el corazón.

—¿No hay ningún medio de salvarlo?

Incliné la cabeza, indicando que no, por desgracia.

Alexis de Beaujeu, que seguía junto a nosotros, propuso:

—¿Por qué no lo lleváis a la *domus infirmorum* de los hospitalarios? Sus *practici* tienen una excelente reputación. Muchos son originarios del país, ¿sabéis?

—¿Como el que trató a Balduino III? —pregunté.

—Aquí no hay donde elegir, si se quiere tener una posibilidad de sobrevivir. Por otra parte, el médico del rey es musulmán...

—¡Y me encuentro p-p-perfectamente! —gritó Amaury, irrumpiendo entre nosotros.

Había oído el final de la conversación y parecía muy interesado en informarnos.

—¡De hecho, estoy t-t-tan bien que me voy a hacer un poco de ejercicio! ¡A Egipto!

Luego bajó los ojos para mirar a Thierry de Alsacia, a quien Chrétien llevaba en brazos.

—Apreciaba a este conde, sí —prosiguió Amaury—. Era un excelente amigo. Sé hasta qué p-p-punto lo apreciaba mi hermano. El entierro correrá de nuestra cuenta... Y p-p-para compensar esta mengua en nuestras finanzas, iré de inmediato a reclamar a los egipcios lo que nos d-d-deben.

Cada año, según un acuerdo firmado en 1160 entre el sultán alAdid y el rey de Jerusalén, el sultanato egipcio debería haber pagado ciento sesenta mil dinares a los francos. Pero esos dinares nunca habían llegado, y Balduino había expirado poco después de haber advertido al visir encargado de entregárselos —un tal Chawar— que si no se los hacía llegar, iría a reclamárselos personalmente.

Con Balduino muerto, probablemente envenenado —nunca se sabría la verdad, ya que su médico había sido inmediatamente descuartizado—, ahora le correspondía a Amaury recordar sus deberes a los egipcios. Entre los cristianos, hacía ya algún tiempo que pensadores y filósofos se habían ocupado de la cuestión, y para ellos estaba claro: Dios había exhortado al Nuevo Israel (o dicho de otro modo, a la cristiandad) a que tomara de los egipcios lo que le correspondía por derecho, es decir, sus tesoros. Tal como había escrito Daniel de Morley: «Con la ayuda del Señor y por orden suya, debemos despojar a los filósofos paganos de su sabiduría y de su elocuencia, para enriquecer con sus despojos la Verdadera Fe».

Por «sabiduría» y «elocuencia» había que entender, naturalmente, «territorios» y «riquezas».

Además, la incorporación de Egipto a la cristiandad presentaba la doble ventaja de reforzar Jerusalén y debilitar Damasco, que no podría contar ya con este aliado potencial (dado que también era musulmán, aunque de una obediencia diferente).

En cualquier caso, Amaury estaba encantado, de partir a la guerra. El espectáculo al que acababa de asistir había avivado su apetito, que ya era de por sí considerable.

Morgennes, que parecía tener un camino perfectamente trazado en Palestina y que suponía que, al convertirse en caballero, cumpliría el último deseo de su padre, preguntó al rey:

—Majestad, ahora que tengo una armadura y una espada, ¿puedo unirme a vuestra expedición?

—Reconozco que eres sorprendente —respondió Amaury—, pues has c-c-

conseguido librarnos de ese canalla de Sagremor. Mi respuesta es sí, p-p-pero viajarás con los peones. No con los caballeros. .. Porque lo que acabas de lograr te habrá acarreado la enemistad de algunos de mis valientes, que tenían en alta estima al Caballero Bermejo, aunque no sé p-p-por qué.

Amaury se volvió entonces hacia los suyos y decretó:

—Por otra parte, también Sagremor será enterrado.

Luego apuntó con el dedo a su senescal y añadió:

—¡Pero lo costearás tú, Milon de Plancy, ya que fuiste quien dio a Morgennes la mala idea que todos sabemos!

El senescal masculló unas palabras inaudibles, pero que se adivinaban cargadas de odio hacia Morgennes, y tal vez incluso hacia Amaury.

—¡He dicho! —tronó el rey.

Aprovechando la benevolencia que el monarca mostraba hacia él, Morgennes probó suerte de nuevo.

—¡Os lo ruego, tomadme como escudero! Me pegaré a vos como la sombra a su amo, yo...

—¿Como la sombra a su amo? ¡Eso s-s-sí que es hablar bien! Escúchame, Caballero de la Gallina, un rey nunca se vuelve atrás en sus p-p-promesas. Te acepto entre mis infantes. ¡Pero luego no te quejes si mueres aplastado por una de nuestras cargas! ¡Si quieres ser armado caballero, ve a matar a un auténtico d-d-dragón!

Morgennes, que por encima de todo quería estar cerca de los caballeros para tener una oportunidad, por ínfima que fuera, de encontrar a los que en otro tiempo habían aniquilado a su familia, dudó un momento. ¿Qué debía hacer? Justo entonces percibió un movimiento a su izquierda. Volvió la cabeza, y vio una procesión de caballeros revestidos, unos, con una túnica blanca marcada con una cruz roja, y otros, con una túnica negra marcada con una cruz blanca, que se dirigían hacia la puerta de la ciudadela llevando un gran relicario en forma de cruz, forrado de oro y piedras preciosas.

¡La Santa Cruz!

Morgennes se incorporó y se preguntó en voz alta:

—¿Quiénes son esas gentes? ¿Por qué llevan la Vera Cruz?

—Porque están encargados de guardarla —le respondió Amaury—. Estos hombres son «apóstoles»; se les llama así p-p-porque son los guardianes de la Santa Cruz, sobre la que Nuestro Señor Jesucristo fue crucificado. Y ahora vuelven a la iglesia que la acoge.

—¿Al Santo Sepulcro?

—Exacto.

Morgennes se apartó, para dejar pasar al rey y a su cortejo, que se dirigieron hacia los corceles que habían preparado para ellos en la puerta de la ciudadela.

—¿En qué piensas? —le pregunté, sabiendo muy bien qué pensamientos ocupaban su mente.

—Por un instante —me dijo—, yo también lo he olvidado todo. He dejado de pensar en el conde de Flandes, e incluso en la caballería... Aquí se producen acontecimientos poco corrientes.

—Estamos en Tierra Santa —le recordé.

—¿Quieres quedarte conmigo? ¿No ir a Constantinopla, y permanecer aquí junto a... ?

—Junto a la Vera Cruz —suspiré yo.

—Sí.

—Bien, de acuerdo. Esto me permitirá leer los libros del palacio...

Después de haber abrazado calurosamente a nuestros compañeros del Dragón Blanco y de haberles prometido que nos uniríamos a ellos, en Constantinopla, en cuanto fuera posible, partimos en dirección a la Vera Cruz, siguiendo por las calles y callejuelas de Jerusalén a la extraña procesión que se encaminaba hacia el Santo Sepulcro.

Mientras corría tras la comitiva, pensé de nuevo en Filomena, a la que nunca había confesado mis sentimientos. Solo había respondido a mi adiós con una breve inclinación de cabeza, como de costumbre. Sin duda eso quería decir que no me amaba. Esa mujer parecía tener tanto corazón como las marionetas que creaba. O en todo caso, eso era lo menos doloroso de creer en ese momento.

Los guardianes de la Vera Cruz entraron en el interior del Santo Sepulcro y el último de ellos dejó la puerta abierta, como para permitirnos que les siguiéramos. Y eso hicimos.

No volveríamos a salir de él hasta pasados varios meses, durante los cuales el tiempo transcurrió rápidamente. Los doce guardianes de la Vera Cruz, que también habían asistido al espectáculo celebrado con motivo de la coronación de Amaury, enseguida nos encargaron que pusiéramos nuestro talento a su servicio y al del Santo Sepulcro: «Para edificación de los penitentes».

La capilla de la comendaduría de la Orden del Hospital de San Juan se utilizaba, cuando era preciso, de sala de espectáculos, y en este pío recinto pusimos en escena los legendarios inicios de la Orden.

—Es curioso cómo el teatro, los misterios, la escritura, hacen pasar el tiempo rápidamente —le dije un día a Morgennes.

—Es cierto —me respondió—. Pero no será así como me convertiré en caballero y encontraré el rastro de los que tanto mal me hicieron. Aquí, vaya donde vaya, no dejan de llamarme el Caballero de la Gallina.

—Pasaré.

—Tal vez, pero ¿cuándo? Además, también necesito un maestro. Alguien que sea, en materia de armas, lo que tú has sido para mí en materia de religión...

De vez en cuando, Morgennes pensaba en Alexis de Beaujeu, el escudero que le había salvado la vida durante su combate contra Sagremor el Insumiso. ¿Qué se había hecho de él? ¿Habría encontrado a un caballero que le tomara a su servicio? ¿O le habrían armado caballero, tal vez? El caso era que Alexis había partido a Egipto con un potente contingente de la Orden del Hospital, y desde entonces no había vuelto a verle.

En cuanto a la cruz, a la que Morgennes había confiado poder acercarse, permanecía bajo estrecha vigilancia —sus guardianes se relevaban para estar permanentemente junto a ella—. Ni yo ni Morgennes teníamos derecho a tocarla, y en realidad apenas habíamos podido verla, para gran desesperación de mi joven amigo, que había esperado encontrar en ella la respuesta a esta pregunta:

—¿Qué quería decir mi padre cuando me dijo que fuera hacia la cruz?

Pero tampoco yo, al igual que la Vera Cruz, tenía ninguna explicación que ofrecerle.

Un sábado por la noche, poco después de la misa, en la gran galería que conducía de la comendaduría a la *domus infirmorum* del Hospital resonaron unos pasos. Parecían de un hombre en la madurez de la vida, e iban acompañados por el sonido rítmico de un palo que golpeaba el suelo a intervalos regulares.

Al mirar en esa dirección, Morgennes vio cómo iba hacia él el hombre a quien todo Jerusalén consideraba y respetaba como el más erudito y el más sabio del país, el hombre que me había permitido acceder a la biblioteca del palacio de Jerusalén: Guillermo, el canónigo de Acre.

—El rey —dijo a Morgennes— ha comprendido perfectamente por qué al final no le habéis seguido... Cree que habéis hecho bien.

—Tenía cosas que hacer aquí —dijo Morgennes.

—¿Y vuestros amigos?

—Eran libres de marcharse.

—¿Libres? ¿Realmente?

—¿Por qué? ¿No creéis en la libertad?

—Sí, creo en la libertad —dijo Guillermo—. ¿Por qué no iba a hacerlo? Dios nos ha creado libres. Es el hombre el que se encierra y no quiere saber nada de ella.

—¿Por qué, en vuestra opinión?

—Algunas prisiones son confortables...

—¿Y vos?

—Oh, yo... Me esfuerzo en ayudar a los niños a convertirse en hombres libres. No siempre es fácil. Sabéis, esto supone poseer cierto afán por la verdad. De ahí mi enojo cuando oigo que soltáis estas necedades que todas las órdenes, ya sean templarios u

hospitalarios, gustan de divulgar sobre sí mismas. Pero supongo que es por cuestiones de dinero, ya que resulta mucho más fácil dar a Dios que a los hombres; pues en el primer caso es una inversión, y en el segundo, en cambio, una pura pérdida...

—¿De qué rae estáis hablando?

—De las donaciones que las órdenes reciben y que son necesarias para su supervivencia. ¿Sabéis cuánto cuesta equipar a un caballero, vos que tanto soñáis con ser armado?

—No.

—Contad los ingresos anuales de todo un burgo. Si pensáis que un herrero necesita unas cien horas de trabajo para fabricar una cota de mallas, y más del doble para una espada, os haréis una idea. Sabed que hay pueblos tan pobres que ni siquiera tienen la posibilidad de ofrecerse una daga...

Morgennes se preguntaba por qué Guillermo le decía todo aquello. A decir verdad, se sentía vagamente culpable, pero no sabía de qué.

—Por eso, cuando os veo contar esas pamplinas... —continuó Guillermo.

—¿Pamplinas?

—Sobre los orígenes de la Orden del Hospital. No, no nació en tiempos de Nuestro Señor Jesucristo. Esta orden tuvo, al contrario, y es algo que la honra, unos inicios sumamente modestos. Primero un convento, luego dos... Una enfermería para atender a los peregrinos (sin importar su religión), y luego, por fin, y solo desde hace poco, la posibilidad de conseguir soldados, mercenarios a los que se paga un sueldo... Las órdenes del Hospital y del Temple tuvieron inicios similares a los de Nuestro Señor. Nacieron en la paja, y poco a poco crecieron... Por desgracia, de aliados, se convirtieron en competidores.

—¿Competidores? Pero ¿no sirven a la misma causa?

—¡Les gustaría tanto ser los únicos en servirla! Una disputa les enfrenta. Se trata de saber cuál de las dos tiene más mérito. Es absurdo. Un día pagaremos por ello. ¡Ya veréis! De modo que, por favor, mi querido hermano Morgennes, no os mezcléis en todo eso, Chrétien y vos. Manteneos apartados de este odio, de estas mentiras. Otros contarán tan bien como vosotros cómo la Virgen y los apóstoles fueron acogidos por el Hospital durante la Pasión de Cristo, y qué sé yo qué sandeces más. ¿Queréis acercaros a la cruz? ¿Poneros a su servicio?

Morgennes no respondió. Por primera vez desde hacía mucho tiempo tenía miedo.

—Partid al norte —prosiguió Guillermo—. Que se olviden de vos. Aquí nunca seréis aceptado. Es demasiado pronto. A ojos de todos solo sois, y seréis siempre, el Caballero de la Gallina.

—Pero el rey...

—El rey tiene otros asuntos de que preocuparse antes que de vuestra educación. Debe impedir que Siria ataque su reino, evitar que se le meta en la cabeza conquistar

Egipto, y además, y sobre todo, guardarse de sus nobles... Lo que es, sin duda, lo más complicado. Os lo digo seriamente: haceos un nombre en el extranjero, y luego volved si os lo pide el corazón.

Había algo en la voz de Guillermo que impulsó a Morgennes a escucharle. Por esa razón mi amigo y yo abandonamos Jerusalén al apuntar el día para dirigirnos a Constantinopla, y dejamos que el buen Guillermo se las arreglara como pudiera para reemplazarnos.

Por desgracia, no tuvo nuestro éxito. Porque en lugar de ofrecer a los creyentes el misterio que nosotros debíamos representar, presentó un texto de su propia cosecha que empezaba así: «De cómo los hospitalarios iniciaron su modesto camino...».

Fueron muchos los que se marcharon antes del final de la representación. Y un viejo tosedor llamado Algabaler incluso gruñó: «¡Tal vez sea verdad, pero es un aburrimiento!».

Es esclavo de su haber quien lo amasa y lo acrecienta cada día.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

En Tierra Santa sucede con los milagros algo parecido a lo que ocurre con las chinches en la cabeza de un niño o con los hongos en las bodegas de nuestros monasterios: proliferan. Allí se reúnen todas las condiciones para que eclosionen, y no hay nada de extraño en ello. Igual que Flandes tiene sus coles, Provenza sus melones, Italia sus uvas y Grecia sus olivos, Tierra Santa tiene sus milagros.

El único inconveniente es que no se exportan —excepto bajo la forma de reliquias o de ideas— y que para asistir a ellos hay que ir al lugar de origen. Y así, Morgennes y yo atravesamos Canaán, «donde Jesús transformó el agua en vino y sanó a distancia al hijo de cierto oficial real», para dirigirnos luego hacia «la colina donde el hijo de Nuestro Señor multiplicó los panes», y poco después a Nazaret. Allí hicimos un alto para ir a ver al célebre comerciante de reliquias Masada.

Este, sin embargo, estaba ausente; de modo que fue Olivier, su joven esclavo, quien nos recibió en su lugar.

—Hoy es sábado —nos dijo—. El doctor no trabaja. Pero si queréis comprar alguna de nuestras maravillas, puedo informaros, porque yo soy cristiano.

—¿Os queda —le pregunté— un poco de Santa Sangre? Hemos venido de muy lejos para conseguirla.

—Ah —dijo Olivier—, sus señorías tienen suerte. Justamente nos queda un frasco. Es una reliquia de las más raras...

Después de invitarnos a instalarnos sobre unos cojines dispuestos en torno a una mesita redonda, donde nos sirvieron té, el esclavo desapareció un instante detrás de una fina cortina de algodón y luego volvió con un cofrecillo, que abrió para presentarnos su contenido.

—¡Ahí tenéis, señorías: el frasco de la Santa Sangre de Nuestro Salvador! ¡Solo existe uno en todo Oriente, y está a su disposición! Desde luego se ofrece con un certificado de autenticidad, firmado personalmente por el propio obispo de Acre...

—¿Cuánto? —pregunté.

—Habitualmente no la vendemos por menos de seiscientos besantes; pero para los señores, como veo por vuestra tonsura que sois, en cierto modo, de la familia,

estoy dispuesto a bajar a la santa cifra de cuatrocientos cuatro besantes, que es, como saben, el número de versículos del Apocalipsis...

—¿«Habitualmente»? —dijo Morgennes, sorprendido.

El joven hizo como si no le hubiera oído, y Morgennes no insistió. De todos modos no teníamos un céntimo. Solo habíamos ido para curiosear, para admirar lo que esta extraña tienda, famosa en el mundo entero, ofrecía.

—En realidad no hemos venido para comprar, sino para vender —confesé.

—Gracias, pero ya tenemos todo lo que necesitamos —dijo Olivier cerrando el cofrecillo.

—Tal vez. Sin embargo, si por algún milagro un objeto particularmente interesante cayera en nuestras manos...

—Habría que consultarlo con el doctor Masada. No estoy autorizado a responderos...

—¿Y esta armadura? —preguntó Morgennes—. ¿Nos la cambiaríais por una de vuestras mercancías?

Mostró al joven la armadura rojiza del Caballero Bermejo, para la que no encontraba uso.

—Esto no es una herrería ni una armería. Deberíais ir a informaros en las guarniciones de la Fève o del Krak. Tal vez os la comprarán.

Pusimos fin a la entrevista dándole las gracias por el té y prometiendo que volveríamos en otra ocasión con más fondos.

—¿Qué tenías intención de venderle? —me preguntó Morgennes cuando nos hubimos alejado unos pasos en dirección a la cuadra donde esperaba Iblis, nuestro semental, que en otro tiempo había pertenecido al Caballero Bermejo.

—Esto —dije sacando del bolsillo el frasco rojo sangre que el conde de Flandes había ofrecido entregarnos en pago por nuestros servicios.

—¿Se lo cogiste?

—Fue Nicéforo quien me lo dio. Me dijo que el conde quería entregárnoslo de todos modos y que... Resumiendo: es una compensación. En realidad no quería vendérselo, solo tener una idea del precio.

—Ahora ya lo sabes.

—¡Exacto!

Y mientras lo decía, abrí el frasco y vertí su contenido en el suelo del establo, cerca de un pobre asno maltratado por los años.

—Mira este asno —dijo Morgennes—. Parece tan viejo que no me sorprendería enterarme de que se encontrara en el establo donde nació Cristo. ¡Es increíble que logre tenerse en pie!

—¡En todo caso es un asno con buen gusto!

Efectivamente, el asno se había acercado al charquito que formaba el líquido del

frasco y lo lamía con ávidos lengüetazos.

—¡Condenado bicho...! —dijo Morgennes mientras le acariciaba la cabeza entre las orejas—. ¡Me gustaría saber qué tendrías que explicar si Gargano estuviera aquí para traducir tus palabras!

El asno le dirigió una mirada vacía, que en un animal de su edad podía pasar por una muestra de reconocimiento, y luego siguió lamiendo; ingirió todo el líquido que contenía el frasco.

—Espero que no le siente mal —dijo Morgennes.

—¡Eso no le matará, no te preocupes!

Seguimos el camino indicado por Olivier, primero hacia el este, en dirección al monte Tabor, «donde se produjo la Transfiguración de Cristo», y luego de nuevo hacia el norte, «donde san Juan Bautista anunció Su venida».

—Y aquí —preguntó Morgennes—, ¿qué milagro se produjo?

—¿Por qué me haces esta pregunta?

—Porque tengo la impresión de que cada pulgada de Tierra Santa tiene su milagro particular. ¡Es práctico, no hay riesgo de perderse!

—¡Los milagros nos permiten encontrar a los santos, no el camino!

—¿Y cómo es que hay tantos?

Desarrollé una teoría según la cual esa tierra, al igual que los ríos en las crecidas, que se desbordan por exceso de agua, estaba tan inundada de lo divino que Dios surgía por todos sus poros, bajo la forma de milagros.

—De los más pequeños a los más grandes —precisé—. En Tierra Santa, los milagros no se oponen al orden natural. Son lo natural, y no hay más que hablar.

Este «no hay más que hablar» resonó mucho tiempo en la cabeza de Morgennes, que conducía su montura hacia el nordeste, donde el tembloroso horizonte se mudaba en una cadena de montañas. La tierra se abría, henchida del fuego solar, que hacía surgir de la llanura imágenes de capas de agua y estremecimientos de la luz. Pero todo se disipaba cuando nos acercábamos, de manera que el objetivo hacia el que nos dirigíamos se alejaba cada vez más.

—Me gustaría —dijo Morgennes— que se me concediera un milagro, aunque fuese pequeño. Solo para mí. Ya sabes, uno de esos jocus jogandi, como los que produjo Bernardo de Claraval. No es mucho pedir, ¿no crees?

—¿Y qué tipo de milagro sería ese?

—¡Tener, aunque solo fuera una vez, una sola, la ocasión de probar mi valor!

—Vigila que Dios no te escuche, hermano. Podría ser que te otorgara ese deseo, y mucho antes de lo que piensas...

Según nos cuenta la historia, era un caballero bueno y fuerte, pero se había comportado como un insensato.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Erec y Enid

Cuando se produce un milagro, es raro que avise.

Por eso Morgennes y yo avanzábamos con toda calma hacia el norte, en dirección al Krak de los Caballeros. Hablábamos de esto y de lo otro, cuando de repente Morgennes me ordenó:

—¡Desmonta!

Como solo teníamos un caballo, y él me dejaba montarlo, pensé que quería descansar un poco.

—Desde luego —le dije—. Debes de estar agotado...

—No se trata de eso. ¡Vamos, desmonta! ¡Rápido!

Su tono era cortante, casi agresivo.

—Pero, en fin, querrás explicarme...

—¡Están atacando el Krak de los Caballeros!

Mi sorpresa fue tan grande que estuve a punto de caerme de la silla.

—¡Por la sangre de Cristo! ¿Cómo lo sabes?

—Está en el aire... Lo siento.

—¿Lo sientes?

—Sí. No puedo explicártelo... Pero en el aire hay algo que me recuerda a ese trágico día de mi infancia, cuando los caballeros surgieron para atacarnos. Hoy el objetivo es el Krak.

—¿Unos caballeros atacan el Krak?

Morgennes me miró, con los ojos muy abiertos, y me dijo:

—Más bien pensaba en los sarracenos de Nur al-Din.

—Y bien, ¿qué piensas hacer?

—Prevenir a los hospitalarios.

No me atreví a dar a Morgennes las riendas de Iblis, y le advertí:

—¡Es una locura! Por otra parte, seguramente ya deben de estar al corriente...

—¿Y si no es así?

—¡Los sarracenos nunca permitirán que atraveses sus líneas!

—De todos modos tengo que intentarlo.

—Te lo ruego, no lo hagas. Es más prudente volver atrás e ir a hablar con los templarios de Nazaret...

Morgennes me cogió con suavidad las riendas de Iblis y me devolvió la jaula de Cocotte con una extraña sonrisa:

—Chrétien, hermano, ¿qué te ocurre? ¿Has perdido la fe?

—Claro que no, pero...

—¿No había pedido a Dios un pequeño milagro?

—El jocus jogandi de Bernardo de Claraval consistía en expulsar del monasterio a las moscas que lo habían invadido. ¡Me parece que hay una gran diferencia entre un ejército de sarracenos y unos insectos!

—¿Tú crees?

Morgennes soltó del lomo de Iblis la armadura y la espada de Sagremor el Insumiso, y me las tendió diciendo:

—¡Si las cosas se ponen mal, protégete con esto!

—¿Y tú?

—¿Acaso no tengo ya la armadura y la espada de que hablaba san Bernardo?

—¿Las de la fe?

—¡Ten confianza! —me dijo.

Espoleó a Iblis y desapareció entre una nube de polvo, en dirección a la montaña envuelta en pesadas nubes grises en cuya cima se levantaba el Krak de los Caballeros.

«Morgennes —me dije—, espero que no te hayas equivocado. Porque no es pequeño el milagro que solicitas de Dios...»

Morgennes era feliz.

Sin saber por qué, volvía a pensar en su padre. Tenía la impresión de que estaba allí, con él. Muchos años atrás, su padre había estado en esta región. ¿Por qué razones? Morgennes no lo sabía. Pero le saludó en silencio, como si efectivamente galopara a su lado.

Sin reducir la marcha, Morgennes se sacó la sobrevesta de lana, y se quedó solo con una túnica de lino blanco con una gran cruz de oro: su atuendo para la escena, las ropas de san Jorge.

—¡Montjoie! —gritó haciendo girar sobre su cabeza la chaqueta que acababa de sacarse—. ¡Por Nuestra Señora y por san Jorge! ¡Al ataque!

Los sarracenos.

Morgennes nunca los había visto, y sin embargo, como una raposa que olfatea a su presa, había adivinado su presencia. Estaban ahí delante, parapetados en las oquedades y las fallas del Yebel al-Teladj, como hormigas que hubieran partido al asalto de un montón de grava. La cima de la montaña, que apuntaba a través de un

racimo de nubes, se engrandecía en la lejanía, mientras que las más cercanas — grandes montañas de laderas escarpadas, igualmente nevadas— disminuían a medida que avanzaba.

Luego el sol escapó de la amenazadora tormenta y empezó a brillar justo por encima de Morgennes, que no dejaba de repetir:

—*Impetum inimicorum ne timueritis.*

¿Cuántas veces había oído Morgennes murmurar esta frase, una respuesta de breviario, al padre Poucet? ¡Centenares, miles de veces! En realidad habría podido indicar la cifra exacta (mil ciento ochenta y cuatro), tan extraordinaria era su memoria.

«¡No temas el ataque del enemigo!»

Lleno de confianza en su padre, en Dios y en Poucet, Morgennes irrumpió en el campamento de los sarracenos. Era la hora sexta, la de la oración de ed dhor para los musulmanes. Morgennes se dijo que era una buena hora para san Jorge, cuya victoria contra el dragón negro había tenido lugar a la hora de la comida. «Si no me toman por loco, lo que tal vez soy, forzosamente tendrán que creer en un milagro.» «Aunque no sea el caso...»

Las tropas sarracenas acampaban en la llanura de la Bekaa, al sudeste del Krak.

La fortaleza, en manos de los hospitalarios desde 1142, se levantaba sobre un espolón rocoso que dominaba el paso de Homs, el único acceso de Damasco al mar. No era, pues, casual que Nur al-Din hubiera decidido lanzar allí su ataque, después de que Amaury, al invadir Egipto, hubiera roto la tregua que él le había ofrecido. El sultán de Damasco se había puesto a la cabeza de sus ejércitos para golpear al más débil de los estados cruzados: en el Krak de los Caballeros. Después se dirigiría hacia Trípoli, y acabaría con ese pequeño condado y con su conde, Raimundo de Trípoli.

Morgennes distinguió una multitud de camellos, unos tendidos, libres de equipaje, y otros de pie, cargados de armas y víveres. Los esclavos circulaban entre ellos, o llevaban cubos de cebada a los caballos o paja a los mulos. Mujeres con velo deambulaban en grupitos, pasando de una tienda a otra, con un caldero en la mano. Hacía tanto calor que no se veía soldados por ninguna parte, y un delicioso olor a sopa flotaba en el aire.

—No temas el ataque del enemigo —se repitió Morgennes.

Dios estaba con él.

«¿Como antaño con los caballeros?»

Para expulsar de su mente este pensamiento, espoleó a Iblis con más energía aún, y el campamento se irguió súbitamente ante él, a solo unos latidos de su corazón.

La tormenta, que había ido cobrando fuerza durante toda la mañana y había avanzado lentamente desde el Yebel al-Teladj hasta situarse sobre la Bekaa, había

acabado por evaporarse sin lluvia, relámpagos ni truenos. El cielo, de un azul infinito, volvía a ser el habitual, el de los días ardientes. Pero un rayo cayendo del cielo no habría causado más sorpresa que Morgennes cuando se lanzó contra las primeras tiendas del campamento. Empujando a su montura hasta el límite de sus fuerzas, la convirtió en un arma con la que golpeó a sus adversarios —de momento algunos desgraciados y desgraciadas que habían tenido la mala suerte de cruzarse en su camino—. Después de coger en un armero una larga espada curvada, cortó tantas cuerdas como pudo, para aprisionar a los musulmanes bajo la tela de sus tiendas. Estas se agitaron como el vientre de una mujer a punto de dar a luz; en su interior, los sarracenos se debatían buscando una salida, aun a riesgo de reventarle la panza.

Aún no habían dado la alerta, y Morgennes ya había tenido tiempo de matar a varios mahometanos. Luego golpearon un gong. Resonaron golpes de címbalos, toques de trompeta. Se lanzaron gritos.

—¡Por san Jorge!

El efecto sorpresa había pasado. Pronto habría acabado todo...

Faltaba saber para quién.

Dos musulmanes se acercaron con la lanza apuntando hacia delante. Iblis se encabritó y soltó violentas patadas contra el suelo. Se oyó un ruido como de fruta demasiado madura que revienta, y luego los soldados se desplomaron, con el cerebro supurando del cráneo.

¡Cambiar el plan!

Reflexionando febrilmente, Morgennes se dijo que ya solo le quedaba escapar o lanzarse a la batalla, y eligió esta última opción. Picando espuelas, condujo a Iblis hacia el centro del campamento, es decir, hacia su jefe. En un momento en el que otros habrían rezado o huido, Morgennes atacó con mayor vigor aún. Su oración era su galope, y ponía su suerte en las manos de Dios.

Haciendo caso omiso de las flechas que volaban sobre él, Morgennes golpeaba a derecha e izquierda, se inclinaba sobre Iblis para hacerlo cocear, rozaba el suelo para, con un violento golpe de su espada, liberar de sus ataduras a los caballos y a los camellos, hacía molinetes con el brazo, lanzaba patadas, espantaba al adversario riendo a carcajadas.

—¡Este hombre está loco! —gritaban los sarracenos.

—¡No es un hombre, es Sheitán!

—¡Ha venido para castigarnos!

—¡Huid! ¡Huid!

Era tan fácil que casi resultaba divertido. ¡Nada podía alcanzarle!

En ese momento vio en el cielo un destello, un resplandor. Levantó la mirada un instante y descubrió una estrella. Brillaba en pleno día, a la altura del Krak de los Caballeros, y lanzaba destellos de luz a un ritmo regular. Luz. Nada. Luz. Luz. Nada.

Luz...

¿Qué era? ¿Un código? ¿Una señal enviada por Dios?

Luz. Luz. Luz.

¿Qué era aquello? Morgennes no lo sabía, pero los poderosos castillos de la región —los del Hospital (como el Krak) o los del Temple (como Chastel Blanc y Chastel Rouge)— habían unido sus fuerzas, y de resultas de este acuerdo se habían dotado de un ingenioso juego de espejos, con ayuda de los cuales se enviaban mensajes.

Así, prevenidas de la llegada de Nur al-Din por los vigías del Krak desde el inicio de la mañana, las tropas reunidas de Chastel Rouge y Chastel Blanc, oportunamente reforzadas con tropas llegadas de Constantinopla, y también con caballeros francos de vuelta de una peregrinación a Jerusalén, habían acudido sin tardar a socorrer a los hospitalarios.

Varias decenas de caballeros, seguidos por centenares de infantes, se lanzaban al asalto del campamento de Nur al-Din. Y los del Krak les incitaban:

—¡Atacad! ¡Atacad!

En lugar de venir del sur, como Morgennes, llegaron del noroeste, descendiendo por las laderas del Yebel Ansariya en medio de una avalancha de polvo. Una larga columna de caballeros, en fila de a dos, había aprovechado la mole indestructible del Krak de los Caballeros para avanzar a cubierto.

Morgennes vio cómo los blancos estandartes con la cruz roja y los negros con la cruz blanca surgían bruscamente del parapeto de la montaña y se lanzaban contra los sarracenos.

—¡Los refuerzos, por fin!

¡Lo había conseguido!

De repente, un sablazo lo devolvió a la realidad. Un soldado damasceno acababa de hundirle el sable en el vientre, y un dolor fulgurante atravesó su cuerpo.

Debería haber muerto, perder los estribos y desplomarse del caballo. Pero no murió, sino que todavía encontró fuerzas para levantar su espada y abatirla contra el cráneo del soldado, que partió en dos. Al verlo, los demás musulmanes, que se habían acercado con la esperanza de acabar con él, emprendieron la huida aterrorizados.

Apretando los dientes, Morgennes espolé a Iblis y se lanzó en dirección a la gran tienda blanca coronada por una media luna de oro, que creía que debía de ser la de Nur al-Din.

Este último, advertido primero por las ligeras sacudidas del suelo que habían hecho temblar su té y luego por los alaridos que oía fuera, ya sospechaba que se estaba produciendo una catástrofe. Hasta ese momento, su plan se había desarrollado a la perfección; pero he ahí que de pronto surgía lo imprevisto encarnado en un

caballero sin armadura, montado en un caballo blanco, que gritaba a voz en cuello: «¡San Jorge! ¡San Jorge y el dragón! ¡Adelante!».

El jinete sembraba el pánico entre sus tropas; dispersaba a sus monturas y a sus animales de carga, derribaba sus tiendas, destrozaba sus víveres, mataba o hería a sus soldados, a sus súbditos, arruinando sus ambiciones.

Nur al-Din salió precipitadamente de su tienda para ponerse a la cabeza de sus hombres. Ya se disponía a montar su corcel cuando —como un relámpago blanco— el misterioso caballero surgió a su espalda, con el sable en la mano.

—¡Por san Juan Bautista! —aulló Morgennes.

—¡Por las barbas del Profeta! —exclamó Nur al-Din.

Y al distinguir a uno de sus guardias de corps, le gritó:

—¡Tú, protégeme!

Y luego, a otro que corría en su auxilio, con la mano en la empuñadura de su espada:

—¡Y tú, ve a buscar refuerzos! ¿Dónde están mis oficiales?

De hecho, sus hombres habían tratado de detener a Morgennes, pero el terror se había apoderado de ellos al ver que sobrevivía a ese golpe en el vientre. Sin poder creer lo que estaban viendo, habían redoblado sus esfuerzos, y uno de ellos incluso había conseguido herirle en el brazo con su lanza —sin por ello lograr detenerle—. Entonces, trastornados por ese espantoso prodigio, y viendo que caían uno tras otro bajo sus golpes sin poder frenarle, la mayoría habían huido, o se habían dirigido hacia el noroeste del campamento, donde la carga de los cruzados había abierto una brecha en las filas de los sarracenos.

Frente a Morgennes solo quedaban, pues, dos personas: el sultán y su guardia de corps, al que Nur al-Din gritó de repente:

—¡Suelta mi montura!

El guardia de corps tal vez habría tenido tiempo de golpear a Morgennes o de huir, pero se sacrificó y descargó su sable contra las ligaduras que mantenían trabada la montura de su jefe.

Un instante después, Morgennes le cortó la cabeza, que rodó bajo los cascos del caballo de Nur al-Din. Este, con el rostro sudoroso y el cuerpo helado, huyó al galope hacia Damasco abandonando tras él una babucha, que Morgennes recogió después de haber bajado de su caballo. Tras acercarla a sus ojos para contemplar los ornamentos, la frotó sobre su pecho, justo al lado de la cruz.

A su memoria acudieron las imágenes de los caballeros que habían atacado a sus padres y a él mismo.

¿Acaso era como ellos?

No. Porque si bien él también había atacado por sorpresa, su adversario era un ejército, y no dos niños y sus padres.

La gente corría en todas direcciones: hombres, mujeres y adolescentes, que habían ido al combate como a una fiesta —seguros de alcanzar la victoria sin tener que pagar por ella—. Pasaban animales que llevaban sobre sus lomos a fugitivos que se apresuraban a huir del caos; entre Morgennes, la carga de los templarios y el pánico que se había extendido entre los musulmanes, no podría decirse quién causaba más estragos.

«¿De modo que no soy un escudero? ¿No tengo educación militar? ¿No sé utilizar una lanza? Pues ¿qué he hecho aquí, sino llevar al enemigo a la derrota?»

Las tiendas se derrumbaban, se incendiaban al contacto con los braseros que ardían en su interior. Bramidos, gritos indistintos de terror, voces, gritos, lloros... Había algo en aquella música que a Morgennes le resultaba aún más odioso porque sabía que era él quien la había compuesto, a fuerza de embestidas, galopadas y mandobles.

Dejando a Iblis tras él, se plantó como una roca en medio de la desbandada y se puso a lanzar sablazos a los fugitivos, golpeando al azar. Demasiado preocupados por salvar la vida para darse cuenta de que eran atacados, ni siquiera pensaban en replicar; y así Morgennes pudo segar tres o cuatro vidas, víctimas fáciles, que le dieron ganas de vomitar. «No soy yo —se dijo—. Yo no soy así. Vamos, basta...»

En ese momento, la carga de los templarios, que había puesto en fuga a los últimos mahometanos, llegó a su altura:

—¡Hola! —dijo uno de los monjes soldado deteniéndose ante Morgennes—. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Me llamo Morgennes.

—¿Sois caballero?

—No —dijo Morgennes.

—Pues os vestís como ellos.

—Es un disfraz para la escena —dijo Morgennes—. Me lo he puesto para impresionar al adversario, y por lo visto lo he conseguido.

El templario, un oficial de sienes entrecanas y mirada cruel, le dirigió una sonrisa escéptica.

—Blasfemáis, desgraciado. O desvariáis. Nosotros, y solo nosotros, hemos hecho huir a Nur al-Din... ¡Vos no tenéis nada que ver con esta hazaña!

—¿Ah no? —dijo Morgennes.

Y le tendió el zapato de Nur al-Din. El templario, que se llamaba Dodin el Salvaje, un nombre que reflejaba a la perfección su temperamento, lo cogió y exclamó con los ojos dilatados por la sorpresa:

—¿Qué es esto?

—La babucha de Nur al-Din.

Dodin examinó los motivos, con rostro impasible, y luego declaró:

—Esta babucha podría ser de cualquiera.

—¿Puedo conservarla? —preguntó Morgennes.

—No —dijo Dodin—. La guardaré para hacerla examinar. Mientras tanto haced el favor de seguirnos al Krak de los Caballeros, donde vuestra historia será escuchada y vuestro caso juzgado.

¿Para qué disculparme, cuando no tengo ninguna oportunidad de ser creído?

CHRÉTIEN DE TROYES,
Guillermo de Inglaterra

—¡Si no lo queréis —se indignó Colomán—, me lo llevo yo!

—¡Cogedlo, y que os aproveche! —replicó airado Galet el Calvo, el maestro del Temple de Tortosa, un hombre con la cabeza tan lisa como una piedra.

Discutían sobre Morgennes. Se trataba de valorar su papel en la derrota del ejército de Nur al-Din y de saber si había usurpado el rango de caballero cuando ni siquiera era un escudero.

Muchos habían reconocido en ese hombre al comediante aplaudido en Jerusalén, lo que había facilitado el hecho de que de nuevo me encontrara a su lado.

En ese momento, mientras el día se encaminaba al ocaso, estábamos todos reunidos en la gran sala del Krak de los Caballeros, en uno de cuyos pilares estaba grabada la inscripción: «*Sit tibi copia, Sit sapientia, Forma que detur Inquinat omnia sola, Superbia si comitetur*».

Es decir, tradujo Morgennes para sí: «Ten riqueza, ten sabiduría, ten belleza, pero guárdate del orgullo, que mancha todo lo que toca».

Meditando esta frase, pasó la mano sobre sus heridas en el vientre y el brazo. Los médicos del Krak le habían cuidado bien; le habían aplicado una mezcla de hierbas y fango.

Después de haberle arrestado, los templarios habían escoltado a Morgennes hasta la cima del Yebel al-Teladj, hasta el Krak de los Caballeros. En esa época (en 1163), la fortaleza estaba rodeada de una única muralla exterior, flanqueada por torres rectangulares. Una modesta capilla, un patio y un pequeño castillo formaban el Krak, que monjes caballeros estaban reforzando con una segunda muralla en forma de triángulo.

—Estará terminada dentro de un año —explicó a Morgennes Keu de Chènevière, el joven hospitalario que se había encargado de acompañarle primero a la enfermería y luego a la gran sala—. Cuando esté acabada, esta plaza fuerte será realmente

inexpugnable. Lejos de los hombres, como Dios, y sin embargo, como Él, velando permanentemente por ellos.

—Magnífico —había dicho Morgennes, admirando los andamiajes donde trabajaban obreros con turbantes.

Pero aquel no era momento para visitas. Entre los numerosos bandos que estaban presentes en el Krak —templarios, laicos, bizantinos y, naturalmente, hospitalarios—, eran muchos los que pensaban que el comportamiento de Morgennes, más que de heroico, debía tacharse de sacrílego.

—¡No tiene nada que ver con la victoria de hoy!

—¡Ha tratado de engañarnos!

—¡De hacerse pasar por san Jorge!

—¡Es un usurpador! ¡Un comediante!

—¡Peor, un judío tal vez!

—No, no, no es eso... —les tranquilizaba Colomán, el maestro de las milicias de Constantinopla—. Sencillamente, es astuto como una raposa. ¡Tanto, por otra parte, que no me sorprendería si un día le eligieran Papa!

Miradas cargadas de ira se volvieron hacia él, y la tensión aumentó. Los cristianos de Roma y los de Constantinopla estaban siempre dispuestos a saltarse al cuello cuando se trataba de determinar quién de entre ellos era el digno heredero de Jesucristo. El prudente Raimundo de Trípoli, el conde del pequeño estado del mismo nombre, intervino para cortar en seco la discusión.

—Miremos las cosas de frente —dijo simplemente—. Este hombre, Morgennes, no nos ha perjudicado de ningún modo. ¿Debemos agradecerle a él la derrota del ejército de Nur al-Din?

—¡No, no, a nosotros! —vociferó Galet el Calvo.

—¿O bien a la intervención de nuestros amigos del Temple y de Constantinopla? —prosiguió imperturbable Trípoli, insistiendo en este último término.

—¡A nosotros, a nosotros! —tronó Dodin el Salvaje para apoyar las declaraciones del precedente templario, que resultaba ser su superior.

—No —dijo Raimundo—. Os engañáis. ¿Acaso habéis olvidado lo que está escrito aquí?

Y con el dedo señaló la famosa inscripción grabada en la columna de la gran sala.

—Vamos, vamos. Sabéis que es a Dios, y solo a él, a quien debemos esta victoria.

—Y también se debe a Dios, supongo, que este usurpador haya sobrevivido a no sé cuántas flechas, sablazos y lanzadas. ¿O es al otro?

—¿Por qué no se lo preguntáis vos mismo? —dijo Keu de Chènevière, a quien había impresionado la proeza de Morgennes y que creía su relato.

—¡Ve! —ordenó Galet el Calvo a uno de sus subordinados.

Dodin el Salvaje, el templario que tanto había vituperado a Morgennes hacía un

momento, se acercó a él y le gritó a la cara:

—¡*Vade retro Satanas!* ¡Si eres de Dios, permanece con nosotros! ¡Pero si eres del Otro, vete!

Morgennes conservó la calma, y permaneció imperturbable. En realidad toda aquella agitación le aburría un poco. Pero al mismo tiempo le intrigaba y tenía ganas de saber cómo acabaría todo.

—Ya veis —dijo Raimundo— que está con nosotros. No tenéis por qué inquietaros.

—¡No es normal que haya sobrevivido! ¡Nadie, nadie os digo, puede pasar por semejante diluvio de golpes y salir vivo! Y dado que no es san Jorge, tiene que haber una explicación. Dejad que le plante mi daga en el cuerpo; si es del Diablo, no morirá.

Dodin el Salvaje se llevó la mano a la daga que tenía en la cintura; pero, una vez más, Colomán (el bizantino) intervino.

—Interroguémosle primero —dijo aprisionando la mano del templario en la suya—. No me gustan demasiado vuestros métodos; nos privarían de un excelente soldado si os dejáramos continuar.

Raimundo de Trípoli tosió discretamente y se acercó a Morgennes para interrogarle.

—¡Dinos cómo conseguiste sobrevivir! ¿Llevas sobre el pecho uno de esos pentáculos que los musulmanes trazan en el suyo y que les protegen de todo?

—No, y es fácil de probar —respondió Morgennes levantándose la camisa para mostrarles el torso, virgen de toda inscripción.

—Entonces, ¿conoces alguna fórmula mágica que desvíe las flechas y te mantenga a resguardo de los golpes?

—Es verdad, en efecto, que el superior de mi abadía me enseñó una oración de este tipo, que recité a lo largo de todo el combate. Sin embargo...

Morgennes, que había posado la mirada en la daga que Dodin el Salvaje llevaba al costado, bajó la voz hasta callarse.

—¿Sin embargo? —inquirió Raimundo de Trípoli.

—Sin embargo —prosiguió Morgennes—, más bien creo que tuve suerte. Y que san Jorge y Dios no me abandonaron.

—¡Eres del Diablo! —bramó Galet el Calvo—. ¡Vamos, abrid los ojos! —dijo a los presentes—. ¡Es evidente! ¿No veis que os tiene cautivados con sus hechizos?

—No —dijo Keu de Chènevière—. No lo vemos. Porque no es ese el caso.

La tensión había llegado al límite. Morgennes se preguntaba por qué Galet el Calvo y Dodin el Salvaje mostraban tanto encono contra él, y luego recordó que los había visto, en Jerusalén, en compañía de Sagremor el Insumiso. Parecían buenos amigos.

Además, Dodin el Salvaje no quería que se dijera de los templarios: «No fueron ellos quienes salvaron el Krak. ¡Fue ese individuo, Morgennes, que ni siquiera es un caballero!».

El silencio era tan pesado que decidí intervenir. Desde el hogar donde me calentaba las manos, pronuncié:

—*Omnia orta cadunt...*

—¿Perdón? —dijo Galet el Calvo.

—Todo lo que nace debe morir —tradujo Colomán en tono impasible.

—Si no está muerto —añadí—, es que no había llegado su hora...

—¡Basta! —gritó una vez más Galet el Calvo.

—¡Y vos —dijo Raimundo de Trípoli—, dejad de destrozarnos los oídos con vuestros aullidos! Tal vez estemos en una ciudadela, pero también es un edificio religioso. De modo que un poco de contención.

Por toda respuesta, Galet el Calvo escupió en la paja.

—¿Y bien? ¿Realmente he dicho algo tan increíble? —añadí—. ¿No decide Dios sobre todo? ¿Tanto sobre el momento de nuestro nacimiento como sobre el de nuestra muerte? Si Morgennes todavía está con vida, es simplemente porque Dios lo ha decidido así. Dejad de ver milagros donde no los hay...

Y acercándome a Morgennes, proseguí mi alegato:

—No queréis a este hombre en vuestra orden —dije a los templarios—. Pues bien, nadie os obliga a aceptarlo. Y vosotros —dije luego a los hospitalarios—, ¿dudáis en aceptarlo entre los vuestros?

—Es que no es un noble —argumentó uno de los hospitalarios—. Tal vez entre los cuerpos francos, nuestros turcópulos...

—Pero entonces, si hay que luchar por dinero, mejor elegir a quien pague mejor —precisé yo.

—¡Y en este caso soy yo! —dijo Colomán—. Vamos —añadió dirigiéndose a Keu de Chènevière y a Galet el Calvo—, permitidme que os compense con una donación a vuestras órdenes, y que no se hable más. Llevaré a Morgennes a mi academia para enseñarle el oficio de las armas en el país del primero de todos los caballeros: Alejandro Magno. ¡Y convertiré al hombre que derrotó él solo al ejército de Nur al-Din en el más grande de todos ellos!

—No fue él quien puso en fuga a Nur al-Din —bramó Galet el Calvo—. Si el sultán huyó fue porque llegamos nosotros, no porque tuviera delante a un pobre desgraciado con la túnica ensangrentada... ¡Por otra parte, es a mí a quien debemos este éxito, y no a este individuo!

—Pruébalo —le espetó Raimundo de Trípoli.

Entonces Galet mostró a la asamblea la babucha de Nur al-Din, que poco antes le había entregado Dodin el Salvaje. Todos la miraron con estupefacción. Morgennes,

por su parte, estaba a punto de estallar y de sacar a la luz la ignominia de esos canallas que se habían atrevido a tratarle de usurpador; pero no tenía ningún medio de probar lo que iba a declarar, y sus únicos testigos eran todos templarios. Además, sabía que actuar de aquel modo no contribuiría en absoluto a mejorar su situación. Al contrario. Los templarios necesitaban a los hospitalarios, y a la inversa. Y sobre todo aquí, en esta región alejada del centro del reino y a solo unos días de Damasco, la capital de Siria, que había conquistado Nur al-Din. ¿De todos modos, quién le creería? Su palabra no valía nada. Él no era más que un trovador. Un monje sin importancia... Frente a aquellos dos templarios y a todos estos hospitalarios, la prudencia aconsejaba guardar silencio y esperar a que llegara su hora. De manera que Morgennes se abstuvo de realizar ningún comentario. Se tragó su cólera, y recordó las palabras del sabio Guillermo: «Que se olviden de vos. Haced un nombre en el extranjero».

Para el Caballero de la Gallina había llegado el momento de cambiar de gallinero. El de Constantinopla parecía interesante. Pasó revista a sus últimos años. Su infancia, sus años de estudio en la abadía de Saint-Pierre de Beauvais, sus viajes con Chrétien de Troyes, el concurso del Puy de Arras y el encuentro con la compañía del Dragón Blanco, y luego los meses pasados en Jerusalén, en la comendaduría de los hospitalarios... Todo eso ya había acabado. Necesitaba convertirse en otro hombre. Un hombre parecido al Krak de los Caballeros. Una fortaleza de la fe, un centinela.

Luego volvería.

Cuando comprendió esto, y como si Dios le hubiera aprobado, Morgennes vio cómo Colomán apartaba su mano de la de Dodin el Salvaje, y distinguió por fin la daga con la que ese maldito templario había querido atacarle.

Era la misericordia de su padre.

Capítulo III

¡Mercenario!

Nuestros libros nos han enseñado que en Grecia reinó primero el prestigio de la caballería y de la cultura.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

—¿Y ahora? —preguntó el general megaduque Colomán (uno de los hombres más poderosos del Imperio)—. ¿Cómo os sentís?

—Tengo mucha hambre —respondió Morgennes, al que solo habían ofrecido un insípido caldo en el Krak de los Caballeros.

Entonces, riendo como solo ríen los ogros, con una risa abierta y atronadora, Colomán declaró:

—Prometo darte de comer hasta hacerte olvidar el significado de la palabra «hambre».

—Será difícil, porque aunque tenga mucha hambre, siempre tengo más memoria que apetito.

—Confía en mí.

Su palacio daba a las orillas del Bósforo. Había sido construido con una piedra rosa que cambiaba de color con la luz. Así, mientras durante la noche resplandecía con el brillo de una perla en medio de un desierto, durante el día se adornaba de malva, lo que hacía que pareciese lleno de dulzura; cuando, en realidad, era todo lo contrario.

En el interior del palacio resonaban gritos, que innumerables pasillos y una increíble cantidad de puertas forradas de metal no lograban ahogar. ¿Qué tipo de gritos? Todos los que puedan imaginarse. Gritos de placer, durante las orgías a las que Colomán invitaba a cortesanas para saciar la lujuria de sus mercenarios. Aullidos de dolor, cuando los esclavos eran azotados hasta sangrar por haber olvidado sonreír o haber volcado una copa. Clamores de soldados ejercitándose, restallido de los látigos sobre las armaduras o la piel. Sollozos, gemidos, cuando la muerte por agotamiento parecía el único final posible al penoso entrenamiento de los reclutas. Y sobre todo, más que ningún otro ruido, el del impacto del metal contra el metal, espadas chocando con estruendo contra un escudo, mazas contra un peto; flechas,

lanzas, hundiéndose en la tela, en la carne o en la madera de una diana.

¡Estábamos en el reino de Satán!

—Es el diablo en persona —susurré al oído de Morgennes—. Este tipo me da mala espina. Mírale, con su cabello negro, los labios pintados de rojo, las cejas hirsutas, esos pelos que le salen de la espalda, los caninos como cuchillos... ¡Y qué me dices de sus orejas! ¿No son puntiagudas y afiladas como las de los lobos? Y además, ¿no te parece extraño que siempre esté riendo, que siempre esté de buen humor?

—¿Tú crees que Dios es triste? —preguntó Morgennes.

—No, no he dicho eso. Pero tengo miedo.

—No te preocupes...

Colomán empujó con las dos manos una doble puerta maciza, que daba a una terraza colgada sobre el Bósforo. Allí, sobre mesas de mármol, a la luz de los antorcheros de oro, habían servido un fabuloso festín.

—¡Que aproveche! —nos dijo Colomán—. Lo siento, no me quedo, tengo cosas que hacer. Pero bebed, bebed, porque como decimos aquí: «¡Las ideas negras se aclaran con un buen vino!».

Nos dejó allí, en compañía de numerosas esclavas apenas núbiles y ligeras de ropa, que se esforzaron en servirnos lo mejor posible. Aquello fue una sucesión de terneros, vacas, bueyes, becerros, corderos, ovejas, ensartados en espetones o servidos en tajadas tan gruesas como el puño de Colomán; gordas marranas y pequeños lechones rellenos de aceitunas y alcaparras; jorobas de camello bañadas en aceite de sésamo, seguidos de un bosque de setas y de codornices, perdigones, faisanes, conejos, liebres, puerco espines, y todo tipo de animales de caza —ciervos, corzos, cabras montesas y gamos, sin olvidar a los jabalíes—. Cuando la carne desapareció de la mesa, nos ofrecieron diversos alcoholes y digestivos, y un nuevo diluvio de manjares se abatió sobre nuestras panzas y gaznates. Luego llegó un océano de pescados —sardinas, brevas, lubinas, atunes, merluzas, mújoles, angelotes (una especie de tiburón traído de Francia), rayas, doradas— y de crustáceos (os ahorro la lista), que nos sirvieron sin caparazón, espinas ni escamas, y con algas a modo de acompañamiento. Creía que ya habíamos acabado, cuando nos trajeron gran cantidad de embutidos, con esta sorprendente explicación:

—Para ayudaros a digerir.

Entre las longanizas, salchichones y salchichas, había una larga morcilla negra con un sabor bastante fuerte, que era deliciosa.

—¡Es magnífico! —se entusiasmó Morgennes.

—¡Sí! ¿Qué es? —pregunté.

—Es el rabo de un toro, puesto a secar con especias durante tres años y tres días y luego bañado en miel —me respondió una joven esclava, con una hermosa tez

cobrizo y unos ojos de un azul hechizador.

Pero la comida no había terminado. Porque después del embutido llegaron los patés, las terrinas, las tortas, las empanadas y los pastelillos, con los que nos deleitamos más allá de lo razonable.

—No sabía que tenía un estómago tan grande —dijo Morgennes.

—Estamos violando al menos uno de los diez mandamientos —añadí—. Aquí hay algo que no va como debería, lo juraría...

—Tienes razón.

Al mirar hacia el otro lado de la terraza, vi el mar que rompía contra las costas bajas, salpicadas de árboles, y que entraba en los puertos atestados de embarcaciones, rodeados por altas murallas.

—¡Cocotte! —dijo de pronto Morgennes.

—¿Qué pasa con Cocotte? —pregunté.

—¡Ha desaparecido!

—¿Bromeas?

—No. ¡Espero que no nos la hayamos comido!

Y se lanzó hacia el interior del palacio.

—¡Cocotte! ¡Cocotte!

Abandonando a regañadientes aquel festín, salí tras él.

Con el vientre lleno, pedorreando sin cesar, rodando más que caminando, meando contra las paredes y vomitando en los rincones, pasamos por un verdadero infierno para seguir avanzando a pesar de todo.

—¡Nos ha envenenado! —le dije a Morgennes.

—¡En absoluto! ¡Somos nosotros los que nos hemos atiborrado como cerdos!

En el palacio de Colomán había tal sucesión de pasillos y habitaciones que me entraron náuseas —me recordaba los innumerables platos que acabábamos de devorar, cuya simple evocación me producía mareos—. La mayoría de aquellas salas no tenían muebles, excepto, a veces, un diván, donde roncaban esclavos atiborrados de vino. Cuando tratábamos de despertar a uno de esos durmientes, nos mandaba a paseo y volvía a hundirse en un profundo sueño.

Por fin hicimos un descubrimiento de lo más interesante:

—¡Allí, mira! —dijo Morgennes.

Había una pluma rojiza, en medio de una alfombra con un motivo oriental.

—¿Quién nos dice que es de Cocotte?

—Yo.

Después de recogerla, volvió la mirada hacia una puerta dé la que escapaban aromas de pollo asado.

—¡Qué horror! —dije—. ¡Me niego a entrar ahí!

—¡Haz un esfuerzo, sígueme!

La puerta daba a una escalera de caracol que se hundía en las entrañas del palacio, de donde se oían unos ruidos amortiguados.

—¡Por los dioses! —suspiró Morgennes—. ¡Tengo una migraña espantosa! Es como si las campanas del mundo entero se hubieran dado cita en mi cráneo.

—¡Pues el mío es como la obra de Santa Sofía!

Yo estaba convencido de que habíamos sido víctimas de un sortilegio. Pero ¿cuál? ¿Y por qué? La respuesta debía encontrarse forzosamente en algún lugar cerca de las cocinas, donde acabábamos de entrar. Un maestro cocinero con el cráneo rasurado, vestido de blanco, estaba orgullosamente plantado en el centro de la antecocina. Llevaba a modo de condecoraciones, sujetas a su delantal, mechador, tenedor, trinchante, picador de carne y todo lo que constituye el utillaje de un honrado maestro del gremio. Detrás de él se afanaba un ejército de cocineros, rustidores, marmitones, pinches, aprendices y lavaplatos, equipados con espetones, trapos, calderos, escobas, cucharas, cucharones, batidores, espumaderas, escurrideras y otros mil utensilios.

Extrañamente, no había ni una sola mujer, como si las cocinas estuvieran prohibidas para ellas.

—Si esto no es el infierno, se le parece mucho —observó Morgennes.

Chorros de vapor ascendían silbando hacia las altas bóvedas, inundándolas de humo. Lenguas de fuego lamían los muros o resplandecían en fosas bajo nuestros pies. Hacía tanto calor que grandes gotas de sudor nos resbalaban por la piel. Y los marmitones, que no dejaban de recibir órdenes y patadas en el culo, corrían de un lado para otro azorados, como una horda de pequeños demonios al servicio de diablos más poderosos. Morgennes sujetó por el brazo a uno de estos jóvenes pinches y le preguntó:

—¿Has visto a una gallina? ¿Pequeña y de color rojizo?

El mocosito se encogió de hombros y señaló un rincón de la cocina, entre los hornos, las chimeneas y los sumideros, donde, suspendidos con ganchos, había todo lo que puede concebirse en materia de gallináceas: capones, gallos, cebones, gallinas, pollos, pollitos (a razón de cinco o seis por gancho) y pollas cebadas. Pero ni rastro de Cocotte.

—¡Coc, coc, cot!

—¡Quieto! —chilló de pronto Morgennes a un jovencuelo que estaba a punto de sumergir dos aves desplumadas en un recipiente de agua caliente.

El joven se quedó inmóvil, manteniendo a los animales sobre el vapor del agua hirviente. Y en ese momento una de las dos giró el cuello en dirección a Morgennes y cacareó con desesperación:

—¡Coc! ¡Coc! ¡Coc! ¡Coc!

—¡Es ella! ¡Es Cocotte! —dijo Morgennes.

Saltó sobre el joven aprendiz y lo lanzó al suelo. ¡Cocotte! Temblando

violentamente, la pobre gallina, toda pelada y con la carne salpicada de pequeñas protuberancias, hundió su cabeza bajo el brazo de Morgennes en busca de protección.

—¿Por qué la has cogido? —preguntó Morgennes al cocinero, tendido bajo él.

—Pero... ¡si yo no he hecho nada! —se excusó este, desesperado.

Era tal el escándalo que reinaba en las cocinas que Morgennes casi estaba sordo. Cuando no eran los golpes de la tajadera contra las tablas de mármol o de madera, era el golpeteo de las cazuelas o las soperas que removían los aprendices, el silbido de los fuegos encendidos bajo las calderas, el ruido del agua hirviendo, el chapoteo de los alimentos que tiraban dentro, el tintineo de cristal o de jarras al entrecocar, las órdenes aulladas de un puesto a otro y los chorros de vapor, dispuestos a escaldar a quien se acercara demasiado.

—¡Ibas a matarla! —gritó a voz en cuello Morgennes, mientras levantaba al pobre desgraciado sobre los fogones dudando si lanzarlo al caldero como había intentado hacer él con Cocotte.

El joven se debatía como un loco, lloraba, chillaba. Entonces Morgennes lo dejó en el suelo y le dijo:

—Lo siento, no sé qué me ha pasado. Creo que me han envenenado...

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritó en ese momento una voz detrás de nosotros, mientras, por primera vez, se hacía un relativo silencio en las cocinas—. ¡Habéis superado la primera prueba, os felicito!

Morgennes se volvió y vio que Colomán aplaudía con entusiasmo, sentado con indolencia sobre una mesa. Entonces recordó las últimas palabras de Poucet: «¡Guardaos de los ogros!».

—¿Nos diréis quién sois en realidad? —preguntó a Colomán.

—¿Yo? En todo caso, no soy un ogro —replicó Colomán, como si supiera lo que estaba pensando Morgennes.

—Tal vez no lo parezcáis —dijo Morgennes—, pero actuáis como si lo fuerais. ¿Por qué esta prueba?

—Os importa mucho esta gallina, ¿verdad?

—Sí.

—Quería saber hasta qué punto.

—¿Y ahora?

—¡Morgennes, desconfía! ¡Trata de embrujarte! En cuanto a ti —dije amenazando a Colomán con la señal de la cruz—, si eres de Dios...

—¡Tst, tst, tst! —me interrumpió Colomán, sacándose con toda tranquilidad sus magníficos guantes blancos—. No me hagáis reír, por favor. No vayáis a buscar el mal más allá de los hombres... Por mi parte —dijo girando sobre sí mismo—, me jacto de respetar los siete deberes de caridad que todo buen cristiano debe cumplir. Pues esta es mi divisa: «¡Visito, poto, cibo, redimo, tego, colligo, condi!».

efecto, nunca dejo pasar una ocasión de visitar a los enfermos, dar de beber a los sedientos, alimentar a los hambrientos, rescatar a los cautivos, vestir a los desnudos, acoger a los extraños y sufragar servicios para los difuntos!

Poco a poco, en las enormes cocinas, el escándalo infernal se reanudó. Colomán se acercó a Morgennes.

—Prácticamente te salvé la vida —le dijo—. En el Krak de los Caballeros. Fui yo quien insistió en que te curaran, ¿sabes?

—No lo sabía —dijo Morgennes—. Gracias.

—No me des las gracias... Ah no, no te querían esos orgullosos caballeros, o en todo caso solo para que les acompañaras en sus hazañas como un perro que sigue a su amo... —Haciendo volar la gran capa a su alrededor, se acercó más a Morgennes—.

Sé mi alumno —dijo—. Te enseñaré todo lo que necesitas para que te acepten. Montar a caballo como si hubieras nacido sobre una silla; combatir con la espada de manera que los mejores duelistas se dobleguen ante ti; manejar la lanza, la maza, el martillo. Saltar, nadar, correr... Llevas en ti la fuerza de veinte hombres, lo sé. Pero no tienes una educación militar. Y lo que no se ha aprendido no se puede hacer bien. Sé mi alumno, conviértete en un mercenario.

—¿Un mercenario? Yo soñaba con ser caballero.

—¿No cumple el hombre en la tierra un tiempo de servicio, no lleva en ella la vida de un mercenario? Vamos, ya tendrás tiempo de ser armado caballero. ¡Más adelante!

—Pero ¿por qué yo? —preguntó Morgennes.

—Tengo mis razones. Pongamos que me recuerdas a alguien.

—¿A quién?

—A un amigo.

—¿Y si acepta? —interrumpí—. ¿Cuál será el precio?

—Tendrá que servirme, durante toda su vida.

—¿Durante toda la vida? ¿Y ya está?

—Y si miente irá al infierno.

—Acepto —dijo Morgennes.

—Muy bien. Empezarás enseguida. Pero debes saber que si no mantienes tu palabra, no te me escaparás. Vayas donde vayas, te encontraré y te lo haré pagar...

—No soy un traidor, ni un cobarde —dijo Morgennes.

—¿Y yo? —pregunté—. ¿Os habéis olvidado de mí?

—Desde luego que no. Me ha parecido entender que te interesas por los libros. Aquí tengo más de mil rollos que contienen recetas de platos procedentes de todos los rincones del mundo. ¿Te gustaría consultarlos?

—¿Recetas de cocina? A fe mía que habría preferido algo más consistente, pero por qué no.

—¡Entonces ve!

Y con un gesto que no podía ser más teatral, me señaló una puerta, detrás de la cual se veían estanterías enteras repletas de pergaminos.

—¿Por qué no hay mujeres en este lugar? —preguntó Morgennes a Colomán.

—Hay una, pero una sola; tal vez la conozcas en el momento apropiado. En cuanto a las demás, han perdido el derecho de entrar aquí.

—¿Por qué?

—En los primeros tiempos de esta academia, las mujeres eran admitidas. Pero muy pronto nos dimos cuenta de que eran demasiado crueles. Con demasiada frecuencia infligían a su víctima una sanción mucho más terrible que la que se había ordenado. Cuando se trataba de herir, ellas mataban. Y si se requería un castigo ejemplar, ellas aplicaban diez. No, realmente su lugar no está aquí. Nunca serán unas buenas mercenarias. Les cuesta demasiado obedecer las órdenes.

—¿En qué consiste el entrenamiento? —preguntó Morgennes—. ¿Por dónde empezaré? ¿Por la equitación? ¿La lucha? ¿La esgrima?

—Primero lavarás los platos.

Le mostró una montaña de vajilla sucia que llegaba hasta el techo.

—Son los platos que os han servido —dijo Colomán.

—Muy bien —replicó Morgennes tragando saliva.

—Cuando hayas terminado, pregunta al maestro cocinero cuál es tu siguiente tarea. Volveremos a vernos dentro de tres meses.

—¿Tan tarde?

—Acaba con los platos...

Nadie puede hacer bien lo que no ha aprendido.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Perceval o El cuento del Grial

Morgennes comprendió rápidamente que los ruidos de entrenamiento para el combate que había oído al llegar al palacio no procedían de ningún gimnasio, sino de las cocinas.

Allí, en esa parodia de centro de entrenamiento, un verdadero ejército de mercenarios se ejercitaba en la guerra, en recibir y cumplir órdenes, en trabajar en equipo, rascando, frotando, cociendo, calentando, sin rechistar nunca. Generalmente, los que abandonaban no eran mucho mejor tratados que los que intentaban huir. A estos se les castigaba con la muerte, mientras que los primeros debían implorar perdón mientras los torturaban.

A veces tenía lugar una desenfrenada persecución por los pasillos del palacio; ganaba quien atrapaba primero al fugitivo. Y Colomán otorgaba una recompensa a quien conseguía esta proeza: generalmente, una noche con una de sus esclavas o un ascenso.

Morgennes empezó en lo más bajo de la jerarquía, en el puesto de lavaplatos. Poco le importaba, estaba acostumbrado. Porque tanto en Tierra Santa como en Europa, ¿había acaso algo más bajo que un trovador? ¿Un titiritero? ¿Un monje a quien hubieran despojado de los hábitos? ¡Un judío, y quizá ni eso!

El primer combate de Morgennes se llamaba «montón de platos sucios». Era un monstruo de no menos de cincuenta pies de altura y con una anchura de doscientos, que le pidieron que atacara por la cima.

—¡Piensa que si no lo haces así, todo podría derrumbarse sobre nosotros!

Una escalera doble colocada sobre una mesa, que a su vez descansaba en equilibrio —precario, no hace falta decirlo— sobre otra mesa, permitía a Morgennes alcanzar los platos situados más arriba, que, para desgracia suya, resultaron no ser los más pequeños.

Yo miraba a mi amigo desde el suelo, preguntándome cómo se las arreglaría para que la pila no se derrumbara.

Los primeros días, Morgennes no se atrevió a tocar nada. Tenía demasiado miedo de que se desplomara el edificio, tan frágil como un castillo de naipes, y de verse

obligado a lavar los platos de los demás como castigo. Dicho de otro modo: le esperaban varias semanas (si no meses) de trabajo sin poder acceder a un ascenso.

—«En el combate —me dijo Morgennes, citando un tratado militar que habíamos encontrado en la biblioteca—, ignorar las consecuencias proporciona mayor resolución que el razonamiento. La reflexión corrige la decisión antes del combate, pero la enturbia en el curso de este.» De modo que observo... No hay ninguna prisa.

Así, Morgennes pasó muchas horas observando su montaña de platos sucios para estudiar su configuración. Era tan alta, tan increíblemente mugrienta, que a su lado los establos de Augías eran un modelo de limpieza.

Una noche, mientras el maestro cocinero le vigilaba, moviendo nerviosamente el pie, Morgennes se echó a reír de repente.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó el cocinero.

—¡Porque he tenido suerte!

—¿Cómo es eso?

—¡No he tomado postre!

El maestro cocinero se alejó encogiéndose de hombros, y Morgennes se calmó. Luego vino a buscarme.

—Ayúdame —me dijo.

—¿A qué? —le pregunté, levantando apenas la nariz de la maravillosa obra que estaba leyendo, que llevaba por título: *Diferentes modos de servir los dragones*.

—A encontrar lo que necesito. Creo que tengo la solución a mi problema.

Partimos a explorar la cocina, para tratar de encontrar el objeto que buscaba Morgennes. El lugar era tan grande que necesitamos media jornada para descubrirlo, en un armario donde colgaba como una inmensa telaraña.

—¡Ahí está! —exclamó Morgennes, mientras cargaba con una red de pescar de una longitud de varias toesas y tan pesada como una carreta de heno.

Luego volvió a encaramarse a lo alto de su escalera doble, y desde allí lanzó la red sobre el montón de platos.

—*Secundo*, ¡sorprender al enemigo por la espalda!

—¡Buena pesca! —dije yo observando cómo Morgennes recogía su captura.

Platos, platillos, fuentes, escudillas, comederos, copas y cubiertos cayeron al unísono con gran estruendo en la trampa, y quedaron tan bien aprisionados que no se rompió ni uno solo.

—Es un método poco ortodoxo —señaló el maestro cocinero.

—No querriais que desviara un río.

—Y ahora, ¿cómo te las arreglarás para lavarlos?

—Muy sencillo: los sumergiré en el agua.

—¡Me gustaría verlo! —dijo el maestro cocinero echándose a reír—. ¡No tenemos ningún barreño de este tamaño!

—¿Quién necesita un barreño cuando tenemos el Bósforo a dos pasos?

Morgennes se dirigió hacia la escalera, arrastrando tras de sí la montaña de platos sucios.

Una vez en la planta baja, recordó el camino que conducía a la terraza donde habíamos cenado el día de nuestra llegada. Tras atropellar en su avance a varios sirvientes asustados por ese extraño convoy, volcó su captura en las aguas, donde desapareció entre un surtidor de espuma.

Como si se tratara de un simple cesto para escurrir la ensalada, Morgennes sacudió vigorosamente la red en las aguas del Bósforo —que, a Dios gracias, aquel día eran de una limpidez excepcional—. Luego, saltando por encima de la balaustrada, la arrastró hasta la orilla. Allí, el quintal de vajilla quedó tendido entre las hierbas y las flores del Bósforo, como un pez reventado que derrama sus entrañas en el mostrador del pescadero. Tras haber frotado las últimas impurezas y haber enjuagado todo el montón volviendo a sumergirlo en el Bósforo, Morgennes dejó que se secara al sol. Luego pasó toda una semana colocando cada una de las piezas en su lugar.

Cuando terminó, a pesar de la fatiga, lucía una sonrisa insolente.

—¿No hay nada más que lavar? —preguntó al maestro cocinero.

—No. Tu período de lavaplatos ha acabado. ¡Ahora eres sirviente!

—¿Y en qué consiste eso?

—Pues en servir, claro está.

Tras el lavado venía el servicio. La primera tarea de Morgennes no ofrecía, en apariencia, ninguna dificultad. Se trataba de llevar una taza de té a Colomán.

—Lo encontrarás en sus aposentos.

—¿Es decir?

—No es complicado, está arriba de todo.

—¿En lo alto de la escalera?

—Arriba.

Morgennes cogió la bandejita de plata sobre la que habían depositado una delicada taza de porcelana china, y se alejó en dirección al primer piso y a la gran escalera que había visto el primer día.

—¿Quieres que te acompañe? —le propuse.

—No, gracias, no vale la pena. ¡No tardaré mucho!

—Como quieras.

Volví a mis libros de cocina, con Cocotte pegada a mis talones. La gallina, a la que los pinches lanzaban de vez en cuando un puñado de maíz, empezaba a recuperarse. Sus plumas, que volvían a crecer, adoptaban un hermoso color rojo anaranjado, como si fuese una llama escapada del hogar.

Después de llegar al final de la escalera de caracol que conducía de las cocinas a la planta baja, Morgennes se dirigió hacia la gran escalera de mármol que daba acceso al primer piso. Ingenuamente había creído que esta escalera permitía acceder también al segundo, tercer y cuarto pisos del palacio, pero no era así. Cada nivel tenía su propia escalera, y no eran tan fáciles de encontrar como la de la entrada. Morgennes recorrió un interminable número de pasillos, asomó la cabeza por todo tipo de puertas, descubrió salas inmensas y tan vacías como aparentemente inútiles, antes de hallar la escalera que subía al segundo piso. Allí recorrió a lo largo y a lo ancho un laberinto de pasillos y corredores que se cruzaban, se entrecruzaban, e incluso a veces acababan en un callejón sin salida.

«Demonios —se decía—. ¡Es para volverse loco! Suerte que tengo buena memoria, porque si no...»

Si no, su suerte tal vez habría sido la misma que la del hombre cuyos restos distinguía, con la bandeja todavía en la mano, muerto de agotamiento en el cruce de cuatro pasillos.

Esta vez la escalera se encontraba detrás de lo que parecía una vulgar puerta de armario.

—¡No hay que fiarse de las apariencias!

El tercer piso estaba casi tan desierto como el precedente, con la diferencia de que había seis muertos en lugar de uno solo; entre ellos, uno clavado contra una pared con una estaca en el estómago.

—Tendré que redoblar las precauciones...

Temiendo una trampa, Morgennes avanzó pegado a las paredes, caminando de puntillas, vigilando dónde ponía el pie y aguzando el oído, al acecho del menor ruido. Pero, aunque recorrió este piso varias veces en todos los sentidos y abrió todas las puertas de armario, no había rastro de escalera.

«¿Significara esto que ya he llegado?»

Pero no, no había ningún aposento en ese piso. Ni ninguna trampa... O mejor dicho, ninguna trampa aparte de aquella en la que había caído uno de los sirvientes.

—¿Una sola trampa? —se preguntó Morgennes—. ¿Una sola estaca?

Volviendo sobre sus pasos, observó más de cerca al muerto con la estaca clavada en la caja torácica, y se dio cuenta de que esta pivotaba, dejando al descubierto una puerta oculta. Y una pequeña escalera que ascendía.

«¿No respetar a los muertos?», se preguntó Morgennes, que no acababa de comprender el sentido de esta lección.

El cuarto piso del palacio contenía un fabuloso jardín interior. En algunos puntos, la bóveda estaba perforada por vidrieras que dejaban pasar la claridad del día y bañaban de luz los árboles exóticos, las plantas de un extraño color verde y las flores fragantes que crecían en el lugar. Pájaros de colores abigarrados trazaban minúsculos

arco iris por encima de Morgennes, que protegió con una mano la taza que llevaba, por miedo a que hicieran sus necesidades en ella.

Caminando por los arriates entreverados de hierbas y gravilla, Morgennes recorrió el lugar admirando aquel espectáculo maravilloso, dejándose guiar por su belleza. ¡Y ahí estaba! Esta vez la escalera estaba esculpida en el tronco de un árbol, una especie de sauce llorón. Bastaba con poner el pie en una de sus raíces para llegar a una serie de ramas que conducían a lo alto.

Desde el sauce llorón se pasaba a una inmensa terraza a cielo abierto, de donde partía un puente que conducía a una torre —aparentemente un faro— que dominaba el Bósforo.

«A menos que se trate de un minarete», pensó Morgennes.

Pero no, era efectivamente un faro, y Morgennes se dirigió hacia él muy concentrado, mientras iba recitando para sí la última lección:

«Aprender a servirse del terreno...».

El interior del faro estaba ocupado casi por completo por una escalera con las paredes adornadas con dibujos y esquemas diversos. Al examinarlos más de cerca, Morgennes reconoció el Arca de Noé, que centenares de hombres hacían descender, con ayuda de cuerdas, de una gran montaña. Otros croquis mostraban planos del Arca, como si un ingeniero hubiera querido diseccionar su arquitectura. Todo aquello era de lo más interesante, y Morgennes pasó un buen rato observando estos dibujos.

De pronto una voz le devolvió a sus deberes:

—¡Llegas tarde!

Morgennes se sobresaltó, y subió rápidamente los últimos peldaños de la escalera.

—Perdón —dijo—. No sabía que tuvierais prisa.

—No la tenía, pero detesto beber el té frío.

Morgennes se inclinó sobre la taza, que ya no desprendía ningún calor.

—Déjame ver —ordenó Colomán.

Le cogió la taza de las manos y se la llevó a la boca. Luego, esbozando una mueca de disgusto, añadió:

—¡Tráeme otra!

Morgennes volvió a toda velocidad a las cocinas, pero encontró las puertas cerradas. Golpeó con el puño, llamó, bramó, y al final oyó una voz que decía:

—¡Volved mañana, está cerrado!

Decepcionado, se acostó en uno de los divanes de la planta baja; se despertó al alba, con los miembros doloridos y la cabeza sobre el hombro de otro aprendiz de la milicia que, en su caso, no había conseguido superar el segundo piso.

—Si quieres un poco de ayuda —le dijo Morgennes—, puedo ofrecértela...

El hombre le dirigió un gesto desdeñoso y soltó, en un dialecto franco con vocablos nórdicos:

—¡Prefiero fracasar solo que triunfar contigo!

—Muy bien —le dijo Morgennes—. Como quieras.

Volvió a salir en dirección a las cocinas, donde nos encontramos de nuevo. Yo aproveché para informarle de las increíbles recetas que había descubierto.

—¿Sabías que los huevos de hormiga se pueden comer?

—¿No hay nada sobre el té?

—Por lo que se deduce de las ilustraciones, varias obras abordan esta cuestión; pero están escritas en lenguas que no comprendo...

—Trata de informarte.

Dicho esto, fue a pedir a la intendencia otra bandeja y otra taza de té, pero le replicaron:

—¿Has traído las de ayer?

—No.

—¡Entonces ve a buscarlas!

Morgennes recordó que las había dejado justo al pie del diván donde se había tendido para pasar la noche; pero cuando volvió al lugar donde había dormido, habían desaparecido.

—¡Vaya! Seguramente es ese nórdico de las narices, que me habrá hecho una mala jugada...

Morgennes partió en su busca, y acabó por encontrarle, errando por los corredores del segundo piso. Se dio cuenta de que el nórdico cojeaba, y de que efectivamente llevaba una bandeja y una taza.

—¡Devuélveme eso! —le dijo Morgennes.

—¿Cómo? —exclamó el nórdico.

—¡Es mío!

Y agarró la bandeja que sostenía el nórdico. Pero este último se resistía a soltarla. Para acabar de una vez, Morgennes le descargó un puñetazo en la cara, y el hombre cayó hacia atrás, sujetándose la nariz.

—¡Ladrón! —le gritó el nórdico.

Luego volvió a bajar a la cocina, donde le dieron, a cambio de su bandeja y su taza, otra bandeja y otra taza. Esta vez Morgennes no perdió tiempo explorando los rincones del palacio, y partió enseguida en dirección al faro. Por desgracia, cuando llegó al nivel del jardín, corrió tan deprisa que tropezó con una raíz y cayó cuan largo era al suelo; el té se volcó entre la hierba y las flores.

—¡No precipitarse nunca, claro! —masculló levantándose, con la rodilla dolorida.

Entonces volvió a bajar, con la bandeja y la taza sujetadas firmemente, y se presentó de nuevo en las cocinas, donde le entregaron otra taza y otra bandeja a cambio de las que llevaba.

Esta vez subió con cuidado, pero sin ir tampoco demasiado despacio, para que el

té no se enfriara. Le habría gustado coger algo en la cocina para poder prepararlo él mismo, pero se dijo que le acusarían una vez más de no seguir las normas. Por desgracia, cuando se presentó en lo alto del faro, se dio cuenta de que Colomán no estaba allí. Solo había un esclavo, armado con una escoba, que estaba haciendo limpieza.

—¿Dónde está Colomán? —preguntó Morgennes.

—¡Y cómo voy a saberlo! —dijo el otro, encogiéndose de hombros.

—¡Malditas pruebas! —estalló Morgennes—. ¡Es imposible pasarlas! ¡Ni siquiera hay reglas!

Se sentía como un miserable sirviente del que todos se burlan siempre que quieren y al que atormentan solo por diversión. Morgennes comprendía mejor ahora lo que sienten las moscas a las que los niños se entretienen en arrancar las alas, muy despacio.

De pronto una pregunta cruzó por su mente. Ese té, ¿qué sabor tendría?

Se llevó la taza a la boca y tomó un trago, otro más, y luego apuró todo el líquido. Un dulce calor le llenó el estómago. Un calor que aumentó de forma brutal y que rápidamente se hizo intolerable. Retorciéndose de dolor, Morgennes se desplomó en el suelo, donde, a causa de la fiebre, cayó en un profundo coma.

La muerte no está tan cerca de mí como supones.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Perceval o El cuento del Grial

«Sueño. Se está bien, hace calor. Estoy sumergido en un agua púrpura donde respiro sin dificultad. Pero alguien viene hacia mí. No tengo miedo, porque soy yo. Me acerco a mí y me acaricio la mejilla. ¡Qué agradable!

»Pero ¿qué ocurre?

»¡No, aún no!

»¡No quiero salir!

»¡No solo!

»¡No sin ella!»

Morgennes escupió un poco de agua y abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Todo va bien —dije—. Estás conmigo.

—¿Y ella?

—¿Quién es «ella»?

—¿«Ella»? ¿Eso he dicho?

—Sí.

—Ya no lo sé.

Cerró los ojos y cayó de nuevo en una especie de coma, pero esta vez estaba más próximo del sueño que de la letargia. ¿Cuánto tiempo durmió así? No sabría decirlo. ¿Un mes? ¿Seis meses? ¿Un año?

Yo fui el encargado de ocuparme de él.

Me lo habían traído, tendido sobre unas parihuelas, y Colomán había declarado:

—Ha tocado lo intocable y ha violado mi propiedad. Tiene grandes cualidades, no cabe duda. Pero hay algo femenino en él. Se diría que le cuesta obedecer las órdenes... Un buen soldado debe aprender a conocer los límites, y a no sobrepasarlos.

—Es tan curioso...

—Sí, una buena cualidad realmente. Pero es preciso que aprenda disciplina.

Desde ese instante, velé por Morgennes como se vela por un hermano, o mejor

dicho —sí, debo confesárselo—, por un hijo. Le pasaba una esponja de agua fría por la frente, para refrescarle, y le daba un poco de sopa —en las raras ocasiones en las que salía de su estado letárgico—. Solo había tragado un poco de té, y sin embargo, sus pulmones habían devuelto tanta agua como si se hubiera ahogado. ¿Sería de naturaleza mágica el mal que le afectaba?

Colomán me había dicho:

—El remedio que buscas está en estos libros. Encuéntralo. De otro modo, morirá.

Los libros a los que se refería eran los escritos en chino —para entonces me había enterado de que aquello era chino—. Pero yo no entendía una palabra, y evidentemente no había ningún chino en las cocinas. De manera que decidí armarme de paciencia y esperé, rezando por que Morgennes no muriera. ¿Qué había ingerido? ¿Qué era aquella sustancia? Más adelante sabría que se trataba de una bebida llamada «té de los dragones», elaborada a partir de setas de los pantanos. Morgennes debería haber muerto, porque aquellos que la beben, aunque solo sea un trago, sin haber realizado antes una larga preparación ingiriendo contravenenos, mueren en la hora siguiente sufriendo atrocemente. Pero él no murió.

Cuando Morgennes se despertó, le encontré cambiado. Había algo en su mirada que parecía diferente. Un brillo había cruzado por ella. Lo primero que me dijo al despertar fue:

—Vayámonos de aquí, ya estoy harto.

—Pero le entregaste tu vida.

—¡Vayámonos!

—No. Me niego. Es demasiado peligroso. Primero tienes que acabar tu entrenamiento.

Morgennes se encerró en el silencio, y yo le dejé en paz. Así pasaron varios días, sin que abriera la boca excepto para tragar algo y recuperar las fuerzas. Su primera sonrisa fue para Cocotte, que había recobrado su plumaje rojo y oro.

—¿Ha puesto huevos? —me preguntó Morgennes.

—No, sigue igual...

—Y tú, ¿cómo te sientes?

—Cansado.

Desde hacía tiempo tenía una especie de náuseas, pero no me atrevía a hablarle de ello.

—Bien —dijo levantándose de un salto—. Estoy de acuerdo contigo. ¡Solo nos iremos de aquí si triunfo en mi empeño!

—No —respondí yo—. ¡Nos iremos de aquí cuando triunfes!

Dicho y hecho: Morgennes se dirigió inmediatamente a las cocinas y pidió una bandeja y una taza a una anciana, la única mujer que trabajaba allí. Sin duda era la mujer a la que había aludido hacía tiempo Colomán.

—¡Y dadme también la tetera!

La intendente juntó las manos bajo el rostro y a continuación bajó la cabeza, mascullando algunas palabras en una lengua extranjera.

—¿Qué lengua es esa? —preguntó Morgennes.

—Es chino —respondió ella—. Quiere decir: «¡Con mucho gusto!».

—¿De modo que sois china?

—No.

—Pero ¿habláis chino?

—Sí.

—¿Podrías enseñar el chino a mi amigo?

—Sí.

—¡Gracias!

La anciana repitió su reverencia, y dijo una vez más en chino: «¡Con mucho gusto!».

Morgennes le devolvió el saludo y se alejó en dirección a la escalera. Antes de subir, se detuvo junto al maestro cocinero y le preguntó:

—¿Dónde hay que servir el té?

—En el jardín de invierno. Lo encontrarás fuera, frente al Bósforo.

Morgennes salió rápidamente y se echó a reír.

—¡Informarse siempre sobre la misión encomendada! ¡Partir bien equipado! ¡Y reactualizar las órdenes!

No tuvo ningún problema para encontrar el jardín de invierno, que efectivamente daba a las orillas del Bósforo. Allí Colomán tomaba el fresco tendido en una tumbona. Poniendo en práctica lo que había aprendido, a mantener el silencio y a moverse furtivamente —un buen sirviente siempre debe ser discreto—, Morgennes consiguió acercarse a menos de una pulgada del poderoso megaduque sin hacerse notar. Si hubiera querido, habría podido cortarle la yugular. O eso creía, porque en ese momento Colomán le dijo sin volverse:

—Has olvidado dos factores importantes.

—¿Cuáles? —preguntó Morgennes.

—El olor y el calor del té. Mi corazón ha palpitado diez veces desde que he oído el primero, y he sentido el segundo un poco más tarde. Pero, por lo demás, solo tengo una cosa que decirte: ¡Bravo! Has hecho un buen trabajo...

Morgennes vertió el contenido de la tetera en la taza y se la dio a Colomán, que mojó los labios en el té:

—¡Perfecto! Ahora, dime: ¿has aprendido mucho?

—Muchísimo —dijo Morgennes—. Pero sobre todo...

—¿Sí?

—¡Que si uno quiere estar bien servido, lo mejor es que haga las cosas él mismo!

—Excelente. Me alegro de que hayas salido airoso. Pero no me sorprende. En fin, ya estás maduro para ascender de rango. Te nombro intendente.

—¿Y en qué consiste eso?

—En una primera etapa, en recoger las posibles bandejas y tazas de té abandonadas en la planta baja, o en retirarlas de las manos de su legítimo propietario si este se ha dormido... ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Muy bien —dijo Morgennes, que comprendió entonces que si su taza y su bandeja habían desaparecido durante aquella noche, había sido simplemente porque un intendente se las había llevado sin despertarle.

—El sirviente a quien rompiste la nariz no tenía nada que ver con la desaparición de tus cosas —dijo Colomán.

—Seguro que debe de estar furioso conmigo. Me gustaría ir a presentarle mis excusas.

—Será difícil, porque ya no está aquí. Ha recorrido un largo camino desde tu llegada. Sobre todo desde tu largo sueño.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Temo que no estés, por el momento, autorizado a acercarte a él. Su majestad el emperador Manuel Comneno, basileo de los griegos, le ha tomado a su servicio.

—¿Y yo? ¿Le serviré algún día?

—Cuando estés preparado.

—Una última pregunta, si me lo permitís.

—Habla.

—¿Cómo se llama este sirviente? —Kunar Sell.

Morgennes salió trotando en dirección a las cocinas, mientras repetía ese nombre: «Kunar Sell». Una vez más, tenía el presentimiento de que sus destinos estaban entrelazados. ¿Se engañaba? Por alguna razón que no llegaba a explicarse, le parecía indispensable ir a presentar sus excusas a este hombre.

Pero las semanas pasaron sin que encontrara tiempo para hacerlo. Morgennes redoblabla sus esfuerzos y su sagacidad para cumplir del mejor modo cada uno de sus numerosos deberes. Una de sus tareas consistía en dirigir el servicio de los festines ofrecidos a los recién llegados, en el curso de los cuales se servían más de un centenar de platos. A decir verdad, Morgennes hacía algo más que dirigirlos; porque él mismo llevaba a la terraza donde se celebraba el banquete más de la mitad de todo lo que debía subirse: es decir, más de una cincuentena de platos, bandejas, calderos y marmitas.

Unos meses más tarde lo ascendieron finalmente al rango de cocinero aprendiz, y lo asignaron al departamento de Aliños, Condimentos y Aromas. Allí, bajo la férula de un maestro de especias —que no era otra que la anciana que hablaba chino y de la que habíamos sabido que se llamaba Shyam—, aprendió a dosificar las especias.

Pronto se convirtió en un experto en el arte de ajustar el gengibre, la canela, el azafrán, la nuez moscada, el macis, la mejorana y la cubeba. Aprendió que el azúcar no solo servía para curar a los enfermos, sino que también podía consumirse directamente o añadirse a la leche para endulzarla. Y con inmensa sorpresa descubrió que determinadas mezclas de especias podían matar o curar, paralizar, obligar a un individuo a hablar contra su voluntad, borrar la memoria, devolver el brío a aquellos que lo habían perdido, agotar, revigorizar; en definitiva, los efectos eran tan numerosos que aún había que elaborar la lista de todos ellos. (La que contenían los pergaminos que yo consultaba era muy incompleta, aunque incluía varios cientos de posibilidades.)

Pero si había una cosa que Morgennes soñaba con aprender era a hacer cocer la pimienta como su maestra de especias. Shyam la preparaba de un modo que no se parecía a ningún otro y sacaba de ella prácticamente todo lo que quería. En particular, muchas explosiones, con o sin nube de humo, y de una potencia más o menos importante según la cantidad y el tipo de pimienta empleado. Por desgracia, la anciana se negaba a compartir su arte con nadie.

—¡Ningún extranjero tiene derecho a saberlo! —declaraba imperturbable.

Además, Shyam nos enseñó a leer y a hablar en chino.

Gracias a ella, pude sumergirme en los libros de cocina de la gran biblioteca. Descubrí, con gran sorpresa, que muchas de estas obras no trataban de cocina, sino que contenían métodos destinados a aprender las lenguas extranjeras. Así aprendimos la «lengua del desierto», que hablan los beduinos, así como un antiguo dialecto procedente de los Cárpatos: la «antigua lengua de los vampiros».

Un día, mientras platicábamos en dialecto provenzal (uno de los numerosos dialectos en los que nos expresábamos a veces), Shyam nos preguntó:

—¿Podrías enseñarme esta lengua?

—Desde luego —respondí yo—. Pero me gustaría haceros una pregunta. Cuando Morgennes estaba moribundo y yo os pregunté si había algún chino en las cocinas, ¿por qué no me dijisteis nada?

—Vos habláis la lengua de oc. Y sin embargo, si yo os hubiera preguntado: «¿Hay algún tolosano aquí?», ¿me habrías respondido «sí»?

—No, claro.

—Pues bien, ya tenéis la respuesta. El hecho de que hable chino no me convierte en una china...

Y después de una pausa, añadió dirigiéndose a Morgennes:

—Igual que saber montar a caballo o utilizar una lanza no convierte a un hombre en un caballero.

Desconcertados, pero comprendiendo lo que quería decir, nos prometimos que prestaríamos más atención a sus palabras, y le enseñamos el provenzal —no sin

preguntarnos por qué querría aprenderlo.

Llegó un día en el que Morgennes pasó a convertirse en asador y en el que por fin le enseñaron a manejar la pica. Más tarde tuvo derecho a utilizar tenedores y cuchillos para cortar la carne; posteriormente aprendió el manejo de la espada a dos manos, de la espada bastarda, del estoque, la daga y el machete —que manejaba indiferentemente solos o con otra arma, con la mano derecha, con la izquierda, con un escudo, una adarga o una rodela—, y de los movimientos de la capa, cuando tenía una.

Después de convertirse en descuartizador, y luego en carnicero, Morgennes estudió la anatomía del ser humano; al principio, a partir de la de las vacas y los cerdos.

—Porque son nuestros vecinos más próximos —le dijo Colomán.

Así, aprendió a desangrar al enemigo, a causarle dolor, a dejarlo inconsciente, paralizarlo, lisiarlo, y para acabar, a enviarlo ad patres. Pero también se familiarizó con las numerosas técnicas que permitían ablandar la carne con ayuda de una maza, de un garrote, una matraca, un martillo, o simplemente de su puño. Luego le inculcaron el arte de ejecutar con sus armas toda clase de paradas, amagos y cabriolas, utilizando el mandoble y la estocada, golpeando por alto, por bajo y, claro está, por sorpresa.

Y llegó por fin el día tan esperado en el que Colomán anunció a Morgennes:

—Ahora que sabes perforar las mejores armaduras, doblar los escudos, hundir los yelmos, pasar tu lanza por el extremo de una anilla colgada de un hilo y cortar una flor con la punta de tu daga (y todo eso a galope tendido), ¡ya estás a punto para el servicio!

—¿A galope tendido? ¡Pero si nunca he montado a caballo!

—¡No te engañes! ¡Tú has hecho algo mejor! ¿Recuerdas a las numerosas esclavas con las que has pasado tantas noches?

—Desde luego —dijo Morgennes.

—Pues bien, las ha habido jóvenes y salvajes, altas, gordas y pesadas, negras, blancas y morenas, estaban las que forcejeaban, las que pateaban, las que se precipitaban y te acogían con la grupa en tensión... Por lo que sé, en materia de monturas, puede decirse que has montado un poco de todo; has cabalgado igualmente bien por detrás y de costado, por arriba y por abajo, cambiando de posición según te apetecía y conduciéndolas a tu capricho adonde querías llevarlas. A derecha, a izquierda, de frente, arriba, abajo, y todo eso sin silla, estribos ni riendas... Quien cabalga a las mujeres no tiene nada que temer de los caballos, porque no hay montura más exigente y difícil que ellas (excepto tal vez una joven yegua...). Porque dime, ¿no sabes pasar acaso en plena carrera de una a otra? ¿Bascular de su lomo a su vientre? Créeme, estás preparado, más que preparado.

Colomán juntó las manos y hundió su mirada en la de Morgennes.

—Ya eras maestro en el arte de disfrazarte y de hacerte pasar por otros. Ahora que sabes combatir, montar a caballo, en camello y en todo lo que se puede montar, que el lenguaje de los marineros, los obreros, los talladores de piedra y los ujieres no tiene ya secretos para ti, y que sabes abrir todo lo que normalmente está cerrado (hablo tanto de los cofres como de las conciencias), ha llegado el momento de someterte a la prueba...

Colomán descruzó las manos y sacó del interior de una de sus mangas un rollo de pergamino cerrado con un sello de oro.

—¿Qué es? —preguntó Morgennes.

—Lo abrirás fuera. Ni siquiera yo tengo derecho a conocer su contenido. Se trata de una crisóbula imperial: ¡tu primera misión!

Morgennes cogió la crisóbula que le tendía Colomán, le saludó y abandonó el palacio. Una vez fuera, le pareció que el cielo, la vida en el exterior, era completamente distinto a lo que le había sido dado contemplar durante los años pasados aprendiendo su oficio —si puede decirse que ser mercenario es un oficio.

—¡Cómo ha cambiado el mundo! —dijo Morgennes mirando hacia Constantinopla.

—¿El mundo? —dije—. No. Has sido tú quien ha cambiado.

Sin escucharme, rompió el sello imperial y leyó su orden de misión.

¿Dónde están los dioses?
 ¿Dónde está la palabra dada?
 ¿Los has olvidado ya?

CHRÉTIEN DE TROYES,
Filomena

—Pronto cumpliré treinta años —me dijo Morgennes una noche—. Y hasta el presente, ¿qué he hecho? Robar la joroba a jorobados para llevarla a los mercaderes de talismanes. Desenterrar los huesos de reyes muertos antes de la venida de Cristo para que no tengan ni un más allá ni una sepultura. Encontrar a doce vírgenes de doce años (como Atenea), con los cabellos de oro y los ojos garzos, para deslizarías entre las sábanas del emperador. Dar con el único viejo apergaminado, y tuerto por añadidura, que no tenía ni un solo cabello blanco en la cabeza. Desollar vivos a una quincena de grandes lobos, y soltarlos luego en un pueblo para hacer huir a sus habitantes. Encontrar una nidada de ansarones para que la nobleza de Bizancio pueda secarse con su plumón.

»¿Y todo eso con qué objetivo? Porque me he comprometido a servir a Colomán «durante toda mi vida». Yo, que soñaba con ser armado caballero, solo soy un vil asesino a sueldo. La mano de otro. Y aún, su mano izquierda... ¿Recuerdas aquellos extraños navíos desprovistos de velas que hicimos naufragar en las costas dálmatas? ¿Aquellas mujeres y aquellos niños que nos suplicaban que los sacáramos del agua, mientras nosotros concentrábamos nuestros esfuerzos en ese maldito cofre de ébano para transportarlo a tierra? ¿Cuántos ahogados por el contenido de un cofre del que no sabíamos nada? ¿Recuerdas el Tíber, que emponzoñamos para que infestara Roma y la peste se extendiera por la ciudad? ¿Cuántos muertos? ¿Y a esa joven y bella reina, cuya escolta aniquilamos cuando la devolvía a casa de sus padres? ¿Cuántas veces fue violada por los leprosos a los que la entregamos porque el emperador así lo quería? ¿Ya has olvidado el Libro del tiempo, esa obra fabulosa arrancada de los dedos ensangrentados de su propietario legítimo para que formara parte de la biblioteca imperial? ¿Y esa maldita partitura, que servía —según decían— para atraer a los dragones, robada a un músico que soñaba con tocarla y que había pasado toda su vida componiéndola? ¿No estás asqueado? ¿No tienes bastante ya? ¿No tienes ganas de gritar: "Dios, ¿cuándo dejarás de burlarte de nosotros?"?

»Sé que acabaré en el infierno, porque quise hacerme soldado, e incluso algo peor. Pero ¿y tú? ¿No vales tú más que eso? ¿No te preguntas: "Morgennes, ¿dónde estás? ¿Adónde nos has arrastrado?"?

»Pareces esperar un desenlace. Pero no habrá desenlace. La vida nunca lo tiene. Dime, pues, ¿dónde está la fe? ¿Dónde está nuestra humanidad? ¿Dónde están el amor, la verdad y la amistad? ¿Nuestras alegres francachelas, nuestros banquetes, nuestras veladas? ¿Y el temor de Dios?

»¿Se han esfumado?

»Chrétien, de verdad te digo que todo esto tiene un precio. Y tendremos que pagarlo.

»Ya no me reconozco. ¡Mírame! ¿Qué sé hacer ahora, aparte de descuartizar, golpear, morder, esquivar, aplastar, aniquilar y asesinar?

»¡Sé renegar! Es el único campo en el que sobresalgo.

»Ha llegado el momento de quitarme la máscara y de mostrar mi verdadero rostro.

»El de una serpiente.

»Pero no. Es demasiado tarde. Porque estoy maldito, igual que esa armadura bermeja. ¿Acaso no llevó a la muerte a su antiguo propietario? ¿Y su semental, Iblis, no descubrimos lo que su nombre significaba en árabe? ¡El Diablo! Lo tengo entre mis muslos, y sin embargo es él quien me cabalga. Creo que para nosotros ha llegado el momento de volver a Palestina y de ir a presentarnos ante Amaury de Jerusalén.

»¿Me armará caballero? ¿Me convertirá en el orgulloso y noble guerrero con el que sueño ser?

»No.

»Solo yo tengo este poder.

»Soy yo quien debe probar, no que puedo serlo, sino que lo soy ya.

»Pero si soy un nuevo Hércules, ¿dónde está mi Hydra de Lerna? Y si soy un segundo san Jorge, ¿dónde está mi dragón?

»Vamos, una última aventura aún, una última misión... La decimotercera. Aceptémosla. Sí, aceptemos ir a matar a ese misterioso Preste Juan, en su país de fronteras guardadas por dragones. ¿Quién sabe si después no me tendrán al fin por el mejor caballero del mundo? Pero antes vayamos a visitar a esas tres brujas a las que robé el único ojo, la única oreja y el único diente que compartían... Pidámosles consejo, aunque ya oigo a la primera murmurar:

»—¡Misericordia!

»A la segunda decir:

»—¡Al Paraíso!

»Y a la tercera bramar:

»—¡Paenitentia!

»Ven, Chrétien, ven. La aurora de dedos rosados nos expulsa hacia Oriente.
¡Escucha cantar a Homero! Ha llegado el momento de partir.

Capítulo IV

El último cazador de Dragones

A este lugar donde estamos, ninguna de las criaturas de Dios llegó jamás, a excepción de nosotros dos.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

—¿Dónde estamos?

—No lo sé —respondió Morgennes—. Se diría que en el Paraíso. Todo es blanco.

—¿De modo que hemos llegado?

—Tal vez.

Giré bruscamente sobre mí mismo, con el rostro pálido. Nos acercábamos al término de nuestra ascensión, pero en lugar de alegrarme por ello, me moría de ganas de poner pies en polvorosa y dejar que Morgennes se enfrentara solo a su destino. Después de todo, ¿no era él quien nos había arrastrado a esta búsqueda insensata? ¡Matar a un dragón, hacerle salir de su madriguera! ¡Era una locura! Tratando de ganar tiempo, suspiré.

—No puedo más. Hagamos un descanso, ¿de acuerdo?

Sin esperar respuesta, dejé caer la bolsa que llevaba a la espalda, que se aplastó contra el suelo con un ruido mate. Luego me desanudé el turbante e inspiré profundamente; pero el aire enrarecido de las alturas me ardió en los pulmones y aquello me agotó aún más. Morgennes, por su parte, estaba en plena forma. Observaba el paisaje, los flancos inmaculados de las dos altas paredes nevadas en cuyo fondo nos habíamos detenido y que nos dominaban con la avidez de dos titanes inclinados sobre su próximo bocado.

Para los antiguos, las montañas adoptaban con frecuencia la apariencia de gigantes, o a la inversa. Así sucedía, por ejemplo, entre los griegos, con el mítico Atlas, que, transformado en piedra, unía el cielo y la tierra. Unas monedas encontradas por Morgennes en un pote de barro oculto en la vivienda del anciano apergaminado llevaban grabadas en su cara la figura del monte Argeo. Se suponía que esta montaña de Capadocia representaba a Zeus. O a Apolo. ¿Era posible que el viejo al que Morgennes había tenido que secuestrar —y en el que la falta de cabellos blancos debía atribuirse a una ausencia total de pilosidad más que a un extremo vigor— fuera uno de estos dioses antiguos? ¿El propio Zeus o Apolo? ¿Qué destino correría ahora el anciano? ¿Estaría satisfecho por haber sido añadido a la colección de

curiosidades del emperador de los griegos, Manuel Comneno?

Me resultaba difícil creerlo.

Por otro lado, Morgennes me había hablado más de una vez de Gargano —que parecía ser, él también, una montaña hecha hombre—. Después de todo, aquello no tenía nada de imposible. Nada de increíble. Era solo uno de esos numerosos y extraños encuentros a los que el hombre se ve abocado, al menos una vez en su vida. ¿Y la Montaña de la Nieve, en cuya cima se levantaba el Krak de los Caballeros? ¿Era posible que un hombre (o una mujer) la representara también? Y en ese caso, ¿quién era él o ella? Morgennes se decía: «Seré yo. Yo seré esta montaña, este Krak».

Pero a la espera de poder encarnarla, tenía que acabar la ascensión de este pico, una tarea particularmente peligrosa.

De nuevo sentí náuseas, y me llevé la mano al pecho para tratar de calmarme. Si hubiera sido juicioso, nunca habría abandonado Saint-Pierre de Beauvais. Me habría quedado allí, bien calentito, copiando e iluminando las páginas de algunos viejos manuscritos. Pero mi destino estaba inextricablemente ligado al de Morgennes.

Por fortuna, en su compañía (y pronto haría quince años que estábamos juntos) me sentía seguro. O mejor dicho, para ser exactos, a la vez en peligro y seguro. De todos modos, esta vez me preguntaba si no habríamos ido demasiado lejos. Pero Morgennes parecía muy sereno, lo que no dejaba de sorprenderme.

—¿Cómo es que no estás cansado? —le pregunté.

—No lo sé.

—¿No te cuesta respirar?

—No.

¡Dios mío! Era como con ese espetón calentado al rojo en la posada de Arras. Morgennes debería haberse quemado la mano. Pero no había sido así. Y ahora debería estar fatigado, tener dificultades para recuperar el aliento. Pero tampoco era así. ¿Con qué tipo de hombre, o de demonio, había entablado amistad?

De repente, un dolor más violento que los precedentes me hizo doblarme en dos, con las manos sobre las rodillas. Los dientes me castañeteaban como bajo el efecto de la fiebre y mis miembros temblaban.

—¿Tienes miedo? —dijo Morgennes preocupado.

Levanté la cabeza, muy pálido, y mi mirada se cruzó con la suya. ¿Lo había adivinado?

—Es por el frío —hipé entre dos tragos de aire helado.

—Es normal tener miedo...

—Ah, si solo... —suspí encogiéndome sobre mí mismo—. Si solo fuera miedo... —dejé escapar en un susurro.

Quería decírselo, pero no tuve fuerzas para hacerlo. Gargano ya había hecho alusión, en el carro, a un comentario de Cocotte... Pero nadie había hecho más

preguntas. De todos modos, yo no me inquietaba por mí, sino por mi héroe. Morgennes. Poco me preocupaba morir. La muerte, justamente, nunca me había parecido tan próxima como en este instante. Pues si al salir de Constantinopla me sentía desasosegado, inquieto a nuestra llegada al pie del monte Agri Dagi, y atemorizado a lo largo de toda la ascensión, ahora que prácticamente habíamos alcanzado la cima, me sentía sencillamente...

No pude acabar ese pensamiento. Un chorro de bilis salió de mi boca, manchando la nieve de flemas amarillentas, y me arrancó esta confesión:

—Me siento avergonzado.

Me sequé la boca con el dorso de la mano, dejando en mi manga forrada un fino surco de humores malolientes, entre los cuales Morgennes distinguió manchas de un rojo inquietante.

—¿Estás enfermo?

También él depositó en el suelo el fardo que llevaba; es decir, una bolsa de viaje, una tienda pequeña para dos, un caldero, un lebrillo, un tamiz, un cucharón, dos copas, tres garrafas de vino, una cuchara y la jaula de hierro donde se encontraba Cocotte. Registró su petate y encontró una cantimplora que contenía agua, que utilizó para limpiarme el rostro, y luego un pañuelo de algodón, con el que lo secó.

—Estoy agotado, no puedo más —murmuré—. Tengo la impresión de que deliro...

Morgennes estaba preocupado:

—Estás blanco como la tiza...

Tenía razón. Justo antes de nuestra partida, había visto el reflejo de mi rostro en un plato de estaño. Aquí y allá había zonas de sombra tan profundas que parecían irreales; en ellas debía de haberse refugiado el curioso tono amarillo ceroso que teñía mi cara desde hacía un tiempo. Con su habitual ingenuidad, Morgennes había atribuido ese tono a la enorme cantidad de huevos que yo había ingerido en otra época.

—Dime que estoy soñando...

—Podemos continuar —me dijo simplemente Morgennes, colocando las manos sobre su cayado—, o volver atrás. Es muy fácil. Basta con seguir por ahí.

Con el extremo forrado de hierro de su bastón señaló hacia atrás, a la ladera sembrada de arbustos retorcidos y negros, calcinados por el frío, que habíamos tardado varios días en subir. Ahora se hundía, escarpada y abrupta, hacia el vacío —el vacío de un gran estómago, impaciente por llenarse con nuestros dos cuerpos.

—No sé si seré capaz de rehacer este trayecto...

—Yo os acompañaré, como siempre, a Cocotte y a ti.

Mientras hablaba, Morgennes me pasó un brazo en torno a los hombros y me apretó contra su pecho para infundirme calor y confianza. A nuestros pies, Cocotte

dejó escapar una serenata de cacareos interrogativos.

¿Volver a bajar, o continuar? En esta situación veía un perfecto resumen de lo que siempre había predicado: «Subir es difícil, y bajar, fácil. Pero si la muerte está en los dos extremos, la gloria solo brota en las cimas, mientras que en las llanuras florecen el deshonor y la infamia».

Me sentía como un pajarillo caído del nido al que un niño recoge en el hueco de sus manos. Pero ¿para qué la gloria, si es para acabar estrangulado? Nunca había llegado tan alto ni tan lejos como aquí, en el monte Agri Dagi, al que los cristianos llaman Ararat y del que la leyenda dice que es el techo del mundo, el que comunica con el Paraíso.

¿Cómo yo, Chrétien de Troyes, un modesto escritor, bien dotado, ciertamente, pero que no había dado prueba aún de sus aptitudes, me atrevía a aventurarme de ese modo en el territorio de los dioses y a acercarme a su panteón? ¡Acabaría despanzurrado, de eso no cabía duda! Reprimiendo un escalofrío, murmuré a toda velocidad la versión resumida de un padrenuestro, efectué unos rápidos signos de la cruz y luego exclamé:

—¡Además, ni siquiera vamos armados! ¿Y tu dragón? ¿Con qué piensas vencerle? ¿Con los dientes? No veo por ningún lado a un Amaury dispuesto a prestarte su lanza.

Morgennes no respondió.

—Claro, ya lo sé. ¡Piensas derrotarle con tus puños!

¡Oh sí! ¡En mi delirio, lo comprendí! Morgennes tenía intención de noquear a su presa y llevarla a Jerusalén arrastrándola de la cola, como un Hércules de estos tiempos. Así todos se verían obligados a reconocer qué formidable héroe era, y se arrepentirían de haberle juzgado tan mal a su llegada a Tierra Santa y en el Krak de los Caballeros, cuando se habían reído de él.

Morgennes no me quitaba los ojos de encima, y yo tenía la confusa sensación de que, aunque no lo sintiera, comprendía mi miedo —un miedo casi palpable, que parecía surgir de todo mi ser, manar a chorros por mi mirada—. Igual que comprendía el miedo de la mayoría de los seres con los que se había cruzado; el miedo que hacía de un hombre su montura y lo arrastraba donde quería. El miedo que se había jurado domar y que, en el peor de los casos, confiaba en convertir en un aliado, en una amante.

—Escucha —dijo—, nos preocuparemos por estos detalles cuando llegue el momento. Estábamos convencidos de que esta región estaba infestada de dragones. Sin embargo, ni tú ni yo hemos visto siquiera la cola de uno. De modo que tratemos primero de rastrear a nuestra presa, y luego nos ocuparemos de cómo matarla. Además, ¿quién sabe? ¡Podría ser que fueras tú quien me ayudara a vencer!

—¡Eso es! ¡Golpeándolo con uno de mis libros! ¡Ya me habían dicho que eran

pesados e irritantes, pero nunca hasta ese punto! ¡Oh, Dios, dime por qué he venido aquí!

—El amor por la literatura —me dijo Morgennes con aire burlón.

Lo peor era que tenía razón. Yo había empezado, hacía algunos años, un relato corto en el que narraba las proezas de mi amigo. Luego lo había abandonado para escribir otra historia, inspirada en Filomena y Ovidio. De hecho, si hoy estaba aquí, era por fidelidad y por curiosidad. Por ganas de ver. Y por sentido del deber —tenía una deuda con Morgennes, y si quería matar a un dragón, yo, Chrétien de Troyes, tenía el deber de ayudarlo, incluso si no había ningún dragón.

—¡Esto es una locura!

—Tal vez —dijo Morgennes—. ¡Pero tal vez no!

Me liberé de su abrazo. La determinación, la generosidad de mi amigo, no habían disminuido ni una pulgada. Inclinéme hacia el suelo, cogí nieve con mis manos y la apreté para formar una bola. Luego lancé la bola de nieve tan lejos como pude hacia el cielo, como en otro tiempo, en Arras, había lanzado mis huevos hacia el firmamento.

—¡Pues bien —exclamé—, vayamos a matar dragones! ¡Y si son ellos los que nos matan, qué importa, que revienten de una indigestión!

La bola de nieve se elevó en el aire, muy arriba, tan arriba que desapareció —hasta que se iluminó una estrella, la primera de la noche—. Me sentí de nuevo sereno. Seguía teniendo el mismo dolor en las sienes —a causa de la altura—, pero ya no tenía tanto miedo. Los dioses estaban de nuestro lado, estaba convencido de ello.

Y además, por encima de todo, estaba Morgennes.

Tras volver a enrollar en torno a sus manos las tiras de tela que le permitían protegerlas del frío, Morgennes se ajustó de nuevo a la espalda las correas de la jaula de Cocotte, su pequeña tienda y su bolsa, y luego se acercó a mí. Tras agacharse a mis pies, me sujetó bruscamente por las piernas, me levantó por encima de su cabeza, me colocó sobre sus hombros, apretó mis muslos contra su pecho y se incorporó en toda su altura.

Instalado sobre este extraño pedestal, vacilé un instante pero luego recuperé el equilibrio. Morgennes tenía la fuerza de un semidiós. En varias ocasiones, esta fuerza sobrehumana le había permitido realizar hazañas que yo me había jurado narrar en breve, en uno de mis relatos o —mejor aún— en uno de esos misterios religiosos que siempre me había gustado componer para edificación de las multitudes.

—Y bien, señor, ¿qué os parece vuestro nuevo corcel? —preguntó Morgennes.

—¡Maravilloso! ¡Me entran ganas de espolearlo!

—No te lo aconsejo, amigo mío —dijo Morgennes riendo—. Si no quieres que de una coz te plante aquí en el suelo, tan bien y tan profundo que solo tus dos pies te sirvan de epitafio.

Y dicho esto, hundió su bastón en la nieve y continuó su camino.

Morgennes seguía avanzando con una determinación inexorable. Su fuerza era tan prodigiosa y su moral tan inquebrantable, que me dije que después de todo tal vez no le sería imposible acabar con el dragón utilizando sus puños como única arma.

Pero apenas habíamos recorrido media legua cuando un ruido hizo que nos detuviéramos. Parecía un batir de alas. O mejor dicho, el batir de un millar de alas, como si un ejército de pájaros viniera hacia nosotros.

Agucé el oído y me incorporé lo mejor que pude sobre los hombros de Morgennes para ver qué era lo que se acercaba. Pero por más que mirara, solo veía nieve, nieve, nieve, y luego un mar de nubes de superficie lechosa, agitado por remolinos, donde el cielo parecía vaciarse.

¡Sí, la carta les había engañado bien!

CHRÉTIEN DE TROYES,
Lanzarote o El Caballero de la Carreta

Sentado sobre un trono de oro adornado de diamantes, el emperador de los griegos, el basileo de Constantinopla Manuel Comneno I, tenía la mirada perdida, concentrado en sus pensamientos. Con una mano bajo el mentón y tamborileando nerviosamente con la otra sobre el reposabrazos de su trono, no podía evitar dar vueltas y más vueltas en su cabeza a la decisión que había tomado y que anunciaría al acabar la mañana al embajador del reino de Jerusalén, un canónigo llamado Guillermo.

Este último estaba tendido sobre el suelo enlosado de mármol del Chrysotriclinos, la sala del trono imperial. Guillermo, que nunca perdía la paciencia, negociaba desde hacía dos años, y desde hacía dos años esperaba que el emperador se dignara responder a su demanda. Manuel Comneno, igual que sus predecesores, tenía fama de hacer esperar infinitamente a los que querían solicitarle un favor. Se decía que algunos visitantes habían permanecido tanto tiempo en la sala del trono que se habían quedado dormidos y habían pasado la noche bajo la vigilancia de la guardia imperial: unos fornidos escandinavos tocados con cascos de oro, que sostenían entre sus manos una gran hacha de doble filo.

Sin embargo, Guillermo sentía que la actitud del basileo había cambiado. No solo lo sentía, sino que además lo oía. Sí, sin lugar a dudas el tamborileo de los dedos de Manuel sobre su trono recordaba a una marcha militar, sinónimo de guerra. ¡Habían ganado la partida! El emperador de los griegos iba a ayudar a sus hermanos de Tierra Santa a conquistar Egipto, y él, Guillermo, podría volver por fin a su querida ciudad de Tiro, donde le esperaba el cargo de archidiácono.

¡Había triunfado!

Desde luego, había tenido que recurrir a la astucia, y tal vez tuviera algo que ver en su éxito esa misiva conocida como «la carta del Preste Juan», que había empezado a circular hacía dos años entre los muros de Constantinopla e incluso más lejos, más allá de las fronteras del Imperio.

Esta carta, dirigida a «*Emanueli Romeon gubernatori*», es decir, a Manuel Comneno, estaba firmada por un misterioso «*Presbyter Johannes*», que pretendía

reinar sobre un poderosísimo imperio cristiano situado en *India Maior, Minor y Media* y proponía a sus hermanos cristianos que fueran a ayudarle a desembarazarse de los enemigos de la tumba de Cristo (es decir, de los sarracenos). Seguía una descripción realmente increíble de su imperio, que cualquier persona sensata habría reconocido inmediatamente como una fabulación.

Pero las cosas están hechas de tal modo que, como diría Amaury: «¡Cuanto más descabellado, mejor funciona!».

La falsedad era tan grosera que parecía más verdadera que la realidad.

No pudiendo imaginar que semejante galimatías se hubiera escrito con el objetivo de engañarles, muchos bizantinos habían creído a pies juntillas los asertos que contenía la carta. Los unicornios, dragones, gigantes, cíclopes, grifos, amazonas — todas esas criaturas fantásticas que formaban parte habitual de la fauna del imperio del Preste Juan— volvieron a ponerse de moda. Del pueblo bajo a la alta nobleza, todos tenían ganas de creer en ello. ¡Era tan divertido! Además, ¿quién probaría que no tenían razón? Todo eso pasaba en un país tan lejano que bien podía tratarse del Paraíso. ¿No decía la carta: «De nuestra tierra mana leche y miel»? Todos soñaban en las mesas de oro, amatista o esmeralda, en las columnas de marfil y los lechos de zafiro que componían el mobiliario de los numerosos palacios del Preste Juan; todos se decían que ese reino era tan opulento que sería extraño que no pudieran disfrutar de sus riquezas algún día, aunque solo fuera un poco. Por el momento, a la espera de su felicidad futura, se contentaban con un adelanto, bajo la forma de un sueño o una vaga esperanza para los más pobres, y de un tapiz, una moldura o un mosaico para los más acaudalados.

Guillermo sonreía, pero al mismo tiempo no podía evitar sentirse triste. Estaba triste porque el pueblo era fácil de embaucar. Porque bastaba con hablar de forma atractiva y brillante para ser creído. Por desgracia, las verdades no siempre eran agradables de oír. Pero ¿quién se preocupaba por eso?

La verdad es enojosa. Todo lo que interesa a la gente es la leche y la miel. Aunque, después de todo, ¿por qué no?

Naturalmente, la descripción de un lugar como ese no habría bastado para modificar la política de un emperador de la talla de Manuel Comneno, si no hubiera habido, aquí y allá, algunas pequeñas puyas inteligentemente dirigidas contra él para hacer que se saliera de sus casillas.

Así, la autenticidad de la fe del basileo (que pretendía ser «el pío elegido de Dios») era puesta en duda por un rey más poderoso que él («sin igual en la tierra», estaba escrito), que se contentaba con el simple título de «padre»: «Queremos y deseamos saber si, como Nos, estáis imbuido de la fe verdadera y si creéis fervientemente en Nuestro Señor Jesucristo».

Luego, con un hábil cambio de perspectiva, decía que si el emperador podía pasar

a ojos de sus «sencillos griegos» por un dios, el Preste Juan sabía, por su parte, que estaba muy lejos de serlo. Manuel Comneno, «mortal y sometido a la corrupción humana», no era más que un hombre como los demás, susceptible de ser criticado.

O destituido.

Porque Manuel debía su cargo de emperador, no a su naturaleza (que nada tenía de excepcional), ni tampoco a Dios, sino más bien al azar y a las circunstancias. Emperador hoy, en Constantinopla. Pero ¿y mañana? ¿Y en otro lugar?

¿No hablaba el Preste Juan de reclutarlo como «mayordomo»?

Cuando las primeras copias de esta carta habían llegado al palacio del emperador, Manuel se había contentado con encogerse de hombros con una sonrisa desdeñosa.

«Mi prestigio es tan grande —se había dicho— y sus aserciones son tan extravagantes, que nadie le prestará atención. O mejor aún, se reirán...»

Pero el emperador no sabía que sus consejeros habían esperado varias semanas antes de atreverse a hablarle de la carta, porque, para ellos, el asunto era grave. Tan grave que temían despertar su cólera, y nadie quería ser el «portador de las malas noticias».

Cuando por fin se decidieron a informarle de la misiva, no comprendieron por qué Manuel no captaba enseguida su importancia.

Para ellos, estas cartas eran los zapadores de un ejército, que, con un trabajo subterráneo, ponían en peligro las más altas murallas y podían hacer que se derrumbaran. El emperador, en cambio, solo había visto en ellas tonterías y elucubraciones para distraer a las multitudes; palabras tan locas que nadie, nunca, les concedería crédito.

Y sin embargo...

Poco a poco empezaron a murmurar a sus espaldas. Y del murmullo se pasó a la risa, disimulada, por el momento.

Pero Manuel sentía que se aproximaba el instante en el que hablarían en su presencia sin preocuparse de ser vistos o no, el momento en el que reirían a carcajadas, y en el que, «por el bien del Imperio», sus generales le rogarían que les cediera el trono. Decidió reaccionar. Cegado por la cólera, empezó por ordenar que quemaran todas las copias de la carta. Se encontraron algunas decenas, que fueron a alimentar los hornos de las termas imperiales. La semana siguiente se recogieron dos veces más. El mes siguiente habían vuelto a multiplicarse, y con ellas llegaron los estallidos de risa.

Como las cabezas de la hidra, las copias de «la carta del Preste Juan» no se dejaban aniquilar. Al contrario, cuantas más quemaba Manuel, más se multiplicaban. Comprendió entonces que debía cambiar de táctica.

Como era un emperador inteligente, dotado de un profundo conocimiento de la naturaleza humana y de un agudo sentido de la política, una vez se hubo calmado su

cólera, valoró por fin en su justa medida a su enemigo. El adversario al que debía vencer no era un ejército, contra el que pudiera enviar a sus mercenarios, sino un mito. Una leyenda. Era sobre todo, como el Paraíso, la esperanza de una vida mejor. Un adversario contra el cual era peligroso triunfar...

El único modo de vencerle era atacarlo con sus propias armas, y crear, por tanto, otras ficciones que contrarrestaran las suyas. Combatir el rumor con el rumor, las palabras con las palabras, las ideas con las ideas, de manera que ya no pudiera distinguirse lo verdadero de lo falso. Abundar en el sentido de esta carta y ahogarla bajo una montaña de nuevas cartas, a cual más loca, para contribuir a dar cuerpo al pretendido imperio del Preste Juan.

Y de este modo, hacerle entrar en la leyenda.

Porque, después de todo, ese imperio no le molestaba para nada. Lo que le molestaba eran los ataques formulados contra él; era el aura de su enemigo.

Menos de un año después de la primera aparición de esta carta, salieron a la luz, como por azar, otras versiones. Pero en ellas ya no se hablaba de Manuel Comneno. Estas cartas «de nuevo estilo» iban dirigidas a Federico Barbarroja, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, o también al papa Alejandro III. De este modo, la atención empezó a desviarse del basileo (que ya solo era un poderoso entre tantos otros), para centrarse en el fabuloso imperio del Preste Juan —que algunos soñaban con ir a explorar.

Y así fue como Manuel Comneno conservó su trono y el pueblo, sus sueños.

Pero esa mañana había llegado otra carta. Y esta había decidido a Manuel a partir a la guerra. El emperador levantó el dedo meñique y su secretario ordenó a Guillermo:

—¡Levantaos!

Guillermo se incorporó apoyándose en su bastón, pero mantuvo, humildemente, la cabeza baja.

—Su majestad, el emperador Manuel Comneno, basileo de los griegos, ha tomado su decisión —prosiguió el secretario.

—Majestad... —dijo Guillermo, mirando a los pies del emperador.

—Silencio —prosiguió el secretario, imperturbable—. Su majestad ha decidido acudir en vuestra ayuda.

—No sé cómo...

—Silencio. Su majestad ha dado orden a sus astilleros para que se consagren sin tardanza a la construcción de la mayor flota de guerra que el mar haya contemplado nunca. Estará lista dentro de un año. En ese momento su majestad la enviará a Egipto, bajo el alto mando del megaduque Colomán, para que apoye a las tropas del rey Amaury de Jerusalén...

El emperador inclinó la cabeza, parpadeó, y su secretario concluyó:

—Ahora podéis hablar y dar las gracias a su majestad.

—Sire, su majestad es demasiado bondadosa. Mi agradecimiento no será nada en comparación con el que el rey Amaury os hará llegar cuando conozca esta fabulosa noticia. Pero permitidme que os comunique, en nombre de Tierra Santa y de la Vera Cruz, nuestra profunda gratitud. ¿Puedo saber qué ha motivado que su majestad entrara en guerra a nuestro lado?

El emperador dudó un instante; luego chasqueó los dedos y tendió la mano abierta en dirección a un pequeño paje que estaba arrodillado en un rincón del Chrysotriclinos. Al oír que el emperador le llamaba, el paje se incorporó y corrió a depositar en la mano del emperador un fino rollo de pergamino.

—Esta mañana, su majestad ha recibido esto —dijo el secretario.

Manuel mostró el pergamino a Guillermo.

—Se trata de una carta enviada por un tal Preste Juan —prosiguió el secretario imperial.

—Estoy al corriente —dijo Guillermo, turbado.

—Imposible —dijo el emperador, prescindiendo esta vez de la intermediación de su secretario, lo que hizo que todo el mundo se estremeciera en la sala—. Esta carta solo ha sido leída por mí, y trata una cuestión que creía confidencial...

—¿Qué dice?

—Es una carta de agradecimiento, firmada por el Preste Juan. Tomad, leedla.

Guillermo desenrolló la carta que le tendía Manuel Comneno y leyó lo siguiente: «Majestad, mi muy caro emperador y amigo, nos han hecho saber que sentís un gran afecto por Nuestra Excelencia y que en vuestra casa a menudo se hace mención de Nuestra Alteza. Posteriormente hemos sido informados, a través de nuestro embajador, de que queríais enviarnos algunas entretenidas y divertidas bagatelas, con las que nuestra justicia estará encantada. Queremos agradecerémoslo. Sabed que se les concederá la mejor de las acogidas».

—No comprendo —dijo Guillermo—. ¿De qué bagatelas se trata?

—No creemos en la existencia del Preste Juan —dijo Manuel Comneno—. Pero sí sabemos que alguien ha redactado esta carta para dañarnos y desestabilizar nuestro trono. Las bagatelas de que aquí se habla hacen referencia a dos agentes, uno de ellos un mercenario, encargados de encontrar y matar a su autor. Aparentemente han sido desenmascarados.

—Pero ¿por quién? —exclamó Guillermo.

—Ésa es la cuestión.

Sí, y doblemente, se dijo Guillermo. Porque él no tenía nada que ver con esta última carta.

¡A ti corresponde ahora decirme qué hombre eres
y qué es lo que buscas!

CHRÉTIEN DE TROYES,
Ivain o El Caballero del León

Morgennes recordó la promesa que había hecho al conde de Flandes cinco años atrás: ir al Paraíso para buscar a su mujer. Pues bien, si estaba llegando al Paraíso — como podía suponerse, ya que realmente esta montaña era tan alta que era imposible que no comunicara con el Cielo—, los ruidos que oíamos tenían que ser sencillamente el batir de alas de los ángeles.

—Querido conde —murmuró Morgennes—, os prometo por mi honor y por mi alma que haré todo lo que esté en mi mano para devolveros a Sibila y llevarla junto a vos. Estéis donde estéis...

—Morgennes —le dije—, deliras. ¡Este no es el acceso al Paraíso! Vamos, reflexiona. Sabes que el Paraíso es comparable al jardín del Edén, y que este está regado por cuatro ríos, uno de los cuales es el Nilo. Ahora bien, por lo que sé, el Nilo no fluye por esta región. El único río cuyas orillas recorrimos era el Aras, que dejamos más abajo hace dos días.

—Confundes el jardín del Edén, o dicho de otro modo, el paraíso terrestre, con el paraíso celeste, llamado también «el seno de Abraham». Y como precisaron tantas veces los Padres de la Iglesia, este es comparable al tercer cielo. O si lo prefieres, al cielo empíreo, más allá del firmamento.

—Humm... —dije, demasiado fatigado para iniciar una polémica—. Sea como sea, ¿crees que ahí contemplaremos a Dios cara a cara?

—¡Eso espero! ¡Tengo algunas preguntas que hacerle!

—Pues bien, en ese caso procura no olvidarte de Cocotte y de mí. Nosotros no tenemos ni tu valor ni tu fuerza. Por otra parte, temo que, frente a Dios, no tengas la talla suficiente para imponerte. En fin, ¡ya veremos!

Como dignos sucesores de un largo linaje de exploradores, unimos nuestros pasos a los de nuestros predecesores. Curiosos, letrados, militares, conquistadores, caminantes extraviados, geógrafos, fugitivos: centenares de viajeros habían partido antes que nosotros en busca del Paraíso, y millares partirían también después. Numerosos documentos, cartas, portulanos, testimonios, que nosotros habíamos

encontrado (robado) por cuenta de Manuel Comneno, trataban justamente de esta cuestión: el Paraíso.

¿Dónde se encontraba? ¿Podía accederse a él desde la tierra o era preciso morir para tener la oportunidad de llegar a él? De Cosmas el Indicopleustes a Isidoro de Sevilla, pasando por Pierre Lombard, numerosos sabios habían tratado de señalar el modo de acceder a él. Bernardo de Claraval, por su parte, había explicado claramente que era muy simple: era suficiente vestir el hábito religioso, ya que «el claustro es realmente un paraíso».

En realidad, la única cosa en la que pensaba Morgennes, su obsesión, eran los dragones. Ellos constituían la clave de su pequeño paraíso personal: la caballería.

Y en este instante, aparte de la promesa que había hecho a Thierry de Alsacia y de su deseo de volver a ver a sus padres, una sola cuestión ocupaba su mente: «¿Había o no dragones en la entrada del Paraíso?».

Tal vez no.

Pero ¿y en la entrada del imperio del Preste Juan? Indudablemente sí. La carta que nos había mostrado Manuel Comneno no podía ser más elocuente al respecto: ¡en ese lugar los dragones pululaban como moscas sobre una bosta de vaca!

Además, dado que seguíamos los pasos de Alejandro, ¿por qué no íbamos a encontrar a los dragones que ese gran conquistador había visto, y con los que incluso había combatido, tal como mencionaba en una carta enviada a su maestro Aristóteles?

Poco antes de nuestra partida de Constantinopla, Morgennes había decidido ir a visitar a las tres brujas a las que había robado, por orden de Manuel Comneno, el único ojo, la única oreja y el único diente que les servían para ver, oír y hablar. Sin ellos, las brujas estaban sordas, mudas y ciegas; o lo que era lo mismo, impotentes.

Pero esas brujas tenían, según se decía, un poder: el de ver en el tiempo y penetrar la niebla en la que estaban sumergidas nuestras pobres vidas humanas. Morgennes deseaba plantearles una pregunta: «¿Dónde podré encontrar lo que busco?».

A cambio, claro está, las viejas le pedirían que les devolviera sus bienes. De manera que, unas noches antes, Morgennes había penetrado en el palacio de Blanquernas, al noroeste de Constantinopla, donde Manuel Comneno tenía su residencia y sus magníficas colecciones de objetos raros y de reliquias.

Como una sombra, había conseguido deslizarse sin ser visto por los pasillos y los corredores, había conseguido evitar a los guardias, desactivado los numerosos cepos, trampillas y lazos colocados en su recorrido, y finalmente se había introducido en la sala de los cofres, donde se guardaban los tres preciosos objetos. Tras robar por segunda vez lo que ya había robado en una primera ocasión, había ido luego a devolver estos bienes a sus legítimas propietarias.

Apenas habíamos entrado en su maldita cabaña, las tres viejas se habían puesto a lanzar bufidos y a golpear el suelo con las manos. Cuando una de ellas posó sus

largos dedos ganchudos sobre el pie de Morgennes, y subió por el muslo hasta sujetarle la entrepierna, Morgennes le devolvió su ojo. Al momento, las viejas retrocedieron precipitadamente, en un movimiento simultáneo, aterrorizadas. Una de ellas dejó escapar una especie de estertor, que resumía sus pensamientos: «¡Otra vez tú!».

Tras dar su oreja a la segunda bruja, Morgennes le dijo —después de que volviera a colocarla en su lugar:

—¡He venido en son de paz! ¡Solo quiero hablaros!

Nuevos estertores, que no prometían nada bueno.

—También he traído esto. —Les mostró su diente, un raigón negro y medio podrido—. ¿Lo queréis?

Estertores y más estertores.

Una de las viejas le tendió la mano, en un gesto implorante. Morgennes la miró, y luego contempló la miserable choza donde moraban. ¿Por qué no vivían en un palacio? El emperador debería tenerlas a su lado en todo momento, y en cambio, había pedido a Morgennes que les robara sus posesiones más preciadas. ¿Qué beneficio obtenía con ello? Si lo había hecho para que no pudieran seguir ejerciendo sus habilidades como adivinas, ¿por qué no matarlas? Y si verdaderamente leían el futuro, ¿por qué se habían dejado robar?

Este cúmulo de interrogantes rodeaba de un aura de misterio a estas tres viejas, tan decrepitas que parecían haber nacido en la época de Alejandro Magno. En todo caso, muchos aseguraban, en las colas de las panaderías y las carnicerías de Constantinopla, que habían conocido al viejo emperador Constantino, y que a este último debían su extraña vivienda. «De hecho —afirmaba la gente—, puede decirse que forman parte de la ciudad hasta el punto de que su desaparición significaría con certeza el fin de Constantinopla.»

—Os devuelvo vuestro diente a cambio de una información...

Las brujas silbaron, gruñeron, mascullaron algo ininteligible.

—¿Estáis de acuerdo? Nuevos cuchicheos.

—Lo tomaré por un «sí» —dijo Morgennes.

Y les devolvió su diente.

Después de recuperar una su ojo, otra su diente y la tercera su oreja, las tres brujas se acercaron a Morgennes siseando:

—¡Tú! —cloqueó la vieja del diente—. ¡Tuuuuú! —repitió, apuntando con el dedo a Morgennes.

—¡Que los patriarcas nos ayuden! —dije yo persignándome.

—¡Liberado! —cloqueó una vez más la vieja—. ¡Liberrrado de todo! De lo materrrial y del orrrrgullo...

Las viejas se envolvieron en una manta mugrienta; a continuación, la primera

echó la cabeza hacia atrás, mostrando el blanco de los ojos, mientras la segunda se golpeaba la frente contra el suelo. La tercera emitió una especie de silbido extremadamente agudo, que nos obligó a taparnos los oídos; pero, al cabo de un momento, de su boca salió una lengua parecida a la de una serpiente, y con ella esta frase, pronunciada con voz sibilante:

—¿Qué tipo de hombre eres tú?

—Un hombre como los demás —dijo Morgennes—. En busca de aventuras...

—No, no eres un hombre...

—Pues ¿qué soy entonces? —preguntó Morgennes.

—¡Camina! —dijo la vieja—. ¡Camina sssiete y sssetenta y sssiete días, en dirección a la cuna del sssol... ¡Entonces sabrás!

Y así, Morgennes y yo nos pusimos en camino después de habernos equipado con material de escalada. Cuerdas, pitones, martillos, pieles de oso, cascos, palas, picos para el hielo... e incluso crampones. Con nuestro equipo metálico envuelto en trapos untados en aceite para protegerlo del frío, partimos en la dirección indicada por las tres brujas, que, cosa extraña, coincidía totalmente con la de la decimotercera misión de Morgennes; es decir, hacia Oriente y las Indias.

En dirección al imperio del Preste Juan.

Sin embargo, yo no dejaba de pensar que si alguien hubiera querido desembarazarse de nosotros y hacernos una mala jugada, no habría actuado de otro modo. Pero ¿quién iba a hacer algo así? ¿Quién podía estar interesado en ello?

Nadie.

Y Manuel Comneno esperaba realmente que le llevaran, en bandeja de plata, la cabeza del Preste Juan (si existía), o la del que había redactado aquellas cartas.

De manera que, con la cuerda enrollada de través en torno al cuerpo, un pico en la mano, y los pitones y los ganchos balanceándose y tintineando sujetos a la cintura, avanzamos trepando sin descanso, aunque cada vez más lentamente a medida que el terreno ascendía y las montañas —majestuosamente envueltas en nubes y nieves, soberanas imperturbables junto a las que Morgennes y yo no éramos más que dos sombras minúsculas— se acercaban a nosotros.

Al cabo de setenta y dos días de marcha, alcanzamos por fin los contrafuertes del monte Agri Dagi, donde nos concedimos un breve descanso en el monasterio de San Jacobo. Allí nos regalamos con jabalíes asados y truchas asalmonadas pescadas en el Aras, mientras bebíamos vino de la viña más antigua del mundo.

—La que plantó Noé, no lejos de su arca —nos explicó uno de los monjes—. Para dar las gracias a Dios por haber puesto fin al diluvio.

—Esa de la que bebió vino hasta la ebriedad —añadió Morgennes.

Al ver que el monje le miraba mal, le di un codazo y dije:

—¡Noé, el salvador de la humanidad! Le debes respeto, ¿sabes?

Morgennes me hablaba a menudo de los dibujos que había visto en el palacio de Colomán, y me decía que los paisajes que atravesábamos se parecían a los que estaban representados allí. Estaba convencido de que los bizantinos nos habían precedido en este lugar y se preguntaba si la Compañía del Dragón Blanco no habría pasado por aquí también. Cuando le pregunté la razón, me contó:

—Gargano, el hecho de que los astilleros de Constantinopla hayan sido cerrados al público, que no hayamos encontrado ni rastro de la Compañía del Dragón Blanco en Constantinopla y los esquemas que vi en el faro... Todo ello me induce a pensar que algo importante se trama en torno a Constantinopla, la Compañía del Dragón Blanco y tal vez también los dragones...

¡Los dragones!

Caminábamos en dirección al ruido de alas y yo seguía irguiéndome sobre sus hombros para ver qué distinguía. Pero solo veía un formidable mar de bruma, que se elevaba hacia un pico de una altitud vertiginosa. A veces pensaba en nuestra vestimenta, y me preguntaba si aquel era un atuendo adecuado para presentarse ante san Pedro.

Pero no tuve que preocuparme por san Pedro, porque lo que descubrimos entonces nos dejó sin aliento —a mí el primero.

—¡Morgennes! —exclamé—. ¡Es increíble!

—¿Qué ves?

—Hay un hueco en la cima de la montaña, ¡un hueco en forma de casco de barco! ¡Como si alguien hubiera bajado el Arca de Noé de su atalaya en lo alto del monte Ararat!

—¡Majaderías! ¡Eso es imposible!

—¡Sigue adelante, vamos!

Apresurando el paso, Morgennes nos condujo al borde del mar de bruma de donde surgían los ruidos de ángeles ó de pájaros. Imaginaos una superficie inmensa, lechosa, yesosa, agitada por remolinos, y un fragor de alas que llegaba por debajo, aumentando de intensidad... Cuando el ruido se hizo tan ensordecedor como el de mil olas rompiendo contra una roca, Morgennes me gritó:

—¡Prepárate! ¡Cuando los ángeles lleguen, saltaré al vacío para sujetarme a uno de ellos! ¡No le quedará más remedio que llevarnos al Cielo!

—¡Morgennes! ¡No! ¡No hagas estupideces!

Para dar aún más fuerza a su resolución, Morgennes, que se había desembarazado de su armadura bermeja en la tienda de un prestamista de Constantinopla, pasó la mano bajo su cota de cuero de ciervo, luego bajo su camisa de tela de cáñamo, y apretó la cruz que le había dado su padre. Sus labios formaron un padrenuestro silencioso, y noté cómo tensaba los músculos, dispuesto a lanzarse al vacío.

—Tengo miedo —dije—. Creo que no he tenido tanto miedo en mi vida.

—Siempre me has dicho que yo no había cruzado realmente. .. ¡Pues bien, ha llegado el momento de lanzarme de verdad!

Sabiendo que tal vez solo nos quedaba el tiempo de un latido, miré el paisaje, devorando con los ojos lo que probablemente era lo último que me sería dado contemplar. Pero debía de encontrarme en pleno delirio, porque el cielo era negro y la nieve flotaba, en contra del sentido común, en todas direcciones. En lugar de descender, algunos copos incluso subían en la oscuridad, semejantes a estrellas blancas.

—¿Crees que habrá aún un poco de tierra bajo esas nubes? —pregunté a Morgennes.

—¡Qué importa eso! ¡Nosotros subiremos!

Luego, cuando las nubes del borde del precipicio empezaron a temblar, se lanzó al vacío.

Y cayó sobre un ala.

Con su afilada espada se lanza al ataque de la serpiente maléfica;
la taja hasta el suelo y la corta en dos mitades.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Ivain o El Caballero del León

Manuel Comneno levantó la nariz de su brebaje, una sopa especiada servida en un bol de oro incrustado de perlas. El líquido palpitaba como si estuviera vivo y tenía el color lechoso de las sopas chinas. Sin tan siquiera asegurarse de que su catador todavía se encontrara con vida, Manuel bebió un trago del líquido ardiente, y luego hundió su mirada en los ojos de Guillermo.

—Majestad —dijo el secretario de Manuel Comneno.

—Que me envenenen si les place. Estoy inmunizado contra todo.

Luego, volviéndose hacia Guillermo, el emperador de los griegos le explicó:

—Mis catadores solo me sirven para saber si han tratado de envenenarme. A mí, los venenos no me hacen nada. Apenas realzan un poco el sabor de mis platos.

—Majestad, rezo cada día para que no os hagan ningún daño. Pero, volviendo a esta última carta, ¿me habíais dicho que teníais alguna idea sobre quién podía ser su autor?

Tras un gesto del secretario, el catador salió de la habitación caminando hacia atrás, para no dar la espalda a Manuel Comneno, que descendió de su trono. Entonces, por efecto de un mecanismo oculto en los muros —más que por arte de magia (Guillermo no se dejaba engañar por ese tipo de trucos)—, el trono se elevó en el aire mientras en todo el Chrysotriclinos estatuas de criaturas fantásticas (grifos, dragones, fénix e hipogrifos) se agitaban, batiendo las alas como para alzar el vuelo y arañando el vacío con sus garras.

Esta instalación, encargada por el emperador, había costado una pequeña fortuna y había requerido varios años de trabajo de una célebre maestra de los secretos llamada Filomena, con quien Guillermo solo se había cruzado en un par de ocasiones, pero cuya fama había llegado de todos modos a sus oídos.

—¿Creéis en los dragones? —preguntó bruscamente Manuel Comneno a Guillermo, arrancándolo de sus pensamientos.

—Desde luego —respondió Guillermo—. Herodoto y Plinio los mencionan en diversas ocasiones. La historia está repleta de ejemplos de dragones vencidos por

hombres, santos o ángeles. Así, san Miguel, san Jorge, san Marcelo, o también, en Etiopía, san Mateo, se enfrentaron...

El emperador se limitó a levantar la mano, y su secretario le invitó a guardar silencio.

—No os pregunto si creéis que los dragones existieron un día —continuó el basileo—. Eso lo sabe todo el mundo. Os pregunto si creéis que existen todavía, en algún sitio, hoy...

—Bien...

Guillermo no respondió inmediatamente. Curiosamente volvía a pensar en el fabuloso espectáculo montado por la Compañía del Dragón Blanco, en el curso del cual Morgennes, representando el papel de san Jorge, había vencido a un poderoso dragón negro. Se preguntaba: «¿Qué se habrá hecho de Morgennes? ¿Habrá conseguido hacerse olvidar? En todo caso, yo le había olvidado... ¡El Caballero de la Gallina!». Sus labios esbozaron una sonrisa, y trató de recordar las últimas palabras de Amaury a Morgennes... A ver, ¿cómo era? No. Su memoria no era lo bastante buena. Pero recordaba muy bien que Amaury había prometido a Morgennes que le armaría caballero si conseguía matar a un dragón. Desde entonces no habían vuelto a verle, excepto en el Krak, donde había causado muy mala impresión tras hacerse pasar por san Jorge. Dicho esto, algunos —como el conde de Trípoli— afirmaban que era a él a quien debían la desbandada del ejército de Nur al-Din. Otros, en Constantinopla, contaban que Morgennes se había convertido en uno de los más poderosos mercenarios al servicio del emperador, en una de sus «almas negras». Guillermo inspiró profundamente y se lanzó:

—Creo en las amazonas, yo mismo he conocido a su reina..:

El emperador levantó la mano de nuevo, y el secretario intervino:

—¡Al grano!

—Como se dice en la Biblia —añadió Guillermo—: «Él es la primera de las obras de Dios». Por mi parte, sería presuntuoso creer que el hombre los ha exterminado a todos. Forzosamente deben de quedar aún algunos. Aunque solo sea para el Apocalipsis...

—¡Al grano!

—Pues bien —se apresuró a concluir Guillermo—, sí, lo creo. Con mayor razón aún porque creo en el Diablo, y no creer en los dragones sería como decir que el Diablo no existe o ha sido definitivamente vencido. Ya que draco iste significat diabolum («este dragón representa al Diablo»), como dice Isidoro de Sevilla en sus *Etymologiae*.

Una pálida sonrisa iluminó el blanco rostro del emperador, visiblemente satisfecho por la respuesta de Guillermo.

—Venid —dijo el secretario de Manuel—. Su majestad quiere celebrar vuestro

acuerdo. Para hacerlo, iremos a la sala de los diecinueve lechos, donde su majestad tiene por costumbre recibir a sus huéspedes más importantes.

El emperador interrumpió a su secretario y declaró:

—Pero antes me gustaría que visitarais mis jardines, y luego mostraros mis preciosas colecciones de objetos sagrados y de reliquias.

—¡Majestad, qué gran honor! —exclamó Guillermo.

En un deslumbrante despliegue de ropas de seda forradas de oro y piedras preciosas, Manuel pasó ante Guillermo, seguido de su secretario, su primer protospatrio (el portador de su espada), el logoteta del Dromos (con quien Guillermo tendría que concretar los detalles de su acuerdo diplomático) y su maestro de las milicias: el megaduque Colomán. Seis de los doce guardias nórdicos que velaban en todo momento, fuera de día o de noche, por la seguridad del emperador se unieron a ellos y se colocaron de tres en tres, a uno y otro lado de estos importantes personajes.

Manuel Comneno había subido al trono en 1143. Hijo, nieto y biznieto de emperador, había tenido la suerte, si puede decirse así, de heredar un imperio reforzado, engrandecido y estabilizado por la espada de sus antepasados. Pero ¿y él? ¿Qué legaría Manuel a su hijo, el joven Alejo II? ¿Aumentaría la herencia recibida, o al contrario, la disminuiría? Esta cuestión le atormentaba con mayor razón aún porque sus tierras se encontraban permanentemente amenazadas, al oeste y al este.

El sur ya se había perdido hacía mucho tiempo. El sur era Egipto, que en otra época había sido el granero de trigo del Imperio. Desde entonces, Constantinopla padecía constantes problemas de avituallamiento; por ello se arruinaba comprando víveres a los mercaderes —principalmente a los venecianos, odiados en todo el Imperio.

—Creedme —dijo el emperador a Guillermo—, tardaréis en olvidar lo que tengo intención de mostraros.

Entonces, como hacía a menudo para calmarse, divertirse o entretener la espera, Guillermo se pasó el largo bastón de la mano derecha a la izquierda y lanzó una breve ojeada a su extremo. Este representaba una cabeza de dragón. Masada, el comerciante que se lo había ofrecido, le había asegurado que se trataba del bastón de Moisés. ¿Le había tomado el pelo? ¿Quién podía decirlo?

Guillermo esbozó una sonrisa, y luego siguió al emperador y a sus hombres al enorme jardín del palacio de Blanquernas, al que daban las ventanas de la sala del trono.

Aquel lugar era un jardín zoológico más que un jardín de recreo; aquí y allá se veían jaulas que contenían animales que no tenían nada de fantástico. Así, tigres y leones caminaban de un lado a otro de su prisión con barrotes de oro y de vez en cuando lanzaban bufidos y aterradores rugidos. Como si quisieran ser agradables con

ellos y recordarles su gloria de antaño, bandadas de palomas huían hacia el cielo y luego volvían a picotear, junto a las avestruces y los pavos reales, el grano que los guardias les habían lanzado —para alzar de nuevo el vuelo tras los bufidos siguientes.

—¿Creéis —preguntó el emperador a Guillermo— que una fábula puede confirmarse?

—Si hay suficiente gente para creerla, es posible.

—Entonces, ¿creéis que Dios es una fábula?

—¡Por san Martín! Desde luego que no.

Guillermo hizo una pausa. ¿Le estaban tendiendo una trampa? De pronto se puso a temblar de pies a cabeza ante la idea de que esta visita al jardín tuviera como finalidad echarle a la jaula de una de esas fieras que lanzaban hacia ellos miradas hambrientas. Cuando un tigre lanzó su ronco bufido, Guillermo lamentó no poder alzar el vuelo como las palomas del palacio.

—¿Tenéis frío? —preguntó a Guillermo el secretario imperial.

—No, no, estoy bien —dijo Guillermo, que no dejaba de sorprenderse por el extraño lazo que unía al secretario y al emperador.

Los guardias y el cortejo de Manuel dirigieron a Guillermo una mirada inquieta, tal vez inquisidora.

—Estoy bien —dijo Guillermo—. Os lo aseguro...

—¿Y el prestigio de un rey, un papa o un emperador —prosiguió Manuel como si no hubiera ocurrido nada—, creéis que se remite a la fábula? ¿A la leyenda?

—No lo sé —confesó Guillermo—. Creo que hay que hacer todo lo posible para vivir en la verdad; pero también es cierto que un pellizco de polvos mágicos realza el prestigio de aquellos sobre los que se deposita...

Acababan de llegar al centro del jardín, donde había una fuente. Allí, un hombre, una mujer, tres ancianos y dos niños, todos pobremente vestidos, esperaban a que Manuel les lavara los pies —como exigía la costumbre cada vez que el emperador iba a celebrar un festejo—. Mientras el emperador se arrodillaba para pasarles entre los dedos y por las pantorrillas un paño empapado en agua de la fuente, Guillermo se preguntó: «Estos pobres, ¿son auténticos pobres o sirvientes disfrazados? Y en ese caso, ¿quién engaña a quién?».

Mientras se hacía esta pregunta, el secretario del emperador se volvió hacia él para hacerle saber:

—Al principio, su majestad sospechó de vos.

—¿Cómo?

—¿Quién podía estar más interesado en desestabilizar el Imperio y en empujar a su majestad a entrar en guerra?

—No lo sé. ¿Los moldavos? ¿Los armenios?

—¡Pamplinas! —dijo el emperador, levantando la cabeza—. Los moldavos y los

armenios son tan débiles que, a mis ojos, no existen. Pongamos, más bien, los sarracenos. Pero en este caso no habrían tratado de humillarnos en tanto que cristianos ortodoxos. Ellos no entienden estas sutilezas. No, los elementos a los que irritamos —y digo «irritamos», y no «amenazamos»— son dos y solamente dos.

—¿De dónde cree, pues, su majestad, que procede esta maniobra, si se me permite preguntarlo?

El emperador, que ahora estaba secando los pies de aquellos súbditos pobres con un paño de algodón, traído sobre una bandeja de plata por un joven sirviente, respondió:

—Pero si acaban de decíroslo: ¡de vuestra parte!

—¿De mí? —dijo Guillermo en el tono más inocente posible.

—Su majestad —prosiguió el secretario—, hablaba de «vuestra parte» en un sentido amplio. Se refería a vosotros, los cruzados. A Jerusalén y a Roma, si lo preferís. Su majestad sabe igualmente que, por emplear un eufemismo, no es santo de la devoción del papado.

—Lo que no es cosa nueva —comentó Manuel.

—De modo —prosiguió el secretario— que, atrapado entre estas dos potencias medianas, su majestad no ha tenido otra elección que partir a la guerra.

—Pero, gracias a Dios, creemos saber de dónde ha venido el golpe —dijo el emperador.

Manuel dejó caer el paño entre las manos del joven paje de la bandeja de plata y se alejó de la fuente sin dirigir una mirada a sus pobres, que, verdaderos o falsos, doblaron la rodilla a su paso.

—¿Y de dónde procede? —insistió Guillermo.

—Ni de Roma ni de vuestra parte. No.

—Majestad, rae muero de curiosidad.

—Silencio —dijo el secretario.

—Cada cosa a su tiempo —continuó el emperador—. Os he hablado de mi colección de objetos preciosos, ¿lo recordáis?

—Es un honor que no se olvida, majestad —dijo Guillermo—. Pero ¿qué relación hay entre los dragones y el reino del Preste Juan?

—Veréis, después de una profunda reflexión, me he preguntado si no podría ser que, tanto los unos como el otro, existieran. Al igual que, por ejemplo, los caballeros de la Tabla Redonda... Creo que sois un gran aficionado a los libros, ¿verdad?

—Sí, me jacto, en efecto, de pasar mucho tiempo en su compañía; pero no pierdo el tiempo leyendo cuentos de aventuras. Lo que me interesa es la historia, y solo la historia. Me intereso únicamente por los hechos. Por la realidad. Las fabulaciones de los juglares no me atraen...

En este momento de la conversación llegaron, en el otro extremo del jardín, ante

una pesada puerta de bronce insertada en un muro de piedra blanca. El emperador, que marchaba en cabeza, se apartó para dejar pasar a Guillermo.

—Hacedme el honor.

De nuevo Guillermo tembló. Dado que pronto sería mediodía, no podía atribuir los estremecimientos al frío. Sobre todo en ese inicio de primavera, en el que hacía un tiempo magnificó.

Obedeciendo al emperador, al que de todos modos nadie se habría atrevido nunca a desobedecer en su palacio, Guillermo franqueó el umbral de la enorme doble puerta, que dos lacayos acababan de abrir ante él, y se encontró frente a un largo corredor, guardado por dos dragones.

Guillermo estuvo a punto de desvanecerse, pero el propio emperador impidió que se desplomara, sosteniéndolo en el último momento.

—¡Rehaceos! —le dijo—. ¡Y mirad!

Guillermo abrió los ojos, y se dio cuenta de que no había visto bien. Lo que había tomado por dos dragones eran solo dos enormes lagartos, con crestas y escamas, equipados con una silla a la que se encontraba encaramado un caballero con la lanza apuntando hacia delante. Los lagartos, tan altos y aparentemente tan dóciles como palafrenes, no movían ni una pestaña. Solo sus ojos globulosos y negros permanecían clavados en Guillermo, igual que las largas lenguas rojas con el extremo bifurcado, que apuntaban a intervalos regulares en su dirección.

—¡Dios mío! —dijo Guillermo—. ¿Por qué milagro...?

—No hay ningún milagro —dijo el emperador—, sino un simple descubrimiento. Estos lagartos, o pequeños dragones, si lo preferís, proceden de una isla situada en los parajes de la India, adonde mis mercenarios fueron a buscarlos.

—Es extraordinario.

—¿Habéis oído hablar de la Compañía del Dragón Blanco?

—¡Desde luego! —dijo Guillermo, entusiasmado.

—Mi sobrina forma parte de ella. ¿No la habréis conocido, por casualidad?

—No lo creo. Pero esta compañía dio, en Jerusalén, un espectáculo que no olvidaremos. Y he oído decir que el Dragón Blanco permitió que Amaury y sus hombres salvaran la vida durante una de las campañas, desastrosas ciertamente, de su alteza en Egipto.

—Contadnos esto.

Guillermo carraspeó para ocultar su turbación. Entonces, para no aumentar su incomodidad, el emperador propuso:

—Vayamos a mi biblioteca. Allí estaremos mejor para hablar. Comprendo que no os sea fácil expresaros aquí, en la turbadora presencia de estos dragoncillos. Pero me son indispensables. Hace dos meses y medio hubo unos robos...

—¡Robaron a su majestad!

Manuel Comneno hizo un gesto en dirección a su secretario, que prosiguió:

—Sí. Alguien robó tres reliquias que su majestad tenía en particular estima. Desde que su majestad ordenó que apostaran a estos dos dragoncillos a la entrada de su colección, no ha vuelto a cometerse ningún robo.

—Este tipo de incidente no se reproducirá —concluyó Manuel Comneno levantando una mano cargada de anillos.

Dicho esto, insertó el mayor de los diamantes de sus dedos en un orificio situado a media altura en la pared. La piedra preciosa, haciendo las funciones de llave, giró en el orificio, y una sección del muro se abrió.

—Este dispositivo —dijo el emperador— me costó la bagatela de diez quilates.

No sabiendo cómo reaccionar, Guillermo prefirió guardar silencio, pero lo que vio al otro lado le arrancó un grito de éxtasis:

—¡Por el Dios que creó el aire y el mar!

Ante sus ojos se extendía la biblioteca más extraordinaria que nunca había visto. Decenas, centenares de pergaminos estaban ordenados en casillas, mientras que una docena de libros encuadernados en cuero, oro y plata se encontraban colocados, abiertos, sobre atriles, junto a escritorios con estiletes que esperaban a ser utilizados.

Mientras le mostraba estos tesoros, el emperador dijo a Guillermo:

—Aquí encontraréis el célebre *Picatrix*, llamado también *La meta del sabio en la magia*, del gran matemático y astrónomo andalusí al-Majriti. En él se encuentra todo lo necesario sobre el arte de fabricar talismanes, de celebrar rituales que permiten gobernar las estrellas y las almas, y muchos otros misterios. Encontraréis igualmente el *Pequeño tratado del Anticristo*, del abate Adson. Así como *El secreto de los secretos* (traducido al latín por Felipe de Trípoli y que recapitula el conjunto de las lecciones dadas por Aristóteles a Alejandro Magno) y el *Liber Pontificalis*, del obispo romano Marcelino (donde se trata de sacrificios a los ídolos). Y aquí, encuadernado en una piel de dragón de cuarenta pies de largo, un ejemplar de la *litada* y la *Odisea*.

—¡Fantástico! —dijo Guillermo.

—Y he aquí la *Astronomica*, de Manilius, de la que se dice que inspiró al aterrador poeta damasceno Abdul al-Hazred su *Libro de los nombres muertos*, el *Al-Azif*.

—¿Tiene su majestad esta última obra?

—No, por desgracia no la poseo. En mi opinión se ha perdido para siempre. Pero tengo la biografía que Ibn Khallikan acaba de redactar sobre su autor.

—¡Es la colección más magnífica de obras esotéricas que nunca haya visto! ¿Cuántos años ha necesitado su majestad para reuniría?

—Varios siglos. No, no os estremezáis. Porque no fui yo quien comenzó esta colección. Fueron mis antepasados y mis predecesores. Pero volvamos a lo que hablábamos antes de entrar aquí. De Egipto, de los dragones y de ese famoso Preste

Juan. Nos, Manuel Comneno, basileo del Santo Imperio bizantino, juramos ayudaros a conquistar Egipto. Y os aseguramos también que no conseguiréis nada si no encontráis cierta arma...

—¿Un arma? ¿Cuál?

—Hablo de una espada. Pero venid. La visita no ha acabado. Os he mostrado mi biblioteca, adonde podréis volver para pasearos a vuestro gusto más tarde. Ahora vayamos a ver mi pequeña colección...

Manuel se dirigió hacia el extremo de aquella habitación tan larga que podría contener el Santo Sepulcro entero. Guillermo sabía que ninguna colección de reliquias podía competir con la de Constantinopla, y se preguntaba qué otras maravillas iba a mostrarle el emperador. ¿Se trataba de la espada que acababa de mencionar? ¿Era posible que...? Guillermo sintió que su corazón palpitaba desbocado, hasta el punto de saltarse un compás. Por eso se amonestó a sí mismo, diciéndose: «Vamos, vamos, mi buen Guillermo, ¡no pierdas la cabeza! Hace más de siete siglos que murió san Jorge, y nadie ha encontrado nunca su espada...».

—¿Y qué querrías encontrar?

—La aventura, para poner a prueba mi valor y mi coraje.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Ivain o El Caballero del León

Era un ala, pero no de ángel, sino de ave.

¡Habíamos aterrizado sobre el lomo de un pájaro!

Sin embargo, mirándolo más de cerca, no era un pájaro, sino miles de pájaros negros y blancos que volaban tan cerca los unos de los otros que formaban un increíble damero que se elevaba hacia el firmamento. Morgennes corría sobre ellos.

—Debo de tener fiebre —dije.

—¡Sujétate bien! —me dijo Morgennes.

—¡Dime que estoy soñando! ¡Esto no es posible!

—¡Sujétate!

Corríamos sobre un océano de alas. Yo me frotaba los ojos, me pellizcaba la mano... Pero la visión no se borraba. Estos pájaros debían de ser los descendientes de los cuervos y las palomas que Noé había enviado en busca de tierra firme hacia el final del diluvio. Dios les había ordenado que crecieran y se multiplicaran, y eso habían hecho. ¿Eran también los guardianes de estos parajes?

En todo caso, seguían batiendo las alas y elevándose por encima de las nubes, mucho, muchísimo más alto que ellas. En cierto modo, Morgennes y yo representábamos los dignos herederos de Dédalo y de Ícaro, en ruta hacia el sol. Este brillaba en el cenit, con más intensidad que nunca; y en ese instante supe que la leyenda de Ícaro no era más que una leyenda, y no un hecho histórico. Porque en lugar de un fuerte calor capaz de fundir la cera que mantenía las plumas en su lugar, sentí un frío terrible, tan punzante como una lanza acerada. Sin aliento, con las lágrimas manando de mis ojos a pesar mío, con las cejas heladas, ya no sentía las manos y me preguntaba cómo podía sostenerme aún sobre Morgennes. Sin duda mis dedos se habían pegado a su barba y ya no podían moverse.

Como en un sueño, Morgennes caminaba valerosamente sobre ese extenso techo de nubes recubiertas de una fina película de hielo, que crujía bajo sus pasos y que las alas de los pájaros hendían como una ola remontando hacia la orilla. Una curiosa melodía cristalina resonaba a nuestro alrededor. ¿Era la música de los ángeles que los

moribundos oyen antes de ir al Paraíso?

En ese caso, ¿estábamos a punto de morir?

Otro sonido llegó a mis oídos. De dientes que entrechocaban. Comprendí que me castañeteaban los dientes, con tal fuerza que era incapaz de articular palabra. Morgennes, que ya había demostrado que podía soportar temperaturas elevadas, me estaba demostrando ahora que también podía resistir el frío. Además, parecía no tener las mismas dificultades que yo para respirar. ¿A qué se debía aquello? Lo ignoro. Pero nada frenaba su progresión sobre las alas de los pájaros.

¿Adónde íbamos?

Aparentemente, los pájaros se dirigían a la cúspide del monte Ararat, cuya cima recordaba a un diente cariado del que hubieran extirpado un pedazo —en este caso, el Arca de Noé.

Turbado hasta lo indecible, me pregunté quién la había bajado de su atalaya. ¿Cuántas personas, y durante cuánto tiempo? Me negaba a ver en ello una hazaña menor que la que había supuesto construir las pirámides de El Cairo. Y me estremecí ante la idea de que la embarcación a bordo de la cual habían viajado Noé y todos los animales de la Creación hubiera sido robada por unos malhechores. La venganza de Dios sería terrible.

¡Porque efectivamente aquel era el monte Ararat! De hecho llegaba a distinguir, insertada en el hielo, una flotilla de barcos pequeños, las embarcaciones que, según la leyenda, habían ocupado otras personas, además de Noé y su familia, después del inicio del diluvio.

Si esta cadena de montañas —que, por otra parte, recordaba, con sus picos en forma de escamas dorsales, a un dragón de más de un centenar de leguas de longitud— marcaba la frontera del imperio del Preste Juan, entonces este era Dios. ¡Y su imperio, el Paraíso!

No teníamos derecho a estar ahí. Estábamos hollando un territorio prohibido. Y el precio por ello sería... la condenación. El infierno, para toda la eternidad.

Este precio, aunque justo, me parecía demasiado elevado, y habría preferido encontrarme en una situación en la que no hubiera tenido que pagarlo. Pero ¿cómo hacerlo? Yo ya no controlaba nada. Era Morgennes quien llevaba el timón.

Mientras caminaba sobre los pájaros, Morgennes miraba alrededor, al acecho de los dragones. ¿No podía ser que uno de ellos surgiera de los cielos para abatirse sobre el ejército de pájaros que se elevaba hacia Dios y lo abrasara con su aliento? ¿O encontraría alguno, tal vez, en su nido de águilas, como una rapaz acechando a su presa, en lo alto del monte Ararat? Morgennes apretó el puño, decidido a lanzarse a la pelea. Si un dragón asomaba el extremo de su mandíbula, no escaparía. Pero no estaba solo. También estaban Cocotte y Chrétien de Troyes. Y no era cuestión de abandonarlos. «Cada cosa a su tiempo», se dijo Morgennes. Si debían morir de

camino a la eternidad, morirían. Después de todo, era un final digno de un héroe, y el mejor modo de entrar en el Paraíso.

Pero la muerte no acudiría a la cita.

Lo que nos esperaba era algo mucho más extraordinario.

Ya habíamos recorrido un poco más de la mitad del camino que nos separaba de la cima del Ararat, y las nubes habían desaparecido totalmente bajo nosotros, cuando el ejército de pájaros dio un bandazo y voló en picado hacia el suelo.

Sin los excelentes reflejos de Morgennes, seguro que nos habríamos precipitado al vacío; pero consiguió mantener el equilibrio y, aprovechando esa increíble pendiente, se puso a correr a toda velocidad, esta vez hacia abajo. ¿Qué ocurría? ¿Por qué este brusco cambio en el plan de vuelo? ¿Nos habían descubierto? ¿Alguien había dado orden a los pájaros de lanzarse en picado y volver a tierra? ¿O es que aquellas estúpidas aves tenían el cerebro de un mosquito y una de ellas había tenido la descabellada idea de ir a ver si el aire era más denso abajo, y las demás la habían seguido? Imposible saberlo.

El caso era que la pendiente se hacía cada vez más abrupta y que cada zancada de Morgennes nos alejaba un poco más de la cima del Ararat.

Finalmente nos encontramos en medio de las nubes, y los pájaros se dispersaron en todas direcciones.

—¡Caemos! —dijo Morgennes.

—¡Lo séeeee! —dije yo entrechocando los dientes, esta vez más de miedo que de frío.

Convencido de que íbamos a morir, cerré los ojos. Pero nuestra caída duró solo el espacio de un latido, y nos dejó, con los miembros doloridos, sobre un arco de tierra, un puente gigantesco que unía el Ararat con otra cima.

—¡Morgennes! ¿Estás vivo?

Pero Morgennes no me escuchaba. Estaba demasiado ocupado contemplando las enormes estatuas de piedra que nos observaban en silencio.

—¡Morgennes! ¿Cómo está Cocotte?

—Conozco este lugar —dijo—. Tengo la impresión de que ya he estado aquí. ¿Tal vez en un sueño?

Las estatuas representaban hombres vestidos con un simple paño, sentados con las piernas cruzadas. Los pájaros habían hecho sus nidos en las manos entrecruzadas, con las palmas hacia arriba, así como en las orejas y en las ventanas de la nariz. Pero estos gigantes de piedra no reaccionaban, y sus pesados párpados permanecían obstinadamente bajos, como si rezaran o meditaran.

—¡Morgennes!

Todo era inútil, mi compañero no conseguía apartar la mirada de estos inmensos e impasibles rostros de piedra, con la altura de tres hombres, que nos contemplaban sin

juzgarnos.

—¡Morgennes!

Impaciente, le sujeté del brazo para obligarle a girar sobre sí mismo y colocarlo frente al arco. Ese fue el momento que eligieron los pájaros para ascender desde las profundidades y volar de nuevo hacia el cielo.

Entonces, con un formidable rumor de alas, tan ensordecedor como un prolongado trueno, el ejército de pájaros nos impidió ver el Ararat y el arco de piedra que permitía acceder a él. Luego la muralla de plumas que había partido al asalto de las cimas desapareció por encima de las nubes. Era el final. Ya no había ni un solo pájaro en el horizonte; solo el Ararat, el puente de piedra que permitía alcanzarlo y...

—¡Morgennes, ahí hay alguien!

—Ya lo veo —dijo Morgennes.

—¡Bienvenidos! —nos dijo con una curiosa voz aguda un hombre de cara redonda, que se encontraba parado en medio del puente.

—¡Debo de estar delirando! —dije.

—No, no deliráis —dijo el misterioso individuo.

Vestido con un traje dorado con franjas escarlatas, el hombre mantenía las manos en el interior de las mangas, llevaba unos curiosos zapatos negros barnizados, y una larga coleta negra le caía sobre la espalda. Sus ojos oblicuos, su boca fruncida y su tez amarillenta indicaban que nos encontrábamos frente a un asiático.

—¡Pero si habláis francés! —dijo Morgennes.

—No —dijo el hombre con cara de luna—. ¡Sois vosotros los que habláis chino! Shyam os ha preparado bien.

—¿De modo que la conocéis?

—Desde luego que sí. Entre nosotros es muy popular. ¡Era una aventurera muy célebre!

—Una aventurera... Todo esto parece irreal —murmuré—. ¿Estáis seguro de que existís? ¿Estamos muertos? ¿Es esto el Paraíso?

—Sí —respondió el hombre a la primera pregunta—. No —a la segunda—. No tengo derecho a decíroslo —respondió finalmente a la tercera.

Morgennes, ligeramente desconcertado, se pasó la mano por el hombro para quitar los copos de nieve que se habían acumulado; luego, recuperó la jaula de Cocotte y volvió a cargársela a la espalda.

—Ven —me dijo—. Aún tenemos algunas averiguaciones que hacer, y me gustaría llegar al lugar al que las brujas me dijeron que fuera...

Se dirigió hacia el chino. Su aliento se elevaba ante él, y no podía evitar pensar: «Son almas, almas en suspenso. Igual que las nubes, ahí arriba. Son almas. No pueden ascender más, porque estamos a las puertas del Paraíso... Ni descender, porque su lugar está aquí».

En cuanto a mí, nunca había tenido tanto frío en mi vida. ¿Tanto frío, o tanto miedo? Ya no lo sabía. Tal vez ambas cosas. A decir verdad, aquello ya no tenía ninguna importancia. «Dentro de poco todo habrá acabado. Habré vivido en vano... No. He amado, he conocido a Morgennes y a Filomena, he escrito, compuesto, rezado...»

—Acercaos, acercaos —dijo el chino.

Estandartes que representaban dragones de oro sobre fondo rojo restallaban al viento, que soplabla y soplabla con tanta fuerza que nuestras ropas flotaban en torno a nosotros y Cocotte se veía obligada a agitar las alas para no acabar aplastada contra los barrotes de su jaula.

—¡Os saludo, honorables visitantes! Habéis venido a pasar la prueba, ¿verdad?

—¿Qué prueba? —exclamé yo.

—Entonces, ¿es aquí? ¿He terminado mi viaje? —preguntó Morgennes.

—Tal vez —dijo el chino.

—¿En qué consiste esa prueba?

—¡Es la de la cabeza! —dijo el chino, dándose golpecitos en el cráneo con un dedo—. Muy muy dura. Tendréis que utilizar mucho vuestra cabeza, si queréis pasar.

—¿Pasar? —dije—. Pero ¿para ir adónde?

—Al otro lado —dijo el chino.

Miré al otro lado del puente para ver qué había, y distinguí una enorme abertura tallada en la roca, que se hundía en la montaña. La entrada estaba flanqueada por bajorrelieves en forma de dragón; pero eran dragones sin alas, como los de los estandartes, largos y sinuosos, con una larga cola de serpiente.

—¿Estáis listos? —preguntó el chino—. Debo deciros que si fracasáis, ya nunca podréis volver a intentarlo.

—Estamos listos —dijo Morgennes.

—¡Muy bien! —dijo el chino—. Os haré una pregunta. Si no conocéis la respuesta, no pasaréis. Si la conocéis, tendréis derecho a plantearme una a mí. Si yo no conozco la respuesta, podréis pasar. En caso contrario...

—Comprendido —dijo Morgennes—. Empecemos.

—Primera pregunta: «¿Qué fue primero, el huevo o la gallina?»

—¡Diablos! Esta es una pregunta para Cocotte —dijo Morgennes mirando a nuestra gallina.

Se rascó la cabeza.

Yo reflexionaba... Algo me decía que debía inspirarme en mi propia experiencia. Particularmente en la de Arras... Lo que iba después del primer premio era la gallina. Luego venían los huevos. Además, Cocotte ya no ponía desde que habíamos tenido que huir...

—Es la gallina —respondí.

—¡Buena respuesta, honorable competidor! —dijo el chino—. Un punto a vuestro favor. Ahora tenéis derecho a plantearme un enigma.

—Muy bien —dije—. Tengo uno que no es muy difícil: «Recorro los libros sin aumentar mi saber; di cómo me llamo».

—¡El gusano! —exclamó el chino.

—¡Por Nuestra Señora! —exclamó Morgennes golpeándose la palma con el puño.

—Si queréis ganar, tendréis que hacerlo mejor —continuó el chino—. Ahora me toca a mí: «Vi un ser maravilloso, una nave aérea que llevaba sobre sus cuernos un botín de guerra. Quería construir una habitación en la fortaleza. Entonces un ser prodigioso apareció sobre las cimas de la montaña (todos los habitantes de la tierra saben quién es). Cogió el botín y lo lanzó a la viajera, que partió hacia el oeste. El polvo se elevó en el cielo. El rocío cayó sobre la tierra. La noche se fue. Nadie conoce el camino de este ser, al que tú debes nombrarme».

—Lo sé —dijo Morgennes.

—Yo también, es fácil. ¡Es el sol!

—¡Bravo! —dijo el chino—. ¡Vuestro turno!

—Sabéis, con nosotros esto puede durar mucho tiempo —dijo Morgennes, que había leído muchos libros que contenían enigmas.

—¡Acabas de darme una idea! —dije—. ¿Qué es lo más viejo que hay?

—¡El tiempo! —respondió el chino.

—A decir verdad —confesó Morgennes—, había otra respuesta posible: «Dios». Pero la de nuestro amigo es igualmente correcta, ya que ni Dios ni el tiempo tienen principio. De modo que se acepta. ¡Vuestro turno!

—Nómbreme una cosa —dijo el chino— a la que ninguna otra se parece, ni en la tierra, ni en el mar, ni entre los mortales; la naturaleza ha asignado reglas extrañas al desarrollo de sus partes: cuando nace es inmensa; en el mediodía de su vida es muy pequeña, y cerca de su muerte vuelve a hacerse inmensa.

—Fácil —dijo Morgennes—. ¡Es la sombra! Me toca...

Reflexionó un rato, luego pensó en su infancia y en los largos momentos pasados al borde del río. Entonces preguntó al chino:

—Mi morada no es silenciosa. Yo no hago ruido. El Señor ha ordenado que estemos unidos. Yo soy más rápido que mi morada, a veces más fuerte; pero ella trabaja más. A veces descanso, pero ella es infatigable. Habitaré en ella mientras viva. Si me separan de ella, muero. ¿Quién soy?

—¡Ja, ja! —rió el chino—. ¡Es un pez en el río! ¡Me toca!

—¡Dios mío! —dijo Morgennes—. ¡Esto no acabará nunca!

Se alejó unos pasos, buscando una idea. A veces el viento le traía preguntas y respuestas como estas:

—¿Qué es lo más grande?

- El espacio.
- ¿Qué es lo más hermoso?
- El mundo.
- ¿Qué es lo más común?
- La esperanza.
- ¿Qué es lo más útil?
- Dios.
- ¿Qué es lo más perjudicial?
- El vicio.
- ¿Qué es lo más fuerte?
- La necesidad.
- Etc.
- Etc.

Siguieron así durante un rato que le pareció interminable. Lo peor era que tenía la impresión de que el juego estaba trucado, ya que algunas de las respuestas eran discutibles y en algunos casos había varias posibilidades. Pero el chino nunca discutía nuestras respuestas, ni nosotros las suyas. Y como siempre tenía respuesta para todo, este juegucito estaba condenado a durar una eternidad.

Mirando las estatuas de piedra que se encontraban frente al puente, Morgennes buscaba la solución a este problema, cuando de pronto tuvo una inspiración repentina, ¡una iluminación! Entonces, abalanzándose como un toro contra el chino, le propinó tal cabezazo en medio del pecho que lo lanzó al vacío, al otro lado del puente.

—¡Lo has matado! —exclamé.

—Me sorprendería. Creo que es un inmortal, y que le he dado la respuesta adecuada —dijo, dándose golpecitos en la cabeza como había hecho el chino.

—Muy astuto.

—Vía libre. ¡Partimos hacia el Paraíso!

Los gigantes no tenían picas ni escudos, espadas cortantes ni lanzas, sino solo mazas.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Erec y Enid

Guillermo penetró en una sala gigantesca, cuyo techo —una cúpula de cristal— se confundía con las nubes, que, a su paso, le proporcionaban sombra y luz —tanta sombra que creía encontrarse en plena noche, o tanta luz que debía protegerse los ojos con la mano para no quedar cegado.

—¡Oh gloria del mundo! —exclamó Guillermo—. ¡Oh secretos eternos! ¡Prodigio de los cielos! ¿Qué es esto que veo?

Sus rodillas temblaban, pero había aprendido que no servía de nada tener miedo. Aparentemente, no entraba en los propósitos de Manuel ponerle a prueba.

Hablemos de qué le había impulsado a lanzar esos gritos. Porque no era a causa de esta sala, con sus fabulosos juegos de sombra y luz. Las riquezas de la biblioteca habrían bastado por sí solas para llevar al éxtasis a todo un ejército de coleccionistas durante una vida entera, pero los tesoros de la sala siguiente debían de ser mucho más sorprendentes aún. Porque estaban guardados por gigantes. En la media luz, Guillermo distinguió a cinco soldados con una altura de varias toesas vestidos con armaduras antiguas. Sus manos enguantadas de hierro se cerraban sobre unas mazas enormes, y sus escudos estaban decorados con una hidra.

—¡Es la señal! —dijo el emperador—. La señal de que el diluvio efectivamente tuvo lugar y de que existieron otros tiempos antes del nuestro. La señal de que la Biblia dice la verdad. Al menos en la primera parte...

—¿No serán nefilim? —apuntó Guillermo.

—Exactamente. ¿Os habéis fijado en sus mazas?

—Sí.

Manuel se volvió hacia su secretario, que continuó por él:

—Son de madera de gofer, la madera con la que se construyó el Arca de Noé.

—¿Y están vivos?

—Tranquilizaos —continuó el emperador—. Están muertos desde tiempos inmemoriales. Aquí podéis ver solo la concha, porque el interior está vacío. Sus huesos, sin embargo, nos esperan en la siguiente sala. Mis artesanos han conseguido

la proeza de juntarlos, lo que permite hacerse una idea de su fisonomía.

—¿Puedo preguntar a su majestad dónde los encontró?

—¡Dónde iba a ser sino en Tebas, la ciudad natal de Hércules!

Guillermo se acercó a una armadura, se puso de puntillas y la tocó justo por debajo de la rodilla. El metal estaba frío, en perfecto estado. Las nubes se reflejaban en él entre reflejos azulados.

—¡Por la Virgen María! Esto me hace pensar en otra leyenda...

—No penséis —dijo Manuel—. ¡Venid!

La sala siguiente ofrecía un gran contraste con la que acababan de dejar. El techo era tan bajo como alto era el de la anterior, hasta el punto de que Guillermo (que era alto para ser un franco), Colomán y los guardias de Manuel Comneno tuvieron que agacharse para avanzar. Si no hubiera habido aquí y allá, insertados en las paredes, algunos antorcheros que difundían una luz tenue, podrían haber creído que estaban en una tumba.

Pero Guillermo se dio cuenta de que ese era el caso.

Sobre grandes mesas de piedra dispuestas en círculo, los esqueletos de los gigantes de la habitación contigua descansaban en un silencio sepulcral. Sus cráneos, de gruesos huesos, casi tocaban la bóveda de la sala, y proporcionaban a las numerosas arañas allí refugiadas un lugar ideal para tejer sus telas.

—¿Por qué esta sala tiene un techo tan bajo? —preguntó Guillermo.

—Imaginad que se incorporaran —dijo Manuel—. Al menos quedarían bloqueados. Con este tipo de prodigios prefiero no correr ningún riesgo.

Prudente decisión, en efecto. Aunque no tranquilizó totalmente a Guillermo. Las manos de estos nefilim eran del tamaño de su cuerpo, y no podía imaginar cómo sobreviviría a su abrazo si por desgracia uno de ellos se apoderara de él. Tal vez estos gigantes estuvieran bloqueados en postura yacente, pero eso no impedía que siguieran pareciendo impresionantes. Y temibles.

—Habladme —dijo Manuel— de esta leyenda a la que habéis hecho alusión.

—Se trata justamente de la del nacimiento de Tebas. Se dice que esa ciudad fue fundada por un tal Cadmo, después de haber matado a un dragón. El héroe recibió de la diosa Atenea la orden de plantar en la tierra los dientes de ese dragón, y en el lugar donde Cadmo los había lanzado crecieron gigantes, que se mataron entre ellos...

—Todos excepto cinco, que ayudaron a Cadmo a construir la ciudad —añadió Manuel—. Conocía esta leyenda, que sin duda debe tener un fondo de verdad, puesto que ahí están los cinco gigantes. Pero eso no es todo...

Guió a Guillermo hacia el centro de la habitación, a un punto situado en el corazón del círculo formado por los cinco gigantes. Allí, sobre una estela de piedra, había un pequeño cofre de vidrio engastado de oro, con un diente gigantesco en su centro.

—¿Qué es? —preguntó Guillermo.

—¿No lo adivináis?

—No. Un diente de...

—Sí. Un diente de dragón.

—¿Y si lo lanzáramos al suelo, surgiría un gigante?

—¿Quién sabe? No tengo ganas de probarlo. Pero creo que sí. De modo que mejor no tocarlo. Seguidme, la visita continúa.

«¿Por qué razón —pensó Guillermo—, me muestra todo esto? ¿Adónde quiere ir a parar? ¿Qué espera de mí? En cualquier caso, si quería impresionarme, es evidente que lo ha conseguido. ¡En Tierra Santa no poseemos ni la décima parte de todas estas maravillas!»

Manuel descendió un corto tramo de escalones, que conducía a una puerta de acero oscuro. Después de abrirla por medio de un mecanismo que Guillermo no llegó a ver totalmente, pero que consistía en un sistema de ruedas con muescas que formaban un codo al girar sobre sí mismas, el emperador invitó a Guillermo a precederle.

Esta nueva sala estaba totalmente sumergida en la oscuridad, pero en ella —al contrario que en la precedente— no reinaba el silencio. Silbidos, ruidos de criaturas que se arrastraban por el polvo... ¡Serpientes!

Guillermo retrocedió un paso, pero el secretario del emperador le puso la mano en el hombro.

—¡Mostrad al emperador que no tenéis nada que ver con este espantoso asunto y entrad!

Inmediatamente, grandes gotas de sudor perlaron la espalda y la frente de Guillermo, que se armó de valor y balbució una corta plegaria, destinada a apartar de su camino a las fuerzas del mal. El primer paso que dio al penetrar en ese lúgubre recinto le confirmó que su plegaria funcionaba; dio un segundo paso, y luego un tercero.

Un guardia lanzó una antorcha al suelo, y Guillermo vio centenares de reptiles. Pequeños, grandes, delgados como un dedo o gruesos como el brazo. Rayados, moteados, con manchas redondas o de color uniforme. Con la piel fina, o al contrario, mudándola y arrastrando su vieja piel tras ellos. Algunos no se movían, mientras que otros se desplazaban a una velocidad pasmosa, pasando sobre el dorso y luego bajo el vientre de sus congéneres, moviendo la cola, mostrando los colmillos, agitando una lengua bífida como la del Diablo. La antorcha, que había creado un círculo de luz en torno a Guillermo, mantenía a las serpientes a distancia.

Entonces, coincidiendo con el chirrido de una puerta que se cerraba, el emperador dijo a Guillermo:

—¡Si sobrevives, te creeré!

La puerta se cerró de golpe, y Guillermo sintió un pánico infinito.

Al ver que la llama de la antorcha bajaba de intensidad y que el círculo de arena en el que se hallaba se llenaba poco a poco de serpientes, a Guillermo no se le ocurrió nada mejor que ponerse en las manos de Dios. Y en las de Masada. ¿Cuál de los dos le fue más útil? Guillermo siempre se negó a reconocerlo, pero tal vez fuera el segundo; porque, apretando contra sí el bastón con cabeza de dragón, murmuró para sí mismo: «¡Vamos, si Masada no me engañó, este bastón es el de Moisés, de modo que debería gobernar a las serpientes!».

—¡Serpientes! ¡Apartaos!

Silbidos de serpientes que se agitaban mirando a Guillermo. Lenguas, dientes, ojos vueltos hacia él. El círculo ya no disminuía de tamaño, pero tampoco se ensanchaba.

—¡Serpientes! ¡Retroceded!

Esta vez las serpientes retrocedieron. Solo unas pulgadas, pero lo suficiente para que Guillermo pudiera recoger la antorcha y volver sobre sus pasos. Evidentemente la puerta estaba cerrada. Mientras agitaba la antorcha y el bastón para mantener a las serpientes a distancia, Guillermo pegó la oreja a la puerta y escuchó. Pero no oyó nada. Entonces, desesperado, y no sabiendo cuándo iría a buscarle el emperador (ni siquiera si volvería), Guillermo avanzó por la habitación. ¿Había una salida? Le pareció que sí, ya que un pasillo se perdía en la oscuridad, más allá del halo luminoso de la antorcha. Cuando una serpiente se acercaba demasiado, Guillermo la golpeaba con el bastón, y aunque el golpe no la matara, bastaba para alejarla.

«¡A fe mía que este es un bastón poderoso! —sonrió Guillermo—. ¿Quién sabe si no mataría a un dragón?»

Cobró ánimos y dio algunos pasos por el pasillo, que resultó formar parte de un laberinto. El cadáver de una anciana estaba tendido en el suelo. Sus ropas, de estilo oriental, eran las de una extranjera. Por lo visto, Guillermo no había sido el primero en despertar las sospechas del emperador.

—No has muerto en vano —dijo Guillermo a la difunta.

Se inclinó hacia ella, espantando con su bastón a las serpientes que se habían enrollado en su caja torácica, y le rompió la mano.

—Bien —dijo hablando en voz alta para infundirse valor—, ya que tengo que afrontar este laberinto, más vale que empiece enseguida.

Rompió una de las falanges de la mano del esqueleto y la dejó en el suelo. Le serviría de referencia en caso de que volviera sobre sus pasos. Luego eligió ir a la izquierda, a la izquierda, y de nuevo a la izquierda. Ya vería si tropezaba con un callejón sin salida o si giraba en círculos. Extrañamente, ya no tenía miedo. Mejor aún, se sentía inocente.

«Seguro que saldré de esta... ¡Porque yo no he hecho nada!»

En realidad, no era completamente falso, ya que él no tenía nada que ver con la última carta que había recibido el emperador. «Sí. Sí. Saldré de esta. Pero ¿y después? Bien, creo que me lanzaré a los pies del emperador y... ¿Confesaré?»

Guillermo caminó durante un buen rato; volvió sobre sus pasos, eligió otro camino, fue hacia la izquierda, otra vez a la izquierda, y luego a la derecha... Y se encontró de nuevo en el punto de partida. Cambió de camino por tercera vez, luego otra, y una quinta. En vano.

—Veamos, la salida tiene que estar en algún sitio...

Pero no. Ya había utilizado todos los dedos de su esqueleto; se disponía a seccionar la otra mano, cuando oyó detrás de él una serie de chasquidos y luego un chirrido de goznes. Apretando su bastón contra el pecho, Guillermo se volvió y vio cómo se abría la puerta por donde había entrado. El emperador estaba allí, y le contemplaba con expresión satisfecha.

Pero era fatal que quien había atravesado el puente sintiera al fin cómo la fuerza abandonaba sus manos.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Lanzarote o El Caballero de la Carreta

Era un corredor largo y ancho, con las paredes adornadas con bajorrelieves en forma de dragones. Seis magníficos gongs de oro, colocados a ambos lados del pasillo a intervalos regulares, esperaban a ser golpeados por un mazo suspendido ante cada uno de ellos por una cadena que colgaba del techo. En el extremo del corredor, una pesada puerta de doble batiente debía de proteger el acceso a algún importante tesoro, porque una cabeza humana se encontraba insertada en ella, justo en el centro. Con los labios y los ojos cerrados, la cabeza tenía todo el aspecto de un sabio que estuviera meditando. Hubiera podido parecer viva, de no ser porque era de piedra.

—¿Otra prueba? —pregunté a Morgennes.

—Es posible.

Mientras observaba los gongs, me pregunté: «¿Habrán un orden preciso para golpearlos? ¿O bien hay que golpear solo uno? ¿O dos? Y en caso de error, ¿cuáles serán las consecuencias? ¿Se abrirá una trampilla en lo alto para verter sobre nosotros un mar de fuego? No, probablemente no. Aquí no hay rastros de quemado. ¿Y si se abre bajo nosotros, para precipitarnos a los abismos?».

Curiosamente la línea de luz se detenía exactamente al pie de los dos primeros gongs. ¿Era premeditado? ¿Tenía un sentido? Lo más extraño era que los bajorrelieves en forma de dragón y los motivos de oro resplandecían, mientras que los gongs permanecían en la oscuridad. Como si la luz no tuviera incidencia sobre ellos.

Me dirigía hacia uno de los mazos colocados ante los gongs para leer lo que había inscrito en ellos, cuando un ruido atrajo mi atención. Era Morgennes. Acababa de llamar a la puerta de piedra, con toda naturalidad, como si llamara a la puerta de su vecino. No me habría sorprendido demasiado si le hubiera oído preguntar: «¿Hay alguien en casa?».

—¿Qué estás haciendo?

—Oh, nada —respondió Morgennes—. Era solo una idea.

—A propósito de ideas, ¿no te ha parecido extraño que el chino conociera a

Shyam?

—Shyam no es china —me recordó Morgennes—. Hablaba chino. Pero su tez cobriza, sus largos cabellos negros, su profundo conocimiento de las especias, su afición por los elefantes y el Kama Sutra, aparte de otras muchas cosas, me hacen pensar que debía de ser originaria de la India.

—Como el Preste Juan...

—Esto es cada vez más raro. Realmente no esperaba oír hablar de Shyam en un lugar como este. Por momentos tengo la impresión de encontrarme en uno de esos cuentos de aventuras que tanto te apasionan.

Pero yo ya no le escuchaba. Había cogido uno de los mazos situados más cerca de la ladera de la montaña para tratar de descifrar la inscripción grabada sobre su mango. De hecho había cuatro —en latín, en griego, en chino, y la última, en una lengua desconocida—, una en cada una de las caras del mango, pero todas decían: «Despierta a los gongs, y el guardián de la puerta se despertará».

—¿Despertar a los gongs?

Morgennes me miró, vio la línea de luz al pie de los primeros gongs y me dijo:

—¡Cojamos cada uno un mazo, y a mi señal golpeemos juntos los gongs!

Dicho y hecho. Sujetamos un mazo cada uno, y a una señal de Morgennes, los abatimos sobre los de la primera fila.

El sonido que surgió fue tan potente que creí que las paredes iban a derrumbarse. Pero no ocurrió nada de eso. Al contrario, bajo nuestros ojos maravillados, la línea de luz saltó al pie del tercer y el cuarto gong, mientras los dos primeros se ponían a resplandecer como dos pequeños soles.

—¡Por el Dios de Jacob! —exclamé.

—¿Crees que hemos desplazado el sol?

—Vamos a ver.

Una vez fuera, constatamos que el sol no había cambiado de lugar.

De vuelta en el interior, miramos la línea de luz con todo el respeto —o el horror— debido a los fenómenos fantásticos. Ahora, en medio del corredor, aquella luz era para nosotros como la frontera entre lo extraordinario y lo real, y casi temíamos lo que íbamos a encontrar cuando iluminara la puerta con la máscara de piedra.

Una vez más nos colocamos a uno y otro lado del corredor, levantamos simultáneamente los mazos y los dejamos caer al mismo tiempo sobre el tercer y el cuarto gong, que emitieron un sonido más grave y también se pusieron a brillar. Nos pareció que habíamos bajado un peldaño, que habíamos dado un paso más en dirección a los infiernos.

—¡Sus párpados se han movido! —exclamé, apuntando con el dedo a la máscara de piedra de la puerta.

—Te equivocas. ¡Son sus labios los que se han movido!

—¡En todo caso, ha reaccionado!

Morgennes se acercó a la máscara. Aparentemente no había cambiado nada. Nada excepto que ahora la luz del día había alcanzado al quinto y al sexto gong, es decir, los últimos. Después de ellos solo quedaba la puerta.

—Ya sabes lo que debemos hacer —dijo Morgennes—. Vamos, valor.

Levanté mi mazo y di la señal a Morgennes:

—¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres!

Los últimos golpes de gong resonaron, y esta vez penetró tanta luz en el corredor que me vi obligado a cerrar los ojos. Cocotte soltó unos cacareos inquietos y giró en círculos en su jaula, tropezando con los barrotes de metal.

—¡Morgennes!

La luz disminuyó de intensidad. Y Morgennes abrió los ojos. Pero ¿qué fue lo que vio? Los bajorrelieves en forma de dragón se agitaron en los muros, azotaron el aire con las colas, tendieron las garras hacia el techo, abrieron las fauces y desaparecieron bajo las altas bóvedas del corredor. Ahora solo quedaban los gongs, tan brillantes como estrellas, y la enorme puerta de piedra, que poco a poco cambiaba de aspecto. En efecto, en el momento en el que habíamos golpeado los últimos gongs, la línea de luz había saltado en dirección a la puerta, que ahora iluminaba totalmente. ¿Era a causa de la luz, o a causa del sonido cavernoso de los gongs? En cualquier caso, la puerta se hendía, se resquebrajaba, y el ser que ocupaba su centro salió al fin de su sueño. De sus ojos, profundos y resplandecientes, cayó polvo, su boca escupió pedazos de yeso, y luego unas manos partieron la puerta en mil pedazos. Entre un tronar de piedras derribadas, un ser del tamaño de un niño, blanco como la nieve, fornido como un coloso, apareció en medio del corredor en el lugar donde había estado antes la entrada. Se trataba del hombre cuyo rostro se encontraba antes en el centro de la puerta, que ya solo era ruinas y polvo.

—¿Una prueba más? —se preguntó Morgennes.

—Es posible —dije yo sonriendo.

En contra de lo que podía esperarse, el enano blanco no nos atacó, sino que nos saludó y nos obsequió con una profunda reverencia.

—Amigos —nos dijo—, ¡os felicito! Nunca, antes de vosotros, había llegado nadie hasta mí.

—¿Quién sois? —pregunté.

—Mi nombre no tiene ninguna importancia.

—¿Nos encontramos en las puertas del Paraíso? —inquirió Morgennes.

El enano le dirigió una mirada extraña, esbozó una especie de mueca, y luego dijo:

—¿No estamos siempre a las puertas del Paraíso?

—¿Qué protegéis? —continuó Morgennes—. ¿Qué hay tras esta puerta? ¿Sois

uno de esos genios buenos que conceden deseos cuando se los libera del frasco donde estaban aprisionados?

—Nones —dijo el enano—. No soy un genio. ¡Simplemente soy el guardián de la puerta que permite acceder a la Última Prueba!

—Ah, ya sabía que todavía quedaba una prueba —dije—. Estaba escrito. Y bien, esa prueba, ¿en qué consiste?

—Lo ignoro. Por mi parte, solo soy el humilde guardián de la puerta —repitió el enano haciendo otra reverencia.

—Ahora que esta puerta ya no está —dijo Morgennes—, no veo qué nos impide ir más lejos...

—Yo —dijo el enano—. Porque los que quieran avanzar deberán pasar sobre mi cuerpo.

—¿Pasar sobre vuestro cuerpo?

—Exacto.

—Perfecto —suspiró Morgennes—. ¡Preparaos!

Y dicho esto, se acercó al enano y trató de apartarlo a un lado. Pero el enano se movió tan poco como si Morgennes hubiera intentado desplazar una montaña.

—¿No preferís jugar al juego de los enigmas? —le pregunté, viendo las dificultades que tenía Morgennes.

—No —dijo el enano—. Es la norma. Después de la prueba de la cabeza viene la del cuerpo. Es una prueba difícil.

—Escuchad —le dijo Morgennes—, no tengo ganas de haceros daño. Pero si es lo que queréis, no dudaré en emplear la fuerza...

—Para vencerme —prosiguió el enano, impasible—, deberéis recurrir a todo vuestro cuerpo, a vuestros brazos, a vuestras piernas, a vuestros músculos...

—Comprendido —dijo Morgennes.

—Entonces, ¡vamos!

Después de un nuevo saludo, volvió a colocarse en posición, con las manos hacia delante y los dedos abiertos. Como un luchador.

—Sería mejor que abandonarás —dijo Morgennes arremangándose.

—Imposible —dijo el enano.

Morgennes sujetó al enano por la cintura y trató de levantarlo. Pero el enano no se movió ni un milímetro, como si sus pies estuvieran clavados al suelo. Morgennes, jadeando, con el rostro bañado en sudor y rojo como un pimiento, tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Luego preguntó al enano:

—¿Es la sala del trono lo que está ahí, detrás de ti?

—Ya os lo he dicho —dijo el enano—. No lo sé.

—Bien. Continuemos.

Morgennes volvió a arremangarse, y una vez más el enano le saludó, inclinando

profundamente el busto.

—¡Eres muy cortés para ser un guardián!

—¡Es la norma! —dijo el enano—. Además, ¿no dicen que la cortesía abre todas las puertas?

Morgennes no le escuchaba, porque estaba demasiado ocupado tratando de empujarle, de tirar de él, de zancadillearle y de utilizar todo tipo de presas; siempre en vano. Incluso trató de estrangularle, pero como el enano no respiraba, no sirvió de nada. ¿Y si pasaba a su lado? Por desgracia, el espacio entre el enano y el marco de la puerta no era lo bastante ancho. Cuando Morgennes trataba de deslizarse por él, el enano le bloqueaba inmediatamente el paso; era muy rápido.

—¡Por el vientre de Dios! ¡Debe haber algún medio!

Morgennes, que había retrocedido un paso, se limpió el polvo de la ropa tratando de aparentar serenidad. No lo consiguió. Aquel enano le horrorizaba... ¡No era un enano, era una roca! ¡Un Krak! Jamás conseguiría moverlo. A menos que utilizara la astucia...

—¡Te mueves rápido, amigo! Pero si tratáramos de pasar los dos, mi compañero y yo, ¿qué harías?

El enano se limitó a reír burlescamente, y le dijo, ejecutando una nueva reverencia:

—Como deseéis.

En ese momento se me ocurrió una idea. De repente todo me pareció evidente:

—Déjame hacer a mí —dije a Morgennes.

—¡Pero te harás daño! No, no; soy yo quien debe...

—¡Apártate!

Morgennes retrocedió un paso y dejó que me acercara al enano, que se inclinó hacia delante para saludarme, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo. Le devolví el saludo, lo que tuvo por efecto que el enano exagerara su reverencia. Me doblé, a mi vez, un poco más.

—Empiezo a comprender —dijo Morgennes—. ¡Muy astuto!

Habíamos llegado a un punto en el que tuve que hincar la rodilla en tierra, tan profundo era el saludo del enano. Tan profundo era que se arrodilló y luego se tendió completamente. Yo seguí saludándole, apoyé las manos en el suelo, toqué con la cabeza las losas del corredor, mientras a mi lado Morgennes me imitaba.

Y entonces se produjo el milagro.

El enano saludó tan bajo, tan profundamente, que se hundió en el suelo y desapareció. En el lugar donde había estado el guardián, solo quedó una especie de escalón, un rellano, que invité a franquear a Morgennes con una sonrisa radiante.

—La cortesía abre puertas, ¿verdad? —le dije, orgulloso como un pavo.

—Abre «todas las puertas» —me corrigió Morgennes repitiendo los términos

exactos empleados por el enano.

—¡Eres un mal jugador! —añadí yo riendo.

Entramos en una pequeña sala circular, sumergida a medias en la oscuridad.

En el centro de la habitación, sentado en un trono enmarcado por dos candelabros de siete brazos, un hombre estaba sumergido en la lectura de un libro. Nuestra llegada pareció no preocuparle en absoluto, porque siguió leyendo tranquilamente. Su trono era de madera tallada, adornado con grabados que representaban dragones. Los candelabros difundían la luz justa para permitirle leer, y cuando volvía las páginas, mostraba una sonrisa satisfecha. No era ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado, y su cabeza rubia estaba adornada por una tonsura parecida a la de un monje. Lo más extraño era que a su espalda se erigía un muro desnudo, sin ninguna inscripción, pero con una cabeza de hombre encajada en él como una joya viva. La cabeza, que nos observaba con expresión serena, hacía movimientos con los labios como si quisiera hablar y parpadeaba a veces, dejando ver unos ojos de un azul intenso. Su nariz tenía un perfil griego, y también sus cabellos, cortos y ensortijados, tenían ese tono cobrizo característico de los habitantes de Grecia, y particularmente de Macedonia.

El hombre sentado en el trono volvió una página y una hoja completamente blanca cayó. Entonces cerró el libro y pareció percibir nuestra presencia.

—Ah, por fin estáis aquí —nos dijo.

—¿Con quién tenemos el honor de hablar? —preguntó Morgennes.

—Yo soy la Última Prueba.

—¿El guardián de la Última Prueba?

—No. La Última Prueba misma.

—¿Y en qué consistís? —pregunté yo.

—Habéis llegado a un momento crucial de vuestra vida —nos dijo con una extraña sonrisa—. Ahora tenéis que elegir..

—¿Elegir?

—¡Elegir lo que queréis ser!

—Precisamente —dijo Morgennes— he venido hasta aquí con la esperanza de encontrar el objeto de mi búsqueda.

El hombre levantó su mano libre, como para invitarle a callar. Y Morgennes lo hizo.

—No tan deprisa, amigo mío. Tomaos tiempo para reflexionar, y decidme: ¿qué es lo que más deseáis en el mundo?

Morgennes y yo intercambiamos una mirada. ¿Qué era lo que más deseábamos en el mundo? Sin duda no era matar al Preste Juan, contra quien no teníamos nada en particular. Tampoco era encontrar un dragón —en todo caso en lo que a mí se refería—.

Pero confieso que me resultaba bastante difícil reflexionar, porque la cabeza cortada no dejaba de observarnos, lo que me perturbaba.

Finalmente, fue Morgennes el primero en romper el silencio:

—Volver a encontrar a mi familia.

Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Por qué esta respuesta? ¿Era imposible! ¿Acaso Morgennes ya no deseaba ser armado caballero? ¿Vengar a los suyos? Como para tranquilizarme, mi compañero me dirigió una sonrisa. Tenía la expresión serena de la gente que sabe lo que hace.

—¿Y vos? —me preguntó el hombre del libro—. ¿Habéis elegido?

—No es asunto fácil... Creo que...

Varias respuestas me daban vueltas en la cabeza. Como a Morgennes, también a mí me gustaría volver a ver a mis padres. Pero, aunque, a diferencia de él, a veces me olvidaba de sus rostros o de sus voces, sabía que Dios me había dado el poder de devolverlos a la vida, gracias a la escritura.

—Vencer a la muerte —dije.

—¡Co, co, co! —cacareó Cocotte.

—Muy bien —replicó el hombre—. Os he escuchado. Y a ti también —añadió dirigiéndose a Cocotte.

Luego, a modo de despedida, nos dijo.

—Ya solo os queda llevarlo a cabo y volver a verme. Pero sobre todo no olvidéis esto: ¡cuando los dioses quieren castigarnos, hacen que se cumplan nuestros deseos!

Comprendimos que había llegado el momento de marcharnos. Ya nos dirigíamos hacia la salida, cuando, no pudiendo contener la curiosidad por más tiempo, pregunté al hombre del libro:

—¿Puedo saber qué leéis?

—¡Desde luego!

Me mostró el título de la obra, y luego continuó la lectura. Extrañamente, me pareció ver que la página en blanco de hacía un momento estaba ahora llena de frases, como si una pluma mágica hubiera escrito en ella durante nuestra conversación.

Di las gracias al hombre del libro y volví junto a Morgennes, que rae esperaba en el corredor. Es una lástima que en ese momento no me volviera por última vez, pues si lo hubiera hecho, tal vez habría visto cómo la cabeza cortada apuntaba en mi dirección una lengua de serpiente. No, eso no lo vi; pero lo que vi no me sorprendió menos.

Porque, en el mismo instante en el que Morgennes y yo salíamos del corredor, tropezamos con una treintena de soldados, vestidos con armaduras y túnicas naranjas; su jefe nos dijo en un francés perfecto:

—¡Señores, os arresto por haber osado violar la entrada del Monasterio Prohibido y haber participado en el robo del Arca de Noé!

¡Vamos, buscad, registradlo todo de arriba abajo,
muy cerca de aquí o muy lejos!

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

Mientras una joven esclava rubia de ojos garzos le servía una copa de vino, Manuel Comneno preguntó a Guillermo:

—¿Qué os ha parecido el Laberinto de la Verdad?

Guillermo, que aún tenía la espalda cubierta del sudor frío que le había provocado su estancia entre las serpientes, se secó la frente con ayuda de un paño de algodón, se lavó las manos en un lebrillo de agua clara y respondió:

—Instructivo, como mínimo. Sin embargo, hay varias cosas que me inquietan.

—Hablad.

—En primer lugar, me gustaría saber si me esperan otras pruebas, o si puedo disfrutar con toda tranquilidad de estos ágapes. En segundo lugar, me gustaría comprender para qué sirve un laberinto que no tiene salida.

—Comed. No temáis —le respondió Manuel—. Os doy mi palabra de que no trataré de probaros ni de perjudicaros. Esta pequeña prueba tenía por objeto verificar si mis suposiciones estaban fundadas.

—¿Vuestras suposiciones?

—Para empezar, esas primeras cartas para empujarme a entrar en guerra a vuestro lado. Luego, esta mañana, esta última carta para asustarme. No pueden ser del mismo autor. Sospeché de vos en el caso de las primeras, pero sobre esta última más bien pienso...

—¿En los egipcios?

—Exacto, Guillermo. Y más concretamente en algunos de entre ellos. Estoy pensando en los maléficos ofitas, que están presentes en el entorno próximo del califa al-Adid y siempre están dispuestos a manipular a los poderosos.

—¿Los ofitas? Son adoradores de la serpiente...

Pero el emperador ya no le escuchaba, y continuó, como si hablara para sí mismo:

—¡Ah, ese laberinto! Lo encuentro tan interesante...

—¡Pero si no tiene salida! —repitió Guillermo.

—¿Quién ha dicho que forzosamente tenga que haber una? Yo opino que está

hecho a imagen de la vida. Uno cree entrar en algún sitio, busca su camino protegiéndose de la mejor manera de los peligros, y luego muere después de haber dado vueltas en vano. ¿No es una perfecta metáfora de nuestro destino?

—Pero, si no he entendido mal —prosiguió Guillermo—, solo se tiene la posibilidad de buscar si se es inocente. De otro modo, uno muere mordido por las serpientes...

—¡De hecho, los inocentes también mueren!

—Ya veo. Entonces, ¿el esqueleto que he visto en el laberinto...? ¿Era inocente o culpable, esa mujer?

—¡Ah, mi maestra de las especias! Trató de envenenarme haciendo que me sirvieran un plato demasiado especiado para mi gusto. Pero en fin, no hablemos más de ello. ¡Disfrutad de la fiesta!

Con un gesto de la mano, que hizo que entrechocaran sus innumerables brazaletes, cadenitas y colgantes, Manuel dio la señal para el inicio de las celebraciones. Tres juglares vestidos con trajes de colores vivos entraron en la sala y empezaron a tocar el laúd. Las esclavas sirvieron bebidas y viandas a los invitados; fue una lluvia de vituallas digna del Olimpo, ya que se sirvió ambrosía y todo tipo de manjares muy apreciados por los dioses.

Guillermo se fijó en que el emperador había hecho que debajo de él se arrodillara un humilde anciano que llevaba las manos y los pies atados con cadenas de oro. ¿Quién era ese hombre? Guillermo no habría sabido decirlo, pero el anciano mantenía inclinada su cabeza calva y no decía ni una palabra mientras Manuel vertía vino sobre su espalda desnuda o se secaba las manos con su taparrabos.

Por una confidencia de Colomán, el maestro de las milicias, se enteró de que se trataba de un dios de la Antigüedad, quizá el propio Apolo, capturado por uno de los mercenarios del emperador, un tal Morgennes.

—¡Morgennes! —exclamó Guillermo—. ¡Pero si le conozco! Fui yo quien le aconsejó que abandonara el reino de Jerusalén, donde nadie estaba dispuesto a reconocer su valor.

—Enseguida vi de qué madera estaba hecho —se jactó Colomán—. Me recordaba a un viejo amigo, un excelente soldado que, como Morgennes, tenía algunas dificultades para...

Colomán pareció perderse en sus recuerdos y no terminó la frase.

—¿Obedecer órdenes? —preguntó Guillermo.

—Sí —dijo Colomán volviendo a la realidad—. De hecho, creo que cuando haya cumplido su decimotercera misión, el emperador no le confiará ninguna más. Probablemente, Morgennes acabará su carrera en el circo, en compañía de gladiadores...

—¿Puedo saber en qué consiste su decimotercera y última misión?

—En matar al Preste Juan —dijo Colomán, llevándose a la boca una cucharada de huevos de hormiga.

—Ah —dijo Guillermo.

Tragó con dificultad un grano de uva y, para cambiar de tema, preguntó al megaduque Colomán:

—Ese anciano de ahí, ¿realmente es un dios?

—El emperador lo cree —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Os atreveríais a contradecirle?

—¡Desde luego que no!

Un esclavo instaló entre Guillermo y Colomán una mesa baja, sobre la cual otro esclavo depositó una bandeja de plata que contenía pollo troceado mezclado con arroz y almendras. Guillermo iba a comer con los dedos, pero al ver que Colomán utilizaba cubiertos para llevarse la comida a la boca, le imitó. Un guiso de cordero con especias, acompañado de un gratinado de berenjenas, siguió al pollo; luego, de postre, les sirvieron higos, dátiles, uvas pasas y queso fresco. Algunos esclavos se mantenían a disposición de los invitados, ya fuera para abanicarlos o para verter agua en sus manos y limpiárselas con una servilleta de lino blanco muy agradable al tacto. Guillermo bebió un poco de vino, pero le encontró sabor a resina, por lo que prefirió tomar té. Hacia el final de la comida, les llevaron virutas de jabón para lavarse la barba, y una joven interpretó con una lira una agradable pastoral mientras servían dulces y pasteles en abundancia.

Guillermo estaba encantado, pero al mismo tiempo estaba también ansioso por volver a casa. Allí se encontraba fuera de lugar. Finalmente, Manuel, que durante todo el banquete casi no le había dirigido la palabra, se volvió hacia él para preguntarle:

—¿Qué opináis de los mentirosos?

Guillermo se sobresaltó.

—Bien, mi señor, yo diría que saben hacerse amigos.

—¿Y no lo logran quienes dicen la verdad?

—No. Estos, por desgracia, tanto si dicen la verdad como si dicen simplemente lo que piensan, solo atraen hacia sí odio. Cuando se trata de decir lo que desagrada, claro está.

—¿De verdad?

—La complacencia engendra la amistad, pero de la verdad nace el odio.

—Entonces creo que os encontraríais a gusto con el Preste Juan.

Guillermo mantuvo una calma olímpica, y se contentó con decir:

—¿Puedo preguntaros por qué?

—¿No recordáis lo que estaba escrito en una de aquellas cartas? «Entre nosotros nadie miente ni puede mentir. Y si alguien empieza a mentir, muere enseguida.»

—¡Ah sí! —dijo Guillermo—. Desde luego, lo recuerdo.

El final de su frase se perdió en un soplo inaudible, porque no estaba seguro de saber hasta qué punto era prudente recordarlo.

—Según los ofitas, las serpientes de mi laberinto podrían proceder del reino del Preste Juan —prosiguió Manuel—. ¿No os parece extraño eso?

—Sí, mi señor.

Manuel bebió un trago de té y miró fijamente a Guillermo.

—Creo que ese reino es insoportable. ¿No estáis de acuerdo conmigo?

Guillermo guardó silencio. ¿Qué podía hacer? ¿Darle la razón a Manuel? ¿O no hacerlo? ¿O peor aún, confesar su crimen? ¿Lanzarse a los pies del emperador y confesar lo que había tenido que hacer para inducirlo a entrar en guerra con Amaury? Su labio inferior tembló ligeramente; estaba dudando sobre el siguiente paso que debía dar cuando su mirada se cruzó con la del anciano que servía de reposapiés al emperador. El viejo había levantado ligeramente la cabeza y le dirigía una mirada intensa. Como todos los ojos estaban centrados en el embajador de Amaury, nadie vio cómo le instaba a guardar silencio sacudiendo la cabeza.

De todos modos, Guillermo se sentía —como en el Laberinto de la Verdad-inocente. Sí, forzosamente debía ser inocente. No podía entrar en los designios del Altísimo apoyar a un mentiroso. De modo que, adoptando la más humilde de las conductas dictadas por la diplomacia, Guillermo respondió:

—No sé lo suficiente sobre él como para haberme formado una opinión.

Guillermo tenía la desagradable impresión de ser el ratón con el que el gato se divierte.

—Contadme —prosiguió el emperador, abandonándose con deleite a las manos expertas de una masajista oriental— de qué manera la Compañía del Dragón Blanco salvó la vida de vuestro rey y de sus hombres en la campaña de Egipto. Fue un desastre, ¿no?

Guillermo clavó su mirada en la del emperador, y admitió:

—Sí, mi señor. Un desastre como se viven pocos. Y si la Compañía del Dragón Blanco no hubiera estado ahí para recoger a bordo de su extraña nave al ejército del rey y al de los hospitalarios, es muy probable que el reino de Jerusalén...

—No fuera hoy más que un pálido recuerdo —le interrumpió el emperador, sonriendo bajo la caricia de los dedos de su masajista.

—El rey y su ejército habían tomado posiciones en torno a Bilbais —explicó Guillermo—. La asediaban, cuando Chawar, el visir del califa de Egipto, tuvo una idea diabólica. Dio orden a sus tropas de romper los diques del Nilo. Entonces, una montaña de agua se abatió sobre Bilbais y los caballeros estacionados en la llanura. Protegida por las murallas, la ciudad sahó más o menos bien parada, pero los francos perecieron a miles. La mayoría de los infantes sucumbieron, y sus cadáveres

acabaron flotando con los de los perros y los camellos. Finalmente, algunos caballeros (entre ellos el rey y su corte) consiguieron refugiarse de las alturas en los alrededores de la ciudad; en el techo de una casa, en la copa de un árbol o en una pequeña colina. El rey veía cómo las aguas subían y subían, y se desesperaba. ¿Es que no iban a bajar nunca? La noche caía y las aguas seguían creciendo. Parecía que el propio Nilo tomara parte en el combate. Como una inmensa serpiente de agua, había encerrado a Amaury en una trampa líquida. Y ahí estaba el rey, con su senescal a su lado, y la bandera restallando al viento de la noche. ¿Qué esperanza le queda sobre ese pequeño monte que las aguas del Nilo erosionan sin cesar? Es como los primeros hombres en el momento del diluvio. Espera. Confía. Reza, y se pone en manos de Dios. Pero Noé no está ahí desde hace varios siglos. ¿Quién irá? ¿Quién puede acudir? ¡La Compañía del Dragón Blanco! Ved ese extraño navío que surge bajo un rayo de luna. ¡Las aguas se apartan a su paso, temerosas, porque en verdad es una segunda Arca de Noé! Se acerca entonces a cada uno de los caballeros, y un gigante llamado Gargano les ayuda a subir a bordo. La noche pasa, y el sol vuelve a aparecer. Pero lo que ven los egipcios no es un ejército aniquilado, no es una terrible derrota infligida a los francos. No, lo que ven es nada. El desierto... Y a lo lejos, muy lejos en dirección a Oriente, una mancha. Un punto que se desplaza, es el Arca de Noé que traslada hacia Jaffa los restos del ejército del rey.

—¡Soberbio! —dijo Manuel Comneno aplaudiendo—. ¡Magnífico!

Toda la sala vibró bajo los aplausos y los gritos de éxtasis. ¡Magnífico! ¡Bravo! Pero ¿a quién aplaudían? ¿Al narrador? ¿A Amaury? ¿A la Compañía del Dragón Blanco? Guillermo se inclinaba por esto último. Y lo que siguió le dio la razón, porque Manuel le dijo:

—Ya veis. Os había prevenido. ¡Egipto no es una bagatela! Sin nuestra ayuda estaríais perdidos. De modo que escuchad mis consejos. Id a ver a vuestro rey y decidle que no se impacienta. ¡Os conozco, a los francos! Sois tan impetuosos, estáis tan seguros de vosotros mismos, tan llenos de empuje y de bravura... ¡En el primer asalto! Porque luego, si por desgracia tropezáis con la menor dificultad, temporizáis, habláis, tergiversáis, discutís, polemizáis, valoráis los pros y los contras y filosofáis. Os mostráis como los reyes de la indecisión. ¡Y entonces estáis acabados! Ya no valéis nada para el segundo asalto. Señor embajador, nuestros arsenales necesitan un año para construir la flota que os he prometido. Hasta ese momento no os mováis. O mejor dicho, ¡buscad! Indagad, porque...

El emperador hizo una pausa. Cerró los ojos, y siguió hablando sin mirar siquiera a su interlocutor:

—¿Supongo que habréis leído el Libro de Daniel?

—Sí, mi señor —dijo Guillermo.

—Entonces sabréis sin duda que en él se menciona un culto a los dragones,

establecido en Babilonia...

—Cierto —reconoció Guillermo—, pero Babilonia...

—¡Es El Cairo! Como sabéis, Babilonia sirve a la vez para designar a Babilonia o Babel, y también, y sobre todo, a la ciudad vieja de El Cairo, llamada igualmente Fustat. Pues bien, yo os digo que en Fustat existe una secta de adoradores de dragones, los ofitas, que sin duda ha desempeñado un papel tanto en las cartas del Preste Juan como en el desastroso fracaso de vuestro rey en Egipto.

—¿Puedo preguntar a mi señor qué le permite afirmarlo?

—Fuimos nosotros los que enviamos a la Compañía del Dragón Blanco a Egipto, para investigar a los ofitas y los dragones. Sí, los dragones existen, y no únicamente en las páginas de la Biblia o en la imaginación de nuestros contemporáneos. Los dragones existen, y para vencerlos solo conozco dos medios: la verdad y *Crucífera*, la espada de san Jorge. Necesitamos esta espada. Sin ella, sería vano esperar someter a El Cairo.

Estas palabras las había proferido con los ojos cerrados, y sin embargo, Guillermo sintió toda la urgencia que contenían. ¡Sí, *Crucífera*! La espada de san Jorge, el último de los cazadores de dragones.

—Pero ¿dónde se encuentra?

—Si lo supiera —dijo Manuel—, hace tiempo que el problema egipcio no sería tal. De modo que mal haya Roma y Jerusalén, y basta de bromas. Vuestros juegos ya no me divierten, Guillermo. Ha llegado la hora de la guerra. Y no habéis sido vosotros los que me habéis decidido a entrar en ella, ni los ofitas (a los que tal vez complacería verme derrocar a los chiítas musulmanes para dejarles a ellos el campo libre). Yo también tengo una herencia que defender y un hijo a quien transmitirla. Solo soy el eslabón de una cadena, y no tengo intención de ceder.

—¿Qué proponéis?

—Decid al rey Amaury que me espere, porque nunca se sabe qué funestos acontecimientos podrían producirse si partiera de nuevo en campaña, solo. Sé que anda escaso de oro y no puede disponer de todos los mercenarios que querría. Sé que carece de caballeros y de material. Egipto rebosa riquezas, es cierto. Pero nosotros también. El nervio de la guerra es el dinero; que espere, pues, y lance a alguno de sus hombres tras las huellas de *Crucífera*. ¡Buscad, registradlo todo, muy cerca de aquí o muy lejos! ¡Revolved Lydda, la ciudad donde se venera a san Jorge, de arriba abajo! Encontrad su tumba. ¡Poned El Cairo patas arriba! Porque, si tengo que creer en los augurios, cuando los egipcios ataquen, irán acompañados por dragones. ¡Y nosotros debemos tener, por tanto, draconoctes!

—¿Draconoctes?

—Cazadores de dragones. Esos caballeros que tienen por emblema a san Jorge y a mis dos guardias (hablo de los que montan a mis dragoncillos) como ilustración...

—Muy bien —dijo Guillermo—. Transmitiré esas palabras a mi soberano, y os prometo que haremos todo lo que esté en nuestra mano para...

—Sé que quiere volver a casarse.

—Cierto, pero cómo...

—Que deje de buscar. Si encuentra a *Crucífera*, le daré en matrimonio a mi sobrina nieta. Esto sellará la unión de nuestras familias y de nuestras patrias.

—Os damos las gracias, mi señor.

Dicho esto, Guillermo se levantó de su lecho y dirigió al emperador Manuel Comneno una profunda reverencia.

—He soñado —dijo al basileo— con un poderoso emperador que vendría a vernos y nos diría, como el profeta Jeremías a Judá: «Tomad esta espada, de parte de Dios. ¡Y venced!».

El emperador le dirigió una amplia sonrisa, y chasqueando los dedos indicó a su esclava que fuera a ocuparse de Guillermo. Este empezaba a sonrojarse, incómodo, cuando uno de los guardias del emperador irrumpió en la sala e hincó la rodilla ante Colomán.

—Señor, deberíais venir...

—¿Qué ocurre, Kunar Sell? —preguntó Colomán al guardia, al que conocía bien, pues lo había formado él mismo. —Ha llegado un regalo.

—¡Un regalo! —exclamó el basileo.

—¿Tan grave es? —inquirió Guillermo.

—Nosotros, los griegos, siempre desconfiamos de los regalos —le respondió Colomán, y luego, volviéndose hacia Kunar Sell, le ordenó—: ¡Será mejor que lo traigas aquí!

—Es que —dijo Kunar Sell— no es un simple regalo...

—¿Qué es, entonces?

Unos instantes más tarde, tras muchos jadeos, luxaciones y torsiones de espalda, una veintena de esclavos, dirigidos por el látigo de Kunar Sell, depositaron en el centro de la sala de los diecinueve lechos una increíble escultura en forma de elefante de tamaño natural, tallada en el más puro de los marfiles.

—¿Será una pieza de ajedrez? —se preguntó Manuel Comneno en voz alta—. En ese caso me gustaría ver el tablero.

Una cinta rosa, de la que pendía un pergamino, estaba anudada en torno al elefante. Manuel Comneno ordenó a uno de los esclavos que soltara el pergamino y lo tendió a su secretario para que lo leyera. Este era el contenido del mensaje: «Para agradecer a su señoría, el emperador de los griegos, el magnífico tablero de ajedrez que nos ha enviado, os ruego que aceptéis este espléndido elefante de marfil, de un valor inestimable ya que perteneció a la reina de Saba, cuyo ilustre descendiente soy. Estoy seguro de que ocupará un lugar de privilegio entre vuestra colección de objetos

preciosos y reliquias».

Manuel dudó un momento. Los acontecimientos se precipitaban. Pero había un problema: nunca había enviado un tablero de ajedrez a nadie. Alguien, en algún lugar, trataba de ponerle en ridículo. Abandonó precipitadamente la sala, y Colomán ordenó a la guardia que rodeara al elefante. Luego, sacando su propia espada de la vaina, el maestro de las milicias dio la señal de ataque. Una docena de hombres armados con pesadas hachas se lanzaron al asalto del elefante. Pronto el caparazón empezó a dar muestras de flaqueza, y tres soldados, negros como el hollín, cayeron de sus entrañas. Rápidamente fueron descuartizados, y el suelo se cubrió de sangre y de vísceras. Luego Kunar Sell subió al elefante para inspeccionarlo. Pero solo había un espacio muy reducido, que apestaba a cerrado. Los asesinos debían de haber penetrado en el interior del elefante la víspera o la antevíspera, y allí habían esperado el momento de pasar a la acción. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Realmente habían sido enviados por ese maldito, y misterioso, Preste Juan? Era demasiado tarde para hallar respuesta a estas preguntas, aunque Guillermo había descubierto entre las ropas de los cadáveres algo que podía esclarecer, en parte, el enigma.

—Mirad —dijo, mostrando a Colomán una pequeña moneda cuadrada sumamente extraña.

En una de sus caras aparecía una pirámide con un ojo en el centro, y en la otra, un dragón coronado con esta inscripción: «*Presbyter Johannes. Per Dei gratiam Cosmocrator*».

En verdad os digo que absolutamente todas las especies de peces, de bestias salvajes, de aves aladas o de hombres se encontraban allí fielmente esculpidas y grabadas.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Erec y Enid

El viento soplaba, alisando la superficie nevada de la montaña donde nos retenían prisioneros. Soplaba y soplaba, y todo lo que oíamos era una melodía sorda y delicada, una sucesión de caricias indistintas, roce de seda cuando se separa del cuerpo, canto de la tela bajo la que nos deslizamos para un largo y profundo sueño.

A veces cerraba los ojos, me apoyaba en Morgennes y esperaba. ¿Cuánto tiempo permanecimos así, encadenados el uno al otro, en un reducto que no era mucho mayor que una tumba? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un invierno entero? ¿Por qué nadie venía a buscarnos? ¿Nos habían olvidado?

A veces Morgennes tendía las manos hacia las rejas por encima de nuestras cabezas y rascaba la nieve con las uñas. Era un trabajo difícil, debido a las cadenas que nos rodeaban las muñecas. A intervalos regulares, me traía un poco del fruto de su cosecha:

—¡Traga!

Ya no tenía fuerzas para obedecerle. Entonces, delicadamente, me abría la boca e introducía con los dedos algunos pedacitos de nieve. Yo tenía demasiado frío, demasiada hambre, para decir nada. Pero le miraba, tratando de hablarle con los ojos. Le decía: «Gracias, gracias...».

Como una madre que aprieta a su hijo contra su seno, me apretaba contra su pecho y me transmitía su calor. Probablemente eso fue lo que me salvó. Y digo «me» y no «nos» porque Morgennes no parecía sufrir como nosotros, pobres humanos, por la acción de los elementos. El calor, el frío, le dejaban prácticamente indiferente.

De los soldados que nos habían arrojado a este calabozo, algunos eran habitantes de la región, y otros eran originarios de Francia o de Egipto. Por uno de ellos nos habíamos enterado de que nos encontrábamos en el interior de la zona de los montes Caspios, que marcaban la frontera occidental del imperio del Preste Juan y constituían el territorio de los peligrosos gogs y magogs.

—Os encontráis en lo que queda de los últimos territorios de Alejandro Magno —

me dijo—. Nosotros veneramos al Conquistador y protegemos el Arca, para que nadie venga nunca a bajarla del lugar donde el Altísimo la colocó.

—¿Y los dragones? —pregunté.

El hombre me miró, y luego volvió a unirse a su columna. Por lo visto, era un tema tabú. Pero tal vez los dragones habitaran en esa especie de cavernas perforadas en las laderas de la montaña hacia la que nos dirigíamos. Allí, después de varios días de marcha agotadora, nos quitaron las cadenas. Morgennes y yo estábamos extenuados, y en cuanto los soldados nos desataron de sus caballos, me desplomé, demasiado agotado para permanecer en pie. Bajo la amenaza de sus armas, los soldados nos condujeron entonces a este agujero infame excavado en la nieve.

—¿De qué nos acusáis? —les pregunté con un hilo de voz.

—¡Silencio, gusanos! —gritó el oficial que lucía un casco con un penacho de plumas naranja. Él era quien nos había arrestado—. ¡No contentos con haber violado la entrada del Monasterio Prohibido, formabais parte, además, del equipo que robó el Arca! ¡Confesad que venís de Constantinopla!

¿Robar el Arca de Noé? Pero ¿de qué estaba hablando?

—Sí, es verdad que venimos de Constantinopla —reconoció Morgennes—, pero no tenemos nada que ver con los ladrones del Arca. Ni siquiera sabíamos que estaba en estos parajes.

Mientras hablaba, recordó los esquemas que había visto en el palacio de Colomán. Durante varios años, ni un solo navío había salido de los arsenales de Constantinopla, porque estaban demasiado ocupados reparando, en el mayor de los secretos, un navío del que nadie sabía nada. Un aprendiz de mercenario le había contado un día a Morgennes que los trabajos no avanzaban porque los ingenieros de Manuel Comneno esperaban la llegada de un experto, procedente de Francia. «¿Podía ser que ese experto fuera Filomena?»

—¿Qué pensáis hacer con nosotros? —preguntó al oficial.

—¡Silencio!

Acto seguido se apoderaron de Cocotte y nos confiscaron nuestro equipo, pero nos dejaron las ropas que ahora llevábamos. La nieve y el frío llegaron muy deprisa. Una mañana, o mejor dicho, una noche... —no; efectivamente era por la mañana, aunque ya no había luz—, Morgennes y yo nos despertamos en medio de la penumbra y el silencio. Iba a decir algo, a hablar de mi sorpresa, pero Morgennes me puso un dedo en la boca e hizo: «Chiss...».

¿Cuánto tiempo hace? Mi mente se aferra al desfilar de los días. ¿Cuánto tiempo? ¿Por qué me importa tanto saberlo? Y cuando llegue la respuesta, ya sea en días, semanas o meses, ¿qué cambiará? ¿Cuánto tiempo? ¡Tengo que saberlo, o me volveré loco! El tiempo es ahora todo lo que tengo. Acurrucado contra Morgennes, escucho

los latidos de su corazón. Palpita lentamente. Comparado con el suyo, el mío suena como un redoble de tambor. Es imposible. Seguramente estoy soñando, como he soñado todo lo que precede.

Suavemente, Morgennes posó la mano en mi hombro y me despertó.

—Es invierno —murmuró—. Es mi aniversario...

Vuelvo a dormirme.

Morgennes pronto tendrá treinta años. Así pues, ya nunca será armado caballero. Es demasiado viejo. Todo lo que puede esperar, como mucho, si un día vuelve a Jerusalén, es acabar como hermano sargento de la Orden del Hospital. ¡Después de todo, es monje! ¡No es poca cosa ser hermano portero! ¿Y yo? Yo soy mayor que Morgennes. Ya debería haber sido ordenado sacerdote.

Vuelvo a dormirme.

Un poco de frío en la garganta. Morgennes me da de comer nieve. No abro los ojos. Pero en algún lugar, en el fondo de mi ser, pienso: «Gracias, Dios mío. Gracias».

Vuelvo a dormirme...

Oigo cómo tañen las campanas. Se acabó. Son las del monasterio. El de Saint-Pierre de Beauvais. ¡Así que estamos salvados! Puedo seguir durmiendo tranquilamente.

—Vamos, ya es hora —dice Morgennes.

No, déjame. Todo va bien ahora. Hemos vuelto...

—¡Vamos, es hora de levantarse!

Me sacude, me zarandea violentamente.

¿Qué haces? ¡Déjame tranquilo, estoy bien!

—¡Levántate! ¡Cocotte ha puesto un huevo!

Abro los ojos. No. Trato de abrir los ojos, pero no lo consigo. ¿O los he abierto ya? No. Un soplo sobre mis párpados. Es Morgennes. Su aliento me calienta las pestañas, pegadas por el hielo. Abro los ojos por fin. Pero el mundo está cerrado. Porque todo es gris, negro o blanco. Morgennes está ahí, bajo una rendija de luz, donde ha excavado una galería.

—¡Tenemos que salir! —dice sacudiéndome.

—Dormir un poco más.

—Ya has dormido bastante. Hace varios días que duermes. ¡Basta! ¡Despierta!

—Pero... ¿y los demás? —consigo balbucir.

—Están muertos.

—¡Muertos!

Brutal aflujo de sangre en mis venas. «¡Muertos!» Esta simple palabra me revigoriza. Por fin vuelvo a ser dueño de mí mismo. Me levanto, y me desplomo a los

pies de Morgennes, que me sujeta por debajo del brazo y me levanta. Me sostiene contra él. Él es yo. Yo soy él. Formamos una única carne. Qué importa, pues, que muera... Aunque...

—¿Y Cocotte? Has dicho que había puesto un huevo.

—Mentía. Era para que te despertaras.

Levanté la mirada. Un delgado tubo de luz conducía hacia el exterior, entre dos barrotes de metal oxidado.

Morgennes desgarró la poca ropa que le quedaba para enrollármela en torno a las manos, los brazos y el torso.

—Ayúdame con tus cadenas...

—Y el cielo te ayudará —dije yo con una débil sonrisa. —¿Ves?, ya estás mejor. ¡Vamos! ¡Piensa en Cocotte!

Morgennes me aupó hacia arriba y me encontré de cara a la nieve, con la nariz hundida en la blancura y con el cielo sobre la cabeza. Fijé como referencia esa mancha de azul y no aparté la vista de ella. Y me puse a cavar, sin pensar en nada.

Me encontré al aire libre, con la cabeza unas pulgadas por encima de la superficie del suelo. ¿Qué decir? «Nieve en el horizonte», habría gritado el vigía de un barco. «¡Vamos, un esfuerzo más, mi pequeño Chrétien, y pronto nacerás! Salir de este entorno frío te sentará de maravilla.»

Pero en realidad hacía más frío fuera que en el interior, y yo dudaba si abandonar mi nido... Solo que no tenía elección. Morgennes me empujaba con tanta fuerza que me encontré reptando sobre la nieve, arrastrando tras de mí, como un cordón umbilical, la cadena con la que nos habían atado los pies y las manos. Tiré, y Morgennes emergió a su vez a la luz del día. Me sonrió. ¿No era esa nuestra victoria más hermosa? ¿La más maravillosa ascensión que nunca habíamos realizado?

—¡Salvados! ¡Estamos salvados! —le dije.

Estuve a punto de saltarle al cuello. Pero vi que se desplazaba doblado en dos. ¡Tenía frío, temblaba!

—¡Morgennes!

A decir verdad, aquello no tenía nada de extraordinario, ya que estaba completamente desnudo y soplaban el viento. Morgennes se había despojado de todo para dármelo a mí, y solo llevaba encima esa cadena inmunda que se adhería a mis dedos ensangrentados y se le pegaba a la piel. Si seguía tirando, iba a despellejarlo vivo. Debía aflojarla, pero no lo conseguía. Una serpiente de metal nos había aprisionado en sus anillos.

—¡Morgennes!

Se puso a llover. Corrimos hacia una cavidad en la montaña, un hueco lo bastante grande como para poner a resguardo los caballos. El suelo estaba cubierto de paja podrida, y sobre ella, muertos. Cadáveres de caballos con el vientre abierto y la carne

blanca, congelada. Y restos de seres humanos. Lo más extraño era la expresión de sus rostros: habían sufrido atrocemente. En su cuerpo —supongo que el frío había contribuido a retrasar la descomposición— se veían rastros de hinchazones.

La muerte silenciosa había ido a visitarles, y en cambio, nos había perdonado a nosotros.

—¿De qué han muerto?

—De peste —me dijo fríamente Morgennes.

—¿Cómo lo sabes?

Me mostró una rata reventada en un rincón de la cueva. No lo entendía. ¿Qué relación tenía aquello con la peste? Morgennes me explicó que había leído en *El libro del tiempo* (esa obra antigua que había robado para Manuel Comneno) que las ratas estaban, si no en el origen, sí al menos ligadas a la peste.

—¿Y Cocotte?

Se encogió de hombros. Como yo, esperaba que estuviera bien, pero no se hacía ilusiones sobre su suerte.

—En cuanto a nosotros —me dijo Morgennes—, creo que ya no tenemos nada que temer. La epidemia debe de haber pasado.

Se acercó a uno de los cadáveres, y reconoció al oficial que nos había arrestado. Sin decir palabra, lo despojó de su túnica naranja.

—Si encontrara un arma, podría romper esta cadena y vestirme...

Miramos por todas partes, y al final dimos con las herramientas de un difunto herrero.

—¡Perfecto!

Empuñó un pesado martillo y lo abatió varias veces contra la cadena, que acabó por partirse. ¡Libres! Froté mis doloridas muñecas, me di un masaje en las pantorrillas y dirigí una franca y cálida sonrisa a Morgennes.

—Gracias. Sin ti...

—Sin mí nunca te habrías encontrado en esta situación. Estarías...

—Estaría muerto... —le dije.

—¿Muerto?

—Sí, destripado por una multitud enfurecida en Arras. O pudriéndome en una prisión peor que la que acabamos de abandonar. .. ¡Recuerda el huevo roto!

—Pero ¿qué viste para asustarte tanto? ¿Puedes decírmelo ahora?

Miré a Morgennes y le prometí:

—Te lo diré, sí; pero no ahora. Cuando estemos seguros, en un lugar... que no sea este, calientes, ante una buena comida y junto a un buen fuego. Entonces te lo diré todo. Te lo juro. Te contaré todo lo que sé...

Al cabo de un rato, la lluvia dejó de caer, y abandonamos la cueva. Morgennes aún arrastraba su cadena.

—¿No quieres dejarla?

La hizo girar en el aire, y me dijo:

—¡Es mi arma! ¿Me preguntabas con qué pensaba vencer al dragón? ¡Lo haré con ella!

Su cadena producía un zumbido aterrador, parecido al de mil colmenas encolerizadas.

Las pequeñas construcciones adheridas a las paredes de la montaña me recordaban esas almejas pegadas a la roca que la marea baja deja al descubierto. Cuando las registramos, encontramos otros cadáveres. Ese pueblo estaba muerto.

—Prendámosle fuego —dijo Morgennes.

Una llama lamió el cielo, fundiendo la nieve a su alrededor. Además de calentarnos, purgaba esos lugares de la enfermedad y de todo el mal que se había instalado en ellos. Morgennes y yo rogamos por el descanso de los muertos.

Al caer la noche, la hoguera todavía ardía. Aprovechamos su luz para seguir explorando ese extraño paraje. Tenía cierto parecido con las cavernas de Capadocia, el país natal de san Jorge: grutas comunicadas entre sí, alojamientos rupestres donde rudas poblaciones se esforzaban en sobrevivir, apartadas del mundo.

Los agujeros en la montaña que tanto me habían intrigado a nuestra llegada resultaron ser una especie de graneros, donde se almacenaban alimentos, armas, armaduras y materiales diversos. Y aunque allí encontramos nuestro equipo (del que os ahorraré la enumeración, pero que comprendía, entre otras cosas, la cruz de bronce de Morgennes y mi draconita), no vimos ni la punta de la cola de un dragón, si exceptuamos los que aparecían aquí y allá en una serie de frescos gigantes, pintados directamente en la roca, donde también estaban representados todo tipo de peces, bestias salvajes y pájaros alados a los que Noé había invitado a subir al Arca.

En ellos, los dragones ocupaban un puesto de privilegio, como si en esas montañas se les rindiera culto. Sin embargo, los que aquí veíamos no se parecían en absoluto a los monstruos que imaginábamos en nuestras tierras; porque aunque, como ellos, surcaban los cielos, estaban desprovistos de alas y ondulaban entre las nubes como las serpientes en la hierba. El dragón de esta región nos pareció un poco burlesco. Su mirada, su forma de presentar las garras y de correr tras una nube reflejaban una especie de picardía que no tenía nada de hostil. Era casi un animal doméstico. Pero no encontramos nada que nos permitiera saber más sobre él. Lo que para Morgennes fue una decepción.

Una decepción que se tiñó de tristeza cuando encontramos el gallinero, porque solo quedaban un montón de plumas y huesos dispersos. Parecía como si un ejército de lobos se hubiera dado un festín, mordiendo y devorando a todas las gallinas que habían atrapado en sus fauces.

Ni Morgennes ni yo proferimos una sola palabra; era difícil saber si entre las plumas que veíamos pegadas a los muros mezcladas con sangre se encontraban las de Cocotte. En todo caso, estaba claro que en este lugar no quedaba nada vivo.

—Ven —me dijo Morgennes—. No nos quedemos aquí.

Ya se disponía a lanzar su antorcha al interior del gallinero, para que corriera la misma suerte que el resto del pueblo, cuando distinguí un reflejo rojo. ¡Una pequeña pluma! La pluma revoloteó en el aire, describió dos o tres círculos girando sobre sí misma, y fue a posarse sobre una superficie redonda y lisa, del color de la caliza.

—¡Un huevo!

Morgennes levantó su antorcha e iluminó un huevo, misteriosamente salvado de la matanza.

—¡Un huevo de Cocotte! ¡Un huevo de Cocotte!

Estaba convencido de que era suyo. La pluma lo cubrió delicadamente, como para mostrármelo. Lentamente me acerqué al huevo y lo cogí.

Pero en ese momento oí el tañido de una campana. Esta vez estaba seguro, no lo había soñado.

—No —me confirmó Morgennes—, no estás soñando...

No era momento de discutir, y los dos miramos en dirección al tañido de la campana, que se dejó oír de nuevo. En realidad eran campanillas, o cascabeles; en medio de un torbellino de bruma y de polvo blanco, vimos surgir un cortejo de hombres y caballos, cuyas formas difusas empezaron a perfilarse cada vez más nítidamente.

Dos personas marchaban en cabeza, una cubierta con una capa, y la otra con un velo. Sus rasgos aún no sé distinguían con claridad, estaban demasiado lejos, y la nieve y el viento difuminaban las líneas. Todo era confuso. Sin embargo, creímos reconocer... No, era imposible, puesto que estaban muertos.

No me atrevía a pronunciar los nombres que me quemaban en los labios, pero Morgennes lo hizo por mí:

—¿Sibila? ¿Thierry?

¿Estábamos delirando? Nos parecía reconocer, en efecto, en el hombre y la mujer que empezábamos a distinguir en este instante, al conde de Flandes y a su esposa, Sibila. Y si ellos estaban allí, significaba que estábamos en el Paraíso.

Y que estábamos muertos.

Pero no, porque la bruma se disipó, y entonces vimos que se dirigían hacia nosotros un hombre y una mujer que no conocíamos. Detrás de ellos avanzaba bamboleándose un carromato con las armas del papado; sus ruedas revestidas de hierro dejaban en el polvo la marca de dos serpientes.

El hombre, vestido con una gruesa piel y calzado con botas forradas, se acercó jadeando, como si hubiera realizado un gran esfuerzo. Curiosamente parecía aliviado.

El grueso collar de barba negra, su mirada inquisidora, que abrazaba todo lo que le rodeaba, y su manera de guardar las distancias, lo identificaban como un clérigo o un diplomático de alto rango. Cuando estuvo solo a unos pasos de nosotros, nos inspeccionó de arriba abajo sin preocuparse de guardar las formas, como si se encontrara frente a unos bárbaros, dudó en hincar la rodilla en tierra, pero preguntó de todos modos a Morgennes:

—¿Sois el Preste Juan?

Diría que os burláis de mí. ¿De verdad os estáis burlando?

CHRÉTIEN DE TROYES,
Guillermo de Inglaterra

Amaury tuvo un sueño.

Se encontraba en Jerusalén, en el Santo Sepulcro, en el momento de su coronación. El patriarca aún no le había colocado la corona sobre la cabeza, y Amaury esperaba rezando, con la mirada humildemente baja y las manos unidas en un gesto piadoso. Pero mientras recitaba algunas frases latinas que no entendía en absoluto y que aparentemente no tenían ningún sentido, Amaury se sintió extrañamente solo. Levantó un párpado y constató que frente a él no había patriarca ni niños del coro, y que las dos velas colocadas junto al altar brillaban con una luz extraña.

Un movimiento a su espalda atrajo su atención. Al mirar atrás, distinguió unas serpientes que se deslizaban entre los bancos del Santo Sepulcro, descendían a lo largo de los pilares, de las cortinas, surgían del interior de las vidrieras, salían del suelo, de las juntas de las losas... Y luego emergían de entre sus propios dedos.

Amaury lanzó un grito y se levantó para ir a coger su espada, pero entonces se dio cuenta de que iba vestido con una túnica de lino blanco y de que se había despojado de sus armas —como en los primeros tiempos del Santo Sepulcro, cuando el reglamento prohibía que entraran las mujeres y los hombres armados o con intenciones belicosas.

Llamando a sus hombres, aunque era incapaz de pronunciar nada que no fueran palabras entrecortadas, tartamudeando aún más que de costumbre, Amaury se dirigió apresuradamente hacia la doble puerta de la iglesia. Pero estaba cerrada con llave, y de la cerradura salían áspides. Retrocedió, volvió junto al altar y se arrodilló valerosamente en medio de los reptiles, al pie de la Vera Cruz. Allí, mientras balbucía una oración, vio cómo el relicario de oro y piedras preciosas donde estaba insertada la Santa Cruz ondulaba, se hinchaba, se resquebrajaba y luego se partía en dos y vomitaba culebras.

Amaury despertó bruscamente, con el cuerpo bañado en sudor. Incluso en los

inviernos más fríos, como este, a menudo le arrancaba de su sueño una desagradable sensación de ahogamiento. Pero esta vez era distinto. Como un gran insecto que inspeccionara con sus antenas la crisálida en la que se había encerrado antes de su transformación, Amaury palpó con la palma de la mano las sábanas en las que se había envuelto. Estaban húmedas. Pero no era eso lo que más le incomodaba. En cuántas ocasiones se había despertado, de niño, en sábanas húmedas de orina, de adolescente, en sábanas manchadas de semen, o de adulto, en sábanas húmedas de transpiración. Infinidad de veces. No, lo que más le sorprendía era que no se sentía los brazos, ni el derecho ni el izquierdo... Redoblando esfuerzos por liberarse, consiguió por fin extraer uno de sus miembros..., ¡que se había transformado en víbora!

Amaury despertó, esta vez de verdad. Con el corazón palpitante y los brazos entumecidos, gritó:

—¡Chambelán!

En el pasillo que daba a su habitación sonaron unos pasos, la puerta se abrió, y el chambelán apareció en el umbral.

—¡P-p-por fin llegas! —dijo Amaury—. ¿Dónde estamos?

—Majestad, no comprendo...

—¿Dónde estoy? ¿Qué lugar es este?

—Majestad, estáis en el Krak de los Caballeros, adónde habéis querido acudir para inspeccionar los trabajos de acondicionamiento y ver en persona el increíble descubrimiento realizado por los hospitalarios en el curso de la obra.

—Ah, sí, es verdad —balbució Amaury—. Tenía la mente un poco confusa por una p-p-pesadilla...

—¿Un mal sueño?

—¡Una p-p-pesadilla, acabo de decírtelo! ¿Dónde están Alfa y Omega?

—A vuestros pies, majestad, como siempre.

El chambelán y Amaury miraron al pie de la cama, y vieron un gran cojín acolchado de terciopelo rojo con el hueco que habían dejado los perros; pero los animales no estaban.

—¡Alfa! —gritó el rey.

—¡Omega! —llamó el chambelán.

Eso desencadenó la ira de Amaury, que le amonestó:

—¡P-p-pero qué estás haciendo! ¿Te burlas de mí? ¿No querrás llamar a mi hijo, ya puestos? Solo yo tengo derecho a llamar a mis p-p-perros. ¡Alfa! ¡Omega!

Ruborizado por la confusión, el chambelán se retorció las manos mientras se decía que nunca más volvería a aceptar un puesto semejante. Ocuparse de la casa del rey, de sus finanzas, era por regla general un cargo particularmente ambicionado. Pero con Amaury nada era normal. Nunca se sabía qué antojo le vendría a la cabeza,

qué decretos promulgaría, qué órdenes —a cual más extravagante— daría.

A cuatro patas sobre las losas del Krak, Amaury buscó bajo su mesa y bajo su sillón; entonces tuvo la idea de mirar bajo la cama. Y allí encontró por fin a sus dos bassets, encogidos, temblando desde las patas hasta el extremo de la cola.

Después de haberlos depositado en su cama, Amaury se volvió hacia su chambelán, levantó los brazos para que le ayudara a quitarse el camisón y preguntó:

—¿Dónde estabas?

—Majestad, estaba junto a vuestra puerta, tal como mi deber...

—¿D-d-dormías?

—Majestad...

—¿Y bien? ¿D-d-dormías?

—Yo, hummm... Sí. Perdón, majestad.

—Chis, chis, no necesito oír tus exc-c-cusas. Lo que quiero saber es dónde estabas.

—Pero majestad, acabo de deciros...

—Sí, sí, junto a mi p-p-puerta...

Desnudo, Amaury dio unos pasos por la habitación y se dirigió hacia la ventana, mostrando al chambelán sus grandes nalgas llenas de granos rojos. Este cerró los ojos, y luego volvió a abrirlos, diciéndose que después de todo había visto cosas peores. (Pensaba en el par de senos, de lo más femeninos, que colgaban del pecho de su rey.) Bufando como un buey, Amaury efectuó una serie de ejercicios físicos, y luego se volvió hacia su chambelán para que le ayudara a vestirse.

—¿Y bien? —prosiguió el rey.

—Majestad, no comprendo vuestra pregunta...

—P-p-pues es muy clara —balbució Amaury—. He tenido una p-p-pesadilla, en el curso de la cual me encontraba en Jerusalén, en el Santo Sepulcro. Me atacaban unas serpientes, y yo p-p-pedía ayuda, pero nadie acudía. ¿Por qué?

—Su majestad debe de burlarse de mí —dijo el chambelán, cada vez más confundido—. No tengo el poder de intervenir en los sueños.

—¡Pues es una lástima! Porque me encontraba en una p-p-posición extremadamente enojosa. ¡Créeme, no olvidaré t-t-tan fácilmente que tú, el patriarca, mis guardias, senescal, condestable y tu-tu-tutti quanti no hicisteis nada cuando os necesitaba tanto!

—Sí, majestad. Perdón, majestad.

—La próxima vez, t-t-trata de intervenir...

—Desde luego, majestad.

Los dos bassets ladraron, gruñeron al chambelán, y saltaron a los brazos de Amaury cuando este acabó de embutirse en el grueso manto de piel de oso que su chambelán le había ayudado a ponerse.

Unos instantes más tarde, los dos hombres atravesaban el patio principal del Krak de los Caballeros, realzado por su nuevo muro exterior. Hospitalarios y guardias reales se levantaron al paso de Amaury para saludarle. Luego el rey se dirigió hacia la gran sala del Krak, donde le esperaban el comendador de los hospitalarios, Gilberto de Assailly, y algunos pares del reino, así como un misterioso individuo, totalmente vestido de cuero negro, que pretendía ser el «embajador extraordinario del Preste Juan».

Este título había impresionado vivamente a Amaury, a quien habían informado sus espías del escándalo provocado en Constantinopla por ese enigmático Preste Juan. ¿Legendario o real? En cualquier caso, no cabía duda de que el emisario que se había presentado la noche anterior en el Krak de los Caballeros existía. Por eso Amaury estaba impaciente por oírle hablar de su fabuloso reino y de la ayuda que pensaba proporcionarle en sus proyectos de conquista.

—Sobre todo le pediré que nos preste oro, a cambio de la Vera Cruz...

En el patio, una forma corrió hacia una puerta, la abrió y desapareció por ella precipitadamente. Amaury fingió que no la había visto. Debía de ser una mujer, una de las escasas sirvientas admitidas al servicio de los hospitalarios. Sin embargo, igual que en Jerusalén, Amaury había ordenado:

—¡No quiero mujeres en mi camino!

Cierto que tenía muchas ganas de encontrar una nueva esposa, pero debería ser alguien excepcional. Por otra parte, Amaury no tenía ningunas ganas de facilitar las cosas a sus nobles. Su celibato le proporcionaba una buena excusa para fastidiarlos.

Cuando entró en la gran sala del Krak, donde acababan de servir una colación a la decena de hospitalarios presentes, Amaury constató que el ambiente era sombrío. Después de depositar a sus bassets sobre la paja, para que fueran a comer en compañía de los hermanos castigados por pequeñas faltas, soltó un eructo atronador, se aclaró la garganta y escupió al suelo.

—¡Eso ya está mejor! —dijo, con una amplia sonrisa, en dirección al embajador extraordinario.

Era imposible precisar el sexo de ese individuo, ya que una máscara de cuero negro le ocultaba el rostro y no dejaba ver más que dos ojos negros que evocaban vagamente los de las serpientes. Un látigo terminado en puntas guarnecidas de púas colgaba de su cinturón, y llevaba en los zapatos unas impresionantes espuelas, de una decena de pulgadas de largo, prolongadas por una boca de dragón. Una gruesa capa de cuero negro, que se podía cerrar por delante, colgaba, arrugada, sobre sus hombros, como después de una larga jornada de camino.

—¿Habéis tenido buen viaje, señor embajador extraordinario? ¿O debo decir señora embajadora extraordinaria? —inquirió Amaury.

—Señor —precisó el embajador con una ligera reverencia—. Estas son mis cartas

credenciales.

Entrechocó los talones y hundió su mano enguantada de cuero en un zurrón que llevaba atado al muslo. Sacó de él un fino rollo de pergamino, cerrado con un sello. Amaury lo examinó, admiró el trabajo, que representaba el ojo en el centro de la pirámide, y preguntó, mientras rompía el sello:

—Venís de lejos, si he entendido bien.

—En efecto —dijo el embajador—. Del otro lado de los montes Caspios. Partí ayer.

—¿Ayer? Me parece p-p-poco tiempo para un trayecto tan largo.

—Es que viajo a lomos de un dragón, majestad. Como todos los diplomáticos y correos del emperador.

—¿A lomos de un dragón? Humm..., debe de ser práctico para transportar el equipaje. ¿Y dónde habéis dejado a vuestro dragón? ¿En los establos?

—¡No, majestad! Habría devorado a todos vuestros caballos, lo que supondría una mala forma de entrar en materia. Le he permitido volver a los cielos, que son su única morada.

—¿Y cómo lo llamaréis cuando queráis partir de nuevo?

—Con esto, majestad.

El embajador del Preste Juan mostró a Amaury una cadena, en cuyo extremo colgaba un silbato de plata que representaba a un dragón.

—Me basta con soplar, y mi dragón acude.

—Qué ingenioso —dijo Amaury.

Pero ya no le escuchaba. Mientras estudiaba con mirada distraída las credenciales del embajador, le preguntó:

—Embajador P-p-palamedes, ¿estáis versado de algún modo en la ciencia de los sueños?

—¿Puedo preguntar a su majestad por qué me hace esta pregunta?

—Es que esta noche he tenido una espantosa *pesadilla*, ¿sabéis? —dijo Amaury, insistiendo en la palabra «pesadilla» y mirando a su chambelán directamente a los ojos.

—Será un honor ayudar a su majestad, si puedo...

Amaury contó su sueño, y concluyó diciendo:

—¡Qué lástima que mi querido Guillermo t-t-todavía no haya vuelto de Constantinopla! Él, al menos, habría sabido descifrar mi sueño. Es muy bueno en oniromancia, ¡y ese es solo uno de los numerosos d-d-dominios en los que destaca!

—Majestad, si me permitís, estas serpientes...

—¿Sí? —preguntó Amaury, interesado.

—Son dragones...

—¡Lo sabía! —exclamó Amaury, golpeando la mesa con el puño, lo que hizo que

todo el mundo se sobresaltara—. Entonces, necesitaríamos...

—Yo puedo ayudaros, los dragones son muy comunes en nuestro reino.

—Sí, sí, claro. Pero necesitamos a ese caballero, ¿c-c-cómo se llama? El que ajustó las cuentas a un dragón durante mi co-co-coronación...

—¿San Jorge? —preguntó Gilberto de Assailly, temiendo lo peor.

—¿Qué decís? ¿Me tomáis por idiota? —tronó Amaury—. Os estoy hablando de ese juglar, el que representaba el papel de san Jorge...

—¡Ah! Sí, ya veo —dijo Keu de Chènevière—. Un caballero ciertamente peculiar. Pero ya no recuerdo cómo se llamaba. Mor... algo... ¿Morbeno? ¿Mordomo?

—Se llamaba Morgennes —dijo el joven hermano Alexis de Beaujeu—. Y no era caballero.

—¿Ah no? —se extrañó Amaury—. Habrá que corregir eso... ¡Un hombre que no teme enfrentarse a un dragón debe ser armado caballero al instante!

En la gran sala nadie dijo nada. Como ocurría a menudo, con Amaury nunca se sabía si se estaba haciendo el tonto o si quería probar a los suyos.

—En cualquier caso —prosiguió Gilberto de Assailly—, los dragones se encuentran justamente en el centro de nuestros problemas. Y hay que felicitarse por la llegada de su excelencia el embajador extraordinario, justo en el momento en el que nuestros hermanos del Krak han hecho este pasmoso descubrimiento...

—Bien, bien —dijo Amaury con aire pensativo—. Creo que ha llegado el momento de hacer una exposición de la situación a nuestro nuevo amigo.

—Si su majestad lo permite, yo puedo encargarme —propuso Gilberto de Assailly.

—¡Adelante, pues!

—Esta es la situación: no podremos aguantar mucho tiempo en Jerusalén si no nos apoderamos de Egipto. Pronto hará dos años que Nur al-Din multiplica sus ataques contra los flancos orientales del Líbano. En la batalla de Harim, nos infligió una derrota memorable e hizo prisionero al conde de Trípoli.

—Al que echamos en falta —interrumpió Amaury.

—¡Desde luego! —exclamaron a coro todos los hospitalarios presentes en la sala. El hecho de que Amaury reemplazara a Raimundo de Trípoli durante su cautividad contribuyó a que su respuesta fuera aún más vigorosa y sincera.

—De todos modos, no insistáis demasiado —dijo Amaury—. He comprendido.

—En resumen —prosiguió Gilberto de Assailly—, la situación es extremadamente compleja; y no hay que olvidar que no sabemos todavía si las conversaciones mantenidas por Guillermo en Constantinopla han dado fruto.

—Lo d-d-darán, podéis estar seguro —dijo Amaury—. Conozco a Guillermo mejor que nadie. Y todo lo que emprende se ve co-co-coronado siempre por el éxito.

—Más recientemente —continuó Gilberto de Assailly—, el brazo ejecutor de Nur

al-Din, el infame general Shirkuh, ha atacado Transjordania, donde ha destruido una plaza fuerte que los templarios habían construido en una gruta, justo al sur de Ammán. La pinza se cierra... Tenemos que actuar, y rápido. No podemos permanecer aquí con los brazos cruzados esperando a saber si el emperador de Constantinopla se digna concedernos su ayuda y qué forma adoptará esta...

—Sin embargo —le interrumpió Amaury—, sabéis que nos faltan t-t-tropas. Atacar Egipto en este momento supondría dejar desguarnecido el condado de Trípoli y el norte del reino. Y eso sería c-c-conceder una ventaja inestimable a Nur al-Din.

—Necesitáis refuerzos —dijo el embajador del Preste Juan.

—Evidentemente —dijo Amaury—. Y no dejamos de buscarlos, en t-t-todas partes. ¡Incluso he escrito t-t-tres veces al rey de Francia, pero no he recibido una sola respuesta! Ni un centavo, ni la sombra de un soldado. Nada. ¡Niente! ¡Piel de zobb, como dicen los árabes! —exclamó, haciendo chasquear el pulgar en la boca.

—Conozco bien Egipto —explicó el embajador del Preste Juan—. El reino es un fruto maduro que no tardará en caer, siempre que se sepa dónde y cómo cogerlo. Deberíais ir allí y establecer un protectorado. Estoy seguro de que Chawar, el visir del califa, sabrá acogeros con todas las atenciones debidas a vuestro rango. Podéis contar con él. ¡Y convertirlo en el nuevo califa de Egipto!

—La última vez estuve a p-p-punto de perder la vida allí, junto con todos mis hombres —recordó Amaury—. Si esa C-c-compañía del Dragón Blanco no hubiera acudido a salvarnos, ahora en lo alto de las mezquitas de Jerusalén brillaría una horrible media luna de oro, en lugar de las magníficas cruces que hemos hecho c-c-colocar en ellas...

—Esperar a los griegos —señaló Gilberto de Assailly— es exponerse a tener que repartir con ellos... Y comprometerse con los rivales de Roma. Ya han vuelto a apoderarse de la iglesia de Antioquía. ¿No querréis, majestad, que sea también en Constantinopla donde se decida quién debe ocupar la cabeza de las iglesias de Trípoli, de Jerusalén, de Acre o de Tiro?

—No, no, desde luego —dijo Amaury—. Pero los griegos son p-p-poderosos, son ricos... ¿Qué son dos años? ¡Ah, si tan solo aceptarais —dijo dirigiéndose a Palamedes— prestarnos t-t-tres millones de besantes! En prenda de vuestra buena fe, claro está...

—Majestad, me parece un poco prematuro...

—Majestad —cortó Gilberto de Assailly—, si mi plan no os complace, creo que ha llegado el momento de que abandone mi cargo de comendador de los hospitalarios y vaya a terminar mis días en alguno de nuestros monasterios, en Inglaterra, donde nací.

Amaury hizo un gesto, como diciendo: «Haced lo que preferíais, poco me importa», lo que desencadenó la cólera de algunos nobles presentes en la sala, y

particularmente la del más poderoso de entre ellos: el barón de Ibelín.

—¡Yo afirmo, majestad —intervino este con vehemencia—, que hay que aprovechar las informaciones que posee el señor embajador extraordinario y atacar sin esperar más!

—Escucha, tú —dijo Amaury al barón de Ibelín—, ¿quién crees que eres p-p-para hablarme en este tono? ¿Debo recordarte quién te hizo barón?

—Y a vos, majestad, con todo el respeto que os profeso, ¿debo recordaros quién os hizo rey? —dijo el barón volviéndose hacia la asamblea de pares del reino.

Un pesado silencio se hizo en la gran sala, apenas turbado por el mordisqueo de los perros, que roían unos huesos.

—Lo que necesitaríamos —dijo el embajador para rebajar la tensión— es un casus belli...

—¿Como qué, p-p-por ejemplo? —preguntó Amaury.

—La falta de pago de las sumas prometidas...

—Ya está hecho.

—Atacad —prosiguió el embajador—. De otro modo será vuestro peor enemigo, Nur al-Din, quien lo hará en vuestro lugar. Atacad y os prometo que recibiréis la ayuda de una decena de dragones y de un millar de amazonas.

Caballeros, nobles y hospitalarios intercambiaron miradas de estupefacción. Solo Amaury conservó la calma.

—D-d-dragones... ¿Como el que los hospitalarios han descubierto?

—¿Cómo decís? —preguntó, sorprendido, el embajador.

Unos instantes más tarde, los dos hombres se encontraban, en compañía del estado mayor de los hospitalarios, de los pares del reino y de una decena de soldados, en los contrafuertes del Yebel al-Teladj, donde se erigía el Krak de los Caballeros. En el polvo se dibujaban los contornos de unos huesos enormes, sobre los que los bassets de Amaury se lanzaron ladrando como locos. Mientras roían esas osamentas prodigiosas, que los guardias rodeaban para indicar sus proporciones al embajador del Preste Juan, Amaury preguntó a este último:

—¿Hablabais de d-d-dragones como este?

En efecto, bajo sus ojos surgía la silueta de un enorme dragón, de una longitud de varias lanzas. El lomo, el cuello, las patas y las fauces se distinguían claramente; unos obreros trabajaban para liberar las partes restantes de la bestia, de la que solo quedaban los huesos —de una antigüedad de varios miles de años— y algunos globos color de tierra, del tamaño de huevos grandes, que se encontraban en su vientre.

El embajador del Preste Juan abrió los ojos desorbitadamente, pasmado ante aquella visión. Tan pasmado que se quedó sin habla. Esta vez fue Amaury quien rompió el silencio, señalando a sus dos bassets. Uno se esforzaba en arrancar de la

montaña una tibia del tamaño de un hombre, mientras el otro orinaba sobre uno de los huevos fosilizados.

—¿Sabéis qué estaría b-b-bien? —preguntó Amaury al embajador.

—No.

—Un silbato como el vuestro, pero para llamar a mis p-p-perros.

Tal vez sea un fantasma que se ha infiltrado entre nosotros.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

«Cosa prometida, cosa ardua de cumplir», suelo decir.

Y así ha llegado para mí, Morgennes, la hora de hablarte. Ya he diferido demasiado tiempo el momento de confesarme. Pero ¿por dónde empezar? ¿Por nuestro encuentro, en lo alto de los montes Caspios, con el médico de su santidad Alejandro III? ¿O bien por el encuentro de mi padre con tus padres? Tengo que sopesar hábilmente las dos posibilidades, porque no tienen el mismo peso, por más que tanto la una como la otra hayan hecho inclinar la balanza de un lado y luego del otro. Pero siempre es bueno volver a las fuentes. Y las fuentes, en este caso, son tus padres.

Como te he dicho en muchas ocasiones, tus padres te amaban. Te querían con locura. Oh, no lo digo por ti, desde luego —tú eres quien mejor lo sabe, y nunca lo has olvidado—. No. Lo digo... por mí.

Porque ahora tengo que hablar de mí.

Yo estaba lejos de ser como Morgennes.

—Yo estaba lejos de ser como tú —dije en voz alta—. Cuando era niño, hacia los siete u ocho años, tomé conciencia de que era judío, y por tanto, diferente de la mayoría de los demás chiquillos que poblaban las calles de la ciudad donde vivíamos, mis padres y yo. No, Morgennes, no adoptes este aire de sorpresa. Sé que lo sabes. ¿Te lo dije, o lo adivinaste tú? Poco importa. Lo esencial es que no hayas dicho nada. Has respetado mi silencio, y te lo agradezco. Yo era un niño, y era judío. Judío en el seno de una ciudad —su nombre no tiene mayor importancia y prefiero olvidarlo— donde había tan pocos niños judíos como leprosos. Cinco o seis, en realidad. Y yo era uno de ellos. Imagina mis juegos, en el barrio de la iglesia de Saint-Forbert, cuando para mí no se trataba de divertirme con los otros chicos, sino de ser el destinatario de sus burlas. No de jugar, sino de ser el juguete... Aquel del que los demás se mofan, al que tiran piedras, al que lanzan al río, al que amenazan con quemarle y al que cubren de fango. Sé que lo comprendes. Lo peor es que sus risas me complacían. Sí, yo les comprendía. Porque si hubiera estado en su lugar, es muy probable que también yo me hubiese burlado del judío que era. De modo que aprobaba sus risas. E incluso

lamentaba no poder ofrecerles más. Pero para eso habría tenido que ser un poco más lisiado, tartamudo, deforme o leproso. Dios, en su infinita bondad, me había bendecido con una única «tara» (a mis ojos), aunque era suficiente tara: yo era judío. Mi padre me decía: «Aprenderás a vivir con ello». Y yo preguntaba: «¿Estoy obligado a vivir con ello, aunque no tenga ganas?».

—No tienes elección.

—¡Estoy seguro de que sí!

Para probárselo, me mutilaba, como si mi judaísmo fuera una verruga que se pudiera extirpar. Llevaba siempre la estola de tela amarilla que nos señalaba como judíos a ojos de los goyim, y proclamaba mis orígenes en cualquier circunstancia hablando hebreo, citando la Torá a la menor ocasión, prestando (¡con ocho años!) a seis por uno... En realidad, ahora me doy cuenta, quería hacer pagar a mis padres y a Dios mi judaísmo. Lo que quería era ser como los demás. Ni más ni menos. Ser un cristiano, ir a misa todos los domingos, ayunar los viernes... ¿Qué puede haber más banal? Blanco, cristiano, cretino. Así, al menos, habría sido feliz.

Pero aunque era blanco y no podía ser más bobo, no era cristiano.

«¿Por qué no soy cristiano?»

Mis padres nunca respondían a esta pregunta. Mi padre, que había seguido, en Troyes, las enseñanzas del célebre erudito Rachi, me repetía a menudo que todo eso no contaba. Que poco importaba el camino en el que Dios nos había colocado, con tal de que creyéramos en Él.

«Pero entonces, ¿por qué no cambiar de camino? Si se sigue creyendo...»

¿Es posible, realmente, cambiar de camino? Para eso, yo habría tenido que cambiar de nombre y de padres, porque el camino en el que Dios me había colocado era también el camino en el que ellos se encontraban, y desde hacía más tiempo que yo.

Cambiar de camino... Eso decidí hacer, siendo aún muy joven.

No puedes hacerte idea de hasta qué punto las palabras de tu padre, cuando te dijo que fueras hacia la cruz, tienen sentido para mí. Porque eso fue lo que hice. Supliqué a mis padres que cambiaran de religión y se convirtieran al cristianismo, por amor a mí. Les pedí que eligieran entre Dios y yo. Mi padre me adoraba, y mi madre también; pero ella era ante todo judía, y no podía evitar temblar ante la mera posibilidad de no seguir siéndolo hasta el fin de sus días. Esta pareja, que yo había visto tan unida y amorosa, se separó por mi causa. En cierto modo, ese día, el día en el que mi padre me llevó a una iglesia para hacerse bautizar conmigo, matamos a mi madre.

Porque cuando salimos, cristianos los dos, un grito retumbó en la casa, y vinieron a decirle a mi padre: «Vuestra mujer ha muerto...».

Pues bien, ya estaba hecho. Yo estaba maldito. Y era cristiano. Mi cólera y mi

pena eran tan grandes que decidí serlo hasta el final. Lancé mi antiguo nombre a las ortigas, y tomé este: «Chrétien». Lo peor era que me sentía aliviado. Mi madre estaba muerta, porque no había visto (o no había querido ver) a mi padre renegando de su fe y de la de sus antepasados. O mejor, no me había visto, a mí, abjurar de sus entrañas... Mejor aún, lo poco de «judío» que me quedaba acababa de irse, de desaparecer para siempre con ella.

Mi padre y yo abandonamos la Broce-aux-Juifs, donde él practicaba el oficio de cirujano barbero. Ah, ya veo cómo tus ojos adquieren un brillo nuevo. Sí, mi padre era cirujano... Y no un cirujano cualquiera. ¡Era el mejor de todos! Puedo decirlo porque puso tanta rabia y tanta tenacidad en destacar en su oficio como yo lo había puesto en cambiar de religión. Lo sabía todo del cuerpo humano, de sus humores, de los hilos invisibles que lo unen a las estrellas y a Dios. Diría incluso que lo que desconocía de la medicina apenas habría llenado un dedal.

Y decir que yo lo atribuía a su conversión y a la muerte de mi madre...

Era demasiado joven para comprenderlo. Porque, aunque soy mayor que tú, no lo soy mucho más... Y un día, en una noche de invierno, poco antes de morir, me habló.

Yo había decidido tomar los hábitos, para ser un perfecto cristiano, y contar aventuras que mostraran a gentes y rutas que se entrecruzaban. (Ya sabes de qué estoy hablando.) Mi padre me llamó a la cabecera de su cama, y sus dedos hurgaron bajo su camisa —exactamente como tú haces cuando buscas la cruz de bronce de tu padre, o como lo hago yo para mostrarte esto.

Saqué de debajo de mi camisa esta piedra extraña, mezcla de negro y blanco entrelazados, en la que parecía distinguirse el dibujo de un dragón.

—Es una draconita.

Morgennes puso su mano encima, y sintió una violenta descarga. Instantáneamente la retiró, como si se hubiera quemado. Lo que había visto... Imágenes que cruzaban por su mente. Imágenes que representaban cosas indescriptibles en palabras humanas, percibidas por una criatura que tampoco tenía nada de humano. Imágenes que su memoria no pudo registrar y que se deshilaron como semillas de diente de león en el viento del verano.

—¿Qué es esto? —me preguntó.

—A decir verdad, no lo sé muy bien. Su nombre es «draconita». Tu padre, que había hecho un largo viaje por Oriente, en busca de especias y de plantas para dar a tu madre, la trajo de su periplo. Algunos dicen que es una piedra caída del cielo. Otros pretenden que se trata del ojo de un dragón. En cualquier caso simboliza la vida y la muerte, un bien por un mal, un mal por un bien, el equilibrio de los extremos.

Morgennes no apartaba los ojos de la piedra. Sus contornos parecían ondear, como bajo el efecto de un fuego poderoso.

—¿Por qué no puedo cogerla? —preguntó Morgennes.

—Porque no puede ser *cogida*. Solo puede ser *dada*. Un hombre la dio, por una razón que ignoro, a tu padre, que la dio a mi padre, que me la dio a mí... Y yo te la doy a ti —dijo depositando la piedra en las manos entreabiertas de Morgennes.

Esta vez no sintió nada especial. Era como si la piedra se hubiera adormecido. Como un pequeño animal, hacía la siesta en el hueco de la mano de Morgennes, que la volvió de un lado y de otro, y se sorprendió al ver que presentaba invariablemente la misma cara.

—Decididamente esta piedra es muy rara —dijo Morgennes—. Mira, le doy la vuelta, la giro otra vez, y siempre veo el mismo dibujo. Como si se desplazara en la superficie de la piedra para permanecer constantemente bajo nuestros ojos.

—Sí. Lo sé. Esta piedra tiene muchos poderes. Y mi padre no excluía la hipótesis de que...

—¿sí?

—Mi padre a menudo hacía referencia a la posibilidad de que tu madre hubiera quedado encinta gracias a esta piedra, y no a las hierbas y las especias que tu padre le había dado.

Morgennes se levantó de un salto.

—¡Es absurdo! Todo esto no tiene ningún sentido, y te diré por qué. ¡Porque mis padres tuvieron otro hijo después de mí, y ya no tenían la piedra! ¿Cómo explicas eso?

—No lo explico. No soy de ese tipo de gente que busca una explicación a todo. Creo que hay fenómenos que no tienen ni causa ni solución. Escucha, no hago más que repetir las palabras de mi padre. Pensé que te interesaría. Ahora, dime: ¿te hablaron tus padres de las circunstancias de tu nacimiento?

—No. Pero sé que no estaba solo en el vientre de mi madre. Siempre he tenido la sensación de que había alguien junto a mí...

Se llevó la mano derecha al mentón, al lugar exacto donde se encontraba la pequeña marca blanca en forma de mano.

—Erais dos, Morgennes. Estabais tú y una niña: tu hermana gemela. Tu nacimiento fue la prueba más dura de toda la carrera de mi padre; y si mi madre no hubiera muerto poco después de nuestra conversión, probablemente de toda su vida... Erais dos, Morgennes, ¡dos! Uno de vosotros bloqueaba al otro y le impedía salir. Para salvar a tu madre, decidieron sacrificar a uno de los niños, y el azar hizo que fuera tu hermana...

Morgennes estaba trastornado. Veía de nuevo a sus padres, a su hermana, y la pequeña tumba sobre la que había pasado tanto tiempo.

—De modo que era una niña...

—No tuvieron elección, Morgennes. Había que salvar a tu madre...

—Habría dado mi vida por ella. ¿Por qué no me mataron a mí? ¿Por qué no me hablaron de esto?

—¿Para decirte qué?

Morgennes me miró un instante en silencio. Luego, de pronto, me dijo:

—En cierto modo creo que siempre lo he sabido. Esta niña, mi hermana, nunca me ha abandonado. Estaba ahí, junto a mí —concluyó, tocándose la parte baja del rostro.

Se levantó, se sacudió el polvo de la ropa, pareció sobreponerse a la emoción y me preguntó:

—¡Ahora dime lo que viste en Arras! ¡Habla! ¿Cómo es posible que un juglar experimentado como tú fallara un ejercicio que antes había realizado miles de veces? ¿Qué viste para asustarte hasta ese punto?

—¡Morgennes, vi a los muertos! Fantasmas, estabas rodeado de fantasmas en Arras. Recuerda, el cementerio judío... Vi cómo las tumbas se abrían y los muertos salían de la tierra. Vi cómo se acercaban a ti y te hablaban al oído. Y comprendí, sí, por fin comprendí de dónde procede tu memoria excepcional. Morgennes, son los muertos, que te soplan al oído lo que saben. Son los muertos, que recuerdan contigo. Y mientras los muertos estén ahí, tú no olvidarás. Y mientras recuerdes, los muertos permanecerán. Morgennes, en realidad tú nunca has vuelto a cruzar... Sigues estando del otro lado. Con los muertos.

—¿Había rostros? ¿Qué viste?

—Muertos, muertos... Pero había dos en particular que se mantenían junto a ti. Tan cerca que hubiera podido confundirlos contigo, pero no... Un hombre de unos cuarenta años, que se parecía a ti, en más viejo... Y una niña. ¿Qué edad tenía? Tal vez cuatro o cinco años.

—¡Mi hermana!

—Bella, rubia como el trigo, y con unos ojos... Eran azules, pero tenían tu mirada. Tu padre estaba a su lado.

—¿Y mi madre? ¿No estaba?

—Me parece que no. ¿Vivirá tal vez todavía?

Morgennes entreabrió los labios como para decir algo, pero no consiguió articular palabra. Si hubiera sido un pez, creo que de su boca no habría salido ni una burbuja.

—Eres judío —le dije.

—¿Cómo?

—Eres judío, tú también... Mi padre me lo dijo. Lo que vi en Arras lo probaba. No he querido hablarte de ello para no traumatizarte ni destrozar tus sueños, pero eres judío. Los caballeros nunca te aceptarán. Y menos aún los templarios o los hospitalarios.

—¿Y esto? —dijo Morgennes blandiendo bajo mi nariz su cruz de bronce.

—¿Esto? Es de tu padre, por lo que sé. Pero se es judío por parte de madre, Morgennes. Y tu madre era judía. Lo siento...

—¿Judío?

—¿Comprendes ahora por qué unos templarios aniquilaron a tu familia, justo antes de partir a la cruzada? Porque erais judíos. Todo eso que tenían ganado. Pero, por la sangre de Cristo, ¿cuánto tiempo va a durar esto? ¿No hay, en alguna parte, un lugar donde podamos vivir en paz? Date cuenta de que no digo vivir «felices», sino «en paz», simplemente. Y si ese lugar no existe, ¿no habrá un momento? ¿Solo una hora, un año de tregua? ¿Un único año? ¿Me atrevería a pedir, «una vida»?

Estallé en un profundo sollozo, que sacudió mi cuerpo y me impidió hablar. Entonces, como había hecho en las montañas, Morgennes me cogió en sus brazos. Ahora lo comprendía. Si era judío, era normal que su madre no quisiera una cruz sobre la tumba del niño muerto. No era solo para olvidar. Si era judío, era comprensible que su padre le hubiera dicho que fuera «hacia la cruz». Porque allí, a su sombra, le dejarían en paz.

A no ser que tratara de señalar a su adversario. A los que llevan la cruz. ¿A los templarios, tal vez? ¿A los guardianes de la Vera Cruz? ¿Debía buscar entre ellos para encontrar a los asesinos de su padre y de su hermana? Morgennes trató de serenarse. La misericordia de su padre era una pista, pensó. Una primera pista que no había seguido en su momento, porque era demasiado pronto. Pero ahora se sentía preparado. Ese viejo templario, ¿cuál era su nombre? No tenía ni un pelo en la cabeza. ¡Galet el Calvo! Y su comparsa, Dodin el Salvaje... Vive Dios que encontraría a cada uno de los cinco caballeros que habían atacado a sus padres. En aquella época, solo uno de ellos era templario... Al parecer, eso había cambiado.

Por otra parte, quedaban un montón de interrogantes para los que tal vez solo su madre tenía respuesta. También tendría que encontrarla a ella. ¿Era posible que hubiera seguido a alguno de esos caballeros a Tierra Santa?

Morgennes me lanzó la mirada que yo esperaba y temía ver desde hacía tanto tiempo.

Nuestros caminos se separaban.

¿Para siempre?

¿Quién podía decirlo?

Me apretó contra su cuerpo, como un hermano, y me dijo:

—Adiós.

Pero ahora sería bueno saber hacia qué dirección debemos dirigirnos.
—Amigo, no puedo adivinarlo, si la aventura no nos guía.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Guillermo de Inglaterra

Yo, Felipe, médico personal y embajador extraordinario de su santidad el papa Alejandro III, que partí de Benevento hace ahora ocho meses para un periplo insensato, estoy a punto de perder la razón.

Por eso —¡que san Gregorio me perdone!— debo plasmar aquí lo que he visto, lo que con mis ojos he visto, y consignar sin demora los sorprendentes acontecimientos a los que personalmente he asistido. No para convencerlos de que se produjeron realmente —sé que es una tarea imposible, que supera, con mucho, mis pobres dotes de escritor—, sino para que yo pueda creer todavía en ellos, cuando, dentro de algunos años, mi memoria ya no recuerde todos estos hechos y yo quiera volver sobre ellos y al hombre que un día fui.

Es agradable, en efecto, pensar que el individuo que soy hoy se preocupa anticipadamente del que seré mañana, y que trata de atenuar sus posibles sufrimientos y de tomar parte de su futura carga, mientras aún tiene fuerzas para hacerlo.

Sé que todo lo que voy a relataros aquí os parecerá extraordinario. Igual que sé que me parecerá increíble, a mí también, cuando me relea.

Sin embargo, ocurrió.

Todo empezó cuando su santidad el Papa, a quien sirvo desde hace tantos años que mis dos manos no bastan ya para contarlos, recibió una misiva de lo más insólito. Le había sido enviada por un tal Preste Juan. Este último informaba a su santidad de que los orígenes de la peste que causaba estragos en Roma desde el inicio del año 1166 de la Encarnación de Nuestro Señor debían buscarse en Constantinopla.

Y más concretamente en el palacio de Blanquernas, donde reside el basileo, Manuel Comneno.

Supongo que sabréis como yo que el castillo del Sant'Angelo, donde a veces se aloja su santidad, debe su nombre a que, en el año de gracia de 590, un ángel anunció en él el fin de la gran peste bubónica que entonces padecía Roma. Este

castillo, que ha permanecido indemne, inmune a todo daño, desde hace casi seiscientos años, y que creíamos protegido por los santos y los ángeles del Señor, fue el teatro de un aterrador resurgimiento de esa gravísima lues, ¡la peste!

Después de que cayera el castillo del Sant'Angelo, pronto fue toda Roma la que sucumbió a este flagelo, que el Tíber, infestado de serpientes, se ocupó de trasladar hasta los más remotos rincones de la ciudad.

Su santidad pensó primero que la enfermedad debía achacarse a las maniobras de ese perverso Barbarroja, que desde hacía años no cesaba de nombrar antipapa tras antipapa y cuya única preocupación era la de impugnar nuestro poder. Sentimiento disipado por el hecho de que las tropas imperiales enviadas por Barbarroja a Roma, después de la retirada de su santidad a Benevento, fueron también víctimas de esta ignominia...

Pero, si no era el emperador Federico I, ¿quién podía ser?

La respuesta, como he dicho más arriba, nos llegó bajo la forma de esta carta, que denunciaba las maniobras del basileo de los griegos y nos conminaba a enviar un embajador al Preste Juan, para forjar una alianza y encontrar un remedio a nuestros sufrimientos.

Al tener noticia, después de efectuar algunas averiguaciones, de que las fronteras de ese presbítero estaban vigiladas por dragones y otras bestias de este tipo, responsables (entre otras cosas) de la peste, se decidió enviar allí, como embajador extraordinario, a un médico. E incluso al mejor de todos ellos.

Es decir, a mí, vuestro humilde servidor, Felipe.

Su santidad dictó en el acto una carta "ut uniretur", para proponer al Preste Juan que reconociera su autoridad y se aliara a ella.

Luego, viajando a bordo de varios carros equipados con todos los pertrechos necesarios para contener, en tanto era posible, las emanaciones mefíticas de los dragones, y reforzados con una escolta de una treintena de draconoctes —esos soldados, herederos del Imperio romano, especializados en la caza de los dragones—, nos hicimos a la mar en dirección a Tiro. Luego, desde allí, nos encaminamos hacia los montes Caspios.

No había que pensar, en efecto, en atravesar las tierras de los griegos, sino, al contrario, en contornearlas, al ser nuestro objetivo establecer una alianza con su enemigo, ese sorprendente heredero de Cristo y santo Tomás: el Preste Juan. Y recibir de él el remedio a la peste bubónica mencionado en su carta.

La ascensión de esos endemoniados montes Caspios fue de lejos la más dura de las ascensiones que me había sido dado realizar; aunque honestamente debo reconocer que también fue la primera. Las bandas de bandidos armenios, que defendían el acceso a sus montañas como los padres la virginidad de sus hijas, dieron mucho trabajo a mi escolta. En cuanto a mí, me sentía como el apóstol Felipe

yendo a expulsar a los dragones de Escitia y a predicar la buena nueva a los necesitados.

Después de varios días de viaje, grande fue nuestra sorpresa al tropezar con un hombrecillo de edad avanzada que escalaba solo —y sin llevar ninguno de los pesados artilugios propios de los hombres de las montañas— una de las más altas cimas de los montes Caspios. Este anciano, que bien podía tener noventa años, llevaba el sayal y la tonsura de los monjes, así como un par de botas de excelente factura que le llegaban por encima de las rodillas.

Tras ordenar que nuestro carro acelerara tanto como lo permitía la pendiente pedregosa, llamé al anciano en francés:

—Hola, buen hombre, ¿quién eres, y qué haces por estos parajes?

El anciano se volvió, nos dirigió una amplia sonrisa y nos respondió en un francés perfecto:

—Perdonadme si no me descubro, pero he perdido mi sombrero... a fuerza de correr y saltar en todos los sentidos.

—¿Correr y saltar? Pero ¿qué edad tenéis?

De hecho tenía una hermosa y larga barba blanca, pero sus ojos vivos, hundidos bajo unas espesas cejas, le daban un aire juvenil. —Oh, la edad no tiene nada que ver... ¡Son mis botas!

Y uniendo el gesto a la palabra, saltó por los aires como un cabrito y aterrizó sobre una roca no lejos de nosotros.

—¡Por san Gregorio! —exclamé.

—Reconozco —dijo el anciano— que esto hace su efecto. Pero ya veréis, uno se acostumbra.

—¿Me diréis por fin vuestro nombre?

—Poucet. Soy el padre superior de la abadía de Saint-Pierre de Beauvais, para serviros.

—Si no me equivoco, estáis muy lejos de casa. ¿Habéis perdido acaso a alguno de vuestros fieles?

—A dos, para hacer honor a la verdad. Pero, por las últimas noticias que tengo, abrigo la esperanza de encontrarlos en alguna parte por aquí.

Y nos mostró lo que teníamos ante los ojos, es decir, un interminable paisaje salpicado de cimas peladas, de montañas de laderas ásperas barridas por vientos diversos, a cual más terrible. Un paisaje hostil, de esos de los que hay que huir decididamente, a menos que se deba efectuar allí alguna tarea importante.

—¿No teméis a los dragones? —pregunté al padre Poucet.

Su reacción me sorprendió sobremanera.

—¿Los dragones? ¡Pamplinas! ¡No creo en ellos!

—¿No creéis en ellos? Sin embargo, la tradición nos informa de numerosos

combates de santos contra estas bestias inmundas. ¡No creer en los dragones es no creer en los santos! ¡Por vida de Alejandro!

—Pues lo lamento, pero de todas maneras yo no creo en ellos. Son solo cuentos, útiles para asustar a los niños y nada más.

—Yo sí creo. De otro modo, cómo explicar...

Pero no era el momento ni el lugar para lanzarse a un debate teológico. De manera que me interesé por la identidad de los dos individuos que buscaba.

—Oh —me dijo—, son dos viejos amigos que han tenido ciertas dificultades con nuestra santa madre Iglesia, por eso no sé si hago bien en mencionároslos, aunque por fin haya obtenido para ellos el perdón de su santidad.

Decía esto a causa de las armas del papado, de gules con dos llaves de plata cruzadas, que aparecían en los estandartes de mis draconoctes y en los costados de nuestros carros.

—Hablad sin temor, porque yo no soy cardenal, y ni siquiera vir ecclesiasticus; solo soy un humilde médico, a quien su santidad ha encargado...

Dándome cuenta de que me arriesgaba a revelar un poco demasiado sobre nuestra misión, preferí volver a la conversación precedente y le pregunté:

—De todos modos, si mi señor y maestro les ha perdonado, no seré yo quien os cree dificultades. ¿Puedo saber qué pecado cometieron?

—El pecado, no... Pero sí la sentencia. Fueron excomulgados, al mismo tiempo que una gallina...

—¡Excomulgados! ¡Entonces son criminales de la peor especie!

—Sí y no. En fin, no. En realidad su santidad acaba de absolverles del crimen de apostasía y de irregularidad del que se habían hecho culpables al cambiar de hábito y de oficio, y les ha permitido tomar de nuevo los hábitos si muestran un arrepentimiento sincero y dan prueba de humildad.

—La sabiduría de su santidad no tiene parangón. Pero ¿quién os ha dicho que vuestros amigos y esa gallina se encontraban en estos parajes?

Poucet dudó un momento. Tal vez había hablado demasiado. No quería comprometer más a sus dos amigos. Pero la simpatía que yo le inspiraba, supongo, le empujó a confiarse:

—¡He viajado mucho, lo que me ha llevado una eternidad! Pronto hará una semana que abandoné Saint-Pierre de Beauvais. Hasta esta mañana no me había enterado de nada interesante, pero entonces, en Constantinopla, un alto dignatario del imperio me ha dicho que les habían enviado a los montes Caspios para buscar...

—¿Al Preste Juan?

—¿Cómo lo sabéis?

—Yo también voy en su busca. Para obtener de él determinado antídoto y proponerle una alianza con su santidad.

—¡Oh —dijo Poucet—, qué magnífica idea! ¡Estoy seguro de que mis amigos os ayudarán en todo lo que puedan cuando se enteren!

—Pero ¿cómo sabéis —proseguí— que están en esta montaña? Es tan grande que sería bueno saber en qué dirección debemos dirigirnos.

Por toda respuesta, Poucet me mostró varias plumas de color rojo que había recogido entre dos saltos de gigante. —Ya veo —dije. Un destello de malicia brilló en su mirada; luego, se rodeó el cuerpo con los brazos.

—Perdonadme —dijo—, pero hace un frío terrible aquí. Creo que continuaré mi camino. Os deseo buena suerte...

—No, por favor. Hacedme el honor de viajar en mi carro. Dentro hace calor, tengo víveres y licores. Y una hermana del convento de Betania os cuidará los sabañones, si los tenéis.

Poucet me dirigió otra de sus sonrisas maliciosas, en las que se revelaba toda su juventud y energía. Debía de haber sido un niño extraordinario, lleno de recursos y talento. No podía sentirme más feliz de acogerle en el seno de mi convoy. Era un excelente reclutamiento.

—¡Bendito sea el camino que os ha conducido hasta aquí! —me dijo—. ¡Porque hace tanto frío que probablemente mis amigos tendrán necesidad de un médico! ¡Sí, bendito sea el camino que os ha conducido hasta aquí!

Y repitió estas palabras varias veces seguidas.

Su presencia nos fue enormemente útil y nos permitió ganar varios días de viaje. Sobre todo porque ejercía de explorador, adelantándose hasta algún pico elevado, inaccesible para nuestros pesados carros, y luego aportaba informaciones excelentes. Aunque, con ese lado guasón que le caracterizaba, y que yo aprendería a apreciar cada vez más a medida que avanzábamos, siempre volvía anunciando:

—Lo lamento, no he visto ni la sombra de un dragón.

Los dragones, sin embargo, se manifestaron muy pronto. No directamente, surgiendo de las entrañas de una nube para abalanzarse sobre nuestras cabezas, sino por la vía del silencio y la bruma. Una ausencia de ruido tan pesada que hería el oído. Y una niebla cargada de negras humaredas, portadoras de olor a muerte.

Alguien quemaba cadáveres en los alrededores. Conocía demasiado bien este hedor: era el que invariablemente acompañaba a la peste —su hermano pequeño, en cierto modo—. La peste, que, según decían, surgía del esperma de estos dragones en los que Poucet no creía y que, sin embargo, nos causaban tantos problemas.

—¡Oled! —le dije mientras nos acercábamos a un terreno llano, encajado entre dos montañas, donde se dibujaban vagamente, a lo lejos, las formas de varias viviendas—. Este olor... es el olor de los dragones. Han estado aquí, han bufado...

—¿Y han vencido? —me preguntó Poucet.

—En todo caso, se han ido.

—Probablemente es la prueba de su existencia, pues si se hubieran quedado, os habríais enfrentado a ellos con vuestros draconoctes, y por tanto ahora estarían muertos. Son animales endemoniadamente inteligentes, y que necesariamente existen, ya que han elegido evitaros...

—No os burléis —dije—. Todo encaja. El lugar, esta pestilencia, los muertos...

—Huelo —dijo Poucet—. Pero pido ver.

Unos instantes más tarde, mientras el viento empezaba a soplar a nuestra espalda arrastrando grandes copos blancos, distinguimos dos formas, una de las cuales iba vestida con las ropas de color naranja características de los habitantes de estas montañas.

La bruma se disipó, y poco a poco les vi. Dos hombres. Invité a la hermana a que se uniera a mí, confiando en que su presencia a mi lado diera testimonio de mis intenciones pacíficas. Me dirigí hacia el individuo que me pareció más fornido y que era también, justamente, el que llevaba las ropas naranjas. Para asegurarme, por cortesía, le pregunté:

—¿Sois el Preste Juan?

Se echó a reír, y yo comprendí mi error. Pues si bien llevaba esas ropas de color naranja, debía de ser, en realidad, un prisionero, a juzgar por la pesada cadena que arrastraba.

Pero lo más sorprendente no fue su risa, sino la reacción de Poucet, porque apareció entonces súbitamente junto a mí y exclamó:

—¿Morgennes ? ¿ Chrétien ?

Los tres hombres corrieron a abrazarse con alegría. Nunca había visto a gente más feliz de encontrarse.

—Bien, veo que vuestras ovejas ya no están perdidas —dije a Poucet.

Pero algo me inquietó. En el ojo del menos fornido de los dos hombres percibí una mancha amarillenta que no presagiaba nada bueno. Probablemente un trastorno de los humores. Le pregunté su nombre, me respondió, y le propuse examinarle, a lo que él consintió.

—Chrétien de Troyes, sufrís de un problema del hígado, desde hace mucho tiempo... Dolor de vientre, diarreas y deposiciones decoloradas, ¿no os han alarmado nunca estos síntomas?

—Sí —me respondió—. Pero ¿qué podía hacer? Acompañaba a Morgennes. No iba a abandonarle para cuidarme.

En su emoción, apretaba contra sí un pequeño huevo, aparentemente de gallina. ¿Estaban relacionadas ambas cosas? Le pregunté:

—¿No habréis consumido huevos en mal estado?

—La verdad es que ya me habría gustado —dijo—. Pero nuestra gallina ha

muerto. Por otra parte, no ponía huevos desde hacía mucho tiempo...

—Sus huevos eran muy buenos —dijo Poucet—. Solíamos comerlos en la abadía. Y nadie se puso enfermo.

—Podría ser que cierta sustancia aplicada sobre su cáscara para reblandecerla... —prosiguió Chrétien de Troyes.

—¿En qué estáis pensando? Sed preciso; si no, no podré emitir mi diagnóstico.

—Pienso en una mezcla de diversos aceites, gracias a la cual la cáscara de los huevos se reblandece...

—Pero ¿por qué habría de hacerse algo así?

Chrétien de Troyes nos contó entonces que durante cuatro años se había entrenado para hacer juegos malabares con huevos. El punto culminante de su número consistía en poner un huevo con la boca, y para ello, antes era necesario hacerlo entrar.

—No se me ocurrió otro medio que ese —concluyó Chrétien de Troyes.

—Lo que explica —dijo Poucet— por qué caísteis enfermo.

—Y por qué no había yema en ese huevo —añadió Morgennes.

—¡Cocotte no tenía nada que ver! —exclamó Chrétien de Troyes—. ¡El único culpable era yo!

Estaba más blanco que la nieve.

Después de esta explicación, decidimos pasar la noche en una de las anfractuosidades que servían de refugio a los dragones, pero que Poucet insistía en describir como «una cueva cualquiera». Y así se inició el debate.

Morgennes creía en los dragones.

—De hecho estoy tremendamente interesado en ellos —confesó—; ya que el rey de Jerusalén ha prometido que si mato uno me hará caballero.

Aparentemente le importaba un rábano haber sido excomulgado por su santidad, y aún le importaba menos haber sido perdonado luego.

—¿Habéis encontrado dragones en el transcurso de vuestras aventuras? —pregunté.

—Aún no.

—Deberíais ir a Roma, el Tíber es un hormigueo de dragones y otras serpientes que siembran la peste en la ciudad.

Morgennes y Chrétien de Troyes intercambiaron una curiosa mirada que no llegué a descifrar. Parecía que sabían más de lo que querían explicar sobre los dragones, o sobre la peste. Pero guardaban silencio.

—Ved a mis soldados —dije—. ¡Tienen todo el equipo que se requiere para combatir a este engendro del diablo! Sus armaduras, sus espadas, incluso sus escudos, se remontan a los tiempos en los que las legiones de Roma recorrían África

y Asia para combatir a los dragones. No como hacemos ahora, por razones morales, religiosas, sino por bajas razones comerciales. Porque con los dientes, las garras y las escamas de los dragones se fabricaban las mejores armas y armaduras del mundo. Y con su lengua, su pene y sus aceites, ungüentos y elixires diversos de cualidades inigualadas. No cabe duda de que los dragones existieron. La prueba está en todas esas historias, esas pinturas, esos mosaicos, esas leyendas...

—Draco Fictio—susurró Poucet.

—¿Cómo decís?

—Draco Fictio. *El dragón de la leyenda, o de la fábula, si lo preferís. Es el único dragón en el que creo. Este existe, desde luego. ¡Pero en nuestras cabezas!* —dijo dándose golpecitos en el cráneo con el índice—. *Y cuando bufa, las ideas recorren el mundo. Música, pinturas, libros, esculturas, tapices, surgen a millares... Contra él, las armas de vuestros famosos draconoctes son inútiles. Eso es tanto como lanzar mandobles al vacío. O mejor que eso: quemar las partituras y los instrumentos de música, cortar las cuerdas vocales, romper las esculturas y cortar las manos y los ojos de los artistas...Draco Fictio, ¡es el único dragón en el que creo!*

—Entonces —dijo Morgennes—, ¿estamos perdiendo el tiempo en estas montañas? Sin embargo, Chrétien y yo hemos asistido a fenómenos increíbles. ¿Por qué no debería haber dragones también?

—Porque no existen —repitió Poucet—. Me parece que es razón suficiente.

—Escuchad —dijo—. Yo sí creo en ellos. Y no estoy dispuesto a renunciar tan pronto. En cuanto pase la noche, proseguiré mi camino, con mis draconoctes, en busca del Preste Juan. Dejaremos atrás esos famosos hitos de Hércules que delimitan las fronteras de su reino. Pero, a vos —dije dirigiéndome a Chrétien de Troyes—, os aconsejo que renunciéis. Volved a casa, cuidaos. De otro modo, moriréis. Y vos —dije a Morgennes—, id a ver al rey de Jerusalén, a ese buen Amaury. ¡No estáis hecho para la vida monacal, es evidente, sino para manejar la espada! ¿Por qué no ibais a entrar en una de esas órdenes de monjes caballeros, en las que podríais destacar? Id a ver a Amaury, decidle que habéis matado un dragón, y si os pide un testigo, habladle de mí. Yo declararé en favor vuestro.

—Pero —dijo Morgennes—, no es un testigo lo que necesito, sino una prueba. Necesito al menos una lengua, o una garra; en otro caso, el rey no me creerá nunca.

—¿Un diente de dragón serviría? —preguntó Chrétien de Troyes a Morgennes—. Porque yo sé, y tú también lo sabes, dónde encontrar uno.

—Por fin podré ser armado caballero —dijo este con una leve sonrisa.

Al día siguiente proseguí mi camino, y Poucet, Morgennes y Chrétien de Troyes nos dejaron. Morgennes se había calzado las botas de Poucet. Con su débil amigo a la espalda, y Poucet en sus brazos, le vimos descender entre una nube de polvo y de nieve por las laderas de los montes Caspios, hacia el oeste. Sin duda se dirigía hacia

Constantinopla.

Ya solo me quedaba continuar en dirección al misterioso reino del Preste Juan.

Por desgracia, cuando desplegué el mapa de que me había provisto, una formidable ventolera me lo arrancó de las manos para llevarlo Dios sabe dónde.

De hecho me pregunto si no debería enviar allí también este escrito. Después de todo, tal vez sea mejor que olvide todo esto...

Capítulo V

La sombra del rey

Pues es evidente para todo el mundo que es él el más fuerte.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Lanzarote o El Caballero de la Carreta

Morgennes se aseguró de que sus hombres le seguían, espoleó a su montura y marchó hacia la ciudad.

Alejandría se había rendido por fin; sin embargo, conservaba toda su soberbia, y a juzgar por los gritos de alegría que se elevaban de sus murallas, se habría dicho que era ella la que había vencido. En realidad, la ciudad no había sido sometida. Solo había *consentido* rendirse, y continuaba alineando, como siempre, sus casas bajas con techos en terraza, sus colinas, sus mezquitas, sus iglesias y sus sinagogas. Sus callejuelas estrechas, un verdadero laberinto cuyos orígenes se remontaban a cientos de años atrás, ya volvían a ser un hormiguero de gente, y todos tenían prisa por volver a retomar sus asuntos en el punto en el que los habían dejado, cuando, a principios de marzo, un tal Saladino les había invitado a la guerra santa, a la revuelta contra los francos y el poder sacrílego del califa fatimí de El Cairo.

Ahora todo había acabado. Como un gato viejo y perezoso que vuelve a calentarse al sol después de haber estrenado su nuevo juguete, Alejandría se había cansado de permanecer asediada y había decidido que lo mejor era capitular.

Lo había hecho sin que su alma se conmoviera. En realidad hacía mucho tiempo que la ciudad ya no se preocupaba de su alma, tantos eran los dioses que se habían inclinado sobre ella. Para Alejandría, aquello ya no era realmente un problema. Y si los Adonai, Yahvé, Jehová y seguidores, cuyos nombres confundía, y que no había comprendido todavía que era preferible cambiarlos por el de Alá (el nombre del último dios en boga), si todos esos dioses no le proporcionaban nada bueno, siempre podría volver a sus antiguos amores.

No podía decirse que la ciudad no tuviera donde escoger, ya que de la tímida ninfa Idotea, que había tenido algunos fervientes admiradores en las primeras horas de su existencia, hasta el poderoso Poseidón, todo un alegre revoltijo de divinidades habían sido un día objeto de adoración. En materia de religiones, ¡Alejandría era demasiado vieja para dejarse embaucar!

Alejandría era la nobleza hecha ciudad, la indiferencia a la historia y a los dioses, la preocupación por el placer, los negocios y las artes —la preocupación nueva, e

impía para algunos, por la humanidad-. Una ciudad de libertinos, comerciantes y artistas, que se mantenía lejos, muy lejos, de las preocupaciones que agitaban en este verano de 1167 a Tierra Santa y al mundo árabe. Una ciudad, en fin, que había olvidado que si las guerras existían y había hombres que las hacían, no era únicamente para que ella pudiera venderles armas. Una ciudad para la que cualquiera que consintiera en llevar una espada perdía su dignidad, y donde saber quién reinaba en Damasco o en Roma importaba menos aún que los dioses, siempre que la dejaran prosperar.

En el seno del grupo de mercenarios que seguían a Morgennes circulaba un rumor: «Morgennes es como el estandarte que ha colocado a nuestra cabeza. Se mueve al albur del viento, restalla, bufa, truena. ¡Morgennes es un dragón!».

Un dragón. ¿No era eso lo que le valdría ser armado caballero esta noche, al mismo tiempo que Alexis de Beaujeu, por Amaury de Jerusalén?

Todos recordaban el retorno triunfal de Morgennes a Jerusalén con una extraordinaria reliquia: un diente de dragón, extraído —aseguraba él— del cadáver humeante del monstruo que había matado, en la cima de una de las más altas montañas que bordeaban el reino del Preste Juan. El propio médico del Papa le había firmado un certificado, adornado con un sello. No había duda posible. En él estaba escrito que Morgennes había dado muerte a un formidable Dragón Blanco después de varios días de combate terrorífico. Su recuerdo adornaba su estandarte: un gran dragón de plata, con dos cadenas pasadas, a modo de riendas, en torno al cuello, sobre un fondo del color de la arena.

El pendón restallaba al viento, se enrollaba en torno al asta, como para arrancarla de la mano del jinete que la sostenía, se desplegaba, volvía a restallar, trataba de escapar volando, se desenrollaba y volvía a distenderse, restallaba de nuevo. A imagen de Morgennes, el *confalón* no permanecía quieto y se resistía a ser dominado. En esa mitad del siglo XII, llevar un dragón por estandarte no era asunto sencillo. Muchos nobles que servían en Tierra Santa se indignaban de que un bandido, que además era un campesino, un villano, llevara sus propios colores en el campo de batalla.

Los colores, decían, están reservados a la nobleza. A los verdaderos caballeros, nacidos de sangre noble. No a los pelagatos. «¡Para la escoria, el gris del lino que atraviesan las flechas y las espadas! Para la nobleza, la brillante armadura y el colorido escudo que alejan la muerte y permiten a los valerosos saludarse en el corazón de la batalla.»

Morgennes no era noble, cierto; pero su padre lo había sido. Al menos eso era lo que se decía. En todo caso, era lo que él pretendía. ¡Y si eso no bastaba, estaba ese diente! No hacía falta más para que la Orden del Hospital lo reclutara entre sus mercenarios, esas tropas de soldados a sueldo encargadas de demostrar que los

hospitalarios no tenían intención de abandonar la guerra a sus principales competidores, los templarios.

«Tal vez seamos médicos —decían los hospitalarios—, pero también somos guerreros. Dadnos tierras que defender, y las defenderemos. Dadnos países que conquistar, y los conquistaremos.» A cambio, la orden solo reclamaba una pequeña parte de las tierras tomadas al enemigo. Lo suficiente para financiar sus próximas batallas, sus hospitales y sus misas.

Morgennes era, pues, un mercenario, un turcópolo, que esa noche sería armado caballero. Pero tenía un regusto amargo en la boca. Porque su condición de caballero no descansaría en ninguna verdad —ya que nunca había matado a un dragón, excepto los dos dragoncillos que guardaban las colecciones de Manuel Comneno—. «Si tengo que creer a Poucet, los dragones no existen. Amaury se burló de mí confiándome una misión imposible de cumplir. ¿Por qué no voy a tener derecho a burlarme yo de él?»

Se acercaban a los arrabales de la ciudad. La sangre le hervía en las venas. Sus manos se crisparon sobre las riendas de Iblis. Sintió que perdía el mundo de vista. Porque amaba demasiado la verdad, y todo en él gritaba: «¡No, no soy digno!». Quería erigirse en la verdad, y solo en la verdad.

Con un gesto, indicó a sus hombres que aceleraran la marcha y castigó los flancos de su viejo semental hasta arrancarle un relincho de dolor. La docena de caballeros pasó del trote al galope tendido, y dejó atrás la columna de Pompeyo, cuya sombra avanzaba ya, como un tentáculo gigante, a la conquista del desierto.

«¿Dónde está mi verdad? ¿En esta ciudad? ¿Junto a Amaury? ¿Junto al Hospital? ¿O en otro lugar tal vez? ¿Habrá realmente en algún lugar una verdad para mí?»

Detrás de él, sus hombres vocearon:

—¡Al-Tinnin! ¡Al-Tinnin!

Era el nombre que le daban en árabe, y que significaba «el dragón».

¿Tendrían derecho al pillaje? Morgennes esperaba que no. En Bilbais, la tropa ya había sido autorizada a saquear la ciudad, cuando habría sido más prudente no hacerlo. Desde la coronación de Amaury, la desgraciada Bilbais no había tenido mucho tiempo para vendar sus heridas, ya que los francos la habían saqueado en tres ocasiones.

La ciudad, que todos calificaban de «presaqueada», no era ya más que un desierto, una mezcla de calles y casas en buena parte deshabitadas, recorridas por fantasmas y gentes ansiosas por abandonarla.

Morgennes no veía por qué iba a ser distinto en el caso de Alejandría.

«¡Juro por Dios que si Amaury prohíbe el pillaje, renunciaré a ser armado caballero!»

El pequeño grupo se acercó a la puerta de El Cairo. Al este, una miríada de

troncos de palmera recordaba que, al inicio del sitio, los francos habían cortado los árboles para fabricar máquinas de guerra. Pero los onagros y los escorpiones, las catapultas y las torres móviles, no habían arrancado ni un suspiro a la ciudad; se habían conformado con dañar sus muros, sin apenas violar su virginidad. Si Alejandría había capitulado era porque sus ciudadanos, doblemente motivados por un estómago hambriento y por la promesa de la anulación de ciertas tasas, habían conminado a Saladino a que detuviera el combate.

Tres meses sitiados era demasiado. La guerra santa, sí. Pero no todo el año. No a ese precio. Ya se acercaba septiembre, y con él, la próxima decrecida del Nilo: toda una estación de comercio que no debía perderse. ¡El estómago aún podía aguantar vacío (la mayoría estaban acostumbrados a ello a causa del ramadán), pero la bolsa nunca!

—No podemos permitirnos ser pobres —se lamentaban los habitantes más ricos de la ciudad-. ¡Tenemos demasiados gastos!

Saladino, llegado de Damasco con su tío Shirkuh para conquistar Egipto, se había visto forzado a escucharles. Por otra parte, también él estaba cansado de todo aquello. Pues si bien comprendía las motivaciones políticas de esta guerra (unir a los musulmanes, rodear a los francos), no tenía ganas de hacerla. Él no era un guerrero. «Mi lugar —se decía— está en Damasco, con los sabios, los religiosos. Mi lugar está junto al Corán, no en los campos de batalla.» Sin embargo, no se había atrevido a desobedecer a Shirkuh el Tuerto, cuyas cóleras eran tan temidas que le habían valido el sobrenombre de «el León».

Cuando Shirkuh le había encargado tomar Alejandría y defender la posición, Saladino, una vez más, había obedecido sin discutir. Pero ahora comprendía que si la ciudad se había rendido a él con facilidad, no era en absoluto porque sintiera deseos de ponerse de parte de Nur al-Din. Era porque formaba parte de su naturaleza no resistir más de lo preciso, solo lo justo para mantener las formas, como hacía ahora con los francos y el pérfido poder de El Cairo.

Al límite de sus fuerzas, con solo mil hombres para contener a cinco mil soldados y mercenarios de las tropas franco-egipcias de Chawar y Amaury, Saladino había acabado por admitir su derrota y, por intermediación de un franco que conservaba como rehén, negociar los términos de la rendición.

Al acercarse a la entrada de la ciudad, Morgennes tiró de las riendas de Iblis y avanzó hacia el oficial encargado de guardar la puerta. Este levantó la mano para llamar su atención y luego dijo:

—Orden del rey: ¡se prohíbe el pillaje!

—Gracias —dijo Morgennes.

Luego puso su montura al galope y se adentró en la ciudad, en dirección al puerto y a los barrios ricos.

No ha venido aquí para divertirse, ni para ejercitarse con el arco o para cazar, sino que ha venido aquí en busca de su gloria, queriendo aumentar su brillo y su renombre.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Lanzarote o El Caballero de la Carreta

Algunas ciudades son damas muy ancianas. Terriblemente ancianas, solo son hermosas en el ocaso, cuando cae la sombra sobre sus imperfecciones. Otras ciudades son siempre bellas, a cualquier hora del día o de la noche. El sol no es para ellas más que una diadema colocada sobre la cabeza de una reina. Raras son, en verdad, las ciudades, como Alejandría, que embellecen al mismísimo sol.

Por otra parte, el sol parecía encontrar un placer malvado en entretenerse sobre la ciudad. El tiempo allí no transcurría normalmente. Así, contaban que un día un viajero que había salido de Damietta cuando el sol acababa de ponerse, se sorprendió al encontrar, a su llegada a Alejandría, un sol que apenas iniciaba su descenso.

Muchos astrónomos habían investigado este misterio, sin conseguir resolverlo. Pero Guillermo de Tiro pensaba que uno de sus contemporáneos, un tal Honorius Augustodunensis, había proporcionado la clave en su *Imago Mundi*, donde estaba escrito: «El cosmos es un huevo, cuya yema es la tierra».

—Así —explicó Guillermo a Amaury—, es lógico que el sol avance con esfuerzo al levantarse, holgazanee sobre Alejandría, y luego se apresure al volver a bajar.

—¿Y por qué debería holgazanear sobre Alejandría? —preguntó Amaury.

—Porque la ciudad está en la parte superior del huevo, y el sol ha perdido velocidad al llegar.

—¡Todo esto es ext-t-tremadamente int-t-teresante, mi querido Guillermo! —consiguió escupir Amaury, que tartamudeaba cada vez que le dominaba la emoción.

Con la mano apoyada en la balaustrada en lo alto del faro de Alejandría, Amaury se sorprendió al constatar que no podía divisar las velas blancas de los navíos pisanos y venecianos que habían acudido a prestarle auxilio durante el sitio. Todo lo que veía era un mar vacío, cuya superficie resplandeciente recordaba las escamas de una serpiente.

La leyenda decía que un dragón había habitado en otro tiempo en la isla donde se

levantaba el Pharos. Un dragón tan aterrador que ni siquiera las olas osaban acercarse a él. Amaury frunció las cejas, aspiró un profundo sorbo de aire marino de aromas yodados y se volvió hacia Guillermo, cuyo rostro desaparecía en la sombra.

—Pero ¿y la ca-ca-cáscara?

—¿Perdón, sire? —preguntó Guillermo, que no comprendía qué quería decir el rey.

—La ca-ca-cáscara —insistió Amaury—, ¿qué es?

—Ah, la cáscara... Bien, en realidad, sire, representaría el techo del universo. Ahí donde se mueven los diferentes cuerpos celestes girando en torno a nuestro planeta, como las estrellas, el sol o la luna. La cáscara es el cielo.

—Ah, muy bien, ahora lo entiendo...

El rey de Jerusalén estalló en una risa estentórea, que habría inquietado a su guardia y a su viejo amigo Guillermo si estos no hubieran estado ya acostumbrados a estas crisis. No era raro, en efecto, que en las situaciones más insólitas, Amaury se pusiera a reír ruidosamente durante varios minutos, en el curso de los cuales se volvía sordo a todo lo que trataban de decirle. Perdido en su hilaridad, era incapaz de oír nada.

Generalmente, estas crisis pasaban por sí solas, pero inquietaban al pueblo bajo, que se preguntaba si un demonio no habría elegido la cabeza de su rey como morada. Pero no se trataba en absoluto de eso, porque aunque Amaury ya había sufrido violentos ataques de risa durante un proceso, un combate o una recepción ofrecida por algún soberano aliado, siempre conseguía detenerse y hacer un comentario que, como mínimo, era inesperado. Y eso fue lo que también ocurrió esa tarde, cuando, tras secarse las lágrimas y recuperar su seriedad, dijo a Guillermo:

—Perdóname, viejo amigo... ¡Es que p-p-pensaba en lo que ocurriría si, por desgracia, la cáscara se rompiera!

Un nuevo estallido de risa agitó su opulento pecho, y sus hombros se pusieron a temblar frenéticamente.

—¡Sería t-t-terrible! ¡Espantoso!

Apoyándose con una mano en Guillermo para tratar de recuperar la calma, consiguió oír cómo este último le aseguraba:

—Sire, es imposible. Solo Dios sería capaz de algo así. Y nos ama demasiado para hacerlo.

De pronto, Amaury dejó de reír y declaró con toda seriedad:

—¡Pues bien que ordenó el diluvio!

—Pero permitió a Noé que nos salvara...

Amaury giró sobre sí mismo y de pronto pareció inspirado por una idea.

—Anotad —declaró en tono serio—. Ordeno que desde hoy se prohíba comer huevos de cualquier origen (ya sean de gallina, de oca o de pato). Los d-d-declaro

impropios para el consumo. Cualquiera que contravenga esta disposición será descuartizado. Los huevos deberán ser llevados a mi palacio, en Jerusalén, para ser auscultados por los sabios. Si realmente el co-co-cosmos es un huevo, los huevos merecen respeto y, sobre todo, ser estudiados.

—Pero, sire...

—¡He dicho!

Uno de los lacayos, que formaba parte del equipo de escribanos que se relevaban junto a Amaury durante todo el día y toda la noche, escribió en un pergamino la orden del rey, se la dio a firmar, la selló y la hizo llevar a Jerusalén por correo especial. En dos días escasos, el antiguo palacio del rey David, donde se alojaba Amaury cuando estaba en Jerusalén, serviría de incubadora a varios millares de huevos.

En cuanto a Amaury, ya había pasado a otra cosa. Este rey, que nunca dejaba de pensar, se estaba preguntando si, igual que Constantino había convertido Bizancio en la capital del Imperio romano, no debería él convertir Alejandría en la del reino de Jerusalén. La ciudad era hermosa y la situación geográfica, ideal. Pero temía ofender a Dios alejándose del Santo Sepulcro. Por otra parte, le interesaba conservar las buenas relaciones con sus nuevos aliados, los egipcios, y con ese extraño Preste Juan, cuyos refuerzos seguía esperando. Sería preferible, pues, dejar el traslado para más tarde, cuando las amazonas y los dragones prometidos por Palamedes hubieran llegado y Egipto le perteneciera.

Amaury sabía que era solo cuestión de meses. Dentro de dos o tres años a lo sumo, el sueño de su padre y de su hermano por fin se habría realizado: un Egipto cristiano, cuyas formidables riquezas se añadirían al escaso tesoro de Jerusalén para mayor gloria de Amaury. Estaba encantado. El viento le llevaba los gritos de los muecines, que llamaban a recogerse a sus correligionarios, y el tañido de las campanas que hacían sonar a rebato para saludar el fin del asedio. Encontraba extraordinario que, desde el lugar en el que se encontraba, en lo alto del Pharos —el antiguo faro de Alejandría, que se elevaba a más de mil pies de altura—, no consiguiera ver los campanarios de las iglesias que hacía un momento le habían parecido tan enormes, cuando había caminado hacia el faro con la espada en la mano.

Con la espada en la mano, sí. Porque si bien había prohibido el p-p-pillaje, los soldados egipcios se habían lanzado de todos modos sobre la ciudad como una nube de langostas sobre un campo de trigo.

—¿Por qué no me obedecen? —se preguntaba, sorprendido—. Había dado orden de que no hubiera pillaje.

Amaury había pedido a Guillermo que investigara el asunto, y este último había encargado al más brillante de los escuderos con que el Hospital había contado nunca

que fuera a investigar.

El aspirante a caballero se había puesto inmediatamente al trabajo, estimulado por la promesa de Amaury de armarle esa misma noche, al mismo tiempo que a Morgennes, si volvía con la clave de este pequeño misterio. Alexis de Beaujeu — pues ese era el nombre del escudero— había saludado a su rey, se había desembarazado de su armadura para confundirse mejor con la población de la ciudad y se había ido, seguro de volver antes del final del crepúsculo.

De pronto, una estrella apareció en el cielo, luego otra, y otra más. Amaury levantó la mano para saludarlas. Entonces, tras él se escuchó un ruido de leños lanzados a una chimenea. La habitación donde se encontraba se iluminó con una luz viva, que apagó la de las estrellas. Algunos hombres habían llevado haces de leña a un inmenso contenedor situado en lo alto de la torre y les habían prendido fuego. La llama, al alargarse, lamió la cúspide del Pharos y, como una lengua de dragón, cubrió la bóveda, negra de hollín desde hacía ya varios siglos. Amaury colocó la mano ante el fuego. Se preguntaba: «¿Será la luz del faro lo bastante fuerte para proyectar su sombra sobre la ciudad?». Mientras contemplaba sus largos dedos rollizos adornados de anillos chapados de oro, esbozó una vaga sonrisa y luego se volvió hacia Guillermo.

—La ceremonia de esta noche debería ser hermosa. Los habitantes no la verán, pero la sombra de la Santa Cruz planeará sobre ellos...

La espalda de Amaury emitió un crujido, y el rey levantó la cabeza y hundió sus ojos grises en los de Guillermo.

—¿Qué piensas de esta ciudad?

—Es magnífica —dijo Guillermo.

En realidad, se sentía de pésimo humor. La belleza de Alejandría le importaba bastante poco. Pensaba en los años pasados en Constantinopla y en sus esfuerzos para arrancar un acuerdo al basileo, en cómo había trabajado para conseguirlo. Pero todo aquello había quedado reducido a la nada cuando los hospitalarios, los nobles del reino y un supuesto embajador del Preste Juan habían convencido al rey de atacar Egipto sin esperar a Constantinopla.

—Pero habría sido más hermosa en vuestras manos y en las del basileo, que en las vuestras y en las de vuestros nuevos aliados.

—¡Lo importante es que esté en las mías! —dijo Amaury.

Y se rió en las narices de Guillermo cuando este afirmó que era imposible que Palamedes fuera el embajador del Preste Juan, ¡ya que este último no existía!

—Majestad, no deberíais haber atacado...

—Hablaremos de t-t-todo esto más tarde —prosiguió Amaury, ofreciendo su rostro a las llamas del formidable fuego que brillaba en el centro del faro—. Mira,

¿no dirías que Alejandría dispone de su p-p-propio sol? ¿Y que se encuentra en el centro de su propio co-co-cosmos, cuyos astros se llaman Damasco, El Cairo, Jerusalén, Constantinopla?

—¡Estáis de un humor poético hoy, majestad!

—P-p-pienso en el momento en el que levantaremos la Vera Cruz sobre la ciudad...

Apoyándose de nuevo con las dos manos en la balaustrada, Amaury preguntó:

—¿Crees que el faro pudo guiar a los Reyes Magos hasta aquí?

—No —replicó Guillermo—. Jesús no nació en Alejandría, sino...

—En Nazaret, es cierto. Había olvidado ese d-d-detalle...

Llevándose la mano a la boca, Amaury ahogó un ataque de risa, tosió dos o tres veces para recuperar la compostura y añadió:

—Lo cierto es que—que es una lástima. Admira esto —dijo mostrando la puesta de sol—. ¿No es magnífico? ¿Y este faro? Ah, dime, ¿p-p-por qué no nació Jesús en este lugar?

De nuevo se volvió hacia la llama, y permaneció inmóvil unos instantes, saboreando el calor que le acariciaba el rostro y le calentaba el pecho.

Guillermo miró a su rey con una ternura infinita. A pesar de sus torpezas, de sus arrebatos, incluso de la injusticia de que podía dar prueba, le amaba. Con todo su corazón. Este rey tenía la cabeza llena de sueños imposibles. Se imaginaba un destino como el del rey Arturo, con su Tabla Redonda, su Merlín (que habría encarnado él, Guillermo), su Ginebra, su Grial y su *Excalibur*, su *Crucífera*. Un rey que tenía grandes ambiciones para Tierra Santa, y que le devolvió la mirada.

Amaury había ido a Egipto por invitación del visir Chawar, para ayudarle a rechazar los asaltos de Shirkuh el Tuerto y Saladino. Actuando de ese modo, Amaury continuaba la política de sus predecesores, que trataban de evitar que Egipto cayera en manos del califa de Bagdad.

¿Había triunfado en su empeño?

Aún no. Pero sus sueños de conquista iban camino de realizarse. Su hermano y su padre habrían estado orgullosos de él. Amaury inspiró profundamente, tratando de hacer entrar la noche de Alejandría en sus pulmones. En ese instante, el lamento melancólico de varios cuernos de bruma se elevó en la ciudad. En efecto, en cada uno de los ángulos de la torre se erigían formidables estatuas que representaban tritones con una enorme concha en la boca. Un largo tubo de cobre colocado en la parte posterior permitía a los músicos soplar en las caracolas.

La figura de estos funcionarios, identificables por su largo vestido blanco con franjas azules, se asimilaba a la de los sacerdotes, tan útil era su función para los navíos que se acercaban o partían de los puertos —y por tanto a la ciudad—. Su origen se remontaba a las primeras horas del Pharos, en el tercer siglo antes de la

Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo.

Desde esa época estaban autorizados a residir en el lugar, en alojamientos especialmente dispuestos para ellos. Su tarea consistía en soplar en las caracolas cuando era noche cerrada o cuando alguna nube ocultaba la luna. Aunque en realidad, su tarea principal era alejar a los fantasmas; por eso el sonido de las trompas llegaba hasta los arrabales de Alejandría.

Los musulmanes, que sentían escaso respeto por los tiempos anteriores al Profeta y habían quemado la biblioteca de Alejandría (aunque no habían sido los primeros) al tomar la ciudad en 642, tenían en tanta estima a los «Sopladores de los Tritones» que les habían mantenido en sus puestos.

Pero esa noche, al canto de las conchas se unía otro ruido.

—Se diría que alguien pelea en la torre —dijo Guillermo.

—¡Oh! —exclamó Amaury—. ¡Es mi espada! ¡He d-d-dado orden de que la enderezaran, porque la t-t-torcí durante en el combate!

—Pero sire, ¿cómo...?

Amaury tuvo un nuevo ataque de risa. Se retorció, se pedorreó, eructó. Luego suspiró y explicó:

—Era una espada de ceremonia. Pensé que no t-t-tendría que utilizarla. Quería una hermosa espada dorada para hacer mi entrada en la ciudad, pero el oro se d-d-dobla más fácilmente que el acero, y t-t-torcí mi espada al golpear contra un escudo. ¡Si mi guardia no hubiera estado ahí, me habría encontrado más indefenso que un p-p-pollito fuera del huevo! Espero que Alexis de Beaujeu vuelva pronto para explicarnos por qué hemos tenido que combatir para llegar hasta aquí, cuando Saladino se había rendido y nosotros le habíamos acogido b-b-bien. ¡Y espero sobre todo que encontremos p-p-pronto esa *Crucífera*; estoy ansioso p-p-por ceñirla!

En ese momento, otros sonidos se añadieron al escándalo de las campanas, los soplidos de las conchas y el estruendo del herrero. Gritos de dolor y aullidos de sufrimiento.

—¿Cómo es p-p-possible? —preguntó Amaury—. La v-v-voz humana no debería alcanzar esa fuerza. ¿Qué hechizo es este?

—Es el Pharos —exclamó Guillermo—. ¡Nos habla! Lo que oímos es su aliento, su voz...

»No olvidéis —dijo mirando al rey con expresión reverencial— que esta torre es sagrada desde el día en el que setenta y dos traductores surgidos de las doce tribus de Israel establecieron en ella una única versión del Pentateuco, en setenta y dos días...

Amaury y Guillermo callaron, dejando que el viento aullara su doloroso mensaje.

—El p-p-pueblo sufre —murmuró Amaury—. ¡Quiere que acudan a rescatarle!

El rey miraba fijamente a Guillermo, con los ojos dilatados por el asombro y el respeto, pero también por la cólera. ¿Se estaba sublevando la ciudad? ¿Quién, ahí

fuera, se atrevía a atacar a sus habitantes, que habían saludado su llegada con tanta alegría? ¿El puñado de resistentes que se habían cruzado en su camino podían ser la vanguardia de una fuerza mayor?

—Voy a b-b-bajar, sígueme —declaró Amaury.

Rápidamente abandonó la cima de la torre y empezó a descender los diez mil y un peldaños de su escalera.

Soy, como ves, un caballero que busca lo inencontrable.
 Mi búsqueda ha durado mucho tiempo, y sin embargo,
 ha sido vana.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Ivain o El Caballero del León

De pronto, cuando debería haberse dirigido al Pharos para ser armado caballero por Amaury, Morgennes hizo dar media vuelta a su montura para encaminarse a la catedral de San Marcos. Había distinguido la cruz, sobre un fondo de nubes rojas. La gran cruz de la catedral se destacaba en la lejanía, y tenía la impresión de oír que pedía socorro. Sobre todo escuchaba ese grito, que seguía resonando como si hubiera sido pronunciado hacía un instante:

«¡Hacia la cruz! ¡Hacia la cruz!»

En la cabeza de Morgennes todo era confuso.

¿Qué debía hacer? ¿Seguir hacia la catedral, o bien ir hacia el Pharos? Sentía en la espalda el peso del diente del dragón que había robado a Manuel Comneno.

«¡A fe mía que si hubiera debido arrebatarlo a un dragón verdadero, lo habría hecho!»

Pero había buscado en vano, durante años. Poucet tenía razón. Los dragones no existían.

Ya no existían.

Y él, Morgennes, debía encontrar otro medio de ser armado caballero. Si es que aún quería serlo, aunque cada vez estaba menos seguro. Los únicos títulos que podía valerle ese diente eran los de ladrón y estafador. Pero no el de caballero. La babucha de Nur al-Din habría podido valerle ese honor; pero un templario se la había cogido.

En su turbación, sin embargo, algo permanecía claro. Lo que quería era ser alguien honorable. De modo que, viendo que la cruz se cubría de humo, decidió acudir en su socorro, sin saber muy bien por qué, casi por curiosidad.

Sus hombres no comprendían sus intenciones, pero le siguieron de todas maneras mientras intercambiaban palabras y preguntas. «¿Qué quiere? ¿Adónde va?» La mayoría, sin embargo, obedecieron sin rechistar, pues Morgennes era para ellos algo más que un jefe, era una prolongación de su voluntad.

La catedral de San Marcos pertenecía a los cristianos de rito copto, establecidos

en Alejandría desde los primeros días de la cristiandad. Unos siglos atrás habían tenido que soportar el robo de los restos de san Marcos, que unos mercaderes venecianos habían llevado a Venecia para salvar al santo (o mejor dicho, su envoltura terrenal) de un segundo martirio que se habría añadido al que ya sufrió cuando una multitud enfurecida lo lapidó once siglos atrás.

Durante todo el tiempo, los coptos se habían convertido en maestros en el arte de permanecer lo bastante cerca de su Dios para no ofenderle y mostrar la suficiente contención y discreción en el ejercicio de su religión para no atraerse las iras del ocupante musulmán. Porque, en efecto, los sarracenos no les veían con buenos ojos. Pero como los coptos ocupaban puestos importantes en la administración egipcia y, desde hacía varios siglos, nada podía hacerse sin ellos, los fatimíes se habían visto obligados a contemporizar.

Una multitud abigarrada que lanzaba alaridos atrajo la atención de Morgennes. Musulmanes con largas ropas blancas recogiendo sus alfombras al final de la oración; niños corriendo por las callejuelas, tratando de atraparse los unos a los otros; judíos con los ojos chispeantes de astucia, de larga barba negra y cabellos ensortijados; cristianos volubles, cuyas manos se agitaban en el aire para acompañar sus palabras; soldados egipcios de expresión taimada y tez olivácea, con la espada en la mano. Patrullaban formando pequeños grupos de una docena de hombres, y la emprendían contra todo lo que se ponía a su alcance. ¿Qué querían? Divertirse. Y hacer pagar a los habitantes de Alejandría la acogida que habían dispensado a Saladino.

Pues, aunque los egipcios eran sarracenos, odiaban a sus hermanos de Damasco y de Bagdad, con los que no tenían nada que ver. Los egipcios eran primero y ante todo musulmanes fatimíes, y por tanto chiítas. Sus primos de Damasco y de Bagdad eran sunitas. Así, a imagen de los cristianos de Roma y de Bizancio, las dos facciones se detestaban —aunque en ocasiones llegaran a unirse si las circunstancias lo exigían.

Las tropas egipcias, mandadas por un extraño personaje montado en un carro, acosaban a un desvalido sacerdote copto. Este último, un anciano encogido sobre sí mismo para protegerse de los golpes, era reconocible por su larga túnica blanca con franjas azules y rojas. El sacerdote imploraba a los egipcios por su salvación y la de su catedral, e invocaba la ayuda de Dios y de todos los santos. Sin escucharle, los fatimíes lanzaron al interior de la catedral varias antorchas encendidas; en el peor de los casos, alegrarían que habían sido los soldados de Saladino los autores del incendio.

«¡Antes perecer que dejar Egipto en manos de Nur al-Din!», pensó en su carro Chawar, el visir de El Cairo.

Cuando Morgennes llegó a la plaza, con sus hombres tras él, vio cómo los coptos intentaban salvar su iglesia a pesar de los golpes de los soldados egipcios. Haciendo girar en el aire su pesada cadena, Morgennes la lanzó hacia el oficial que iba en el

carro. El hombre, alcanzado en el pecho, se tambaleó y salió despedido de su carruaje. La multitud estalló de alegría. Nerviosos, varios soldados egipcios se volvieron hacia Morgennes, que hizo retroceder a Iblis y tiró de la cadena. No quería que Chawar tuviera tiempo de levantarse, de modo que lanzó a su caballo a un galope corto, arrastrando tras de sí el cuerpo inerme del jefe de los egipcios.

En ese momento resonó un grito:

—¡Morgennes, detente!

Al reconocer la voz de Alexis de Beaujeu, Morgennes se inmovilizó y miró en su dirección.

—Alexis, ¿qué quieres?

—¡No le hagas daño! ¡Este hombre es nuestro aliado!

Mientras dejaba que sus compañeros de armas se encargaran de atemperar el ardor de los soldados egipcios, Morgennes se ocupó de asegurar su presa y preguntó:

—¿Este viejo calvo? ¿Ataca a los coptos, y tú lo llamas «aliado»?

—Es el visir de Egipto. Un amigo de Amaury. ¡Un protegido del Preste Juan!

Morgennes aflojó la cadena para liberar a Chawar y le ordenó:

—¡Deja a los coptos en paz, o te pesará!

Chawar emitió una especie de silbido, volvió a subir a su carro y desapareció entre un ruido atronador de ruedas y de soldados que corrían al trote tras él. Los coptos se arrodillaron a los pies de Morgennes para darle las gracias, pero este les dijo:

—No he hecho nada. Debéis agradecersele a ella y no a mí. —Y señaló la cruz de la catedral de San Marcos—. Ha sido ella quien me ha llamado.

Pero en sus miradas vio que no lo olvidarían, y aquello fue como un bálsamo para sus sufrimientos.

Después de atravesar el largo dique de tierra que Alejandro Magno había construido para unir la isla de Pharos al resto de la ciudad, Alexis y Morgennes llegaron a un tiro de flecha del gran faro. Parecía un inmenso dragón de mármol con las alas replegadas, escupiendo hacia las estrellas su mensaje de fuego. Durante el día, una espesa humareda negra le tomaba el relevo y subía hacia el cielo formando una columna que inmediatamente era atacada por los vientos; una columna que había que mantener sin descanso, añadiendo continuamente haces de leña, garrafas de aceite y bloques de carbón a la hoguera, para que los capitanes de los navíos siempre pudieran saber hacia dónde dirigirse. A pesar de todo, las costas seguían siendo muy peligrosas, como si los escollos se desplazaran bajo los cascos de las naves con el objeto de enviar a los marinos a servir de merienda a las sirenas. A veces un barco ponía rumbo a Alejandría, guiado por el faro. Ningún obstáculo se interponía en su camino, ningún arrecife. Y sin embargo... El barco naufragaba, añadiéndose a la

interminable suma de pecios que los capitanes del puerto se esforzaban en mantener al día, inscribiendo a las naves hundidas en un registro que era al mismo tiempo una carta marina y un libro de los muertos.

Algunos marinos decían que era a causa de la ninfa Idotea, que seguía ahí, agazapada en las inmediaciones de la ciudad, tratando de vengarse de los dioses que la habían reemplazado y de sus servidores humanos.

Sí, dioses, dragones, ninfas y santos se daban de la mano en Alejandría, que era en cierto modo un Egipto en miniatura, un compendio de todas las maravillas que este fabuloso país ofrecía. Morgennes se frotó los ojos y parpadeó dos o tres veces. ¡Sí, el faro era sin duda un dragón! Un dragón de piedra blanca, pero, de todos modos, un dragón. Era difícil saber si estaba al servicio de la ciudad; pero era preferible no ofenderle, no fuera que él, que la protegía desde hacía catorce siglos contra los vientos y las mareas, sintiera de pronto deseos de asolarla.

Alexis observó a su vez la cúspide del faro, y vio un profundo resplandor de ascuas, justo en el lindero de la noche. Parecía un ojo gigante que apuntara al cielo, como una advertencia.

—¡Malditos sean estos mahometanos! —tronó, pensando en lo que habían hecho con el Pharos.

Porque, aunque los fatimíes lo habían conservado, los ulemas habían exigido de todos modos que fuera transformado en mezquita. La mezquita más alta del mundo, de la que se decía que superaba en gloria a la de Bagdad. Pero pronto volvería a caer, cuando Amaury instalara una gigantesca cruz en el lugar que ahora ocupaba la inmensa media luna de oro, que pensaba recuperar y fundir en lingotes.

—¡Alexis! —oyó que le llamaban.

Guillermo. Con expresión inquieta, delgado como una caña, con su bastón en la mano, Guillermo caminaba por delante del rey. Los dos hombres preguntaron a Alexis y a Morgennes qué sabían de los acontecimientos que les habían obligado a salir del faro.

—Unos soldados egipcios atacaban a los coptos —dijo Alexis—. Pero Morgennes ha solucionado el problema.

—Majestad... —dijo Morgennes.

—¡Bravo! —exclamó Amaury—. ¡Sabía que podíamos contar contigo! ¡Caballero del D-d-dragón!

Morgennes no dijo nada, pero bajó los ojos. Después, mientras volvían hacia el Pharos, Guillermo se acercó a Morgennes y le dijo:

—¡Vaya travesía la vuestra! Me alegra volver a veros...

—¿De modo que os acordáis de mí? —dijo Morgennes.

—Muy bien. Por otra parte, en el lugar donde estaba me hablaron mucho de vos.

—¿Dónde estabais?

—En Constantinopla. Hablé de vos con un hombre que os conoce bien y que, en el momento en el que me despedí, estaba sorprendido por vuestra ausencia.

—Creo que sé a quién os referís. ¿No será Colomán, el maestro de las milicias?

—¡Exacto!

—¡Aquí están los dos héroes de la noche! —exclamó Amaury, abrazando primero a Alexis y luego a Morgennes, cuando este hubo bajado del caballo—. ¿Y bien? ¿Estáis d-d-dispuestos para la ceremonia?

—Sí —dijo Alexis.

Una vez más, Morgennes no respondió.

En torno a ellos se hizo el silencio, solo turbado por el ruido de las olas y los gritos de los pelícanos, que ahora que el asedio había terminado ya no temían ser devorados por los habitantes del puerto y por eso volvían.

—¿Y tú? —preguntó Amaury a Morgennes—. ¿Estás preparado?

—Majestad, no sé...

—¡Cómo! ¡Un cazador como tú! ¿Rechazarás ser armado caballero?

—No es una cuestión de mérito, majestad. Me preguntaba simplemente si todavía deseo...

—¡Pero si en Jerusalén estabas loco por serlo! —dijo Amaury.

—¡Explicaos! —le pidió Guillermo.

—Sería demasiado largo. Digamos simplemente que he tardado demasiado y que... ¡Ah si tuviera todavía esa babucha!

—¿La de Nur al-Din? Creía que había sido Galet el Calvo quien se había apoderado de ella.

—De lo que se apoderó fue de mi victoria. Pero olvidemos eso, no es importante.

—Decididamente —dijo Amaury—, no es nada c-c-común. ¿Cuántas hazañas has realizado?

Morgennes se encogió de hombros.

—Lo ignoro, majestad.

—Y si te pidiera... En el curso de tus numerosos viajes, ¿has oído hablar alguna vez de *Crucífera*?

—¿La espada de san Jorge?

—Exacto. ¡Encuéntrala, y te cubriré de oro!

Mostrando su vaina vacía a Morgennes, le explicó:

—Ahora soy un rey sin espada. Y según Manuel C-c-comneno, es una espada incomparable...

—Sire —intervino Guillermo—, deberíais cuidar a vuestro único y verdadero aliado, el emperador Manuel Comneno, antes que a estos dudosos Palamedes y Chawar, que no me inspiran ninguna confianza.

—¡Poco importa! —tronó Amaury—. ¡Soy yo quien d-d-decide! ¡Y ahora

seguidme!

Amaury, Guillermo, Alexis, Morgennes y sus hombres —un poco turbados por lo que acababan de oír— subieron la escalera de mármol del Pharos, seguidos por Alfa II y Omega III, a los que un lacayo debía ayudar a trepar por los peldaños, demasiado altos para ellos.

Después de una larga ascensión, el pequeño grupo se encontró en una habitación imponente, situada justo por debajo de la sala del faro propiamente dicha. Su techo, situado a varias lanzas de altura, estaba perforado por aberturas por las que escapaba la luz del faro.

El momento de la ceremonia se acercaba. Morgennes contempló las ropas que le habían ordenado vestir. Una larga túnica de lino blanco, símbolo de pureza. El baño que en principio Alexis y él debían haber tomado había sido reemplazado por algunas gotas de agua bendita con las que Guillermo de Tiro les había rociado la frente.

Cada una de estas gotas había sido como una herida para Morgennes. ¿Qué estaba haciendo? ¡Estaba a punto de mentir! ¡De traicionarse a sí mismo! Y sin embargo, podía elegir. Igual que Amaury había impuesto a sus hombres que no saquearan la ciudad. Miró cómo los dos lacayos ayudaban a Alexis a enfundarse el brial de paño rojo que simbolizaba la sangre que debería derramar —la suya— para defender a Dios y Su Ley. Luego le llegó el turno. Levantó los brazos. Y tuvo la sensación de que se ahogaba.

«¡No puedo vivir fuera de la verdad!»

Lanzó un grito. Le preguntaron:

—Amigo, ¿te encuentras mal?

Pero él no respondió. Le miraron con inquietud. Los caballeros del Hospital le observaron inseguros. ¿Era Morgennes, realmente, una buena incorporación? El Hospital necesitaba desesperadamente mercenarios para realizar el trabajo sucio, pero ¿era una buena idea reclutarlo a él?

Luego le llegó al rey el turno de pasar por los pies desnudos de Morgennes y de Alexis unas gruesas calzas negras mientras les decía:

—Su color de t-t-tierra servirá para recordaros vuestros orígenes y ayudar a que os guardéis del orgullo.

—Que mancha todo aquello que toca —murmuró para sí Morgennes.

Después de las calzas, Amaury les anudó en torno a la cintura un fino cinturón de seda blanca.

—Que este cinturón mantenga alejada la lujuria.

Luego les entregó un par de espuelas de plata:

—Y que esto os vuelva ardorosos en el servicio a D-d-dios y al reino.

De pronto ahogó un ataque de risa. Consiguió recuperar la seriedad, y la ceremonia siguió adelante, hacia su punto culminante. Amaury empuñó su espada,

que el herrero había conseguido enderezar tras grandes esfuerzos, la levantó por encima de la cabeza de Alexis y clamó:

—¡Su hoja tiene d-d-dos filos! Ellos bastan, pues significan rectitud y lealtad, para que nunca olvidéis ir en de-defensa de la viuda y del huérfano...

Descargó un vigoroso golpe en cada uno de los hombros de Alexis, que estuvo a punto de perder el equilibrio por la violencia del impacto. Amaury había golpeado tan fuerte que la hoja de su espada se había torcido de nuevo.

—Que puedas guardar en tu memoria estos golpes que t-t-te he dado —prosiguió Amaury—, y con ellos tus d-d-deberes. Ayunar el viernes, o si no puedes hacerlo a causa del combate, dar limosna a los pobres. Asistir cada día a misa, y ofrecer en ella lo que puedas. No negar nunca tu apoyo a una doncella o a una dama en peligro. Finalmente, no mentir ni traicionar nunca.

—Acepto —dijo Alexis.

Amaury le dio un beso y declaró:

—¡Yo te armo caballero!

Los asistentes contuvieron el aliento. Dentro de unos instantes podría dar rienda suelta a su alegría. Amaury se volvió hacia Morgennes, que se encogió sobre sí mismo como Atlas bajo el peso del mundo.

Luego, en el momento en el que el rey levantaba su espada, Morgennes se incorporó y dijo:

—Majestad, no merezco este honor.

Si debe hacerse una reputación en el oficio de las armas,
en esta tierra la obtendrá.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

Balduino IV todavía era un niño, tan guapo, ágil y vivo como feo, gordo y torpe era su padre. Estas cualidades, asociadas a una inteligencia y a una memoria fuera de lo común, hacían de él un perfecto heredero del trono. No había noble ni prelado que no le saludara con una amplia sonrisa cuando pasaba por los corredores del palacio de David, que sembraba de risas y gritos de alegría. Era un poco el hijo de todos, pero un solo hombre tenía el derecho de educarle. No era su padre, ni su padrino — Raimundo de Trípoli—, sino el ser más sabio y cultivado de Tierra Santa, que acababa de ser nombrado arzobispo de Tiro en recompensa por los servicios prestados junto al emperador de los griegos: Guillermo, que en adelante llevaría el sobrenombre de «Guillermo de Tiro».

Guillermo de Tiro, que por entonces rondaba los cuarenta, era un hombre agotado. No a causa de sus estudios, que se alargaban generalmente hasta agotar las velas, y ni siquiera a causa de sus numerosos trabajos de historiador, traductor y negociador, ni a sus cargos de arzobispo y de primer consejero del rey, sino a causa de esa cabecita rubia de Balduino, que Amaury le había pedido que llenara al máximo y lo mejor posible: «¡Para convertirla en una cabeza capaz de llevar la corona mejor que yo!».

Balduino adoraba a Guillermo. Nada le complacía tanto como verle entrar en su habitación cuando iba a buscarle para dar un largo paseo en lo alto de las murallas. Allí, Guillermo le contaba en latín, griego o árabe la historia de Jerusalén, de modo que cada episodio era el pretexto para una lección de lengua, religión, geografía, botánica, literatura, aritmética, etc. Es decir, de todas las materias, innumerables, en las que Guillermo estaba versado.

Pero aquel no era momento para lecciones, y Balduino, a quien su padre había autorizado a ir a El Cairo ahora que los ejércitos de Nur al-Din se habían marchado, correteaba entusiasmado entre las viejas piedras egipcias.

Y en particular entre las de las pirámides.

No había monumento bastante grande para que renunciara a escalarlo, y cuando

distinguió, a un tiro de ballesta de las aguas del Nilo, las pirámides que ascendían hasta el cielo, declaró:

—¡Escalaré la más alta!

Guillermo, que, encaramado a un asno, acompañaba al joven príncipe en todos sus desplazamientos, se limitó a sonreír. Ya se vería, cuando Balduino estuviera al pie de las primeras piedras de estos monumentos, lo que diría al constatar que eran mucho más altas que él.

Por desgracia, Guillermo sufrió un desengaño. Porque, al acercarse a la base de la mayor de las pirámides, la de Keops, Balduino exclamó:

—¡Llebadme!

Sería como escalar una montaña. Buscando ayuda en torno a él, Guillermo divisó a uno de los arqueros del rey y le preguntó:

—¡Eh, vos! ¿No podríais ayudarnos a trepar a la cima de esta pirámide?

El hombre les miró con incredulidad, y luego se echó a reír sin disimulo. ¿Hablaban en serio? Escalar aquel monumento con un niño de apenas seis años ¡era una completa locura! ¿Y si tenía una mala caída, y mataba al heredero del trono? ¡Seguro que Amaury lo destriparía y luego lo asaría con manzanas! De todos modos, era imposible.

—Podría tensar mi mejor arco, apuntar durante una semana y lanzar la mejor de mis flechas —dijo el arquero—, y no alcanzaría la cima. ¡No somos monos! Renunciad, es más prudente.

Y apartó la mirada de Guillermo para concentrarse en la partida de dados que estaba jugando con tres compañeros.

Guillermo ya no sabía a quién recurrir y temía tener que anunciar a Balduino que debían dejar la expedición para más tarde, cuando una voz, que Guillermo de Tiro iba a conocer cada vez mejor, le hizo esta proposición:

—Permitidme que os ayude.

—¡Vos! —dijo Guillermo al descubrir quién la había pronunciado—. Pero...

—Vamos, no porque haya renunciado a ser armado caballero por una hazaña que no he realizado hay que considerarme un apestado.

—Tenéis razón —admitió Guillermo.

Y miró a Morgennes, que había preferido la infamia de la verdad a una gloria usurpada; infamia que el rey le había perdonado rápidamente cuando Morgennes le había dicho que podía guardarse el diente de dragón —que ese sí era verdadero—. Entonces Amaury había exclamado: «¡Te felicito, y estoy seguro de que un día tus hazañas me darán ocasión de armarte caballero!».

Morgennes se arrodilló junto al pequeño rey y le ofreció su espalda. Enseguida, Balduino le pasó los brazos alrededor del cuello, anudó sus piernas en torno a su vientre, y Morgennes se levantó, con Balduino IV a cuestas.

A una velocidad impresionante, Morgennes emprendió la escalada de Keops, eligiendo con cuidado sus presas, deslizándose los pies en las anfractuosidades de la roca y progresando a un ritmo tal que ni un mono habría podido superar.

Guillermo, que se había quedado abajo, seguía su ascensión protegiéndose del sol con la mano; confiaba en Morgennes pero temía, al mismo tiempo, que se produjera un accidente. Los arqueros, junto a él, seguían lanzando sus dados sobre la arena como si nada ocurriera. Pronto, Morgennes y Balduino fueron solo una mancha en la cima de la pirámide, una mancha que se desplazaba a un lado y a otro, cada vez más alto.

Luego desapareció totalmente.

Guillermo hizo bocina con las manos y llamó:

—¡Balduino! ¡Balduino!

Pero desde ahí arriba, el pequeño rey no oía nada.

Se encontraba sobre una plataforma estrecha, en la que algunas piedras estaban cubiertas de inscripciones diversas —como una piel llena de cicatrices—. Algunas estaban en fenicio, otras en árabe o en griego, y otras, finalmente, en francés.

—¿Qué escribiremos? —preguntó Balduino, risueño, a Morgennes.

—No sé, alteza. Lo que vos queráis.

Balduino cogió una piedra que tenía la consistencia del sílex y grabó una frase sobre una roca. Cuando hubo acabado, volvió su rostro bronceado hacia Morgennes y le preguntó:

—¿Queréis saber lo que he escrito?

—Por favor.

—«El que no es caballero ha servido de montura a un príncipe para traerlo hasta aquí. Este príncipe dice que él vale más que un caballero.»

—Alteza...

El niño se echó a reír, y lanzó la piedra. La piedra rebotó en los peldaños superiores de la pirámide, no lejos de Balduino.

—Dicen —comentó Balduino— que el arco que permitiría enviar un proyectil más allá de la base de esta pirámide no existe...

—El arco tal vez no —dijo Morgennes—. Pero el brazo...

Y uniéndolo al gesto a la palabra, se agachó para coger una piedra, echó la mano tan atrás como pudo, tensó sus músculos y la lanzó. La piedra describió una curva, que la llevó arriba, muy arriba, antes de caer lejos, muy lejos de ellos. Tan lejos que dejaron de verla.

—¿Creéis que ha superado la base de la pirámide?

A modo de respuesta, Morgennes se llevó un dedo a la boca y con un gesto indicó al niño que escuchara. Balduino aguzó el oído; primero solo oyó el ruido del viento, pero luego escuchó un grito de dolor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Tendremos que preguntarle al arquero que no quiso traeros hasta aquí... ¡Creo que estáis vengado, alteza!

En efecto, Morgennes había apuntado tan bien y su fuerza era tan extraordinaria, que el arquero había recibido la piedra en la cabeza.

Guillermo de Tiro había visto cómo la piedra caía directamente sobre el arquero y le abría una herida en el cráneo, antes de caer sobre la arena junto con un poco de sangre clara. Furioso, el arquero se pasó la mano por el pelo para calmar el dolor, sin comprender de dónde había llegado ese guijarro.

—¿La venganza de los dioses, tal vez? —aventuró Guillermo.

El arquero miró los dados que se disponía a lanzar y dijo a sus camaradas:

—Vayamos a divertirnos más lejos.

Guillermo esbozó una sonrisa, como si hubiera adivinado quién había lanzado esa piedra y por qué. «Decididamente —se dijo—, este Morgennes es una caja de sorpresas. Tendré que hablar de él al rey, porque podría sernos útil para contrarrestar las acciones de los ofitas, que tienen aquí su guarida.»

En la cima de la pirámide, Morgennes y Balduino aprovecharon la posición de la que disfrutaban para contemplar el panorama. Al oeste, el desierto blanco corría en dirección a poniente como una lengua de marfil, una lengua de muerto. Al sur, el desierto y las otras pirámides, entre las cuales las tiendas de la hueste real parecían minúsculas pirámides enanas, hermanas pequeñas de las mayores. Largas columnas de hospitalarios a caballo patrullaban en la base, y sus estandartes y uniformes negros con la cruz blanca formaban un río de tinta entre los monumentos. A oriente, Morgennes y Balduino pudieron admirar, primero el vasto Nilo y la isla de Roddah, y luego El Cairo propiamente dicho, con sus minaretes cubiertos de oro y sus techos en terraza poblados de árboles. Al norte, finalmente, el desierto, siempre el desierto, de marfil y tiza, pálido y amenazador bajo el cielo de un azul insolente.

Un bullicio lejano parecía provenir de El Cairo; apenas distinguían nada, excepto una impresión de densidad, de carne muy vieja haciendo la muda, como una serpiente.

—¿Dónde está Fustat? —preguntó Balduino.

—Por allí, creo —dijo Morgennes, mostrando a Balduino la ciudad vieja, al sur de El Cairo.

—Guillermo me ha dicho que también se llamaba Babilonia.

—Por qué no —dijo Morgennes—. Después de todo, nada impide a las ciudades tener varios nombres.

—También dice que allá existe una secta de adoradores de la serpiente.

—Tal vez —dijo Morgennes, pensativo—. ¿Os ha dicho dónde exactamente?

—No. Solamente dijo: «En Babilonia».

—Debe de tener razón. Nadie en Jerusalén es más erudito que Guillermo.

—Lo sé —dijo Balduino.

Mientras el niño observaba Fustat con los ojos muy abiertos, Morgennes le pasó de pronto la mano por la cabeza y le acarició los cabellos.

Este gesto habría podido costarle caro, pero Balduino se volvió hacia él y empezó a reír a carcajadas. Morgennes rió con él, preguntándose qué sorpresas le reservaría esta ciudad —donde el rey debía permanecer esa noche y la siguiente.

Un semicírculo de plata se recortaba ya, como una uña gigante, hacia oriente, sobre un cielo perfectamente puro, color azur y oro. Una estrella que se iluminó poco después arrancó este suspiro a Balduino:

—Tenemos que bajar, o nos tirarán de las orejas...

Morgennes se agachó, se cargó al niño a la espalda y lo devolvió al pie de la pirámide, al lugar exacto de donde habían salido cuando el sol había iniciado su descenso. Balduino se echó en brazos de Guillermo y le contó todo lo que habían visto, sin omitir el menor detalle.

Pero Guillermo calmó los ardores del príncipe anunciándole: —El rey nos espera. ¿Venís con nosotros? —preguntó a Morgennes.

Morgennes asintió y les siguió.

Amaury se encontraba no muy lejos de Keops, a la sombra de una gigantesca cabeza de león que emergía de una duna. Debía de haberse producido algún incidente de importancia, porque hablaba entrecortadamente mientras levantaba arena con los pies.

Guillermo acudió a su lado y se apresuró a preguntarle qué había ocurrido. El rey le contó entonces que, al querer ajustar sus catapultas, sus hombres habían tomado como objetivo el apéndice nasal de esta cabeza de león y la habían roto.

Cuando se les preguntó por qué habían apuntado a la cabeza, los soldados de Amaury respondieron que habían creído actuar correctamente. Necesitaban un punto de referencia, y como Amaury les había comunicado que no quería ver a ninguna mujer a su alrededor, se habían dicho que era mejor disparar contra esa cabeza de león —que parecía una leona— antes que hacerlo contra las pirámides.

—La historia no nos lo tendrá en cuenta —dijo Guillermo—. Debéis perdonar a vuestros hombres, ya que solo querían proteger vuestro campamento. Pensad en todo lo que podremos realizar cuando, dentro de unos años, francos y egipcios trabajen unidos, codo con codo, para hacer de sus dos patrias, al fin reunidas, el país más hermoso del mundo. Entonces habrá llegado el momento de reparar los daños causados por vuestros soldados.

Amaury, sin embargo, estaba más que indignado, porque, después de la matanza de Bilbais, había decretado que en adelante se prohibía el pillaje. A partir de ese

momento los francos tendrían una actitud irreprochable, y nunca más podría decirse, en ningún lugar, que se comportaban como bárbaros. Pero sus soldados parecían tan desconsolados, y Amaury tenía tan buen corazón, que los perdonó.

—Cubridla con una lona mientras voy a ver al califa...

—¿Cómo se llama este monumento? —preguntó el joven Balduino a Guillermo, apretándole la mano.

—La Esfinge —respondió Guillermo—. Se dice que tiene cuerpo de león, pero ¿cómo saberlo? La arena la cubre desde hace tantos años...

El palacio califal era una colosal construcción rectangular, cuyo aspecto exterior no hacía presagiar de ningún modo el esplendor de su interior.

Solo algunos francos habían tenido el privilegio de acompañar a Amaury, y entre ellos se encontraban Guillermo de Tiro y Balduino IV. Como ambos habían insistido, Morgennes se había unido también al grupo. Se sorprendió enormemente al ver, entre los otros representantes del reino de Jerusalén, a dos de los seres que más odiaba en el mundo: Galet el Calvo y Dodin el Salvaje, los dos templarios con los que había tenido un violento altercado en el Krak de los Caballeros.

Pero los dos hombres no tenían tanta memoria como él y le habían olvidado. ¿Cuántos años habían pasado desde su anterior encuentro? Debían de ser cinco ya. Cinco largos años durante los cuales Morgennes se había convertido en otro hombre, con la piel tostada por el sol, endurecida por las pruebas que había soportado, y en los que su tonsura había desaparecido. Cinco largos años durante los cuales los dos templarios no parecían haber cambiado en nada. Uno seguía llevando en el costado izquierdo la misericordia del padre de Morgennes, y el otro parecía gozar aún de la gloria que le había otorgado la babucha de Nur al-Din. Dos mentirosos contumaces, dos bribones, dos usurpadores de los que Morgennes se vengaría a su modo.

Para no hacerse notar, fue tan discreto como un gato y habló menos que una estatua. Pero los lugares que atravesaban eran tan magníficos, de una belleza tan pasmosa, que habría podido bailar la giga y tocar la flauta sin que nada cambiara. En efecto, el interior del palacio desbordaba de riquezas hasta tal punto que los francos sintieron vértigo. ¿Era posible que hubiera en el mundo esplendores semejantes? ¿O quizá, al entrar en ese palacio, habían franqueado el umbral de otra tierra?

Guardias de piel negra, sobrecargados de armas y con armadura de gala, se arrodillaban a su paso. Chawar, finalmente, había acudido en persona a recibirlos a la entrada del palacio, y se divertía jugando a ser guía. Al verle, Morgennes palideció, porque se trataba del infame personaje que, desde su carro, había atacado a los coptos en Alejandría. El hombre a quien habría matado si Alexis de Beaujeu no hubiera intervenido a tiempo para impedirselo. Sin embargo, Chawar no pareció reconocerle, o si le había reconocido, no dio muestras de ello.

Para impresionar a los francos, el visir les hizo pasar por un sinfín de pasillos adornados con cortinajes de oro y seda, y luego por patios a cielo abierto donde había fuentes que manaban en medio de jardines exuberantes. Guillermo de Tiro dejó escritas sobre esta visita algunas páginas, muy conocidas, de las que aquí se ofrece un extracto:

En este lugar se nos reveló lo más pasmoso, lo más misterioso, lo más secreto de Egipto. Allí pudimos ver balsas de mármol llenas del agua más límpida que pueda imaginarse, así como una multitud de aves desconocidas en nuestro mundo. ¡Qué espectáculo tan prodigioso para nosotros, pobres francos, el de estos pájaros de formas inauditas y colores extraños, de gorjeos tan diversos como excepcionales!... Había, para pasear, galerías con columnas de mármol revestidas de oro, con esculturas incrustadas; el pavimento estaba hecho de diferentes materias, y todo el contorno de estas galerías era verdaderamente digno de la majestad real... Avanzando aún más lejos, bajo la guía del jefe de los eunucos, [encontramos] otras edificaciones aún más elegantes que las precedentes... Había allí una sorprendente variedad de cuadrúpedos, tanta como la mano de los pintores pueda complacerse en representar, como la poesía pueda describir o la imaginación de un hombre dormido pueda inventar en sus sueños nocturnos; como la que se encuentra, en fin, realmente, en los países del Oriente y del Mediodía, mientras que Occidente nunca ha visto nada parecido.

Todo esto tenía un único objetivo: ablandar a los francos, subyugarlos. Someterlos a la muy alta autoridad de Egipto, para obligar a Amaury a reconocerse, instintivamente, vasallo en vez de soberano. Pero Amaury no era un hombre que se dejara impresionar fácilmente.

Mientras recorrían estas salas, jardines y pasillos, el rey mostraba una expresión de hastío —como si estos esplendores le fueran familiares y en Jerusalén se lavara los pies en un barreño de oro con piedras preciosas engastadas—, que por otra parte sentía, ya que, a sus ojos, su hijo era mil veces más hermoso que el palacio del califa. Y así fue como se fijó en Morgennes.

Morgennes caminaba exactamente a la sombra de Balduino, como si quisiera protegerle. Servirle de guardia de corps. Fue en ese instante, según cuenta Guillermo de Tiro, cuando el rey decidió contratar a Morgennes como espía —aunque ya se le había ocurrido cuando había renunciado a ser armado caballero.

Era un hombre recto, en el que un rey podía confiar.

Esta decisión, que convertiría a Morgennes en uno de esos hombres llamados la «sombra del rey», fue una de las más sabias que Amaury tomó nunca. E

interiormente se felicitó por ella mientras comunicaba su elección a Guillermo de Tiro, que le escuchó con atención asintiendo con la cabeza.

La recepción empezó con la presentación de los francos al califa de Egipto, al-Adid. Era un adolescente esquelético, de rostro demacrado, con la cabeza rasurada y vestido con amplios ropajes que realzaban la delgadez de sus miembros. Sus ojos, excesivamente maquillados, parecían los de un loco, y todo en él producía la extraña sensación de que era transparente, como si solo le quedaran unos días de vida, o como si ya no viviera desde hacía mucho tiempo.

Era un ser que no contaba.

Un símbolo, una idea.

Así, conforme al uso, al-Adid no habló en toda la ceremonia. Fue Chawar quien se expresó por él. Pero el resultado de sus conversaciones fue que Egipto aceptaba la protección de los francos, y se comprometía a entregarles, cada año, un impuesto de cien mil monedas de oro. Chawar estaba en la gloria y sonreía enseñando todos sus dientes. Sus maquinaciones habían dado resultado.

Egipto se encontraba a salvo de los sunitas de Damasco, y los griegos se habían quedado en Bizancio. Los francos, finalmente, aportaban su protección sin incomodarle en nada. ¡Era perfecto!

Algunos funcionarios, todos coptos, sentados en el suelo con una losa de piedra atravesada sobre las rodillas, tomaban nota de cuanto se decía. Morgennes se fijó en que, de vez en cuando, uno de ellos levantaba los ojos en su dirección sin dejar de escribir. Parecía que quisiera indicarle algo, pero Morgennes no veía qué podía ser.

Finalmente, cuando el acuerdo diplomático quedó sellado, oralmente, y Amaury hubo anunciado que había ordenado a los templarios Galet el Calvo y Dodin el Salvaje que permanecieran en El Cairo para recaudar el impuesto prometido, se produjo un acontecimiento que nunca, en más de cuatro mil años, se había visto en Egipto.

Y es que la humanidad nunca había tenido antes a un rey como Amaury. Pues el monarca franco, por más que otorgara cierto valor a las promesas hechas oralmente y a los contratos firmados (si bien un poco menos a estos últimos), solo confiaba en los que se comprometían *físicamente* con él.

Cuando Amaury propuso a los egipcios sellar su acuerdo «con un franco y viril ap-p-pretón de manos», estos se quedaron sencillamente estupefactos y creyeron que bromeaba.

Estaba claro que no le conocían.

Amaury se adelantó hacia al-Adid, que reaccionó con unos temblores de las cejas similares a los de las viejas cortesanas que quieren hacerse pasar por vírgenes. ¿Cómo? ¿Tocar al califa? ¿Dios en la tierra, o casi? ¡Impensable!

Pero Amaury insistía. Se mantenía, con una pierna adelantada, a solo unas

pulgadas del trono del califa, con el torso inclinado hacia delante y la mano derecha tendida hacia al-Adid, con una amplia sonrisa en los labios.

—¡Si no me estrecha la mano, me voy!

Los egipcios debatieron con una hábil mezcla de gestos indignados y expresiones ofendidas. Chawar, por su parte, recurrió al desesperado estado de inseguridad en el que se encontraba Egipto y lo importante que era contentar a los francos, que habían expulsado a los ejércitos de Nur al-Din.

Finalmente —lo que ya era una inconcebible concesión—, al-Adid consintió en coger en su mano enguantada de seda la mano del rey.

Pero Amaury rehusó agriamente, alegando:

—Señor, la fe no p-p-permite rodeos. En la fe, los medios por los que los p-p-príncipes adquieren de obligaciones deben ser desnudos y abiertos, y conviene ligar y desligar con sinceridad todo pacto comprometido sobre la fe de cada uno. Por eso, d-d-daréis vuestra mano desnuda, o nos veremos obligados a creer que existe por vuestra parte mentira o poca p-p-pureza.

Los egipcios parecían a punto de perder la paciencia, pero Galet el Calvo tuvo la buena idea de hacer tintinear su espada sobre su cota de mallas y todo volvió al orden. Sin olvidarse de reír, para disimular y hacer como si se tratara de un juego, el joven al-Adid retiró su guantelete de fina seda, y una mano de una blancura de tiza apareció a la vista de todos. Los egipcios bajaron los ojos para no verla, pero Amaury la empuñó y la apretó con energía mientras recitaba en voz alta los términos de su pacto y exigía que el califa los repitiera después de él.

Luego, satisfecho, retrocedió y volvió con los suyos.

Riendo nerviosamente y haciendo melindres, el califa dio orden de que trajeran los regalos que había previsto para los francos y volvió a ponerse el guante. Entonces una procesión de eunucos negros se adelantó. Cada uno llevaba una bandeja de oro con diversos objetos preciosos y magníficas joyas. Amaury, por su parte, recibió una soberbia piedra de color verde oscuro.

—Es una serpentina —aclaró Chawar, cuando el rey le preguntó su nombre.

—Una ofita —precisó Guillermo.

Chawar asintió con la cabeza:

—Exacto. ¿La conocéis?

—Sí —dijo Guillermo—. Pues estas piedras llevan el mismo nombre que cierta secta de adoradores de la serpiente establecida en Babilonia...

Chawar no hizo ningún comentario, sonrió enigmáticamente y dijo:

—Perdonadme, pero los asuntos del califato...

Y se esfumó, como una serpiente que corre a refugiarse bajo una piedra.

Guillermo se inclinó hacia Amaury y le susurró unas palabras al oído, que el rey escuchó atentamente. Cuando Guillermo acabó de hablar, Amaury miró a derecha e

izquierda, buscando a Morgennes, porque tenía una misión que confiarle.

Por los libros en posesión nuestra, conocemos los hechos de los antiguos y la historia de las épocas pasadas.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

Habían pasado varios meses desde el regreso de Amaury a Jerusalén y el establecimiento de un protectorado franco en Egipto.

Morgennes, que se había quedado por orden del rey, tenía por misión «hacerse olvidar», una tarea en la que era maestro. En este caso, consistía en mezclarse con la población de modo que pudiera mantener a Amaury al corriente de lo que se tramaba en El Cairo. Porque ser la «sombra del rey» era también ser sus oídos y sus ojos.

Oficialmente, sin embargo, el rey no tenía sombra. Ni real ni de ningún otro tipo.

Y nunca nadie debía hacerle notar que arrastraba, como todos, un doble oscuro de su persona, un doble cambiante, móvil y que le seguía a todas partes hiciera lo que hiciese y fuera adonde fuese. Porque al ascender al trono de Jerusalén, había recibido de Dios la absolución de sus pecados. El rey se volvía bueno por la exclusiva gracia del trono, y nadie, nunca, debía poder encontrar en él nada que objetar. Para todos era evidente que Dios no habría podido aceptar como soberano de su santa ciudad a un hombre imperfecto, marcado por los defectos.

A semejanza de su cofrade de Roma —el Papa—, el rey era un hombre intachable y considerado infalible.

Sin embargo, sin duda para hacer olvidar la sombra que supuestamente ya no les acompañaba, los reyes de Jerusalén muy pronto adoptaron la costumbre de dar a algunos hombres excepcionales el estatus de «sombra».

Este consistía en no ser. En desaparecer, llevándose consigo todos los defectos que se suponía que el rey ya no tenía. Pues si el rey es franco, recto, honesto y virtuoso, las sombras, por su parte, son retorcidas, solapadas, mentirosas y viciosas, y no dudan en engañar para alcanzar sus fines. El rey es objeto de admiración, es grande, es bueno. Las sombras, en cambio, no son objeto de nada, sino de rumores, de habladurías que les acusan de todos los males y les hacen responsables de todo lo que funciona contrariamente a lo esperado.

Morgennes cumplía a la perfección su papel de sombra: usaba diferentes disfraces para introducirse en lugares que normalmente le habrían estado prohibidos, repartía sobornos, pasaba informaciones y espiaba conversaciones. Gracias a su excelente memoria, retenía todo lo que era demasiado peligroso consignar por escrito. Cada semana, media docena de correos cargados con parte de lo que Morgennes había averiguado partían a Jerusalén a lomos de camellos. Así el rey permanecía al corriente de todo. Y particularmente de los excesos de los dos templarios nombrados en El Cairo para representarle. Porque, en efecto, esos hombres no tenían ningún reparo en entrar en las mezquitas a caballo o sin descalzarse, en levantar el velo de las mujeres o servirse sin pagar en las tiendas; actuaban en todas las circunstancias de un modo tan indigno que atraían sobre sí —y sobre los francos en general— el odio y el resentimiento de los egipcios, incluidos los coptos.

La elección de Galet el Calvo y Dodin el Salvaje podía sorprender; pero en realidad no tenía nada de extraño que Amaury los hubiera elegido como emisarios, ya que ambos hablaban muy bien el árabe y estaban acostumbrados a dirigir negociaciones a veces extremadamente duras —particularmente con esa facción mahometana mil veces maldita que infestaba las montañas donde los templarios y los hospitalarios habían instalado sus cuarteles: los asesinos—. Para estos dos templarios, no había individuo demasiado pobre o demasiado poderoso para que no pudieran sustraérsele algunos denarios que añadir a las arcas del Temple —o del reino, en este caso.

Pero esta es otra cuestión. Ahora tengo que volver a Morgennes, que en este preciso instante se había envuelto el cuerpo en un gran manto gris y espiaba desde una terraza las idas y venidas de Chawar. El comportamiento del visir, obsequioso y siempre dispuesto a mostrarse de acuerdo con los dos templarios, le intrigaba. Morgennes sospechaba que no jugaba limpio. Para descubrir su juego, le seguía desde hacía más de una semana, sin resultado. Pero cierto domingo, al anochecer, Chawar fue a pasear del lado de Fustat, no lejos del barrio copto. Su marcha era vacilante, y describió mil y un rodeos por las callejuelas serpenteantes de la ciudad vieja, antes de deslizarse al interior de una sórdida vivienda de paredes leprosas, donde Morgennes también entró.

Morgennes no lo sabía, pero el edificio en el que Chawar acababa de desaparecer era un templo consagrado a una divinidad muy antigua llamada Apopis. Solo los iniciados tenían derecho a entrar allí. Después de haberse arrodillado, para dar testimonio de su humildad, descendían por un largo y estrecho corredor guardado por serpientes de piedra. La leyenda contaba que estas estatuas tenían el poder de cobrar vida para golpear a los intrusos. Pero Morgennes desconocía esta leyenda, igual que ignoraba que los antiguos adeptos de Apopis se habían «mudado» para ceder su puesto a los ofitas.

Su origen se remontaba al siglo II después de Cristo, a la época en la que numerosas sectas proliferaban en torno a los restos aún tibios de Cristo. Inmediatamente condenados por los Padres de la Iglesia, combatidos por personalidades tan eminentes como Epifanio, Hipólito o Ireneo —que luego serían canonizados por sus servicios a la cristiandad—, no por ello los ofitas habían dejado de aumentar. Incluso el gran Orígenes los había denunciado, escribiendo: «Los ofitas no son cristianos, son los mayores adversarios de Cristo».

Particularmente activos en Egipto, los ofitas se habían visto forzados, para no ser exterminados, a pasar desapercibidos. Habían calcado su comportamiento del de aquellos a los que invocaban: los cristianos de los primeros tiempos y las serpientes. Y así habían abandonado la superficie de la tierra para ir a refugiarse en las catacumbas, olvidando hasta el nombre del sol.

En el curso de los siglos habían excavado una extensa red de grutas, sótanos y cuevas unidos entre sí por numerosos subterráneos, y habían practicado su religión lejos de las miradas de las autoridades religiosas, romanas y bizantinas. Incluso habían conseguido la hazaña de resistir a la invasión musulmana de Egipto de 639; gracias, por un lado, a que sus nuevos amos les habían confundido con los coptos, y por otro, a que nunca habían dejado de esconderse, esperando el día en el que por fin podrían salir a la luz.

Y ese día, el Día de la Serpiente, se acercaba.

Según los cálculos astrológicos establecidos por los fundadores de la secta, el día en el que la «Cabeza» y la «Cola» de la serpiente se encontraran, el mundo se vería obligado a reconocer la supremacía de los «Hijos de la Serpiente» (es decir, de los ofitas) y, en consecuencia, a doblegarse a su ley.

Según la tradición, la «Cabeza» era una estrella, la de la mañana. A lo largo de los siglos, esta estrella, bautizada «Lucifer», se había identificado sucesivamente con el rey de Babilonia, Cristo, Fustat y El Cairo, y luego con el propio Satán.

En cuanto a la «Cola», debía de ser un cometa. Su paso forzaría a la estrella de la mañana a desviarse de su ruta y acercarse peligrosamente a nuestro planeta. Una lluvia de serpientes se abatiría entonces sobre la tierra, amenazando con extinguir la vida en ella. En ese momento los ofitas saldrían de sus madrigueras y propondrían al mundo entero la salvación, a cambio del poder.

Subido a un estrado rodeado por momias de cocodrilos, Chawar levantó una colosal boa sobre su cabeza y declaró:

—¡El Día está próximo!

—¡Bendito sea el Día! —silbaron los fieles reunidos a sus pies.

Se arrodillaron al unísono y golpearon con sus cráneos las losas verde esmeralda del templo de Apopis, que parecía un nido de serpientes, con paños amarillentos dispersos por la sala en los que hormigueaban víboras. Colgados de los pilares, que

representaban cobras erguidas, unos extraños globos luminosos aureolaban la sala de reflejos verdosos. Eran racimos de huevos de serpientes.

—¡Benditos sean los hijos y las hijas de la Serpiente! —prosiguió Chawar.

—¡Bendita sea la Serpiente!

—¡Bendito sea Jesucristo!

—¡Bendito sea!

Chawar colocó la cola de la boa frente a la boca, bien abierta, del reptil, y empezó a introducirla en ella. Era un espectáculo asombroso, del que Morgennes, encaramado en las alturas del templo, no perdía detalle. Finalmente, después de un largo y laborioso trabajo, cuando la serpiente casi había acabado de tragarse a sí misma, Chawar se la colocó sobre la cabeza y declaró:

—Que sea la corona que simboliza el Saber que adoramos. ¡Agradezcamos a la Serpiente que nos haya ofrecido el fruto del Árbol del conocimiento!

Los fieles se levantaron y luego se arrodillaron de nuevo silbando. Esta vez, sus cráneos chocaron con tanta fuerza contra las losas del templo, que incluso las macizas cobras de piedra que sostenían la bóveda temblaron. Morgennes notó cómo una onda recorría el esqueleto del dragón donde se había ocultado. Gruesos cordajes lo mantenían colgado del techo, y era tan grande que un centenar de hombres habían tenido que trabajar durante varios meses, sobre andamios de bambú, para suspenderlo. Oculto en el interior del vientre de la bestia, Morgennes se preguntó si no sería ese el dragón al que había pertenecido el diente que había sustraído a Manuel Comneno.

Aunque se desplazó tan discretamente como pudo, no consiguió evitar que una nube de polvo de hueso lloviera sobre los fieles. Uno de ellos levantó la cabeza. Morgennes se encogió, tratando de hacerse invisible, dejando de respirar.

En ese momento oyó un ruido extraño, en parte cubierto por la voz de Chawar, pero de todos modos claramente perceptible. ¡No lejos de él, alguien manejaba una sierra! Sus ojos registraron la oscuridad, y distinguió muy cerca de la cabeza del dragón a un hombre vestido con una capa negra y un turbante del mismo color. Reptó hacia él.

Chawar, por su parte, no se había dado cuenta de nada y seguía perorando, imperturbable:

—Los francos —dijo levantando las manos hacia el gran dragón— nos han entregado sus restos para que los adoremos como merecen, y porque era justo que volvieran aquí, a su casa... Hoy, gracias a los francos, y gracias a Dios, el califa ya no es más que un juguete en nuestras manos. ¡Pronto Egipto podrá reivindicarse con orgullo como la hija primogénita del Dragón!

—¡Bendito sea el Dragón! —entonó la multitud en éxtasis.

Morgennes lo aprovechó para recorrer en un santiamén la distancia que le

separaba de la extraña silueta. Esta sostenía una sierra, con la que trataba de cortar los gruesos cordajes a los que estaba atada la cabeza del dragón.

De repente, una voz que llegaba de las profundidades del templo gritó:

—¡Mirad! ¡Ahí arriba!

Miles de ojos se alzaron hacia él, y miles de bocas de lengua bífida silbaron:

—¡S-s-sacrilegio!

El desconocido de la sierra se incorporó, miró a Morgennes a los ojos y le dijo:

—¡Enhorabuena por la discreción! Ahora habrá que ir deprisa.

—¡Vos! —exclamó Morgennes—. Pero ¿qué...?

—Más tarde —dijo el individuo—. Tengo un trabajo que acabar.

Por debajo de ellos, los ofitas corrían hacia los armeros ocultos en los pilares, para coger, unos, una lanza o una espada de hoja sinuosa, y otros un arco. Algunas flechas silbaron alrededor de Morgennes y del desconocido, que mostraba una sangre fría admirable y seguía serrando con energía los cordajes.

—Las últimas pulgadas siempre son las más difíciles —dijo a Morgennes—, porque están reforzadas con metal.

A pesar de la energía que desplegaba, Morgennes se dio cuenta de que no llegaría a tiempo de seccionarlas antes de que los ofitas surgieran por alguna de las aberturas perforadas bajo la bóveda del templo.

—Apartaos —le dijo.

El desconocido retrocedió y Morgennes lo sujetó. Luego agarró uno de los cables que sostenían al dragón y le lanzó un potente puntapié. La osamenta emitió inquietantes chirridos.

—Sujetaos bien —dijo Morgennes—. Vamos a tener movimiento.

Acto seguido empujó violentamente con los dos pies la cabeza del dragón e hizo ceder varias de las clavijas que mantenían las cuerdas en su sitio. Se oyó un crujido sordo, y luego el esqueleto se dislocó, soltando una lluvia de huesos sobre los fieles. Morgennes no tenía idea de cuánto podía pesar, pero a juzgar por los alaridos que provocó su caída, se dijo que debía ser muy, muy pesado.

—Vaya —dijo el desconocido—. Veo que no hacéis las cosas a medias.

Un grito resonó tras ellos. Los ofitas les disparaban desde una de las galerías situadas en las alturas del templo.

—Sujetaos bien —dijo Morgennes—. ¡Vamos a subir!

Tras enrollar la cuerda en torno a sus pies, empezó a trepar. Algunas flechas erraron su objetivo por muy poco, y Morgennes buscó con la mirada un lugar por donde escapar. Si seguían así, alcanzarían el techo. Pero ¿y luego? La mejor solución consistía en alcanzar una de las galerías que se abrían bajo la bóveda.

—Me balancearé —dijo Morgennes—, y cuando os dé la señal, soltaos. Si sale bien, deberíais aterrizar ahí abajo —dijo señalándole una galería desierta.

—¿Y si no?

—Confíad en mí —le dijo Morgennes balanceándose vigorosamente.

—¡Eso es fácil de decir! —exclamó el desconocido.

—Lo lamento, pero no hay mucho donde elegir. Enseguida me reuniré con vos...

—Señor, tened piedad de mí —balbució el desconocido.

De pronto, Morgennes dio la señal.

—¡Saltad!

El desconocido soltó a Morgennes y cayó pesadamente sobre dos guardias que acababan de entrar en la galería. Aún se estaban recuperando de la sorpresa, cuando Morgennes llegó y los dejó fuera de combate.

—¡Dios existe! —exclamó el desconocido.

—Y es amor —dijo Morgennes.

Se encontraban en lo que debía de ser una galería de mantenimiento; a su espalda, el dragón acababa de desplomarse.

—Creo que sé dónde estamos —prosiguió el desconocido—. ¡Seguidme, les despistaremos en la oscuridad!

Sin embargo, desde una rampa situada por debajo, algunos ofitas equipados con armas y antorchas ya corrían hacia ellos.

—¡Por ahí! —dijo el misterioso individuo.

Morgennes salió tras él, no sin echar antes una rápida ojeada a la rampa por donde corrían los ofitas. Distinguió a un puñado de hombres con ojos que recordaban a los de las serpientes. No eran lo suficientemente numerosos como para vencerles, pero Morgennes prefirió no correr riesgos y siguió al hombre de la sierra. Después de dar vueltas y más vueltas por el interior del complejo de los ofitas, el desconocido condujo a Morgennes a un corredor en cuyo techo había una abertura. Una cuerda pendía de ella hasta el suelo, donde estaba sujeta a una piedra.

—¡Allí! —dijo el individuo—. ¡Trepad por la cuerda! ¡Rápido!

No había tiempo que perder; Morgennes sujetó la cuerda y trepó hasta arriba, ayudado por un par de manos que salieron del techo y lo cogieron por debajo de los brazos para auparle. Luego le tocó el turno al desconocido. Finalmente, izaron de nuevo la cuerda arrastrando consigo la piedra, que volvió a ocupar su lugar en medio del techo. Allí, en la más completa oscuridad, los cuatro hombres esperaron unos instantes, el tiempo de oír cómo sus perseguidores surgían a paso de carrera, buscaban un rato y luego se alejaban.

Nunca les encontrarían. A pesar de la oscuridad, Morgennes creyó ver cómo sus cómplices sonreían.

Tras dejar atrás un laberinto de pasillos ornamentados con antiguos frescos egipcios, y avanzando a la luz de una antorcha, los conspiradores se bajaron los capuchones de lana que les cubrían el rostro y se presentaron. Eran tres coptos, uno

de los cuales —el que Morgennes había sorprendido con una sierra en la mano— era un sacerdote, y además alto funcionario, llamado Azim.

—Para serviros —dijo Azim, inclinándose ante Morgennes, con una mano sobre el pecho.

—Me alegro de volver a veros —le dijo Morgennes, que había reconocido perfectamente al sacerdote copto a quien había rescatado unos meses atrás de las garras de Chawar, en Alejandría—. ¿Habéis venido aquí para vengaros?

—¿De modo que os acordáis de mí?

—Nunca olvido un rostro —dijo Morgennes.

—Yo tampoco —dijo Azim—. ¡Sobre todo cuando es el de mi salvador!

—No estéis tan seguro. Soy un franco, como los otros...

—Ah no. Vos no tenéis nada que ver con esos dos templarios a quienes Amaury ha encargado administrar Egipto. Pero decidme, ¿qué hacíais aquí esta noche? ¿A Amaury le preocupan los ofitas?

—No creo que nunca haya oído hablar de ellos. Pero os devuelvo la pregunta.

—Os responderé...

Habían llegado al final de un pasillo que acababa en un callejón sin salida. Los compañeros de Azim extrajeron con ayuda de unos ganchos metálicos la pesada piedra que sellaba su extremo y abrieron un paso hacia la luz del sol naciente.

—¿Dónde estamos? —preguntó Morgennes.

—En la meseta de Gizeh —le respondió Azim—. Al pie de las pirámides. Justo detrás de la cabeza de la Esfinge.

Morgennes sonrió.

—¿En qué estáis pensando? —inquirió Azim.

—Hace unos meses ayudé a un niño a subir a la cima de Keops. Desde allí arriba, al ver a esta mujer, me pregunté qué podía tener en la cabeza...

Azim esbozó una sonrisa evocadora y replicó:

—Pues bien, ahora lo sabéis. En la cabeza tiene conspiradores que sueñan con la libertad de El Cairo. Sobre todo tiene sed de venganza, desde que le rompieron la nariz. Y tiene la mirada vuelta hacia Fustat, donde, en algún lugar, se encuentra la mujer que buscamos. Por ella nos hemos introducido en la guarida de estas serpientes ofitas.

—Explicadme —dijo Morgennes—. Me resulta difícil seguiros.

Mientras se deslizaban hasta las arenas blancas del desierto egipcio, Azim preguntó a Morgennes:

—¿Habéis oído hablar de la mujer que no existe?

Sin embargo, aquella a quien llaman la Muerte no perdona a los fuertes ni a los débiles, y hace perecer a todo el mundo.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

—Majestad —dijo Guillermo de Tiro a Amaury—, os suplico que esperéis, o bien que escribáis al rey de los franceses.

—¡Nunca, nunca! —replicó Amaury.

Y dicho esto, se metió en un ataúd, se llevó las manos al pecho y cerró los ojos.

Esta escena se desarrollaba en el Santo Sepulcro, donde, desde los tiempos de Godofredo de Bouillon, los reyes de Jerusalén tenían la costumbre de hacerse enterrar. Presintiendo que su hora estaba próxima, Amaury había pedido probar su última morada con esta explicación: «No que-que-querría encontrarme encajonado. Tal vez no sea tan ancho de espaldas ni tan alto como algunos de mis antepasados, pero de todos modos quiero asegurarme de que estaré c-c-cómodo en mi futuro hogar».

Esta extravagancia —una entre tantas— no había sorprendido a nadie, y los canónigos del Santo Sepulcro habían dispensado a su huésped la mejor de las acogidas.

—¿Sire? —preguntó Guillermo, que encontraba que ya hacía demasiado rato que el rey mantenía los ojos cerrados—. ¿Aún estáis ahí?

Amaury abrió un ojo, y luego el otro.

—P-p-parece correcto —declaró mientras se incorporaba a medias en su sarcófago—. No me habría gustado topar con los pies.

—Perdonadme, sire, pero debemos debatir un asunto mucho más serio que el de la comodidad de vuestra última morada.

—¿Y qué es, dime? ¿Qué puede haber más serio que esta cuestión? ¿No es ese el único y exclusivo p-p-problema? ¿Ese con el que vosotros, los religiosos, no dejáis de torturarnos los oídos desde nuestra más tierna infancia? ¿Crees que p-p-porque soy rey, la muerte me perdonará? ¿No? ¡Pues entonces déjame tranquilo!

—Sire...

No valía la pena esforzarse, Amaury ya no escuchaba. Cansado, Guillermo se

alejó, con la esperanza de que el rey se mostrara mejor dispuesto si se quedaba solo.

—¡Guillermo! —llamó el rey, después de que su principal consejero se hubiera alejado.

Guillermo se volvió hacia el monarca, que asomaba por encima de su ataúd de piedra.

—¿No os satisface este panteón? Sus dimensiones...

—No, las dimensiones son p-p-perfectas. Es el lugar lo que no me gusta.

—¡Sire, no hay otro mejor! Además, la costumbre exige que los reyes de Jerusalén sean enterrados aquí, junto a sus padres y junto al lugar donde el Señor vivió la Pasión.

Amaury dirigió la mirada hacia el coro del Santo Sepulcro, donde la Vera Cruz aparecía envuelta en vapores de incienso.

—Tal vez sea ese el problema. No, no el Cristo, sino mi hermano y mi padre. ¡Que Dios los tenga en su gloria! Ya sabes hasta qué p-p-punto los amé, los veneré... Cuántas lágrimas derramé cuando el Señor los llamó a su lado. Pero no. No quiero ser enterrado aquí. No es un lugar para mí.

—¿Por qué?

—No sé. Tal vez porque como no he devuelto aún a Egipto al seno de la cristiandad, me siento indigno de ellos. Por otra parte, siento que es un sueño imposible de realizar, y que nunca alcanzaré mi objetivo.

—Sire, en solo seis años de reinado ya habéis hecho más que ellos.

—Sí, pero su sueño...

—Vos mismo lo habéis dicho, es imposible de realizar.

Amaury observó un instante las dos estatuas yacentes situadas al lado de su tumba, las de su hermano y su padre, el impetuoso Fulco V el Joven, el primero que quiso conquistar Egipto. Luego parpadeó dos o tres veces, lanzó un profundo suspiro y confesó:

—Creo que aún esperaré un p-p-poco, antes de fallecer. Debería reflexionar y disfrutar de mi hijo. Mientras t-t-tanto, ven conmigo. Caminemos hasta el palacio, nos hará bien. Y volvamos a hablar de Morgennes. ¿No te parece que tiene un nombre extraño?

A su salida del Santo Sepulcro, varios guardias les esperaban. Uno de ellos llevaba de las riendas a Passelande, el corcel de Amaury. Este magnífico caballo bayo, importado de Inglaterra, llevaba el nombre de la montura del rey Arturo, el creador de la Tabla Redonda —con sus búsquedas, sus caballeros y su cúmulo de leyendas—, que Amaury soñaba con recrear.

Él había encontrado su tabla redonda en Alejandría, en la torre del Pharos. Desde entonces estaba instalada en el centro de una sala inmensa, en el palacio de David. Amaury había hecho colocar en torno a ella doce sillas, más una decimotercera

reservada para él. La flor y nata de la caballería se reunía allí regularmente, aunque con frecuencia quedaban libres algunas plazas. «Es que, sabéis —le gustaba explicar a Amaury—, mis caballeros están continuamente ocupados en dar c-c-caza al demonio o en buscar santas reliquias, p-p-para enriquecer mi colección. En cuanto al sitio que t-t-tengo enfrente, y donde jamás se sienta nadie, lo reservo a aquel de mis caballeros que me traiga a *Crucífera*. ¿Quién sabe? Tal vez sea para Morgennes.»

Nadie había hecho ningún comentario, porque no se sentían aptos para juzgar a Morgennes, y menos aún para comprenderle. Sobre todo porque desde hacía algún tiempo parecía que debían atribuírsele varios informes llegados de Egipto, informes que aportaban abundantes datos sobre la política que seguía el visir de El Cairo, Chawar.

Según Morgennes, Chawar estaba conchabado con el embajador del Preste Juan, Palamedes. ¿Con qué objetivo? Eso no estaba muy claro, pero parecía prácticamente confirmado que Chawar y Palamedes urdían algún complot para asegurarse los plenos poderes en El Cairo y, por tanto, en Egipto. Estas informaciones, sumadas a otras, habían llevado a ciertos pares del reino a reclamar con urgencia una intervención militar en Egipto.

Amaury había tratado de calmarles, invitándoles a contemporizar. Pero, por desgracia, ni los hospitalarios ni los nobles más poderosos habían querido escucharle. De eso precisamente era de lo que Guillermo quería hablar con Amaury en el Santo Sepulcro, cuando el rey había probado su tumba. El arzobispo de Tiro le había suplicado que esperara al menos un año, el tiempo suficiente para que llegaran los refuerzos bizantinos, o bien que escribiera al rey de Francia, Luis VII, para suplicarle que se uniera a la expedición. Pero de eso, justamente, Amaury no quería ni oír hablar:

—Me estás calentando la ca-ca-cabeza —dijo a Guillermo—. Cuando estemos en palacio, te explicaré p-p-por qué es inútil escribir de nuevo al rey de Francia, porque gracias a Morgennes sé por fin por qué razón no quiere volver a poner los pies aquí...

Unas voces airadas cubrieron sus palabras.

—¿Qué son estos gritos?

Un poco más allá, en la calle, centenares de personas se manifestaban ruidosamente contra la abertura de varios baños, que consideraban lugares de vicio y desde donde se propagaba la viruela.

Amaury no pudo evitar reír.

—¡Que se manifiesten! ¡Al menos eso les mantiene ocupados!

—¿Me diréis por qué el rey de Francia...? —empezó Guillermo.

—¡Ahora voy a eso! —dijo Amaury—. Todo es debido a Leonor. Sin duda sabrás que cuando vino aquí, a Tierra Santa, el rey Luis VII iba acompañado por su joven esposa, la bella Leonor de Aquitania.

—Desde luego —dijo Guillermo—. Es un hecho conocido por todos.

—Cierto. Pero ¿sabías que Leonor tenía un coño vindicativo?

—Humm... —dijo Guillermo—. Efectivamente oí algunos rumores, pero los escuché con un oído distraído. Incluso muy distraído.

—Si hubieras atendido más a estas habladurías, habrías llegado al meollo de la p-p-política, me atrevería a decir. Decepcionada de su marido Luis, Leonor pecó con el peor enemigo de este...

Guillermo, estupefacto, se detuvo, mientras los manifestantes se acercaban hacia ellos.

—¿Con quién? —preguntó.

Amaury respondió algo, pero tan bajo que Guillermo no le oyó.

Finalmente el rey hizo un gesto y gritó:

—Vayamos a p-p-palacio, p-p-proseguiremos nuestra conversación allí.

Los dos hombres callaron, y dejaron que la multitud, que no les prestó más atención de la que habrían merecido dos desconocidos, se alejara. Una vez vuelta la calma, mientras en la *Via Dolorosa*, que conducía del Santo Sepulcro al palacio, ya solo quedaban jirones de ropa, perros vagabundos y algunos leprosos de camino a la leprosería de San Lázaro, Amaury invitó a Guillermo a montar sobre Passelande.

—Es un buen caballo. Debes de estar fatigado, de modo que quiero que descanses. Lo que tengo que decirte reclamará toda tu atención. ¡Así que te quiero fresco como una lechuga cuando estemos en p-p-palacio!

Inicialmente Guillermo rechazó el ofrecimiento del rey, pero acabó aceptando —es sumamente descortés rechazar lo que ofrece un soberano.

Una vez en el palacio, que se encontraba en la parte baja de la ciudad, no muy lejos de la muralla principal, Amaury condujo a Guillermo a los subterráneos, donde se estaban realizando diversos experimentos. Uno de ellos consistía en hacer la autopsia a una persona recientemente fallecida, para encontrar su alma. Pero los médicos de Amaury, por doctos que fueran, y a pesar de toda su ciencia, no obtenían ningún resultado. Amaury sospechaba que no abrían los cuerpos, algo que su religión prohibía.

—La próxima vez haré que mis g-g-guardias abran a los muertos, ¡y daré orden a ese maldito pagano quisquilloso de Suleimán ibn Daud de que los diseccione, si no quiere empezar a preocuparse por el alma de su hijo!

Este arrebató contra el médico particular de Amaury se añadía a los numerosos exabruptos que el eminente doctor había tenido que soportar; pero Amaury apreciaba demasiado a Suleimán ibn Daud para llevar a cabo sus amenazas de ejecución, y este último lo sabía bien.

—En todo c-c-caso, es una lástima —prosiguió Amaury— que el rey de Francia

no se haya dignado responder a mis cartas, porque estaba dispuesto a ofrecerle la soberanía de El Cairo y todo el valle del Nilo, excepto Bilbais, reservada desde siempre a los hospitalarios. Pero lo comprendo. Debió de encontrar que Tierra Santa era d-d-doblemente infiel. No solo porque se le negó, sino también porque le arrebató a su esposa, de la que estaba locamente enamorado y que después se volvió a casar con Enrique II de Inglaterra. ¡Cómo debe sufrir! Si yo fuera un rey cruel, seguiría tu c-c-consejo. Le escribiría una vez más para remover el cuchillo en la herida. Pero yo no soy así.

—Los hospitalarios os conminan a atacar con prontitud, y los caballeros del reino les apoyan. ¿Qué pensáis hacer?

—Nada.

—Majestad...

—Debes saber, mi buen Guillermo, que no hay problema que una ausencia de solución no ac-c-cabe por solucionar.

—¡Majestad, estamos hablando de política!

—¡Lo sé muy bien!

Dicho esto, Amaury abrió una puerta, y unos efluvios de huevos podridos ascendieron hasta sus narices.

—¿Qué es este hedor? —preguntó Guillermo tapándose la nariz.

—Son los huevos de Jerusalén y de los alrededores. ¿Te acuerdas de lo que d-d-discutimos en Alejandría? ¿Esa historia de los huevos que serían el cosmos? He dado orden a mis soldados de que traigan aquí todos los huevos del reino, para que nadie los coma.

—¡Pero apesta!

—No te diré que no, pero p-p-piensa en todos esos mundos salvados.

—¡Majestad, solo hay un mundo, y es justamente el mundo en el que se propaga esta pestilencia!

—¿Estás seguro de ello?

—Un solo cosmos, sí. Y un solo Dios...

Amaury chasqueó los dedos, y un paje se acercó llevando una bandeja con varios tazones.

—¿Qué es? —preguntó Guillermo.

—Bebe, te sentará bien. Es leche de camella, fresca, espolvoreada con canela. ¡Ayuda a soportar el hedor!

Imitando a Amaury, Guillermo cogió uno de los tazones y lo vació de un trago.

—Bien, y ahora sígueme.

Amaury precedió a Guillermo por una pasarela instalada por encima de una antigua cisterna destinada a recoger el agua de lluvia. Esta cisterna, seca desde hacía mucho tiempo, servía ahora de receptáculo a todos los huevos que Amaury había

hecho traer de todos los rincones del reino. Guillermo no podía creer lo que veía. Amaury había tomado sus palabras al pie de la letra. No era sorprendente, pues, que su rey no hubiera querido creerle cuando le había jurado por todos los santos que el Presté Juan no existía, ya que era él, Guillermo, quien lo había inventado en todos sus detalles. Cada vez que abordaba este tema con Amaury, el rey se mantenía en sus trece. Invariablemente respondía: «No, Guillermo. Tú crees haberlo inventado. Pero a veces sucede que lo que se inventa es más verdadero que la verdad. ¡El camino que tomó el Preste Juan para hacernos saber que existía pasaba por ti, eso es todo!».

Guillermo, que había agotado sus argumentos y no sabía cómo impedir que el rey se aferrara a esa especie de chifladura, había renunciado. Por otra parte, si la chifladura existía, en todo caso era suave; ya que las únicas consecuencias de la entrevista con Palamedes, en el Krak de los Caballeros, se habían limitado, para Amaury, a que este le ofreciera el esqueleto del dragón descubierto en los trabajos del Krak, a la instauración de una especie de protectorado franco sobre Egipto y a las quejas recurrentes del rey debidas a que Palamedes nunca había llegado a enviarle la decena de dragones y el millar de amazonas prometidos.

—¿Puedo saber adónde me lleváis? —preguntó Guillermo a Amaury.

—¡Es una sorpresa! —respondió este riendo alegremente como un niño.

Pronto llegaron al extremo de la pasarela, después de haber atravesado el depósito, en cuyo fondo se afanaban junto a los huevos varios artesanos —Guillermo no tenía ni la más remota idea de qué podían hacer allí—; los bassets de Amaury corrieron a su encuentro entre un estrépito de ladridos a cual más agudo. Amaury saludó a sus perros con muchos besos y caricias, los cogió en brazos e invitó a Guillermo a bajar unos escalones. Estos conducían a una sala abovedada, iluminada por una claraboya. Una luz pálida caía sobre la habitación e iluminaba un montículo constituido por varios huevos que parecían de piedra.

—¿Qué es esto? —preguntó Guillermo.

—Los huevos del d-d-dragón que encontramos en el Krak de los Caballeros. Los he hecho traer aquí porque a medianoche los rayos de la luna llegan hasta ellos.

—¿Y para qué servirá eso...? —dijo Guillermo.

—Servirá —respondió Amaury—, si estos huevos son, como creo, huevos de *draco luna*, para ayudarles a que eclosionen.

—Por el olor diría más bien que se trata de *draco flatulentus* —dijo Guillermo, aparentando seriedad.

—No te b-b-burles —dijo Amaury, tratando de escapar a los lengüetazos que le daban sus dos bassets.

Sonrió y pensó en los trabajos que había ordenado. Si ese Palamedes era realmente quien pretendía ser, los dragones existían.

Y él quería saber a qué atenerse. Había encargado a dos de los más eminentes

sabios del reino que estudiaran estos huevos para determinar su naturaleza. ¿De qué reino eran? ¿Animal, vegetal o mineral? Recurriendo a Aristóteles, a Orígenes y a Plinio el Viejo, los sabios debatían incansablemente, argumentando unos, que los dragones eran inmensos insectos, y los otros, que eran grandes reptiles. Para Amaury era una cuestión de vida o muerte. Sabía que al buscar la espada de san Jorge, para asegurarse la benevolencia de Manuel Comneno, se arriesgaba a exponerse al peor de los dragones. Desde hacía varios años, sentía que su fe vacilaba. Su intuición le decía que había algo que no funcionaba en esta historia de un Dios muerto y resucitado, de esos profetas y del Paraíso. No descartaba que si los dragones no existían, tal vez Dios no existiera tampoco —al menos tal como había creído hasta entonces.

—En fin —continuó Amaury—, para concluir nuestra p-p-precendente conversación sobre Luis VII y lo que me comunicó Morgennes, debes saber que Leonor tuvo una hija con Shirkuh el Tuerto, el general en jefe de los ejércitos de Nur al-Din. El mismo que venció a Luis VII en Damasco. Por las venas de esta doncella, nacida durante la última expedición de un rey de Francia a Tierra Santa, fluye, pues, sangre noble a la vez cristiana y musulmana. Al parecer se encuentra en Egipto, en algún lugar de El Cairo, bajo la vigilancia de personas que no están sometidas ni a Bagdad ni a Roma.

—¿Cómo lo sabéis?

—Los coptos buscan a esta niña mestiza desde que nació. Saben quién la custodia: los ofitas y un poderoso d-d-dragón; pero no consiguen localizarla. Y resulta que esta joven virgen, que hoy debe de tener un poco más de quince años, no tendrá derecho a salir de su prisión hasta el día en el que haya elegido...

—¿A su marido?

—¿Bromeas? ¡Su religión! Cristiana o musulmana: tendrá que d-d-decidir. Pero el hombre con quien se despose heredará parte del poder de Leonor y de Shirkuh. Y ahora está en edad casadera.

—Ahora comprendo mejor la prisa de Shirkuh por invadir Egipto. No es solo por el poder. También es por su hija.

—Sí. Quiere recuperarla. Y yo también. Porque sigo sin t-t-tener esposa.

—¿Qué pensáis hacer?

—Daré orden a Morgennes de que abandone cualquier otra actividad para consagrarse, desde ahora mismo, a localizar a esta mujer, a la que llaman «la mujer que no existe», porque nadie debe saber que existe.

—¿Y creéis que tendrá éxito?

—¡Hablamos de Morgennes! La más oscura de mis sombras, me atrevería a decir. Aunque no me hago ilusiones. Porque si los c-c-coptos la han buscado durante tantos años, no creo que Morgennes consiga encontrarla en unos días.

—La verdad es que tenéis razón. Con él, todo es posible.

En ese momento un estrépito de soldados con armadura resonó en la cisterna, haciendo que los dos hombres se volvieran hacia un puñado de guardias reales, que anunciaron a Amaury en tono imperioso:

—Sire, Gilberto de Assailly, del Hospital, y los pares del reino están en la sala del trono. Nos han ordenado que os llamemos, y dicen que es urgente.

—¡Si es para hablarme otra vez de su p-p-proyecto de invasión de Egipto, la respuesta es no! Nos arriesgaríamos a p-p-perder lo poco que ya tenemos.

—Por desgracia, majestad, ya han tomado su decisión, y temo que es demasiado tarde para discutir. Simplemente han venido a informaros.

—¡Esos locos! —exclamó Amaury.

Y abandonó los subterráneos del palacio de David para dirigirse a grandes zancadas a la sala del trono.

¡He ahí al pájaro al aire libre, que puede alzar el vuelo!

CHRÉTIEN DE TROYES,
Lanzarote o El Caballero de la Carreta

«Si pudiera —se dijo el pájaro—, cruzaría el cielo pegado a la cola de los cometas y volvería a El Cairo en dos o tres aleteos.»

Pero el cielo estaba vacío, y las estrellas —que le servían de guía— no estaban bastante cerca para que pudiera atraparlas. Así, batía sus alas concienzudamente, para alcanzar una corriente de aire caliente y escapar hacia los cielos, ahí donde ya solo sería para los hombres un pequeño punto perdido en el infinito, un blanco imposible de alcanzar.

El pájaro desbordaba de energía, pero también de cólera. Sí, de cólera, porque unos bandidos le habían llevado lejos de su querida, que había permanecido en El Cairo en compañía de un mocosito —un torpe polluelo apenas salido del nido—, cuya jaula habían instalado justo al lado de la de su amada.

¡Rápido! ¡No había tiempo que perder! ¿Era posible que le hubiera olvidado tan pronto, a él que tanto la había arrullado! ¿Ella, su prometida? ¿La que le había jurado darle bonitos huevos y hermosos pichones...? ¡Porque era evidente que esos pajarillos solo podrían ser bellísimos! ¡Qué digo —se corrigió el pájaro—, magníficos! ¡Excepcionales! Después de todo, ¿no era uno de los ejemplares más eminentes que la célebre tribu de los adiestradores de pájaros, los zakrad, podía ofrecer? Sobre esto no cabía la menor duda: si algo podía decirse de él era que sería un genitor sin par.

Sin embargo, el pájaro estaba triste. A pesar de todas sus cualidades —de su magnífico plumaje, su garganta de vivos colores, su canto fuera de lo común, su espíritu vivo y alerta, su gracioso aleteo—, era algo sabido: «¿Las pajaritas? ¡Todas unas cabezas de chorlito!».

Mientras que él, al contrario, nunca olvidaba nada. ¿La prueba? Recordaba muy bien todo lo que había ocurrido en el lugar adonde le habían llevado, en Jerusalén...

Estaba oscuro. Dormía tranquilamente en su jaula cuando de repente lo arrancó de su sueño un brusco movimiento de vaivén. Alguien lo paseaba por largos y anchos corredores, donde los pasos resonaban ruidosamente. Finalmente llegaron a una sala

que, a juzgar por la forma en la que reverberaban los sonidos, debía de ser de enormes dimensiones. Allí, una mano retiró bruscamente el trapo de tela negra que le impedía ver. Y había visto...

Al rey. Amaury, loco de ira, acompañado de un hombre de barba larga, con un bastón en la mano, y de sus dos perros; esos repugnantes bassets que disfrutaban aliviándose al pie de su percha.

El ambiente presagiaba tormenta. Después de haber sacudido la cabeza para aclararse las ideas, el pájaro se dio unos ligeros picotazos bajo las alas para arreglarse un poco. No era cuestión de echar a volar desaliñado, como esas rústicas aves que no saben nada sobre el arte de alisarse las plumas y adecentarse el plumón para que no parezca una mata de perejil.

Mientras hacía sus abluciones, el pájaro aguzó el oído para escuchar lo que decían, porque nunca sobraba información cuando había que partir en misión. Aquello parecía importante, mucho más que esos vuelos de rutina ejecutados por palomos muy jóvenes o muy viejos, cuya única finalidad era transmitir a un jugador situado a unas horas de distancia el movimiento de una pieza en un juego al que llamaban «ajedrez». No. El asunto parecía mucho más serio y requería a un palomo en plenitud de facultades. Un palomo de élite.

Por lo que entendía, una de las razones que había motivado el enfado de Amaury era que un patán se había sentado en su trono para desafiarle. Al parecer, se había extendido el rumor de que el visir de El Cairo, un tal Chawar, estaba a punto de traicionar a Amaury y de aliarse con Nur al-Din.

Los nobles presentes en la sala del trono apremiaban a Amaury para que atacara sin esperar la confirmación de esta información. A lo que el rey respondió:

—¿Lo habéis olvidado, p-p-pobres locos? ¡El propio califa aceptó estrecharme la mano! ¡Di mi p-p-palabra!

Un hombre que llevaba una gran capa negra adornada con una cruz blanca le espetó hoscamente:

—¡Chawar es un recolector de zurullos y el califa, un pastor de mierda!

—De Assailly tiene razón —añadió el noble sentado en el trono del rey—. ¡Chawar es un cerdo!

—Tal vez sea un cerdo —respondió el rey—. ¡Pero es nuestro cerdo! Mientras no se pruebe lo contrario, ha actuado conforme a nuestros intereses. De todos modos, me niego a ser el p-p-primero en cometer traición. Soy el rey; no puedo mentir, ni comportarme como un loco o un vulgar crápula. Debo dar ejemplo.

Un anciano, que hasta entonces había permanecido tranquilamente sentado en su silla, se levantó súbitamente y, mostrando la cruz que llevaba al cuello, bramó:

—¡Majestad, como patriarca de Jerusalén, aceptó que este pecado recaiga sobre mí! Luego iré a hacerme absolver por el Papa, que, estoy seguro, aprobará esta

acción.

—¡P-p-patriarca, no puedes imaginar nombre más despreciable y vil para obligarme a obedecer que el de «el Papa»!

—¡Majestad, os conjuramos a que atacéis!

—¡No! Hay que c-c-conservar la razón.

El hombre del bastón y la larga barba intervino entonces, y dijo con voz tranquila:

—Pasé dos años negociando con Manuel Comneno. Para convencerle de que nos ayudara tuve que desplegar tantos ardides como Ulises. ¡Os lo ruego, señores, un poco de paciencia! ¿Qué es un año, cuando al cabo de este año se encuentra la victoria?

—¡Muerte a esos malditos griegos! —le respondió una voz.

—¡Que ardan en el infierno!

Guillermo de Tiro se volvió hacia los que habían gritado.

—¿Qué les reprocháis?

—¡Son unos herejes! ¡Unos afeminados!

—¡Solo piensan en el dinero!

El patriarca de Jerusalén creyó conveniente añadir:

—Se burlan de nuestra fe. He visto cómo se persignaban. ¡Igual que los coptos, lo hacen solo con un dedo!

—¿Y qué? ¿Acaso un dedo no basta?

—¡No, claro que no! Es un sacrilegio. ¡Porque no debe honrarse a Dios con un dedo, sino con la mano entera!

—¿No queréis esp-p-perar unas semanas? —preguntó Amaury—. Dar tiempo a Morgennes para que pueda p-p-proporcionarnos informaciones más amplias...

—¿Qué? ¿Él? ¡Vamos, majestad, desvariáis! ¡Ese pordiosero ni siquiera es de sangre azul!

—Además, ¿creéis que Nur al-Din se quedará con los brazos cruzados? ¡No, este es el momento de atacar!

—¡Y cogerles por sorpresa!

—¿De qué fuerzas disponemos? —preguntó el rey.

Gilberto de Assailly, el maestre del Hospital, le respondió:

—Estamos nosotros, el Hospital. Así como varios nobles, y los refuerzos llegados de Francia.

—¿Y el Temple?

—No participará.

El rey se acercó al trono con una expresión que hizo que el barón que lo ocupaba se levantara al instante. Una vez sentado, Amaury miró a los grandes de su reino y les dirigió más o menos este discurso:

—Si os interesa mi opinión, haríamos mejor en no meternos en este asunto. Tal

vez actualmente Egipto no esté unido al reino, pero nos procura suficientes víveres y dinero para permitirnos resistir a Nur al-Din. Si penetramos como enemigos en tierra egipcia, ni el califa, ni su ejército, ni los habitantes de las ciudades ni los del campo consentirán en entregárnosla. Resistirán con todas sus fuerzas. Tampoco excluyo que, a causa del terror que podamos inspirarles, decidan convertirse en vasallos de Nur al-Din. Entonces Shirkuh, su general en jefe, acudirá a Egipto y tomará el poder..., lo que significará nuestra ruina y el principio del fin para el reino cuya carga he heredado.

El rey había hablado bien. Todos le habían escuchado, aparentemente con atención. Incluso el palomo estaba subyugado por su discurso. Por otra parte, compartía la opinión del rey. Pero no así los grandes del reino, que, después de intercambiar comentarios a media voz, rápidamente replicaron:

—¡Majestad, partimos a apoderarnos de Egipto antes que ese perro de Nur al-Din!

El palomo se dijo que se encontraba frente a un claro ejemplo de los dilemas con los que los soberanos debían enfrentarse durante su reinado: ¿hay que consolidar el reino y no pensar en conquistas o, al contrario, tratar de extenderlo y arriesgarse a debilitarlo? En este caso, la historia había elegido extenderlo, lo que pareció alegrar a la población, porque la multitud que se apretujaba bajo las murallas del palacio se puso a gritar rítmicamente:

—¡A Babilonia! ¡A Babilonia!

—¡Egipto! ¡Egipto!

El palomo miró a Amaury de frente —es decir, de perfil—. ¿Qué decidiría el rey? Tras obtener lo deseado, los grandes del reino habían abandonado la sala del trono, dejando a Amaury solo con Guillermo. Este último trató de reconfortar a su soberano, que le hizo notar:

—¿Has oído? No he t-t-tartamudeado ni una sola vez... Pero no ha cambiado nada.

—Su decisión ya estaba tomada, majestad. Apostaría a que los hospitalarios no tenían ninguna intención de compartir con Constantinopla las tierras que les habíais prometido.

—No habrá nada que compartir.

Con expresión amarga, Amaury se levantó de su trono, caminó hasta la ventana y observó al populacho, que seguía desgañitándose: «¡Babilonia! ¡Egipto!».

—Lamento tener tan mala memoria, porque había algo que quería decirles. Una frase de Aníbal, que les habría co-co-convencido de no atacar. Hablaba de paz y del destino, ¡pero la he olvidado! Ah, qué lástima que Morgennes no estuviera aquí. Él, al menos, la habría recordado...

El rey permaneció silencioso un instante, y luego se estremeció, como si

contuviera un ataque de risa.

—Y ahora, majestad, ¿qué haréis?

Amaury se volvió hacia Guillermo y le dijo señalando a la multitud:

—He ahí a mi pueblo. Yo soy su jefe. Debo seguirle.

Las lágrimas caían por sus mejillas. Las últimas palabras de Amaury que oyó el palomo, cuando el oficial se lo llevó a la torre más alta del palacio, fueron estas:

—No estoy triste por ellos ni por mí. Estoy triste por mi hijo.

«¡Planear en el aire, sentir cómo el viento hincha mis plumas, caer en picado para tragar algunos insectos y ascender de nuevo hacia el sol hasta sentir vértigo! Ah, qué lástima que no sepa reír como los humanos, porque entonces reiría a carcajadas. ¡Libre! ¡Por fin libre! Ya solo tengo por barrotes los rayos del sol, ¡y son unos barrotes deliciosos!»

Dirigiéndome hacia el sur, dejé atrás rápidamente a varios escuadrones de caballeros —una cuarentena de hombres en cada uno de ellos, alineados en dos filas—, seguidos por varias divisiones de hermanos sargentos, escuderos, turcópulos y mercenarios, que formaban el grueso de este ejército. Solo los estandartes y los caballos de recambio rompían las líneas bien ordenadas de este amplio movimiento que marchaba al combate. ¡Qué ejército! ¡Y pensar que yo formaba parte de él! ¡Incluso era su vanguardia! ¡Qué honor!

«Batir las alas con ligereza, recoger las patas bajo mi cuerpo, estirar el cuello... No he olvidado ninguna de las lecciones de mi maestro, Matlaq ibn Fayhân, el jeque de los zakrad. Aún puedo ver su turbante, que hacía girar en torno a su cabeza, incitándome a atraparlo y recompensándome con una sabrosa mezcla de cebada y mijo al final del ejercicio.»

¡Oh, cielo encantador! Dulzura del viento refrescándome las alas, calor del sol y paisajes, tierras desnudas, rocas, arena y arena, extendiéndose hasta el infinito como un pergamino desenrollado. Con el rabillo del ojo distinguí incluso a una familia de marmotas dormidas sobre una roca. Deberían desconfiar, y yo también, porque los halcones nunca andan lejos.

Mientras mantenía mi ojo izquierdo apuntando hacia abajo, para admirar el panorama, orienté el derecho hacia lo alto para asegurarme de que ningún ave de presa me sobrevolaba.

Habitualmente, las primeras leguas no eran las más peligrosas, porque habían sido —como suele decirse— «limpiadas». Rapaces especialmente adiestradas por los humanos para atacar solo a sus hermanos echaban de la zona a los eventuales peligros que hubieran podido acecharme.

Paloma mensajera, ¡qué hermoso oficio!

El jeque tenía razón: «Verás mundo». ¡Y desde luego lo había hecho! Siempre

había soñado con ver Jerusalén. ¡Y ahora volvía a Egipto!

Si hubiera tenido que ir a caballo, habría tardado una decena de días; pero gracias a mis cortas —pero poderosas— alas, no necesitaría más de una jornada. Si los vientos me eran favorables, esta noche estaría en El Cairo. ¡Esta noche, junto al plumaje de mi bella!

Antes de alcanzar el Sinaí, pasé primero sobre montañas parecidas a antiguas ciudadelas de arena. A lo lejos veía las aguas del mar Muerto, que brillaban con un resplandor siniestro en nada comparable al color esmeralda del Mediterráneo. Me alejé de ellas para introducirme en una corriente de aire caliente que al principio me haría perder unas millas, pero luego me permitiría ganar muchas más.

Llegué al valle de Moisés, frecuentado por los maraykhát, esa tribu de beduinos sin fe ni ley que se vendía al mejor postor, ya fuera cristiano o mahometano.

En las ruinas de una antigua ciudad, en la que el polvo, los escorpiones y las serpientes habían sustituido a los habitantes, distinguí a una especie de enano que conducía un carromato tirado por un viejo asno. ¿Qué hacía aquí? ¿No sabía que era peligroso? Bajé en picado, comprimiendo mis alas bajo el cuerpo, y me acerqué lo suficiente para darme cuenta de que, probablemente, se trataba de un hombrecillo malvado, porque no dejaba de propinar vergajazos a su asno. Por solidaridad animal, le solté un excremento en la cabeza y remonté raudo el vuelo.

El enano levantó el puño con furia hacia mí y gritó de indignación. Pero su voz se perdió.

Debía apresurarme, porque este era el reino del jamsin, ese poderoso viento que arrastra gravilla y polvo y que puede hacerte picadillo si decide soplar sobre ti.

En el desierto, una estatua colosal, muy antigua, proyectaba su sombra sobre la arena. Representaba a un rey o a una reina, era difícil decirlo, pues su rostro había desaparecido. ¿Quién la había erigido? ¿Por qué? ¿Alguien, en alguna parte, lo sabía?

Proseguí mi camino.

Hasta aquí, todo iba bien. Pero redoblé la atención, porque a mi espalda el disco pálido de la luna aparecía, mientras frente a mí el sol se ocultaba. ¿Cuánto hacía que había partido? ¿Cuántos aleteos? Más de un centenar de miles, probablemente.

Egipto y sus misterios. Todo empezó con una serie de encuentros macabros. Osamentas de animales, camellos roídos en sus tres cuartas partes, con cuyas tripas, ennegrecidas por el sol, se estaban dando un festín las moscas; un búfalo momificado; una cabeza de caballo que acababa en una mueca grotesca; hienas errando de un manjar de huesos a otro.

Esto era bueno para mí, porque eran presas fáciles que las rapaces siempre preferirían a un flacucho como yo. Incluso entreví a varias águilas blancas volando muy cerca del suelo. Dos de ellas se disputaban un pedazo de la joroba de un camello, al que no podían acercarse por culpa de un chacal. Eran tan lentas, estaban

tan ocupadas, que no me costó ningún esfuerzo esquivarlas a toda velocidad.

¡Egipto, mi patria!

Un resplandor, a lo lejos, me señaló el Nilo.

Pero antes tuve que sobrevolar Bilbais, saqueada en tres ocasiones por los cristianos desde que Amaury era rey. Murallas derruidas, edificios sin techo, calles llenas de escombros, eso era todo lo que quedaba de esa antigua ciudad, paso obligado entre Egipto y Palestina.

El Nilo.

Según Estrabón, sus aguas favorecían la fecundidad; no solo de los humanos, sino también de los animales. Plinio el Viejo pretendía que eran excelentes para los cereales y las fibras textiles —aunque eso no me afectaba tanto—. Sobre todo no debía olvidar ir a beber un trago de ese precioso líquido justo antes de llegar.

Precisamente distinguía ya el antiguo lecho del Nilo —un espacio en el que el desierto estaba salpicado de charcos de agua amarga—. Una espesa humareda giraba en torbellinos a ras de suelo. Por un momento creí que me hallaba en el taller de un alquimista, tantos tintes fantásticos había. Ocres, amarillos, azules y verdes, modificándose continuamente, contaminándose sin cesar. Olía a azufre. Aquí afloraba el infierno.

Batí las alas, viré y me dirigí hacia un lugar más sano: un gran lago de fango, donde varias decenas de individuos se habían sumergido tratando de curarse la lepra. Algunos acudían desde hacía años... Y algunos incluso habían muerto en este lugar.

El Cairo estaba a la vista. Inicié un giro, y luego descendí planeando. ¿Mi objetivo? Aquel minarete, allá abajo. El más alto de la ciudad. Por supuesto, era el del palacio califal. Pero antes de alcanzarlo aún debía pasar una prueba —probablemente la última—, y luego llegaría el encuentro con mi bienamada. Se trataba de un olor, mucho más espantoso que todos los que había olfateado hasta el presente. Olor a pollos fritos. Los arrabales de El Cairo albergaban innumerables pequeños hornos para asar pollos; estaban hechos de ladrillos de barro seco, y la humareda emitía un hedor insoportable. Dedicué un recuerdo a mis chamuscadas primas y les deseé un buen viaje al paraíso de las aves.

Si existía, cosa que yo ignoraba.

Por mi parte, era un palomo demasiado cultivado para creer en estos cuentos, por más que reconociera que resultaba cómodo. En fin, algunos aleteos todavía, franquear la cima de esta línea de palmeras —cuyos estremecimientos anunciaban que la noche sería fresca—, posarme sobre el reborde de esta bonita ventana, y por fin me encontré junto a ella.

Mi hermosa estaba soberbia, aún más radiante de lo que recordaba. Aunque no podía dejar de reconocer que la falta de ejercicio, y probablemente un ligero exceso de alimento, habían contribuido a engordarla. Pero a fe mía que sus redondeces eran

de lo más atractivo. Pero ¿por qué no se movía? ¡Oh, cielos, querida!

—¡Oh, pero..., Dios mío! ¡Si parece que está incubando!

Una mano se apoderó de mí. Era la rutina; sin embargo, me debatí como un diablo. ¡Mi amor! ¡Dejad que vaya con ella! ¡Colocadme a su lado! Nada que hacer. Los seres humanos eran los más fuertes, y permanecían sordos a mis gritos. Una mano me liberó de mi mensaje y luego me bajó la cabeza para dejar caer sobre ella una parodia de caricia... Pero no, no era una caricia, ni siquiera en forma de parodia. Me sopesaba, me palpaba. ¿A quién pertenecía esta horrible mano tostada por el sol y cubierta de pelos grises? Distinguía a dos soldados, vestidos de blanco, con una cruz roja sobre el pecho. Templarios.

Uno de ellos se dirigió al otro:

—Esta paloma me parece muy nerviosa...

Y el otro respondió:

—Noble y buen hermano Galet, no hay que preocuparse por eso. ¡No tenemos más que servirla para cenar! ¡Esta pareja de palomas ya se ha encargado de reemplazarla!

No descansará ni un momento antes de haberla encontrado.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Ivain o El Caballero del León

Morgennes había establecido sus cuarteles en una torre del Viejo Cairo llamada Torre del Leproso. De hecho era un minarete abandonado porque amenazaba con derrumbarse. Regularmente dos o tres piedras se desprendían de la torre y caían con estrépito sobre la polvorienta calzada, que los habitantes de Fustat evitaban pisar. Era el lugar soñado para alguien que no quería ser molestado; el lugar perfecto para una sombra.

Algunos cuervos con la mirada turbia de los conspiradores, alegres damiselas murciélago y un viejo búho blanco por los años constituían el grueso de los inquilinos; el resto estaba compuesto únicamente por Morgennes.

De noche, trepaba a lo más alto de la torre, y allí, bajo una luna de yeso, volvía a pensar en todo lo que había dejado atrás. Echaba mucho en falta a Cocotte y a mí. Y para soportar nuestra ausencia, pasaba muchísimo tiempo rememorando los meses que habíamos pasado juntos. Lo mismo hacía con su hermana y sus padres, que surgían ante él cada vez que cerraba los ojos, tan reales como antaño. Tanto, que Morgennes a menudo se preguntaba quién estaba muerto, si ellos o él. Pero ni el búho de plumas blancas, a pesar de su aire de viejo sabio, ni los negros cuervos, ni las damiselas murciélago tenían ninguna respuesta que darle.

Entonces volvía a bajar para enfundarse un manto y salía a pasear por la ciudad. Allí trataba en vano de perderse en el laberinto de calles, donde incluso los nativos tenían dificultades para orientarse. Pero Morgennes recordaba hasta la más insignificante callejuela, la más anodina fachada, cada una de las grietas de las paredes; era imposible que se perdiera.

Cerraba los ojos y se ponía a soñar, para encontrarse infaliblemente en un inmenso bosque de troncos podridos, como roídos por las aguas. ¿Qué bosque era ese? El de su infancia, que su mente revisitaba. Porque él nunca lo había visto así, transformado en un pantano.

Volviendo a abrir los ojos para ahuyentar esta imagen, reanudaba el camino, bajaba algunos escalones —siempre recordaba cuántos—, y se dirigía hacia el palacio califal, en torno al cual le gustaba vagabundear. Nubes de rumores flotaban en el aire.

Y entre dos regateos, dos cestos de fruta o dos sacos de trigo intercambiados, desgranaba informaciones. El jefe de los eunucos padecía mareos. Habían tenido que reemplazarlo. Los abds —esos esclavos negros que formaban el grueso de las tropas del califa— se quejaban de la negligencia con la que los herreros del palacio mantenían sus armas. Habían tenido que entregarse con urgencia importantes cantidades de vino, señal de que invitados importantes —y extranjeros, además— irían a visitar al califa. ¿Venecianos? ¿Písanos? Era difícil decirlo, pero seguro que eran mercaderes de metales, porque unos días después de las entregas de vino, las armerías de la ciudad habían redoblado su actividad, ennegreciendo de humo los cielos habitualmente límpidos de El Cairo.

Cuando la tristeza o la melancolía se apoderaban de él, Morgennes iba a buscar a su nuevo amigo, Azim. Juntos hablaban de todo y de nada. Pero su tema de conversación favorito eran los ofitas y esa misteriosa mujer que no existía.

¿Qué aspecto tenía?

—Nadie lo sabe —respondió Azim—. Ni siquiera estoy seguro de que los propios ofitas lo sepan, porque no tienen derecho a ir a visitarla.

—Sin embargo —decía Morgennes—, creía que la custodia de esa mujer era asunto suyo.

—La custodia, sí. Pero no la propiedad.

Azim se interrumpió un instante, mientras su esposa —con el rostro velado para que ningún hombre la viera— les servía té, y fuera resonaban címbalos y tambores. Cuando su mujer se hubo alejado, Azim continuó:

—Los ofitas son como esos judíos a los que uno confía sus bienes a cambio de un préstamo. Velan por los cofrecillos, pero no tienen derecho a abrirlos. Además, no olvidas que, más que los ofitas, es un dragón quien la mantiene prisionera. Se dice que los ofitas han construido un laberinto por donde ronda un poderoso dragón. ¡Desgraciado quien ose acercarse a él!

—Ya no hay dragones —dijo Morgennes—. ¿Qué más se sabe sobre esa mujer?

—Llegó cuando era solo un bebé de pecho. ¿Qué edad tenía? Apenas seis meses. Físicamente era blanca como su madre, pero parecía poseer el carácter impetuoso de su padre: el famoso general Shirkuh, favorito de Nur al-Din. Tenerla en Damasco habría sido una provocación a los francos, les habría incitado a tomar de nuevo las armas. Mientras que guardarla aquí, en esta ciudad musulmana, pero chiíta, donde cristianos, coptos y ofitas tienen derecho de ciudadanía, era lo que en política llaman «un justo compromiso». Un acuerdo secreto, firmado por Luis VII, Leonor, Nur al-Din y Shirkuh, estipula que esta joven no tendrá derecho a reclamar su herencia mientras no haya elegido una religión.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Morgennes.

—Nosotros, los coptos, controlamos todo el papeleo de El Cairo, y conocemos

casi todos los secretos de esta ciudad.

—¿Casi?

—Sí, hay uno que se nos escapa todavía y que, además de la venganza, fue el motivo de mi presencia en el templo de Apopis la noche de nuestro encuentro.

Morgennes se acercó a Azim, como si encontrarse justo a su lado pudiera permitirle leer sus pensamientos. Fuera, el ruido de los címbalos y los tambores se acercaba, y unas voces se mezclaban a los sonidos de los instrumentos.

—¿Hay una boda? —preguntó Morgennes.

—No. Es una de nuestras fiestas. Hoy celebramos la venida a Egipto de José y María. Por otra parte, eso me recuerda...

Azim se levantó y se dirigió hacia una mesa donde había un incensario. Cogió un puñado de incienso de un saco que había al lado y llenó el incensario, que empezó a humear abundantemente.

—¿Dónde guardan a esa mujer? —preguntó Morgennes.

Azim cerró el incensario y fue a sentarse junto a él.

—En un lugar llamado el Cofre. En cuanto a saber dónde se encuentra exactamente, lo ignoramos.

—¿No tenéis la menor idea de dónde puede estar?

—En mi opinión, en alguna parte de la ciudad vieja. Es decir, por aquí, en Fustat.

—Pero yo creía que vosotros, los coptos, erais los amos de esta parte de la ciudad.

—Morgennes, aquí tenemos este monasterio y una iglesia, un poco al sur del acueducto, pero eso es todo. Lo que han debido de decirte es que se nos toleraba.

—De hecho no me dicen gran cosa. Cada vez que pregunto dónde está el barrio copto, la gente pone cara de no entender, me envían a paseo o me responden que no existe.

—Un barrio que no existe para una mujer que no existe... —¿Por qué los ofitas?

—¡Qué mejor que una serpiente, que un dragón, para guardar a una princesa! Comprenderás por qué nosotros, los coptos, que somos los fieles servidores de san Jorge y de san Marcos, tenemos como enemigos, más aún que a los mahometanos, a esos perros de ofitas. Y si tengo que serte sincero, creo incluso que Nur al-Din y Luis VII esperaban secretamente que los ofitas hicieran desaparecer a esta joven.

—Azim, mi rey me ha encargado que la encuentre. Necesito que me ayudes.

Azim se masajeó las rodillas; luego se levantó del cojín donde estaba sentado.

—¿Y *Crucífera*?

—Primero el amor, luego la guerra.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Azim, desvelando unos dientes color de marfil de sorprendente vitalidad para un anciano.

—¡Me gusta eso! Escucha, te diré por dónde debes empezar tu búsqueda. Pero no inmediatamente. Primero debes descansar, porque te encuentro un poco pálido.

¿Cómo pasas las noches?

Morgennes se tomó tiempo para reflexionar, pero no había mil y una respuestas posibles.

—Agitadas. Echo en falta a Chrétien. Y por si eso no bastara, a menudo sueño con mis padres. A veces incluso tengo la sensación de estar muerto yo también. Tengo pesadillas en las que vago por un pantano sin saber adónde ir. Unas mariposas revolotean a mi alrededor.

—¿Mariposas?

—Mariposas negras y blancas. Hay miles, que forman imágenes al volar. Paisajes y rostros que me parecen familiares sin que pueda recordar dónde los he visto. Es muy extraño.

—Sí, desde luego. Más de lo que crees. Porque otra persona antes que tú me ha hablado de estas mariposas.

—¿Cómo? ¿Existen?

—Realmente no lo sé. Pero esa persona lo creía así. De hecho fueron las últimas palabras de Pixel, ¿lo sabías?

—No. ¿Quién es Pixel?

—Pixel era un monje de gran reputación, un especialista de las iluminaciones. En el año 1144 de vuestro calendario, unos bandidos le forzaron, bajo la amenaza de sus armas, a tragarse sus pinturas. Justo antes de morir, ahogado en su vómito, tuvo tiempo de articular: «Las mariposas...». Fueron sus últimas palabras. Nadie sabe qué significan.

—¿Era copto?

—No. Vivía en Inglaterra, pero tuve ocasión de conocerle.

Vino aquí, a Egipto, con un herrero amigo suyo, en busca de otros procedimientos que permitieran obtener nuevos colores.

—¿Un iluminador que tenía como amigo a un herrero?

—No era exactamente un herrero. Además, no solo se interesaba por las armas, sino también por las aguas del Nilo, célebres en el mundo entero por favorecer la fertilidad. Por lo que pude entender, este hombre era un antiguo caballero. Una especie de mercenario que recorría el mundo en busca de un remedio para que su mujer y él pudiesen tener un hijo.

—¿Cuál era su nombre? —preguntó Morgennes con voz temblorosa.

—¡Por desgracia no tengo tu memoria! Hace mucho de esto. Además, no se quedaron mucho tiempo. Tenían cosas que hacer, por Constantinopla. Ya no sé más. Pero si quieres, puedo mostrarte un retrato que Pixel pintó para mí, para agradecerme que les hubiera acogido, a él y a su amigo.

—Encantado.

Azim condujo a Morgennes a una pequeña capilla cuyos muros desaparecían bajo

centenares de iconos. Bastones de incienso difundían en el aire una atmósfera de recogimiento, y Morgennes sintió que un hormigueo le recorría la espalda. Tenía la sorprendente sensación de haber visto ya ese lugar, cuando —¡podía jurarlo!— nunca había entrado allí.

—Aquí está —dijo Azim, mostrando a Morgennes un pequeño icono.

En él se veía, junto al viejo copto, ligeramente retirado hacia atrás, a un hombre de rasgos vivaces, sorprendentemente bien plasmados, que dirigía al pintor una mirada voluntariosa.

—¿Quién es? —preguntó Morgennes.

—Es el caballero del que te he hablado. El compañero de Pixel. ¿Le conoces?

—Desde luego —dijo Morgennes, con las piernas temblorosas—. ¡Es mi padre! Dominado por la emoción, puso los ojos en blanco y se desplomó.

Morgennes despertó en la habitación de Azim, en el monasterio de San Jorge. El viejo copto había hecho que le condujeran allí poco después de desmayarse.

—No te muevas —murmuró Azim—. Bebe.

Le tendió una copa, que Morgennes vació de un trago. Azim se la llenó de nuevo, de una jarra que había hecho traer.

—¡Más! —pidió Morgennes, que se sentía atenazado por una sed insaciable.

—Toma —le dijo Azim, dándole a beber de la jarra—. Buena agua del Nilo...

—Padre —dijo Morgennes.

—¿Sí? —respondió Azim.

—No —dijo Morgennes—. Tú no. Hablaba de mi verdadero padre. ¿Realmente era él? ¡Parecía que estuviera vivo! Qué retrato más sobrecogedor...

—Sí, ¿verdad? Te lo dije, Pixel era el mejor.

—¿Unos bandidos lo asesinaron? ¿En 1144?

—Exacto.

—Menos de dos años separan la muerte de mi padre de la de Pixel. ¿Es posible que fueran asesinados por las mismas personas?

Morgennes cerró los ojos y se frotó las sienes. Debía ordenar sus ideas. Sin duda, Galet el Calvo y Dodin el Salvaje tenían mucho que contar sobre este acontecimiento. Una noche, no hacía tanto tiempo, Morgennes había oído cómo los dos viejos templarios recordaban riendo el día en el que Sagremor el Insumiso había lanzado una flecha contra un muchacho que acababa de atravesar un río con la superficie helada. Este muchacho, Morgennes lo sabía, era él. Y contrariamente a lo que habían creído los caballeros, no estaba muerto.

En ese momento, mientras Morgennes buscaba en el fondo de su ser unas lágrimas que no llegaban, la puerta de la habitación se abrió. Morgennes y Azim volvieron la cabeza, pero no vieron a nadie; de repente, una pequeña bola de pelo,

vestida con una camisola naranja, saltó sobre el jergón donde estaba tendido Morgennes y se lanzó a su cuello.

—¡Frontin! ¿Quieres dejar tranquilo a Morgennes? —exclamó Azim.

—¿Frontin? ¿El mono de Gargano? —dijo Morgennes riendo—. ¿Qué hace aquí?

—¿De modo que conoces a Gargano? —replicó Azim, sorprendido.

Los dos hombres se abrazaron con emoción; emplearon buena parte de la noche pasando revista a todos los acontecimientos que habían vivido. Morgennes contó cómo había encontrado a Gargano y a la Compañía del Dragón Blanco; Azim, por su parte, habló de lo poco que recordaba de Pixel y del padre de Morgennes, así como de Gargano, Nicéforo y Filomena.

—Esta última, por otro lado, tenía un comportamiento de lo más extraño. Parecía perturbada, atormentada por un demonio.

—Era la maestra de los secretos del Dragón Blanco, siempre en busca de saberes prohibidos...

—Una mujer ávida de conocimiento. Parecía que nunca tuviera bastante.

—¿Qué ha sido de ella?

—Prefirió quedarse en El Cairo, en compañía del hijo del visir. De modo que abandonó la Compañía del Dragón Blanco, que prosiguió su ruta hacia el sur, en dirección a territorios que no aparecen en ningún mapa. Por eso Gargano me confió a Frontin. Para que estuviera a salvo.

—¿A salvo? Pero ¿quién podría velar mejor por Frontin que ese gigante?

—Yo. Porque adoro a los monos. ¡Aquí tienen su paraíso! Mañana por la mañana, te llevaré a los jardines del monasterio para mostrarte cómo acogemos a estas divertidas bestezuelas.

—¿Mañana por la mañana? ¡Pero yo debo partir enseguida! ¡Tengo a una princesa que rescatar!

—Primero tienes que descansar —dijo Azim, dándole unas palmaditas en la mano—. Esta princesa espera desde hace años; creo que podrá soportar un día más...

—¡Al contrario! ¡Razón de más para no hacerla esperar!

Morgennes se levantó, pero la cabeza le dio vueltas de nuevo y se vio obligado a tenderse otra vez.

—Dios quiere que descanses. Si realmente hay un dragón en ese laberinto, vale más que vayas en plena forma.

—De todos modos, parece que no tengo elección.

Y se dejó caer, con los ojos cerrados, sobre el lecho de Azim.

Al día siguiente, por la mañana, Azim le mostró los numerosos tipos de simios que convivían en el monasterio de San Jorge. Había monos de todas las especies, grandes y pequeños, locuaces o mudos, a los que Azim —como un paciente profesor

— enseñaba a hablar.

—Pero —decía— me resulta más sencillo aprender a gritar como ellos que enseñarles nuestra lengua. Es una lástima, porque dentro de algunas generaciones ya nadie hablará el copto. Esperaba que los monos, al menos, perpetuaran el uso de nuestra noble lengua. ¿Tal vez debería haber elegido loros?

Los monos, por su parte, no lo veían así, y redoblaban sus esfuerzos por perfeccionar su dominio del copto. Los más adelantados —y por encima de todos Frontín— habían recibido títulos honoríficos, como los de «vicario» o «abate». Frontín, a pesar de sus cualidades, solo había llegado a «obispo»; aún no tenía el nivel necesario para ser elegido «papa».

—Pero ya llegará, ya llegará... —aseguraba Azim.

A la hora de la oración, los monos se reagrupaban en la capilla principal, donde rezaban (al menos en apariencia) al mismo tiempo que los monjes. A la hora de la comida, los hacían sentarse en taburetes de madera y les colocaban una cuchara entre las manos —con la que se divertían golpeando las mesas, en lugar de utilizarla para comer.

—Pero ya llegará, ya llegará... —repetía Azim, siempre paciente, siempre tranquilo.

Cuando los monos se ponían particularmente insoportables, bastaba que Azim les mostrara un sacudidor para que volviera la calma.

—Son como niños. Y no desespero de instruirles en los misterios de nuestra religión o de convertirlos en copistas, ya que para ello el trabajo de invención es nulo, ¿no te parece?

Media docena de monos trabajaban, pues, en los talleres del monasterio, donde se dedicaban a copiar listas de palabras, en árabe y en copto, en dos columnas.

—Como el copto se practica cada vez menos —decía Azim—, tengo el presentimiento de que algún día mis sucesores necesitarán estos léxicos si quieren descifrar los libros donde están registrados nuestros secretos.

No había ninguna amargura en sus palabras. Simplemente, como solía repetir varias veces al día:

—El tiempo pasa...

—Sí —dijo Morgennes—. Incluso es lo que mejor sabe hacer. De modo que no hay tiempo que perder. ¡Me voy!

Abrió entonces una puerta, de la que no sé ni puedo describiros la hechura.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

Azim había prevenido a Morgennes:

—Tendrás que esperar pacientemente hasta cerca de la medianoche. Entonces un hombre irá a ver al visir. Por una razón que ignoro, nunca participa en las ceremonias de Chawar. Sin embargo, también él es ofita, estoy seguro. Creo que le apodan el «Caballero de los Gusanos de Tierra». Luego el visir y este caballero se retirarán a un lugar al que solo ellos pueden acceder. Aquí está la llave. No me preguntes cómo la he obtenido, límitate a hacer buen uso de ella y a no perderla. La sala adonde irán está excavada en la roca; se utiliza como tumba para momias de serpientes y de cocodrilos, que bajan hasta allí desde la superficie con ayuda de cuerdas a través de pozos muy profundos. Por tanto no te sorprendas si te parece percibir formas envueltas en mallas a su lado, y no permitas que eso te distraiga. Se dice que estas serpientes tienen a guisa de ojos rubíes capaces de hacer que un posible ladrón olvide el motivo por el que ha ido allí.

—No te preocupes —dijo Morgennes—. Nunca olvido nada. ¿Y qué vendrá a continuación?

—¿A continuación? Pero, amigo mío, ¡te toca a ti contármelo!

Y aquí está la continuación, tal como Morgennes la transmitió a Azim a su regreso de la primera visita al Templo de la Serpiente.

—Los dos hombres hablaron largamente. Imagínate que el Caballero de los Gusanos de Tierra no es otro que el hijo de Chawar. Se llama Palamedes, y se hace pasar por embajador del Preste Juan.

—Pero ¿qué pretenden?

—Oh, infinidad de cosas. Para empezar, tratan de vengarse de vosotros, los coptos, y tomar el poder en Egipto. Pero su ambición va más allá. No se detiene en Jerusalén ni en Bagdad, ni siquiera en Roma. Incluye al conjunto de la cristiandad y se pretende universal. En esto se sienten próximos (y enfrentados) a Constantinopla. Detestan por encima de todo a Manuel Comneno, a quien consideran demasiado inteligente. En cambio, Amaury es, a sus ojos, mucho más maleable, porque tiene la cabeza repleta de sueños.

—¿De modo que son ellos los que han tirado de los hilos desde el principio?

—Con más o menos habilidad, sí. Pero su punto débil es que se creen invencibles.

También hablaron de una espada llamada *Crucifax*.

—¿No se tratará más bien de *Crucífera*, la espada de san Jorge?

—Es posible, porque debía mantenerme oculto y a distancia. Tal vez haya oído mal. En todo caso, caminaron durante mucho tiempo por una red de catacumbas llenas de momias de cocodrilos. Creo que estos subterráneos nos condujeron bajo la necrópolis, al oeste de Fustat. Entonces franquearon cinco puertas, cada una mayor que la precedente la primera estaba hecha de piedra; la segunda, de hierro; la tercera, de bronce; la cuarta, de plata, y la quinta, de oro. Luego llegaron a una sexta puerta, de electrum.

—¿Era el final del laberinto?

—Eso creí yo también. Pero era solo el principio.

—¿Y el dragón? ¿Le venciste?

Morgennes dirigió una mirada extraña a Azim.

—¡Vaya pregunta! Si me hubiera vencido, ¿crees que habría vuelto a contártelo?

—Puedes ser un fantasma. No serías el primero que veo.

—Puedo asegurarte que estoy vivo y coleando. Pero deja que prosiga mi historia... También yo creí, como tú, que esa sexta puerta era la última. Cada uno de sus paneles estaba adornado con serpientes en bajorrelieve. Y era tan grande que no me habría sorprendido encontrar a un dragón tras ella. Pero entonces Palamedes y Chawar se abrazaron y Chawar se retiró. Dejé que se marchara, porque era Palamedes quien me intrigaba. Este abrió la sexta puerta y penetró en un pasillo, que se dividió en dos, luego en tres, en cuatro, en cinco, en seis...

—¡El Laberinto del Dragón!

—Exacto. Un laberinto, negro como la noche y que sin duda ocultaba algún peligro, porque Palamedes caminaba con una antorcha en una mano y la espada en la otra.

—¡Ese impío! ¡Se supone que no podía entrar allí!

Un tintineo resonó en la entrada de la celda de Azim, y Morgennes se llevó la mano a la cadena que siempre le acompañaba y que le servía de arma.

—Tranquilízate, amigo mío —le dijo Azim—. Es solo el principio de una de nuestras fiestas. Celebramos el día en el que el arcángel Gabriel indicó a José y a María el árbol bajo el que debían refugiarse, en el desierto, para no sufrir los rigores del sol.

—Ah —dijo Morgennes—. Es verdad que vosotros, los coptos, siempre tenéis algo que celebrar. Bien, prosigo. Corno te decía, caminaba tan silenciosamente como podía, dejando que Palamedes se adelantara, y ayudándome, para seguirle, de la luz que su antorcha proyectaba en las paredes de este laberinto de piedra negra.

Normalmente los laberintos no me preocupan (tengo demasiada memoria para perderme). Sin embargo, este no era como los demás. Porque si la primera vez conseguí seguir a Palamedes hasta una séptima y última puerta (de platino, y que representaba a un ibis), las veces siguientes tuve que hacer numerosos intentos antes de encontrarla. Me introducía en el laberinto, memorizaba el camino, y sin embargo me perdía... ¿Cuántos días pasé allí? Lo ignoro, porque perdí la noción del tiempo.

—Morgennes, mírate, coge este espejo.

Azim le tendió un espejito de plata, en el que Morgennes se reflejaba de un modo extraño.

—¿No ves cómo te ha crecido la barba? Saliste al día siguiente del aniversario de la llegada de José y María a Egipto, y has vuelto a mi lado cuando celebramos el día en el que pudieron descansar a la sombra de la gran acacia. ¡Más de un mes separa estas dos fechas!

—¡Un mes!

—¿Explícame cómo es posible que con tu memoria no consiguieras encontrar el camino?

—No me lo explico.

—Entonces, ¿es brujería?

—Probablemente. Sin embargo, a fuerza de errar por este laberinto, por un increíble azar llegué a encontrar la puerta de platino que Palamedes había abierto cuando le había seguido. Y admiré el ibis que se encontraba grabado en ella.

—Los ibis —dijo Azim— son los enemigos mortales de las serpientes y, por tanto, de los dragones. De hecho es uno de nuestros animales fetiche.

—Resumiendo —prosiguió Morgennes—, examiné la puerta mientras me preguntaba cómo podría abrirla, porque, al contrario que las precedentes, esta no tenía cerradura ni empuñadura de ningún tipo. Apreté la oreja contra ella, tratando de escuchar lo que había detrás, pero no oí nada, excepto el ruido de mi propia sangre palpitando en mis oídos. Temiendo a cada instante que ante mí, o detrás de mí, apareciera Palamedes, toqué el ibis con la punta de los dedos en busca de un relieve que pudiera proporcionarme un indicio. Y encontré uno.

—¿Cuál?

—Esta inscripción: «Pasa tu llama por mi cuerpo».

—¡Ah! ¡Eso no es difícil!

—No, en efecto. Eso fue lo primero que pensé. Paseando mi antorcha por la puerta, esperé que se abriera, pero no sucedió nada. Desesperado, me la pasé incluso sobre el brazo, pero solo conseguí quemarme la ropa.

—¿Y tu brazo?

—Está bien, no te preocupes.

Azim no hizo ningún comentario; se dijo que con Morgennes siempre había algún

enigma, y que el descubrimiento de la clave de estos enigmas llegaría en su momento.

—¿Qué hiciste? —preguntó de todos modos, intrigado por saber si Morgennes había conseguido o no franquear la puerta del ibis.

—Me oculté, todo un día, y esperé a que Palamedes volviera para observar cómo se las arreglaba. Por la noche llegó, solo, como de costumbre, con su espada en la mano. Se acercó a la puerta y pasó su antorcha sobre el ibis. Inmediatamente la puerta se abrió, y entró en lo que parecía un jardín, porque un viento fresco me acarició el rostro y un olor a follaje me llegó a la nariz.

—¡Diablos!

—Ya puedes decirlo —replicó Morgennes—, porque mis penalidades aún no habían llegado a su fin. Habría podido, si hubiera hecho falta, correr tras él y deslizarme al interior del jardín. Pero enseguida me habría descubierto, y no quería poner a la princesa en peligro.

—¿Y entonces? ¿Qué hiciste?

—Me dije: «Vayamos a hablar de esto con el sabio Azim. ¡Él sabrá ayudarme!».

—¿De modo que no encontraste nada?

—No. Ni el modo de franquear la puerta ni tampoco a ningún dragón... Sabes tanto como yo. ¿Qué te parece? ¿Qué debo hacer, en tu opinión?

—Bien, reflexionemos. ¿Qué tenemos? Siete puertas, de medidas y materiales distintos. La séptima está adornada con un ibis, mientras que las otras están adornadas, en este orden, por dragones, vacas, gatos, ratas, perros y serpientes. Seguramente no es algo casual, porque, como te he dicho, el ibis y la serpiente son enemigos. De modo que si la sexta y (supuestamente) penúltima puerta es una serpiente, y la última es un ibis... Este último, según los mahometanos, es el guardián del incienso. Ahora bien, entre los antiguos egipcios, el incienso se denominaba *sontjer*, es decir, «lo que vuelve divino». ¿Tendrá esto alguna relación con su condenado Día de la Serpiente?

—¿A quién se dirige, el ibis? —preguntó Morgennes.

—¡Pues a ti! ¿No? Quiero decir, al visitante...

—«Pasa tu llama por mi cuerpo.» ¿Cuál es la palabra importante? ¿«Llama»? Probé con la antorcha y no sirvió de nada. ¿«Cuerpo»? ¡Te juro por Dios que pasé mi antorcha tantas veces sobre este ibis que acabó totalmente negro de hollín!

—¿Qué has dicho? —saltó Azim.

—He dicho —repitió Morgennes— que pasé tantas veces la antorcha sobre ese ibis que acabó todo negro.

Azim se levantó de la silla tan bruscamente que la derribó.

—Pero Morgennes, ¿no lo ves? ¡Es evidente!

—No —dijo Morgennes—, no veo nada.

—Pero ¡utiliza tus ojos!

—Lo siento, pero no lo entiendo.

—¿Cuántas veces me has dicho que Palamedes abrió esta puerta?

—¿En total? No lo sé. Pero muchas veces, seguro, ¡porque estando yo presente, al menos la franqueó tres veces!

—Y el ibis, ¿cómo era la primera vez que lo viste?

—Era de platino, ya te lo he dicho...

Su voz se volvió más intensa y Morgennes exclamó:

—¡El ibis brillaba! No estaba ennegrecido por la antorcha de Palamedes. Lo que significa que...

—Lo que significa que la palabra importante es «tu».

—«Pasa tu llama sobre mi cuerpo.» Sí, está claro. El ibis se dirige al dragón. Y si la llama de este último alcanza al ibis, el ibis muere y se abre...

—Pero ¿dónde podemos encontrar una llama de dragón?

—Justo a la entrada de la primera puerta hay un brasero. Vi cómo Palamedes hundía en él su antorcha. Esta llama, este fuego, ¿es posible que se trate de una llama de dragón? En este caso bastaría que encendiera allí mi antorcha y rehiciera el trayecto...

—¡Vamos, ve!

—Espera —dijo Morgennes—. Te recuerdo que este laberinto está embrujado y que necesité varios días para encontrar, y por casualidad, la séptima puerta.

—¡Razón de más para no perder tiempo!

A menudo se dice que no hay nada tan arduo de franquear como el umbral.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

Morgennes abandonó la abadía de San Jorge armado con esta información: tenía que hundir su antorcha en el brasero situado justo a la entrada de la primera puerta, al lado de los dragones, y luego... Luego quedaba la principal dificultad: orientarse. En dos ocasiones ya había creído volverse loco, hasta tal punto aquel laberinto desafiaba la lógica, ya que parecía modificarse a medida que pasaban las horas. Morgennes se había cargado a la espalda un talego con víveres, pero no tuvo que utilizarlo. Al menos, no en el laberinto...

Mientras caminaba hacia los subterráneos de la necrópolis, volvió a pensar en Palamedes, y se preguntó por qué este último no tenía ninguna dificultad para moverse por el laberinto. Debía de existir algún sistema, un truco.

Morgennes concentró sus esfuerzos en su descubrimiento —la llama— y tuvo la suerte de descubrir por qué milagro Palamedes no se perdía nunca. Una vez más, la llama era la clave. Morgennes se dio cuenta a fuerza de dar una y mil vueltas por el laberinto. Al observar rastros de hollín sobre los muros, comprendió que era él quien los había dejado en sus precedentes recorridos. Intrigado, acercó su antorcha —encendida en el brasero de la puerta de los dragones— y vio que no ennegrecía los muros. Curiosamente, la llama indicaba cierta dirección, siempre la misma, cualquiera que fuera el sentido en el que Morgennes inclinara la antorcha.

Comprendió entonces que la antorcha no solo era la clave, sino también la vía: el guía. Le bastaría con tomar en cada cruce el corredor que le indicaba y llegaría a la séptima puerta. Después de haber cambiado de dirección siete veces, se encontró por fin justo ante la puerta del ibis.

Morgennes sintió que su pecho se hinchaba de satisfacción. ¡Lo había conseguido!

—¿Y ahora? Volver a ver a Azim para informarle de mi descubrimiento, o...

La curiosidad le venció. Pasó la llama de su antorcha por el ibis, y la puerta se abrió chirriando sobre sus goznes.

Capítulo VI

La mujer que no existía

Eso es justamente lo que venía a buscar, y lo tendrá.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Lanzarote o El Caballero de la Carreta

Apremiado por su padre a encontrar rápidamente un paliativo a las maquinaciones de los francos, que querían reforzar su dominio sobre Egipto, Palamedes decidió partir a Damasco. Allí se arrojaría a los pies del sultán Nur al-Din, le imploraría que perdonara a los egipcios sus acciones pasadas y le invitaría a dirigirse sin tardanza a Egipto, para dirigir juntos la guerra y expulsar de Tierra Santa al abyecto invasor cristiano. Como buen ofita y perfecto retoño de su padre, Palamedes era capaz de adoptar cualquier creencia, fe o religión. En este aspecto reunía todas las cualidades del camaleón, que se funde con el paisaje para engañar mejor a sus predadores y sorprender a sus presas.

Frente a vos, vuestro mejor amigo, ¡por mi fe! Pero detrás, vuestro peor enemigo, dispuesto a degollaros.

Alternativamente «embajador extraordinario» del Preste Juan para los cristianos de Jerusalén y saboteador para los griegos de Constantinopla (que había que mantener a cualquier precio alejados de Egipto, ya que eran demasiado peligrosos), Palamedes se disponía ahora a solicitar la ayuda de sus supuestos hermanos de religión, los sunitas. Por tanto, adoptaría la personalidad del «noble y contrito musulmán» que iba a prosternarse a los pies de esos infames, pero no por ello menos poderosos, «infieles sunitas» —pues eso eran los musulmanes de Damasco a ojos de los egipcios, de obediencia chiíta.

Después de haber reunido una imponente caravana, formada por varios centenares de caballos y yeguas (para él mismo y para su escolta) y del doble de camellos y mulos para los pertrechos, Palamedes fue a ver a su padre.

—Estoy listo. ¿Cuándo quieres que parta?

—Esta noche —le respondió Chawar—. Porque el Nilo está en su nivel más bajo, lo que es un signo favorable. Cuando crezca de nuevo, el próximo mes de mayo, te prometo que estaremos en una posición mucho mejor que la actual. Nuestra patria volverá a levantarse y la verdad reinará. Es solo cuestión de meses. ¡Después de siglos y siglos de espera, el Día de la Serpiente se acerca por fin!

—Padre...

Un olor a limón le cosquilleaba la nariz, mientras en los cocoteros los monos se divertían persiguiéndose. Parecía que padre e hijo hubieran vivido toda su vida para este instante, el de su separación. Palamedes, cuya madre había muerto al dar a luz y que no había conocido más pariente que su padre, apretó al anciano contra su pecho. La prominente barriga de Chawar le llegaba a la ingle, y Palamedes se sintió embargado de una mezcla de amor y piedad hacia su viejo padre. ¡Qué no haría para hacer realidad sus sueños! El anciano había conspirado tanto para alcanzar su objetivo, convertirse en el jefe de la iglesia de los ofitas y visir del califa al-Adid, que merecía salir victorioso. ¿Era posible que Dios no les aprobara? No, imposible. Seguro que Dios —el dios Serpiente— estaba de su lado, y les ofrecería en los próximos meses la justa recompensa que tanto habían esperado. Entonces caerían las máscaras y se revelaría quién se ocultaba detrás. Porque en verdad ellos —los ofitas—, por más que cambiaran de piel como quien cambia de túnica, permanecían iguales a sí mismos, inmutables y eternos. La verdad estaba en el movimiento.

—Lo que he hecho —silbó Chawar—, lo he hecho por ti. Eres mi pequeña serpiente, mi muda, mi eternidad...

—Padre...—murmuró Palamedes.

—¡Chiss...! Calla. No digas nada —exclamó Chawar, apoyando tiernamente su rollizo dedo sobre los labios de su hijo—. Dirán que soy un viejo soñador, pero el sueño más loco que nunca tuve ya se ha realizado: ¡tener un hijo del que me siento orgulloso! Porque estoy orgulloso de ti fuera de toda medida. Tú eres la prueba de que Dios es infinita bondad, la prueba de que nos escucha. ..

—Yo...

—Chiss... Un día nuestro pueblo reinará, y necesitará un jefe. Un soberano. ¡Ese rey serás tú! No lo olvides. ¡Ve!

—Volveré.

—Palabra de mal agüero. No, no digas nada. Prefiero recordar el silencio de tu partida y tu silueta perdida en la noche, pues no depende de ti que vuelvas o no, sino del todopoderoso dios Serpiente...

—De todos modos, padre adorado, te prometo que volveré.

—Ve.

Palamedes espoleó a su yegua, que partió al trote ligero en dirección al desierto al este del Viejo Cairo. Encaramado en su montura, seguido por más de cuatrocientos camellos y mulos cargados de víveres y de regalos para el sultán de Damasco, Palamedes condujo a su caravana en dirección al horizonte, donde la larga hilera de camellos se alargó como una cadena de montañas en miniatura, con sus llanos y sus relieves —formados por sus jorobas, tiendas y paquetes.

«Ve, hijo... Mis pensamientos te acompañan. Espero que puedas triunfar en tu empresa...»

Palamedes no se volvió. Levantando la mano, dio orden a la columna de orientarse hacia el este, para evitar a los francos en caso de que estos tuvieran la loca idea de olvidarse de Bilbais y lanzarse directamente hacia El Cairo.

Pero Palamedes conocía lo suficiente a los francos para saber que no podrían resistirse al cebo de un botín fácil, a esta infortunada ciudad cuyas murallas aún no habían sido reconstruidas desde su última incursión. Tenía algunos días por delante; dos o tres semanas, a lo sumo. El tiempo de afinar sus argumentos, por más que tuviera, en un cofrecillo de marfil y oro, el argumento decisivo, el que sin duda alguna haría que los musulmanes de Siria se unieran a sus hermanos egipcios e impulsaría al fogoso general tuerto Shirkuh a acudir a El Cairo y ponerlo patas arriba.

Después de haber atravesado el valle de Moisés, donde se encontraba la antigua ciudad de Petra, y haber ahuyentado a algunos bandidos pertenecientes a la tribu de los maraykhat, la caravana de Palamedes puso rumbo al este, y luego más hacia el norte, hacia Damasco.

Cuando el desierto empezó a difuminarse, reemplazado por algunas matas de hierba rala y amarilla, Palamedes fijó la mirada en la blancura de las nieves en la cima de las montañas sirias, que —al borde de los desiertos inflamados— parecía una espuma de leche esperando a ser bebida.

Pasándose su lengua bífida por los labios secos, aguardó, antes de beber, a que las primeras señales de Damasco aparecieran. No podían tardar. La montaña y su cima nevada constituían un adelanto. Pero lo que él quería ver era un indicio de vida humana. Y este apareció bajo la forma de un rebaño de corderos con las colas cargadas de grasa, prueba de que los pastores rondaban por esos parajes en busca de sabrosos pastos. Las manchas de hierba amarilla dieron paso a zonas mayores de verdor, donde la vegetación estaba tan saturada de savia y de humedad que se doblaba bajo su peso. El tintineo de las esquilas de los corderos se mezclaba con los ladridos de los perros y los gritos roncros de los pastores. Finalmente, la reina de Siria, Damasco, apareció en su muelle estuche vegetal, en el que los rosales y los cipreses competían por hacerle de marco.

Desde lo alto de las murallas, los guardias distinguieron un lago de banderas verdes cargado de pesadas naves con caparazón de oro y plata, dirigidas por una multitud de jinetes de armaduras relucientes. Todas brillaban con un resplandor regio, y sus rayos eran tan intensos que herían la vista. Una docena de jinetes salieron de Damasco y galoparon hacia la caravana para averiguar su origen y sus intenciones.

Palamedes inclinó la cabeza, murmuró unas palabras, y fue conducido sin demora ante el jefe de la ciudad, Nur al-Din.

Sin embargo, el primer personaje al que fue presentado era un hombre de apenas treinta años, de una delgadez que asustaba, con las mejillas hundidas, la barba corta y

unos ojos en los que brillaban las estrellas. Un hombre que parecía ver directamente en el alma y ser capaz de pelarla como una cebolla. Este hombre se llamaba Saladino.

Era el sobrino de Shirkuh el Tuerto y uno de los favoritos de Nur al-Din.

El sultán le apreciaba porque era piadoso, y también porque amaba la paz. No era un bravucón, como tantos de sus súbditos, sino más bien un ser introvertido y dulce, inclinado a la meditación. Un hombre en compañía del cual Nur al-Din se sentía a gusto desde que había fracasado lamentablemente —cinco años atrás— en su intento de apoderarse del Krak de los Caballeros. Hasta este incidente funesto, en el que el mismísimo Diablo había llevado a la derrota a su ejército antes de apoderarse de una de sus babuchas, Nur al-Din se había mostrado en todos los sentidos digno de su padre, el terrible Zengi.

Había atacado sin descanso al reino de Jerusalén, llegando incluso a mordisquearle los tobillos —en Edesa o en Trípoli—, como un perro que retrocede un instante ante la amenaza de un bastonazo, pero vuelve incansablemente a la carga.

Pero desde el incidente del Krak de los Caballeros, el humor del sultán había cambiado. Ya no sentía deseos de luchar, y a menudo pensaba en la célebre fórmula de Aníbal: «Consentir en la paz es permanecer árbitro de tu destino; combatir es poner tu suerte en manos de los dioses». Nur al-Din le daba vueltas en la cabeza una y otra vez, y no dejaba de decirse que solo la paz le daba ocasión de acercarse a Dios y de rezarle.

¿Había envejecido? ¿Estaba fatigado? ¿Hastiado?

En cualquier caso, en lugar de permanecer en su palacio para recibir las condolencias de sus súbditos o de las embajadas de los países vecinos, Nur al-Din había preferido retirarse a una de las mezquitas de Damasco. Allí pasaba el día leyendo el Corán y discutiendo acerca de su sentido con su médico particular, el doctor ibn al-Waqqar (de una delgadez aún más inquietante que la de Saladino, porque era más alto que él) y un sabio llegado de Persia, llamado Sohrawardi.

En compañía de estos dos doctos hombres, Nur al-Din recorría los meandros de la palabra divina, saboreando el éxtasis en cada versículo. Sus súbditos no veían con buenos ojos esta actividad, pues la ciencia que consistía en interpretar la palabra divina acercaba cada día un poco más a Nur al-Din a los chiítas, para quienes el Corán tenía un sentido oculto. Palabra a palabra, versículo a versículo, Nur al-Din, Sohrawardi e ibn al-Waqqar avanzaban, como tres exploradores en tierra desconocida, buscando el lugar donde Dios se había ocultado, retirando al texto un velo que los musulmanes ortodoxos —los sunitas— decían que no existía.

Pero Nur al-Din no se preocupaba por eso. Cuando tenía el Libro entre las manos y recorría sus páginas, era el más feliz de los hombres.

—¡Maestro! Perdonad que os moleste, esplendor del islam, pero aquí hay un visitante que solicita entrevistarse con vos.

Nur al-Din abrió los ojos y vio a su querido Saladino, con la rodilla en tierra ante él.

—Levántate, hijo mío. —Así llamaba a los que amaba—. Dime qué quieres...

—El visitante aquí presente —dijo Saladino señalando a Palamedes, que se encontraba tras él— ha venido desde El Cairo para...

—Acércate —le interrumpió Nur al-Din.

Palamedes se adelantó, inclinó la cabeza y se arrodilló, con las manos abiertas. Ahora se trataba de dar prueba de la mayor humildad. Unos años atrás, su propio padre, Chawar, fue a ver al sultán de Damasco para pedirle, antes de traicionarle, lo mismo que él había ido a buscar hoy. Debía mostrarse arrepentido, humilde, muy humilde. Palamedes se dijo que tal vez no fuera buena idea colmar de riquezas al sultán, ya que este se encontraba, no en la Gran Mezquita de Damasco, sino en una pequeña mezquita, tranquila y noble, situada en medio de un jardín de árboles frutales. El canto de los pájaros, las ramas agitadas por el viento y el rumor de pequeños cursos de agua hacían de muralla a los ruidos de la ciudad. En realidad, aparte de sus palabras y de los sonidos del jardín, se habría dicho que esta humilde mezquita era la morada del silencio.

Palamedes se lanzó súbitamente a los pies de Nur al-Din y exclamó:

—¡Perdón! Mi padre, el noble y, sin embargo, tan amenazado visir Chawar, os suplica que acudáis en su ayuda. A cambio os envía mi cabeza, que os ruego aceptéis. Aquí está...

Nur al-Din le miró con expresión divertida. ¿Su cabeza? Tal vez sería un bonito trofeo, como la del caballero rubio que, unos años atrás, había enviado como regalo al califa de Bagdad en un soberbio cefalotafio de plata. A menos que la utilizara para uno de esos partidos de polo que disputaba con Saladino y que tanto placer le habían proporcionado en otro tiempo. Pero ya no jugaba. Y lo que necesitaba no era una cabeza, sino paz. Para meditar.

De modo que este individuo le molestaba. Su lengua parecía una horquilla, como la de las serpientes; su piel, curtida como la de los cocodrilos, y sus uñas recordaban las formidables garras de este mismo reptil, cuyas momias habían hecho furor en otro tiempo en Damasco.

—¿Qué quieres?

—El rey de los francos, Amaury, marcha sobre Egipto. Quinientos hospitalarios le acompañan. Sospechamos que quiere someternos.

—¿Acaso no lo estáis ya?

—No. En parte solamente... Pero lo fingimos para engañarle mejor, porque nosotros solo aspiramos a una única verdad, que es la del islam...

—Continúa...

—Dos musulmanes pueden tener una visión divergente de una misma situación.

Basta con que estas dos visiones respeten igualmente la sharia. Por eso apelo a vuestra grandeza de alma.

Una sombra se movió detrás de Palamedes, que sintió cómo una brisa soplaba en su cuello. Pero se mantuvo callado, sin pestañear. Mientras Nur al-Din no le echara, aún podía ganar la partida. A él correspondía descubrir cómo.

—Vos sois poderoso, y como el dragón en su montaña, no queréis abandonar vuestros territorios. Pero vuestras alas son inmensas. Una de ellas podría, si lo deseáis, alcanzar Egipto, mientras con la otra barreríais el reino de Jerusalén sin que vuestro cuerpo tuviera tan siquiera que moverse.

—No me halagues. Debo recuperar la unidad del mundo árabe. Luego me preocuparé de los francos. En cuanto a vosotros, los fatimíes...

Palamedes sentía una presencia a su espalda, distinta a la de Saladino. ¿Quién podía ser?

—... estamos a vuestro servicio —susurró—. ¡Y os suplicamos que intervengáis, no por mi padre, no por el califa al-Adid, no por el islam, sino por ella!

Sacó de debajo de su manto un cofrecillo de marfil y lo ofreció a Nur al-Din.

Saladino se acercó, cogió el cofrecillo y lo entregó al sultán.

Antes de que lo abriera, Palamedes —seguro de su éxito— se incorporó y trató de mantener una actitud de máxima humildad, porque todo en su ser respiraba, rezumaba, apestaba a avidez, a poder. Estaba a punto de ganar.

«Vamos —se dijo—. Saborea este instante. Tal vez seamos la más débil de todas las facciones, pero ¡qué importa eso! Somos nosotros quienes manipulamos a los demás. ¡De modo que aprovéchalo! Disfruta del modo como aquí el día se tiñe de azul bajo la acción del crepúsculo...» Paseó su mirada por los muros del jardín, donde la luna se entretenía recortando siluetas y formas inhumanas, recuerdos del tenebroso pasado de Damasco. Sin siquiera darse cuenta, había empezado a acariciar con mano distraída el pomo de su espada, y con una voz átona declaró:

—Si las espadas de Dios entran en acción, nada podrá resistirse a ellas.

Esta frase pareció atraer la atención de Nur al-Din, que levantó los ojos hacia él, después de haber mirado en el interior del cofrecillo.

—¿Qué es? —preguntó el sultán.

—Cabellos, que su excelencia el califa de El Cairo os ruega que aceptéis, pues pertenecen a la más preciosa, la más frágil y la más amenazada de las personas que puedan existir.

—¿De quién estáis hablando?

—De la mujer que no existe.

Se produjo un movimiento a espaldas de Palamedes, y la sombra que hasta ese momento se había mantenido oculta se desveló y se lanzó a su vez a los pies del sultán. Se trataba de Shirkuh el Tuerto, el tío de Saladino, la espada más hábil del

islam y, sobre todo, el padre de la mujer que no existe.

—¡Oh esplendor del islam —dijo Shirkuh—, consultad el Corán y pedid consejo al Altísimo...! ¡Os conjuro a hacerlo! ¡Debemos ir a El Cairo!

Nur al-Din levantó la mano, haciéndole callar. Luego, tomando de manos de su médico, ibn al-Waqqar, un magnífico Corán, lo abrió al azar y leyó —ante el estupor del grupo—: «Si las espadas de Dios entran en acción, nada podrá resistirse a ellas...».

Era la guerra. Dios lo había querido.

Dios, su creador, no ha dado a nadie el poder de evocar
toda la belleza de esta joven.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

Morgennes se encontraba en un jardín rodeado de altos muros. Tamarindos y baobabs, orgullosos y erguidos, tan inmóviles como gigantes al acecho, cocoteros y palmeras de tallo esbelto, balanceando sobre las avenidas sus sombras delicadas, constituían los extraños pilares de esta catedral verde. Caminando a la sombra de una cortina de bambúes, Morgennes se dirigió hacia el centro del jardín, donde había distinguido una forma.

Una mujer.

Concentrada en su bordado, estaba sentada en el brocal de un pozo. Su cabeza, inclinada sobre sus manos en actitud piadosa, estaba cubierta por un velo de color blanco. Era imposible distinguir sus rasgos. ¿Era hermosa? Por curioso que parezca, sí lo era, incontestablemente. Al momento, Morgennes experimentó una curiosa sensación de *déjà-vu*, como la que ya había sentido en presencia de Azim, de Guillermo de Tiro, o al oír el nombre de Masada. Y sobre todo, se sintió turbado. ¿Por qué?

Porque, por primera vez desde hacía mucho tiempo, tenía la sensación de estar de vuelta con los suyos. Sin embargo, solo veía un velo. Y ese velo, probablemente, cubría la cabeza de la princesa que tenía que llevar junto a Amaury, para cumplir con la misión que le habían encomendado.

Dicho de otro modo, de su futura reina.

Sin atreverse a moverse, para no enturbiar ese instante, permaneció un rato observándola. Algunos pájaros revoloteaban en torno a la joven, y otros iban a desentumecer sus patas sobre el brocal del pozo donde estaba sentada. Su piar era como una conversación, y cuando ella tiraba de los hilos de su bordado, parecía un trino en respuesta a los de los pájaros. Entonces estos volvían a ponerse a cubierto en los árboles, donde seguían gorjeando.

Morgennes volvió a pensar en la mujer del conde de Flandes, Sibila. También ella había vivido encerrada. Pero Sibila lo había elegido; mientras que esta mujer, en el albor de su vida, nunca había conocido nada aparte de su Cofre, por lujoso que

fuera... «¡Vamos, serénate! —se dijo de pronto—. ¡Olvida lo que tus ojos te muestran! ¡No has venido aquí por ti!»

Estaba aquí por Amaury, solo por él. Sin embargo, se sentía como el Tristán de los cuentos de Bérout y de Chrétien, que, en misión por su rey, se enamora de la bella Iseo. ¿Y si volvía a marcharse?

Entonces miró su antorcha y vio que la llama estaba orientada hacia la joven. ¿Era posible que, desde el principio, el fuego se propusiera llevarle hasta ella? Sí, era posible. Se adelantó, sintiéndose tan desnudo como el día de su nacimiento, a pesar de la cadena que llevaba en la mano. Sus pies hicieron crujir la grava, y vio cómo la joven interrumpía su labor, levantaba la cabeza y dejaba caer sus trabajos de costura sobre el vestido. Sus manos ya no corrían, ahora estaban inmóviles, sobre las rodillas. Avanzó unos pasos más, con la antorcha en alto. La luz caía sobre la joven y se perdía en los pliegues de su ropa, proyectando sobre el velo un nimbo de misterio, una aureola dorada.

Se quedó allí, sin moverse. Si hubiera dado un paso más y hubiera tendido el brazo, habría podido tocarla. Pero permaneció inmóvil, preguntándose qué debía decir. Fue ella quien rompió el silencio:

—¿Habéis venido a cogermé otro mechón de pelo?

Morgennes se sobresaltó. No había pensado que pudiera hablar antes que él.

—¡No, de ningún modo! He venido...

La joven le miraba, con sus ojos sorprendentemente azules fijos en los suyos. Parecía un animal acosado, dispuesto a pelear hasta el último aliento.

—¡He venido para salvaros! —dijo de un tirón, recitando las palabras de san Jorge a su princesa.

—¿Vos? Pero ¡si sois mi carcelero!

—¿Yo? ¡De ningún modo!

Se arrodilló a los pies de su futura reina. Podía ver la obra en la que trabajaba. Se trataba de un fino velo de lino, de un color uniformemente negro, adornado con franjas de oro. Un tejido de una increíble belleza.

—¿De qué, o de quién, habéis venido a salvarme?

—¡Del dragón!

—¿Qué dragón? Aquí no hay dragones.

—Está en el exterior, en el laberinto...

—Ah, comprendo —dijo la joven—. Pero no, os equivocáis. No hay ningún dragón. Estas bestias ya no existen. Lo que habéis tomado por un dragón es el propio laberinto.

—¿De modo que conocéis ese lugar?

—Un poco, ya que de ahí vienen mis carceleros.

—Creía que no tenían derecho a visitaros.

—¿Y quién podría impedirselo? Por otra parte, no vienen a menudo. Aquí tengo todo lo que necesito para bordar, y este jardín me proporciona bastante alimento...

—Entonces, ¿por qué vienen?

—¿Por qué os parece?

—Para contemplaros, sois tan hermosa.

Morgennes se interrumpió bruscamente y bajó la cabeza.

—Perdón, mi reina.

En lugar de parecer ofendida, la joven le preguntó:

—¿Me diréis por fin quién sois?

—Me llamo Morgennes —dijo él levantando la cabeza—. Y he venido para salvaros.

La joven le miró, entre divertida y confusa.

—Yo me llamo Guyana —dijo.

—¡A vuestro servicio!

—¿Puedo saber quién os envía?

—Mi rey, Amaury I de Jerusalén. Pero hablaremos de todo ello más tarde. ¡Ahora debemos partir!

La joven se estremeció.

—No os preocupéis —dijo Morgennes—. ¡Estoy aquí!

Hubo un movimiento en el fondo del jardín. Una yegua paseaba. Cosa extraordinaria, tenía una especie de cuerno en la cabeza, en medio de la frente; pero Morgennes se dijo que tal vez fuera un rayo de luz, porque la yegua estaba medio en sombras, bajo un claro del follaje por el que se filtraba un espejeo de fulgores, que en ocasiones caían perpendicularmente sobre su pelaje, sembrándolo de hilos de oro.

—¿Estoy viendo un unicornio? —preguntó a Guyana.

—Sí.

—Creía que no existían...

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que mejor os convenga. Si no creéis en ellos, no los veréis.

Entonces Morgennes se acercó lentamente a la yegua y se dio cuenta de que el supuesto cuerno solo era el fruto de un juego de sombras y luces. Había tantos unicornios en ese jardín como dragones en los montes Caspios. Curiosamente, se sintió decepcionado.

—Creo que habría preferido equivocarme —dijo a Guyana.

—Y yo hubiera preferido no tener que elegir nunca.

Se levantó del brocal, se arregló los pliegues del vestido, y dijo:

—He esperado tanto este momento que ya no sé si es una suerte o una desgracia.

—Os comprendo perfectamente —dijo Morgennes—. Pero yo os ayudaré. No me

iré de aquí sin vos. Tomaos el tiempo que queráis, saldremos por donde he entrado.

—No, es imposible. Esta puerta es la del dragón. No tengo derecho a franquearla.

—Pero entonces, ¿cómo lo haremos? Se dice que el Cofre donde vivís no tiene puerta.

—Es falso. Hay dos.

—Desde el exterior no se ven.

—Es porque solo conducirán al exterior si yo acepto abrirlas. Dejad que os lo muestre.

Guyana le acompañó en un recorrido por sus dominios. Aquí y allá, las celosías se abrían sobre el jardín, en lugar de dar, como es habitual, a la agitación de las calles. Algunas habitaciones, excavadas en los muros, hacían las funciones de vivienda; pero lo más interesante eran las dos enormes puertas de madera, adornadas con grandes clavos negros y separadas por una especie de nicho. Una de estas puertas, orientada hacia el oeste, estaba provista de una aldaba en forma de pez. Representaba la religión cristiana. La otra puerta, vuelta hacia oriente, representaba la religión musulmana. Su aldaba tenía forma de media luna.

—Pero entonces —preguntó Morgennes—, ¿por qué no habéis salido? ¿No sois, en realidad, una prisionera?

—Soy y no soy una prisionera. Simplemente no tengo religión, y mientras no la tenga, permaneceré aquí, porque no existo. Mis padres se pusieron de acuerdo, en otro tiempo, para dejarme a mí la elección. O bien me hago cristiana, como mi madre, y saldré por aquí (señaló la puerta de la cristiandad), o bien me hago musulmana, como mi padre, y en ese caso saldré por aquí —concluyó señalando a Morgennes la puerta ante la que se encontraban.

—Pero, entonces ¡elegid!

—No lo comprendéis. Para mí, no se trata solo de elegir entre islam y cristiandad, sino entre mi padre y mi madre. Es una elección difícil.

Como si se dispusiera a efectuar un largo viaje, Morgennes se ajustó las correas de su talego y propuso:

—¿Por qué no vais hacia la cruz?

—Porque no estoy convencida.

Morgennes se acarició el mentón, y luego dijo:

—Creía que en el caso de un niño cuyos padres son de religiones diferentes, pero en la que uno al menos es musulmán, era la religión musulmana la que se imponía.

—Eso es lo que dicen los musulmanes. Pero yo, en todo caso, soy una excepción. Una triste y solitaria excepción.

—Yo soy un poco como vos —dijo Morgennes—. Excepto que yo soy de padre cristiano y de madre judía.

—Venid —dijo ella después de un breve silencio—. Me gustaría presentaros a una mujer honrada por varias religiones.

Le llevó hacia el nicho que se encontraba entre las dos puertas, y le hizo ver lo que había en el interior: un icono que representaba a la Virgen. Era un retrato de un pasmoso realismo, y Morgennes no pudo evitar un estremecimiento al contemplarlo. ¿Quién había podido ejecutar este icono con tanto talento?

—¿Pixel? ¿Azim?

—No —respondió Guyana—, miradlo mejor, Morgennes, y decidme qué veis.

Morgennes hundió su mirada en la de la Virgen, y tuvo la turbadora sensación de ser observado a su vez. Cuando se desplazaba por el jardín, la Virgen no apartaba sus ojos de él. ¿Era una ilusión óptica? ¿Un truco de magia?

—¿Qué prodigio es este? Su mirada me sigue allá donde voy...

—Allá adonde vais, sí. Y allí adonde iréis. Porque este retrato representa a la Virgen; pero si es tan especial, y si ha sido colocado aquí para velar por mí, es porque fue pintado por un niño que se encontraba también entre dos religiones.

—¿Un niño entre dos religiones?

—Jesús.

Morgennes se quedó boquiabierto.

—Pero no es más que una leyenda —prosiguió Guyana, divertida por su desconcierto—. Se ha transmitido de generación en generación, entre los ofitas igual que entre los coptos, si no he entendido mal. Este icono no es de factura humana, sino divina.

—Es increíble —dijo Morgennes—. ¿Puedo tocarlo?

—Si queréis... Después me gustaría mostraros otra cosa.

—¿Qué?

—El pozo en el fondo del cual está Dios.

¡Mata! ¡Mata!

CHRÉTIEN DE TROYES,
Filomena

—¡Basta! —gritó Amaury—. ¡Deteneos!

Con la lanza en ristre, espoleó a su caballo y recorrió las principales calles de Bilbais, que el ejército franco estaba saqueando. Pero, por desgracia, Amaury no consiguió en Bilbais lo que había conseguido unos meses atrás en Alejandría. Y la ciudad fue saqueada, por cuarta vez desde el inicio de su reinado.

Passelande, su corcel, avanzaba entre los cadáveres —hombres, mujeres o niños, apenas se distinguían—. Las edades y los sexos habían sido borrados a golpes de espada, e incluso la carne de los animales se mezclaba con la de los humanos. Un hedor infernal saturaba el aire, una fetidez tan nauseabunda que Amaury se inclinó en su silla para vomitar.

«¡Dios mío, qué hemos hecho! ¿Soy yo quien ha autorizado esto? Al menos no lo he p-p-prohibido con suficiente autoridad...»

—Majestad...

Amaury no se volvió, pero levantó la mano izquierda. «Que me dejen t-t-tranquilo.» No tenía ningunas ganas de oír lo que Guillermo de Tiro tenía que decirle. No ahora.

Guillermo, por su parte, oscilaba entre la cólera y la tristeza; no sabía si era más apropiado dar rienda suelta a su odio o estallar en sollozos. No hizo ni una cosa ni la otra, pero no pudo evitar pensar: «No hace falta ser adivino para leer en estas entrañas el fin de los sueños de Amaury».

Esta victoria no era tal.

Peor aún, era una espantosa derrota, porque acababa de levantar contra ellos a los pocos egipcios que aún eran aliados de los francos.

«¿Quién lo ha querido? —se preguntaba Guillermo—. ¿Quién ha permitido esto? ¿Dios? ¿Alá?»

De pronto se sintió aturdido y se llevó la mano a la frente. «Alá...» Pero ¿qué decía? ¿Estaba loco? Seguramente estaba delirando, porque de otro modo nunca habría acudido a su mente el nombre de este falso dios. Notando la boca sucia —había pronunciado el nombre de ese demonio—, escupió al suelo, y su flema cayó

sobre un enjambre de moscas, dispersándolo.

Tres días atrás, el ejército franco y los hospitalarios se habían presentado ante las murallas de Bilbais para negociar la rendición. Amaury esperaba conseguirla a cambio de algunas monedas de oro, o de la vaga promesa de un feudo por inventar (¿no había concedido ya a sus vasallos, aliados y señores más tierras de las que tenía Egipto?); el rey había esperado que la ciudad se sometiera sin oponer demasiada resistencia.

Pero, para sorpresa de los francos, cuando Amaury reclamó al joven gobernador de Bilbais un lugar donde acampar, este respondió: «No tienes más que acampar sobre la punta de nuestras lanzas. ¿Crees que esta ciudad es un queso que podéis devorar?».

Metáfora culinaria que Amaury había aprovechado enseguida para replicar: «Un queso, sí. Del que El Cairo es la crema».

Unas horas más tarde, el sitio empezaba, y tres días más tarde —es decir, en ese 4 de noviembre de 1168 de siniestra memoria— Bilbais, con sus frágiles murallas demolidas por los francos, era tomada.

Bajo el mando de su maestre Gilberto de Assailly, los hospitalarios y sus cohortes de mercenarios fueron los más ardientes propagadores de la fe cristiana. Ávidos por convertir esta ciudad en la pieza maestra de sus futuras posesiones egipcias, se encargaron de limpiarla de todo lo que en ella había vivido al margen de sus leyes y, hasta ese momento, en una paz relativa. A niños que salían corriendo de una casa que era pasto de las llamas se les clavaba al suelo de una lanzada; las mujeres eran violadas bajo las miradas de los hombres; las hijas, bajo las de sus padres, y todos acababan decapitados, en el mejor de los casos. Porque, dominados por un ardor demoníaco, los hospitalarios —a los que habían prometido mucho y que querían ofrecer un adelanto de las penas del infierno a esos infieles— pretendían demostrar el vigor de su fe desplegando todo el abanico de sus capacidades para innovar en materia de crueldad.

Pobres niños desmembrados a los que hacían correr, por diversión, con los brazos arrancados por las calles de la ciudad, para verles tropezar y luego agonizar sobre el cadáver de otro. Piernas medio cortadas, cuellos rajados, manos, dedos, sexos y senos entregados a perros adiestrados para atacar, a los que habían «olvidado» alimentar en previsión del sitio.

Los mantos negros con la cruz blanca se teñían de rojo, y hasta las patas de los caballos, que chapoteaban entre los intestinos, triturando las vísceras y mezclando las tripas entre una sinfonía de bufidos, estaban cubiertas de sangre.

¿Se podía ser más cruel? Seguramente. Pero Amaury, asqueado hasta la náusea por este espectáculo, ordenó detener la carnicería.

—¡Deteneos!

No le escuchaban. Tal vez fuera el rey, pero no era Dios ni el Papa. Y en esa hora, Dios había ordenado: «¡Matad! ¡Aniquilad sin distinción de religión, edad ni sexo! ¡Matadlos a todos!».

Esa matanza debía servir para alimentar el feroz apetito del Dios de los hospitalarios.

—¡Deteneos! —volvió a gritar Amaury.

En vano.

Sabiendo que debía tomar distancias si no quería ver su autoridad, ya vacilante, reducida a la nada, volvió a su tienda en el linde de la ciudad. Allí ordenó que le trajeran la Vera Cruz y se encerró con ella.

—Tú —gritó a la reliquia—, ¿es eso lo que querías? ¿Nuestra p-p-perdición? ¿No comprendes que p-p-por ti han emprendido esta expedición? ¿Qué esperas de nosotros? ¿Matanzas, muertes, sangre? ¿Nada más? ¿No te complace la p-p-paz?

Luego, volviéndose hacia la entrada de su tienda, aulló:

—¡Guillermo!

Guillermo de Tiro asomó la cabeza.

—¿Sire?

—¡Ven!

Guillermo se acercó a Amaury, esforzándose en contener la cólera que hervía en su interior.

—Dime —le preguntó Amaury—, ¿qué p-p-pensamientos ocupan tu espíritu?

—Majestad, no sé.

—Guillermo, nunca me has mentado. De todos los seres que c-c-conozco, eres uno de los pocos en cuyas manos pondría la vida de mi hijo, que es mi bien más precioso. ¿Qué p-p-piensas de mi real persona? Dime la verdad.

—Sire, realmente no...

—¡Habla, o a fe mía que te c-c-corto la lengua!

Guillermo tragó saliva, y luego dio su opinión al rey, tal como este le había ordenado.

—Majestad, creo que habéis traicionado vuestra palabra, por dos veces, y vuestro cometido... Creo que un castigo terrible nos espera, creo que...

—¿Por dos veces?

—La palabra que disteis, a través de mi persona, al emperador de Bizancio, Manuel Comneno. Habíais convenido que le esperaríais un año, antes de atacar.

—Esta es una.

—Y la palabra que disteis este verano al califa al-Adid y a su visir, Chawar. Recordad esa ceremonia en el curso de la cual insististeis en estrechar la mano desnuda del califa. Se sometió a vuestras exigencias, sin comprenderlas, y...

—Entonces, según tú, ¿soy un t-t-traidor?

—Uno de los peores.

—Veamos, tampoco soy Judas, ¿no?

—Igual que el califa de Egipto no es Jesús. Aquellos a los que habéis traicionado se encontraban de vuestro lado, dispuestos a ayudaros. Habéis traicionado a vuestro hermano, a vuestro padre. Pero sobre todo os habéis traicionado a vos mismo. Y con vuestro gesto habéis indicado el valor que otorgáis a vuestros antepasados, a vuestros sueños, a vuestro pueblo, a vuestro cometido y, para acabar, a vuestra propia persona.

Como un león enjaulado, Amaury caminaba de un lado a otro de su tienda, cogiéndose continuamente el mentón con una mano y pasándose la otra por su rala cabellera.

—Vamos, busquemos, tiene que haber una solución.

—Majestad, si puedo permitirme...

—Sigue.

—Cuando el vino se ha escanciado...

—Hay que beberlo. ¿Quieres que p-p-prosiga con esta expedición?

—Perderéis Egipto, es un hecho. Porque todos los egipcios se pondrán del lado de Chawar y os hostigarán siempre que puedan, en todas partes, aunque consigáis manteneros en El Cairo. Algo que dudo que podáis hacer si Nur al-Din decide enviar a Shirkuh contra vos...

—¿Shirkuh? P-p-por lo que sé, aún no está ahí. En cuanto a que me hostiguen, no voy a preocuparme por algunas escaramuzas cuando tengo a mis órdenes, o eso espero, un ejército tan p-p-poderoso como el de Jerusalén. Por no hablar de los hospitalarios, de la armada (que en este momento debe de estar remontando el Nilo) y de Constantinopla, que aún p-p-puede acudir en nuestra ayuda.

—Majestad, ningún ejército, por poderoso que sea, puede esperar vencer en territorio enemigo si no consigue una victoria total.

—¿De modo que es un p-p-problema sin solución? ¿Me dices que siga adelante, y sin embargo no crees que existan p-p-posibilidades de éxito?

—Majestad, todo lo que podéis esperar ganar es un poco de tiempo. El tiempo que necesitaréis para rehaceros y para lograr que los bizantinos os den su apoyo dentro de un año. Bilbais llevará para siempre los estigmas de nuestro paso por ella. Y si los hospitalarios no han hecho diferencias entre los musulmanes y los coptos, ¿cómo queréis que estos últimos las hagan entre los hospitalarios y vos mismo? Habéis perdido a un aliado precioso. Hay que dejar que las heridas se cierren y confiar en Dios.

—¡Dios!

Furioso, Amaury sujetó la Vera Cruz, se la cargó al hombro y salió de su tienda. Luego, volvió a montar a Passelande, aún con la cruz auestas, y se dirigió hacia la carnicería de Bilbais.

Allí se plantó en lo alto de una ruina y miró alrededor.

A la entrada de la ciudad, sobre la puerta de una casa con las paredes medio derruidas, distinguió un león, clavado con las patas en cruz. Le habían abierto el pecho con un golpe de espada y sus vísceras colgaban hasta la arena, como un estandarte macabro. Si este león había sido crucificado de ese modo, era porque, a ojos de los hospitalarios, representaba el mal. La fiera, probablemente atraída por el olor a carne fresca, debía de haber sido capturada por los caballeros del Hospital y clavada con un lanzazo, antes de serlo de forma definitiva con verdaderos clavos. Su melena, empapada de sangre, le caía sobre la cara y le daba un aire afligido. Parecía una imitación siniestra de Cristo, con su parodia de corona de espinas y sus costillas salientes, visibles bajo la piel desollada.

Amaury cerró los ojos un instante, y luego volvió a abrirlos para ver quién lanzaba aquellos gritos, quién aullaba de aquel modo. Eran los mercenarios contratados por los hospitalarios, que volvían al campamento con los brazos cargados con el fruto de su rapiña. Con el rostro negro de hollín y las manos y la barba teñidos con la sangre de sus víctimas, se llevaban de Bilbais objetos tan insignificantes como mesas o taburetes medio quemados, viejos vestidos de lana, haces de cañas o jarrones de gres. Algunos iban vestidos con ropas que habían sustraído, y no pocos de entre ellos llevaban ropas de mujer, que habían robado para sus prostitutas. Otros, glotones, habían cogido todo lo que habían encontrado en materia de víveres y lo habían arrojado descuidadamente sobre un paño que arrastraban tras de sí, cargado de ánforas medio vacías, mendrugos de pan, algunos puñados de arroz o restos de carne, tras los cuales gruñían los perros.

Al verlos, Amaury sintió de nuevo ganas de vomitar. Pero se contuvo y levantó la Vera Cruz hacia el cielo. Si hacía un momento su lanza no había tenido ningún efecto, esperaba que la Santa Cruz le permitiera hacerse escuchar por su ejército y por el de los hospitalarios.

—¡Soldados!

Varios centenares de pares de ojos se volvieron hacia él.

—¡Solo hemos escrito el p-p-prólogo de nuestras aventuras! ¡Seguidme ahora a El Cairo para redactar la continuación! ¡A El Cairo!

—¡A El Cairo! —repitieron después de él los mercenarios, los caballeros y los infantes, los escuderos y todo el que llevaba un arma en nombre de la cristiandad-. ¡A El Cairo! ¡A El Cairo!

Amaury sonrió ampliamente y murmuró a Guillermo:

—Ves, he vuelto a coger las riendas...

Pero a Guillermo aquello no le pareció un buen augurio. Además, un buitre fue a posarse sobre la Vera Cruz y lanzó un grito estridente, mientras paseaba, al extremo de su largo cuello, una mirada interesada sobre el ejército franco.

Como para ahuyentar este funesto presagio, Amaury espoleó a Passelande, se lanzó hacia los prisioneros y penetró entre sus filas.

—Los de la izquierda son p-p-para mí. El resto son vuestros... —dijo a los soldados.

Finalmente, volviéndose hacia los prisioneros que se había adjudicado, les dijo:

—Os devuelvo la libertad, en reconocimiento por la gracia que Dios me ha otorgado al conquistar Egipto. Volved a vuestras casas, si aún es p-p-posible...

Diez días más tarde, los francos llegaban a los alrededores de El Cairo. Pero, entretanto, un emisario enviado por Chawar se había acercado a ellos con la intención de sondearlos. Este emisario era el segundo que Chawar enviaba a Amaury —el primero había sido comprado con la promesa de concederle un feudo en los futuros territorios francos de Egipto.

Vestido completamente de blanco y enarbolando una larga bandera blanca, que — como si se resistiera a cumplir su misión— pendía tristemente entre los cascos de su yegua, el emisario avanzó hacia Amaury con una expresión falsamente radiante. El hombre levantó la mano derecha y dijo:

—¡*Assalam aleikum*, rey traidor! Porque ¿cómo podría llamarte de otro modo dadas las funestas intenciones que te han llevado hasta nosotros?

Amaury hizo un gesto con la mano y tartamudeó su respuesta:

—¡*Aleik-k-kum assalam*, amigo mío! Que el cielo sea alabado, hermano, pero estás totalmente equivocado. Ve a tranquilizar a Shirkuh (que la paz sea con él), porque no tengo ninguna intención de perjudicarlo. ¡Al contrario! He venido a advertirle de un peligro. A algunos cristianos particularmente entusiastas se les ha metido en la cabeza la idea de conquistar vuestro hermoso p-p-país. Temiendo que lo consiguieran, me puse en camino para p-p-proponeros mis servicios como mediador.

—Hermano, dime, ¿qué clase de mediador eres tú? Porque me gustaría saber quiénes son estos cristianos, vestidos con pesadas capas negras adornadas con una cruz blanca, que veo pegados a los cascos de tu ejército.

—Hospitalarios.

—¡Yo digo que son demonios!

—¡Están aquí p-p-por mi seguridad y por la vuestra!

—Vamos, hermano, vosotros sois aquí los únicos que pueden amenazarla. ¿Por qué no ordenas a tus hospitalarios que vuelvan tranquilamente hacia la fortaleza que están construyendo al sur del monte Thabor y que lleva por nombre castillo de Belvoir?

—¡Hermano! ¡Por D-d-dios que me alegra verte tan bien informado!

—En efecto. Es lo menos que te debo, oh gran rey. Pero puedes retirar el pesado manto de la inquietud de tus nobles hombros, porque no tenemos necesidad de tu

ayuda. Sin embargo, para darte las gracias por haberte desplazado, Chawar, ¡que Dios le guarde!, me ha autorizado a ofrecerte una compensación. Propone que tú mismo fijes el montante, para mostrarte cuán grande es su afecto por ti.

—¡Hermano, esto es magnífico! A fe mía que un millón de d-d-dineros bastarán. A este precio creo que podré convencer a los elementos recalcitrantes de mi ejército para que vuelvan a Jerusalén.

—¡Un millón! Es una suma muy importante, pero tú la vales, sin duda. Hermano, mi corazón sangra porque debo partir a ver a mi príncipe. Vuelve a tu morada, y tendrás mi respuesta en el plazo de unos días.

Pasados diez días, Chawar en persona se presentó ante Amaury y le anunció:

—¡No, no y no, nunca pagaré semejante suma!

—¡Desconfía, visir, amigo mío, porque por menos no seré capaz de c-c-convencer a los hospitalarios de que renuncien a sus proyectos! ¡Ya sabes cómo son! Las únicas p-p-palabras que comprenden son las que brillan.

—¿Las de las armas?

—¡No, por Dios! Las del oro.

—En otros tiempos —dijo Chawar—, tal vez habría aceptado. Pero ahora ya no. La flota que habías enviado a Tanis está bloqueada en el Nilo, y he tomado algunas disposiciones. Para empezar, debes saber que Egipto está unido ahora en su odio hacia los francos. Además, quiero mostrarte qué magnífico banquete he preparado con ocasión de tu llegada.

Con un gesto, Chawar invitó a Amaury a seguirle al otro lado de la alta duna que les separaba de El Cairo. Al alcanzar la cima, Amaury comprendió que había perdido. En el horizonte, una columna purpúrea ascendía al asalto de los cielos en una mezcla de humaredas. Esta larga línea incandescente era el resultado del incendio del Viejo Cairo, que Chawar —como un Nerón de los tiempos modernos— había ordenado quemar.

—¿Ves esta humareda? ¡Es Fustat! Ayer noche di orden de que vertieran allí veinte mil jarras de nafta y lanzaran diez mil antorchas. Pronto no quedará nada que te sea útil. Renuncia a tu empresa o El Cairo sufrirá la misma suerte.

Amaury miró a Chawar y le dijo:

—Muy bien. Creo que todo ha t-t-terminado. Estoy dispuesto a partir, a cambio de cien mil dineros.

—¡Aquí tienes cincuenta mil! —le gritó Chawar—. Deberás conformarte con ellos. Pero te prometo que te haré llegar otros tantos en cuanto tu corcel esté de nuevo comiendo su pienso de avena en su establo.

Amaury ordenó a tres de sus lacayos que fueran a cargar en muías los sacos de oro que había traído Chawar. Finalmente saludó al visir:

—Espero que algún día tengamos ocasión de vernos de nuevo.

El viejo visir, a quien años de ejercicio del poder habían avezado a todas las sutilezas del arte de la diplomacia, replicó, no sin cierta sinceridad:

—Yo también lo espero.

Luego, cuando el ejército franco volvía ya hacia oriente, Chawar masculló algo para sí y lanzó a todo galope a su yegua para alcanzar a Amaury.

—¡Una última cosa, amigo mío! Debes saber que en este mismo instante varios miles de jinetes (dos mil de ellos de élite) han abandonado Damasco para venir a El Cairo.

—¡Lo sabía, viejo t-t-truhán!

—Yo no tengo nada que ver con eso. Ha sido mi hijo. En fin, ya estás informado. Si quieres llegar hasta ellos, eres libre de hacerlo. Creo que esta información bien vale el millón de dinares que no has obtenido.

—Oh no —dijo Amaury—, vale mucho más que eso.

Con ojos cansados contempló la orilla izquierda del Nilo, bañada de resplandores rojizos que enturbiaban el paisaje. Torbellinos de polvo, mezclados con cenizas y hollín, volaban por los aires en busca de un lugar donde posarse. Cuando lo hacían sobre un palmeral, los árboles plantados a lo largo del río se inflamaban como candelabros gigantes. Monos con el pelaje en llamas surgían de ellos para sumergirse en las aguas del Nilo, donde los cocodrilos les esperaban con la boca abierta. No se recordaba en Egipto un día en el que los cocodrilos hubieran disfrutado de un festín como ese, con los monos asados al punto.

Amaury hizo dar media vuelta a su montura y se puso al frente de su ejército. Lo condujo, no hacia los desiertos egipcios, por donde Shirkuh y sus jinetes podían pasar, sino hacia Mataría, donde, algunos siglos atrás, la Virgen se había detenido a la sombra de un sicomoro.

Al ver que cabalgaba tristemente, mascullando palabras ininteligibles, Guillermo de Tiro se acercó finalmente a él para interesarse por sus pensamientos, que eran los siguientes: «Gobernarlos c-c-correctamente me habría aportado riqueza y paz, s-s-saquearlos me ha destruido».

¿Vos sois Dios? A fe mía que no. ¿Quién sois, pues?

CHRÉTIEN DE TROYES,
Perceval o El cuento del Grial

Acababan de producirse estos acontecimientos, cuando Morgennes y Guyana volvieron junto al pozo. En el brocal descansaba la labor en la que trabajaba Guyana: un velo negro destinado a cubrir un enorme edificio cúbico llamado Kaaba. En el interior de este edificio, situado en La Meca, se encontraba la Piedra Negra hacia la que los musulmanes se volvían para orar.

—Es magnífico —dijo Morgennes.

—Es el segundo que bordo. El primero me costó más de cinco años de trabajo.

Morgennes tocó el tejido, feliz por rozar la tela que Guyana había sostenido entre sus manos. Finalmente se volvió hacia el pozo.

—¿Es aquí, pues? ¿El pozo en el fondo del cual se encuentra Dios?

—Según la leyenda, sí.

Se inclinó hacia el pozo, y Morgennes miró también hacia el interior. Pero solo distinguió su propio reflejo, en el fondo de un agujero negro donde centelleaba el agua.

—No veo nada —dijo Morgennes.

—¿Tal vez haya que bajar? —dijo Guyana sonriendo.

—Parece lógico, sí.

Pasó una pierna al otro lado del brocal, luego todo el cuerpo, y empezó a descender hacia el fondo. Estaba tan oscuro que apenas se veía las manos, y en varias ocasiones temió caer, ya que no podía agarrarse. Ya creía que no llegaría nunca, cuando Guyana tuvo una idea.

—¡Cogedlo! —dijo enviándole un cubo—. Está sujeto a una cuerda, que he atado a un árbol. Aguantará.

—Gracias.

Pasando un brazo por el asa del cubo, Morgennes prosiguió su lenta incursión en las entrañas del pozo. El aire era húmedo, y las paredes del pozo estaban resbaladizas. Finalmente alcanzó el fondo. Con gran sorpresa por su parte, comprobó que hacía pie.

—¿Y bien? —preguntó Guyana.

—¡No veo nada! Está demasiado oscuro.

Sin desanimarse, palpó las paredes, en busca de una abertura, de un mecanismo, de cualquier cosa anormal; pero en vano.

—¡No hay nada! Creo que voy a volver a subir.

Por todo comentario, escuchó una risa. Morgennes levantó la vista y vio el rostro redondo de Guyana, parecido a una luna surgida de una nube.—¿Qué pasa? —preguntó Morgennes.

Ella rió de nuevo. «Vaya —se dijo Morgennes—. Debe de haber visto algo.» Sondeando los muros, pasando la mano por cada intersticio, registrando el agua en el fondo del pozo, buscó, buscó y buscó. Pero siguió sin encontrar nada.

—¡Está vacío! —gritó.

—¡No del todo! —le respondió Guyana.

—¿Ah no? —dijo Morgennes, sorprendido—. ¿Veis a Dios?

—¡Tal vez sí!

Rió de nuevo.

—Bien —dijo Morgennes vagamente irritado—, ¿puedo subir?

—¡Sí! ¡Venid!

Ayudándose con la cuerda para trepar, volvió junto a Guyana y, con los pies llenos de barro y las manos sucias de agua y limo, le preguntó:

—¿Me diréis por fin qué habéis visto?

—¡A vos!

Se acercó a él y le puso la mano en el pecho. Pero Morgennes retrocedió.

—No —dijo—. Prometí a mi rey...

—¡Al que yo no conozco! —dijo Guyana—. Os esperaba a vos, estoy convencida. Vos sois...

De nuevo dio un paso adelante, y de nuevo él retrocedió.

—Es mi rey.

—No el mío.

—Escuchad, no discutamos. Salgamos de aquí.

Pero Guyana se sentó en el borde del pozo y dijo a Morgennes:

—No. Os lo he dicho, aún no he elegido...

Y volvió a su labor. Morgennes se sentía impotente. ¿Qué podía hacer?

—Voy a salir —dijo—. Volveré mañana.

—¿Dudáis? —preguntó Guyana con brusquedad, mirándole directamente a los ojos.

—¿De qué?

—¿De lo que siento?

El corazón de Morgennes latía desbocado, y sin embargo dijo:

—No, lo lamento. No puedo.

—Como queráis —replicó Guyana volviendo a su bordado.

En ese momento, todos los pájaros echaron a volar piando. Un silencio pesado se instaló en el Cofre y un olor a quemado llegó a la nariz de Morgennes.

—¿No lo oléis?

—No.

Guyana soltó sus trabajos de costura y miró, como Morgennes, hacia el cielo.

—¿Y ahí? —preguntó.

Lenguas de humo rojo y negro ascendían al asalto de las nubes.

—¡Un incendio!

—¡Alguien ha prendido fuego al Cofre!

En ese instante, la yegua de Guyana pasó a todo galope ante ellos, con la crin y la cola en llamas. Guyana lanzó un grito, al que la yegua respondió con un relincho de dolor.

—¡Hay que salir de aquí! —dijo Morgennes.

Cogió a Guyana del brazo y la arrastró hacia la puerta del laberinto. Pero esta se abrió, dando paso a unos ofitas. Los hombres iban hacia ellos. Morgennes volvió atrás, cogió a Guyana en brazos y saltó al pozo. Era su única escapatoria. Al caer en el fondo, se encogió para amortiguar el impacto y mantuvo a Guyana estrechamente apretada contra él.

Sus miradas se cruzaron. Los labios de Guyana temblaron. Y entonces, el velo negro de la Kaaba que Guyana había arrastrado en su caída los cubrió, sumergiéndoles en la oscuridad.

—¡Registrad el jardín! —gritó el oficial de los ofitas acercándose al pozo.

El tiempo apremiaba. El calor estaba aumentando, y ya les costaba respirar.

—¡No está aquí! —aulló uno de los hombres.

—¡Tenemos que encontrarla, o Chawar nos matará!

—¡A vuestras órdenes!

El ofita entrechocó los talones y se alejó.

—¡Por Alejandro! —renegó el oficial—. ¡En algún lugar tiene que estar!

Recorrió el jardín con su mirada de serpiente, preguntándose dónde podía haberse escondido Guyana. De repente, un cubo colocado sobre el brocal del pozo atrajo su atención. Llevándolo en la mano, caminó hacia el árbol al que estaba atado. Por un momento, el oficial dudó en tirarlo al pozo. Pero después de pensarlo un poco, le pareció que no tenía ningún interés. En el fondo del pozo solo había una profunda oscuridad. Despechado, volvió a dejar el cubo donde estaba y gritó a sus hombres:

—¡Debe de haberse quemado, como su yegua! ¡Larguémonos de aquí!

Morgennes y Guyana esperaron en silencio a que se alejaran. Luego, tras escuchar el estruendo de una puerta que se cerraba, Guyana murmuró al oído de

Morgennes:

—Estamos salvados.

—Por desgracia, no —replicó él—. Diría incluso que es todo lo contrario.

Y se inclinó sobre ella para besarla.

¡Un poco de lluvia basta para que el gran viento amaine!

CHRÉTIEN DE TROYES,
Perceval o El cuento del Grial

A varios centenares de leguas de Fustat, un poderoso ejército luchaba contra el jamsin.

Este viento, que muchos asociaban al *djinn* de la guerra y la muerte violenta, se encarnizaba con sus presas con una furia tal que era difícil creer que no estuviera dotado de conciencia. Peor que los maraykhât —esos bandidos del Sinaí—, peor que el sol o la sed, peor que las bestias salvajes, el jamsin disfrutaba del maligno placer de espiar a sus víctimas para atacarlas en el momento oportuno.

Así, era inútil esperar una encalmada o sondear el humor del desierto enviando exploradores. Porque el jamsin siempre se transformaba en una débil brisa que te invitaba a entrar en su territorio. Y cuando te encontrabas a varios días de camino del oasis más próximo, surgía de pronto de la tierra y del cielo y se lanzaba contra ti para destriparte.

«El jamsin os dejará tranquilos —había anunciado al ejército de Nur al-Din el mago Sohrawardi, su consejero más próximo—. He convocado a los *djinns* y he obtenido de ellos que lo encierren en una jaula de arena durante vuestro viaje.»

Sin embargo, al parecer, el jamsin había roto los barrotes de la jaula, porque en cuanto los jinetes de Shirkuh se encontraron lo bastante lejos de Damasco para que fuera más peligroso volver que proseguir hacia El Cairo, empezaron a soplar fuertes ráfagas de viento.

—¡Por Alá Todopoderoso! Ese chacal de Sohrawardi ha vuelto a equivocarse —graznó Shirkuh—. ¡Saladino, coge a diez hombres y reúne a nuestras tropas! Acamparemos aquí mientras esperamos que la tormenta amaine.

Saladino se cubrió el rostro, aguijoneado por la arena. Tenía la impresión de que un millar de avispas le atacaban, burlándose de las numerosas capas de tejido en las que se había envuelto. El jamsin se mofaba de los hombres y de Dios —lo que había demostrado, una vez más, abatiéndose sobre sus presas en el momento de la oración.

Saladino echaba chispas. Estaba furioso con el viento, al que calificaba de impío, y sobre todo consigo mismo. ¡Por Alá Todopoderoso! ¡Lo sabía! Esta enésima campaña militar no prometía nada bueno. Ya, en Alejandría, había estado a punto de

perder la vida. Y ahora su tío había conseguido convencer a Nur al-Din de la necesidad de emprender una nueva expedición contra Egipto. ¿Todo eso para qué? Para adelantarse a los francos, apoyar a ese veleta de Chawar y recuperar a esa extraña jovenzuela de la que decían que «no existía».

Saladino esbozó una sonrisa. Algún día tendría que pensar en casarse. Su padre se lo repetía sin cesar: «¡Cásate, hijo mío! ¡Danos hermosos nietos! ¡Y saca la cabeza de tus libros! ¡Deja de meditar por un rato! ¡Ve a divertirte!».

Después de haber dejado atrás a la vanguardia del ejército, Saladino viró hacia el este para dirigirse hacia el grueso de las tropas, compuesto por dos mil jinetes que llevaban cada uno a un infante a su grupa. Súbitamente, un torbellino de arena se despegó del suelo y se elevó en espiral hacia el cielo. Así recorrió cierta distancia y luego desapareció igual que había nacido. De pronto, el aire era terriblemente seco, y Saladino tuvo la desagradable sensación de tener el pecho saturado de polvo. Escupió, tosió, pero solo consiguió tragar arena. Justo en ese momento su sobrino le alcanzó para tenderle una cantimplora.

—¡Bebed, tío!

—Gracias, Taqi —dijo Saladino cogiendo la cantimplora que le tendía su sobrino.

Taqi no era más que un chiquillo de nueve años. Era una especie de escudero, cuya tarea consistía en seguir a su tío con un caballo de repuesto, algunas armas, una armadura y víveres. Saladino bebió, teniendo cuidado, como prescribe el islam, de no rozar la cantimplora con los labios; se la devolvió a Taqi y luego exclamó:

—¡Vamos a buscar a Shirkuh!

Los diez jinetes espolearon sus monturas y se lanzaron tras la pista de la vanguardia del ejército, que, después de dar media vuelta, les había adelantado en su camino hacia el vivaque.

«¡No se respira aire, sino polvo! Tengo arena hasta en la nariz. ¡Y cuando inclino la cabeza de lado, me entra arena y más arena en las orejas!»

Saladino rezongó para sí: «¿Qué demonios estoy haciendo en este lugar?».

Shirkuh había prometido que le daría un feudo, tomado a los egipcios. Saladino nunca olvidaría lo que había respondido a su tío ese día: «¡Por Dios, aunque me dieran todo el reino de Egipto, no iría!».

Pero había cedido. No por él, sino por su padre. El anciano, por él que sentía un profundo amor, había soñado toda su vida con tener un hijo conquistador. Al aceptar seguir a su tío, Saladino contribuía en parte a hacer realidad las esperanzas frustradas de su padre. Pero ¡a qué precio! Porque nadie podía asegurar que los cuatro mil soldados que participaban en aquella expedición salieran con vida de esta empresa. En efecto, el desierto y el jamsin eran unos terribles adversarios; sus víctimas podían verse aquí y allá, tendidas sobre la arena. Animales de carga, cuyos huesos sin carne

yacían esparcidos en una siembra estéril. Aves a las que un viento poderoso había aplastado de golpe contra el suelo, donde se habían partido las alas. Pedazos de armadura deslustrados que el jamsin paseaba de un extremo a otro de una duna, para divertirse.

Finalmente, justo en el momento en el que en el horizonte se dibujaba una línea de jinetes, el jamsin cobró fuerza. Gruñó, pareció tensar sus músculos, y encerró a cada uno de los miembros de la pequeña tropa de Shirkuh en un sarcófago de arena.

«Brillante sortilegio —gruñó Saladino para sí—. ¡Somos nosotros los aprisionados por el jamsin!»

Saladino lanzó un grito, llamó. Nadie respondió. Su yegua, espantada, giró súbitamente sobre sí misma, sin saber adónde ir. Entonces puso pie a tierra —era lo mejor que podía hacer— y anudó un paño de algodón en torno a los ojos de su montura para protegerla. «Es por tu bien», dijo a su caballo, acariciándole el cuello.

Mientras caminaba hacia el lugar donde creía que podía encontrarse el campamento, Saladino tropezó con una masa inerte tendida en la arena: un cuerpo. Registrando con las manos, palpando a ciegas, logró reconocer la forma abombada de una cantimplora medio vacía. ¡La del intrépido Taqi! El desgraciado había caído del caballo. Saladino se inclinó hacia su sobrino y lo cogió en brazos. Por suerte aún era un chiquillo todo nervio, que estaba muy lejos de alcanzar el peso de Shirkuh. Ató a su sobrino a la silla de su propia montura, lo sujetó con una cuerda y prosiguió su ruta, al azar. «¡Vamos —se dijo—, lo que estoy haciendo es estúpido! ¡No tengo ninguna posibilidad de éxito! Ni siquiera consigo orientarme. Reflexionemos...»

Se detuvo e hizo que su yegua se tendiera, después de haber soltado a Taqi. Saladino se acurrucó entre las patas de su montura y comprimió a Taqi contra el hueco del vientre del animal. Luego esperó. El viento seguía soplando, enterrándolos bajo la arena. Saladino, imperturbable, se balanceaba suavemente hacia delante y hacia atrás, recitando sus oraciones:

—En nombre de Dios, el Muy Misericordioso, el Misericordioso, el rey del Día y del Juicio. A Ti adoramos, a Ti imploramos socorro. Guíanos por la vía de la rectitud, la vía de aquellos a los que colmaste con tus dones, no la de los que osan desafiarte, ni la de los que se han extraviado...

Una lágrima cayó por su mejilla, pero cuando se llevó la mano al rostro para tocarla, solo encontró un poco de arena. Arena, arena, arena... ¿No había nada que no fuera arena?

«¡No! —se dijo Saladino—. Los ancianos contaban que en otro tiempo un inmenso océano cubría este desierto. Peces gigantes nadaban en él, así como todo tipo de criaturas hoy desaparecidas. Noé no había podido salvar a todos los animales de la creación. Algunos habían debido ser sacrificados. Había llovido, durante cuarenta días y cuarenta noches, y luego las aguas se habían retirado y el mar había

muerto, aniquilado...»

Saladino dejó escapar un profundo suspiro. Curiosamente esto evocó en él la imagen de un dragón muy grande y muy poderoso a punto de expirar, mientras el mar donde vivía perecía. Un suspiro. Un mar. Un dragón. ¿Y si el jamsin fuera el postrer suspiro del último dragón de este desierto? ¿Un soplo tan poderoso que todavía recorría lo que en otro tiempo había sido su territorio?

—Tal vez consiga calmarle si le doy un poco de lo que perdió.

Saladino cogió la cantimplora de Taqi, la abrió y vertió el agua sobre la arena.

«¡Es una locura! Pero, al fin y al cabo, ya no tengo nada que perder, vale la pena probar.»

Curiosamente, el agua se dirigió hacia lo alto. Entonces Saladino levantó los ojos para ver cómo se elevaba hacia la tormenta, donde se abrió un camino hacia el cielo.

—Es un milagro —murmuró—. ¡Que Alá sea loado!

En efecto, poco a poco, el minúsculo cuadrado de cielo azul que el agua había hecho aparecer se hizo más grande, tanto que los vientos se calmaron y luego se desvanecieron por completo. Finalmente el sol volvió a brillar, como si nada hubiera ocurrido. Saladino se preguntó si no lo había soñado.

«¿Era posible que hubiera sido un espejismo?»

Se incorporó sobre sus piernas, se limpió de arena las mangas y la chaqueta y se desanudó el *keffieh*. Después de haberlo hecho chasquear en el aire varias veces, para eliminar el polvo que se había acumulado, se volvió hacia su yegua, que seguía medio cubierta de arena. Saladino tuvo una desagradable sorpresa cuando le pasó un paño por la cabeza: el jamsin la había mordido hasta el hueso, dejándola en carne viva, torturada. Estaba muerta. Saladino lanzó un aullido de dolor que arrancó a Taqi de su sopor.

—¿Dónde estoy? —preguntó el niño.

—Todo va bien —le respondió Saladino—. El jamsin tenía sed. Le he dado de beber y se ha ido.

Taqi se iba rehaciendo poco a poco, trataba de recuperar el dominio de sí mismo. Pronto, una línea de polvo empezó a formarse sobre el desierto, hacia oriente, y los estandartes del ejército de Shirkuh aparecieron en el horizonte, como velas de navíos que llegaban en su ayuda.

—¡Salvados! —dijo Taqi, agitando un extremo de su *keffieh*—. ¡Por aquí! ¡Por aquí!

Saladino, por su parte, cubría de arena a su yegua, mascullando en voz baja unas palabras ininteligibles.

—¿Qué dices? —le preguntó Taqi.

—Que lo que no se puede obtener por la fuerza, lo consigue un poco de agua.

Meditó sobre esta lección, prometiéndose que no la olvidaría nunca. En adelante,

el jamsin sería para él, no un amigo, sino un ser que había aprendido a conocer y a no temer. ¿Un futuro aliado? Tal vez...

Siempre sucede así: el estiércol necesariamente debe apestar, los tábanos deben picar y los traidores, dañar y hacerse odiosos.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Ivain o El Caballero del León

—Hemos triunfado —exclamó Saladino dirigiéndose a su tío Shirkuh.

—No —replicó este último—. Son los francos los que han fracasado. Si se hubieran comportado con humanidad con los habitantes de Bilbais, sin duda se habrían apoderado enseguida de Fustat y de El Cairo.

—¡Entonces demos gracias a Alá por haberles inspirado tan erróneamente!

—Que Alá sea loado —dijo Shirkuh, malhumorado.

Aunque él jefe de los ejércitos de Nur al-Din tenía motivos para estar contento, no se sentía totalmente satisfecho. Cierto que habían escapado al jamsin. Cierto que los francos habían abandonado Egipto con el rabo entre las piernas sin siquiera tratar de interceptarlos a la salida del desierto.

Pero Shirkuh parecía preocupado.

Saladino se preguntaba: «¿Tal vez mi tío había esperado otra acogida por parte de los habitantes de El Cairo?».

Sin embargo, bastaba con mirar a Chawar y a su caravana de regalos, que subían al encuentro de «las espadas del islam», para comprender hasta qué punto los egipcios se sentían felices de que los francos ya solo fueran una lejana pesadilla.

Con todo, a pesar de que esta visión debería haber despertado su entusiasmo, aquel a quien llamaban el Voluntarioso, el Tuerto, o también el León, bostezaba hasta desencajarsele la mandíbula.

Saladino y su tío permanecieron largo rato en silencio, contemplando El Cairo desde la cima de esa misma duna donde Amaury había tenido que renunciar a apoderarse de la ciudad. La población estaba sumergida en una espesa niebla, de la que sobresalían aquí y allá, como árboles en un extraño bosque, algunos campanarios y minaretes. Luego, cuando empezaban a preguntarse si el resto de la ciudad seguía ahí, se levantó viento del norte. Fue como si, con un toque de su varita mágica, el rey de los *djinnns* hubiera anulado la maldición que había lanzado sobre El Cairo, que apareció en todo su esplendor, de mármol, oro y luz. Ante tanta belleza, y aunque Fustat permaneciera velada por nubes de humo, Saladino no pudo evitar lanzar un

grito de admiración.

Shirkuh, por su parte, permanecía silencioso.

—Por Alá Todopoderoso, tío, ¿me diréis por fin qué os preocupa? ¿Acaso no os sonrío todo?

—Ahora que hemos vencido —dijo Shirkuh retorciendo su canoso bigote—, ya no puedo retroceder.

—Tío, no hemos vencido. Aún queda el último objetivo: ¡Jerusalén!

—Jerusalén, sí, desde luego. Hay que reconquistar Jerusalén, tienes razón.

Parecía que sus papeles se hubieran invertido. Saladino estaba impaciente por lanzarse a la batalla, mientras que Shirkuh parecía cansado. Sus ojos no brillaban cuando pronunciaba el nombre de la tercera ciudad santa del islam. Para él no era un combate importante. A decir verdad, ningún combate era importante, excepto el que consistía en encontrar...

—Mi hija —suspiró Shirkuh.

—¿Cómo? —dijo Saladino—. Pero si se ha quedado en Homs, en vuestro feudo.

—No, no me refiero a ella. Pensaba en mi otra gacela, esa a la que nunca he visto y que estoy ansioso por conocer. ¿Querrá aceptarme? ¿O me expulsará de su vida, como a un ser indigno y enojoso? ¿Tendrá los dulces ojos de su madre? ¿Sus andares de cierva?

Volvió la mirada hacia el gigantesco incendio que consumía Fustat desde hacía varias semanas y que duraría hasta el final del mes.

—¿Qué es esto? Se diría... ¡Pero es imposible! Los francos no pueden haber causado tantos destrozos. Por suerte, El Cairo parece indemne.

—Sí —dijo Saladino—. Solo la ciudad vieja ha sido alcanzada por las llamas.

En ese momento, Chawar y su cortejo de regalos llegaron hasta ellos. El visir lucía la mejor de sus sonrisas. Tenía una expresión alegre y jovial, y como una balanza, que siempre está encantada de inclinarse hacia un lado y luego hacia el otro, se frotaba las manos y se preguntaba qué provecho podría sacar de la situación. «Vamos —se decía—. Sobre todo no hay que tener miedo. No hay que temblar. Tienes frente a ti a tus nuevos amos. No les acaricies a contrapelo, susúrrales gentilezas, ¡y procura sacar de ellos el máximo beneficio!»

Cuando llegó cerca de Saladino y de Shirkuh, ronroneó con voz melosa:

—¡Que la salud os acompañe siempre, oh gloriosos protegidos de los cielos! ¡Oh príncipes de nuestros destinos, oh insignes defensores de la ortodoxia! ¡Oh amados de...!

—¡Ya basta! —escupió Shirkuh empuñando las riendas de su montura—. ¡No eres más que un miserable gusano modelado con la orina de tu padre! Guárdate tu miel corrompida y dime por qué Fustat está ardiendo.

—¡Fustat arde —silbó Chawar— para que, a cambio, El Cairo viva!

—¿Que viva? ¿Hasta tal punto estaba amenazada?

—¡Por las barbas del Profeta, no sabes hasta qué punto! Pero conseguí expulsar a los francos. Retrocedieron...

—Son hombres sabios. No son como tú, cerdo vil que no tiene más Dios que el dinero. Pero dime, a propósito de Fustat...

—Tesoro de Ala, sé lo que vais a preguntarme. Pero, por desgracia, oh sí, para mi gran desgracia, la respuesta es sí... ¡Para salvar a Egipto, tuve que sacrificarla!

—¡Carroña inmunda! ¿La has sacrificado? ¿Está muerta? Que la vergüenza caiga sobre ti —dijo Shirkuh llevándose la mano al sable.

—¿Muerta? Pero noble Shirkuh, ¿de qué estáis hablando?

—¡De mi hija, hijo de perra!

—¿Vuestra hija? ¡Yo creí que hablabais de nuestra flota de guerra! Ya debéis de saber que estaba fondeada en Fustat, y...

—Me importan un rábano tus barquitos. Te construiremos diez mil más. ¡Lo que me interesa es mi hija! ¿Debo recordarte que he venido únicamente por ella? ¿O tendré que arrojar a tus pies la cabeza de tu hijo para que recuperes la memoria?

Chawar palideció. No, no lo había olvidado. Evidentemente había tomado medidas y había enviado a varios de sus ofitas al Cofre para que sacaran de él a Guyana después de prender fuego a la ciudad. Por desgracia, le habían dicho que había perecido, quemada como su yegua.

—Señor —silbó Chawar—, no sabéis cómo lo lamento, pero ha muerto...

—¡Explícate!

—Algunos de mis hombres entraron en el Cofre, por el camino de la Serpiente, una ruta que solo nosotros conocemos y que está protegida por un dragón. Pero al entrar en el jardín donde vuestra hija estaba recluida, solo encontraron su cadáver, junto al de su yegua. ¡«La mujer que no existe» ya no está entre nosotros! Perdón.

Chawar alzó hacia Shirkuh una mirada implorante. A modo de respuesta, se escuchó un silbido metálico, y la cabeza del visir rodó por el suelo.

—Ahora estás perdonado —dijo Shirkuh devolviendo la espada a la vaina.

Toda la noche besa la cabellera, y cuando contempla el cabello se cree el amo del mundo. Amor transforma al sabio en loco, cuando alguien como Alejandro puede exultar por un cabello.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

Morgennes se tendió junto a Guyana y le acarició los cabellos.

—¿Cómo está? —preguntó a Azim.

—No sabría decirlo —respondió este—. Es un caso muy peculiar, que mi ciencia, por desgracia, es incapaz de resolver. Aparentemente no tiene ninguna herida, y sin embargo está sumergida en un profundo coma.

—Entonces, todo lo que queda por hacer es...

—Rezar.

Los dos hombres se arrodillaron junto al lecho donde reposaba la joven y rezaron al estilo copto, con las palmas vueltas hacia el cielo.

Se encontraban en la celda que ocupaba Azim en el monasterio de San Jorge. El edificio debía a su proximidad con el acueducto de Fustat el haber salido relativamente bien librado del terrible incendio que había asolado la ciudad vieja hasta ese mes de febrero de 1169. Durante este tiempo, los coptos de Fustat habían vivido replegados sobre sí mismos, consagrando sus días a la oración, al ayuno y a relevarse junto al acueducto para ir a llenar los cubos, que luego vaciaban sobre el incendio. Al final habían sobrevivido. Y muchos decían que había sido gracias a san Jorge:

—Ha tomado este monasterio bajo su protección —dijo Azim a Morgennes.

—Es posible —dijo Morgennes, sin apartar los ojos de Guyana—. Igual que nos protegió, a ella y a mí, cuando estábamos en el Cofre.

—¿Me dirás por fin cómo conseguisteis salir de allí?

Morgennes inspiró profundamente y recordó los acontecimientos de aquellos últimos días como si acabaran de producirse.

—Como sabes, estábamos en el pozo, ocultos bajo el velo sagrado de la Kaaba. Esperábamos a que los ofitas se marcharan. Por desgracia, cuando estos abandonaron el lugar, el incendio se había propagado a todo el jardín y ya no podíamos hacer nada... Excepto esperar. Afortunadamente, gracias a las provisiones que llevaba

conmigo, teníamos comida suficiente. Pero el pozo era húmedo. Guyana tiritaba. Tenía frío, sobre todo de noche. Fuera el aire era caliente y seco. A veces las llamas eran tan vivas que iluminaban el pozo como un sol. Yo había cogido a Guyana entre mis brazos para transmitirle mi calor y para protegerla. Me preguntaba cuánto tiempo iba a durar el incendio y cómo íbamos a salir de allí, cuando sentí que algo se movía en mi bolsillo.

—¿Qué era? —preguntó Azim.

—Esto —dijo Morgennes sacando la draconita de su limosnera.

La depositó cerca de la cabeza de Guyana y prosiguió su relato:

—Ahora no brilla. Solo es una piedra inerte y negra. Pero en el pozo, por una razón que desconozco, se puso a brillar, a calentar. De hecho, emanaba tanto calor de ella que creí que me quemaría. Mis ropas ya empezaban a chamuscarse.

—¿Por qué reaccionaba de este modo?

—No lo sé.

—Qué extraña piedra... —dijo Azim, acercando la mano a la draconita.

—¡No la toques! Podría lastimarte...

Azim interrumpió el gesto.

—Esta piedra es como una serpiente —prosiguió Morgennes—. Muerde a los que se acercan a ella, excepto a su propietario. Es decir, yo.

—Interesante —dijo Azim—. Lo mismo se dice de la Piedra Negra de la Kaaba.

—El caso es que en el interior del pozo la piedra se puso a brillar. Y cuando se la mostré a Guyana, ella exclamó: «¡Una draconita!».

—¿Sabía qué era?

—Era la primera vez que la veía, pero los ofitas le habían hablado de ella. Me contó que se trataba de un poderoso artefacto del que solo existían dos ejemplares en la tierra. Los ofitas poseían uno. Pero un aventurero se lo había robado, mucho antes de mi nacimiento.

—Humm... —dijo Azim—. Realmente interesante. Pero a ti, ¿quién te la dio?

—Mi amigo Chrétien de Troyes, que la había recibido de su padre, que la había recibido del mío.

—¿Que la había recibido de...?

—No lo sé.

—Sería interesante saberlo —dijo Azim—. Pero todo esto no me aclara cómo conseguisteis escapar.

—Solo quería que supieras cómo habíamos sobrevivido. Porque sin esta piedra, estoy convencido de que Guyana habría sucumbido al frío. Por esta razón precisamente la pongo a su lado —dijo señalando la draconita.

Luego tosió, se acarició el mentón y continuó su relato:

—Al extinguirse el incendio, escalé el pozo llevando a Guyana a la espalda. No

fue fácil, pero conseguí llegar al jardín, que había quedado reducido a cenizas. Los árboles se habían consumido por entero, ya solo quedaban los tocones ennegrecidos a ras de tierra. Pero mientras caminábamos por este campo de ruinas, donde las volutas de humo entorpecían la visión, cuál fue nuestra sorpresa al ver que los muros habían caído. En el lugar donde, justo antes del incendio, se levantaban aún las puertas del islam y de la cristiandad, ya no había nada. Solo algunos ladrillos, aquí y allá, atestiguaban que una muralla había cerrado este jardín... Y eso era todo.

—¡Por los nombres de los apóstoles! —exclamó Azim—. ¿Y el icono?

—Desaparecido, calcinado...

—¡Por san Jorge, qué gran pérdida!

Morgennes marcó una pausa, y luego terminó su relato:

—Al no tener ya que elegir entre una puerta y la otra, Guyana parecía desconcertada. Me hacía pensar en un pájaro que hubiera vivido siempre en una jaula y que, una vez desaparecidos los barrotes, se diera cuenta de que no sabía volar.

—Pobre niña —murmuró Azim.

Morgennes acarició la mejilla de Guyana y dijo:

—Me gustaría tanto que despertara... Ahora es verdaderamente Ubre.

—¿Cuándo se desvaneció?

—Justo después de haber franqueado la línea que en otro tiempo marcaba el límite del Cofre. Apenas puso el pie en el otro lado, se desplomó.

—A menudo se dice que no hay nada más arduo de franquear que el umbral.

—Primero pensé que era a causa del hambre. Llevándola en brazos, atravesé una ciudad fantasma, huyendo ante un incendio que seguía haciendo estragos al sur de Fustat. Por suerte, conseguí llegar a vuestro monasterio, que se encontraba más al norte...

Así, Morgennes había entrado con Guyana en el monasterio de San Jorge, donde Azim lo recibió con gran alegría, ya que le creía muerto. Al no haber recibido noticias suyas desde hacía demasiado tiempo, el sacerdote copto había hecho rezar muchas plegarias en nombre de su amigo. Azim pensaba que nunca volvería a ver a Morgennes. Su reencuentro fue conmovedor, y los dos amigos se apresuraron a llevar a Guyana a la celda en la que el viejo copto tenía su jergón. Allí la joven recibió los mejores cuidados. Mientras, Azim le contó a Morgennes lo que había ocurrido en El Cairo, los cambios que había experimentado Egipto, y sobre todo el principal de ellos.

—¡Los francos han sido expulsados!

—Peste de sarracenos —refunfuñó Morgennes.

—Por suerte —prosiguió Azim—, conseguí acoger a los dos templarios que hacían los oficios de embajadores ante el califa.

—Has hecho bien. ¿Y qué ha sido de Chawar?

—Ha muerto.

—¿Muerto? ¿Él? ¿Estás seguro? Sería capaz de aliarse con la mismísima muerte y engañarla luego.

—Si vive, es solo bajo la forma de una cabeza cortada que ofreció Shirkuh al califa al-Adid, el cual, en agradecimiento, ha dado a Shirkuh el puesto de Chawar. Debo decir que no es una buena noticia para nosotros, los coptos. Porque nuestros nuevos amos son, sin duda, menos conciliadores con los no musulmanes que los precedentes.

Azim esbozó una mueca de tristeza y luego prosiguió:

—Sin embargo, hay que reconocer que no todo han sido consecuencias negativas. Poco después de la muerte de Chawar, y para asegurarse la benevolencia de la población de El Cairo, Shirkuh la invitó a que saqueara el palacio del visir. Lo que la multitud se apresuró a hacer.

—¿Y dices que no fue negativo? No veo qué beneficio podéis sacar de eso.

—¿Beneficio? Helo aquí.

Azim sacó de uno de sus bolsillos una monedita cuadrada. La moneda llevaba en el anverso la pirámide de Keops, con el ojo de Udjat (un viejo símbolo egipcio) grabado en el centro; el reverso estaba ilustrado con el dibujo de un dragón, aunque sin alas, y con esta frase: «*Presbyter Johannes. Per Dei gratiam Cosmocrator*».

—¿Por qué está en latín? —preguntó Morgennes.

—Para estimular la imaginación de los cristianos. Pero en realidad, esta moneda constituye la prueba de que la historia del «Preste Juan» era un cuento inventado de cabo a rabo por Chawar y su hijo; hemos encontrado varios cofres en los sótanos de su palacio. Pero eso no es todo...

Morgennes aguzó el oído, impaciente por saber lo que el viejo jefe de los coptos tenía que comunicarle.

—Los templarios han recibido la orden de fomentar una revuelta apoyándose en nosotros y en la guardia de esclavos negros.

—¿Una orden? ¿De quién?

—De Amaury, evidentemente. El rey de Jerusalén quiere lanzar un último ataque. Dar un gran golpe antes de que sea demasiado tarde. Quiere amputar el miembro gangrenado que está a punto de contaminar a todo Egipto. Y para eso, ha elegido a tres hombres.

—¿A los templarios? ¿Creía que eran solo dos?

—El tercero eres tú. Y tú tendrás el mando, ha dicho Amaury. Los templarios te obedecerán.

—Muy bien —dijo Morgennes—. ¿Ha dicho Amaury por dónde quería empezar?

—Por matar a Shirkuh.

¡Eh! ¡Dios! ¿Es posible expiar este asesinato, este pecado?
 ¡No, no antes de que todos los ríos se hayan secado y
 el mar se haya vaciado!

CHRÉTIEN DE TROYES,
Lanzarote o El Caballero de la Carreta

Los preparativos del asesinato duraron seis semanas, durante las cuales Morgennes no dejó de hacerse preguntas con respecto a Guyana: «Si le arrebató a su futuro marido, ¿puedo arrebatárselo también a su padre?».

Era incapaz de encontrar una respuesta adecuada porque otra cuestión le atormentaba: «¿Y mi rey? Ya le desobedezco al arrebatárselo a su futura reina. ¿Puedo desobedecerle de nuevo no obedeciendo su orden?».

Morgennes volvía una y otra vez sobre estas preguntas, hasta el día en el que se dijo: «¡Vamos! ¿Puede llamarse padre a un hombre que ha abandonado a su hija? Shirkuh no es su padre, del mismo modo que Leonor no es su madre. Guyana está sola en el mundo».

«¡Solo me tiene a mí!», se decía mientras acariciaba sus cabellos y velaba por ella, humedeciéndole los labios y dándole de comer algunas cucharadas de sopa. A menudo pasaba la noche a su lado y solo dormía un par de horas. El resto del tiempo le explicaba alguna de las numerosas historias que conocía.

Pero en su fuero interno no podía evitar lamentarse: «¡Ah si pudiera olvidar! ¿Por qué no soy como los demás? ¿Quién se acordaría de que Shirkuh es el padre de Guyana? ¡Nadie! Mi crimen entonces no sería tal. Apenas sería una falta. ¡Esta memoria es una maldición!».

Una noche en la que había acabado de narrarle un cuento, le abrió su corazón.

—¿Qué debo hacer? ¡Aconséjame!

Pero Guyana estaba en coma. No podía responderle.

—¿Debo obedecer a mi rey?

Guyana esbozó una sonrisa.

—Es eso, ¿verdad? ¿Tú también quieres que mate a tu padre?

Se acercó a ella hasta sentir su calor y tuvo la alegría de verla sonreír de nuevo. Entonces su espíritu se serenó, y abandonó la celda donde descansaba Guyana convencido de haber tomado la decisión correcta.

«Obedezco a mi rey y no disgusto a Guyana, ya que no le arrebató nada de lo que ya no estuviera privada...»

—¡Voy a buscar a mis soldados!

Morgennes había dado a Galet el Calvo y a Dodin el Salvaje todo tipo de instrucciones que los dos viejos templarios se habían apresurado a obedecer, con mayor presteza aún porque temían por su vida. Aparentemente habían aprendido a respetar a Morgennes. Al contrario que ellos, este último se había integrado perfectamente a la forma de vida de los egipcios. Algunos días se parecía tanto a un copto —con su piel tostada, sus numerosos tatuajes y su fraseo lento— que era imposible distinguirlo de los verdaderos. Su dominio de los diversos dialectos de Egipto, Francia, Oriente, el Cáucaso y Tierra Santa era tan perfecto que podía atribuirse numerosos orígenes. Siempre que se disfrazara bien, Morgennes podía engañar al mundo entero.

«Habrías sido un excelente ofita», se divertía a veces en decir Azim, para pincharle.

Pero Morgennes no solo disfrazaba su apariencia. Había adoptado también la costumbre de prescindir de ciertos sentimientos y de ponerlos —provisionalmente— como en el interior de una bolsita hundida en el fondo, muy en el fondo, de su corazón. Los acontecimientos que le habían llevado, en otro tiempo, a enfrentarse a los dos veteranos del Temple no debían perturbar el buen desarrollo de su misión. Por el momento, no tenía tiempo para dedicarse a esos detalles. «Los detestaré más tarde», se había dicho un día.

Lo más curioso fue que, durante las semanas que siguieron al incendio de Fustat y mientras Guyana permanecía en coma, los tres hombres llegaron casi a establecer lazos de amistad. Estaban haciendo un trabajo excelente. Más viejos que Morgennes, Galet el Calvo y Dodin el Salvaje le narraban sus antiguos hechos de armas, jactándose de tal o cual hazaña que les había valido una generosa recompensa en armas, armaduras o en especies contantes y sonantes.

—Creía que vuestra orden proscibía la posesión de riquezas.

—No las *poseemos* —aclaraba Galet el Calvo, cuyo rostro estaba surcado por tantas cicatrices como relámpagos cruzan el cielo en una noche tormentosa—. Nos limitamos a entregarlas a nuestra orden, que a su vez está encantada de *prestárnoslas*.

Al ver que Morgennes reaccionaba a esta declaración con una mueca extraña, Dodin el Salvaje creyó conveniente precisar:

—Nuestros primos del Hospital hacen lo mismo.

—No os reprocho nada —dijo Morgennes, que sabía cuán tentador puede ser llegar a un arreglo con la propia conciencia.

Gracias a su mediación, los coptos habían aceptado proporcionar a los francos

todas las informaciones que necesitaban, así como contactos entre los guardias negros, que solo soñaban con derrocar a Shirkuh.

Su plan incluía varias fases, la primera de las cuales consistía en decapitar a los sunitas y envenenar a Shirkuh. Esta misión recayó en Morgennes, convertido, gracias a la difunta Shyam, en maestro cocinero... en materia de venenos.

Él sería el encargado de acercarse, durante un festín, al nuevo visir, para servirle todo tipo de platos, cada uno de los cuales estaría ligeramente envenenado. Shirkuh tenía un apetito tan voraz que de todos los comensales sería el único en ingerir una dosis letal. En el peor de los casos, los demás sufrirían un buen cólico y pasarían algunos días en cama, pero nadie llegaría a sospechar que Shirkuh había sido envenenado. Para todo el mundo, la causa de su muerte sería su gula.

—¡Que es, mis queridos hijos y hermanos —les recordó Azim—, un pecado mortal!

Así, una noche Morgennes se enfundó en las ropas de un sirviente del palacio del visir y sirvió numerosos manjares y bebidas durante una de las formidables fiestas que daba Shirkuh en honor de los suyos —en esta ocasión, de Taqi, que cumplía diez años—. Durante el banquete se llevaron a la mesa más de treinta platos, de los que los comensales apenas tomaban cinco o seis bocados antes de pasar al siguiente. Excepto en el caso de Shirkuh. Porque ahí donde los demás se conformaban con un poco, él lo devoraba todo. «El León», como le apodaban, trasegaba ánforas enteras de vino y no dejaba en el fondo de las cuscuseras más que el reflejo cobrizo de las antorchas que sostenían los sirvientes.

—¡A beber! —gritaba.

Y se echaba al coleteo el contenido de una barrica. Morgennes se mantenía a una distancia respetable del visir, pero bastante cerca de Saladino y de Taqi para captar sus palabras.

—¿Por qué bebe tanto? —preguntaba Taqi a Saladino.

—Por Alá Todopoderoso, ¿cómo voy a saberlo? Seguramente para olvidar que su hija está tan muerta como ese chacal de Chawar.

—Pero el hijo de Chawar aún vive. ¿Por qué no le interrogan? ¿No podrían pedirle que pasara Fustat por el tamiz?

—No. Este perro sarnoso de Palamedes ha desaparecido. Sin duda asustado por la suerte que hemos reservado a su padre.

—¡Si le encuentro, lo mato! —exclamó Taqi.

—Desconfía, sobrino. Ese hombre es como una serpiente: no deja de mudar de piel para adaptarse a los peligros. Es un adversario poderoso, y a tus diez años, aún no estás preparado para enfrentarte a él. Límitate a seguirnos y a mantener los ojos bien abiertos. Pero este es momento de celebraciones. De manera que, como dijo el

poeta: «Abre tu corazón y bebe tu vino, no lances tu vida al viento...». Tienes la vida ante ti, mi querido Taqi. ¡Aprovéchala!

«La vida ante ti», murmuró Morgennes. También era lo que parecía tener Shirkuh. Con la cantidad de comida que había tragado, ya debería haber estirado la pata hacía rato. Finalmente, cuando Morgennes ya se preguntaba si no sería mejor esfumarse, el León ordenó que le llevaran un limón.

—¡Para refrescarme! ¡Porque este tentempié —dijo señalando la montaña de víveres que había arrasado— está tan especiado que tengo la boca ardiendo!

Con ayuda de un cuchillo, hizo un pequeño agujero en el limón que un sirviente acababa de llevarle, lo apoyó sobre sus labios, inclinó la cabeza hacia atrás y lo apretó. Un hilillo de líquido cayó en su boca, y Morgennes sonrió. «Esto debería bastar —se dijo—. Porque yo personalmente he preparado este limón...»

Y efectivamente alguien gritó:

—¡El visir!

Shirkuh, con los ojos en blanco, se llevó la mano al corazón, soltó el limón, eructó ruidosamente, se levantó de su cojín y tendió la mano, mientras pronunciaba esta extraña frase:

—Gacela mía, ¿eres tú?

Luego se desplomó pedorreando. Un fuerte hedor invadió la sala, que enseguida fue desalojada. Para auscultar a Shirkuh llamaron al médico personal del califa, un tal Moisés Maimónides. En el momento en el que Morgennes era expulsado de la sala en compañía de varias decenas de sirvientes, oyó cómo el médico decía:

—Vista la cantidad de alimentos que ha ingerido, apostarí a que se trata de una indigestión.

Dos o tres invitados empezaron a quejarse entonces de ardor de estómago. Habían bebido demasiado, comido demasiado; pero nadie se preocupó en exceso: cada fiesta se cobraba su cuota de arrepentidos. Y esa noche no eran más que de costumbre.

—¡La fiesta ha acabado! —dijo Saladino, despidiendo a los invitados.

—Vaya aniversario —refunfuñó Taqi.

A la mañana siguiente, las calles y las casas de El Cairo se cubrieron de paños negros en señal de duelo. Cafetines y posadas se cerraron por las mismas razones, así como las casas de placer. Los que querían divertirse, beber o darse un revolcón debían asumir el riesgo y entrar por la puerta de atrás. Así fue durante setenta días.

Morgennes volvió al monasterio de San Jorge, donde reinaba una atmósfera extraña. Todo el mundo estaba muy alterado y caminaba de un lado a otro por el patio.

«¿Cómo? ¿Ya están enterados? ¿Saben que he tenido éxito?», se preguntó Morgennes.

Pero no. No era eso. Galet el Calvo corrió hacia él para decirle:

—¡Ha despertado!

—¡Tienes que bajar a verla ahora mismo! —añadió Dodin el Salvaje.

—¡Es increíble, ha hablado de su padre!

—¿De su padre? —preguntó Morgennes, con la voz temblando de emoción.

—¡De Shirkuh!

—¡Gracias, ya sé quién es! Pero cómo es que...

—Escucha —dijo Azim—. ¡Es un verdadero milagro! Ha despertado gritando: «¡Padre!».

—¿Es todo? —preguntó Morgennes.

—Es todo —respondieron los otros.

—Nosotros rio le hemos dicho nada —añadió Azim.

—Y nunca le diremos nada —precisó Dodin el Salvaje.

—Es mejor para ella —dijo Galet el Calvo—. Por otra parte, aún tiene a su madre.

Morgennes le miró, sonrió vagamente y no hizo ningún comentario. Estaba de un humor tan sombrío que los tres hombres se apartaron para dejar que fuera con Guyana. Después de bajar la escalera del monasterio, se dirigió hacia la celda donde estaba acostada.

Guyana parecía en plena forma, y recibió a Morgennes con una amplia sonrisa.

—He soñado con mi padre...

—Tengo que hablarte —dijo Morgennes.

Pero, aunque Morgennes tenía buenas dosis de coraje, no las tenía todas. De modo que no encontró fuerzas para confesarse a Guyana. A pesar de que ya le había contado cómo había emprendido su búsqueda, por orden de Amaury, calló que había matado a su padre por orden del mismo hombre.

Pues si su corazón le gritaba que confesara, su razón le decía: «Sobre todo no lo hagas».

Fue él quien la escuchó a ella.

—Gracias por velar por mí —dijo Guyana rozándole las manos—. Tus amigos me han contado lo que has hecho. A veces tenía la sensación de que te oía hablar. Porque me hablabas, ¿verdad?

—Continuamente —dijo Morgennes.

Ella sonrió, encantada.

—No conozco a nadie tan noble y generoso como tú, lo eres todo para mí.

—No, por favor.

—¿Te he dicho lo que pensé al verte en el fondo del pozo?

Él le apretó la mano, y Guyana prosiguió:

—Que tú eras mi Dios.

Morgennes retrocedió, asustado.

—¡No digas eso!

—Sí, lo digo. ¡Porque entonces comprendí que había que ser dos para ver a Dios! Cuando estaba sola, ¿qué podía ver sino a mí misma, mi propio reflejo? Pero cuando bajaste al fondo del pozo, comprendí.

—No debes... —dijo Morgennes.

Guyana se volvió sobre la cama y señaló la draconita, colocada junto a su cabeza.

—Gracias por esto también. Sé hasta qué punto te importa.

En ese momento, él entrevió el medio de expiar una ínfima parte del mal que le había causado.

—Tómala. Es tuya.

—No —dijo Guyana—. Es un bien demasiado precioso, no puedo aceptarlo.

—Te la doy. Ya no es mía.

Guyana le ofreció de nuevo una de sus maravillosas sonrisas.

—¡No, si yo te la devuelvo!

Cogió la draconita y se la tendió a Morgennes. Él puso las manos sobre la piedra, que no reaccionó. Luego sus manos tocaron las de Guyana, y sus miradas se cruzaron. «¿Es eso? —se preguntó Morgennes—. ¿Así lo hicieron mis padres?»

Cerró los ojos y se acercó a Guyana, que se dejó besar.

«Todo vuelve a empezar», se dijo Morgennes, tendiéndose junto a ella.

El que solicita e implora piedad debe obtener gracia en ese mismo instante, a condición de que no se vea frente a un hombre sin corazón.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Ivain o El Caballero del León

Los insurrectos, que habían esperado que la muerte de Shirkuh desestabilizara Egipto, no tardaron en sufrir un desengaño. Pues tres días después del fallecimiento del viejo León, el califa al-Adid designó a un nuevo visir: Saladino. ¿Por qué esta elección, cuando el ejército de Shirkuh contaba con multitud de dignatarios más aptos para tomar el mando que el sobrino del general en jefe de Nur al-Din? Pues bien, precisamente porque de entre todos los pretendientes Saladino era el menos apto. Como sucede con frecuencia en estas situaciones, no son los mejores los que prevalecen, sino los más inofensivos, los que representan un peligro menor para el poder establecido.

Así, Saladino debía su puesto de visir a su aparente incompetencia y a que el califa había supuesto que no tendría ninguna dificultad en manipularlo. Era una equivocación de peso. Porque, por fortuna para el islam, la verdadera personalidad de Saladino floreció esplendorosamente, como si una de las mejores semillas depositadas por Alá en la tierra hubiera encontrado en el fango egipcio el más fértil de los terrenos. Apoyándose en su familia, los ayubíes, Saladino consolidó su posición comprando a los que estaban en venta y pasando al resto por el filo de la espada. Una vez en su puesto, renunció a los fastos del palacio del visir y tuvo buen cuidado de no mostrar más que desprecio por el lujo y las riquezas. Como Amaury, él no quería el dinero por el dinero, sino para hacer conquistas y consolidar su autoridad. Como le gustaba decir: «¡Quien se coloca por encima del dinero, se coloca por encima de los hombres!».

Finalmente, se ayudó de la religión.

Unos meses después de la muerte de Shirkuh, Saladino reservó el uso de los caballos exclusivamente a los musulmanes, mientras que los demás debían montar en burro o ir a pie. Un nuevo edicto obligó a los cristianos y a los judíos a llevar signos distintivos: cinturón amarillo para los judíos, blanco para los coptos y azul para los ofitas.

El momento de pasar a la segunda parte del plan de Amaury —organizar un importante levantamiento popular— había llegado. Gracias a cómplices introducidos en el interior del palacio califal, los rebeldes recibieron garantías de que podrían contar con el apoyo incondicional del califa al-Adid, que ya no sabía a qué santo encomendarse para que la situación no se le escapara definitivamente de las manos. Como Chawar ya no estaba allí para aconsejarle y Saladino había demostrado ser mejor político de lo previsto —y sobre todo menos manejable de lo esperado—, al-Adid había decidido arriesgar el todo por el todo y apoyarse en aquellos que desde siempre constituían la salvaguarda de Egipto: los coptos y la guardia negra.

Morgennes y Azim habían elegido la fecha de la sublevación: sería en los primeros días de primavera, en el mes de mayo. En este período, la crecida empujaría las aguas del Nilo hasta los muros de numerosos edificios levantados en sus orillas, lo que dificultaría los movimientos de los sunitas, menos acostumbrados que los egipcios a desenvolverse en un terreno inundado. Por otra parte, los rebeldes tenían intención de asociar los beneficios ligados a la próxima crecida del Nilo con el triunfo de su operación. Para los sunitas, las calles enlutadas de negro y el invierno; para los egipcios, la primavera y la resurrección de su patria —aunque estuviera de nuevo en manos de los francos—. En los jardines, la hierba volvería a crecer; en los árboles, los pájaros cantarían de nuevo, y por todas partes el suave olor del limón expulsaría la pestilencia damascena.

Amaury había puesto en guardia a los rebeldes: «El éxito táctico no garantiza nada. Evitad hacer uso de vuestras armas. Y sobre todo, actuemos de forma solidaria».

Todo estaba dispuesto. Ya solo quedaba informar al rey del día preciso de la revuelta; día en el que los francos debían acudir a El Cairo. Porque sin el apoyo de su caballería, los rebeldes no resistirían mucho tiempo frente a las tropas de Saladino.

Por desgracia, cuando un mensajero disfrazado de mendigo abandonó El Cairo para dirigirse a Jerusalén, el azar quiso que su camino se cruzara con el de Taqi ad-Din y el antiguo guardia de corps de Shirkuh, un mameluco llamado Tughril.

—Fíjate —dijo este último a Taqi—. ¿No te parece que este hombre lleva unas sandalias demasiado hermosas para ser un mendigo?

—Tienes razón —respondió Taqi.

—¡Eh, tú, acércate! —gritó Tughril al mensajero.

Este obedeció, temblando como un azogado. Había cometido un error. Aunque se había preocupado de vestirse con harapos, no había pensado que sus sandalias —totalmente nuevas— llamarían la atención. Y era precisamente allí donde se encontraba oculto el mensaje secreto.

El desgraciado fue conducido al palacio del visir, donde Saladino le ordenó que se descalzara.

—¿Ocultan algo que yo deba conocer? —le interrogó Saladino, sosteniendo las sandalias en la mano.

—No, mi señor —mintió el mensajero con tanto aplomo como pudo.

Saladino pidió a Taqi que le prestara su puñal y empezó a descoser la suela de las sandalias. Apareció un pergamino. Saladino lo leyó con evidente interés.

—¡A fe mía que Alá está con nosotros! ¡Porque este plan es excelente!

Se volvió hacia dos de sus guardias y les señaló al insurrecto:

—¡Que lo descuarticen!

El mensajero cayó de rodillas ante Saladino implorando piedad.

—Muy bien —declaró Saladino—. No salvarás la vida, porque has tratado de ocultarme la verdad, pero como soy bueno, no te impondré un sufrimiento excesivo.

—Gracias, mi señor —clamó el insurrecto besándole los pies.

—Que lo descuarticen con ocho caballos en lugar de con cuatro —ordenó Saladino.

—¡Piedad, esplendor del islam! ¡Tengo un hijo y una mujer!

—Y yo tenía un tío —replicó Saladino, que empezaba a sospechar que tal vez Shirkuh no había muerto de una indigestión—. ¡Lleváoslo de aquí!

Luego, llevándose aparte a Tughril y a Taqi, les dijo:

—¡Reunid a vuestros mejores hombres, id a bloquear las salidas de los cuarteles egipcios y prendedles fuego! Cuando los guardias negros sepan que los edificios donde viven sus familias están ardiendo, se apresurarán a acudir. ¡Entonces no tendréis más que cogerlos con nuestros arqueros! ¡Ejecución!

Tughril y Taqi hicieron una reverencia y salieron a preparar la contrainsurrección. Solo en la sala, Saladino pasó revista a los acontecimientos de los últimos meses. ¿El fallecimiento de Shirkuh...?

—Un envenenamiento, sin duda.

¿Y la muerte de la «mujer que no existe»? Se acarició la barbita de chivo que le crecía en el mentón y llamó:

—¡Guardias!

Dos soldados acudieron.

—Volved a traerme al mensajero. Tengo algunas preguntas que hacerle.

Mientras sometían a tortura al desgraciado copto, los hombres de Saladino incendiaron los cuarteles de las tropas que habían permanecido fieles a al-Adid. Estos cuarteles eran grandes edificaciones de adobe, que una antorcha y varias jarras de nafta convirtieron rápidamente en braseros ardientes. Una oleada de pánico cundió entre las filas de los guardias negros, que volvieron a sus viviendas a toda prisa. Creyendo primero que se trataba de un incendio accidental, no desconfiaron. Pero cuando una de sus cuadrillas cayó por las flechas de los soldados de Damasco,

decidieron sublevarse sin esperar a los francos. Los coptos les imitaron. Y luego Morgennes, Galet el Calvo y Dodin el Salvaje.

Sin el apoyo de los francos, era casi imposible triunfar. Sin embargo, gracias a su coraje y a su determinación, los insurrectos habrían podido imponerse si el califa no les hubiera retirado su apoyo en el último momento.

—¡Ese perro! —exclamó, rabioso, Dodin el Salvaje—. ¡En lugar de ayudarnos, ha hecho que su guardia personal aniquilara a sus propias tropas!

—Para quedar en buen lugar ante Saladino —dijo Morgennes.

La insurrección estaba a un paso del fracaso.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Galet el Calvo.

—Hay que batirse en retirada. Solos, no tenemos fuerza suficiente para resistir.

—Alguien ha debido hablar, o bien el mensajero se ha dejado atrapar —añadió Dodin.

—Sin Amaury, estamos perdidos.

—Partamos —dijo Morgennes.

Los tres hombres retrocedieron en dirección a Fustat, zigzagueando entre edificios que ya no eran más que hogueras. El calor era tan intenso que enturbiaba el aire. Dodin el Salvaje y Galet el Calvo tenían dificultades para respirar. Este último, el mayor de los templarios, se había quedado atrás.

—¡Dodin! ¡Morgennes!

Morgennes aflojó el paso. Era la voz de Galet el Calvo. ¿Dónde se había metido?

—¡Dodin! ¡Morgennes!

Morgennes se volvió hacia Dodin el Salvaje, que corría a su lado.

—Dile a Azim que huya. Yo voy a buscar a Galet.

—Pero...

—No discutas. Es una orden.

Morgennes parecía tan decidido que Dodin salió disparado en dirección al monasterio de San Jorge, donde esperaba el jefe de los insurrectos. Allí encontró a Azim y le dijo:

—¡Todo está perdido! ¡Hay que escapar!

Manteniendo su sangre fría, Azim declaró:

—No sin Morgennes y Galet.

—Pero el propio Morgennes...

—Marchaos si queréis, pero yo esperaré a Morgennes.

Un crujido atrajo su atención. En el marco de la puerta se dibujaba una forma. Pálida, vestida de blanco como un fantasma. Era Guyana. Viendo la expresión turbada de los dos hombres, preguntó:

—¿Morgennes está en peligro?

—¡Por aquí! —gritó Galet el Calvo—. ¡Morgennes, a mí!

El viejo templario se encontraba bajo un muro derrumbado. El fuego estaba tan cerca que sus ropas empezaban a chamuscarse. Morgennes corrió hacia él, y una visión cruzó por su mente. La de un niño vadeando un río helado. ¿Había llegado el momento de las explicaciones? ¿El momento de la revancha?

—¡Morgennes, sálvame!

Morgennes miró a Galet, y de pronto se sintió incapaz de ayudarlo.

—No puedo...

—¡Ayúdame!

Morgennes tuvo una nueva visión. La de Galet, aún joven, cargando contra su padre y su hermana, con la lanza apuntando hacia delante.

—¿Por qué?—preguntó Morgennes a Galet.

—¿Por qué, qué?—susurró el viejo jadeando.

—¿Por qué mataste a mi hermana y a mis padres?

—Pero ¿de qué estás hablando? ¡Estás loco! ¡Sálvame! ¿No ves que mis calzas se están quemando? ¡Tengo las piernas ardiendo! ¡Piedad, piedad!

Morgennes se arrodilló junto al viejo templario y miró a derecha e izquierda. En torno a ellos las llamas eran tan altas que formaban nuevos muros, incandescentes.

—¿Por qué debería salvarte precisamente yo? —preguntó Morgennes bajando la cabeza—. No he sido yo quien te ha colocado bajo este muro. Ha sido él. ¿Por qué no le pides que te ayude?

—¿Él? ¿Quién es él?

—Tu Dios.

—¿De qué hablas? —sollozó Galet el Calvo, con las mejillas bañadas en lágrimas—. ¿No somos amigos?

—No lo sé —dijo Morgennes adelantando la mano hacia la pierna de Galet, por donde corrían las llamas.

—¡Y yo que lo había creído!

Morgennes no dijo nada. Abría y cerraba la mano sobre las llamas sin sentir aparentemente ningún dolor, dejando pasar entre sus dedos cuatro Mamitas que parecían las cuatro pequeñas lenguas de una hidra en miniatura.

—¿Qué sortilegio es este? —resopló Galet.

Entonces comprendió que estaba condenado y le escupió:

—¡No me equivocaba en el Krak de los Caballeros! ¡Eres el hijo del Diablo! ¡Confíesalo!

—Si para ti el Diablo es un hombre apacible, entregado a su trabajo, a su mujer y a sus dos hijos, entonces sí, el Diablo es mi padre. Y puedes estar contento, porque fuiste tú quien lo mataste, tú y otros cuatro caballeros.

—Pero ¿de qué hablas? ¡Creí que sentías rencor hacia mí a causa de la babucha

de Nur al-Din! ¡Cógela! ¡Es tuya! ¡Te la doy!

—¿Aún no lo entiendes?

—¡No! —exclamó Galet en su agonía.

—¿Recuerdas a cinco caballeros que en otro tiempo atacaron a una pobre mujer que vivía apartada del mundo con su marido herrero, su hija y su hijo?

—¿De modo que eras tú?

—Éramos nosotros.

—Entonces moriré. Porque, sí, pequé. Pero te pido que me perdones, Morgennes. Porque lo que hice, lo hice por Dios.

—Que ahora te lo paga.

—¡Era joven, Morgennes! Creía hacer el bien. ¡Castigar a un traidor que había tenido la audacia de renegar de su fe para emparejarse con una perra judía!

Se escuchó un crujido más ensordecedor que los anteriores. Cayeron piedras al suelo. Una lluvia de pez se pegó a las ropas de Morgennes y de Galet, chisporroteando sobre los cascos, los yelmos, perforando la carne de Galet, pero dejando casi indemne la de Morgennes.

—¡Perdóname!

—No puedo —dijo Morgennes—. ¿Crees que he olvidado? No he olvidado nada, el dolor es tan vivo como entonces.

Un haz de chispas le salpicó el rostro, causándole —por primera vez en su vida— una profunda quemadura. Se llevó la mano a la cara y sintió algo pegajoso. ¿Su carne?

—Pide a Dios que te perdone, Galet. Yo no tengo ese poder.

Galet el Calvo había cerrado los ojos. Esperaba la muerte. Luego, al ver que Morgennes se levantaba y se alejaba de él, murmuró entre estertores:

—Te perdono. Que Dios pueda perdonarte también.

Morgennes se marchó corriendo. En torno a él todo ardía. Los seres y las cosas, los animales, los vegetales. Pero, en su cabeza y en su alma, era invierno y él corría por el bosque.

Estaba impaciente por llegar al río.

No habían pasado tres meses cuando Soredamour recibió en su seno la simiente de hombre, que fructificó hasta su término.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

El Nilo es una serpiente.

Un inmenso dragón cuya cabeza está en Alejandría y la cola, en lo desconocido. Porque a su cola corresponde la fuente del Nilo, que nunca ha sido descubierta.

—Si hay que creer al Génesis —dijo Morgennes a Guyana, encendiendo una vela en la cabina del falucho en el que navegaban desde que habían huido de El Cairo—, el Nilo sería uno de los cuatro brazos del inmenso río creado por Dios para regar el Paraíso.

Se volvió hacia Guyana, le pasó la mano por los cabellos y la atrajo dulcemente hacia sí.

—Pero es solo una hipótesis. Para los ofitas, el Nilo es la Serpiente que en otro tiempo tentó a Eva. Un Dios al que conviene adorar, ya que al ofrecer el saber a la humanidad, la liberó de la esclavitud.

—Para mí, el Nilo es nuestro amor —murmuró Guyana.

—Para mí también —dijo Morgennes.

El falucho se deslizaba ahora, desde hacía varios días, hacia el sur, hacia la ciudad de Cocodrilópolis —actualmente llamada Abu Simbel—, donde los ofitas habían tenido su base en tiempos remotos.

—¿No es peligroso ir allí? —preguntó Guyana, mirando cómo la luz de la luna caía como una lluvia de oro sobre las aguas centelleantes del río.

—Según Azim, no. Porque ya no quedan ofitas en Cocodrilópolis desde que Egipto fue conquistado por los árabes, es decir, desde hace cinco siglos. La ciudad está en manos de los chiítas, que siguen resistiendo a Saladino. Desde allí podremos reemprender la lucha.

Guyana no hizo ningún comentario. Pero para ella aquella lucha era vana. Posó la mano sobre la draconita que se encontraba a su lado y dijo a Morgennes:

—La he mirado bien, y la encuentro cada vez más extraña.

—¿Por qué?

—En su interior he visto una especie de renacuajo, como un dragón en miniatura,

sin las alas...

Morgennes cogió la piedra y la observó. Efectivamente, en ella se movía una forma, mezcla de blanco, gris, negro y oro, pero de ahí a ver un renacuajo...

—Lo siento, pero no veo nada.

Guyana sonrió y añadió:

—No es eso lo más extraño. Lo más extraño es esto.

Hizo girar la piedra en sus manos, bajo los ojos de Morgennes. Pero él seguía viendo la misma forma, como si la piedra no se hubiera movido.

—Lo sé, efectivamente es muy extraño —dijo Morgennes—. Por más que la gires una y otra vez en todos los sentidos, siempre se ve lo mismo.

—Las leyes de nuestro mundo no cuentan para ella.

—¿Y tú? ¿Qué ves?

Guyana hundió su mirada en la de Morgennes y le dijo:

—A una magnífica niña.

Morgennes se quedó sin aliento.

—Y si te pidiera en matrimonio, ¿aceptarías?

—¿Me lo pides?

En ese momento llamaron a la puerta, y Azim les dijo:

—Hemos llegado. Preparaos para desembarcar.

Unos instantes más tarde, un puñado de ex insurrectos agotados llegaron al puerto, medio en ruinas, de Cocodrilópolis. El cielo era de color malva y la luna de un tono cremoso. Guyana miró alrededor, sujetó la orla de su vestido con una mano y le dio la otra a Morgennes, que la ayudó a poner pie a tierra. Sus pasos resonaron tristemente sobre los bloques de piedra agrietados del pontón, donde estaban pudriéndose algunas barcas de caña.

—No me gusta este lugar —dijo Guyana—. Está demasiado tranquilo.

—La calma que precede a la tempestad —dijo Azim acercándose, con una cuerda en la mano.

Después de atar la cuerda a un poste, abrió los brazos y declaró:

—Sabed, amigos míos, que aquí empieza y termina todo. Estamos en el punto de confluencia de los dos Egiptos, el bajo y el alto. Aquí se entrelazan los misterios y todo puede bascular. De modo que prestad atención. Antiguos dioses nos observan.

Como para apoyar sus palabras, los gritos de las grullas resonaron en el aire.

Dodin el Salvaje desembarcó a su vez, con el único acólito de Azim que había escapado a la matanza. Los dos hombres llevaban una silla, sobre la que iba sentada la mujer de Azim.

—No la dejéis caer —dijo el viejo copto.

—No os preocupéis —replicó el acólito.

Dodin, por su parte, no dijo nada. No había abierto la boca durante todo el viaje, y seguía lamentando la pérdida de su viejo amigo, Galet el Calvo. Galet, del que había sido escudero. Galet, que le había armado caballero. Galet, que ya no estaba con él.

«¡Vengaré tu muerte!»

De vez en cuando acariciaba el mango de su corta daga —esa misericordia encontrada en Francia que había sido su primer trofeo—. Morgennes a menudo le había preguntado por ella: «¿De dónde procede? ¿Quién te la dio? ¿Fue un niño? ¿Una niña...?».

Dodin siempre había evitado responderle. Incluso cuando su relación había mejorado. Porque en las preguntas de Morgennes había algo que no podía definir, una forma de insistir que le daba escalofríos. La misma sensación que había sentido un día cuando una serpiente le había rozado el pie. Y Dodin detestaba a las serpientes y a todo lo que se les parecía. Incluidos los cocodrilos. Por eso no tenía ningunas ganas de permanecer en Cocodrilópolis, por más que se hubiera convertido en Abu Simbel y estuviera habitada por gente normal.

Después de haber dejado a la mujer de Azim en la orilla, volvió la mirada hacia la vaga línea verde que bordeaba el acantilado, un poco más al sur, marcando el inicio de la jungla y de los territorios desconocidos.

—Busquemos con qué abastecemos —dijo—. Y luego larguémonos a lomos de camello hacia el mar Rojo. Después remontaremos hacia Aqaba, y de allí hacia el Pontus Euxinus y luego a Jerusalén. No debemos permanecer aquí. Egipto y todos sus dioses, antiguos y nuevos, sus faraones, sus animales, se nos echarán encima.

—Sobre todo es Saladino quien podría echársenos encima —dijo Azim—. Según mis informaciones, ha enviado una decena de faluchos en nuestra persecución.

—Razón de más para que no prolonguemos nuestra estancia aquí —añadió Dodin.

Desde su huida precipitada de El Cairo, sus cabellos se habían vuelto totalmente blancos. Su mirada, su boca, que en otro tiempo daban a su rostro una expresión sumamente cruel, parecían ahora marcadas por el agotamiento más que por el odio. Dodin el Salvaje se había convertido en Dodin el Fatigado. El derrengado. Estaba tan cansado que, como solía decir: «Ni siquiera sentado me tengo en pie». Dodin no era nada sin Galet. El templario no quería dar vueltas a la pregunta —no ahora—, pero sabía que un día u otro tendría que responder a ella: «¿Qué pasó en El Cairo entre Morgennes y Galet? ¿Cómo murió Galet?».

Después de que los hombres hubieran abandonado el falucho, les tocó el turno a los monos. Durante el viaje, los animales se habían relevado en la popa, en la proa y en la punta del mástil para desempeñar el papel de vigías, con una mano sobre los ojos, escrutando el horizonte para dar la señal de alerta en caso de peligro.

Pero no había habido ningún peligro. Apenas una vaga presencia de cocodrilos

aquí o allá, pero nada demasiado inquietante.

Una vez en tierra, Frontín se puso a bailar saltando de un muelle a otro, trepando al hombro de Azim, volviendo a bajar, tirándole del manto, corriendo a ver a Morgennes, escupiéndole al oído entre chillidos.

—¡Lo siento, Frontín, pero no hablo tu lengua!

Azim rió. Guyana les miró, afligida.

—Se diría que trata de decirnos algo.

—Si Gargano estuviera aquí, nos diría qué. Porque pretendía conocer el lenguaje de los animales —añadió Morgennes.

Al oír el nombre de Gargano, Frontín dio unas palmadas e hizo una pirueta.

—Gargano —repitió Morgennes.

Frontín corrió en todas direcciones, más excitado que nunca. Arengó a los demás monos, que sujetaron a Morgennes por las calzas, para invitarle a seguirlos. Morgennes abrió los brazos y dijo:

—¡Está bien, está bien! ¡Os sigo!

Dejándose guiar por los monos, atravesó una ciudad sorprendentemente desierta y llegó al pie de una enorme escalinata. Bordeada de estatuas de dioses con cabeza de cocodrilo, la escalera ascendía hacia una catarata que hacía de frontera entre la ciudad y la jungla. Los escalones eran tan antiguos que probablemente databan de la época heroica en la que los faraones iban a descansar a Cocodrilópolis. Pero un detalle intrigaba a Morgennes. Virutas de madera aparecían esparcidas aquí y allá sobre las losas gigantes. ¿Qué era aquello? Cogió una entre los dedos y la reconoció enseguida.

—¡Madera de gofer!

Una madera extremadamente rara, que solo salía citada en la Biblia. Se trataba de la madera con la que Noé había construido el arca. Y Morgennes ya la había visto antes. ¿Dónde? En el museo de Manuel Comneno, en Bizancio. Recordaba aquella gran sala y las mazas de los nefilim.

Volviéndose hacia sus compañeros, les dijo:

—Gargano y la Compañía del Dragón Blanco han pasado por aquí. Tal vez a bordo del Arca de Noé...

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Dodin.

—Tengo mis fuentes —dijo Morgennes.

Dodin le dirigió una mirada suspicaz, y la tensión aumentó.

—Tal vez tenga una idea —dijo Azim.

Todos callaron para escucharle.

—¿Sabéis qué hay al otro lado de esta ciudad?

—No.

—Sí —dijo Morgennes—. Un gran vacío. Un blanco inmenso, y tal vez el Paraíso. Según Herodoto y Tolomeo, está el Nilo, varios saltos de agua importantes,

pantanos, y luego... Las escasas expediciones que se aventuraron a adentrarse en este territorio nunca volvieron. Pero, según Martín de Tiro, el explorador que llegó más lejos remontando el Nilo, allí se encuentran unas gigantescas montañas. Y en particular la de la Luna, cuyas dimensiones no tienen nada que envidiar a las de los montes Caspios.

—¿Los montes Caspios? —preguntó Dodin—. Ahí embarrancó el Arca de Noé. Y ahí también, dice la leyenda, el Cielo y la Tierra se tocan. Se afirma incluso que las inmediaciones del Ararat están defendidas por miríadas de dragones y que en su cima se encuentra una de las entradas que conducen al Paraíso.

Morgennes descartó esas sandeces con un gesto de la mano y declaró:

—¡Pamplinas! Yo lo sé, he estado allí. Y no había nada de eso.

—¿De verdad? —inquirió Azim—. ¿No hay dragones? Es decepcionante...

—No hay dragones —aseguró Morgennes—. Excepto en pintura.

—¿Y tampoco hay Paraíso? —preguntó Guyana esbozando una sonrisa.

—Sí lo hay, yo lo he encontrado. Pero ha sido en tus brazos —respondió Morgennes abrazándola.

—Qué gentil —replicó ella.

—Vosotros dos deberíais pensar en casaros —dijo Azim.

Morgennes y Guyana no respondieron, pero las sonrisas que intercambiaron eran más expresivas que un consentimiento. Azim ya se veía celebrando su unión, una unión ciertamente curiosa, que tendría por testigos a media docena de monos, un acólito, una mujer y un templario. Pero cuando Morgennes y Guyana buscaron a Dodin, no lo encontraron por ninguna parte. ¡Había desaparecido! Algunas huellas en el polvo hacían pensar que había seguido los pasos de Gargano y la Compañía del Dragón Blanco y se había internado en la jungla.

—¿Qué ha ido a hacer? —preguntó Guyana.

—Paciencia, amiga mía —dijo Morgennes—. Lo sabremos muy pronto, porque a partir de mañana, al alba, iremos tras él. Si quiere partir primero, que lo haga. Comprendo que tenga necesidad de estar solo, porque aún debe dar cumplimiento a su duelo.

—Como tú a tus deberes hacia tu rey...

Guyana le acarició el rostro, cerca de la pequeña marca blanca que tenía en el mentón. De pronto Morgennes sintió que aquel roce le quemaba, pero apenas se estremeció.

—He saldado mi deuda con Amaury —dijo pensando en la muerte de Shirkuh—. Ya no le debo nada.

—De todos modos —dijo Azim a Guyana—, él os cree muerta.

—¿Muerta?

—Todo el mundo, de Damasco a El Cairo, pasando por Jerusalén, os cree muerta.

Solo nosotros sabemos que todavía estáis con vida.

—Sea, pues. Poco me importa estar muerta, si es para ser la mujer de Morgennes.

Y así, en la dulce quietud de una ciudad desierta, en el crepúsculo, Morgennes y Guyana dieron su consentimiento bajo un paño de seda negra que cada uno sostenía con una mano, mientras apretaba con la otra la del ser amado.

—Que nada os separe nunca, sino que, al contrario, todo os acerque, tanto las alegrías como las pruebas.

—Nada nos separará nunca —dijo Guyana—. Ni las alegrías ni las pruebas.

—Ni la muerte —añadió Morgennes.

Inclinándose hacia Guyana, le dio un beso y luego le soltó la mano para acariciarle el rostro. ¡Qué suave era su piel! Sentía ganas de llorar. La joven había bajado los párpados, y Morgennes la miraba, tratando de apoderarse de su imagen, como si temiera perderla; o peor, olvidarla.

—Nunca te olvidaré —le dijo—. Te lo juro.

Sin responderle, Guyana le devolvió los besos, tratando de recuperar la mano de Morgennes, secretamente afligida de que la hubiera soltado, ya que veía en ello un mal presagio. Manteniendo siempre sobre ellos el paño de seda negra, que era como el eco de aquel bajo el cual habían permanecido escondidos en el fondo del pozo donde estaba Dios, se besaron una y otra vez.

Azim recitó unas oraciones, lamentando no tener a su disposición más que una docena de bastones de incienso para celebrar la unión y alejar a los mosquitos. «Habría necesitado doce mil.» A falta de algo mejor, dio dos bastoncillos a su mujer, a su acólito y a cada uno de los monos, pidiéndoles que los sostuvieran en el aire, tan rectos como pudieran. Las finas columnas de humo azulado se elevaron directamente hacia el cielo, porque no soplaban ni una pizca de viento. Todo estaba en calma, y desde las alturas de la antigua Cocodrilópolis, allí donde se extendía la jungla, los rugidos de las bestias salvajes recordaban a nuestros amigos que solo estaban gozando de una breve tregua. El peligro seguía rondando.

Morgennes, por su parte, escrutaba los diferentes horizontes sin dejar de besar a Guyana. Miraba el cielo y la tierra, y veía cómo una gran fosforescencia blanca iluminaba la jungla hacia la que habían partido Gargano, la Compañía del Dragón Blanco y Dodin, y por donde ellos avanzarían al día siguiente. ¿Qué había más al sur? Morgennes recordó las numerosas leyendas que Azim le había contado sobre esta «Tierra Quemada», este país primitivo de donde venían las «Aguas de Ninguna Parte» y que era para los antiguos el País de los Dragones.

En efecto quiero pasar por muerta.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

En cuanto salió el sol, ascendieron por la gran escalinata que conducía del puerto de Cocodrilópolis a la jungla. El pequeño grupo avanzaba decidido bajo las miradas de las inmóviles estatuas de cocodrilos; no se veía ni rastro de vida en torno a ellas.

—¿Por qué no hay nadie? —preguntó Guyana inquieta.

—Los habitantes han debido de subir al Arca, para volver al país de la que fue su primera reina —dijo Morgennes, señalando el templo, vacío también, de la reina Hatshepsut—. En otro tiempo fue la reina de Saba.

Azim acarició a Frontín, que se había encaramado a su hombro, y declaró:

—Tal vez no sea muy prudente continuar. Si el propio Gargano consideraba que este era un lugar demasiado peligroso para llevar a Frontín, ¿quiénes somos nosotros para atrevernos a correr ese riesgo?

—Deberíamos separarnos —dijo Morgennes.

—No —dijo Guyana, apretándole la mano con más fuerza.

—Sin embargo, Morgennes tiene razón —dijo Azim—. Haya lo que haya ahí delante, sin duda no es lugar para una dama.

—Ni para un religioso —añadió doctamente el acólito.

—Este no es lugar para nadie —dijo Morgennes—. Por eso iré solo. Vosotros me esperaréis aquí. Decidiremos qué debemos hacer a mi vuelta.

—¡Mirad! —exclamó el acólito.

Con el dedo apuntaba en dirección al Nilo, detrás de ellos, y más concretamente en dirección a una decena de faluchos que remontaban el río a gran velocidad.

—¡Los egipcios!

—Yo diría más bien los damascenos —suspiró Azim.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el acólito.

Morgennes se llevó la mano de Guyana a los labios y depositó un beso en ella. Luego la besó en la frente, la estrechó una vez más contra su pecho y le dijo:

—Volverás a bajar esta escalera.

—Quiero quedarme contigo.

—Esperarás a que los soldados de Saladino desembarquen. Les dirás quién eres, y

quién era tu padre.

—No te abandonaré.

—Chiss —dijo Morgennes—. Es una orden.

—No. No tengo por qué obedecerte.

—Es por tu bien —cortó él.

Le apartó un mechón de cabellos, pero una ligera brisa los hizo colgar de nuevo sobre su frente. Morgennes esbozó una sonrisa. Aquel mechón estaba hecho a imagen de su mujer. Dulce, bella... ¡pero voluntariosa y decidida!

—Escucha —le dijo—. Los soldados de Saladino pronto desembarcarán. Si te ven conmigo, nos matarán a los dos. En cambio, a ti no te matarán. Azim es demasiado importante para que lo eliminen. Se rendirá y le harán prisionero. Y a vos también —dijo al acólito.

—Dicen que Saladino sabe mostrarse clemente con sus adversarios —comentó este último.

—Y si nos interroga, le diremos que moriste durante la insurrección —añadió Azim.

—Perfecto —dijo Morgennes.

—No —replicó Guyana—. Para mí la vida no tiene ningún sentido si no estamos juntos.

Viendo que no cedería, Morgennes decidió confesarle que era él quien había matado a su padre. Pero justo en ese momento, una voz detrás de ellos gritó:

—¡Él mató a vuestro padre!

—¿Cómo? —exclamó Guyana.

Todos volvieron la mirada hacia lo alto de la calzada, por donde bajaba Dodin el Salvaje, con una lanza en una mano y un zurrón en la otra.

—Morgennes mató a Shirkuh —repitió fríamente.

Guyana se volvió hacia Morgennes, con los ojos empañados de lágrimas y los labios temblorosos.

—¿Es verdad?

Morgennes apartó la mirada. Entonces ella le tocó el mentón y le imploró:

—Pero tú no lo sabías, ¿verdad? ¿No sabías que era mi padre?

Morgennes le cogió la mano y la apretó con fuerza, con todo su amor, porque sabía que podía ser la última vez que la estrechaba.

—¿Lo sabías? ¿Lo sabías? —repitió Guyana.

Pero ya no era una pregunta. Empezaba a adivinar la verdad.

—¡Sí, lo sabías! Pero ¿por qué no me dijiste nada? ¿Por qué cuando me desperté... ?

—Tuve miedo —confesó Morgennes.

—¿Miedo? Pero ¿de qué?

—Miedo de tu reacción. Miedo de que no me amaras.

No pudo acabar la frase. Guyana le había abofeteado. Notó un fuerte dolor en toda su mejilla, una quemadura más dolorosa aún que la de las llamas de Fustat.

—¡Asesino! ¡Mentiroso! ¡Ya no te conozco! ¡Ya no existes para mí! ¡Y muerta por muerta, consideraré que tú también estás muerto!

Estalló en sollozos, se ocultó el rostro entre las manos y descendió los peldaños de la gran escalinata en dirección al puerto y a los faluchos egipcios.

—Cuida de ella —dijo Morgennes a Azim—. Tal vez sea mejor así.

—Prometido —dijo Azim abrazando a Morgennes.

—¡Tenemos que apresurarnos! —exclamó el acólito.

En efecto, un primer falucho acababa de arribar a puerto y los soldados ya desembarcaban. El acólito se removía inquieto. En torno a él, los monos —excepto Frontín— saltaban en todas direcciones, impacientes por largarse de allí.

—¡Marchaos! —dijo Morgennes.

Entonces Azim escupió en la cara a Dodin el Salvaje y volvió hacia el Nilo. Mientras se alejaba, Morgennes vio a Frontín balanceándose en su hombro. El monito agitó la mano para decirle adiós y luego se acurrucó contra el cuello de Azim. Parecía muy triste.

Finalmente, Morgennes se acercó a Dodin y le dijo:

—No nos quedemos aquí.

Los dos hombres alcanzaron rápidamente el extremo superior de la gran escalinata, que daba a una enorme vía abierta en la jungla, por la cual —a juzgar por su aspecto— una gran embarcación había pasado varios meses atrás. Probablemente durante la crecida del Nilo.

Antes de adentrarse en la maleza, Morgennes se volvió por última vez hacia la mujer de su vida, prometiéndose que se reuniría con ella después de haber expiado su culpa.

Ahí estaba, como una minúscula ramita vestida de blanco temblando en el aire de la mañana, no a causa de la niebla, sino porque Morgennes lloraba.

Estos eran los últimos recuerdos que Morgennes tenía de Guyana. Se juró que nunca los olvidaría; en ese instante se sentía feliz de tener tan buena memoria, pero también comprendía hasta qué punto era importante olvidar. Porque esperaba, justamente, que con el tiempo Guyana olvidara. No podía continuar así, perseguida por el fantasma de un padre que nunca había conocido. Sin duda, cuando su hija naciera, querría que conociera a su padre.

Entonces él volvería.

Mientras tanto caminaba entre la espesura con Dodin. Este último también estaba de un humor sombrío. Mientras se abrían paso entre la maraña de lianas y de ramas

que obstaculizaban su avance, Dodin preguntó:

—¿Por qué no me has matado?

—¿Debería haberlo hecho?

Dodin le dirigió una mirada aviesa.

—Es culpa mía que Guyana te haya abandonado.

—Y debo darte las gracias por ello. Es lo que quería. De todos modos iba a decirle la verdad.

Morgennes apartó una rama, que se dobló y luego se partió ante él.

—No fue un accidente, ¿verdad? —prosiguió Dodin atacando con su espada una liana tan gruesa como el tronco de un árbol—. ¿Encontraste a Galet y le dejaste morir en medio de las llamas?

Morgennes no le respondió. El aire era húmedo y cálido. Diversas sustancias se aglutinaban en él, haciendo penoso el simple hecho de respirar. Morgennes y Dodin no podían evitar tragar mosquitos, incluso por la nariz.

—Eres un mentiroso y un traidor —balbució Dodin—. Incapaz de ser fiel a nada ni a nadie. Traicionaste a Amaury, robándole a su futura mujer. Luego mentiste a Guyana sobre su padre. Y después dejaste morir a un anciano, un amigo, en medio de las llamas. Dime, ¿por qué no me has traicionado?

Morgennes se acercó a Dodin, le sujetó del brazo y se lo torció hasta hacerle soltar la espada. Luego la cogió y la abatió contra la gruesa liana que Dodin intentaba cortar; la partió de un tajo. Finalmente se desembarazó de su cadena, refunfuñando:

—Aquí no me sirve de nada. Conserva tu lanza, yo cogeré tu espada.

—Aún no me has respondido —dijo Dodin secándose la frente con la manga—. ¿Por qué no me has matado?

Morgennes se detuvo y se volvió hacia Dodin.

El desgraciado parecía un miserable insecto, un guiñapo a punto de ser triturado, aplastado. Se diría que estaba esperando el golpe fatal. ¿Quería morir?

—¿No lo has comprendido aún? —le preguntó Morgennes.

—No, sigo sin comprenderlo. Y yo también soy como tú. Necesito saber.

Dodin, con la cabeza rodeada de una nube de mosquitos, tenía los ojos rojos, bordeados por grandes cercos negros, y su camisa estaba empapada de sudor.

—Al igual que no maté a Galet —dijo Morgennes—, no te mataré a ti. Pero si se me presentara la oportunidad de salvarte, no lo haría. Tu Dios se encargará de eso.

—¡Estás loco! Creía que éramos amigos. ¿Aún me guardas rencor por la babucha que te cogí en el Krak de los Caballeros? ¡Creía que era una historia olvidada!

—¿Olvidada? Eso es fácil de decir. De todos modos no se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué?

Mientras Dodin le escuchaba con los ojos muy abiertos, Morgennes se lo contó todo: su infancia, la llegada del invierno y de los cinco caballeros, la travesía del río

helado, y luego la muerte de su padre y de su hermana. Al acabar el relato, estaba tan sudoroso como Dodin. Este último había escuchado con atención, y cuando Morgennes hubo acabado, exclamó:

—¡Hace tanto tiempo de esto! Casi lo había olvidado. Pero sí, es cierto. Estaba allí, lo confieso.

Parecía cansado, abatido, y ni siquiera trataba de espantar a los mosquitos que le atacaban.

—Queda tan lejos —continuó—. Hará unos treinta años. Hacia 1146. Mis camaradas y yo nos dirigíamos a Tierra Santa, para combatir al lado de Luis VII. Sagremor el Insumiso, Galet, Jaufré Rudel, Reinaldo de Châtillon y yo mismo.

—¿Sagremor el Insumiso, el Caballero Bermejo, estaba con vosotros?

Dodin inclinó la cabeza, mirándose los pies, ocultos por las altas hierbas.

—¿Y Jaufré Rudel, el trovador?

—Sí. Pero este último descubrió, una vez llegado a Tierra Santa, que estaba más dotado para rimar y amar que para combatir. Por eso lo recluíamos: ¡para que cantara nuestras alabanzas! Volvió rápidamente a Francia, donde, según me han dicho, se convirtió en trovador.

—En efecto —dijo Morgennes, que recordaba muy bien a Jaufré Rudel, con quien se había cruzado en Arras—. Pero ¿quién es Reinaldo de Châtillon?

—Era nuestro jefe. En esa época acababa de entrar en el Temple y llevaba su uniforme. Luego le expulsaron.

Comprendiendo que ese era el hombre a quien de niño había tomado por Dios, con su armadura resplandeciente y su capa adornada con una cruz, Morgennes preguntó:

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Con los mahometanos. Le tienen prisionero desde hace casi veinte años, en sus calabozos de Alepo. No sé si le liberarán algún día. Lo detestan. Por otra parte, todo el mundo le odia. Con el tiempo, incluso Galet y yo acabamos por aborrecerle. Es un loco. Un fanático peligroso, ávido de gloria y de riquezas. Fue él quien tuvo la idea de aniquilar a los tuyos. ¡Compréndeme, tu padre vivía en el mayor de los pecados, con una judía! En la región era un hecho conocido. Antes de encontrarla, tu padre era famoso por su fe. Era un gran caballero. Tu madre debió de embrujarlo.

—¿De modo que era noble? —inquirió Morgennes.

—Sí. En fin, de la pequeña nobleza. Pero renunció a todo. A su nombre y su rango, a sus títulos, honores y riquezas, para comprometerse con esa mujer. ¡Era una bruja, te digo! Nos había humillado.

—Yo no veo las cosas de este modo —dijo Morgennes, aplastando algunos mosquitos contra su cara.

—No, yo ahora tampoco —dijo Dodin—. Ahora ya no. Pero entonces era joven.

Acababa de ser armado caballero. La vida me abría los brazos, y creía que, purificando la Gaste Forêt de la única judía que vivía allí, hacía una buena obra. Perdón, Morgennes. Perdón. Todo lo que puedo decirte, si es que eso puede ayudarte, es que tu madre probablemente se encuentre todavía con vida.

—Dime lo que sabes.

—Reinaldo de Châtillon la secuestró y la llevó a la fuerza, con nosotros, a Tierra Santa. Supongo que seguirá allí, en alguna parte. Hace años que no he oído hablar de ella. Lo último que supe es que había vuelto con su familia.

—¿A Tierra Santa?

—No, no exactamente. A Arabia. Pues ella descendía de una antigua tribu judía establecida en las inmediaciones de Medina. Es todo lo que sé. Ahora, si quieres matarme, hazlo. No me defenderé.

—Te lo he dicho. No seré yo quien te mate.

Morgennes continuó su ruta, lanzando poderosos golpes con su espada para abrirse camino a través de la jungla, por donde había pasado lo que parecía ser un navío gigantesco. Aquí y allá aparecían árboles derribados, y aún podían verse restos de cordajes y de rodillos de madera, que probablemente habían servido para hacer avanzar el Arca. Pero el bosque ya lo había recubierto casi todo, y los rastros no habrían sido fáciles de seguir para alguien menos experimentado que Morgennes. «¡Qué proyecto de locos! —pensó—. Pero ¿qué buscaban en esta *terra incognita*? ¿El Paraíso?»

Un espeluznante gruñido se dejó oír, lejos ante ellos. Parecía que todos los leones de la tierra rugían juntos, como si quisieran impedir que se acercaran. Dodin alcanzó a Morgennes.

—¡Es aterrador! Pero al menos parece que ha espantado a los mosquitos. El aire es más fresco.

Efectivamente el aire no era tan pesado y finas gotas de agua habían reemplazado a los mosquitos. Las gotas se depositaban sobre los dos hombres, añadiéndose al sudor y esponjando sus ropas. Ambos se despojaron de sus cotas de malla, y con gran sorpresa por su parte, Morgennes oyó un tintineo metálico que respondía, como un eco, al que había emitido su yelmo al caer sobre la hierba.

Hurgando en la tierra con las manos, desenterró un esqueleto que aún iba equipado con una coraza y un viejo escudo, qué parecían datar de la época romana.

—Debe tratarse de uno de los soldados enviados por Nerón en busca de las fuentes del Nilo. Se dice que encontraron pantanos. Probablemente muy cerca de aquí.

—¡Morgennes! ¡Ven a ver!

Morgennes, que se había arrodillado para observar mejor al soldado romano, se levantó y miró en la dirección que le indicaba Dodin. Una capa de niebla ocultaba la

visión, pero podía percibir, viniendo del otro lado, el fragor de un río cuyas aguas golpeaban contra las rocas.

—¡Debe de ser por ahí! ¡Adelante!

Los dos hombres se sumergieron en un muro de sombra y bruma, por el que avanzaron durante un buen rato. Finalmente se abrió ante ellos una visión que habría hecho llorar a los propios dioses: el Nilo caía desde unos inmensos acantilados semejantes a imponentes dragones de piedra. Las paredes eran tan altas que, a su lado, los árboles más grandes parecían frágiles arbustos.

—La primera de las seis —dijo Morgennes, que recordaba haber leído que una serie de seis cataratas, cada una más formidable que la anterior, separaban Cocodrilópolis de los pantanos del Lago Negro, donde se perdía la pista de las fuentes del Nilo.

—¡No me digas —bufó Dodin— que han conseguido pasar por aquí y hacer subir el Arca hasta lo alto!

—¡Vamos a ver! —dijo Morgennes jadeante.

—¡Cuidado! —gritó Dodin.

Un movimiento en el agua había atraído su atención. ¡Cocodrilos! Como inofensivos troncos de árbol, los reptiles dejaban que la deriva los llevara hacia la orilla, en dirección a los dos hombres. Sin embargo, restos de piernas, brazos y torsos, en una mezcla de carnes podridas y huesos medio triturados, hacían pensar que ya se habían dado un buen festín.

—¿Cuánto tiempo hace que están ahí? —preguntó Dodin, que no movía una ceja, siguiendo los consejos de Morgennes.

—Qué lugar más extraño —dijo Morgennes—. Se diría que aquí los tiempos se mezclan. Estos cuerpos tienen sin duda varios meses, pero se diría que son de hace solo una semana. En cuanto al bosque, es como si se hubiera repoblado en una noche. Mira, se diría que no ha sufrido por el paso del Arca...

—¡Es el bosque de los dioses! ¡Nos matarán!

—No; si quisieran hacerlo ya lo habrían hecho. En cambio, hay algo en lo que estoy de acuerdo contigo: también a mí me parece divino.

Por otra parte, este bosque le recordaba a otro, el que había visto en sus sueños en El Cairo. Un bosque que parecía un pantano, hormigueante de reptiles y de mariposas negras y blancas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Dodin.

—No podemos retroceder sin tropezar con los hombres de Saladino. Creo que debemos continuar y encontrar a Gargano, Nicéforo, Filomena y los demás.

—A menos que estén ahí, bajo nuestros ojos.

Como para responder a sus preguntas, un cocodrilo salió del agua y abrió sus fauces ante ellos. Entre sus dientes, Morgennes distinguió un pedazo de madera

dorado cubierto de tejido; era el brazo de uno de los muñecos fabricados por Filomena, el brazo del caballero san Jorge.

—Allí —dijo saliendo del fango con un ruido de succión—. Parece que hay una especie de chimenea excavada en la roca.

Condujo a Dodin al pie de la cascada y le mostró una falla abierta en la piedra, por donde se podía trepar. Dodin le gritó algo, pero el estruendo era tan ensordecedor que Morgennes no oyó nada. Los saltos de agua hacían un ruido espantoso y la bruma cegaba a los dos hombres. Caminando a tientas, con Dodin cogido a su cinturón, Morgennes llegó hasta las rocas. Una vez allí, buscó una hendidura donde apuntalar los pies y las manos, e inició la ascensión del imponente dragón de piedra.

Después de muchos esfuerzos y desolladuras, Morgennes y Dodin alcanzaron la cima. Los dos hombres se habían asegurado con ayuda de una cuerda, que Morgennes desató y enrolló alrededor de su torso.

—¡Increíble! —exclamó Dodin.

En efecto, la visión a la que tenían el privilegio de asistir era como uno de esos fabulosos cuadros de la naturaleza reservados a un puñado de elegidos. Un mar de árboles entrecortado por cataratas envueltas en vapores se elevaba gradualmente hasta el horizonte, culminando en una montaña con la cima nevada, tan resplandeciente que parecía un diamante. Sobre ella colgaba en equilibrio una luna rojiza y llena, que, por un curioso efecto óptico, amenazaba con caer rodando hasta el mar de verdor. En medio, a mitad de camino entre la primera catarata y la montaña, una gran mancha marrón se extendía como si fuera la lepra apoderándose del bosque.

—Los Pantanos del Olvido —murmuró Morgennes.

Por fin comprendía por qué nadie había encontrado nunca las fuentes del Nilo. No era por falta de medios, de voluntad, de suerte o de coraje. No. Era simplemente porque era imposible. Estaban defendidas por los dioses.

Pero lo más extraordinario, algo que nadie antes que ellos había contemplado, era la gran embarcación embarrancada en el corazón de los pantanos, volcada hacia un lado, como un navío caído del cielo.

—¿Dónde está la gente? —preguntó Morgennes—. ¿Dónde están los centenares de egipcios que ayudaron a transportarla hasta aquí, y dónde está la tripulación?

Dodin colocó la mano sobre los ojos y escrutó el bosque hasta el horizonte. Pero no vio a nadie. En el aire solo resonaban los gritos penetrantes de los pájaros y las bestias salvajes, que conseguían atravesar la densa tela del fragor de las aguas.

Capítulo VII

Los pantanos de la memoria

La visión de su espada quebrada le vuelve loco de rabia
y lanza el pedazo que conserva en el puño tan lejos
como puede.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Erec y Enid

—Pero ¿qué mierda de espada es esta? —se indignó Amaury.

El rey volvía de la refriega, en la que la hoja de *Crucífera* había volado en pedazos al chocar contra el escudo de un enemigo. Mientras se acercaba a Guillermo para mostrarle el muñón de espada que tenía en la mano, le dijo:

—¡Por mi vida te juro que si algún día vuelvo a encontrar a Palamedes, le retorceré el cuello con mis p-p-propias manos!

Dominado por la ira, Amaury lanzó lo que quedaba de *Crucífera* en dirección al campo de batalla y añadió:

—¡Esto no ha ocurrido nunca!

—¿Majestad?

—No quiero p-p-pasar por un rey ridículo.

—Pero, majestad, nada podría estar más lejos de mis intenciones.

—¡Es lo que soy!

—¡No, majestad! Han abusado de vuestra buena fe, y vos os habéis mostrado... crédulo.

—Qué importa eso. Tú p-p-prométeme que olvidarás esta escena.

Guillermo guardó silencio un instante, para dar tiempo a que Amaury se calmara. Luego, al ver que parecía haberse serenado, le dijo:

—Majestad, cuando me encargasteis que escribiera el relato de vuestra vida, me dejasteis bien claro que debía decir la verdad...

—De ningún modo —dijo Amaury—. ¡Solo te pedí que no mintieras! No es lo mismo. De manera que no estás obligado a contar que una vez más me he encontrado con una espada de p-p-pacotilla en la mano, enfangado en una expedición militar que se encamina a la derrota.

—Bien, majestad. Como queráis...

Guillermo bajó la cabeza. ¿Cómo quedaría su *Gesta Amauricii* si debía eliminar todos los acontecimientos que mostraran una imagen poco favorecedora del rey?

¿Cómo resultaría? Tampoco podía rebajarse a redactar uno de esos cuentos donde todo era invención. Una de esas sagas que entusiasmaban a los nórdicos.

Recordó las peripecias de esos últimos meses. Primero el fiasco de la anterior expedición de Amaury a Egipto. Su incapacidad para plantar cara a los pares del reino y a los hospitalarios. El pillaje de Bilbais. La llegada de Shirkuh y Saladino a El Cairo. El fracaso de la insurrección, la desaparición de Morgennes y de los conjurados. Y luego, para acabar, el inesperado regreso de ese pretendido embajador del Preste Juan y el fabuloso regalo que había ofrecido al rey: *Crucífera*. La antigua espada de san Jorge. Una hoja que mataba dragones.

Gracias a ella, Manuel Comneno había aceptado, muy oportunamente, enviar una poderosa flota para apoyar a las tropas de Amaury en su última tentativa de conquistar Egipto.

—*Crucífera*, la espada santa. Pero ¿cómo saber si efectivamente lo es? —había preguntado Amaury al recibir este presente de manos de Palamedes, en la sala del trono de su palacio, en Jerusalén.

—Miradla bien, majestad —había respondido Palamedes—. La hoja tiene forma de llama, escupida por un dragón cuyas fauces son el guardamano, y el cuerpo, la empuñadura de la espada.

—En fin —había dicho Amaury—, si vos lo decís... De t-t-todos modos, lo importante no es que yo os crea, sino que el emperador de los griegos lo crea.

—¡Lo creerá!

Palamedes tenía razón. Por otra parte, Manuel Comneno estaba más que interesado en creerlo. Así, después de haber informado a Amaury de que la sobrina nieta que le había prometido en matrimonio había desaparecido, le había autorizado a conservar la espada de san Jorge. Además, tal como estaba previsto, había ordenado a la flota imperial que alcanzara las costas egipcias y se pusiera bajo el mando de Amaury. Juntos reconquistarían Egipto a los damascenos. Luego, una vez hubieran encontrado de nuevo a su sobrina nieta, Amaury se desposaría con ella. Y finalmente Manuel Comneno recibiría de manos de Amaury una de las más hermosas piezas que le faltaban para completar su colección de reliquias: ¡*Crucífera*!

Pero, para Guillermo de Tiro, esta supuesta *Crucífera* no valía mucho más que el pretendido rango de embajador, al servicio del Preste Juan, de Palamedes. Probablemente era una espada de gala, forjada apresuradamente en un zoco de El Cairo para dejar a los mirones con la boca abierta. Y a los reyes...

«No sé qué daría por conocer la verdad de todo esto —dijo Guillermo para sí—. No me sorprendería descubrir que Palamedes no es más que un conspirador interesado únicamente en ver cómo Saladino abandona El Cairo, y que, después de haber intrigado para que los griegos no intervengan, se esfuerza ahora en hacerles venir.»

Pasándose su bastón con cabeza de dragón de una mano a la otra, Guillermo volvió a subir la pequeña colina en cuya cima Amaury había hecho levantar su tienda. Desde ese promontorio se dominaba toda la llanura, con Damietta debajo; al sur, el Nilo; al este, el desierto, y al oeste, de nuevo el desierto, pero esta vez en manos de los egipcios. Y por tanto, de Saladino.

Guillermo trepó a lo alto de la colina, con la espalda encorvada y una mano en la cadera. Un punzante dolor en las rodillas le recordó que envejecía. «Estos ejercicios ya no son propios de mi edad. No debería abandonar mi *scriptorium*.»

Un estruendo le hizo estremecer. Una catapulta había alcanzado su objetivo: una muralla a la que los francos apuntaban sin descanso desde hacía ocho semanas, con gran irritación de los bizantinos. Estos últimos, mandados por Constantino Colomán, querían lanzar el asalto sin esperar más: «¡Estamos perdiendo tiempo! —se indignaba Colomán—. Y eso es, después de los víveres, lo que más nos falta. ¡Hay que golpear! ¡Ahora!». Pero el grueso de las tropas de tierra estaba constituido por infantes y caballeros francos del reino de Jerusalén, y como de costumbre, Amaury trataba de contemporizar; mientras, se entregaba a uno de sus pasatiempos favoritos: la construcción de máquinas de asedio.

—¡Lanzarse al asalto es exponerse a graves p-p-pérdidas! Mientras que sometiendo esta muralla a incesantes b-b-bombardeos, puedo esperar derribarla manteniéndome a resguardo. Entonces nuestras tropas ya no tendrán ninguna dificultad para p-p-penetrar en la ciudad.

—Majestad —decía Colomán—, me permito recordaros que este lado de la ciudad está ocupado por los coptos.

¡Los coptos! Guillermo distinguía, detrás de las altas murallas apenas dañadas de Damietta, las grandes cruces doradas de sus iglesias. Una de ellas, alcanzada por una piedra, estaba ahora de través. ¿Cuántas veces los cristianos de Jerusalén habían traicionado a sus primos egipcios desde que Amaury era rey? Sin duda alguna, demasiadas.

De hecho, los coptos habían roto todos los contactos con los francos.

Estos habían establecido su campamento cerca del puerto de Damietta, adonde Palamedes había prometido que llegarían los dragones. Guillermo esbozó una sonrisa. A su modo, Palamedes no había mentido. Se había limitado a no decir toda la verdad. A modo de dragones, fueron cuatrocientas naves bizantinas, los dromones, las que acudieron. Es decir, prácticamente la totalidad de la flota imperial. Largos tubos metálicos, a los que los artesanos habían dado la apariencia de unas fauces de dragón, estaban fijados a la proa de los navíos y escupían fuego sobre las naves adversarias, hacia las que bogaban con toda la fuerza de sus alas; es decir, de sus velas.

No había ningún misterio en ello. Como mucho, solo un secreto: el de la composición del fuego griego empleado por los bizantinos. Además, los dragones

prometidos habrían llegado de todos modos, ya que eran la flota bizantina. Los francos se habían dejado tomar el pelo. Una vez más, habían sido manipulados. Desde el principio, Guillermo sentía que planeaba una sombra sobre ellos, como si alguien buscara enfrentar a las diversas fuerzas cristianas con las orientales. ¿Quién? ¿Con qué objetivo? Guillermo lo ignoraba. Pero sabía que en la mesa en torno a la cual se habían sentado para guerrear damascenos, egipcios, bizantinos y francos de Jerusalén y de la cristiandad, alguien más se había instalado, de incógnito.

—¡Ilustrísima!

Guillermo, que se preguntaba qué importante personaje habría osado aventurarse en ese barrizal, miró alrededor.

—¡Messire Guillermo!

¡Por Dios! ¡Si era él! Desde que había sido nombrado arzobispo de Tiro, Guillermo tenía serias dificultades para acostumbrarse al título de «ilustrísima». Miró hacia la parte baja de la colina y vio a Alexis de Beaujeu, que subía hacia él a toda prisa, seguido por una pequeña cuadrilla de hombres armados.

«Dios Todopoderoso —se dijo Guillermo—. ¿Qué pasa ahora?»

—¿Qué ocurre?

—¡Hay que avisar al rey! —respondió Alexis—. ¡Una desgracia! ¡Ha ocurrido una desgracia!

—¡Buen momento para eso! ¿De qué desgracia hablas?

Alexis de Beaujeu se detuvo a la altura de Guillermo para recuperar el aliento, y solo consiguió balbucir:

—Muerto... ¡Está muerto!

—¿Muerto? Pero ¿quién? —preguntó Guillermo, que de pronto había palidecido.

A juzgar por la agitación de Alexis, temía que fuera el heredero del trono: Balduino IV. Pero Alexis balbució:

—¡Omega! Omega...

—Omega III —dijo Guillermo, aliviado—. ¿Cómo ha ocurrido?

—El animal excavó en la tierra para acceder a una de las tiendas donde guardamos las provisiones. Se llenó la panza...

—Hasta reventar —concluyó por Alexis un joven mercenario llegado de Gascuña.

—Bien. Ya veo. Dejadme anunciar la noticia al rey. —Y luego, dando su bolsa a Alexis—. Tomad. Tratad de encontrar a otro chuchó. Un basset. ¡Pardo!

—A vuestras órdenes —dijo Alexis, que al momento partió con sus hombres en dirección al campamento, una vasta extensión de tiendas plantadas en el fango.

«Mal asunto —pensó Guillermo—. Muy mal asunto... Si los bizantinos se enteran de que aún tenemos provisiones y de que los perros del rey las saquean cuando nosotros no les damos nada, nos arriesgamos a que se lo tomen muy mal.»

Hacía varios días que los bizantinos, que solo habían embarcado víveres para tres meses —lo que parecía ampliamente suficiente para una campaña de este tipo—, no tenían que llevarse a la boca más que brotes de palmera, algunas avellanas y castañas. Por miedo a quedarse él también justo de provisiones, Amaury se había negado a compartir los víveres que llevaba su ejército. ¿No rondaba por su mente el pensamiento de que si la carestía se agravaba, los bizantinos se verían obligados a volver a Constantinopla, dejándoles como únicos vencedores del combate? ¿No había influido en su decisión la idea de que si compartía los víveres, serían no «uno», sino «dos», los que acabarían padeciendo hambre?

Sí, probablemente esas eran las ideas, un poco locas, que habían germinado en su mente. Porque aunque Amaury era un rey ambicioso, era también un rey que confundía con cierta frecuencia los sueños y la realidad. Así, la obra iniciada por Guillermo se parecía cada vez más a la enumeración de una larga, muy larga, serie de fracasos.

Así era la vida de Amaury. Una sucesión de fracasos, a la que se habían incorporado numerosos reveses, desengaños y fiascos. Sus únicos éxitos se reducían a Egipto, al que había convertido —durante escasos meses— en un protectorado franco. Y su hijo. Un joven colmado de cualidades: recto, honesto, valeroso, inteligente. Y evidentemente, Guillermo sabía que había tenido cierta participación en ese éxito, y se enorgullecía de ello en secreto.

Pero en el momento en el que llegaba a la tienda real, un estruendo en la llanura le hizo estremecerse.

«¿Otra piedra de catapulta?»

No, esta vez era más grave. Un soplo gigantesco, un calor, una luz, algo extraordinariamente poderoso se había producido en el puerto de Damietta, frente al que la flota bizantina había echado el ancla. Una cadena, que corría de un extremo al otro de la entrada del puerto, impedía que la flota penetrara hacia el interior de la ciudad y pudiera tomarla al asalto. Hacía meses que el Nilo permitía que los egipcios aprovisionaran Damietta. Meses durante los que estos se habían divertido contemplando cómo los francos y los bizantinos se esforzaban inútilmente en conquistarles.

Y ahora, desde las murallas del puerto, los soldados y los marinos de Damietta reían viendo cómo los dromones bizantinos ardían uno tras otro. Uno de los suyos — un tal Taqi— había conseguido introducirse en una de las galeras griegas y utilizar su arma contra ella: ¡el fuego griego! De predatoras, las naves bizantinas se habían convertido en presas. Las velas habían ardido tan rápidamente como si fueran de papel, y el azul de las aguas del puerto había dado paso al color pardo de los bizantinos que saltaban de sus naves incendiadas. Ya no se veía agua por ninguna parte; las cabezas de los marinos desaparecían bajo las ratas, que también trataban de

escapar de las llamas.

—¡Majestad! —gritó Guillermo—. ¡Majestad!

Amaury salió corriendo como un loco de su tienda, y no necesitó que Guillermo se lo contara para comprender lo que había ocurrido. Un incendio estaba haciendo estragos en la flota de sus principales —¡y únicos!— aliados. ¡Había que salvarlos!

—¡Passelande! —gritó Amaury.

Un paje le llevó un caballo ricamente enjaezado.

—¡Deséame suerte! —gritó Amaury a Guillermo mientras montaba.

Luego espoleó su montura y bajó por la colina en dirección a las orillas del Nilo, donde estaban amarrados algunos dromones indemnes. Pero ¿por cuánto tiempo? Porque el viento ya se levantaba y llevaba hacia los francos olores de carne, madera y velas quemadas. Perdidos. Estaban perdidos. Las lágrimas se deslizaron por las mejillas del rey, que de pronto se sintió muy cansado. «¡Vamos! ¡Serénate! ¡Piensa en tu hermano! ¡Piensa en tu padre!»

Amaury espoleó a Passelande y se dijo: «¡Piensa en tu hijo!».

—¡Por Balduino! ¡Por Balduino!

Se llevó la mano al costado para desenvainar su espada, y recordó que la había tirado. Contrariado, mantuvo su montura al galope, llegó junto a una de las naves bizantinas y lanzó a su caballo en dirección a la pasarela que permitía subir a bordo —y por donde la tripulación desembarcaba aterrorizada.

Incapaces de maniobrar, pues el canal estaba saturado de navíos tratando de huir del incendio que se extendía a todas las embarcaciones de la flota imperial, los marinos formaban una oleada continua de personas que impedían que les socorrieran.

—¡Quedaos en vuestro p-p-puesto! —les gritó Amaury, lanzándoles puntapiés para impedir que huyeran—. ¡Y dejadme p-p-pasar!

Pero un coloso nórdico, que respondía al nombre de Kunar Sell (uno de los mercenarios formados por Colomán, que había pertenecido a la guardia personal de Manuel Comneno), se cargó al hombro su pesada hacha y dijo al rey:

—¡Majestad, hay que huir! ¡La flota está perdida!

En ese momento, Colomán corrió hacia ellos gritando:

—¡Majestad! ¡Kunar Sell! ¡Seguidme, necesito a hombres valerosos para salvar lo que aún puede ser salvado!

Amaury y Kunar Sell intercambiaron una mirada y siguieron a Colomán. El jefe de los bizantinos, que se sentía tan cómodo sobre sus naves como en tierra firme, saltó de un puente a otro hasta llegar al centro de la hoguera.

—Esos malditos han incendiado el corazón de la flota. ¡Tenéis que ayudarme a reunir al mayor número posible de marinos para hundir los navíos que están más cerca de las llamas!

—¡Tu hacha! —ordenó Amaury a Kunar Sell.

Este miró al rey con expresión dubitativa, pero Colomán gritó:

—¡Haz lo que te dice! ¡Dale tu hacha!

Kunar Sell tendió su pesada hacha a Amaury, que por primera vez pareció satisfecho del arma que tenía.

—Toma esto —dijo Colomán a Kunar Sell, dándole un sable de abordaje—. Es lo mejor que he podido encontrar.

Kunar Sell sopesó el sable, marcó unos pasos de esgrima, se dio cuenta de que era de muy mala calidad, se encogió de hombros y fue a unirse a Colomán, que le llamaba:

—¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Bizantinos, conmigo!

Amaury, por su parte, galopó directamente hacia los navíos más próximos al puerto egipcio y a sus temibles ballesteros.

—¡A mí, los francos! ¡A mí!

Solo un puñado de hombres se unieron a él, entre los cuales Amaury descubrió con alegría a Alexis de Beaujeu.

—¡Qué m-m-magnífica sorpresa! —exclamó.

—Majestad, justamente os buscaba para deciros...

—¡No es el momento! Hay que salvar la flota.

No había terminado la frase cuando una viga en llamas cayó entre Alexis y el caballo de Amaury. Los dos hombres solo consiguieron salvar la vida gracias a sus excelentes reflejos, que les hicieron, a uno, echarse hacia atrás, y al otro, encabritar su montura. Una humareda negra se elevó del barco, que empezó a desintegrarse entre crujidos.

—¡Hundámoslo! —gritó Alexis.

—No —dijo Amaury—. Es demasiado tarde.

Seguidos por algunos valientes, los dos hombres pasaron al puente del barco contiguo para romper las amarras y enviarlo a pique. Para hacerlo, descendieron a las calas y descargaron violentos golpes con sus hachas, espadas y lanzas en el casco del navío, confiando en hacerlo zozobrar. Por suerte, los dromones eran una especie de galeras de casco plano, construidas para la navegación costera o fluvial, más que para alta mar, y no eran demasiado difíciles de hundir.

Así, un primer navío fue enviado a visitar a los cangrejos antes de que tuviera tiempo de hacer arder a su vecino. Era una primera victoria. Pero necesitarían muchas, muchas más, para salvar aunque solo fuera una décima parte de la flota bizantina. Alexis y Amaury tenían la impresión de luchar contra una epidemia. Como no tenían idea de cómo se extendía el incendio a los demás barcos, trataban de salvar el máximo de ellos, y esto les aproximaba peligrosamente a las murallas de Damietta, donde los ballesteros les apuntaban con sus armas. Dos dardos salieron disparados. El primero se clavó no muy lejos de ellos, en un banco de remeros, y el otro se perdió en

las aguas del puerto.

«Qué extraña guerra —se dijo Amaury, observando los dromones—. Suerte que no eran verdaderos dragones, porque la derrota habría sido realmente demasiado humillante.»

Había tanto humo que Amaury y Alexis no veían a dos palmos de su nariz y debían mantener constantemente una mano libre para sostener ante su rostro un pedazo de tela empapado en agua. Amaury redobló sus esfuerzos, lanzando violentos golpes contra los cascos de los barcos que abordaban y ordenando a Alexis y a sus hombres que cortaran los cordajes que unían a las naves entre sí y lanzaran las pasarelas al mar. En cuanto el navío sobre el que se encontraban empezaba a hundirse, Amaury se aseguraba que su pequeño equipo hubiera llegado sano y salvo al barco más próximo. Luego volvía a montar a Passelande y le hacía retroceder unos pasos para tomar impulso y saltar a la nave contigua. ¿Cuántas veces estuvieron a punto de morir, cercados por las llamas o atravesados por un proyectil? Nadie podría decirlo. En todo caso, lo cierto es que Amaury y Alexis de Beaujeu hicieron algo más que contribuir a ayudar a Colomán y a Kunar Sell a proteger la flota bizantina. Las relaciones entre el poderoso imperio y el pequeño reino franco de Jerusalén, que amenazaban con envenenarse, se salvaron gracias a ellos.

Estábamos a finales de otoño del año de la Encarnación de Nuestro Señor de 1169, y la batalla había acabado antes incluso de haber empezado realmente. Damietta se había salvado gracias a la acción de un muchacho valeroso: Taqi ad-Din.

Amaury volvió al campamento cuando ya era noche cerrada, acompañado únicamente por Alexis de Beaujeu y otro soldado. Los restantes miembros de su pequeño equipo habían muerto, y ellos estaban extenuados, magullados, quemados. Passelande tenía las crines chamuscadas. Después de confiarlo a un lacayo, Amaury volvió los ojos hacia el Nilo, donde algunos navíos acababan de consumirse, mientras otros izaban en la lejanía sus velas de supervivientes. Volvían hacia Constantinopla.

—Gracias a vos, majestad —dijo Guillermo, acercándose al rey—, el fracaso no ha sido absoluto.

Pero Amaury no le respondió. Lloraba. Para él, los cascos incendiados de los dromones bizantinos eran como largos cuerpos de dragones agónicos, que solo encontrarían la paz en los fondos marinos.

Oía una voz que le llamaba, pero no sabía quién le requería;
pensó que debía de ser un fantasma.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Lanzarote o El Caballero de la Carreta

Morgennes se agachó, rozó la superficie del agua, y luego se llevó la mano a la boca. El agua tenía sabor a limón, a tierra ácida.

—El Nilo ha iniciado la decrecida —dijo a Dodin.

Pero, cuando se volvió, Dodin ya no estaba allí. Morgennes se incorporó y escuchó los ruidos del bosque, con todos los sentidos alerta. La naturaleza estaba extrañamente silenciosa, como si los pájaros hubieran olvidado piar, y las fieras rugir. No se oía nada, excepto un ronquido sordo que no le pareció nada tranquilizador.

—¡Dodin! —llamó Morgennes.

Nadie respondió, y su grito se perdió entre la maraña vegetal.

Entonces Morgennes contó diez latidos de su corazón y volvió sobre sus pasos. ¿Cuánto tiempo hacía que caminaban en esta jungla, en dirección a los pantanos? La luz penetraba con dificultad en el sotobosque, y algunos días eran tan oscuros como las noches. Hacía mucho que Dodin había perdido la noción del tiempo. Pero Morgennes sí sabía. Hacía siete semanas y... No, siete días.

No.

Siete meses... Se sentía ligeramente aturdido; se tocó la frente con la punta de los dedos y murmuró:

—Vaya, pareces cansado...

Cansado. Sí. Ambos estaban agotados. Pero solo Dodin había dado muestras de una fatiga extrema. Morgennes, en cambio, estaba totalmente concentrado en su objetivo: alcanzar los pantanos y el navío que yacía en su seno, encontrar a Gargano. El paso de las últimas cataratas había sido particularmente duro para ambos, y en varias ocasiones Morgennes había tenido que llevar a Dodin a la espalda.

Pero ¿dónde estaba Dodin?

Morgennes rehízo en sentido contrario parte del trayecto que habían recorrido para llegar hasta allí. Sin embargo, como en el Laberinto del Dragón, tenía la sensación de que la naturaleza había cambiado. Esos árboles, con raíces tan altas y tan gruesas que parecían troncos, no estaban ahí cuando había llegado, hacía unas

horas. Pero ¿era realmente aquí? ¿O bien era unos días antes?

Morgennes ya no lo sabía.

Sus fuerzas le abandonaban. Incluso su memoria, su tan preciosa aliada, parecía haberse esfumado, absorbida por las innumerables sanguijuelas que le cubrían las piernas. Para verificarla, recordó cada uno de los momentos pasados con Guyana, y comprobó con alivio que en lo referente al amor su memoria permanecía intacta.

—Lo recuerdo. Sí, lo recuerdo.

Morgennes sintió de pronto un vivo dolor, como si le hubiera alcanzado un rayo. ¡Dodin! ¡Dodin había desaparecido hacía varios días, y él había partido en su busca!

—¡Vamos, en marcha!

Dio unos pasos más en la bruma, rodeó la enorme higuera ante la que acababa de pasar hacía un instante, y se preguntó si no había visto ya ese árbol en alguna parte. Pero ¿cuándo? Entonces, al levantar los ojos, distinguió, colgadas en las altas, altísimas ramas del árbol, una decena de marionetas de color gris pálido, varones y hembras. Sus miembros se balanceaban al viento, y el dulce tintineo de sus articulaciones componía una extraña canción que decía: «Como nosotros, como nosotros... Clic, clic, clic... Eres como nosotros... Clic, clic, clic... Te unirás a nosotros, pronto, muy pronto...».

«Me estoy volviendo loco —se dijo Morgennes—. Estoy perdiendo la razón. Vamos, reflexionemos. ¿Qué decían sobre estos pantanos? ¿Que en ellos se perdía la memoria?»

—No olvidaré, no olvidaré...

«Pero ¿qué hacen estas marionetas ahí arriba, en los árboles? ¡Por Dios, si es evidente! ¡Nadie ha subido a colgarlas! Es solo que como el Nilo estaba más alto, mucho, mucho más alto, el Arca navegó sobre ellos, y luego alguien las lanzó al agua. Entonces se hundieron y quedaron enganchadas en las ramas.»

Una de las marionetas oscilaba peligrosamente por encima de él; sus pies miraban al norte, al este, luego de nuevo al norte, luego de nuevo al este... Esta visión macabra le dio escalofríos, y se apoyó en las raíces de un árbol gritando:

—¡Dodin!

Pero esta vez era una llamada de auxilio. A Morgennes le daba vueltas la cabeza, como si viera el bosque a través de los ojos del muñeco, con su mar infinito de árboles y, en algún lugar al pie de esta higuera verdosa, al propio Morgennes, que se estaba buscando. De repente, cuando ya estaba convencido de haber perdido definitivamente la razón, sonó una melodía. Una dulce y hermosa música de órgano.

—Conozco esta música, y conozco este órgano... ¡Es el de Filomena! El órgano con tubos acabados en bocas de dragón que le gustaba tocar a Nicéforo cuando nos deteníamos.

Curiosamente, esa música le tranquilizó. Parecía dirigirse directamente a él, a su

alma. Decía: «Ven por aquí. Confía en mí, soy tu guía. Ven y estarás seguro. Por aquí... Aquí está tu casa».

Morgennes se alejó del árbol, lanzó una última ojeada a las marionetas y caminó hacia la música. «¿Y si era una trampa? ¿Una trampa tendida para que me pierda? ¿Cómo saber si no he caído ya en ella un decena de veces? La música me aleja del árbol, me atrae con sus cantos de sirena y luego se interrumpe bruscamente, dejándome en medio de los pantanos. ¿Ha ocurrido eso ya? ¿Cuántas veces? ¿Así nos separaron a Dodin y a mí? Pero ¿tengo elección, en realidad?»

Aunque con dudas, Morgennes caminó en dirección a la música. Apenas reconocía el paisaje que atravesaba: árboles demasiado grandes, agotados de tan viejos y que, no teniendo ya un lugar donde morir, se desplomaban sobre las ramas de otros más pequeños. Ramajes entremezclados que se alimentaban de todos los troncos, absorbiéndose los unos a los otros, aferrándose, arañándose, a la vez carceleros y prisioneros de sí mismos. Lianas rasgando la oscuridad, llenando los vacíos que los árboles no habían sabido ocupar; musgos, líquenes, setas; un suelo esponjoso, empapado, en el que costaba mucho esfuerzo avanzar. Tentáculos marrinosos, grandes telarañas, de las que no se sabía si habían sido tejidas por vegetales o por animales. ¿Tal vez por ambos? Paredes de mosquitos donde los brazos batían el aire, impotentes. «Como tratar de abrir el mar Rojo», pensó Morgennes.

—Necesitaría un milagro. ¡Guyana! ¿Por qué te abandoné?

Luego recordó súbitamente que era ella la que había partido. Debería haberla retenido. Sujetarla del brazo y decirle: «No te vayas. Perdón. Perdóname. No sé qué ocurrió. Si lo hubiera sabido, no habría actuado así. Iba a confesártelo todo, pero no tuve tiempo. ¡Iba a decírtelo todo!».

Por momentos, en su delirio, tenía la impresión de que eso era lo que había hecho. Le había hablado, la había estrechado entre sus brazos y se lo había explicado todo. Al principio había sido difícil, pero ella había acabado por escucharle. Y al final le había perdonado. Apretándola contra sí, le había acariciado los cabellos mientras le decía: «Vuelve a tu casa. Vuelve con los tuyos. Ve a Francia, ve a ver a Chrétien de Troyes, es mi mejor amigo. Espérame en su casa. Cuida de nuestro hijo. ¡Volveré en cuanto pueda!».

Realmente era lo que recordaba haberle dicho.

Después de haber caminado durante una eternidad, Morgennes llegó a un vasto claro pantanoso. Los Pantanos de la Memoria, llamados también Lago Negro, a causa del tono lustroso de sus aguas, que eran negras como el carbón y donde nada, ni siquiera las estrellas, se reflejaba. Aquí y allá, un ruido de chapoteo delataba la presencia de cocodrilos. Sus cuerpos se fundían tan bien con el fango que era casi

imposible distinguirlos. ¿Qué tamaño debían de tener? Era difícil saberlo. Pero el último que Morgennes y Dodin habían visto, había abierto tanto la boca como para tragarse un caballo.

Además de cocodrilos, el lugar era un hormiguero de serpientes, que se deslizaban silenciosamente por la superficie del agua. Una de ellas se acercó a Morgennes y pasó por encima de su bota. Extrañamente, no tuvo miedo. Sabía que esta serpiente no le haría ningún daño, igual que sabía que los cocodrilos le dejarían tranquilo.

¿Tal vez era a causa de la música? ¿Tendría el poder de adormecer a los reptiles? ¿De arrebatarnos cualquier deseo de atacar? Pero no, Morgennes se engañaba. Porque aquí y allá se veían osamentas. A juzgar por su estado, algunas debían de estar ahí desde hacía siglos. Huesos medio roídos, abandonados; islotes formados por un montón de esqueletos, desorden de cajas torácicas y caos de cráneos con las órbitas vaciadas. Era imposible dar un paso en estos pantanos sin hacer crujir un hueso bajo la suela. Este siniestro espectáculo le recordó confusamente a otro, en el patio de un palacio, en Jerusalén. De aquello hacía mucho, mucho tiempo. Un rey celebraba su coronación. Y una compañía de teatro había llegado en el momento justo para representar una obra que narraba. .. ¡el combate de un caballero contra un dragón! Ahora Morgennes estaba seguro: estos pantanos, el Lago Negro, ocultaban una gruta donde vivía un dragón. Llevándose la mano al costado, sujetó la pequeña espada que había arrebatado a Dodin y se preparó para el combate.

Pero aquel no era momento para combatir. Por otra parte, la música seguía sonando, cada vez con mayor claridad. Tratando de orientarse en ese laberinto sin pasadizos, Morgennes distinguió unas ramas de árbol que sobresalían del agua como si fuesen brazos pidiendo socorro. El Arca no debía de estar muy lejos; estaba convencido. Decenas de luces blancas se encendieron en torno a él. No sabía si estaban cerca o lejos, si eran pequeñas o grandes, pero eran muchas. Flotaban en el aire sin hacer ruido. Curiosamente, esto le llenó de felicidad. Notó una presencia reconfortante, y recordó a su madre, había salido a la puerta de su pequeña vivienda y le llamaba: «¡Morgennes, ven a comer!».

También llamaba a su hermana, pero sin nombrarla.

Por cierto, ¿cómo se llamaba? Morgennes buscó en vano en su memoria; no lo recordaba. También había olvidado los nombres de sus padres. Pero veía perfectamente a su madre, sus largos cabellos recogidos en una trenza que colgaba sobre su espalda, su delantal immaculado y sus manos dulces y finas, que no eran manos de campesina.

Su padre, con el martillo al hombro, volvía de la forja. Los «¡clang!, ¡clang!, ¡clang!» y los «¡ting!, ¡ting!, ¡ting!» habían enmudecido, y solo quedaba el zumbido del hogar, que su padre mantenía constantemente encendido.

Nunca lo había apagado. Sin que importara la cantidad de madera que tuviera que introducir en él, nunca permitía que el fuego se extinguiera. Morgennes esbozó una sonrisa: «¿Qué tenía ese fuego que fuera tan particular? ¿Por qué era tan valioso?».

De pronto oyó una voz. Era su hermana, que le llamaba:

—¡Morgennes!

Miró a derecha e izquierda y preguntó:

—¿Dónde estás?

Pero no había nadie. Debía de ser un fantasma.

Entonces, desesperado, se puso a silbar la dulce melodía del órgano, lo que le dio nuevas fuerzas. Revigorizado, continuó su camino en dirección al Arca.

Unas sombras se dibujaron ante él.

Varios hombres y mujeres de piel oscura, que oscilaba entre el bronce y el negro, estaban agachados en el agua, con la cabeza baja, en medio de las sanguijuelas. Le recordaron a los adeptos de la secta de los ofitas, a esos centenares de personas que habían adorado a la Serpiente bajo la mirada de Morgennes en el templo de Apopis. Tenía la sensación de que aquello había sucedido en otra vida. ¿Habían acudido aquellos hombres en busca de la Cola de la Serpiente?

Morgennes caminó entre ellos, tratando de cruzar su mirada con la suya. Pero sus ojos estaban vacíos. Las lucecitas se movían sobre sus cabezas, iluminándolos un breve instante para devolverlos enseguida a la sombra. Aunque no eran luces, no. Eran...

Atrapó una, cerró el puño e inclinó la cabeza para observarla. Era una pequeña mariposa blanca. Muerta, aparentemente. Morgennes le sopló encima. Entonces la mariposa se agitó suavemente, se volvió negra, y luego emprendió el vuelo, sembrando a su estela finas nubecillas de un polvo negro y blanco que parpadeaba extrañamente. Morgennes se dio cuenta de que las luces palpitaban al ritmo de la música de órgano, que seguía sonando, cada vez más cerca de él. Tontamente, sin saber por qué, llamó:

—¿Dodin?

—¡Por aquí! —le respondió una voz aflautada.

No era su hermana, sino una voz que conocía... ¿La de Nicéforo?

—¿Nicéforo? —llamó Morgennes.

—¿Morgennes? ¡Por aquí!

Morgennes corrió, luego tropezó con un cuerpo y cayó cuan largo era sobre el fangal, donde se le hundió la cara. Aunque había abierto la boca para gritar, no pudo proferir ningún sonido; pero lo que vio le horrorizó: cinco caballeros, uno de los cuales llevaba una gran cruz roja sobre su túnica blanca, perseguían a un hombre, a su hija y a su hijo pequeño. El hombre era su padre. La hija, su hermana. Y el niño...

Morgennes agitó las manos, trató de gritar de nuevo, pero solo consiguió tragar

más fango. Iba a morir. Todo le oprimía. Se ahogaba.

Sus piernas ya no eran las suyas, sus brazos ya no le pertenecían. Su cabeza, apenas. Su campo de visión se reducía peligrosamente, y sintió una mano fría que le apretaba el corazón, una mano que decía: «¡Te llevaré al Otro Mundo!».

En ese momento, una luz brilló en las profundidades del pantano. Una luz que se manifestó primero bajo la forma de una mano que le acarició la parte baja del rostro. Esa mano era dulce y decía: «¡Vive! ¡Vive, hermano mío! ¡Te amo, ve!».

Morgennes tendió los brazos hacia delante, tratando de sujetarla. ¿A quién pertenecía?

Apareció un rostro. El de su hermana.

Al principio parecía hacer melindres, entrelazando los dedos ante el vestido, pero luego se echó a reír, como hacía tan a menudo cuando había hecho una tontería, y exclamó:

—¿No me reconoces? ¿No dices nada?

—Sí. ¿Qué haces aquí?

—Este es el Reino de los Muertos, y aquí es donde vivo.

Era translúcida, y a través de su cuerpo Morgennes veía el fango de los pantanos.

—Pero...

—Siempre te he amado. Por desgracia, la vida no quiso que nacióramos los dos, y yo morí para dejarte vivir. Soy la hermana gemela que deberías haber tenido.

—¿Mi hermanita gemela? ¡Habría dado mi vida por ti!

—Lo sé.

—Perdón —le dijo Morgennes—. ¡Me habría gustado tanto que vivieras!

—¡Pero viví! Porque Dios me permitió volver. Se apiadó de tu sufrimiento y del de nuestros padres. Nos permitió estar juntos. La niña que tuvieron después, tu hermanita, ¡era yo!

Acarició fugazmente la cruz de bronce que Morgennes llevaba sobre el corazón.

—¡Estoy delirando! ¿O estoy muerto yo también? —preguntó Morgennes acercándose a su hermana.

—No. Pero ahora ha llegado para ti el momento de olvidar. ¡Ha llegado el momento de que vivas!

—¡No sin ti!

—¡Que los muertos permanezcan con los muertos, y los vivos con los vivos! —dijo ella en tono cortante, con el índice levantado en un gesto imperioso.

Luego le rechazó, empujándole con las dos manos hacia la superficie del pantano, y le dijo:

—¡Corre, Morgennes, corre!

Morgennes sacó fuerzas de flaqueza, tensó sus músculos y lanzó un grito:

—¡Vivir!

Y el niño que había corrido en otro tiempo al otro lado del río, corrió de nuevo para salvar la piel. Morgennes sintió que tiraban de él hacia lo alto. Se abandonó, se dejó hacer, y luego empujó con los pies, empujó con sus piernas y con todo su cuerpo; de pronto sus fuerzas volvían. Morgennes renacía.

Escupiendo, tosiendo, expectorando, levantó la cabeza y vio a Gargano inclinado sobre él. El gigante le había sacado del cenagal. Luego lo cogió en brazos y lo llevó, chorreando fango, al campamento del Dragón Blanco.

Morgennes cerró los ojos. ¿No era todo perfecto? ¿No se había resuelto todo por fin?

El crepitar de un fuego de ramitas le despertó. Sobreponiéndose a su sopor, abrió los ojos y vio a Gargano, que estaba asando un avestruz, mientras Nicéforo tocaba el órgano. El instrumento se encontraba en un estado lamentable y cubierto de limo.

Morgennes buscó el Arca con la mirada. ¡Ahí estaba, casi al alcance de la mano! Era una maravilla de proporciones majestuosas, aún más enorme que la catedral más alta. Morgennes tenía la impresión de encontrarse al pie de una montaña. Y de pronto lo recordó. La montaña que había escalado unos años atrás era, sin duda, el Ararat, el monte en cuya cima debería de encontrarse el Arca. Pero en el momento en el que Morgennes se había acercado, el Arca había desaparecido de allí; porque, realizando una proeza digna de los constructores de las pirámides, centenares de individuos la habían arrancado del lugar donde había embarrancado.

—Necesitaré tiempo para comprender lo que me ha sucedido. Pero creo que he visto un fantasma... El mismo fantasma que asustó tanto a Chrétien en Arras.

Sin dejar de dar vueltas al espetón, y mientras Nicéforo seguía arrancando al órgano algunos dulces lamentos, Gargano declaró:

—¡Benditos sean los caminos que te han conducido hasta nosotros!

—Precisamente os estaba buscando... —dijo Morgennes, pasándose la mano por la mejilla.

—¡Y hemos sido nosotros los que te hemos encontrado! —exclamó Nicéforo.

—¿Cómo lo conseguisteis?

—Las mariposas nos mostraron el camino.

—Hablares más tarde, la carne ya está asada. Pronto podremos comer —dijo Gargano, relamiéndose.

—¿Y tú —inquirió Nicéforo desde el taburete de su órgano—, cómo nos has encontrado?

—Vuestro rastro no era difícil de seguir, y el destino me había llevado hacia el sur de Egipto. ¡Sumad ambas cosas, y aquí estoy!

Nicéforo sonrió; luego volvió una de las páginas de su partitura y siguió tocando.

—Estas mariposas son realmente extraordinarias —dijo Gargano, señalando a una

de ellas con la punta de su cuchillo—. Se alimentan de las setas que crecen en los árboles. Son *uita verna*, una especie muy particular que, según dicen, proporciona la inmortalidad a quien las consume. Pero no es cierto. En realidad provocan una muerte instantánea. La eternidad que proporcionan es la del último reposo.

Nicéforo tocó unos acordes disonantes, que turbaron a Morgennes.

—¿Qué haces? ¿No sigues tocando? —preguntó.

—Perdón, tenía la cabeza en otra parte. Hace días y días que mis dedos corren por las teclas, y ya no puedo más.

—Os relevaré —propuso Gargano.

—No. Come. Has tocado cinco días y cinco noches seguidos. Ahora soy yo quien debe tomar el relevo. Además ¡ya estoy harto de este manto!

Con un gesto brusco, Nicéforo levantó la capucha que le caía sobre el rostro. Y Morgennes vio entonces que Nicéforo no era un hombre, sino una magnífica joven de rasgos soberbiamente dibujados —bizantinos, para ser precisos.

—¡Por san Jorge! ¡Tendréis que explicarme esto!

—No te preocupes —replicó Gargano, mientras daba un buen bocado a un muslo de avestruz—. Es lo que haremos. Pero antes tenemos que abandonar este lugar, este Reino de los Muertos. ¡Por eso tu llegada no podía ser más oportuna!

Y por eso toda emperatriz, por elevado que sea su origen, está recluida en Constantinopla como una prisionera.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

Nicéforo desprendió de sus cabellos el largo broche de oro cuajado de diamantes que los mantenía sujetos. Sacudió la cabeza para desenredarlos y los dejó caer sobre sus hombros. Sedosos y brillantes, eran tan hermosos como los cabellos de una princesa. Y en realidad eso eran. Porque Nicéforo no se llamaba Nicéforo, sino María Comneno.

—Soy la sobrina nieta del basileo de Constantinopla —le confió a Morgennes—. Mi tío abuelo se llama Manuel Comneno. Es el hombre más poderoso de la ecúmene.

—Le conozco —dijo Morgennes.

María asintió con la cabeza y le dirigió una dulce sonrisa.

—Lo sé —susurró—. Estaba al corriente de todo. Antes, antes...

—¿Antes de qué? —preguntó Morgennes.

María Comneno se levantó y con un amplio gesto señaló a la vez el Arca, los pantanos y el órgano que había dejado de tocar.

—¡De todo esto! Debes saber, querido Morgennes, que desde muy pequeña solo he tenido una obsesión: ser libre. Siempre me he negado a ser rehén de la vida política, un regalo más valioso que los demás, destinada a sellar la amistad de los poderosos. Además, al contrario que mis hermanas y primas, no soportaría permanecer encerrada en un gineceo. Pero aparte de un matrimonio concertado, solo mi tío tenía el poder de hacerme salir de él. Y así, gracias al emperador, después de haber jurado que siempre iría disfrazada, pude saborear el placer de los viajes y de la aventura. Por eso quería mostrarle mi agradecimiento ofreciéndole su más anhelado sueño: ¡un dragón! Sí, concebí el loco proyecto de capturar a una criatura que se remonta a la noche de los tiempos, para que la añadiera a su colección privada y fuera su más hermoso ornamento.

María pareció perderse en sus reflexiones, pero recuperó el hilo de su discurso.

—Esta criatura era considerada benévola por los orientales, y maléfica por los cristianos. Nosotros, que estamos a medio camino, la tenemos por otra cosa, más allá del bien y del mal.

—Creo saber de qué habláis —dijo Morgennes.

—¡Hablo de los dragones! De este monstruo que la cristiandad, y Roma en particular, ha perseguido en todo el mundo para erradicarlo y al que los orientales han dado caza por su grasa, sus dientes, su lengua, sus escamas, sus garras o su hígado. El mundo se ha vaciado de dragones; ya no pueden encontrarse en ninguna parte. Los únicos indicios que conservamos de ellos son los contenidos en los libros, en los relatos y en algunas pinturas antiguas. Pero al estudiar los textos, me di cuenta de que san Jorge ¡no mató al dragón! Le perdonó la vida, y después de haberle pasado en torno al cuello el cinturón de la princesa a la que acababa de rescatar, lo condujo hasta el rey que le había encargado que lo venciera. Allí, el dragón fue juzgado, y luego liberado. De modo que aún vive en estos pantanos, al pie de los Montes de la Luna. Para transportarlo, necesitaba una nave fuera de lo común, de madera de gofer. Y solamente existe una embarcación como esa: el Arca de Noé. De hecho, el Arca ya había demostrado que podía contener a un dragón; lo hizo durante el diluvio. Solo ella podía resistir su aliento y sus zarpazos. Por eso, poco antes de ir a buscar este órgano del padre de Filomena, me dirigí a recuperar el Arca en lo alto del Ararat. Mientras viajábamos, los arsenales de mi tío trabajaban para poner el Arca en condiciones, lo que les llevó varios años.

Señaló el Arca de Noé y concluyó:

—Hicieron una labor excelente. Con ella, disponíamos de una embarcación ideal para viajar a la tierra de los dragones, es decir, a Abisinia. Una región que, mucho antes del islam, la cristiandad y el judaísmo, había conocido otro tipo de culto: el del Dragón. Sí, Morgennes, era una expedición insensata, lo sé; pero el móvil que la impulsaba era la gratitud, la que yo sentía hacia mi tío. Sabía que teníamos muy pocas posibilidades de éxito, pero, para conseguirlo, contaba con estos fabulosos cebos: este órgano y esta partitura.

—Deberíais seguir tocando —indicó Gargano a María Comneno—. Las últimas notas casi han dejado de resonar.

—Tienes razón —dijo María.

Volvió a tocar, utilizando las teclas menos deterioradas, aunque de vez en cuando determinados tubos dejaban escapar algunas notas falsas.

—Este órgano, como sabes, fue restaurado por el padre de Filomena. Nuestro proyecto la fascinaba, y estaba entusiasmada con la idea de participar en él.

—¿Dónde está ella ahora? —preguntó Morgennes.

—Nos abandonó hace mucho tiempo, cuando pasamos por El Cairo. Pero me temo que, en realidad, nos traicionó mucho antes. Porque descubrí que en realidad trabajaba para los ofitas, y particularmente para uno de ellos, Palamedes. Filomena había tratado de convencerme de que le diera mi dragón, pero cuando comprendió que yo nunca cedería, prefirió sabotearlo todo.

Morgennes se levantó, se acercó a María Comneno y miró por encima de su hombro.

—Había visto esquemas que representaban el Arca, en Constantinopla —dijo—. Ya conocía el órgano. Y esta partitura tampoco me resulta desconocida... Es la que vuestro tío me pidió que robara. Se suponía que atraía a los dragones. Siempre pensé que eso era imposible.

—Hasta ahora —le dijo María— no ha atraído a ninguno.

—Entonces, ¿por qué seguís tocando?

—Porque durante nuestra desgraciada expedición, llamémosla naufragio, nos dimos cuenta de que, al atravesar estos pantanos, nuestra memoria se borraba. Ningún ser humano normalmente constituido puede alcanzar los Montes de la Luna sin perderse a sí mismo. Y como es imposible pasar por la costa oriental...

—Sin embargo, recuerdo haber consultado en Alejandría los trabajos de Marino de Tiro, que inspiraron a Tolomeo, y mencionaban estas montañas, las fuentes del Nilo y la Cola de la Serpiente. Incluso se hacía referencia a estos pantanos, aunque no a esta particularidad.

—¡Y no es extraño! ¡Los que se arriesgaron a llegar hasta aquí lo olvidaron! En realidad, muy pocos llegaron y pudieron volver. Ciertas personas, sin embargo, acuden aquí de vez en cuando en el mayor de los secretos.

—¿Cazadores de dragones?

—No. Artistas y cocineros.

Morgennes la miró sorprendido.

—Estas setas en forma de pequeña luna esponjosa que crecen en estos pantanos —explicó María— son muy apreciadas por los amantes del té. Cuando se hace una infusión con ellas, dan un sabor especial a esa bebida conocida como «té de los dragones», porque se supone que solo los dragones pueden ingerirla sin morir. También se dice que proporciona la inmortalidad, pero no es más que una leyenda. Nadie lo ha comprobado nunca.

Morgennes, que había bebido aquel té en Constantinopla, no hizo ningún comentario; pero ahora comprendía por qué había estado a punto de morir por tomar una simple taza de té. Lo que no comprendía era por qué había sobrevivido. Y por qué Constantino Colomán bebía ese té cada día.

—Además de por las setas, ¿no están interesados también en las mariposas negras y blancas que abundan en estos pantanos?

—Exacto —dijo María—. ¿Cómo lo sabes?

—Tengo buenas razones para creer que mi padre y uno de sus amigos vinieron a este lugar hace años. Creo que se llevaron varias pequeñas setas, así como polvo de mariposa... que luego sirvió para pintar iconos o fue dado en infusión a ciertas personas, entre ellas mi madre. Pero ¿cómo lo hicieron para no sucumbir a la

maldición del pantano?

—¿Tal vez utilizaban una armadura especial? Antiguos grabados muestran a Alejandro Magno descendiendo a las aguas del puerto de Tiro a bordo de una campana de cristal. Quién sabe, tal vez una especie de burbuja de cristal, colocada sobre sus cabezas, les impidiera respirar el aire emponzoñado de los pantanos.

—¡Fascinante! —exclamó Morgennes.

—Temo que todo esto ya no esté hecho para mí —suspiró María—. Nicéforo queda lejos ahora. Los pantanos se lo han tragado. Ya solo quedo yo, María...

Durante un instante pareció desfallecer; se pasó la mano por la frente.

—¡Vamos, levantaos princesa! —exclamó Gargano—. Id a comer un poco y dejad que le cuente a Morgennes cómo nos las hemos arreglado para llegar hasta aquí.

María no se lo hizo repetir dos veces; abandonó su asiento y caminó hasta el fuego, donde cogió una loncha de avestruz, que atacó con voraz apetito.

—Tienes que comprender —dijo Gargano, tocando unos delicados acordes en el órgano— que, por una razón que desconocemos, este órgano, que no hemos dejado de tocar desde nuestro naufragio, nos protege de las pérdidas de memoria. Mientras tocamos, seguimos siendo nosotros. De modo que tocamos sin cesar. Por desgracia nos dimos cuenta de ello demasiado tarde, y no pudimos evitar que los habitantes de Cocodrilópolis quedaran reducidos al estado de fantasmas. Ahora yerran por estos pantanos. Cuando los primeros se vieron afectados por la maldición, los demás, creyendo que se trataba de un maleficio lanzado por Filomena, tiraron todas esas marionetas por la borda.

—Las he visto —dijo Morgennes.

—Luego muchos de los habitantes de Cocodrilópolis que habíamos contratado para que nos acompañaran en la expedición, y que estaban encantados de servirnos debido a los lazos que les unían al culto del Dragón, perdieron la cabeza a su vez. Ya no éramos lo suficientemente numerosos para manejar el Arca, que se convirtió en nuestra prisión. Y será nuestra tumba si tú no lo remedias. Finalmente, cuando navegábamos a una cuarta parte de nuestra velocidad normal, el Nilo inició la decrecida. Y así llegó el final. Embarrancamos aquí. No creo que debamos esperar a la próxima crecida. ¡Tenemos que marcharnos de aquí, y deprisa!

Gargano mostró a Morgennes una de las teclas rotas del órgano, así como un tubo medio torcido.

—Está a punto de entregar el alma...

—¿Y para eso contáis conmigo? —preguntó Morgennes.

—Sí. Dios te ha puesto en nuestro camino. Tu memoria es tan excepcional que si nos dirigimos a los Montes de la Luna, que es el camino más corto para abandonar estos pantanos, tal vez tengamos una oportunidad de escapar. Quién sabe, tal vez

exista un paso que conduzca a la costa oriental y que nadie ha descubierto todavía.

—¿Por qué no me hablasteis de vuestros proyectos antes? ¡Habría podido ayudaros!

—Morgennes, otro destino te aguardaba. Por otra parte, te recuerdo que soñabas con convertirte en templario y ser armado caballero. Además, debíamos mantener nuestra misión en secreto, porque los ofitas, nuestros peores enemigos, tenían espías por todas partes. En Kharezm, en los montes Caspios, en Constantinopla, en Tierra Santa y, por descontado, en Egipto. ¿Crees que ellos, que solo sueñan con el Gran Dragón y su regreso, nos habrían dejado llevar a buen término nuestro proyecto? De hecho, ganaron a Filomena para su causa, lo que selló el fracaso de nuestra expedición. Así su dios no acabará nunca en una jaula, en el palacio de Constantinopla.

Gargano tocó algunos nuevos acordes, que vibraron durante un rato. Luego volvió la cabeza hacia una mujer de mirada apagada, que estaba arrodillada en el fango con las manos sobre los muslos.

—¿Quién es? —preguntó Morgennes—. ¿Qué le ocurre?

—Es una habitante de Cocodrilópolis. Se está transformando en árbol. Es un proceso bastante lento, pero desgraciadamente irreversible.

Tras una indicación de Gargano, Morgennes se acercó a la mujer. Sus cabellos y su piel empezaban a adoptar un tono vegetal, teñido de cobrizo. La joven mantenía la cabeza baja, y no la levantó cuando Morgennes le dirigió la palabra. Al ver que no reaccionaba, la tocó con la punta de los dedos.

Estaba tan fría como una planta. Entonces se fijó en sus rodillas, que no estaban simplemente posadas sobre el suelo, sino que se hundían en el fango como raíces. Morgennes miró alrededor y se dio cuenta de que no era la única que se estaba transformando en árbol. Otros tenían los brazos pegados al cuerpo o se retorcían en posturas imposibles. Los cocodrilos no les atacaban, porque ya no eran seres humanos.

Morgennes dejó tranquila a la que había sido una mujer y se adentró unos pasos en el pantano. Árboles que hasta ese momento apenas había mirado se le aparecían ahora bajo su verdadero aspecto. En sus troncos, sus raíces y sus ramas, Morgennes veía aquí un brazo, allí una cabeza, y más allá una pierna. Un torso estaba en la base de un tronco.

De pronto Morgennes volvió a pensar en Dodin. ¿En qué estado se encontraría? Colocando sus manos en torno a la boca, le llamó una vez más:

—¡Dodin! ¡Dodin!

«Vamos —se reprendió a sí mismo—, es inútil. Probablemente ya no recordará su nombre.»

Dios se había tomado la revancha. Quedaban, en su país de origen, Jaufré Rudel,

y en Oriente, en los calabozos de Alepo, ese misterioso Reinaldo de Châtillon, al que tenía intención de visitar un día no muy lejano.

—Siempre que pueda abandonar este pantano...

Morgennes corrió hacia María Comneno y le preguntó:

—¿Cómo es posible que a mí no me haya afectado? ¿Es por mi memoria? ¿Por la música?

—Lo ignoro. Pero el simple hecho de que hayas llegado hasta aquí y nos hayas reconocido prueba que eres alguien especial, Morgennes. Quién sabe, tal vez seas una especie de dragón.

—No lo encuentro divertido —dijo Morgennes—. Además, me permito señalaros que también Gargano y vos estáis aquí. Y que los pantanos me afectan. Pero poco importa. Os sacaré de este lugar. ¿Qué hay que hacer exactamente?

Con gesto cansado, María señaló el órgano y declaró:

—Pronto no podremos sacar ni una sola nota de esta espléndida obra de arte. Este órgano, y no el dragón, debería haberse añadido a la colección de mi tío.

Tras inspirar una profunda bocanada del aire fétido del pantano, prosiguió:

—En algún lugar, más al sur, los pantanos se interrumpen.

—Y nos hallamos de nuevo en la jungla.

—Sí, de nuevo en la jungla, y allí volvemos a encontrar el Nilo, o al menos uno de sus afluentes. Habrá que remontarlo. Una antigua leyenda árabe, que te contaré si todavía me acuerdo, dice que su curso se vuelve subterráneo y que atraviesa la montaña. Condúcenos hacia el mar Rojo. Solo tú puedes salvarnos.

—Haré todo lo que esté en mis manos.

Morgennes dejó que María volviera junto a Gargano, y mientras tocaban a cuatro manos una melodía sincopada —y las mariposas negras y blancas danzaban al ritmo de la música, creando en el aire figuras sorprendentes—, se acercó al tronco de un árbol en busca de una seta.

—Hay algo que me gustaría comprobar —dijo a media voz.

Encontró una seta del tamaño de una nuez, y después de haber comprobado con los dedos la blandura de su carne, se la tragó de un bocado.

—¡Si soy un dragón, no moriré!

Morgennes cerró los ojos y se abandonó al tumulto que crecía en él.

Llevas en ti lo que buscas, pero no está completo.
Una parte se encuentra en tu cuerpo,
la otra está ante ti.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Filomena

Luego todo sucedió como su hermana le había anunciado.

Morgennes, María Comneno y Gargano consiguieron salir de los Pantanos del Olvido, pero no los abandonaron indemnes. Mientras caminaban en dirección a los Montes de la Luna, de una blancura tan deslumbrante que atravesaba los vapores nauseabundos del pantano, Morgennes recordó lo que acababa de vivir.

Pero ¿lo recordó realmente, o lo siguió viviendo porque una parte de su alma había permanecido para siempre prisionera en el Lago Negro? Morgennes nunca lo sabría.

En aquel lugar había tenido la sensación de estar en contacto con toda su vida, desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte, e incluso más allá. Lo que «vivió» entonces nunca le abandonaría. Salió de allí transformado. El Morgennes que se salvó de los pantanos no era exactamente el mismo que se había aventurado en ellos.

Después de tragarse la seta, Morgennes había visto cómo caía y se hundía en las aguas del Lago Negro. María Comneno y Gargano habían corrido hacia él, pero a pesar de sus esfuerzos no habían conseguido evitar que se hundiera en el cenagal, en lo más profundo del pantano.

Morgennes, que parecía haberse desdoblado, estaba a la vez hundiéndose y asistiendo a los vanos esfuerzos de María y Gargano para salvarle. No sabía qué pensar. En realidad, no pensaba.

En el fondo de las aguas se encontraba su hermana, así como muchas otras personas que no conocía: tal vez sus antepasados, o los muertos del mundo entero.

Su hermana fue hacia él flotando.

—Te había dicho que te fueras. Este no es lugar para los no muertos. Tienes que irte.

—¿Los no muertos?

—Aún no estás muerto, que yo sepa —le hizo notar su hermana.

—No.

—Entonces eres un no muerto.

Luego ella le señaló el inmenso amasijo de sombras de aire antropoide que se aglutinaban en torno a ellos, como flores de diente de león en torno a su pistilo, y le explicó:

—Igual que ellos, nosotros, yo, somos no vivos. Así son las cosas.

—Entonces, ¿estamos en el limbo?

—Si quieres verlo así... Me gustaría explicártelo, pero no podrías comprenderlo.

—Sin embargo, yo te comprendo.

—Porque no te lo digo todo. Además, no todo Morgennes está aquí. Una parte de ti se ha quedado ahí arriba, en el mundo. Mientras que tú...

—¿Yo? ¿Quién?

Una imagen cruzó por la mente de Morgennes. Volvió a verse, unos años atrás, en las cocinas de Colomán, tendido sobre su jergón. Cocotte y yo estábamos velándole. Curiosamente, Morgennes también estaba ahí, con nosotros. Y se miraba. Luego volvió a verse de niño, corriendo junto a sus padres. Volvió a verse sobre la pequeña tumba de su hermana gemela. Finalmente vio un feto, un minúsculo esbozo de ser humano, contra el que otro esbozo se acurrucaba. Eran dos. No tenían mucho espacio. Sin embargo, se encontraban bien. Estaban en el vientre de su madre.

—Tú estás aquí —prosiguió su hermana—. Con nosotros. Pero solo en parte.

—No comprendo.

—No hay nada que comprender. Cuando se está muerto, el tiempo deja de existir. Ya no hay antes ni después. Cuando se está muerto, no es *por* toda la eternidad. Es *desde* la eternidad.

Giró sobre sí misma, como una ondina en el fondo de un lago, y prosiguió:

—Un día sabrás, pero todavía no es el momento. ¿Quieres conocer la fecha de tu muerte?

—No. Es algo que no me interesa.

—Tienes razón. Carece de todo interés.

—¿Cómo se puede salir de aquí? —preguntó Morgennes—. Me gustaría presentarte a mi mujer. Ven conmigo.

—No. Los que están aquí ya no salen. No echamos en falta la vida. No del todo. O no realmente. Estamos entre nosotros, hablamos, conversamos. Tratamos de mejorar nuestra suerte y la vuestra. Y además, estamos al corriente de todo.

—Pero, de todos modos, debe de haber un modo de marcharse.

—¿Para hacer qué? Todo está aquí. Y lo que no vemos, nos lo enseñan los árboles.

Le mostró unas raíces entrelazadas, algunas finas como cordones, otras más gruesas que los pilares de una catedral. Esas madejas de raíces conectaban un

continente a otro, relacionando los robles de la Gaste Forêt con las palmeras de Damasco, los tamarindos de El Cairo con los olivos de Constantinopla. Y esos eran solo dos ejemplos entre una infinidad.

—Los árboles del mundo entero están enlazados por sus raíces. En la superficie de la tierra existen algunos lugares, como este, en los que es posible comunicarse con los vivos y con los muertos. ¿Quieres comunicarte?

—No, me gustaría volver a casa.

—Y ¿dónde está?

—No lo sé muy bien. Tendría que encontrar a mi mujer para preguntárselo. Ella lo sabe.

La hermana de Morgennes sonrió de nuevo y posó un dedo sobre los labios de su hermano.

—Siempre he estado ahí, contigo, ¿lo sabes?

—Creo que sí.

—Pero ahora voy a dejarte.

—Adiós, entonces.

Ella le abrazó estrechamente y le dijo:

—No olvides perdonar a Dios, ya que él me permitió volver junto a vosotros.

Morgennes apoyó la cabeza en el pecho de su hermana y susurró:

—Gracias. Y perdón. Perdón, hermanita, por haber vivido y por haberte abandonado aquí, sola en medio de los muertos.

—De los no vivos.

—De los no vivos.

—¿Sabes?, también tú estás ahí. En parte al menos, ya que los dos estamos ligados. Nosotros te murmurábamos al oído todo lo que deberías haber olvidado. Éramos tu memoria, esa increíble memoria tuya. Y parte de tu fuerza también. Pero creo que haces bien en irte. Si te vas, olvidarás. Te convertirás en un hombre como los demás. Ya no estaremos ahí para ayudarte.

—Necesito que me ayudes una última vez. Debo atravesar estos pantanos.

—Te ayudaré. Te ayudaremos. Estaremos ahí, contigo. Luego, cuando llegues al lindero del bosque, nos separaremos. Pero si alguna vez una burbuja de memoria asciende a la superficie de tu mente para liberar alguna información, no tendrás por qué preocuparte. Si tienes intuiciones, premoniciones, será solo porque hoy te hemos dado la respuesta, pero habrá tardado un tiempo en llegar. Y ahora adiós, mi tierno y amado hermano. Te echaré de menos.

—Yo te he echado de menos desde siempre. Adiós, hermanita.

Morgennes volvió a ascender bruscamente a la superficie. Se despertó en el pantano, con la cara bajo el agua. María Comneno y Gargano le sujetaron y le ayudaron a levantarse. Morgennes tosió, escupió. Tenía la boca llena de algas y barro.

Vomitó.

—¿Cómo te sientes? —preguntó María Comneno.

—Extraño. Tengo la sensación de haberme encontrado y luego haberme perdido.

—¡Pues bien, muchacho —le espetó Gargano—, puede decirse que tienes una suerte inagotable! Normalmente nadie sobrevive a la ingestión de estas endemoniadas setas.

Morgennes sonrió débilmente y le mostró los centenares de mariposas negras y blancas que revoloteaban en torno a ellos.

—¡Ellas también han sobrevivido!

—No es lo mismo —dijo María Comneno—. Las larvas de las que surgieron se alimentan de estas setas. Es como si fueran sus hijos, inmortales.

De pronto, después de haberse rehecho, Morgennes les preguntó, alarmado:

—¿Y el órgano?

Gargano y María Comneno intercambiaron una mirada, a la vez sorprendida y horrorizada.

—¡Lo hemos olvidado! —exclamó María.

—Cuando te caíste, corrimos hacia ti y no pensamos más en él.

Los tres amigos miraron el órgano, que parecía más viejo que nunca. Entonces, como un soldado extenuado que hubiera montado guardia hasta la llegada del relevo, el viejo órgano entregó su alma. Uno de los tubos de boca de dragón se desprendió del instrumento y cayó al pantano. Luego fue el soberbio pedalero, un sistema único en el mundo, puesto a punto por el padre de Filomena, el que se rompió y cayó a su vez al fango. El resto del órgano se descompuso justo después.

—Tenemos que marcharnos inmediatamente —dijo Morgennes.

—¿Marcharnos? —inquirió María.

—¿Para hacer qué? —añadió Gargano. —Bien. Ya veo. Vuestra memoria se está borrando.

Sin perder un instante, Morgennes desenrolló la cuerda que llevaba alrededor del torso y la ató a María y a Gargano.

—Confiad en mí. Quedaos a mi lado, seguid mis pasos y todo irá bien.

Después de haberse asegurado de la solidez de los nudos, se dirigió hacia el sur. Por primera vez en su vida debía realizar un gran esfuerzo para recordar. Para él era a la vez algo nuevo y extraño. Pero no desagradable.

—Veamos —se dijo—. ¿Por dónde debemos ir? ¡Ah sí! Por aquí, seguir el resplandor de los Montes de la Luna.

Morgennes dirigió la marcha a través de los pantanos sin dejar de hablar. Les decía todo lo que le pasaba por la cabeza, y les hablaba mucho de ellos. Le describió a María el atuendo que llevaba la primera vez que se encontraron. Y María lo recordó. Y rememoró las largas veladas pasadas con Gargano bebiendo vino y

discutiendo. Gargano pretendía conocer el lenguaje de los animales.

—¿Recuerdas a Frontín?

—¡Desde luego! —exclamó Gargano—. ¡Un condenado bromista! Listo como el diablo, y de lo más espabilado. El mejor compañero que haya tenido nunca.

—Entonces, ¿por qué lo dejaste con Azim?

Gargano no recordaba a Azim. Pero dijo a Morgennes:

—Supongo que fue justamente porque le quería. No quería someterlo a algo así. Amar a alguien también es aceptar abandonarlo. O separarte de él.

Morgennes no hizo ningún comentario, pero entonces María le preguntó:

—Te llamaban el «Caballero no sé qué», ya no me acuerdo.

—El «Caballero de la Gallina» —dijo Morgennes sonriendo.

—¿Tenías una gallina? —inquirió María.

—Es verdad —dijo Gargano—. Ya me acuerdo. Una gallina rojiza muy pequeñita, que os quería mucho, a ti y a alguien más...

Ya no recordaba quién era ese «alguien más» a quien la gallina quería tanto. Por otro lado, tampoco se acordaba del nombre del animal. Pero recordó esto:

—Hablábamos mucho de ti, ella y yo. Cada mañana iba a verla, y me sorprendía que siguiera sin poner huevos. La pobre estaba aterrorizada. Pero apreciaba que la protegieras. Y tenía un sueño; porque sí, era una gallina que soñaba.

—¿Y con qué soñaba? —preguntó Morgennes.

—¿De quién estáis hablando? —dijo María.

Gargano y Morgennes miraron a María. Sus ojos empezaban a velarse. ¡Tenían que darse prisa!

—Soñaba —susurró Gargano— con ser a los pájaros lo que los caballeros son a los hombres de a pie. ¡Una hermosa ave de presa! ¡Mejor aún, un halcón peregrino! Era su sueño secreto.

Morgennes sonrió de nuevo. ¿Cocotte un halcón? Bien, por qué no.

Habían avanzado a buen ritmo, y el lindero del bosque se dibujaba ya nítidamente ante ellos. Los árboles eran tan altos que les ocultaban la cumbre de la montaña, pero seguían percibiendo su luz centelleante, que se abría paso a través de la vegetación.

—¡Ya llegamos! —dijo Morgennes—. ¡Resistid, amigos! ¡Resistid!

Tiró de la cuerda para animarles a acelerar el paso. Pero María estaba agotada; parecía apagada. Entonces Morgennes miró a Gargano y le preguntó:

—¿Aún sabes correr?

—Desde luego —dijo Gargano.

—Llevaré a María a hombros y haremos el resto del camino a paso de carrera.

—Perfecto —dijo Gargano.

Morgennes se acercó a María y se dispuso a levantarla. Sin embargo, con gran sorpresa por su parte, comprobó que era increíblemente pesada. En realidad no lo era

tanto, pero Morgennes no tenía la fuerza de antes.

—¿Gargano?

—¿Quién me llama? —preguntó el gigante.

—¡Necesito tu ayuda!

—No hay problema —respondió el gigante, que empezaba a tener una expresión un poco ida.

Morgennes le pidió que llevara a María Comneno a hombros, lo que Gargano hizo sin rechistar. Luego corrieron por los pantanos, procurando evitar las pozas de agua, saltando por encima de los troncos de árbol, pendientes de no tropezar ni de trabarse los pies en la cuerda que les unía. Finalmente llegaron a la jungla y se pusieron a cubierto bajo los árboles. Los dos hombres estaban sin aliento, pero sanos y salvos.

—¡Lo logramos! —dijo Morgennes.

Gargano, que recuperaba el aliento doblado en dos, no respondió. Había depositado a María a sus pies, donde esta se había quedado dormida.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Morgennes.

—Creo que estoy bien. Gracias, amigo. Nunca olvidaré lo que acabas de hacer.

—¡Cuento con ello! ¿Y María? —añadió mirándola.

—Creo que una noche de descanso le sentará de maravilla. Pero a partir de ahora Nicéforo el Grande y toda la Compañía del Dragón Blanco pertenecen al pasado.

El pasado. En ese momento Morgennes se acordó de...

—¡Dodin!

Había gritado tan fuerte que los pájaros salieron volando asustados de los árboles, y luego se pusieron a trazar círculos sobre ellos. El propio Gargano se sobresaltó.

—¡He olvidado a Dodin! —dijo Morgennes—. ¡Tengo que volver! No puedo abandonarle en esos pantanos.

—Si vuelves allí —dijo Gargano con aire sombrío—, no regresarás jamás.

—Escucha —replicó Morgennes—, he reflexionado mucho. En cierto modo, Dodin y sus amigos me hicieron lo que yo he hecho a... —Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar el nombre—. Guyana. Si no soy capaz de perdonar a Dodin, ¿cómo podrá perdonarme Guyana? ¡Tengo que salvar a Dodin!

Levantó los ojos al cielo y pidió perdón a Dios por haber dudado de Él.

—Morgennes, no vayas. Dodin no lo vale...

—Sí, lo vale. Tú, mientras tanto, velarás por María y la llevarás junto a Amaury. Todo lo que os pido es que sigáis el Nilo, cuando lo encontréis. Según los viejos escritos, pasa bajo la montaña. Allí hay un subterráneo... Exploradlo. Quién sabe, tal vez encontréis una ruta que conduzca al mar Rojo.

Gargano frotó sus grandes manos, tomó aire, contrariado, y declaró:

—No, Morgennes. Te esperaré. Te doy tres días. Si dentro de tres días no has

vuelto, me iré.

—Muy bien. Oye, Gargano, hay un último favor que quiero pedirte.

—Todo lo que desees.

—Sé que es complicado; pero te lo suplico, encuentra a Guyana. Debe de estar en algún lugar en Egipto, probablemente en El Cairo. Protégela. Sobre todo, protege a su hijo. Está embarazada. Es posible que me guarde rencor, que esté enfadada conmigo. De modo que te pido, por favor, que sobre todo no le hables de mí, o te echaría. No le digas que soy yo quien te ha enviado para protegerla. Y si es posible, llévala a casa. Allí tengo un amigo, el propietario de esa gallina. Se llama... Chrétien de Troyes.

—Te lo prometo —dijo Gargano, escupiendo al suelo.

Luego abrió sus grandes brazos y sonrió ampliamente.

—¡Vaya, así que vas a ser papá!

Morgennes habló a Gargano de su futuro hijo. No tenía ni idea del número de días, semanas o meses que habían transcurrido desde que Guyana había partido, pero sabía que su hija debía nacer hacia la Navidad. Dos días antes, si había que creer a los coptos.

—El día en el que la Cabeza y la Cola de la Serpiente se besen —murmuró Gargano.

—¿Qué estás diciendo? ¿De qué hablas?

—De una antigua leyenda. Según los ofitas, el día en el que la Cabeza y la Cola de la Serpiente se besen, el mundo temblará. Se supone que este día anuncia la victoria de los Hijos de la Serpiente. Y ese día debe caer justamente dos días antes de Navidad, en san Audoen.

Gargano explicó a Morgennes que la Cabeza y la Cola de la Serpiente eran los términos empleados por los ofitas para describir las órbitas de la luna y del sol.

—Creo que lo sabía —dijo Morgennes—. Azim me había hablado de ello.

—¿Quién? —preguntó Gargano.

—El nuevo amo de Frontin.

—Ah —dijo Gargano—. Ya veo...

El gigante parecía un poco triste; de modo que Morgennes decidió no diferir por más tiempo su separación. Le pasó la mano por el hombro y le dijo:

—Hasta dentro de tres días, a más tardar.

—Hasta dentro de tres días —respondió Gargano.

Por la noche, estas piedras preciosas brillaban con tanta intensidad que uno creía encontrarse en pleno día, cuando luce el sol de la mañana.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Erec y Enid

Morgennes estaba muerto, era evidente.

Después de haber esperado en vano más de una semana en el bosque, en el lindero de los pantanos, Gargano decidió partir. María quería esperar un poco más, pero Gargano le dijo:

—Prometí a Morgennes que velaría por los suyos. Además, debo acompañaros junto al rey Amaury, al que vuestro tío os prometió.

—¿Mi tío? —preguntó María.

Gargano lanzó un profundo suspiro. Ya hacía varios días que intentaba reavivar su memoria, pero María había olvidado gran parte de su vida anterior.

—Sois la sobrina nieta de un gran emperador. ¿No lo recordáis?

—No muy bien —dijo María, esbozando una tímida sonrisa. —Soñabais con ser libre.

—¿Acaso no lo soy?

Gargano parecía azorado. Se sentía a la vez avergonzado y culpable, porque echaba en falta a Nicéforo, y María le intimidaba.

De modo que le contó a María cómo se habían conocido Nicéforo y él.

«Estaba durmiendo, en mi montaña, en los montes Caspios, cuando un convoy me pasó por encima. Y si hay algo que detesto es que interrumpen mi sueño. Porque apenas hacía seis siglos y medio que dormía, cuando para mí una buena noche de sueño se alarga unos mil años. No hará falta que os diga, pues, que me encontraba de pésimo humor cuando los carros cargados de material y de víveres me magullaron el cuerpo, obligándome a ponerme de lado para dejarles pasar. Vuestros obreros creyeron que era un desprendimiento, y yo no hice nada para convencerles de su error, pero tras adoptar la apariencia de un hombre, fui a interrogarles sobre las razones de su presencia en mi dominio. Porque debo confesar que, antes que nada, soy curioso como un hurón...

»—¿Adónde vais? —pregunté a uno de los infantes.

»—Es un secreto —me respondió secamente el guardia, que hacía grandes esfuerzos para no parecer impresionado.

»—Humm... —gruñí yo, haciendo crujir las articulaciones de mis dedos.

»Mis manos eran tan enormes —doblaban en tamaño a su cabeza— que vuestros soldados palidieron y retrocedieron.

»—¿Quién sois vos? —me preguntó uno de ellos, con voz temblorosa.

»—¿Y qué hacéis aquí? —se atrevió a preguntar otro.

»—¡Llebadnos ante vuestro jefe! —exclamó un tercero, envalentonado.

»—No —repliqué yo—. ¡Llevadme vosotros ante vuestro jefe, u os pesará!

»Y golpeé el suelo con el pie con tanta fuerza que toda la tierra tembló en millas a la redonda. Dos soldados corrieron a buscar a Nicéforo, mientras los demás me rodeaban, teniendo buen cuidado de mantenerse a una distancia prudencial.»

María escuchaba a Gargano. Estaba tan fascinada que no le preocupaba discernir lo verdadero de lo falso.

«Yo me había sentado —prosiguió Gargano—, porque todavía estaba en brazos de Morfeo. Pero apenas había tenido tiempo de esbozar un bostezo, cuando un curioso petimetre se acercó a mí. Un jovenzuelo de aire despierto y gentil, que, con las manos apoyadas en las caderas como un capitán en la proa de su barco, inquirió sonriente:

»—Os deseo un buen día, señor gigante. ¿Puedo saber con quién tengo el honor de hablar?

»"Un buen día." ¡Me había deseado un buen día! ¡Y me había llamado "señor"! ¡Tenía "el honor" de dirigirse a mí! ¡Pardiez! ¡Ese tipo me gustaba! Irguiéndome en toda mi estatura, le tendí la mano para saludarle. Por desgracia, aún medio dormido, había calculado mal mis medidas, y cuando me incorporaba alcanzaba unos buenos treinta pies de largo.

«Asustados, los humanos retrocedieron, blandiendo sus picas; excepto el doncel, que se limitó a inclinarse hacia atrás para no perder contacto con mis ojos.

»—¡No quería molestaros! —dijo sonriendo, con las manos en torno a la boca.

»Luego me tendió la mano a su vez.

»—Me llamo Nicéforo, y soy el jefe de esta expedición. Encantado de conoceros, señor.

»Le cogí la mano con suavidad, esforzándome al máximo en ser delicado, y murmuré:

»—Gargano.

»—¡Tenéis el mismo nombre que esta montaña! —dijo Nicéforo, sorprendido.

»Yo me rasqué la cabeza y repliqué en tono melifluo:

»—Es normal, ya que soy yo.

»—¡Fantástico, un genio de estos parajes! —exclamó Nicéforo entusiasmado, sin

mostrar ninguna sorpresa—. ¿No os gustaría uniros a nosotros? ¡Veréis mundo! ¡Y además pagamos bien! ¿Cuántas piedras queréis?

»—Es tentador, pero mi noche aún no ha acabado —respondí yo—. ¿No podríais pasar un poco más tarde, cuando me despierte?

»—¿Cuánto tiempo necesitáis?

»—Trescientos de vuestros años.

»—Por desgracia, no —respondió Nicéforo—. Lo lamento, podéis creerme. ¡Pero puedo proporcionaros bebidas que os calienten la sangre! ¡Vamos, venid! Tengo un montón de hermosas historias que contaros. Estoy seguro de que os morís de ganas de oírlas, ¿no es cierto?

»—No sé... —dije yo—. Ya conozco un montón de historias. Mis amigas las marmotas y los demás animales de la región me las cuentan a millares.

»—¿De modo que conocéis el lenguaje de los animales?

»—A fuerza de oírles discutir, he acabado por aprenderlo.

»—Nos seríais muy útil. ¿Qué puedo hacer para convencerlos de que me acompañéis?

»Me senté en el suelo, lo que hizo temblar la montaña alrededor nuestro, y apoyé el mentón en la mano para ayudarme a reflexionar.

»—Podría ir, pero tendría que ser por poco tiempo.

»—No tardaremos mucho —respondió Nicéforo.

»—¿Cuánto tiempo será?

»—Una quincena de nuestros años. ¡Tal vez menos!

»—¿Y qué pensáis hacer?

»Nicéforo señaló la larga hilera de carros equipados con todo tipo de materiales, así como a los arquitectos, los sabios, los obreros, los soldados y los artesanos que les acompañaban, luego al centenar de asnos cargados con fardos que cerraban el convoy, y declaró:

»—Llevarnos el Arca de Noé.

»—Está justo al lado —dije—. Un poco más arriba a vuestra derecha. Estropea el paisaje, de esto no cabe duda. Retirarla sería estupendo. Pero tendréis que neutralizar a los guardias, y me extrañaría que contemplaran con los brazos cruzados cómo desmontáis lo que para ellos es un templo, una preciosa reliquia, un objeto de culto.

»—Tengo con qué convencerlos —respondió Nicéforo, mostrando un carro cargado de oro—. Y si esto no basta, también tenemos esto otro —añadió señalando otros seis carros unidos a un largo tubo que simulaba un dragón y servía para escupir fuego.

»—¿Qué pensáis hacer con el Arca?

»—Salvar al último de los dragones.

»—Ah, entonces está decidido, os acompaño... Me gustan mucho los dragones.

Hace tiempo que no he visto ninguno...»

Gargano se detuvo un instante.

—Y así fue como Nicéforo y yo nos encontramos, unos años después de la fundación de la Compañía del Dragón Blanco. Luego, después de que el Arca fuera robada, tras un largo y sangriento asedio durante el cual perecieron muchos habitantes de los montes Caspios, me uní a la Compañía del Dragón Blanco. Le había tomado gusto a la aventura, y decidí acortar mi noche.

Gargano se volvió hacia María y explicó:

—Pensé que ya recuperaría el tiempo perdido con una corta siesta, de ocho o nueve de vuestros siglos.

—¿Y qué sucedió con el Arca mientras la Compañía del Dragón Blanco recorría el mundo en busca de los mejores artistas?

—Varios centenares de artesanos se esforzaron en ponerla de nuevo en condiciones, en los arsenales navales bizantinos. Luego Nicéforo y yo nos dirigimos al condado de Flandes, donde nos hicieron entrega de un órgano magnífico. Había sido restaurado por una maestra de los secretos llena de talento, llamada Filomena.

—¡Vaya fábula! —dijo María sacudiendo la cabeza—. Mi buen Gargano, me resulta difícil creerte. ¿Dices que eres una montaña? ¿Y yo fui un guapo joven que, en realidad, era la sobrina nieta de un emperador bizantino?

—Ajá...—dijo Gargano.

—Pruébalo.

—¿Cómo?

—Vuelve a recuperar tu tamaño original.

Gargano confesó, con expresión incómoda:

—Es que... He olvidado cómo se hace. Esta larga estancia en los pantanos me ha perturbado.

María se encogió de hombros y sonrió. No le creía, aunque para Gargano no era un problema. Sin embargo, tenían que marcharse. Entonces se incorporó, la levantó delicadamente por las caderas y se la cargó sobre los hombros.

—¡En marcha, princesa!

—¿Adónde vamos? —preguntó María.

—¡Al Paraíso!

Gargano estaba desconcertado por la nueva personalidad de María. Porque Nicéforo se mostraba tan emprendedor, audaz y provocador, como María —que le tuteaba— se mostraba dulce, apacible y reservada. Los dos le gustaban mucho. Pero echaba en falta a Nicéforo.

Para Gargano, la estancia en los Pantanos de la Memoria se había cobrado numerosas víctimas: Nicéforo, los habitantes de Cocodrilópolis y, desde luego, Morgennes. Caminaron, con María sobre los hombros de Gargano, durante

numerosas jornadas. Una mañana, María oyó el lamento de un curso de agua, y pidió a Gargano que se dirigiera hacia él.

Habían encontrado uno de los afluentes del poderoso Nilo. Sus aguas azules arrastraban pequeñas hojas rojas y amarillas, procedentes de los árboles que crecían al pie de los Montes de la Luna.

—Sigámoslo —dijo Gargano.

Tal como le había dicho Morgennes, un poco más adelante el Nilo se hundió bajo tierra. Era una visión prodigiosa: justo antes de desaparecer, el divino río se precipitaba en una falla en forma de boca excavada en la montaña. Esta perforación, adornada en cada uno de sus flancos y en su cara principal por gigantescas estatuas de faraones, constituía la última obra construida por los antiguos habitantes de esta región. Estos habían vivido en la época en la que hombres y dragones convivían apaciblemente, antes de que los ejércitos de Roma, Atenas y Alejandría fueran a sembrar cizaña entre ellos.

Ochenta y cinco estatuas de bronce con una altura de unas veinte toesas dominaban el río recordando el poder del rey Menelik, legendario soberano de esta zona. Gargano tenía la sensación de estar jugando entre las piernas de sus primos mayores. En sus manos, pergaminos, libros e instrumentos de medición reemplazaban a las armas que se encontraban habitualmente en este tipo de estatuas; pues el poder de Menelik descansaba en la justicia y el derecho, y no en la fuerza y las armas. Heredero de la reina de Saba, conocida también en Egipto bajo el nombre de Hatshepsut, Menelik había reinado, hacía mucho tiempo, sobre Tebas y sobre Axum, y se decía que había devuelto allí el Arca de la Alianza.

Después de haber tallado una piragua en un tronco de árbol vaciado, Gargano y María remontaron este afluente del Nilo en el curso de un periplo que más parecía un viaje al Infierno que al Paraíso.

La falla se hundía en la tierra, conduciendo al Nilo a una red de canales subterráneos que parecían excavados por titanes. Las altas bóvedas se perdían en la oscuridad, y miríadas de murciélagos pasaban sobre sus cabezas lanzando chillidos. Varias veces, María —demasiado asustada para remar— se acurrucó contra Gargano, que se esforzaba en mantener la piragua a flote.

Finalmente, cuando hacía ya varias horas que navegaban contra corriente, oyeron el fragor de una cascada y se encontraron rodeados por una densa niebla. Las gotas de agua en suspensión daban la impresión de una lluvia inmóvil, de un aguacero que no caía y que no se detendría nunca.

—¡Qué horror! —exclamó María—. ¡Moriremos ahogados!

—No, no —dijo Gargano—; al contrario, es un buen augurio.

Como no veían nada, se vieron obligados a avanzar lentamente para no

arriesgarse a dañar la piragua. Al cabo de un momento tropezaron con una roca, luego con otra, y con otra más. Entonces comprendieron que habían llegado lo más lejoso posible en barca. No llegarían más allá.

—¡Bajemos! —dijo Gargano.

—Pero ¿dónde? ¡Hay agua por todas partes!

—Nadaremos. Quedaos junto a mí. Trataré de trepar por este acantilado. Tal vez haya una salida en lo alto.

Después de haberse colocado a María a la espalda y de haberla asegurado firmemente con ayuda de la cuerda que Morgennes le había dado, Gargano inició la ascensión de esta séptima y última catarata, una catarata de la que nadie había oído hablar jamás y que no aparecía en ningún mapa. Pero el agua había bruñido la piedra, lo que hacía imposible la escalada. Gargano siempre acababa resbalando, y cuando no resbalaba, era expulsado por la increíble cantidad de agua que les caía encima y que a cada instante amenazaba con tragárselos.

—¡Es como escalar un río! —se lamentó cuando, por tercera vez, cayó al pie de la cascada espumeante.

Cada tentativa se saldaba con un fracaso. Aquella era una proeza que nadie podía ejecutar solo.

—Necesitaríamos ayuda —concluyó Gargano.

María tuvo una idea al ver a un murciélago que volaba en picado. Señalándolo, le propuso:

—Tal vez ellos podrían ayudarnos.

—¡Excelente idea!

Luego Gargano se frotó la nariz.

—Pero ¿cómo?

—Podrían llevarnos.

—Pesamos demasiado.

—Entonces podrían llevar esta cuerda hasta la cima y atarla a una roca —dijo desatando la soga con la que Gargano la había amarrado a su espalda—. De este modo no nos costará tanto escalar.

—¡Excelente idea!

Dicho y hecho... No, aún no estaba hecho, porque los murciélagos querían negociar.

—¡Me pregunto quién les habrá enseñado a hacer tratos! —se sorprendió María—. ¿Qué quieren?

—Oh, nada que yo no pueda entender. Quieren dormir, y para esto quieren un poco de oscuridad.

—¿Oscuridad? ¡Pero si es lo único que hay aquí!

—Parece que no es así —dijo Gargano con una amplia sonrisa que dibujó en la

negrura de las cuevas un extraño y atemorizador mosaico, ya que sus dientes eran fosforescentes.

—¿Es que hay una salida?

—Mejor que eso —prosiguió Gargano.

—¿Mejor?

—Hay cantidades, montones de salidas, porque estamos en el fondo del cráter de un antiguo volcán.

—No es muy tranquilizador.

—Dicen que duerme desde hace mucho tiempo, pero, sobre todo, que hay decenas de millares de «luces molestas» de las que quieren verse libres.

—¿«Luces molestas»? ¿Y qué es eso?

—Diamantes. Infinidad de diamantes. Los murciélagos quieren que los cojamos, o al menos que consigamos que dejen de reflejar la luz del exterior. Dicen que los diamantes y la luz les molestan para volar.

María abrazó a Gargano, y el gigante dijo a los murciélagos que aceptaban «librarles» de los diamantes. Si hacía falta, Gargano provocaría un desprendimiento de tierras que los enterraría. Nada demasiado complicado, al fin y al cabo.

—No tendré más que patear el suelo —explicó.

—¡Por Dios! —dijo María—. Intenta no golpear demasiado fuerte. No tengo ganas de que la montaña se derrumbe, ni de que el volcán se despierte.

Finalmente, dos grandes murciélagos transportaron la cuerda hasta lo más alto de la cascada (que, según les informaron, se llamaba Mosioatunya, lo que significa: «Humo que gruñe»), y luego tres murciélagos pequeños, elegidos entre los más hábiles, ataron la cuerda a un espolón rocoso.

A continuación, Gargano emprendió de nuevo la ascensión del «Humo que gruñe» ayudándose con la cuerda, entre los gritos de ánimo de los murciélagos, que volaban en torno a ellos para ofrecerles sus consejos. Incluso así, no fue fácil. Gargano se había puesto un sólido par de guantes; pero la cuerda estaba tan tensa y el trayecto era tan largo que a medio camino los guantes se rasgaron. Tuvo que terminar sosteniendo la cuerda con las manos desnudas, lo que le arrancó la piel y algunos gritos de dolor. Apretando los dientes, siguió trepando, esforzándose en ocultar su sufrimiento a María.

Cuando alcanzaron, al cabo de tres cuartos de hora de una ascensión extenuante, el espolón rocoso al que estaba atada la cuerda, María y Gargano se felicitaron calurosamente. Luego Gargano se lavó las manos en las aguas del Nilo, se quitó la camisa y la desgarró para hacerse unas vendas. Finalmente, después de haberse recuperado de esta dura prueba, siguieron a los murciélagos hacia las «luces molestas».

Pasaron por estrechas galerías del color de la noche, y luego llegaron a un alba

sorprendente. En el seno de grutas inmensas, donde revoloteaban los murciélagos, millares de diamantes formaban una bóveda celeste absolutamente pasmosa. Resplandores de piritita, bloques de platino o de plata, motas de oro o de cobre constituían sus astros y sus constelaciones. Gargano y María ya no sabían distinguir la zona de arriba de la de abajo. Tenían la sensación de caminar por el cielo, con la cabeza hacia abajo, del otro lado del decorado que Dios mostraba a los hombres. Pero si ellos estaban entre bastidores, ¿dónde estaban los cometas y los ángeles que tiraban de ellos en pesados carros de oro?

—¡Qué belleza! ¿Realmente debemos destruir todas estas maravillas? —inquirió María, con los ojos dilatados de admiración.

—Lo prometí a los murciélagos —dijo Gargano muy a su pesar.

Caminando con los brazos abiertos para no perder el equilibrio, avanzaban de cuerpo celeste en cuerpo celeste, adentrándose en parajes de una increíble belleza. De pronto llegaron a una enorme cueva, en el fondo de la cual las «luces molestas» dibujaban formas vagamente humanas.

—Se diría que son hombres —dijo Gargano.

—Esto me recuerda algo —dijo María temblando de pies a cabeza—. Veámoslo de más cerca.

Una corriente de aire indicaba que la salida no podía estar lejos. Además, la temperatura había aumentado varios grados, señal de que la superficie estaba cerca. En ese momento, al dejar atrás un astro, tropezaron con un cuerpo.

—¡Mirad! —exclamó Gargano—. ¡Un esqueleto!

María distinguió, tendido en un rincón de la cueva, el cadáver de un ser humano. Iba vestido con viejas ropas de estilo griego. A su lado, en lo que parecía un antepasado de las alforjas, encontró varias hojas de pergamino pegadas entre sí. Cubiertas de escritura.

María les echó una rápida ojeada y estuvo a punto de desmayarse.

—¡Es extraordinario! ¿Sabes quién es este hombre?

—No. ¿Por qué? ¿Debería?

—El rey de los filósofos. ¿Nunca has oído hablar de Platón?

—No —confesó Gargano.

—El mito de la caverna, ¿tampoco esto te dice nada?

—No —repitió Gargano—. Pero ¿no es extraño que vos lo recordéis?

—Tal vez. ¡Pero aún sé hablar griego! ¡Y latín!

María se incorporó y explicó a Gargano que, según Platón —filósofo griego que había vivido varios siglos antes de Jesucristo—, el mundo no era más que engaño e ilusión.

—Solo vemos sombras. Sombras de marionetas que espíritus maliciosos pasean ante un fuego, y que nosotros, los humanos, tomamos por la realidad. Nada de lo que

nos muestran nuestros sentidos es verdadero. Todo es falso, y tenemos más posibilidades de encontrar la verdad en las fábulas que en esta pretendida realidad...

Paseó la mirada a su alrededor, tratando de medir ese lugar increíble.

—En su diario, Platón dice que vino aquí en busca de los últimos, y más poderosos, dragones. Los dragones fábula, llamados también draco fictio o dragones luna. Se les llama así porque pueden, como la luna, modificar su apariencia. Pero son más fuertes que ella, porque no se limitan a una media luna o a un disco. Pueden adoptar cualquier forma, comprendida la de un poema, una canción o la de cualquier obra de arte.

Gargano escuchaba, fascinado. María se acercó al esqueleto y recogió una copa, volcada en el suelo junto a él. Mostrándola a Gargano, continuó sus explicaciones:

—Nos encontramos en la gruta que inspiró a Platón su célebre mito de la caverna. Decidió volver aquí para morir, bebiendo esta copa de cicuta. Según estos papeles, había descubierto esta caverna durante una expedición geográfica y militar, dirigida por Cambises, de la que acabaría siendo el único superviviente. Según estos papeles, existe una salida muy cerca de nosotros, que da al mar Rojo. Al parecer, hay que atravesar un cementerio y la salida se encuentra justo detrás.

—¿Un cementerio? Pero ¿quién puede estar enterrado aquí?

María agitó el fajo de pergaminos bajo las narices de Gargano.

—¡Los dragones!

Capítulo VIII

Cruzífera

Nadie hubiera podido adivinar, en efecto, que en este lugar se encontrara una puerta que, cerrada, permanecía perfectamente oculta y era invisible.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Cligès

Guillermo de Tiro se encontraba en su biblioteca, donde se pasaba los días consultando montones de obras desde que Amaury le había encargado que encontrara a la verdadera *Crucífera*. De pronto, una sombra cruzó la página que estaba leyendo. Creyendo que su vela se había apagado, levantó la cabeza. En ese momento, un viento frío le arañó la espalda, y su sillón y su mesa se pusieron a temblar. Temiendo que un espíritu maligno se hubiera introducido en la habitación, Guillermo empuñó su bastón con cabeza de dragón y lanzó un potente golpe, que se perdió en el vacío.

—¡Nada!

Nada, excepto que acababa de derribar su vela. En el momento en el que la llama se apagaba, el suelo se agitó con una violenta sacudida. Tan violenta que Guillermo tuvo que agarrarse al escritorio para no caer, mientras en torno a él pergaminos, papeles y palimpsestos rodaban fuera de sus compartimientos, cajones y estanterías para esparcirse por el suelo en un triste revoltijo.

—Como si no hubiera bastante desorden —dijo Guillermo en voz alta para tranquilizarse.

Hubo un momento de calma, durante el cual reinó la oscuridad. Luego un viento helado recorrió la habitación, levantó la masa de papeles que yacían sobre el pavimento y los envió girando en torbellinos alrededor de Guillermo.

—¡Por san Jorge! —exclamó este, aferrándose aún con más fuerza a su escritorio.

Una nueva sacudida sucedió a la primera, como si esta solo hubiera sido un aperitivo y la otra, el plato fuerte. Como un cuerpo viejo sometido a una dura prueba, la iglesia de Tiro crujió, gimió, aulló, pero no se rompió. Los muros se agrietaron, una parte del techo se derrumbó, el suelo se entreabrió, pero el armazón resistió el embate.

En la ciudad, a juzgar por los gritos que llegaban a oídos de Guillermo, no habían tenido tanta suerte; los lamentos de los hombres se mezclaban con los sollozos de las mujeres, los berridos de los niños con el estruendo de los edificios, en un anuncio de

agonía, miseria y muerte.

—¿El Apocalipsis? —se preguntó Guillermo.

Pero allí, agarrado a su escritorio, no encontraba respuesta. Una nube de polvo lo envolvió, por lo que juzgó preferible no quedarse. Pero ¿adónde podía ir?

—¡Señor, ilumíname! —rogó, tosiendo.

Y Dios le respondió. Una fisura apareció en una de las paredes de su *scriptorium*, y un hilo, y luego un rayo de luz, inundó la habitación.

—¡Aleluya! —exclamó Guillermo.

Sin soltar su precioso bastón, se arrastró hacia la fisura, que no dejaba de crecer, y por donde penetraba, iluminando la habitación, el resplandor de lo que él creyó que era un incendio. Pero aquello no era un incendio. Allí, en una habitación secreta, había un atril con un libro abierto, ¡un libro en llamas!

Guillermo se estremeció de horror y corrió a salvar la obra, pero se quemó los dedos al tocarla. Tras recuperar el aliento, se persignó y pronunció un doble paternóster. Las sacudidas —coincidencia turbadora— cesaron de repente, y poco a poco volvió la luz.

—¡Milagro! —exclamó Guillermo—. ¡Gracias te sean dadas, a ti, oh Dios Todopoderoso!

Fuera, el sol brillaba con ardor renovado. Deseoso de hacerse perdonar, el astro volvía a calentar la tierra entumecida por el invierno, expulsando con sus rayos esa extraña y breve noche en la que había reinado una luna diabólica. La Cabeza y la Cola del Dragón, después de haberse besado, se separaban de nuevo. ¿Por cuánto tiempo?

—Ya lo veremos más tarde —se dijo Guillermo.

Ansioso por estudiar su descubrimiento, observó el libro en llamas. Un intenso calor se desprendía de él, y cuando Guillermo acercó de nuevo la mano, se quemó por segunda vez.

—¡Imbécil! —se amonestó a sí mismo—. Pero ¿por qué el atril no arde? ¿Estará hecho de gofer? Dicen que esta madera es resistente al fuego.

Cogiendo una pequeña pluma blanca que oportunamente había ido a posarse sobre su escritorio, Guillermo la lanzó a las llamas, donde se carbonizó al instante.

—Interesante...

Sin perder la calma, apoyó el mentón en su bastón y reflexionó. Entonces se dio cuenta de que el techo de la pequeña alcoba no se había ennegrecido con las llamas del libro, lo que era absolutamente inusual.

—Muy interesante.

Además, el libro no se consumía.

—¡Realmente interesante, sí!

Aquel no era un fuego normal.

—Probablemente el guardián del libro...

Sus ojos se habían acostumbrado por fin a la luz, y Guillermo miró alrededor y constató que las paredes, la bóveda y el suelo de la pequeña habitación eran cóncavos, como el interior de un huevo. Y lo que era aún más sorprendente, estaban totalmente decoradas. Había un mapa pintado, al estilo antiguo. Guillermo creyó reconocer, a la altura de su cabeza, a su derecha, una representación del Mediterráneo. De hecho, todo el mundo aparecía desplegado en él, y Guillermo lo contempló durante largos minutos, antes de colocar el dedo sobre su ciudad, Tiro, y de seguir un itinerario punteado que conducía desde allí hasta... Lydda: la ciudad donde había sido inhumado san Jorge, aunque nadie sabía dónde exactamente. A pesar de que entretanto se habían descubierto varias falsas tumbas; por desgracia, ninguna de ellas contenía a Crucífera —suponiendo que esta reposara junto a su difunto propietario.

Guillermo acababa de descifrar una inscripción en griego, justo sobre Lydda, en los arrabales de la ciudad. Una inscripción misteriosamente adornada con una cruz.

—¡Por la Santa Iglesia! —exclamó.

Cerró los ojos, preguntándose por qué ahora. ¿Por qué aquí, y por qué él? Pues aquel era un descubrimiento increíble, capaz de dar —por fin— un vuelco a la historia que sería favorable a los francos.

Alejandro Magno, que según la leyenda había ordenado que se fabricara la espada *Crucífera* siguiendo procedimientos que, incluso en sus tiempos, eran ya muy antiguos y misteriosos, había llegado en su época a Tiro. ¿Era posible que hubiera ordenado igualmente la edificación de esta extraña alcoba en forma de huevó y del edificio que ahora hacía de iglesia?

No era imposible.

Porque ¿de qué época databa? Los cimientos del edificio eran muy anteriores a la venida de Cristo, eso era evidente. En cuanto a la iglesia de Tiro propiamente dicha, había sido una de las primeras de la cristiandad. Hasta el presente, el templo había resistido bastante bien a la historia y a las inclemencias del tiempo, pero había tenido que sufrir, como todos los lugares de culto de la región, varios saqueos y tentativas de incendio. Que unos sacerdotes hubieran decidido, en otro tiempo, emparedar este nicho no tenía nada de extraordinario. Probablemente habían querido poner a buen recaudo sus tesoros.

¿Y qué tesoros eran esos? Un mapa y un libro.

El mapa indicaba el emplazamiento de la tumba del principal héroe de la cristiandad, y sin duda otras muchas cosas; en cuanto al libro...

—Bah —se dijo Guillermo volviendo a abrir los ojos, con una leve sonrisa en los labios—. Más tarde tendremos todo el tiempo del mundo para estudiarlo en detalle.

Siempre que encontrara un medio de resistir a las llamas... Enseguida volvió a

pensar en Morgennes y recordó que yo le había contado cómo había cogido, en Arras, un espetón al rojo.

El único problema era que Morgennes estaba muerto.

En ese momento un ruido de cascos de caballos y de puños golpeando contra la puerta resonó en el scriptorium. Guillermo se volvió precipitadamente y corrió hacia la entrada.

—Sellad esta puerta —ordenó a los acólitos que habían ido a interesarse por su suerte—. ¡Que la vigilen día y noche! Y que nadie entre en esta habitación bajo ningún pretexto.

Hablaba, claro está, de su scriptorium. El asunto era demasiado grave para confiarlo a un subordinado. Sobre todo, debía informar al rey.

¡Y rápido!

Por eso, a pesar de su dolor y con gran sorpresa de sus administrados, no dio ninguna muestra de pesar ante los habitantes de la ciudad, duramente castigados por el seísmo.

Y llegados a este punto, mientras Guillermo cabalga a galope tendido hacia el Krak de los Caballeros, donde el rey se ha refugiado —mientras desinfectan su palacio—, se impone un paréntesis.

Tengo que hablaros de ese día a la vez funesto y feliz, de ese 23 de diciembre de 1169, en el que se produjeron varios acontecimientos de una importancia capital para el desarrollo de nuestra historia. Cuatro acontecimientos de los que realmente es imposible decir cuál se produjo en primer lugar, y si alguno de ellos fue la causa de los otros tres.

Antes de comentarlos en detalle, empezaré por enumerarlos rápidamente en el orden que me plazca, que será, en este caso, según el número de personas que los vivieron; de mayor a menor.

Primer acontecimiento: un eclipse. Apenas acababan de tocar a tercias cuando la luna se tragó al sol. La tierra quedó sumergida en la oscuridad durante varios minutos, durante los cuales el suelo tembló; y este es el segundo acontecimiento.

Un seísmo de una potencia considerable hizo estragos en Tierra Santa, dejando innumerables víctimas y causando terribles daños, pero respetando a una joven mamá que en ese momento daba a luz a su hijo; y este es el tercer acontecimiento.

Se desarrollaba en El Cairo, donde bajo la docta supervisión de Moisés Maimónides, Guyana sufría para traer a su hijo al mundo. Después de varios días de agotador esfuerzo, la hija de Morgennes nació por fin. Moisés Maimónides, que nunca había asistido a un fenómeno como aquel, explicó tiempo después que la pequeña Casiopea, tras haber permanecido en el vientre de su madre durante un tiempo increíble, había salido tan rápidamente que parecía que la hubiesen expulsado

de un puntapié.

Cuarto y último acontecimiento: en la costa oriental, Gargano había golpeado el suelo con el pie.

Pero ¿se había producido todo esto tal vez en otro orden, y por qué no, en el inverso al que acabo de enunciar? Cada uno es libre de decidir en uno u otro sentido. Por mi parte, yo no me pronunciaré, por más que piense que Gargano sufrió la influencia de las estrellas: las de las bóvedas cuajadas de diamantes cuyos accesos acababa de sellar, conforme a la promesa hecha a los murciélagos.

Guillermo no sabía nada de estos dos últimos acontecimientos. Para él, Morgennes y Chawar estaban muertos, igual que Galet el Calvo, Dodin el Salvaje, la «mujer que no existe» y otros muchos valerosos personajes cuyos destinos se habían mezclado al del rey y al suyo propio. El único que no estaba muerto, por lo que sabía, era Palamedes, ese estafador que, una vez más, había tratado de engañarles, a Amaury y a él, para lanzarles contra un Egipto ahora partidario de Saladino.

Pero siempre quedaba una esperanza. Porque Saladino no era Nur al-Din, el sultán de Damasco. Y de hecho, este último desconfiaba del joven visir, cuyo ascenso había sido demasiado rápido según su opinión y que amenazaba con eclipsar al glorioso linaje que Nur al-Din y su padre habían tardado tantos años en establecer.

«Pero si tenemos a *Crucífera* —pensó Guillermo—, todo puede cambiar. Si esta espada es realmente la de san Jorge y tiene los fabulosos poderes que los antiguos le otorgaban, el curso de los acontecimientos puede invertirse. Egipto aún podría ser reconquistada, siempre que se actúe con discernimiento. Con Egipto en manos de los francos, Damasco no tardará en caer. Y después de Damasco, será Bagdad. Los francos ya no tendrán nada que temer. Pero, para esto, primero se necesita un rey, un rey con una autoridad incontestable. Necesitamos a *Crucífera*.»

Guillermo lanzó su montura a todo galope hacia el levante. Atravesaba lo que ya era solo una sucesión de ruinas y pueblos devastados, pero no los veía. Su objetivo era el Krak de los Caballeros, castigado también con dureza por el seísmo.

Le veían pasar como una flecha, sin detenerse. Nunca un caballo había ido tan rápido. ¡Parecía el mismísimo Diablo! Los hombres se santiguaban estremeciéndose, seguros de que la tierra se había abierto solo para dejarle salir, y volvían a santiguarse cuando a su estela llegaba —un poco más tarde— un grupo de hombres enmascarados.

Estos preguntaban, en una lengua con un acento marcadamente árabe:

—¿Habéis visto a un jinete? ¿Hacia dónde iba?

Invariablemente los campesinos respondían tendiendo el brazo hacia el oriente, hacia el lugar donde se dirigía Guillermo. «¿Cómo es —se preguntaban los campesinos— que estos demonios no saben adónde va su amo?»

Entonces los jinetes —montados en yeguas alazanas de poca alzada, corceles rápidos muy apreciados por los musulmanes— volvían a marcharse tan rápido como habían llegado, no sin cortar antes el brazo a aquel que les había indicado el camino, mientras explicaban:

—¡Te lo pensarás dos veces antes de indicar el camino a nadie que no seamos nosotros! ¡Y procura mantener quieta la lengua, o te la cortaremos también!

Así, el temblor de tierra y el paso de Guillermo iban acompañados, para los campesinos, de una nueva calamidad: un brazo cortado, cuando hacían falta tantos brazos.

Guillermo, por su parte, ignoraba que le espiaban. Ya hacía meses que soldados pertenecientes a una unidad de élite recientemente creada por Saladino le tenían vigilado. Esta unidad se llamaba Yazak, y a su cabeza había sido nombrado, en agradecimiento por sus numerosas hazañas, un noble y valeroso joven: Taqi ad-Din.

Taqi, acompañado por un puñado de soldados, entre los cuales se encontraba Tughril —el antiguo guardia de corps de Shirkuh—, cabalgaba tras las huellas de Guillermo, esperando que este último les condujera hasta *Crucífera*, que no debía caer bajo ninguna circunstancia en manos de los enemigos del islam, y menos aún en las de los ofitas.

Porque estos —aunque habían sido totalmente aplastados en El Cairo— aún tenían recursos; desde una base secreta, situada en algún lugar del desierto del Sinaí, seguían acosando a los damascenos. Lo que Saladino ignoraba, sin embargo, e ignoraba igualmente Taqi, era hasta qué punto los ofitas eran resistentes y capaces de adaptarse. Sobre todo cuando se trataba de un hijo (Palamedes) dispuesto a vengar a su padre, y sobre todo cuando ese hijo tenía en su poder a una joven (Filomena) capaz de fabricarle prácticamente cualquier artefacto, una mujer para la cual la mecánica no tenía secretos.

Guillermo tiró de las riendas de su montura. Con espuma en la boca y las patas temblorosas, su corcel amenazaba con desplomarse de agotamiento. Agitando bajo el cielo su bastón con cabeza de dragón, Guillermo esperaba que los vigías del Krak le reconocieran y le dejaran acercarse.

El Krak no parecía haber sufrido demasiado. Solo una torre se había derrumbado, provocando un corrimiento de tierras que había engullido los descubrimientos efectuados tiempo atrás pero que había revelado otros tesoros, surgidos de las entrañas del Yebel al-Teladj, y particularmente nuevas osamentas de dragones.

En medio de estas, Amaury estaba desquiciado. Gesticulaba, chillaba, hablaba sin cesar de esa leyenda de la corte del rey Arturo que pretendía que Merlín había predicho a un rey que las desgracias se abatirían sobre él mientras no se desembarazara de los dos dragones que luchaban bajo los cimientos de su castillo.

—Aquí —tartamudeaba Amaury—, no son dos d-d-dragones los que nos plantean problemas, sino decenas. Los árabes tienen toda la razón cuando dicen que el Krak es como un hueso atravesado en su garganta. ¡Esta montaña es peor que un p-p-pollo! Está infestada de huesecillos, ¿verdad, querido?

Y acto seguido dio un ala de pollo al joven chucho que tenía en los brazos. Omega IV se la zampó en un santiamén, y Alfa II, que daba vueltas ladrando a los pies de Amaury, reclamó su parte.

—¡Majestad! —exclamó Guillermo, llevando su montura hacia el rey.

Guillermo seguía blandiendo su bastón, para que los arqueros del rey no le eligieran como diana. En esa zona se temía sobre todo a la secta de los asesinos, que cada vez se mostraban más atrevidos.

—Guillermo, ¿qué haces aquí? —preguntó Amaury al verle galopar hacia él.

—¡Un milagro!

—¡Una calamidad, querrás decir! —¡No, majestad, un milagro! ¡Un milagro, os digo!

Estupefacto, Amaury observó a Guillermo. ¿Acaso el anciano al que había elegido para redactar la crónica de su reino y para educar a su hijo se había vuelto loco?

A imitación de los mejores caballeros del reino, Guillermo saltó de su montura incluso antes de que se hubiera parado, pero al tocar tierra rodó varias veces sobre sí mismo, magullándose seriamente la espalda, las piernas y los hombros.

—Ya no tengo edad para estas tonterías —murmuró para sí, con el cuerpo dolorido.

El rey le ayudó a levantarse y le preguntó: —Pero ¿qué te ocurre? —¡Tenemos que marcharnos, sin demora! —¿Para ir adónde?

—A Lydda. ¡He encontrado la tumba de san Jorge! ¡Sé dónde se encuentra *Crucífera!*

No tengáis miedo.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Guillermo de Inglaterra

¿Qué es un cementerio? Un lugar en el que se duerme.

La palabra «cementerio» procede del latín *coemeterium*, que a su vez procede del griego *koimeterion*, que significa: «lugar donde se duerme». Un cementerio es, en suma, un dormitorio. No es sorprendente, por tanto, que para muchos de mis contemporáneos la muerte se asocie a un largo y profundo sueño, del que uno despertará —a elección—: cuando (1) Él vuelva, (2) para salvar a la patria, (3) en el fin de los tiempos, o bien también, aunque esto es menos glorioso, (4) porque un nigromante le ha forzado a hacerlo. Y no es extraño tampoco que numerosos soberanos hayan deseado que su último dormitorio rivalizara en belleza con los espléndidos palacios en los que se desarrolló su vida.

Así, de las pirámides de Egipto al Santo Sepulcro, pasando por las vastas necrópolis de Roma y los túmulos funerarios de Inglaterra, la historia está plagada de ejemplos de sepulturas mucho más hermosas que las viviendas ordinarias.

Porque el más allá de los reyes es más valioso que el hoy de los campesinos.

Y después de todo, ¿por qué no? ¿Qué hay de indecente en querer desafiar al tiempo? Contemplando estos monumentos, el pueblo admira su porvenir, lo que le sobrevivirá. Los faraones han muerto, pero sus tumbas siguen ahí. Jesús sucumbió, pero la tumba donde lo enterraron —brevemente, es cierto— puede visitarse.

Otros no tienen tumba. Lógicamente, su fallecimiento es objeto de debate. Porque estar muerto es ser colocado en una tumba, y a la inversa. Así ocurrió con el aterrador califa de Egipto al-Hakim, o con ciertos imanes adorados por los chutas. Para vivir siempre, al menos de forma legendaria, es preciso abstenerse de ser enterrado.

Desaparezcamos.

O mejor, compartamos el destino de Alejandro Magno, para quien Tolomeo construyó una tumba prodigiosa que debía conservar sus restos y que nadie ha llegado a descubrir.

¿Qué hay más hermoso que una tumba imaginaria?

¿Una muerte imaginaria?

Amaury galopaba al frente de sus caballeros, con Guillermo y Alexis de Beaujeu pegados a sus talones, tras los cascos de Passelande. Desde que había probado su féretro en el Santo Sepulcro, el rey estaba buscando un epitafio. Algo como: «Duermo. ¡D-d-dejadme en paz!».

Pero ir por fin a hollar la tierra de la tumba de san Jorge, ¡eso sí que era excitante!

—¡Oh, qué c-c-contento estoy! —gritó al paisaje, sin preocuparse por los campesinos con un brazo cortado con los que se cruzaba a intervalos regulares—. ¡Apresurémonos! —exclamó espoleando a Passelande.

Alexis de Beaujeu, que montaba a Iblis, era el único que no se había distanciado, a pesar de la edad avanzada del semental que le había ofrecido Morgennes. El resto de los caballeros, debido al peso de sus armaduras, al agotamiento de sus corceles, o a ambas cosas a la vez, desaparecían poco a poco en el horizonte, ocultos por las nubes de polvo que levantaban Passelande e Iblis.

—Majestad —dijo Alexis de Beaujeu a Amaury, una vez que lo hubo alcanzado—, deberíais reducir la marcha.

—¡Vaya idea! —exclamó Amaury—. ¿Y eso por qué?

—No querréis llegar solo a esta tumba, ¿verdad?

—¿Teméis que pueda ofender a san Jorge?

—No, majestad. Solo temo por vuestra vida. Esta región está atestada de espías; no me gustaría que esa tumba fuera, además de la de un santo al que adoro, la de mi soberano.

—Gracias, mi buen Alexis, pero esta «tumba», como dices, es demasiado hermosa p-p-para mí. No moriré en ella, lo sé.

—Sire...

—Además, no es una «tumba», sino un sepulcro.

—Perdón, sire, no comprendo...

—Una «tumba», mi querido Alexis, es buena para el c-c-común de los mortales. Para ti, para mí, una tumba no es más que un cartel sobre un agujero. ¡En cambio, un «se—p-p-pulcro»...! ¡Eso da fama a un hombre! Un sepulcro es un monumento.

Alexis no estaba seguro de haber captado el matiz. Sobre todo no entendía por qué el rey se consideraba tan poco digno de un sepulcro —si era mejor que una tumba.

Luego pensó en Morgennes, cuyo caballo montaba, el caballo que en otro tiempo había sido la montura de Sagremor el Insumiso. Ese mismo Sagremor que, hacía mucho tiempo, casi en otra vida, había sido su señor. El primer caballero al que había servido. «Qué lejos queda todo esto —pensó Alexis—. Qué lejos están los tiempos en los que, mientras lloraba sobre la tumba de mis padres, un fantasma se me apareció para ordenarme que fuera a Tierra Santa.»

Alexis había partido al instante, renunciando a todo. Incluida su herencia. Como

primogénito debería haber recibido de su padre un dominio soberbio, una veintena de burgos, vastos bosques abundantes en caza y una decena de lagunas. Sin embargo, lo había abandonado todo y lo había dejado en manos de su hermano menor; aunque más tarde había descubierto que el fantasma era su propio hermano.

Este se había ocultado bajo una sábana y había sabido encontrar las palabras para enviarle a la cruzada, apartándole así de la sucesión. «Qué importa eso —se decía Alexis—. Dios me quería en Tierra Santa. Y ese fantasma, aunque fuera falso, fue el medio que Dios empleó para darme a conocer Su voluntad. Todo está bien.»

En realidad, aparte de Guillermo de Tiro, nadie comprendía mejor a Amaury que Alexis. Pero los dos hombres raramente tenían ocasión de conversar, y ahora aún menos que antes, desde que Alexis de Beaujeu habían entrado en la Orden de los Hospitalarios y le habían destinado al Krak.

Después de varias horas de agotadora cabalgada, la pequeña tropa llegó a las inmediaciones de Lydda. La ciudad había sufrido mucho, como toda la región, por el terremoto. Las fallas habían abierto varios bosquecillos en dos, derribando los árboles y escupiendo finas nubes de polvo al aire seco de finales de diciembre. No se podía respirar sin toser, y durante varios días una tenue película, mezcla de arena y ceniza, se depositaba sobre todo. Habría que esperar al mes de marzo para que una lluvia torrencial lavara aquel desastre. Mientras tanto parecía que estuvieran ante el fin del mundo, con una sensación de sucio, reforzada por la expresión afligida de los miserables con los que se cruzaban por el camino.

Gentes que tendían los brazos para reclamar un pedazo de pan, unos granos de trigo. El alimento del ganado —la cebada y el mijo— era para ellos un verdadero festín. Viendo que se atiborraban con el pienso de los animales, conmovido por su miseria, Amaury ordenó que les entregaran la ración de los caballos.

Finalmente entraron en Lydda, donde se veían casas derruidas y una larga fisura que se extendía desde los arrabales hasta los primeros edificios de la ciudad.

—Es aquí —dijo Guillermo de Tiro, que trataba de hacer coincidir los recuerdos del mapa visto en su scriptorium con lo que tenía ante los ojos.

—Creía que los antiguos nunca construían sus sepulturas dentro de las ciudades —se sorprendió Amaury.

—Así era —dijo Guillermo—. Como dijo Platón: «En ningún lugar las tumbas, tanto si el monumento funerario es considerable como si es mínimo, deben ocupar un emplazamiento que sea propio de la cultura». Pero la ciudad ha crecido. Y además, a la muerte de san Jorge, los cristianos que le habían tratado prefirieron inhumarle *ad sanctos*, es decir, en el propio seno de la iglesia de Lydda.

Ahora bien, la primera iglesia de Lydda había sido construida sobre los cimientos de un antiguo templo dedicado, como la gran mezquita de Damasco, a Zeus o Júpiter. Alejandro Magno había ordenado que lo edificaran, para de ese modo asegurarse la

ayuda del poderoso rey de los dioses. Una buena idea, sin duda, porque en menos de un año Alejandro había conquistado Oriente.

—¡Es aquí! Mirad —dijo Guillermo.

Realmente se tendría que estar ciego para no ver la pequeña abertura que se recortaba en la tierra, como una fina raja en medio de la capa de cascotes. Lo que había sido enterrado por los años acababa de salir a la luz debido al terremoto. La hendidura parecía el rastro dejado por la quilla de un barco que abandonara la playa para hacerse a la mar. A uno y otro lado, una doble muralla, constituida por las casas que se habían derrumbado, la bordeaba. De pie en los bordes de la llaga, la multitud miraba al rey y a sus hombres, que avanzaban a caballo.

Todo estaba silencioso. Ni siquiera se escuchaban los relinchos de los caballos. Desde lo alto de su funesto pedestal, los habitantes de Lydda se preguntaban qué nueva desgracia acarrearía esta profanación. Viejas locas de mirada huraña seguían al rey, con la baba en los labios, murmurando imprecaciones.

Amaury, que avanzaba bajo sus miradas, no dio orden de ahuyentarlas.

¿Cuánto tiempo hacía que se mantenía apartado de las mujeres? Contó con los dedos. Uno, dos, t-t-tres... Hacía seis años que había pedido que las mantuvieran alejadas de él. Y ahora de nuevo volvía a ver a algunas. Sentía lástima por ellas. Y sobre todo, él mismo se sentía miserable. «Solo he reinado sobre medio reino. Solo soy medio rey.»

Lanzó un profundo suspiro y llegó a la entrada del mausoleo. Un círculo de piedra sellaba la abertura. En su frontón se leía: «*Memento mori*». Es decir, «No olvides la muerte».

Por una cruel ironía del destino, los árabes llamaban a Amaury «Mori». Así, para un rey tan desamparado como él, en este instante, esta inscripción podía leerse como un «No olvides a Amaury». ¿Sería esta su tumba?

Apoyó la mano sobre la puerta de piedra; pero no se movió.

—¡Abrid esto! —ordenó a sus hombres, y mandó que atacaran la pesada puerta con el martillo.

Pronto esta cedió, y un estertor surgió del sepulcro. La mayoría de los habitantes que les contemplaban desde los diques de cascotes pusieron pies en polvorosa. Solo unos pocos se quedaron. No por valentía, sino por desesperación. ¿Las paredes de sus casuchas se habían mezclado con las piedras de una tumba? Pues bien, en adelante vivirían aquí. Vivirían y morirían aquí.

—¡*Crucífera*, aquí estoy! —murmuró Amaury. Entró el primero en la tumba, con una antorcha en la mano.

Alexis le siguió, luego Guillermo, y luego la decena de hombres de la escolta real.

Empezaron bajando una corta escalera, cuyas paredes estaban adornadas con

pinturas que representaban el combate, y luego el martirio, de san Jorge. A la izquierda, san Jorge abandonaba su Capadocia natal —esa región de montañas donde los habitantes vivían en agujeros excavados en las paredes rocosas—. Luego san Jorge se ponía al servicio de Roma, para combatir a los herejes ahí donde los encontrara. Acababa llegando a una pequeña ciudad aterrorizada por un dragón, que exigía que cada año le dieran una virgen para devorarla. Cuando ya no quedó ninguna, salvo la hija del rey, este decidió finalmente enfrentarse a él, y suplicó a san Jorge —que pasaba por allí— que venciera al monstruo.

A la derecha de la pequeña escalera se podía admirar el combate de san Jorge y el dragón, que resultaba ser una dragona. Si atacaba la ciudad, explicaba el fresco, era solo porqué sus habitantes le habían robado sus huevos y habían matado a su marido. Cegada por el dolor, la infortunada dragona solo hacía que vengarse. Cuando comprendió su desgracia, san Jorge sintió piedad, e hizo un pacto con ella. No la mataría, pero a cambio debería convertirse al cristianismo, dejar de atormentar a los habitantes de la ciudad y devolver la princesa a su padre.

La dragona aceptó el trato, y para engañar a los habitantes de la ciudad, incluso se prestó a representar una farsa en la que se la veía, como un perrito atado por una correa, siguiendo a san Jorge al interior de la población, y luego haciéndose expulsar de ella por todos los habitantes con un gran alarde de signos de la cruz. Una vez cumplida su tarea, san Jorge partió de nuevo hacia los pantanos del Lago Negro, donde vivía la dragona. Cuando volvió por segunda vez a la ciudad, les dijo a todos:

—He triunfado.

Pero solo era cierto a medias.

Más adelante, san Jorge sería torturado a causa de su religión y moriría como un mártir. Sus seguidores habían construido esta tumba, lo habían enterrado en ella, y la habían —o eso creían ellos— sellado para siempre. Porque nadie debía saber que en realidad san Jorge no había matado al dragón. Si esa información salía a la luz, podía hacerle perder su santidad.

Y para sus adoradores, nadie era más digno de serlo que él. Porque estos eran, aparte de los coptos (que creían que san Jorge había matado a su dragón), los ofitas, que sabían que le había perdonado la vida.

—Todo esto es extremadamente interesante —masculló Guillermo de Tiro—. En efecto, para Isidoro de Sevilla, un sepulcro «*est quod mentem maneat*».

—Habla en francés, p-p-por favor —dijo Amaury—. No hay nada más irritante que esos eruditos que se expresan en latín sin t-t-traducir. ¿Qué quieres p-p-probar? ¿Que sabes latín? Pues bien, ya lo has hecho.

—Perdonadme, sire. A veces la razón se extravía y expresa lo que ha aprendido *tal como* lo ha aprendido. Quería decir que un sepulcro es el lugar donde reside el espíritu, la memoria, de los difuntos. Nada tiene, pues, de sorprendente que san Jorge

se nos aparezca así, en toda su verdad, en el interior de su tumba. No podría encontrarse un lugar más apropiado.

—¡Protegeos! —gritó de pronto uno de los caballeros de Amaury.

Acababan de llegar a una gran sala, bordeada a cada lado por tres pequeñas escaleras, que conducían, cada una, a una gran puerta circular. Al pie de cada una de las seis escaleras se encontraba un gong, y cerca del gong, un pesado martillo de hierro suspendido del techo por una cadena. Si el guardia había gritado, no era a causa de esta sucesión de escaleras y de gongs, sino a causa de una docena de sombras que avanzaban silbando hacia ellos.

—¡Muertos vivientes!

—¡Cuidado, huid, de prisa! —gritó el caballero.

—¡Vienen de todas partes! —bramó otro.

Uno de ellos, viendo una sombra que caminaba hacia él con el brazo tendido, desenvainó su espada para atravesarla. Pero la sombra le golpeó en el rostro con tanta violencia que su cabeza giró sobre sí misma. Así pudo ver, antes de desplomarse, cómo Morgennes entraba en la tumba, con los cabellos y la barba alborotados.

—¡No atacéis! —gritó Morgennes.

Alexis se volvió hacia él, sorprendido y feliz a la vez, y exclamó:

—¡Te creíamos muerto!

—¡Siento desengañaros!

—Pero ¿de dónde vienes? —le preguntó Amaury, estupefacto.

—¡Del Krak, majestad! —respondió Morgennes bajando la escalera que conducía al interior de la tumba, y observando a su paso que san Jorge y el dragón le seguían con la mirada.

Como las sombras se aproximaban peligrosamente al rey, dos de los más poderosos caballeros del reino blandieron sus espadas.

—Formad un círculo en torno al rey —gritó uno de ellos.

—¡No! —bramó Morgennes—. ¡No tengáis miedo! No son enemigas nuestras.

—¡Traidor! —le gritó otro caballero.

Pero Morgennes se limitó a encogerse de hombros y corrió a situarse entre las sombras, a las que no parecía temer.

—Veis, él también es un muerto viviente —dijo un templario que se había cruzado con Morgennes al pie del Krak.

—No tanto como lo serás tú en breve —replicó Morgennes.

Efectivamente, una de las sombras acababa de hacer trizas el escudo adornado con una gran cruz que el templario oponía a sus golpes, obligándole a retroceder.

—¡Ayudadme, buenos y nobles hermanos! —clamó este—. ¡Y vos, ilustrísima, qué esperáis para pronunciar vuestro *vade retro*!

Mientras seis sombras atacaban a los caballeros, Guillermo, desconcertado, miraba a Morgennes en busca de consejo. Morgennes sacudió la cabeza, mostró la fina daga —una misericordia— que llevaba enfundada, y luego la gran cruz de bronce que colgaba de su cuello, y dijo a Guillermo:

—No toquéis vuestras armas. No hemos venido aquí como enemigos, sino en demanda de perdón. Si san Jorge nos juzga indignos de su espada, tendremos que aceptarlo. Mientras tanto, mostrémonos rectos e íntegros. No temamos a la muerte.

—¡Es más fácil decirlo que hacerlo! —exclamó Amaury.

En efecto, aparte de Guillermo, Amaury, Alexis y el propio Morgennes, todos los valerosos caballeros que habían seguido a su rey hasta aquí y habían jurado que darían su vida por él, efectivamente la dieron. Las sombras formaron entonces un pasillo de honor a los cuatro supervivientes, escoltándolos hacia una séptima y última escalera situada al fondo de la necrópolis, justo frente a la entrada. Esta escalera también estaba precedida por un gong y conducía a una puerta redonda, de bronce como las otras seis.

Los cuatro hombres miraron el gong y el martillo, cuya maza tenía forma de luna. En cuanto al gong, mostraba una serpiente cuya cabeza seguía un largo y sinuoso laberinto hasta morderse la cola.

—Su cabeza tiene el tamaño del martillo —señaló Alexis de Beaujeu.

—Cierto —dijo Guillermo, acercando el martillo a la cabeza de la serpiente—. Ambos coinciden.

—Tal vez haya que golpear la cabeza con el martillo.

—¿La cabeza, o la cola? —preguntó Morgennes, recordando la profecía de los ofitas que anunciaba una gran conmoción para el día en el que la Cabeza y la Cola de la Serpiente se besaran.

—Son una sola cosa —dijo Alexis.

Guillermo de Tiro observó largamente a Morgennes, que, cubierto de rasguños y heridas y con el cabello y la barba enmarañados, parecía llegado de entre los muertos.

—Pero ¿cómo nos habéis encontrado? —le preguntó—. ¡Se diría que salís directamente de los nueve infiernos!

—No estáis lejos de la verdad. Iba de camino al Krak, donde sabía que se encontraba su majestad, cuando unos campesinos me informaron de que...

—Vamos —dijo Amaury—. No molestes más a Morgennes pidiéndole tantos d-d-detalles. De momento ocupémonos de abrir esta puerta.

Uniéndolo al gesto a la palabra, Amaury sujetó el grueso martillo y lo abatió contra la cabeza de la serpiente. Un atronador sonido resonó en toda la tumba, expulsando a las sombras con tanta eficacia como si hubiera sonado la llamada para la sopa en Saint-Pierre de Beauvais. Como por arte de magia, la cabeza y la cola de la serpiente se separaron, y el reptil se deslizó sobre los bordes exteriores del gong dejando a la

vista un gran círculo de bronce.

Un sonido sibilante se dejó oír entonces sobre ellos. La puerta del séptimo sótano se había abierto, probablemente basculando en una hendidura situada en el costado. La escalera dio paso a un pequeño estrado, donde se encontraba un trono. Un esqueleto estaba sentado en él, ¡un esqueleto sin cabeza!

—San Jorge murió decapitado —recordó Guillermo a sus tres compañeros, que miraban el esqueleto con ojos desorbitados.

—Solo puede ser él —dijo Alexis—. ¡San Jorge! ¡Sostiene una espada en las manos! ¡Miradla, se diría que brilla!

—*C-c-crucífera*—susurró Amaury—. ¡Mi espada!

—No olvidéis, majestad —murmuró Morgennes—, que esta espada no debe ser desenvainada en ningún caso para matar.

Morgennes retenía a Amaury cogiéndole de la mano, y el rey le miró sorprendido.

—¿Y eso por qué?

—El que vence no puede imponerse por la fuerza. Solo el perdón triunfa.

Parecía tan convencido que era imposible no creerle. Pero como Amaury parecía dudar, se volvió hacia la entrada del sepulcro, señaló los frescos dispuestos a lo largo de la escalera y añadió:

—¿Habéis olvidado lo que cuenta esta historia? ¡San Jorge no mató! Nunca permitiría que un asesino tuviera su espada. *Crucífera* es una espada santa. Solo puede pertenecer a los más piadosos caballeros, a los que, como él —dijo señalando al esqueleto—, no tienen miedo y saben perdonar.

Amaury bajó los ojos y declaró:

—Estoy de acuerdo con ello. También es mi filosofía. Porque he p-p-perdido el gusto por la sangre, cualquiera que sea su color; prefiero que lata en un corazón a que sirva para aliviar la sed de los gusanos de tierra.

—Bien dicho, majestad —aprobó Guillermo.

—Bien y suficientemente. Porque ya es t-t-tiempo de comprobar si soy digno de esta reliquia.

Amaury tendió la mano hacia la empuñadura de *Crucífera*. Realmente, esta espada no tenía nada que ver con el juguete que le había dado Palamedes poco antes del sitio de Damietta. Era de una longitud mediana, a medio camino entre la pesada y larga espada de dos manos manejada por los caballeros y la de los soldados romanos. Una canaladura rebajaba la hoja aligerando su peso, y tenía el extremo y los lados afilados, lo que permitía golpear de punta y de filo. Finalmente, tenía una especie de medalla insertada en la empuñadura, en la que se veía una luna rodeada por una serpiente que se mordía la cola.

Sin saber que se trataba del símbolo de los ofitas, Amaury estaba tendiendo la mano hacia la espada, cuando Morgennes le detuvo:

—¡Esperad! ¡No la toquéis!

—¿Qué ocurre ahora? —se irritó Amaury—. Se diría que no tienes mucha prisa por ser armado c-c-caballero.

Morgennes no comentó esta última observación, y se limitó a insistir:

—Pedídsela.

—¿Cómo?

—Pedid a san Jorge permiso para utilizar su espada. No se la cojáis. No sin su consentimiento.

Entonces, mientras Guillermo murmuraba una plegaria por el reposo del alma de san Jorge, Amaury se arrodilló junto al esqueleto sin cabeza, levantó los ojos y efectuó esta petición:

—San Jorge, p-p-permitidme que tome prestada vuestra espada por el bien de todos los hombres y... de todos los animales, grandes y p-p-pequeños, montaran o no a bordo del Arca de Noé...

Los dedos que sujetaban la espada aflojaron la presión y Amaury miró a san Jorge. ¿Era una ilusión? ¿Era fruto de la fatiga o de la impaciencia? Parecía que san Jorge había inclinado el torso hacia delante. Amaury cogió a *Crucífera*, sacó su propia espada de la vaina y la colocó entre los dedos del esqueleto.

—A cambio, t-t-tomad la mía. Es solo una espada muy vulgar, poco digna de vos... Pero de todos modos me es querida... Os la confió. Cuidadla.

Dicho esto, los cuatro compañeros volvieron a bajar por la escalera que conducía a la gran sala, saltaron por encima de sus camaradas muertos en el combate contra las sombras y se dirigieron hacia la salida de la tumba.

—Tendré que pensar en hacer sellar de nuevo la entrada —dijo Amaury—. En cuanto a ti, querido Morgennes, tendrás que explicarte. ¡Todos te t-t-tenían por muerto!

—En parte es verdad —dijo Morgennes.

—Por cierto —dijo Guillermo con una sonrisa—, creo que cuando estemos de vuelta en Tiro, podríais serme de alguna utilidad.

—¿Ah sí? —dijo Morgennes—. ¿Y para qué?

—Se trata de ayudarme a leer un libro cuyas páginas arden.

—A fe mía que lo haré si puedo.

—No tan rápido —intervino Alexis—. Primero Morgennes debe contarnos qué le ocurrió después de la insurrección de El Cairo.

—Esto augura unas interesantes veladas —se entusiasmó Amaury.

—No sé —replicó Morgennes—. Haré lo que pueda. Pero mi memoria ya no es la que era, y temo que...

Se interrumpió bruscamente, porque alguien acababa de entrar en el sepulcro de san Jorge: Taqi ad-Din, seguido de los soldados del Yazak.

Le dice que le ha conferido la más alta orden, con la espada,
que Dios haya hecho y mandado nunca.
Es la orden de caballería, que debe ser sin villanía.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Perceval o El cuento del Grial

—¡Seguid, seguid! —dijo una voz entre la multitud.

—¡Queremos saber qué pasó!

—P-p-paciencia —dijo el rey—. ¡Lo sabréis todo a su debido tiempo! ¡Pero este es momento de celebraciones! ¡Viva Morgennes!

—¡Viva Morgennes! —gritó la multitud.

Doce copas entrechocaron, manchando de vino las manos que las sostenían. Doce copas se dirigieron hacia doce bocas que las vaciaron de un trago; labios orlados con un par de bigotes, honrados por una corta barba o distinguidos por un bosque de pelos, todos excepcionalmente bien peinados, perfumados, relucientes de mantequilla, y ahora manchados de vino. Estas doce bocas pertenecían a los doce caballeros más famosos del reino: los once caballeros invitados por Amaury para ocupar un lugar en torno a la Tabla Redonda y el propio Amaury.

Faltaba una decimotercera boca, que Amaury saludó levantando su copa, ahora vacía.

—¡Morgennes!

Morgennes se llevó la mano al pecho y se inclinó hacia delante, con la frente enrojecida. Después de haber aparecido, en Lydda, perdido de barro y con la barba enmarañada, ahora iba vestido de blanco —símbolo de pureza— adornado de rojo —símbolo de la sangre que debería verter al servicio del rey—. Sus calzas eran negras —como la tierra donde su vida había empezado y donde acabaría— y su cinturón era blanco, para que nunca olvidara guardarse de la lujuria. Le habían cortado las uñas, masajeado los dedos y restregado las manos. Su cuerpo, finalmente, había sido frotado durante largas horas por jóvenes expertas, que habían dejado sobre él un poco de su olor.

Morgennes era otro.

Pensaba en su padre, en su viaje por Tierra Santa, que él se disponía a recorrer de nuevo. Pensaba en su madre, en algún lugar de Arabia. Pensaba en su hermana, cuya

querida presencia sentía latir en lo más profundo de su corazón. Y pensaba en Guyana...

Morgennes levantó los ojos y distinguió el brillo de las doce copas vueltas hacia él. Brillaban como una corona de estrellas, de la que él era la decimotercera y última joya. Entonces el rey dijo:

—¡Honor a ti, Morgennes!

—¡Honor a vos, majestad! —respondió Morgennes.

La sala gritó al unísono:

—¡Viva el rey! ¡Viva Morgennes!

Finalmente, después de largas aclamaciones, Amaury desenvainó a Crucífera, la levantó para mostrarla a todos y luego la devolvió a su vaina. El momento era solemne. Todo el mundo callaba, excepto —a los pies de la enorme mesa redonda que Amaury había traído de Alejandría— Alfa II y Omega IV, que se perseguían ladrando.

—¡Chiss...! —dijo Balduino, apretando a Omega contra su cuerpo.

El chucho le mordió el dedo, pero Balduino no reaccionó. No había sentido nada.

—¡Malo! —dijo Balduino, dándole un cachete en el hocico.

Guillermo de Tiro estaba inquieto. Era evidente que el niño no había sentido ningún dolor cuando el perro le había mordido.

¿Era normal aquello? Tomando la mano del pequeño príncipe en la suya, la observó atentamente. Para que Balduino no se diera cuenta de nada, le señaló los decorados del estrado, donde los artesanos habían reproducido la tumba de san Jorge para explicar cómo Amaury había recuperado a *Crucífera*.

La ceremonia pronto empezaría. Y luego la obra seguiría adelante.

Entonces los codos se enredaron, los pechos se rozaron, las piernas se entrechocaron. Un montón de «¡Apartad!», «¡Dejadme pasar!», «¡No veo nada!», «¿Dónde creéis que estáis?» y «¡Hacedme el favor, sire!» resonaron en un rumor sordo. Un chiquillo de seis años se deslizó entre las piernas de los mayores, escaló el cuerpo de un obeso, descendió a lo largo de un flacucho y consiguió escurrirse hasta la primera fila. El chiquillo se llamaba Emmanuel y solo tenía un sueño: ser armado caballero. Un sueño imposible, porque no era noble. Pero qué importaba eso. Hoy, Emmanuel estaba en la gloria. Con los ojos muy abiertos veía cómo Amaury se acercaba a Morgennes.

Este se mantenía humildemente arrodillado. Con la cabeza baja, esperaba el beso de su rey, que estaba ocupado fijándole las espuelas.

—¡Que estas espuelas puedan hacerte ardoroso en el servicio de Dios! —declaró Amaury.

Morgennes se estremeció. ¿Sobre qué caballo las estrenaría? Porque él no ya tenía montura. Las que había utilizado para llegar a la tumba de san Jorge habían entregado

el alma, agotadas, e Iblis pertenecía ahora a Alexis.

Siguió un siseo familiar: el de *Crucífera* saliendo de su vaina. Amaury enarboló su magnífica espada, la sostuvo un instante en el aire y luego la abatió brutalmente sobre Morgennes. Le golpeó en el lado izquierdo, y luego en el derecho. Violentamente. Sus hombros encajaron el golpe, apretó los puños y los dientes, pero no pestañeó.

Entonces el rey le dijo:

—¡Levántate, Morgennes, mejor q-q-que en el pasado!

De sus ojos brotó una lágrima. ¡Era caballero! Con treinta y cinco años cumplidos. Nunca nadie había sido armado a aquella edad. Aquel era un hecho sin precedentes.

Entre la multitud, Emmanuel sonreía beatíficamente. Solo tenía seis años, pero ya sabía que acababa de vivir uno de los días más hermosos de su vida.

—Majestad —reclamó entonces con una vocecita muy fina—, ¿nos diréis por fin por qué? ¡Nos lo habíais prometido! La historia de Morgennes. Y la de *Crucífera*.

La multitud rió de su audacia. Reinaba un humor jovial. Todo el mundo estaba dispuesto a disfrutar al máximo de las celebraciones. Amaury, divertido de que un chiquillo le dirigiera la palabra de forma tan directa, respondió:

—En efecto, lo prometí. ¡P-p-paso al espectáculo!

Trovadores que interpretaban los papeles de Guillermo de Tiro, Amaury, Alexis y Morgennes subieron al escenario donde se había recreado el sepulcro de san Jorge.

Maravillada, la multitud escuchaba al rey, que contaba cómo, cuando se disponía a pelear con los sarracenos, Morgennes le había prevenido:

—¡Majestad, no! No lo olvidéis; en este sepulcro, quien luche perecerá. ¡Venid conmigo!

Guillermo de Tiro, Amaury y Alexis habían seguido a Morgennes a lo más profundo de la tumba, no lejos del esqueleto de san Jorge. Como habían previsto, cuando los soldados del Yazak penetraron en el sepulcro, las sombras se animaron y se lanzaron sobre ellos. Lógicamente los sarracenos se defendieron. Y no pudiendo matar a lo que ya estaba muerto, fueron despedazados por las sombras.

Después de que las sombras hubieran dejado fuera de combate a los sarracenos, Morgennes había propuesto al rey que volvieran a Jerusalén.

—Entonces —dijo Amaury a la multitud pendiente de sus labios— cruzamos aquella extraña refriega en la que los muertos se d-d-daban a sí mismos nuevos camaradas.

Cerró los ojos.

—Realmente, me pregunto... ¿Estaban t-t-todos muertos cuando abandonamos el sepulcro? No estoy seguro. Me pareció ver a un joven mahometano que reptaba hacia

nosotros. Pero no recuerdo que saliera del sepulcro. La última imagen que t-t-tengo de él es la de una mano ensangrentada posada sobre el fresco de la gran escalera.

Amaury prometió que enviaría muy pronto una expedición para tapiar ese sepulcro, después de haberlo vaciado de los cadáveres que se encontraban en su interior. Y sobre todo, prometió enviar a Saladino sus más sinceras condolencias. El joven visir de Egipto aún debía consolidar su poder, pero Amaury ya pensaba en utilizarlo algún día contra Nur al-Din.

La obra acabó con el triunfo de Amaury. Los trovadores fueron ovacionados y les pidieron que repitieran la parte en la que Morgennes irrumpía en la tumba para salvar al rey, lo que efectivamente hicieron.

Por fin Morgennes había sido armado caballero, y muchas personas fueron a felicitarle. Guillermo de Tiro y Alexis de Beaujeu, evidentemente, pero también Guillermo de Montferrat, Balián de Ibelín y Reinaldo de Sibon, así como dos de los caballeros con los que Morgennes se había cruzado hacía tiempo en el Krak: Keu de Chênevière y Raimundo de Trípoli, a quien los damascenos acababan de liberar después de que se hubiera pagado el rescate.

Todos le dieron sus parabienes y le animaron a ocupar su lugar en el último asiento libre de la Tabla Redonda.

—Caballero —le dijo Alexis de Beaujeu—, me siento feliz de acogerte entre nosotros. ¿Has elegido una divisa?

—Sí —dijo Morgennes—. «Muerto por muerto.»

—¿Deseas comunicarnos su sentido?

—No.

—A fe mía que está en su derecho —dijo Raimundo de Trípoli—. Muchos caballeros que tienen una hermosa divisa guardan para sí su significado.

—Por no hablar de que además de ofrecer una nueva oportunidad al reino —dijo Guillermo de Tiro—, Morgennes salvó a uno de sus compañeros de armas, Dodin el Salvaje. Hay que darle las gracias por esta hazaña, que pagó muy cara, si no he entendido mal.

—Contadnos, noble y buen señor —dijo una voz.

Morgennes dirigió una mirada al escenario y vio que la decoración que representaba el sepulcro de san Jorge había sido reemplazada por la de unos pantanos. Le había llegado el turno de salir a escena y contar su historia.

—Una vez salido de los Pantanos del Olvido, sabía que volver allí significaba arriesgarme a perderme. Sin embargo, había un hombre, en algún lugar en medio de aquellos pantanos, al que no podía resolverme a abandonar. No se trataba de un hombre cualquiera...

Marcó una pausa y miró a la multitud.

La gente le escuchaba, bebía sus palabras, esforzándose tal vez en recordar al

Caballero de la Gallina que había sido en otro tiempo, pero sin conseguirlo.

Morgennes buscaba a alguien con la mirada.

A Dodin.

Cuando le vio, con expresión huraña y la mirada perdida, sostenido por dos templarios, Morgennes le saludó discretamente y continuó con su historia.

—Se trataba de Dodin el Salvaje, con quien Galet el Calvo y yo mismo habíamos prestado grandes servicios a su majestad, durante nuestra estancia en El Cairo. Dodin se había perdido en los pantanos. De hecho, creo que, por desgracia, su alma se encuentra allí todavía, y soy muy consciente de haber traído de vuelta solo su envoltorio.

Nueva pausa de Morgennes. Parecía tener dificultades para continuar. Pero les había prometido contar la historia. Sin embargo, dudaba. ¿Lo recordaba todo? Su memoria ya no era tan fiable como en otro tiempo. Se había vuelto *normal*.

—Caminaba, sin contar las horas ni los días, alimentándome de musgo, raíces y setas. Comía lo que encontraba, sin preguntarme si era bueno o malo. Recorrí esos pantanos a lo largo, a lo ancho y de través. Pero no había forma de encontrar a Dodin. Hasta que un día, cuando creía estar arrancando un poco de musgo del tronco de un árbol, me di cuenta de que se trataba de un hombre. ¡Era él! La vegetación había empezado a engullirlo. Me había jurado que le sacaría de allí, pero ¿ese tronco era todavía él? Le llamé, como si su nombre pudiera devolverle a la vida: «¡Dodin! ¡Dodin!».

Morgennes gritó, como había hecho en los pantanos del Lago Negro. En la gran sala del palacio, Dodin estalló en sollozos. Los templarios lo acompañaron fuera. La multitud se preguntaba qué había ocurrido. Morgennes continuó con su relato:

—Retiré el musgo del cuerpo de Dodin, pero aquello no era suficiente. Había enraizado. ¿Qué podía hacer? Yo no llevaba ningún arma encima, pero en su cintura descubrí una daga. Esta. —Mostró la misericordia—. La cogí y empecé a cortar todo lo que se podía cortar, segando, rascando, cuidando de no tocar las carnes y esforzándome, al contrario, en no lastimarlas. Después de haber arrancado todo lo que había de vegetal en él, liberé a Dodin, que cayó en mis brazos. Apenas respiraba. Pero confiaba en poder sacarle vivo de aquellos pantanos, porque no estaba muerto. Algo humano vivía aún en él. La prueba fue que su boca se entreabrió, dejando escapar un hilillo de sabia, y me preguntó: «¿Por qué?».

Morgennes calló, pareció buscar en sus recuerdos, y continuó: —«¿Por qué me has abandonado?», me preguntó Dodin. ¿Me había reconocido? ¿O bien me tomaba por Dios? Me miraba, con los ojos entreabiertos, balbuceando palabras incomprensibles. Entre ellas creí distinguir: «Perdón». ¿Me perdonaba? ¿O me pedía perdón? En cualquier caso, yo le dije: «Soy yo quien te pide perdón, igual que perdono a Dios, antes de olvidar...». Luego lo extraje de su envoltorio de fango, del

que salió todo pringoso.

Morgennes marcó una nueva pausa, antes de continuar: —¿Dónde encontré la fuerza para atravesar aquellos pantanos? Lo ignoro. Pero sabía que volver sobre mis pasos, al lugar donde había dejado a Gargano y a María Comneno, era un suicidio.

—¿Y qué hicisteis? —soltó entonces Emmanuel, que estaba sentado con las piernas cruzadas muy cerca de Morgennes.

—Volví hacia Cocodrilópolis. Atravesé las seis cataratas que separaban los pantanos de la antigua ciudad de los ofitas. Luego robé unos caballos, y crucé el Sinaí para volver a Tierra Santa.

—¡Mentiroso! ¡Esto es imposible! —gritó un templario en la sala.

Todos se volvieron hacia él.

—¡Fuiste tú quien envenenó a Dodin! ¡Por culpa tuya se encuentra en este estado! ¡Lo pagarás!

—¡Basta! —interrumpió el rey—. ¡Si hubiera hecho lo que dices, Morgennes no se habría t-t-tomado la molestia de traer su cuerpo!

—¡Tal vez Morgennes haya olvidado, pero nosotros, los templarios, no olvidaremos!

La multitud empezó a abuchearle. Entonces abandonó la sala, seguido por todos los templarios.

—Lo siento mucho —dijo Amaury a Morgennes.

—No es nada —dijo Morgennes, bajando del escenario entre aplausos—. Lo esperaba.

Una vez que hubo vuelto a la sala, donde habían servido un formidable banquete, Morgennes dijo a Guillermo de Tiro y a Amaury:

—De todos modos, me iré. Debo viajar a Arabia, en busca de mi madre. Y luego, sobre todo, a mi tierra, en busca de...

No acabó la frase. Entonces Amaury le dijo:

—Antes de que p-p-partas, tengo algo que solicitarte. ¡Una última p-p-petición!

—Por este niño —intervino Guillermo de Tiro, acariciando los cabellos del pequeño Balduino.

Morgennes se arrodilló a los pies del príncipe y le preguntó:

—¿A qué cima debo acompañaros esta vez, majestad?

—Temo que no sea tan fácil como escalar las p-p-pirámides —dijo Amaury.

—Ni tan divertido —añadió Balduino.

—¿De verdad? —preguntó Morgennes.

—Está en juego su vida —le susurró Guillermo al oído. Viendo la expresión grave que habían adoptado el rey y su más próximo consejero, Morgennes se levantó y les dijo: —Afrontaré la muerte para evitársela.

Post scriptum

Y aquí acaba el cuento.

CHRÉTIEN DE TROYES,
Erec y Enid

Alguien llamó a mi puerta.

—¿Quién va?

—¡Gargano! —dijo una voz cavernosa.

Demasiado sorprendido para encontrar una respuesta, estuve a punto de caer de espaldas y corrí a abrir la puerta de mi scriptorium.

—¡Gargano! ¿De verdad eres tú?

El gigante me estrujó hasta ahogarme.

—Es bueno volver a verte —dijo mirándome fijamente.

—¡Entra, entra!

Gargano entró bajando la cabeza, tras él caminaba una mujer de belleza altiva junto con una niñita que debía de tener unos cuatro años y que me recordaba a alguien, sin que pudiera decir a quién.

—¿No has venido solo? ¿Has traído a unas amigas? Has hecho bien.

—Te presento a Guyana y a su hija, Casiopea.

—¡Sed bienvenidos a mi humilde morada!

—Nos ha costado muchísimo encontraros —me dijo Guyana.

—Oh —dije yo—. Es que he viajado mucho. Después de Saint-Pierre de Beauvais, Arras y Troyes, finalmente me he instalado aquí, en la corte de María de Champaña.

Un movimiento a mi espalda atrajo mi atención. Era la niña, que se acercaba a la cazoleta donde había puesto incienso a quemar.

—¡Cuidado, está caliente!

La niña apartó la mano, pero su madre me dijo:

—No os preocupéis, no se quema nunca.

—¡Ya lo sé! —exclamé—. ¡Ya sé a quién me recuerda!

Gargano me miró poniendo los ojos en blanco, lo que me incitó a callar.

—¿A quién? —me preguntó Guyana.

—A san Marcelo... Un santo que tenía el poder de manipular objetos calentados al rojo sin quemarse.

Gargano me dirigió una amplia sonrisa. Al parecer, había respondido bien.

—Y esto, ¿qué es? —preguntó Casiopea, mostrando el huevo que ocupaba un lugar de privilegio en mi escritorio.

—¿Oh, esto? No es nada, por desgracia. Lo encontré en los montes Caspios. Puedes tocarlo, si tienes cuidado. Pero temo que no llegue a eclosionar nunca. Hace demasiado tiempo...

La niña cogió el huevo y lo acarició con dulzura.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Se agrieta!

No podía creer lo que veía. Aquello era un milagro. La cáscara se resquebrajaba. En el interior se adivinaba la forma, no de un polluelo, sino de otro pajarillo. ¿Una cría de pájaro de presa? Qué extraño...

—¡Cualquiera diría que te estaba esperando! —le dije a la niña.

—Qué bonito —exclamó Guyana acercándose a su hija—. Ponte recta, Casiopea. Y no lo dejes caer.

—¡Mamá! —exclamó la niña abriendo unos ojos muy grandes—. ¡Tenemos que ponerle un nombre!

La joven me miró.

—Pues...

—Vamos —insistió la niña—. Y tú, tío Gargano, ¿no dices nada? ¡Por favor!

—¿Por qué no se lo preguntas a su propietario? —gruñó Gargano.

—¡Oh, sí, sí! —se entusiasmó la niña.

Pude sentir cómo se sonrojaban mis mejillas, y propuse:

—¿Y si lo llamáramos Cocotte?

—¿Cocotte? —dijo Guyana—. Este nombre me parece más apropiado para una gallina.

—No os equivocáis. Pero para mí es un modo de rendir homenaje a un amigo muy querido, cuya vida —dije posando la mano sobre el manuscrito en el que trabajaba— me dispongo a relatar.

—¿Y cómo se titula vuestro libro? —me preguntó Guyana mirándolo.

—Oh, aún no tiene título... —mentí.

Y mientras lo decía, guardé mi obra en un armario, por miedo a que viera la cubierta. Porque le había dado el título del libro que leía el guardián de la Última Prueba en los montes Caspios: *Morgennes*.

Glosario

abds: esclavos negros que formaban el grueso de las tropas egipcias.

basileo: emperador de los griegos. (Aquí, Manuel Comneno.)

besante: moneda de oro o de plata, de origen bizantino.

camocán: tejido grueso que servía para confeccionar bliares, mantos, cortinajes, mantas, etc.

cefalotafio: cofrecillo destinado a guardar una cabeza cortada.

chrysotriclinos: entre los griegos, sala del trono imperial.

crisóbula: entre los griegos, acto de ley, declaración de privilegio o edicto firmado personalmente por el basileo y sellado con oro.

draconocte: cazador de dragones.

dromón: galera bizantina, maniobrada por remeros,

ecumene: superficie habitable de la tierra.

falucho: pequeño barco de vela.

gineceo: entre los griegos, alojamiento reservado a las mujeres.

hueste: ejército feudal.

misericordia: especie de daga muy fina, que podía penetrar a través de los defectos de las armaduras.

nefilim: en la Biblia, este término designa a los gigantes que en otro tiempo poblaron la Tierra.

scriptorium: habitación donde escribían los monjes.

turcópolis: mercenarios, a menudo originarios del Próximo Oriente, cuyos servicios eran contratados por los templarios o los hospitalarios.

Índice de los personajes principales

Al-Adid: califa de Egipto.

Alejandro III: Papa.

Alexis de Beaujeu: escudero y luego caballero de la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén, amigo de Morgennes.

Alfa II: perro basset de Amaury.

Amaury I de Jerusalén: rey de Jerusalén, padre de Balduino IV.

Azim: sacerdote copto, alto funcionario egipcio.

Balduino IV: joven hijo de Amaury.

Chawar: maestro de los ofitas y visir del califa al-Adid.

Chrétien de Troyes: monje y escritor, amigo de Morgennes y narrador de esta historia.

Cocotte: gallina rojiza, amiga de Chrétien de Troyes y de Morgennes.

Constantino Colomán: megaduque bizantino, «maestro de las milicias».

Dodin el Salvaje: caballero de la Orden del Temple.

Felipe: médico y embajador extraordinario del papa Alejandro III.

Filomena: joven muda, «maestra de los secretos».

Frontín: monito, amigo de Gargano.

Galet el Calvo: maestro del Temple de Tortosa.

Gargano: especie de gigante, carretero del Dragón Blanco.

Gautier de Arras: escritor, rival de Chrétien de Troyes.

Gilberto de Assailly: maestro de la Orden del Hospital.

Grosseteste: obispo de Arras.

Guillermo de Tiro: hombre de Iglesia, diplomático y preceptor de Balduino IV.

Guyana: hija de Leonor de Aquitania y de Shirkuh el Voluntarioso, apodada «la mujer que no existe».

Iblis: caballo de Sagremor el Insumiso, de Morgennes, y luego de Alexis de Beaujeu.

Ibn al-Waqqar: médico particular de Nur al-Din.

Jaufré Rudel: poeta, rival de Chrétien de Troyes.

Kunar Sell: mercenario, guardia de corps de Manuel Comneno.

Manuel Comneno I: emperador de los griegos, basileo de Constantinopla.

María Comneno: sobrina nieta del emperador Manuel Comneno.

María de Champaña: hija de Leonor de Aquitania.

Masada: comerciante de reliquias establecido en Nazaret.

Morgennes: héroe de esta historia.

Nicéforo: misterioso personaje de origen bizantino.

Nur al-Din: sultán de Damasco. Principal enemigo de Amaury.

Olivier: esclavo del comerciante de reliquias Masada.

Omega III: perro basset de Amaury, antecesor de Omega IV

Palamedes: misterioso personaje, pretendido «embajador extraordinario» del no menos misterioso Preste Juan.

Passelande: caballo de Amaury.

Poucet: superior de la abadía de Saint-Pierre de Beauvais.

Sagremor el Insumiso: llamado también el Caballero Bermejo debido al color de su armadura.

Saladino: joven valeroso, sobrino de Shirkuh.

Shirkuh el Voluntarioso: general de Nur al-Din. Tío de Saladino. Apodado también «el Tuerto» y «el León».

Shyam: cocinera de origen indio, «maestra de las especias»,

Sibila: mujer de Thierry de Alsacia.

Sohrawardi: sabio, compañero de Nur al-Din.

Taqi ad-Din Umar: sobrino de Saladino.

Thierry de Alsacia: conde de Flandes. Marido de Sibila.

Tughril: guardia de corps de Shirkuh, amigo de Taqi y de Saladino.

Bibliografía

Esta bibliografía no coincide con la del original francés, aunque, siguiendo sus pautas, ofrece obras originales o traducidas al castellano, algunas procedentes de la bibliografía del autor, de fácil acceso en el área hispanohablante.

Barber, Malcolm, *Templarios, la nueva caballería*, Martínez Roca, Barcelona, 2001.

Barthélemy, Dominique, *Caballeros y milagros. Violencia y sacralidad en la sociedad feudal*, Universidades de Valencia y Granada, 2005.

Bernardo de Claraval, *Elogio de la nueva milicia templaria*, Siruela, Madrid, 1994.

Bonnassie, Pierre, *Vocabulario básico de la historia medieval*, Grijalbo, Barcelona, 1988.

Cahen, Claude, *Oriente y Occidente en tiempos de las cruzadas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

Chateaubriand, François-René de, *De París a Jerusalén y de Jerusalén a París*, Ediciones del Viento, 2005.

Erlande-Brandenburg, Alain, *El arte gótico*, Akal, Madrid, 1992.

Flori, Jean, *La caballería*, Alianza, Madrid, 2005.

García de Cortázar, José Ángel, *La época medieval*, Alianza, Madrid, 1988.

Guichard, Pierre, y otros, *Europa y el islam en la Edad Media*, Crítica, Barcelona, 1999.

Ibn Batuta, *A través del islam*, Alianza, Madrid, 1987.

Izzi, Máximo, *Diccionario ilustrado de los monstruos*, Olañeta, Palma de Mallorca, 2000.

Lewis, Bernard, *Los árabes en la historia*, Edhasa, Barcelona, 1996.

Maaluf, Amin, *Las cruzadas vistas por los árabes*, Alianza, Madrid, 1995.

Maíllo, F., *Vocabulario de historia árabe e islámica*, Akal, Madrid, 1996.

Nerval, Gerard de, *Viaje al Oriente*, Valdemar, Madrid, 1998.

Oldenburg, Zoé, *Las cruzadas*, Edhasa, Barcelona, 2003.

Oursel, Raymond, *Peregrinos, hospitalarios y templarios*, Encuentros, 1986.

Poly, Jean-Pierre, y Bournazel, Éric, *El cambio feudal*, Labor, Barcelona, 1983.

Runciman, Steven, *Historia de las cruzadas*, Alianza, Madrid, 2008.

Valdeón, Julio, *El feudalismo*, Historia 16, Madrid, 1990.

La Baja Edad Media, Anaya, Madrid, 1995.

Varela, M.I., y Llaneza, A., *La expansión del islam*, Anaya, Madrid, 1991.

Vorágine, Jacobo de la, *La leyenda dorada*, Alianza, Madrid, 1985.

W.AA., *El cercano oriente medieval*, Akal, Madrid, 1988.

Para más información sobre la bibliografía en francés, véase el sitio www.leromandelacroix.com

Musicografía

He escrito mi libro escuchando *Kundun*, de Philip Glass, y *Conan el Bárbaro*, de Basile Poledouris.

Para los lectores interesados en descubrir la música de esta época y de estos lugares, recomiendo encarecidamente las obras siguientes:

Le Jeu de Robin et Marion (Adam de la Halle, Ensemble Perceval, bajo la dirección de Guy Robert, en Arion).

Paris Expers Paris (Antoine Guerber, Diabolus in Musica, Alpha Productions).

Les Croisades sous le regard de l'Orient (Ensemble Al-Kindî, colección Le Chant du Monde).

Egypt - Music of the Nile, from the desert to the sea (colectivo, en Virgin).

Agradecimientos

Mi agradecimiento más sincero a Xavier Richomme por haber dibujado el mapa de *Morgennes*.

Gracias a todos aquellos y aquellas que me han escrito en el fórum del sitio de internet de mis libros.

Vuestros comentarios y vuestras palabras de ánimo me han emocionado profundamente, y en ocasiones incluso me han con—micionado. Sin vosotros, mi labor habría sido más dura.

Gracias por haberme ayudado a seguir adelante.

Espero que volvamos a vernos en: www.leromandelacroix.com o en www.david-camus.com